







Ruph. Hornig
Eb. Cant.
3

†
BIOGRAFÍA

DEL

EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. RAFAEL TOMÁS MENÉNDEZ DE LUARCA

Y QUEIPO DE LLANO

TERCER OBISPO DE SANTANDER

ESCRÍBELA

Don Dionisio Menéndez de Luarca

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

OVIEDO

LA CRUZ: IMPRENTA Á CARGO DE ANTONIO GARCÍA SUÁREZ

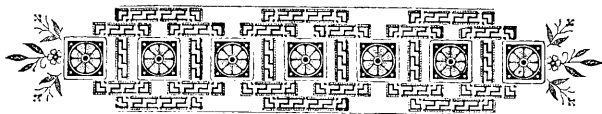
Calle de San Vicente, núm. 10

TELÉFONO NÚMERO 64

1897



R. 9479



PRÓLOGO.



QUE bien quisiera omitirle, no tengo por qué jurarlo. En soportar el peso de mis años casi agoto mis fuerzas: pocas me quedan para tomar la pluma. Conque, si temeridad fué y no pequeña el escribir un libro, mal debí de haber quedado para el prólogo.

Pero no es aquí el prólogo artículo de lujo, sinó de primera necesidad, como explicación de ciertas cosas que debe conocer el lector antes de hojear estas páginas, en las cuales principalmente me propongo el bosquejo de un carácter, sin olvidarme, por supuesto, de la virtud, ingenio y ciencia que le acompañan y ennoblecen.

No se crea por lo dicho, que la virtud y ciencia quedarán relegadas á lugar secundario, pues influyendo por modo extremo con el ingenio en el carácter, no puede olvidarlas quien escriba la vida de D. Rafael Tomás Menéndez de Luarda. Sólo que hombres virtuosos, de talento y de saber nunca faltaron, ni faltan hoy tampoco. Escritores son lo que sobra. Si algo escasea

tanto, que ni para un remedio puede hallarse, no es la virtud, no es el talento, ni aún la ciencia: es el carácter.

La historia de nuestros hombres, por lo común, es lamentable desde el insinuado punto de vista. Persuadidos quizás de que los tiempos actuales son tiempos de transición, tienen horror á la firmeza. No pueden estarse quietos. Lo cual no significa que marchen siempre de frente, sinó que quien les busca no los encuentra donde los ha dejado. Sin el norte de los principios hacen brújula del sol y se van tras el que nace. Todo lo explican á su modo. Y en efecto, resultan consecuentes con el dios vientre. Respecto á lealtad, no hay por qué hablar. La lealtad es reputada chochera. Vivimos en época de Sanchos, que no concibe á Guzmán el Bueno.

De cuanto dejó escrito D. Rafael Tomás se analizarán tan solo sus Pastorales, Representaciones y otros documentos concernientes á los sucesos más importantes de su vida de Obispo y de repúblico. El Obispo y el repúblico bastan para ofrecer el tipo de un hombre de carácter, figura grande y término de una raza por lo generosa inverosímil. De otras producciones literarias no ha de tratarse. Los hechos del Sr. Menéndez, no las frases, serán objeto de su biografía.

Mal escribía el Obispo de Santander, ¿á qué ocultarlo? Pero en su tiempo nadie por lo general escribía bien, siquiera se deba confesar, que con el claro talento y profundo saber del Sr. Menéndez corren parejas su resabiado estilo y su mal gusto literario, sin perjuicio de la elocuencia que á veces le distingue. Pensaba bien y escribía mal. Eran así aquellos tiempos. Hoy procuran encubrir los escritores sus pensamientos malos y su ignorancia con frases huecas. Mas con todo, alguna Pastoral «elogia el ilustre Jovellanos.» y de ella «dice en »una de sus cartas que fué traducida al francés por »Mr. Marquet, Sacerdote francés, Doctor y persona de »gran capacidad, que ensalzaba mucho este trabajo del »Obispo de Santander» (1).

No por esto ha de modificarse nuestro juicio respecto

(1) Se toma lo entre comas de un artículo publicado con la firma de D. Máximo Fuertes Acevedo, en el número 13 de *El Ramillete*, revista santanderina de literatura, ciencias y artes, correspondiente al 1.º de Mayo de 1871. Nos parece que la Pastoral aludida se publicó con motivo de la emigración de los clérigos franceses. No figura en los opúsculos del Sr. Menéndez de Lúarca.

del Sr. Menéndez de Luarca como escritor. Tratándose de un Obispo, el buen gusto literario lejos está de ser condición esencial ni mucho menos. Puede y debe un biógrafo reconocer este mal gusto; y si el biógrafo fuese hueso de los huesos y carne de la carne del Obispo, le conviene con más razón hacerlo para evitar sospechas. Pero no cumplen á escritores católicos ciertas críticas, que nos recuerdan la irreverencia de Cham con su padre Noe.

Tal vez á sí mismo se pregunte quien esto lea, si merece biografía D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca, y caso de merecerla, cómo ya no la tiene y ahora la escribe después de tantos años quien puede ser tachado de haberla escrito «con piedad casi filial». Y aunque nada para resolver estas dudas mejor que nuestro libro, bueno será desvanecerlas antes de comenzar á leerlo. Bastante habrá que hacer sin ellas con la repugnancia que inspira toda lectura seria.

Si el Sr. Menéndez de Luarca mereció después de muerto que perpetuase su memoria el Ayuntamiento de Santander, (1) «dando su nombre... á la antigua calle» Alta, y esculpiéndole con letras de oro en sitio preterente del salón de sesiones, como bienhechor de la «humanidad:» si Menéndez Pelayo, que tanto le maltrata desde el punto de vista literario, le llama con todo eso portento «de caridad, padre de los pobres y bienhechor grande de la tierra montañesa;» si despreció el Obispo medros y honras por amor á su Diócesis; si fué modelo de celo pastoral, de lealtad, patriotismo y entereza, ¿podrá negársele derecho á una biografía? Si la tienen los vivos, que no han de pasar á la historia, ¿por qué negarla á los muertos que ya figuran en ella? Del Sr. Menéndez de Luarca dijo alguien (2): «Mucho habrá

(1) *Breves apuntes sobre la historia y administración de la beneficencia provincial en Santander* reunidos por D. Felipe de Benito Villegas, y publicados en la imprenta de J. M. Martínez en dicha ciudad de Santander, año de 1876.

(2) Transcribiremos íntegro el párrafo donde se contiene lo entre comas del texto: "D. Rafael Menéndez de Luarca nació en su "casa de Setienes, junto á Luarca, estudió y se graduó en Oviedo "en mi tiempo, fué Colegial en el Mayor de Alcalá, y de aquí á "Magistral de Oviedo. En este año de 1784, en Febrero, fué electo "Obispo de Santander. Mucho habrá que escribir de este señor en "los años venideros, y dichosos serán los pueblos que le poseerán."

(Del *Catálogo astur*. M. S. del Sr. Dr. Carlos González de Posada,

»que escribir de este señor en los años venideros, y »dichosos serán los pueblos que le poseerán.»

Y en efecto, comenzó á escribir Napoleón, condenándole á muerte por el Decreto de Burgos. Vale aquella sentencia por un libro. Le maltrata Toreno en su *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, y á su manera le maltrata D. Marcelino Menéndez Pelayo en la *de los heterodoxos españoles*, ensalzando, sin embargo, su virtud, su caridad y sus beneficios grandes á la tierra montañesa. Con lo que da testimonio de haber acertado quien predijo, *qué dichosos serían los pueblos que le poseyesen*.

Y no faltaron biógrafos al Sr. Menéndez de Lúcar. Pocos meses después de fallecido, el 3 de Septiembre de 1819, dijo en su elogio Fray Mariano de Pamplona, Misionero apostólico capuchino, una fúnebre oración, y al día siguiente corrió á cargo de Fray Miguel de Liaño y Mendoza discurso análogo. Predicó el P. Pamplona en las solemnes exequias celebradas por *la ilustre y venerable congregación de la Milicia cristiana* en sufragio de su fundador, y lo hizo el P. Liaño en otras no menos solemnes, atención con su difunto Prelado de *la ilustre y piadosa clerecía del N. valle de Camargo*. Ambas oraciones corren de molde (1), con abundantes y curiosas notas, sobre todo la primera.

Pero ninguna de las dos puede pasar por biografía. No lo son en realidad las oraciones fúnebres, aunque no poco deban tener y tienen las de los PP. Pamplona y Liaño de interés grande para la vida del elogiado. Las notas con que se publicó el discurso del P. Pamplona tienen tanta importancia, que muchos años después, en el de 1888, se reproducen por la *Milicia cristiana* con ocasión de su primer centenario.

En el número de *El Ramillete* ya citado aparece la primer biografía del Sr. Menéndez de Lúcar. Suscríbela D. Máximo Fuertes Acevedo, aunque según nota de la redacción aquel artículo biográfico «es un extracto del »que se halla en la obra titulada *Biblioteca de escritores*

académico de la Historia, Magistral de Tarragona y autor de varias obras históricas y literarias.)

Posée tan precioso manuscrito el Sr. D. Fermín Canella y Secades, Catedrático y Vicerector de nuestra Universidad literaria.

(1) Se imprimió la del P. Pamplona en la Tipografía de D. Manuel Mendoza, y la del P. Liaño en la de Riesgo, una y otra en Santander.

»asturianos, de que es autor» el mismo Sr. Fuertes, y adquirida por el Gobierno, forma parte de la Biblioteca Nacional.

Con decir que la biografía no excede de cinco páginas en cuarto, bastará para formar idea de cuán por alto se tratan los sucesos. Pero aún así, todo se abarca en ella. El Obispo, el literato y el repúblico son estudiados por el articulista de manera que en razón de la forma resulta completo su trabajo. Abundan las omisiones, ¡cómo no han de abundar!; pero tampoco escasean las inexactitudes (1); sin embargo de lo cual el Sr. Fuertes Acevedo escribe con recto juicio, aunque hecho de prisa su trabajo, ó extractado á la ligera, no extrañamos ciertas equivocaciones propias de periodistas.

Incorre además el Sr. Fuertes en alguna debilidad, cosa frecuente por extremo en estos tiempos. Nada tienen de sospechosos los sentimientos que le animan, pero se deja ir alguna vez tras de Toreno, dando á pesar de todo muestras de profunda consideración á la memoria del Sr. Menéndez de Lúcar, porque al hablar de publicaciones suyas «en que todo lo sacrificaba, »incluso la parte literaria, á los principios religiosos, »tan arraigados en su corazón,» añade: «pero á parte de »estos defectos, si lo son bajo el punto de vista literario, »merecen se miren con ojos benignos todas sus obras, »atendiendo á la sana intención y rectitud de miras del »virtuoso Prelado.» Tendió la capa como Sem y Japhet: no imitó á Cham.

Años después, en el *Boletín Eclesiástico de Santander* correspondiente al 7 de Enero de 1885 se publica otra biografía de D. Rafael Tomás, con elegante concisión escrita. Nada le falta para merecer el nombre de biografía, siquiera por modo tan compendioso lo diga todo, que se reduce aquel trabajo á «someras »indicaciones: en otro caso, dice el autor, habríamos de »escribir un libro entero en el que los prodigios de »virtud estarían á la par de las proezas de heroísmo.» De los cuales prodigios y proezas se hallan frecuentes

(1) De alguna de éstas se da cuenta en el lugar correspondiente de nuestro libro, poniéndose oportuno correctivo. De las relativas á la insurrección de Santander nada hemos dicho, pero nos bastará decir ahora que todo eso de la expedición á Burgos, al frente de catorce mil hombres, carece de fundamento. En el capítulo XVI se refieren con entera exactitud los hechos en que tomó parte D. Rafael Tomás y hasta sus pensamientos íntimos.

testimonios en la prensa periódica santanderina y en la obra del Sr. del Río y Sainz titulada: *La provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*.

Pero ¿cómo nadie publicó ese libro, necesario para dar cuenta de tales prodigios y proezas? Méritos para escribirle se confiesan. Escritores nunca faltaron, y el libro, sin embargo, no ha aparecido por ninguna parte. Que alguien muy competente trató de ponerle mano, lo sabemos (1). Pidió noticias y se le dieron cuantas había entonces. Las devolvió cuando quiso. ¿Escribió algo? ¡Quién lo sabe! capaz era de hacerlo; nada más consta.

Pueden con todo eso adivinarse varias causas por las cuales esta biografía no llegó á libro. Para escribirle sería preciso conocer al Obispo, y para conocer al Obispo lo sería también pasar la vista por sus Pastorales, Representaciones y otros documentos, que le retratan. Mas ¿quién había de tener valor para intentarlo, si Menéndez Pelayo declara estos escritos ilegibles? Término fué de una raza D. Rafael Tomás Menéndez de Luarda, raza que no comprenden las nuevas generaciones informadas por otro espíritu. Sabrán apreciar algunos las grandezas de aquella raza, aunque les pase lo que suele pasar á los políglotas, que conociendo varias lenguas, solo en la suya piensan. Para escribir un libro se necesita dominar el asunto del libro.

Y confieso con franqueza, que también yo comencé más de una vez á leer los de D. Rafael Tomás sin haberlo llevado á cabo. Era mozo, amigo de periódicos, y envidiaba la facilidad con que un gacetillero emborrna cuartillas. Respirando, á cierta distancia por supuesto, la atmósfera moderna, tenía por hombres de pró, punto menos que sabios, á los fabricantes de opinión, que admiró algún tiempo el vulgo. Insistí más adelante en la lectura, que no había llevado á cabo, y pude formar juicio del Obispo de Santander, á quien reputaban hombre de gran mérito varones doctos, merecedores de respeto.

Tachábanle, sin embargo, de raro, los no doctos, calificación verosímil después de la de Torreno; pero sin aceptarla ni rechazarla, persistía yo en la mía. Se puede ser hombre raro y hombre grande, me dije más de una vez. Son raros los hombres grandes.

(1) El Sr. D. José Arias de Miranda, distinguido literato asturiano.

Algo, con todo, me pareció más raro que la rareza del Obispo. ¿Cómo siendo D. Rafael Tomás hombre notable, á ninguno de su familia se impuso un nombre, que anda unido á «prodigios de virtud» y «proezas de heroísmo?» Y pensando una y otra vez en ello, sin acertar á explicarlo, propúseme corregirlo. Si Dios quiere darme un hijo, dije un día, Rafael Tomás será su nombre.

Y quiso Dios darme un hijo á quien por nombre se puso Rafael Tomás: pero quiso también llevárselo antes que la malicia le corrompiese. Bien está lo que Dios hace. Pero si el espíritu está pronto á bendecir la mano que nos hiere, la carne es flaca, y por la herida sangra el corazón. Si el dolor predispone á pensamientos graves; fortalece y anima la resignación, que con frecuencia nos hace contemplar el bien, donde los hombres carnales ven el mal. Dios me quitó lo que me había dado, mas no pude persuadirme de que al quitármelo maldijese mi propósito de honrar en lo posible la memoria de un hombre, que todo lo había sacrificado por su causa.

He aquí, pues, cómo la idea de publicar este libro se apodera de mis potencias. Quizás no fuese recuerdo digno de D. Rafael Tomás un recuerdo relacionado con el orgullo de familia. Tal vez podrían recordármese con ocasión de este nombre aquellas palabras del Obispo en carta de 24 de Abril de 1815 á D. Matías: «antes esa casa era de Eclesiásticos y Eclesiásticas: ahora sigue otro rumbo.»

Y el hecho es que la casa dejaría de ser casa en la persona del nuevo Rafael Tomás, si Dios no le hubiese llevado tan á tiempo. Así pues, con mi vida concluirá mi casa. Pero no quisiera yo que concluyese sin antes haber cumplido con el deber de honrar á quien tanto la honró y honró su Patria. Hijo por lo tanto este libro de mi menguado ingenio, raquítico será cual lo es el padre. Mas raquítico y todo, es lo que puede dar. Supla una buena intención por lo que falta.

Pero, ¿cómo quien tan interesado se muestra en el asunto puede con imparcialidad tratarle? Mas por contestación á esta pregunta, daré cuenta del sistema adoptado y de las fuentes donde bebí cuanto digo en estas páginas. Me limito á copiar papeles de otros. Si pierdo como escritor, pongo la imparcialidad en salvo.

Y tratándose de las insinuadas fuentes, sería injusto

ticia notoria no mencionar en primer término los apuntes del Chantre, ó sea «el proceso (1) que yo formé »de su vida, acciones y trabajos—(del Obispo)— para que »los hijos de esa casa vean qué sujeto salió de ella.» Era el Chantre íntimo confidente del Sr. Menéndez de Luarca, tipo de lealtad y ejemplar Sacerdote, que por su acendrada virtud y claro entendimiento mereció la confianza absoluta de D. Rafael Tomás (2). Sus Apuntes

(1) Carta del Chantre, de 12 de Junio de 1820, publicada en el P. S.

(2) Parécenos que no era hombre de carrera D. Francisco Gutiérrez Valdés. Pero sus condiciones personales suplían la falta de títulos académicos. Al Chantre probablemente se refería don Rafael Tomás cuando reconvenido por dispensar su confianza en asuntos de consideración á un Eclesiástico sin carrera, contestó con desenfado: "No es de carrera, ya lo sé; pero tiene buen trote." Era el Chantre persona de sencillez muy grande, sin perjuicio de su buen talento y de una lealtad y de un amor al Obispo, apenas creíbles. Véase cómo da prueba de ello en estos párrafos con que concluye sus apuntes.

"El mismo Confidente dice aquí lo que le ha pasado, y que atribuye á los ruegos de su amo, y protección que tenía este de Dios. "En 35 años que lleva á su lado en Santander, acompañándole por "todas partes, menos cuando se embarcaba, pues no le permitía "embarcarse por la debilidad de su estómago, y por tierra le iba á "buscar; no ha tenido enfermedad alguna de peligro; que cuando se "administró S. I. de su enfermedad, y él estaba á su lado, aunque la "demás familia lloraba, él se sentía con una corazonada de que no se "moría el amo, y no sentía aflicción alguna; que no pudiendo pasar "á Asturias cuando la entrada de los franceses, se estuvo por unos "meses escondido en la parroquia de Tagle; y teniendo precisión en "tres noches de retirarse á la orilla del mar con otras gentes, y "dormir en unas cuevas, percibiendo allí un temporal fuerte que se "levantó cuando salió S. I. de Santander, afligido y acongojado con "la suerte del amo, se quedó dormido, y dígame que soñó, ó lo que "se quiera, ello es, que se le pareció que vió una señora, Nuestra "Señora del Pilar de Zaragoza, que le decía: No tengas cuidado, "que S. I. está á mi cuidado: que en el accidente que acometió "á S. I. en Portugal, aunque le vió bien apurado, se consolaba con "que le parecía que no se moría; que estando en Tagle, cuidadoso por "no saber de S. I., corrió la noticia en Santander, y se le avisó á Tagle "que había muerto, y estando en cama acongojado, se le figuró que "encima de la cama se le había presentado S. I. con cara alegre, y "como que le dijo: vesme aquí; y quedó consolado, pues se hizo "cargo, una de dos, ó no se murió, ó está en el cielo. Que el año de "15 estando en Comillas de Santa Visita con el amo, acercándose el "día de San Rafael, y temiendo que como por aquel tiempo le aco- "metió á S. I. el accidente en Portugal, le repitiere, parece que "algunas veces oía: el miércoles lo verás; y habiendo S. I. rodado "por las escaleras tres ó cuatro días antes, se le ofreció que esta "caída le hizo vivir más: Que hallándole como le halló difunto, "gracia de Dios fué, el que no se afligiese allí enteramente y también "lo fué el que no le viese morir ni S. I. muriese con él á su vista, y

son dignos del mayor crédito, porque además de la honradez concurren en el Sr. Gutiérrez, las circunstancias de conocer la vida del Obispo y de haber escrito aquéllos sin presunción alguna. Su objeto dicho está en la carta de 12 de Junio (1). ¡Y cómo no había de conocer las interioridades del Sr. Menéndez, después de cuarenta y cinco años de trato íntimo!

D. Juan Francisco Gutiérrez Valdés, que así se llamaba el Chantre, debió de haber entrado al servicio de don Rafael Tomás en 1774. No sabemos á punto fijo de qué pueblo fué oriundo, aunque nos inclinemos á creer que Cudillero es su patria. Tiene tal importancia en la vida del Obispo este su familiar, que sentimos en el alma la carencia de más noticias.

Pero si el *proceso* es de valor inestimable para esta biografía, si es una biografía, adolece de notables defectos en cuanto al método y de no pocas omisiones. Con decir, que al servicio de D. Rafael Tomás entró el Chantre en 1774, dicho queda cómo por lo menos no puede dar razón sinó de oídas y muy sucintamente de los estudios, oposiciones y otros hechos del Sr. Menéndez de Luarca. Los recuerdos de familia, el atestado del Sr. Meré (2) y las Actas Capitulares de Oviedo y Mondoñedo llenan este vacío.

Otro documento valioso sirvió mucho para nuestro humilde trabajo: el *libro donde se registran las mercedes y gracias concedidas por los Ilmos. Sres. Obispos de Santander*. A la certificación de cuanto en dicho libro resulta respecto á D. Rafael Tomás expedida por D. Felipe Dionisio de Quijano y Hazas, Vicesecretario de Cámara de la gobernación del Obispado de Santander, *Sede Episcopali Vacante*, se refiere D. Juan Francisco Gutiérrez en su carta de 12 de Junio de 1820. Documento precioso y breve resumen de la vida

"Dios le diese valor para ayudar á amortajarle. Esto todo lo dice
"porque todo lo debe á Dios por ruegos de su fiel amo. R. I. P. Amén
"Gloria á Dios."

(1) Es la citada en la penúltima anterior nota.

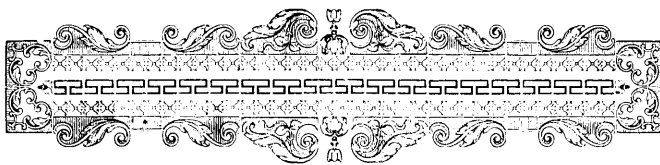
(2) Del atestado del Sr. Meré, Secretario de la Universidad de Oviedo, sacó copia exactísima el Sr. D. Máximo Fuertes Acevedo, la cual copió á su vez el Sr. D. Vicente Abello. Conforme con este documento está cuanto hemos dicho con relación á los estudios, títulos académicos y sermones predicados por el Sr. Menéndez de Luarca, cuando solo era clérigo de *Prima tonsura*. Pero tenemos la desgracia de que se nos haya extraviado este papel, que sentimos no publicar en el Apéndice.

episcopal del Sr. Menéndez de Luarca puede la certificación dicha reputarse. Se publicará este documento en el Apéndice. Otro tanto no se hace con los apuntes del Chantre, que ocuparían largo espacio. Forman parte del texto en cuanto tienen de interesante.

De cuánto la prensa santanderina y otros papeles sirvieron, podrá verlo el lector. Pero nada llega en valor á las cartas familiares (1) del Obispo, espejo de su fisonomía moral y su carácter. Estas cartas y los documentos analizados en el libro revelan el espíritu de D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca. Así que, sin vanidad puede jactarse quien escribe estas páginas, de ofrecer un perfecto retrato; porque no se debe á su pluma, ni es parto de su menguado ingenio lo que le da interés, calor y vida. D. Rafael Tomás se retrata á sí mismo.

En esta biografía es bueno lo que se toma de otros. En cuanto á mí, sólo estoy satisfecho de haberla escrito con fines rectos y de haber procurado que resultase digna de ser leída. Si tan lejos estuve de conseguirlo, que merezca la nota de temerario, en el pecado llevo la penitencia y á ella me someto sin alegar disculpas ni circunstancias atenuantes.

(1) Como preciado tesoro se conservan estas cartas, los apuntes del Chantre y la certificación expedida por D. Felipe Dionisio de Quijano y Hazas, con otros documentos y papeles citados en la biografía. Pero algunas de las cartas padecieron extravío. El señor D. Vicente Abello pudo hallarlas en poder de quienes sin duda las habían recibido prestadas para conocerlas y estudiarlas. A la muerte del Sr. Abello pasaron á manos del Sr. D. Alejandrino Menéndez de Luarca, que nos ha favorecido con ellas. Algún otro objeto perteneciente al Obispo de Santander debemos á la Sra. D.^a Joaquina Castrillón y Cienfuegos, viuda de D. Alejandrino, que jamás niega las cosas que pertenecieron á su marido, cuando se trata de utilizarlas en beneficio de la ciencia ó de las glorias patrias.



CAPÍTULO PRIMERO.

Luarca

DE Luarca puede haber cosa buena? Hé aquí lo que cual otros Nathanaeles dirán no pocos, sólo con ver la portada de nuestro libro. Si D. Rafael Tomás viene á continuar la historia de Luarca, ¿qué habremos de prometernos de sus hechos sinó lo más adecuado á un pueblo que no la tiene, y apenas conocido, bien como rincón obscuro de la tierra de Asturias, cuya proximidad ni aun sospecha el viajero hasta no dar consigo en el barranco donde tiene su asiento?

Esto dirán más de cuatro antes de hojear el libro. Y á semejante observación, no de menguada importancia aun en tiempos reñidos con cuanto huele á historia y tradiciones, ocúrrenos contestar por adelantado, que si Luarca es un rincón, es un un rincón delicioso. Si no le atisva el viajero hasta no verse dentro, no es para sorprender que así suceda, porque con todo lo bueno sucedió siempre lo mismo. En el desierto de la

vida todos quieren ser felices y nadie ve la felicidad sinó quien da con ella.

“En mí tengo la fuente de alegría,
Siempre la tuve, mas yo no lo sabía.”

Andan los hombres en busca de la dicha y sólo el dichoso sabe dónde la dicha se halla.

Pocos pueden hablar de Luarca, porque no conocen á Luarca ni sus actuales hijos. El Luarca de hoy es un antiguo pueblo disfrazado con el traje común á todos los pueblos modernos. La moda lo invade todo y lo confunde todo, pueblos y clases, y quizá con el tiempo llegue también á confundir los sexos. La coeducación, nuevo sistema pedagógico, fruto del libre pensamiento, permite vislumbrar este progreso, que las futuras generaciones verán tal vez realizado.

Pero el Diablo, inventor de la moda, no hace las cosas perfectas, y porque no las hace, vemos con cuánta razón dice la fábula:

“Aunque la mona se vista de seda,
mona se queda.”

A pesar de lo cual, la moda vence, impera y reina sin Ministros responsables que la cohiban, ni Parlamentos que la mantengan en respeto. La razón es muy obvia: otra vez hizo el Diablo de las suyas para tapar la boca del fabulista con un descubrimiento nuevo: el hombre viene del mono, el hombre es mono.

Perdónesenos tanta digresión y volvamos á nuestro asunto, al Luarca de hoy y al Luarca de ayer. El Luarca de hoy ya le veis con sus cafés, su casino, su teatro y..... con todo, todo lo que hay en Oviedo, todo lo que hay en Madrid, todo lo que hay en todas partes, en dosis homeopáti-

cas, por supuesto, pero lo bastante para que en Luarca se forme alguna idea de todo y se despierte la concupiscencia de todo.

Pues respecto al engrandecimiento de la Villa, y á la suntuosidad de sus edificaciones, tampoco deja de ser visible el progreso. Lo antiguo desaparece, ó está humillado por la soberbia de lo nuevo. Atravesada la población por un río, que á veces riñe batallas con el mar, sufre aquélla las consecuencias y tiene que levantar sus calles para librarse de inundaciones; conquie las casas antiguas suelen quedar debajo del suelo moderno.

De lo presente no puede inferirse lo pasado, siquiera los documentos antiguos, la tradición y aun algo que los viejos hemos visto, nos permitan formar juicios sin temor á graves errores. Si Luarca tiene traza de pueblo nuevo, es porque á primera vista no aparece lo de otros tiempos. La parte llana, reducida por extremo, era solar de algunos edificios entre huertos de naranjos; y el follaje de ambas laderas festoneando el pintoresco cuadro, dábale gracioso aspecto, más para imaginado que descrito por quien no presumé de poeta. Las ristras de maiz, colgadura ordinaria en patios y corredores, y los carros y yuntas de labranza recorriendo á todas horas la población, imprimíanle cierto carácter de aldea.

Y, en efecto, labradores fueron en gran parte los luarqueses, que no por eso dejaban de vivir los unos de sus rentas, del comercio los otros, y los más de su oficio. Y todo ello sin menoscabo de la fabricación del hierro y de la duela, industrias no desdeñadas por las casas solariegas.

Curtidores de pieles eran todos los zapateros, y en cuanto á pesca, es tradición no desmentida la importancia que tuvo en Luarca la ballena. Que los buques extranjeros frecuentaron el puerto, es evidente, ya que constan por modo

auténtico los derechos de anclaje que pagaban al Concejo.

Por lo dicho comprenderá el lector que la vida debía de ser en Luarca vida sin emociones, vida de labradores y marineros preocupados ordinariamente por la escasez ó abundancia de las cosechas los unos, por la pesca y navegación los otros, y todos por los buenos ó malos temporales, que tanto influyen así en la mar como en tierra. Lo cual lejos estaría de ser obstáculo al Diablo, que no duerme, y al mundo, que no respeta ni las paredes del claustro. Cuanto al otro enemigo, más temible que el mundo y el demonio, según enseña el Catecismo, ¿quién duda que allí como en todas partes habrá hecho de las suyas? "Tentación es la vida humana."

Pero aun con esto no debemos dudar de la sencillez de costumbres y de la paz de los ánimos en aquel tiempo. Si lo tuyo y lo mío eran objeto de contienda, los pleitos se limitaban á la cuestión liticiosa, sin ocasionar rencores entre los litigantes, que pasada la mañana en conferencias con el abogado, animando al Procurador, ó requiriendo al escribano, reuníanse por la noche para jugar al *mediator* ó la *malilla*, como si á las diferencias diesen tregua. Será preciso convenir, en que á los pleitos tenían grande afición nuestros mayores, aunque deba añadirse que no se olvidaban pleiteando de su condición de caballeros.

Pleitos reñidos hubo en Luarca, que llegaron á la Chancillería. Tras de los pleitos iban, por supuesto, los litigantes, que no estarían seguramente ociosos. Pero cuando el tribunal dictaba resoluciones de importancia; el favorecido por el auto hacía lo más pronto posible al contrincante su visita de pésame (1). Eran adversarios, no ene-

(1) Exactísimo. Podríamos citar algunos casos.

migos. Informada su vida por el sentimiento religioso, que hasta suaviza la guerra, era cosa corriente lo que hoy parece inverosímil.

De carta escrita en Oviedo el año de 1644 por un personaje de Luarca á otro su compatriota residente fuera de Asturias, tomamos el siguiente párrafo, que corrobora lo dicho: "El "mismo día que se vió el pleito se dijeron en "Luarca algunas misas por el buen suceso, y después se ha continuado este cuidado..... Dios "Nuestro Señor lo disponga como más convenga "á su servicio."

Dios sobre todo, y su mejor servicio antes que nada. Era de interés el pleito. Pero al interés de los hombres anteponían los hombres de aquel tiempo la honra y gloria de Dios, queriendo sólo lo que Dios les diese.

¿Nos proponemos significar con esto que la vida era un idilio en Luarca? Lejos de creerlo así, reconocemos con dolor que había excepciones. Pleitos hubo de consecuencias que tal vez duren; pero las excepciones no son regla general, antes por lo contrario la confirman. El hombre siempre fué el mismo. Sólo que ejerciendo la religión en aquél tiempo poderosa influencia, contrarrestaba y corregía los instintos de nuestra degenerada naturaleza, hoy por desgracia, sin este freno suavísimo.

Ni menos se ha de creer que, por lo tocante á costumbres, fuese aquéllo un siglo de oro; porque no consta en los archivos de la Villa que "las simples y hermosas zagalejas" anduviesen "en trenza y en cabello" del Cambaral á la Pescadería y del Muelle á Malabrigo, ni que por los resquicios de la honestidad dejase alguna vez de entrar "la amorosa pestilencia."

Pero es un hecho cierto que, si con más ó menos frecuencia pagaba el hombre tributo á la

flaqueza, al pecado seguía la penitencia, reparándose los escándalos con fundaciones piadosas, y dando los pecadores público testimonio de su fé con una muerte ejemplar y cristiano entierro, en el cual se reducía lo suntuoso á llamar los Frailes de Tineo.

Por indudable tenemos que la piedad fué nota característica de los antiguos luarqueses, y no una piedad cualquiera sinó manifestada de un modo público y en monumentos que, si por la injuria del tiempo y otras causas llegaron á desaparecer, viven aún en la memoria, y dan nombre á los sitios donde se les veía no ha tantos años.

En 1695, á la voz de Juan de Riera, natural de Palma de Mallorca y ermitaño de Nuestra Señora de la Atalaya, los moradores de Luarca siéntense hondamente conmovidos. Convidales el fervoroso Mallorquín á seguir la escuela de Cristo, y los ricos dejan sus comodidades, suspenden los menestrales sus tareas, y escuchando la voz de aquel varón de Dios, se inscriben todos en la gran escuela y autorizan á quien les llama para formar las constituciones á que han de ajustar su vida.

No hemos de transcribirlas; pero á nuestro propósito conviene insertar la primera, que desde nuestro punto de vista, merece ser conocida. “Primeramente —dice— se pone por expresa “constitución y capitulación de esta Santa Hermandad de la Escuela de Cristo, que de los cien “hermanos hasta cuyo número y no más se pueda “admitir, haya de haber doce, que haya de tener “cada uno de dichos doce hermanos á su cargo “una cruz de las de la vía sacra por su cuenta y “mantenerla en pié, y falleciendo alguno, el que “entrare en su lugar, que espero en la majestad “de Dios no falte devoto que lo desée, ha de “tener á su cargo la misma cruz y su reparo, para

“que de esta suerte continuamente esté en pié
“la santísima devoción de la vía sacra, camino
“que Nuestro Señor anduvo para redimirnos del
“primitivo pecado de nuestro primer padre,
“haciéndonos puerta franca para el cielo por
“medio de los Santos Sacramentos que instituyó
“Su Majestad divina, y encarecidamente suplico
“á mis hermanos que al presente son y fueren
“para en la posteridad, no se olviden del reparo
“y manutención de estas santas cruces, para
“que por medio de tan santo camino puedan las
“almas aprovecharse de los recuerdos de la
“santísima pasión de Cristo.” (1)

No es un modelo de literatura la constitución transcripta; pero sí un testimonio fehaciente del fervor que la inspira. Que todos vean el camino de la Cruz recorrido por el hombre Dios para libentar al género humano de la servidumbre en que yacía. Que todos sigan á Jesús, único medio de no andar en tinieblas.

No es para sorprender esta idea, tratándose de un ermitaño; pero sí es para ensalzar la fé de un pueblo que acude á su llamamiento y clava la salvadora enseña en el lugar más visible, que aun se llama el Calvario, cuando no quedan ni señales de la “Via Sacra.” Providencial nos parece la conservación de nombre tan cristiano, recuerdo vivo de la piedad antigua, y severa censura de la tibieza moderna que no se atreve á prescindir de los humanos respetos.

Siempre fué la tibieza rémora de lo bueno. No

(1) Juan de Riera se llama el autor de la constitución copiada en el texto, pero cambió su nombre por el de Juan de la Cruz al hacerse ermitaño y abandonar el mundo. Este nombre usaba cuando su muerte, según resulta de la partida de enterramiento que dice literalmente así:

“En ocho de Marzo de 1.700 yo D. Domingo Avello, Presbítero, enterré á Juan de la Cruz, ermitaño doce años en Nuestra Señora de la Atalaya. Decía ser mallorquín. Y para que conste lo firmo. D. Domingo Avello.”

eran señores principales los doce hermanos constituidos en 1695 á mantener en pie las cruces; pero figuran á su lado todas las personas notables de aquel tiempo. No habia entonces casinos, no habia logias. Los próceres de Luarca eran todos discípulos de Cristo. Su punto de reunión era el Santuario de la Atalaya. El Cristianismo, sin confundir las clases, de ricos y pobres, de grandes y pequeños, de ignorantes y sabios, hace hermanos.

Era muy grande la devoción al Santuario dicho, tan antiguo, que de su origen nada sabemos. Por lo menos debía de existir ya cuando los Protestantes destruyeron ó arrojaron al mar las sagradas imágenes. Solo así puede explicarse el tipo de algunas que se conservan ya intactas ya reformadas. Las corrientes habrán arrojado á nuestras costas estas imágenes tan distintas de las expuestas al culto en nuestros templos y de tanto parecido á la raza Anglo-Sajona.

¿Quién sabe si lo extraordinario del hallazgo, la idea de un atentado impío, habrá contribuido no poco á la devoción que las efigies, artísticamente consideradas, mal podían inspirar! ¿No pudo ser expiatorio el culto de nuestros padres á la Virgen Blanca y al Cristo crucificado? Recordamos que se hablaba, cuando éramos niños, de la aparición de la imagen de Nuestra Señora en una cueva labrada por el mar bajo el Santuario donde hoy se la venera; lo cual por algún modo corrobora nuestra suposición. Y en cuanto á la de Cristo crucificado, ¿es por ventura la única en nuestras costas á quien se atribuye igual origen?

Sea lo que fuere, la devoción á Nuestra Señora de la Atalaya rayó siempre muy alto. Tenía ermitaño aquel Santuario, que es cuanto puede decirse, y no faltan testimonios de lo que fué aquello antiguamente. Consérvase todavía una carabela de plata que ostenta en su elevada popa

el escudo de la casa donde vivieron los progenitores de D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca, con la inscripción siguiente:

“De la casa de Tineo,
solar que todos sabeis,
son las armas que en mí veis.”

Servía de lámpara esta carabela, exvoto de un marino, en la capilla de la Virgen, de donde fué recogida por fundado temor á *incautadores* y ladrones. En manos de los primeros más de una vez cayeron, ó estuvieron á punto de caer, las alhajas de los templos, y los segundos muestras tienen dadas de no respetar aquel Santuario, que, por lo aislado, provoca la codicia de quienes á Dios no temen.

De la Virgen de la Atalaya era devoto por extremo el Obispo de Santander, que á Nuestra Señora la Blanca implora en todas sus necesidades y conflictos, y á la conservación y ornato de su templo atiende mientras se lo permiten sus escasos recursos, mermados en todas ocasiones por sus diocesanos pobres. También el oratorio del adicionador del Catecismo paró, en parte por lo menos, en tan popular santuario. Todavía hemos alcanzado á quienes ayudaron á llevar, desde la casa antes aludida á la capilla de la Blanca, varias efigies venidas de Santander, entre las cuales figuraba una de Santo Tomás de Villanueva, cuyas virtudes se proponía por modelo el tercer Obispo de aquella Diócesis.

Claro se ve por todo esto que las costumbres del antiguo Luarca y sus tradiciones, aun muy vivas en nuestros primeros años, no están reñidas con la Iglesia. En la carrera eclesiástica tuvo Luarca hijos muy distinguidos, que dentro y fuera de Asturias fueron honra de su patria. Antes que

hubiesen nacido D. Rafael Tomás y D. Gabriel Menéndez de Luarca, uno de dichos hijos, don Juan García Avello y Castrillón, vástago ilustre de la casa de Taborcías, ocupó dignamente la silla episcopal de Oviedo. Si otros nombres no son tan conocidos, cúlpese á los tiempos y no al mérito. Antiguamente la humildad era inseparable del mérito. Hoy quien no pasa á la Historia, es por lo menos hombre de historia.

Tiénela Fray Froilán Díaz, á quien suponen algunos hijo de Luarca. Lejos está de constarnos que lo sea, aunque no tengamos motivo especial para negarlo. Pero en supuesto semejante, con dos hijos contaría Luarca, cuya historia coincide desde algún punto de vista: la de ambos personajes se relaciona con la Historia de la Inquisición. El confesor de Carlos II sufre las consecuencias de una delación calumniosa, mientras libremente no le absuelve tan justificado tribunal. Y D. Rafael Tomás sufre con santa conformidad el destierro, por negarse á publicar en su Diócesis la extinción del Santo Oficio. También coinciden el Fraile y el Obispo en la renuncia de mitras, siquiera renuncie aquél la de Avila, cuando de Real orden se le insinúa en previsión de un conflicto, y D. Rafael Tomás, á su regreso de Portugal, se apresure á renunciar la metropolitana de Sevilla en cuanto sabe que Fernando VII le promueve á dignidad tan elevada.

Todo cambió en la tierra de D. Rafael Tomás, y ya en su tiempo se había iniciado el cambio. En 1815 escribe á su sobrino D. Matías, que, al parecer, le consulta sobre la carrera de sus hijos, inclinados á la milicia: "Es cierto que el cuerpo "de Guardias Españolas es de mucho honor; pero "no sé cómo se conducen aquellos oficiales, y "creo que en todas partes hay sus cosas. Mira tú, "pues, con María del Carmen, lo que mejor con-

“venga, y Dios os ayude y ayude también á encaminar á.... por donde mejor le convenga. “Antes esa casa era de eclesiásticos y eclesiásticas, ahora sigue otro rumbo. Y ¿qué hemos “de hacer? Pedir á Dios que encamine bien á la “familia. Así sea.”

“Ahora sigue otro rumbo” aquella casa y otro rumbo sigue también la sociedad. ¿Pierden ó ganan las familias, pierden ó ganan los pueblos con el nuevo rumbo emprendido? No nos incumben, ni es tampoco del caso resolverlo. Nuestro objeto es distinto, y conseguido está ya con haber indicado á la ligera que, si los antecedentes de Luarca no son guerreros ni políticos, son á lo menos los más propios para tierra de Obispos.

Y no se entienda que al limitarnos á un punto tan concreto, venimos á confesar que á otros no podríamos extendernos. Tratándose de nuestra empresa, basta lo dicho. Pero de Luarca mucho más hay que decir. No es un pueblo de ayer: tiene su historia. Sólo que le faltó quien la escribiese. Ahí tenemos la iglesia, nadie sabe cuántas veces rehecha. A principios del siglo XVIII ó fines del anterior, fué levantada de nuevo por el pueblo, y al abrirse no ha muchos años los cimientos de la existente, huellas se hallaron de templos anteriores que suponen antigüedad remota. Casas nada modernas de aquel barrio se levantan sobre antiquísimos enterramientos.

No poco antiguos debían de ser los capiteles de Santa Catalina (1), joyas preciosas á dicho de inteligentes, cuyo paradero ignoramos, como lo ignoraba quien de ello nos dió cuenta. Ni poca

(1) Capilla que hoy no existe, y que desde hace muchísimos años no estaba abierta al culto. Situábase junto al puente llamado viejo, á la margen derecha del río y en paraje conocido por El Pilarín.

antigüedad demuestran las piedras embutidas en los muros de la iglesia de Santiago, anejo de Santa Eulalia de Luarca; circunstancias que no desmienten la fecha remotísima de la donación de ambas iglesias por D. Fruela II á la de San Salvador de Oviedo. Del siglo XV trae su origen el hospital de peregrinos, fundado por Alonso Rico.

También cuenta el archivo del Ayuntamiento con el fuero que D. Alfonso el Sabio otorgó á este concejo. Si alguien le tacha de no auténtico, peor librado queda otro pueblo que tanto alardea del suyo, á pesar de críticos competentes. Y si por cosa baladí se quiere tener todo esto, ahí están las cortaduras de Castiel, obra de generaciones, que, para confusión de arqueólogos, dejaron tales huellas.

Forman contraste las cortaduras ó fosos de Castiel, con las baterías de Santa Cruz y la Atalaya, hoy sin cañones ni troneras.

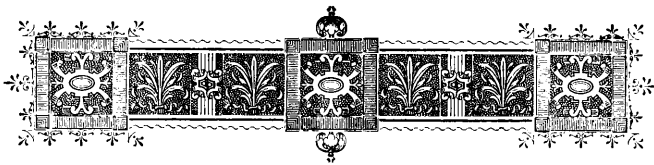
Pero aun sin las cortaduras de inmemorial origen, declara en el proceso de la antigüedad de Luarca el tantas veces reformado muelle, que desde el pié del monte, recostadero de la Villa, viene avanzando hacia la dársena, según las necesidades del tiempo. Sobre muelles antiguos se levantan muchas casas del pueblo. Dos ó tres muelles por lo menos tiene debajo de sí la iglesia. Conque puede gloriarse Luarca de haber contado siempre, á falta de Ingenieros, con hombres de buen ingenio, que reformaron obra tan importante sin comprometer la seguridad del puerto, donde tantos buques podían estar y estaban á la vez defendidos de las olas, que hoy les obligan á refugiarse en mar abierto. Va todo lo dicho á la ligera, como no puede menos de ir en un trabajo donde solo por incidencia se tocan puntos que muy bien merecían ser tratados más por extenso.

Los tiempos que ahora corren son opuestos á los antiguos tiempos, por lo menos desde algún punto de vista. Pasó la vida D. Rafael Tomás combatiendo los errores modernos. Los económicos de Jovellanos fueron objeto de su representación á Caballero. ¡Quién había de contarle que *Jovellanos* sería el nombre de una logia, hoy, gracias á Dios disuelta, y no muy distante, cuando funcionaba, de la casa de sus padres y abuelos!

Pero aun quedan en Luarca restos de lo que fué. La escuela de Cristo resucita, y el toque de ánimas vuelve también á oírse. No sabemos de otro pueblo que le conserve. Gloria y honor á quien le restablece. Sólo que cuando éramos niños sonaba toque tan popular en la campana del Concejo, y hoy se tocan las ánimas en la iglesia. Sucede con esto lo que con todo en cuanto al orden religioso. La religión huye de las esferas oficiales y se refugia en el templo. Hay excepciones, sin embargo. Las Casas Consistoriales ostentan en su fachada una imagen de la Virgen, que anualmente festeja el Ayuntamiento. El toque de ánimas y el culto del Municipio á Nuestra Señora del Pilar, son todavía la esperanza de nuestro querido pueblo.

Conque visto hemos ya cómo era el antiguo Luarca pueblo apropiado para Sacerdotes y Obispos. Tócanos ver ahora si á tales antecedentes correspondió el personaje que nos inspira estas páginas.

Que posteriores al Obispo de Santander hubo en Luarca repúblicos desinteresados, hombres de ciencia y escritores notables, es harto público; pero el mencionarlos aquí no es oportuno. Todavía son de ayer. A otros toca, no al autor de este libro, honrarse honrándolos.



CAPÍTULO II.

Nacimiento, familia, patria, educación y estudios de D. Rafael Tomás

EN Setienes, parroquia de Santiago de Arriba, anejo antiguamente de Santa Eulalia de Luarca, Principado de Asturias, levantábase á fines del próximo anterior siglo la casa que dió apellido á D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca.

Un incendio voráz redujo á cenizas el edificio, de que apenas se conservan ruinas, el 19 de Noviembre de 1795. Pero se distingue aún el solar, y recuerdan no pocos los ennegrecidos muros y rasgados balcones, desde los cuales se podía contemplar á vista de pájaro el río Negro, que serpenteando en profundo y angosto valle, al descubierto unas veces y otras oculto por el follaje, parlero y jugueton se humilla después de vueltas mil bajo los cinco puentes de la pintoresca villa de Luarca, para mandar sus aguas, ya menos bulliciosas, al Océano.

Es el valle, como dijimos, hondo y estrecho. La izquierda ladera, en cuya cima y tocando en el llano que la separa del mar tenía su asiento la casa de Setienes, abunda en frondosidad. Cubiertas de verdura también están las dos márgenes del río. Pero á su mano derecha, empinanse montes yermos que limitan el horizonte; y así el paisaje, contemplado desde la casa de Setienes, ofrece aspecto ameno y severo á la vez, en relación acaso con el carácter que nos proponemos describir, y quizás en abono de quien pretenda encontrar coincidencias entre las condiciones geológicas de un país y las intelectuales y morales de sus habitantes.

Sea como quiera, la casa de Setienes dió apellido á D. Rafael Tomás, que nació en élla el 22 de Noviembre de 1743 y fué bautizado en Luarca el mismo día por D. Diego García Paredes, Escusador de la parroquia.

A los padres del recién nacido, D. Lope Matías Menéndez de Luarca y Tineo y doña Rosa María Queipo de Llano, considera la partida bautismal vecinos de Luarca y moradores en la aldea de Setienes, parroquia de Santiago, circunstancia por la cual el bautizo se verificó en la villa donde siempre tuvieron casa abierta estos señores, sin embargo de su residencia en términos del anejo. Fueron padrinos del niño, que recibió los nombres de (1) Rafael, Matías, Clemente, Antonio, sus hermanos D. Juan Matías y doña María Teresa.

(1) Rafael, Matías, Clemente, Antonio, son, como dijimos en el texto, los nombres que se impusieron al que fué tercer Obispo de Santander.

"No sabemos por qué se le ha venido llamando, y también él se firmaba Rafael Tomás;" dice una nota de la biografía, que de Su E. I. publica el *Boletín Eclesiástico* de Santander, correspondiente al 1.º de Enero de 1885, y reproduce la ilustre y venerable congregación *Milicia Cristiana*, con motivo de su primer centenario en 1888.

De la religiosidad de los padres dan testimonio los hijos. D. Rafael Tomás tuvo diecisiete hermanos, de los cuales murieron seis antes de llegar á jóvenes. De los doce restantes tomaron el hábito de San Benito, en los dos Monasterios de la Orden que contaba Oviedo, las hembras en número de siete; de los varones se casó el primero, D. Juan Matías, padrino de D. Rafael Tomás. En la religión benedictina profesó uno; otro, don Matías Ignacio, después de su carrera literaria, abrazó el Sacerdocio y fué Cura-abad de San Salvador de Grandas de Salime, en esta provincia y Diócesis.

El cuarto, D. Gabriel Mateo, tan conocido por sus adiciones al Catecismo del padre Astete, cursada la Teología en Oviedo y Salamanca, donde

Lo mismo nos decíamos nosotros antes de conocer á fondo la vida del Sr. Menéndez de Luarca. Y aunque tampoco este-mos hoy seguros de haber dado con la solución del enigma, se nos antoja muy fundada la que vamos á presentar como probable.

Conste ante todo, que hasta después de su consagración no usó el Obispo este segundo nombre; pero apenas consagrado, *Rafael Tomás* se firma en su primera carta al Cabildo de Santander y así continúa firmando todo género de comunicaciones y documentos.

Será inútil discurrir si le fué impuesto en la confirmación el nombre de *Tomás*, por que no se conserva ningún apunte acerca del particular. Caso de que le hubiese en el archivo de la casa de Setienes, habría desaparecido con el incendio de 1795.

Ni en los archivos eclesiásticos de Oviedo se pudo encontrar nada relativo á la ordenación del Magistral, que á título de esta prebenda fué ordenado el Sr. Menéndez. La guerra de la Independencia y los trastornos políticos que la sucedieron, explican bien esta falta. Quizá en el expediente, que no pudo menos de instruirse, podríamos dar con algo relativo á la confirmación.

En el acta de consagración se presumía que resultase adoptado por D. Rafael Menéndez de Luarca el segundo nombre que usó después de Obispo; pero el atestado suscrito por el Ilustrísimo Armaña, Obispo Consagrante, tampoco dice nada.

Es de opinar, por lo tanto, que á la devoción del tercer Obispo de Santander á Santo Tomás de Villanueva, en cuyas virtudes, según fama, contemplaba un modelo, se debe atribuir el origen del nombre que usó después de consagrado. Era muy antigua y especial por extremo esta devoción del Sr. Menéndez de Luarca. Harto conocida debía de ser en Oviedo, cuando las monjas clarisas de esta Ciudad le regalaron un cuadro del Santo bordado por ellas mismas, cuadro que tuvo siempre el Obispo en la mayor estima.

obtuvo beca de Colegial en el insigne de San Pelayo, ganó la canonjía penitenciaria de Segovia, muriendo allí en posesión de su prebenda, adjudicada, como de oficio, al mérito.

El menor de todos fué D. Rafael Tomás, cuya evangélica virtud, varonil entereza, apostólico celo, acendrado patriotismo y profundo conocimiento de las ciencias eclesiásticas, son nuestro asunto.

D. Lope Matías y doña Rosa María consagraron al servicio del Templo a todos sus hijos, menos al primogénito. Dichosos tiempos en que la piedad informaba las costumbres y el cielo devolvía en bendiciones á los padres el sacrificio

Efecto sin duda fué de la devoción dicha el gran número de imágenes de Santo Tomás de Villanueva, regaladas por el Señor Menéndez á varias capillas de las parroquias de Luarca y Santiago de Arriba. Una hizo colocar en el altar de los Dolores, fundación suya en la Catedral de Santander.

Otra circunstancia nos parece también digna de tenerse en cuenta. Santo Tomás de Villanueva fué colegial en el mayor de San Ildefonso de Alcalá, el noveno "entre los primeros que hubo en aquél insigne colegio," como dice Rivadeneira. El Arzobispo de Valencia y el Obispo de Santander vistieron la misma beca. ¿Quién sabe si en el Colegio de San Ildefonso comenzó la devoción del Colegial Rafael al santo colegial Tomás? Así lo cree quien esto escribe.

Podrá decirse que si la devoción del Obispo fué tan antigua y á ella se ha de atribuir el segundo nombre que usaba, no se compadece esto bien con tanto haber tardado en manifestarla. Pero á semejante observación hay respuesta muy obvia. Lo que tratándose de un Colegial ó de un Presbítero podría considerarse pedantería ridícula, en el Obispo fué respetado siempre. El nombre que usaba en segundo lugar era para el Prelado un recuerdo y un estímulo, y para sus diócesanos un programa.

Proponiase D. Rafael Tomás como modelo de Obispos al Santo Arzobispo de Valencia, y firmándose *Rafael Tomás* sentía el estímulo de las virtudes de su modelo y á los demás las inculcaba. Fué, ciertamente, difuso en sus documentos impresos el Obispo de Santander; pero no muchos habrán llegado á su concisión habitual, tratándose de dar lecciones y de resolver dificultades. Con una frase brevísima lo decía todo, y á veces de un modo tal, que sólo entendía la reprensión el reprendido.

Y esto supuesto, no tenemos por inverosímil, sinó antes por muy probable, la explicación indicada. El nombre de *Tomás* adoptado por el Obispo Rafael en segundo lugar, significa un estímulo y equivale á un programa.

de sus hijos, consumado sin mundanales miras á honra y gloria de Dios. La Iglesia, para la casa de Setienes, nunca fué grangería. Hoy las clases nobiliarias desdeñan el santuario y educan á sus hijos para el mundo, que les paga como suele pagar el Diablo á quien le sirve.

En cuanto á condición social, circunstancia no despreciable, sobre todo en estos democráticos tiempos, D. Lope Matías y doña Rosa María, honrándose con la propia, no envidiaban la ajena, persuadidos por otra parte de que las obras hacen al hombre verdaderamente noble. Y respecto á D. Rafael más le habrá satisfecho, que su heredada nobleza y todas sus dignidades, “entrar (1) en el pontificado sin auxilio de brazo de carne.”

Lo cual supone que desde la niñez cuidaron de encaminalrle sus “padres”—como diría Cervantes—“por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres,” “ambiciosos (2), no de riquezas temporales, como Giezi y Acán, sinó de imprimir en su alma ideas “de virtud y de formar su espíritu recto, sabio “y justo.”

Carecemos de pormenores relativos á la educación de D. Rafael Tomás; pero amén de que serían conformes á los tiempos de entonces, y por ende dicha educación menos aparatosa que sólida y tan severa y viril como por lo general es hoy pedantesca, muelle y frívola, el mismo de quien se trata nos da bien á entender cuál fué la suya en carta á su sobrino D. Matías Menéndez de Luarca y Tineo. “Dile”—á su mujer D.^a María del Carmen del Riego y Heredia—“que digo yo que haré lo “que me parezca, y que cuando le pidan recomen-

(1) El Padre Pamplona.

(2) El mismo.

“daciones, si quiere darlas, las dé previniendo á los “recomendados lo que digo yo desde ahora para “siempre; y dile, que en penitencia me rece una “salve á Nuestra Señora de la Blanca, teniendo “delante y con las manos puestas, á la familia “menuda, y su mano levantada para dar un co- “corroncico al que vuelva la cabeza; y dile que la “levante ahora para en mi nombre echarles á “todos una cumplida bendición.”

Y lo revela también muy á las claras un hecho que apenas hoy se concibe. A D. Rafael Tomás, último de los dieciocho hijos que tuvieron D. Lope Matías y doña Rosa María, dió lecciones de primeras letras el primogénito D. Juan Matías, á quien por esta razón, por ser padrino suyo, por la diferencia de edad ó por todas estas circunstancias juntas, trató de Ud. como á superior el ahijado y discípulo, hasta que Magistral de Oviedo y ordenado *in sacris*, se le redujo á omitir tal muestra de respeto, por no conforme al respeto debido al Sacerdocio.

Por todo lo cual se ve cómo aquella educación, que llamaremos del antiguo régimen, sin embargo de la severidad, no excluía la ternura, y tan lejos de apocar los caracteres, los formaba enérgicos, independientes y viriles; redundando cuanto podía tener de autoritaria en pro del principio de autoridad, olvidado ahora en el orden político y social y á punto de serlo también en la familia, importantísimo elemento y sólida base del poder y grandeza de la Patria. Patria y familia corren hoy parejas. ¿Cómo ha de respetar al Rey quien trata de tú á los padres? La familia es la unidad de la Patria.

Pero dejemos á un lado la educación del niño, que ya entra en la juventud para no ser, moralmente hablando por supuesto, apenas joven. Y decimos apenas, teniendo en cuenta su afición á la

caza, que con serlo también de viejos, como sucedía en su familia, mejor se aviene con las fuerzas y bríos de los pocos años. Fuera de tal afición, á que renunció para siempre antes de ser ordenado *in sacris*, sus pensamientos y costumbres, todos los actos de su vida, más revelaron al futuro Obispo que al estudiante.

Ni tiempo podían dejarle para distracciones los estudios. De su instrucción primaria ya dijimos cuanto sabemos. Dónde aprendió Gramática, no acertaremos á decirlo, siquiera debamos de suponer que para estudiar latín no haya salido de Luarca, villa en la cual, desde muy antiguo, nunca faltaron preceptores idóneos (1); pero sí consta

(1) Que desde muy antiguo no faltaron en Luarca preceptores idóneos de latinidad, siempre lo hemos oído

Pero lejos estamos de atribuir á esta enseñanza carácter oficial, ni siquiera de sospechar que fuese retribuida por el Ayuntamiento. No faltó, sin embargo, algún hijo de Luarca, fundador de un beneficio eclesiástico, con la carga, entre otras, de enseñar gratuitamente Gramática latina á los naturales de la villa de Luarca y «Concejo de Valdés y sus jurisdicciones.» Alonso Rico de Luarca, residente en Sevilla, fundó por testamento de 28 de Julio y codicilo de 29 del mismo mes, año de 1602, una Capellanía perpétua, de ocho misas todos los meses del año, en la iglesia de dicha parroquia y la obligación de enseñar por mañana y tarde Gramática en la Villa.

Era precisamente patrono de esta Capellanía D. Lope Matias, padre de D. Rafael, como segundo nieto de doña Leonor Rico y Castrillón, en quien había recaído el patronato, por haber muerto sin dejar sucesión los señores Juan y Lope Rico, sus hermanos y hermanos también del fundador.

Pero el 24 de Marzo de 1739, cuatro años antes que hubiese nacido el Obispo de Santander, presentó su padre la Capellanía sin la carga de enseñar Gramática, de la cual carga se habían creído exentos los Capellanes anteriores, por lo exiguo de las rentas, que consistentes en censos, sufrieron gran rebaja, efecto necesario de la disminución legal de los réditos, y de lo incierto de algunas hipotecas. Para tranquilizar su conciencia expuso el patrono este caso al Ordinario, que suponemos habrá resuelto de conformidad con lo propuesto por D. Lope.

Continuó, por consiguiente, la enseñanza de Gramática en Luarca, á cargo de profesores particulares, hasta el año de 1782, en el cual, á doce dias del mes de Noviembre, D. José Avello y Valdés, Juez en el Estado noble de dicha Villa, dió posesión al Licenciado don Francisco Lucas Fernández Laguna, del cargo de maestro de Gramática, para el que le habia elegido el Ayuntamiento en virtud de Real facultad y mediante oposición ante D. Juan Matias de Azcárate, caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de S. M., su Regente

que á 9 de Junio de 1759, meses antes de cumplir dieciseis años, recibió en la Universidad de Oviedo el grado de Bachiller en Artes, de que puede inferirse su talento precoz, aplicación extraordinaria y notable aprovechamiento, condiciones no impropias, ciertamente, de un joven, siquiera nos revelen madurez anticipada. El 29 de Marzo de 1762, y en la misma Universidad, recibió grado igual en Sagrada Teología.

No son, con todo eso, dichos grados los únicos

en la Real Audiencia de Oviedo, Gobernador político y Superintendente General de todas las rentas reales, propios y arbitrios del Principado. Diósele al D. Francisco Lucas casa donde habitar y salario de trescientos ducados en cada año.

Sucede á D. Francisco Lucas, en 1800, D. Domingo González Trelles, natural de la parroquia de Serandinas, concejo de Boal, y clérigo *in sacris*. Y por renuncia de este Señor, presentada en 23 de Mayo de 1817, acuerda el Ayuntamiento, en 3 de Junio del mismo año, conceder interinamente la cátedra de latinidad á D. Joaquín Manso, vecino de la villa de Luarca, maestro algunos meses de quien traza estas líneas y profesor más tarde de los Institutos de Pontevedra y Oviedo.

Cesó en el cargo de preceptor D. Joaquín Manso, el 3 de Noviembre de 1845, por efecto de las novedades introducidas entonces en la enseñanza pública, sin que nadie le sustituyese, por lo menos con carácter oficial.

Más tarde dieron lecciones de Gramática profesores particulares, y hacia el año de 1877 se fundó, por iniciativa de algunos vecinos, un colegio de segunda enseñanza, bajo la dirección de D. Luciano Bances. Para casa y material del Colegio agregado al Instituto provincial de Oviedo, y dirigido por D. José Ahuja, contribuía en 1879 el Ayuntamiento con mil pesetas.

En 1880 aparece en Luarca un nuevo Colegio; pero la competencia con el antiguo cesa en 1881, refundiéndose ambos en otro dirigido por el Párroco de la Villa D. Leonardo García Infanzón, por muerte del cual ocupa el cargo de Director D. Conrado Pastur, á quien sucede D. Manuel Albornóz.

Desde 1891, el Ayuntamiento subvenciona este Colegio con 2.500 pesetas anuales, á condición de que se dé á los alumnos pobres enseñanza gratuita, y se rebaje á los de las aldeas la tercera parte de lo que paguen los de la Villa por cada asignatura.

No puede negarse que hay progreso. Al cabo, en el Colegio de Luarca se confieren grados de Bachiller en Artes. Difícil nos parece, sin embargo, que los Bachilleres de hoy entiendan, escriban y hablen el latín, como los discípulos de los antiguos preceptores, que, según tradición, servían de intérpretes á los peregrinos extranjeros conocedores de esta lengua, cuando camino de Santiago se hospedaban en el hospital de Luarca. En cambio, los estudiantes de antaño quizá nunca pensaron en honrarse con grados académicos. Valia entonces la ciencia más que el papel.

méritos contraídos por D. Rafael Tomás en la Universidad fundada por D. Fernando de Valdés. Apenas graduado en Artes, por Octubre de 1759, fué admitido en una de las Academias de teólogos, previo examen comprensivo de toda la filosofía, argumentos y lección. Asistió á la Academia tres cursos y presidió tres actos menores, dos en Artes y uno en Teología, leyendo dos veces, una en la facultad de Teología y otra en la de Artes, y contestando á los argumentos de sus coacadémicos, á quienes hubo también de argüir cuando le tocó hacerlo.

En dos actos mayores, de Artes el uno y de Teología el otro, fué sustentante, y por dos veces se opuso á las cátedras de Artes, con los ejercicios propios del caso.

El 4 de Julio de 1762, incorporó su grado en Artes á la Universidad de Salamanca, en cuyo insigne Colegio de San Pelayo obtuvo entonces beca, previos ejercicios literarios, por unanimidad aprobados, sobre una de las distinciones designadas por la suerte en el *Maestro de las sentencias*. Dos veces se opuso en Salamanca á las cátedras de Regencia de Artes, con públicos ejercicios, sin olvidar, por supuesto, sus estudios en Teología, coronados con la licenciatura, que mereció *nemine discrepante* en la Universidad de Avila el 5 de Junio de 1764.

Muy raro parecerá, sin duda, preferir á la Universidad de Salamanca la de Avila, para obtener un titulo académico, y mal parada quedaria en estos tiempos la reputación literaria de quien cosa parecida hiciese; pero en aquéllos, los gastos ocasionados por un grado mayor en las escuelas salmantenses, retrajeron á no pocos que, si se proponían utilizar la ciencia, no así pensaban en alardes impropios de la modestia, compañera inseparable del mérito, y á veces de la parsimonia

que impone la estrechez, enemiga del buen ingenio.

Y no pasó de Licenciado. A la borla prefirió la ciencia, al grado de doctor, ser docto. Pero quiso todavía serlo más; porque apenas concluida su carrera, fué nombrado por la Junta de colegiales mayores de Madrid, para obtener una beca en el de San Ildefonso de Alcalá de Henares, donde ingresó el 27 de Marzo de 1765, previos ejercicios escolásticos y examen por la Teología, con unánime aprobación.

Tres años había estado en San Pelayo de Salamanca y cinco estuvo en San Ildefonso de Alcalá. En aquel Colegio concluyó la Teología con el aprovechamiento que supone la licenciatura obtenida por unanimidad de votos, circunstancia no tan frecuente entonces. Y en éste amplió los conocimientos de que dió muestra gallarda el Obispo de Santander, sin embargo de su lamentable estilo, no reñido en ocasiones con la elocuencia y nunca con la erudición, la oportunidad y el vigor lógico. Otra cosa, en cuanto á literatura, fué su hermano D. Gabriel Mateo, como lo demuestran sus adiciones al Catecismo del Padre Astete.

Grande importancia tuvieron en España los Colegios mayores, "que han dado á la Iglesia y "á esta Monarquía varones tan insignes en santidad y doctrina, tanto crédito á mis tribunales de "Justicia, y honor á los principales empleos, así "eclesiásticos como seglares de estos reinos." (Carlos III, 1771). Y honra señalada por tanto reputarse debía el pertenecer á los colegios dichos; sobre todo cuando la beca era obtenida sin pretenderla el agraciado, ni aun sospechar la benevolencia de que era objeto. Tal sucedió con D. Rafael Tomás, que sorprendido con tan inesperado favor, quiso antes de aceptarlo consul-

tar con su hermano y padrino D. Juan Matías, á quien veneraba como padre (1).

Verdad es que los Colegios mayores ya comenzaban á perder consideración, como lo dice la *Ley recopilada*, de que tomamos el párrafo transcripto, y Menéndez Pelayo nos lo cuenta en su *Historia de los Heterodoxos*. Pero con todo eso, aun se honraba con la beca de San Ildefonso D. Gaspar Melchor de Jovellanos, á quien la proporcionó D. Romualdo Velarde y Cienfuegos, Obispo de Avila (2). Y de cualquier modo, cuanto haya de cierto en los abusos de que los Colegios mayores (3), “nervio de las Universidades y su autonomía,” son acusados, tanto redunda en crédito de quien á pesar de los pocos años — á los veintiuno y meses entró D. Rafael Tomás en San Ildefonso — supo conservar su austera virtud entre ocasiones próximas, que acaso no fuesen tantas como permiten suponer (4), “la relajación, indisciplina y “barbarie de aquellos cuerpos privilegiados en “los últimos tiempos.”

Por lo menos semejante desorden no se opuso en el presente caso á una elección tan ajena de toda influencia y respeto humano. ¡Oh si lo mismo pudiera hoy decirse de otras corporaciones! Honró la beca al colegial, pero también el colegial honró la beca. Por de pronto, de su recogimiento y humildad son prueba clara el haber elegido para sí la más lóbrega y menos apetecida habitación de aquél Colegio, según nos lo asegura el P. Liaño y Mendoza.

No pretendemos con lo dicho formar juicio de los Colegios mayores “en los últimos tiempos,”

(1) Ya habían muerto D. Lope Matías y doña Rosa María.

(2) Así lo dice D. Francisco Cean Bermúdez, en sus Memorias para la vida de Jovellanos.

(3) Menéndez Pelayo. *Historia de los Heterodoxos españoles*.

(4) El mismo y en la misma Historia citando á Perez Vayer.

ni censurar el de Menéndez Pelayo. Otra ocasión y otro estudio serían propios del caso. Mas pensando que Institutos tan gloriosos murieron á manos de Roda y de Godoy, se nos ocurre el estorbo que para (1) "los manteistas, especie de mosquetería de las Universidades, escolares aventureros, y dados á aquellas novedades y regalías con que entonces se medraba y hacía carrera," habían de ser "los colegiales mayores, grandes adversarios de toda innovación."

No abolición, reforma como entiende el historiador de *Los Heterodoxos* indicaba el estado de los Colegios mayores; pero al odio sólo podía satisfacer la muerte de institución tan odiada. De los colegiales mayores, si todos se pareciesen á D. Rafael Tomás, podría muy bien decirse en algún sentido lo que se dice de un famoso jurisconsulto romano, que *nihil ratum pensumque habebat, nisi quod justum sanctumque esse in romanis antiquitatibus legisset*.

(1) Menéndez Pelayo, *ibidem*.



CAPITULO III.

Su vocación



QUE desde los primeros años todo revelaba en D. Rafael Tomás menos al estudiante que al Obispo, dicho queda en el anterior capítulo. En éste se añadirá lo que sienta mejor en labios ajenos que sentaría en los nuestros (1). “Apenas se desenvolvió su razón, dió á conocer la rectitud de su corazón, el candor de su alma y una bondad de carácter de tal temple, que podía decirse de él que le había tocado por suerte una alma buena como al sabio. Siendo desde joven de un aire majestuoso, afablemente grave, y religiosamente imponente, se empleaba por principios en el estudio de las virtudes, por inclinación en la práctica de las cualidades que caracterizan al hombre de bien, y por afición en los ejercicios de piedad, frecuencia de sacramentos y retiro del bullicio del siglo, tan famoso por sus naufragios... Jamás

(1) El Padre Pamplona.

“profanó la pureza de su corazón ni aun con las impuras imágenes de ese vicio que no debe nombrarse entre los cristianos. Su corazón fué un santuario donde la castidad conservó sus derechos.”

“Conociendo que Dios le llamaba, como al hermano de Moisés, para el ministerio de los hijos de Leví, creyó un deber religioso preservarse de todos los contagios de Babilonia, no entrar jamás en las tiendas de Madián, huir del cáliz de la prostituta del Apocalipsis, y preparar su corazón con virtudes dignas de un ministro del Tabernáculo..... que es la señal verdadera de estar animado del espíritu de una religión santa é inmaculada, según la expresión elocuente de Santiago. Su vocación al sacerdocio fué la más pura y desinteresada. La consultó con el Señor... no ha sido de aquellos ministros intrusos, que desean entrar en el templo como Heliodoro, porque hallan recursos en el erario santo, con que puedan proporcionarse una subsistencia cómoda. ¡Ah! ¡Cuántas veces se consultan solamente los títulos de familia, ó los intereses de la fortuna, para creer que un hijo que está excluido de la primogenitura, por no ser el primer nacido, tiene un derecho sagrado para introducirse en el Tabernáculo del Señor, haciendo servir estas piedras inútiles..... de piedras angulares en el edificio de la Iglesia!”

Y en efecto, vemos en estos tiempos á no pocos habilitados con estudios, que pueden utilizarse así en las carreras civiles como en la eclesiástica, dispuestos á convertir la vocación en grangería. Quien no vale para jurisconsulto, viste sotana y espera de la Iglesia cuanto le niegan ingenio y letras. Y no faltan ni faltaron, por desgracia, quienes entrando ya por las puertas del templo, cambian de rumbo porque se les abren las del foro.

Pero á D. Rafael Tomás, que desde que pensar pudo pensó en la Iglesia, no fueron parte á disuadirle la perspectiva de medros y honras, (1) “ni la beca de colegial mayor, que parece autorizada para el uso bizarro y desembarazado del “trato con las señoras.” La Sagrada Escritura y la Teología eran el principal objeto de sus afanes. Estudió para la Iglesia y nada más que para servir á Dios en el estado eclesiástico.

Ordenado de Sacerdote, dió á conocer otras virtudes, cuyo germen oculto y en espera de ocasión oportuna ó de materiales medios, determinó su vocación. Obispo de Santander, su carácter firme y enérgico pudo alguna vez dar pretexto á la malignidad, para negar prudencia ó manse-dumbre á quien no había de argüir de otras faltas; pero á esto diremos que la pasión atiende únicamente á los efectos, y no ve, ó no quiere ver, las causas que los explican.

De la justicia y de la caridad son con frecuencia manifestación legítima el vigor y aún el rigor. Si alguna vez le llevase por un primer movimiento el celo á donde en circunstancias normales no querría, las satisfacciones al ofendido eran tan públicas, tan solemnes y eficaces, que la ofensa se convertía en título de honra y la viveza en ocasión de humildad.

Pero ni su temperamento enérgico, ni su entereza inquebrantable, ni su austera virtud revestían ásperas formas; antes bien franco y amable y enemigo de los caracteres taciturnos y esquivos, no lo era del gracejo, ni de utilizarle, viniendo al caso, en los decretos como un velo, á cuyo través atisbaba la corrección el corregido, con sólo examinar su conciencia, fiscal que acusa

(1) El mismo Padre Pamplona.

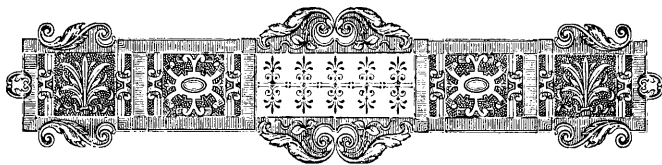
sin mortificar el amor propio y prepara la enmienda.

Ahí están los párrafos siguientes de una carta del Obispo á su hermano y padrino D. Juan Matías, que dan bien á entender cuán poco eran del gusto de D. Rafael Tomás la esquivéz y otras condiciones por el estilo. “Capellán hecho y “derecho—le dice,—con trescientos ducados de “renta y cargo de asistencia á coro y doce misas “al año, está hecho ó posesionado tu recomenda- “do mi familiar R.; quiera Dios pinte bien. “Así me lo prometo, porque no hay cosa contra “el provisto, y lo que de él se sabe, bueno es; “pero es intrínseco, oscuro caliginoso, tanto, que “no hay hombre que se atreva á decir dónde “tiene el alma, si en los pies, si en el pecho, si en la “cabeza. Por eso me detuve en darle la capella- “nía, y casi tuve pensado en otro, aun después “que no la quiso otro familiar mucho más antiguo “y benemérito; pero al cabo allá me resolví, y “hecho está; y de tí, que le recomendaste, ahora “es encomendarle á Dios y á la Virgen.”

Conque se ve por una parte, cómo la entereza impide al Obispo complacer á su hermano en la provisión de un beneficio, mientras puede esperar que le acepte sujeto más benemérito, y por otra, cómo el *carácter intrínseco, oscuro y caliginoso* del Sr. R....., contra quien nada malo resulta y lo que de él se sabe todo es bueno, tiene en suspenso al Prelado y á punto de vacilar. Queda pues dicho cuanto parece conveniente para dar á entender que D. Rafael Tomás entró en el sacerdocio cual entra en el aprisco el buen pastor.

Pero ni todo se dijo, ni parte de lo dicho dejaría de sentar mejor en otro capítulo. Y así en cuanto á lo primero, supliremos, Dios mediante, las omisiones en lugar oportuno, y respecto á

lo segundo, se tratará por extenso lo indicado someramente ahora, llegado el caso. Sinó que al referir las principales circunstancias demostrativas de su vocación eclesiástica, dejamos correr la pluma anticipando cosas probablemente ajenas del asunto, ansiosos de presentar cuanto antes á D. Rafael Tomás tal como era y no como le pintan los *espíritus fuertes*, y aun personas, piadosas si se quiere, que confunden la prudencia, virtud cardinal del alma, con la prudencia de la carne, y el sistema de atracción con el espíritu de transacción, para la justicia y la verdad funesto.



CAPÍTULO IV.

Su oposición á prebendas

EN los anteriores capítulos se habla del estudiante que da ventajosamente á conocer su ingenio y conocimientos en públicos ejercicios, y del joven de anticipada madurez sin aficiones propias de su juventud, no siendo la que le trajo (1) "*in diebus illis* arrastrado por Piedrafita, San Pelayo y "otros andurriales."

De su virtud y estudios se deduce su vocación eclesiástica. Trátase ahora de cómo empieza á poner por obra este propósito ganando en justicia el beneficio, á cuyo título ha de ordenarse *in sacris*. Admitido en el Colegio mayor de San Ildefonso de Alcalá el 17 de Marzo de 1765, diez meses después de su licenciatura por Avila, grado

(1) Palabras del Obispo, que se refieren á su afición á la caza.

académico que le habilitaba para oponerse á Prebendas de oficio, vacó luego una de tales prebendas, la canonjía lectoral de Mondoñedo; y aunque sin necesidad de inmediato acomodo, supuesto el período de ocho años concedido á los colegiales para utilizar sus becas, el deseo de no ser gravoso y de consagrarse cuanto antes al servicio de Dios en el estado eclesiástico, le llevaron á la oposición anunciada por el Cabildo mindonense.

No serían cosa enteramente nueva para don Rafael Tomás los ejercicios propios de estas oposiciones, porque en Oviedo y Salamanca se había opuesto más de una vez á las cátedras de Regencia de Artes. Pero ni tales cátedras eran canonjías lectorales, ni el actuar en escuelas tan conocidas era presentarse á un Cabildo de aquellos tiempos en oposición á una Prebenda de las más pingües (1) y á un público enteramente nuevo. Y no obstante la diferencia dicha, se opuso antes de haber cumplido veintidos años, circunstancia que, si en sujeto de menos virtud y ciencia podría suponer muy bien desfachatez ó presunción, ni lo uno ni lo otro significa en este caso, si no antes bien los deseos que el anterior párrafo indica.

Ni distinta explicación permiten la humildad ejemplar del joven opositor tan reconocida y publicada por cuantos le conocieron y el éxito que obtuvo. De certificación expedida en diez y ocho de Octubre del mismo año de 1765 por D. Carlos Sanz de Ibarrola, Canónigo y Secretario de

(1) En efecto, las canonjías de Mondoñedo eran, después de las de Santiago, las más pingües del reino de Galicia. Así estaban las oposiciones tan concurridas como no se concibe ahora. La supresión de los Colegios mayores y el empobrecimiento de la Iglesia hasta el punto de no contarse ya con los viáticos, que pagaba el opositor favorecido á sus contrincantes, disminuyeron considerablemente el número de los opositores y la importancia de las oposiciones.

Actas capitulares de los señores Deán y Cabildo de aquella Santa Iglesia, resulta que D. Rafael Menéndez de Luarca, opositor á la Prebenda lectoral, "desempeñó con aprobación y general "aplausos de los referidos señores Deán y Cabildo "y del numeroso concurso que asistió," todos los ejercicios de la oposición, que tuvo principio el 27 del anterior Septiembre, procediendo en ellos "con conocido magisterio y el mayor lucimiento." Obtuvo además tres votos. Por lo cual se ve claro que, aun sin la Prebenda, salió airoso y con méritos y alientos para ulteriores empresas. Y á la verdad, no podía prometerse más quien se presentaba opositor á los ventium años y diez meses, desnudo de recomendaciones. Resultó electo el Penitenciario de Lugo señor Cordido, colegial de Fonseca recomendado por su Colegio.

Tienen los canónigos lectorales á su cargo enseñar escritura en los Seminarios. Antes cumplían también este cometido en las Universidades. Pero al parecer no quería Dios á D. Rafael Tomás para los estrechos límites de una cátedra; le reservaba más ancho campo. Ocúrrenos si alguna vez las divinas palabras *docete omnes gentes*, habrán resonado en el interior del colegial, que sin haber recibido órdenes mayores predicaba y no así como quiera, supuesto que predicó un sermón en la Catedral de Salamanca y fué nombrado en 1764 por la congregación de *Originarios y Nacionales asturianos*, fundada en Madrid, para predicar en su principal fiesta de Nuestra Señora de Covadonga, lo que no pudo hacer por habérselo impedido enfermedad grave.

Y esto nos trae á la memoria otras predicaciones al aire libre, de que hace muchos años nos hablaba un venerable y anciano sacerdote, Capellán de la familia de D. Matías Menéndez de Luarca, en vida de D. Rafael Tomás. Decíanos

tan respetable varón, que cuando era muchacho el Obispo de Santander predicaba junto á la casa de Setienes todas las tardes de los días de mercado en Luarca, jueves y domingos, á la gente que regresando de la villa, había necesariamente de pasar por delante de aquella casa en dirección á Piedra Fita, Saliente, San Pelayo y otros pueblos de la montaña de Rionegro.

Dicho queda que antes de estar ordenado *in sacris* predicaba D. Rafael Tomás. Y al decirlo, lejos estábamos de referirnos á los sermones indicados en el anterior párrafo. Nos referíamos al sermón que predicó en la Catedral de Salamanca y al que estuvo á punto de predicar en Madrid y no predicó por enfermedad que le sobrevino y á otros más, tomándolo del atestado suscrito por D. Francisco Meré, Secretario de la Universidad de Oviedo, á 4 de Noviembre de 1768.

Pero que al predicar dichos sermones ni aun era clérigo de *menores*, lo declara el mismo predicador en *poder* otorgado á 9 de Junio de 1769 en Grandas de Salime, parroquia entonces á cargo de D. Matías Ignacio, su hermano (1), ante el

(1) D. Matías Ignacio tomó posesión de la Colegiata de Grandas en Septiembre de 1752. Era entonces aquella iglesia colegial además de parroquial y ostentaba el Párroco el título de Abad y la parroquia y Colegiata ostentaban á su vez el de *Honor de Grandas*, con que no sabemos si hoy se la distingue.

Era muy pingüe y de gran consideración tal beneficio, en cuyo goce entró D. Matías Ignacio á los veinticinco años, disfrutándole treinta y tres, pues que murió á los cincuenta y ocho de su edad.

Fué, según nuestras noticias, este período el más floreciente de aquella Colegiata. Su hermosa iglesia recibió grandes mejoras mientras el Sr. Menéndez de Luarca fué cura Abad. "Las más importantes obras, — nos dice el actual Párroco de Grandas D. José Antonio Villamil, — son de su tiempo, pudiendo asegurarse que el período de treinta y tres años en que él presidió la Colegiata, fué el más floreciente de la misma. El altar mayor, el cimborrio, el alto y esbelto crucero de la iglesia, el cabildo, atrio ó pórtico de que está rodeada (el mejor que se conoce por sus hiladas de arcos) y otras obras, se deben al señor Menéndez de Luarca, como minuciosamente consta en los "libros de Fábrica."

Notario público D. Antonio Rancaño; á medio del cual poder autoriza D. Rafael Menéndez de Luarca, Clérigo de *prima tonsura*, al Procurador eclesiástico de Oviedo D. Alonso Alvarez Lavarejos, para oponerse á la Capellanía de San Justo y Pástor, en él presentada pocos días antes por D. Juan Matías, de quien tantas veces se hace mérito en estas páginas. Y que no pasaba de clérigo de *prima* lo declara también el mismo D. Rafael en su oposición á la Canonjía lectoral de Mondoñedo y en las posteriores. Conque no puede dudarse de que los sermones mencionados en el documento suscrito por el señor Meré, predicados fueron antes de las órdenes menores y mayores, que recibió más tarde don Rafael Tomás.

En lo de predicar sin haber recibido dichas órdenes, no fué el primero. Sus disgustos causaron á San Ignacio de Loyola los sermones ó pláticas predicados en Alcalá de Henares y Salamanca. Pero se debe formar juicio distinto de los sermones de que habla la certificación, tal vez hoja de méritos en víspera de oposiciones. No se predica en una Catedral sin autorización competente. Hace poco, en las iglesias de Francia pronunciaban discursos de propaganda católica oradores de fama laicos, sin duda con el permiso de quien tenía potestad para dárselo. También predicó en algunas iglesias de Guipúzcoa y en el campo el mismo San Ignacio de Loyola antes de ser sacerdote ni religioso.

“Su nombre está grabado en una grande y sonora campana, la mejor de esta Iglesia, y la mejor de todas las del país, que según la tradición fué fundada á presencia de este Abad de eterna memoria: contiene mucha plata.”

“Fué enterrado en el Presbiterio.”

Suponemos que D. Rafael Tomás llevaría por objeto á Grandas visitar á su hermano y distraerse de sus tareas literarias con el ejercicio de la caza, muy abundante en aquella tierra.

Todo lo cual no es objeto nuestro tratar aquí desde el punto de vista canónico, aunque hayamos considerado oportuno el indicarlo, para dar á conocer por algún modo la vocación al púlpito de quien tiempo adelante tantos méritos contrajo y ganó tantas almas predicando.

Poco tardó en presentársele oportunidad más conforme á semejante vocación; porque sin haber transcurrido enteramente tres años hubo de vacar en la misma Iglesia de Mondoñedo la canonjía magistral, á que será excusado decir que D. Rafael Menéndez se opuso. Eran catorce los opositores y debió de ser empeñado el caso á juzgar por la calidad de aquéllos. Alguien había catedrático de *Prima* del gremio y claustro de la Universidad de Avila, no faltaba quien lo era de Teología en la de Santiago, ni faltaba tampoco algún canónigo de oficio. Dálo también á entender lo divididos que anduvieron los capitulares de Mondoñedo. Abundaban entonces los hombres de letras y aún parecía vigente aquello de "Iglesia, mar, ó casa real."

Las letras no se adquieren por lo regular sin la riqueza: para estudiar, es preciso tener la subsistencia asegurada; razón por la cual Satanás, enemigo de Cristo y de su Iglesia, inspiró á los liberales el pensamiento de empobrecerla, como medio de dar al traste con la ilustración del clero y envilecerle. En aquellos tiempos el estado eclesiástico era elemento social de grande influencia. Gracias si hoy la conserva desde el punto de vista religioso.

Pero dejémonos de consideraciones que, á pesar de oportunas, podrán no serlo tanto aquí, pues nos distraen del principal asunto. En esta oposición comienza el diablo á estorbar á don Rafael Menéndez, que actuó en todos los ejercicios de la primera sin contratiempos.

Dios no le quería catedrático. Pero toma puntos ahora, elige la distinción décimaquinta, libro tercero del *Maestro de las Sentencias*, una de las designadas por los *piques*, y cuando al día siguiente 21 de Noviembre de 1768 se presenta en la Catedral, "notándosele (1) por los señores "Deán y Cabildo venir indispuerto el Sr. Menéndez, y con peligro inminente de algún mayor "mal, no obstante haber suplicado con repetidas "instancias se le permitiese leer, pues convenia á "su honor ejecutarlo, acordaron dichos señores "en la *sacristia* reunida al efecto, que para evitar "el daño que amenazaba en la salud del referido "señor Menéndez, no se le permitiese leer y se "retirase á recuperar su salud sin perjudicar sus "derechos." Dijimos que comenzaba el Diabolo á estorbarle, porque lo mismo, aunque con mayor gravedad le sucedió, como á su tiempo veremos, en Oviedo.

El 27 de dicho mes, repuesto D. Rafael, toma puntos de nuevo, y al día siguiente actúa con general aplauso del público, de S. S. Ilma. el Obispo y de los Sres. Deán y Cabildo. En 17 del inmediato Diciembre discurre (2), "con el "mayor lucimiento y general aplauso de todo el "auditorio á presencia de S. S. Ilma., Deán y "Cabildo, sobre el capítulo 25 de San Mateo que "comienza: *Tunc simile erit regnum celorum*."

Verificóse la elección de Magistral á 23 del mismo. Obtuvo en el primer escrutinio cuatro votos el Sr. Menéndez de Luarca; y se procedió al segundo, en el cual resultó electo por catorce D. Andrés Rivera, colegial mayor de Alcalá, contra doce obtenidos por el Lectoral de Mondoñedo Sr. Cordido, menos afortunado ahora que antes.

(1) Actas capitulares del Cabildo de Mondoñedo.

(2) Las mismas actas, no sólo en cuanto á lo entrecorado sinó á todo lo referente á esta oposición.

No ganó la prebenda D. Rafael Menéndez, pero su reputación literaria no bajó un punto; antes bien parece haber salido de aquellos ejercicios más airoso obteniendo cuatro votos en esta oposición en vez de tres que obtuvo en la primera. Ni menos parece desanimado, pues que á los pocos meses le veremos acometer la misma empresa en Oviedo.

Pero aunque no hayamos omitido cosa grave respecto de los ejercicios referidos, llama nuestra atención la circunstancia de ser todos los opositores, ó su mayor parte por lo menos, clérigos de *Prima tonsura* ó á lo sumo de *menores*. Si alguno era sacerdote, en oposiciones ó concursos había ganado el beneficio, título de su ordenación. Lo cual, si á primera vista no parece importante, no deja de significar mucho á nuestro juicio. Todavía en aquellos tiempos era el clero un elemento social, todavía los eclesiásticos y los que aspiraban á serlo poseídos de semejante idea, querían en todo mantenerse al nivel de la clase. Cediendo á un sentimiento dignísimo, no reñido con la humildad, aplicaban á la milicia cristiana ciertos principios que informan el honor militar. Y como á un oficial pundonoroso no linsonjean los grados si no los gana con la punta de su espada y á precio de sangre, así los aspirantes al sacerdocio tenían á honra ganar su título de ordenación en las oposiciones á prebendas y en los concursos á curatos, batallas únicas en que podían tomar parte.

Cierto que la condición de los actuales tiempos es muy distinta. La Iglesia despojada recibe de sus despojadores una mezquina indemnización, que la impiedad reinante merma á cada paso con especiosos pretextos. La Iglesia vive porque Dios la sostiene; pero los eclesiásticos pobres y desautorizados, cuando no perseguidos, sólo cuen-

tan con el prestigio propio de la virtud. Y esto dicho tal vez á costa de inoportuna digresión, toca el turno á la Canonjía magistral de Oviedo, vacante por elevación al Obispado de su poseedor D. Alonso Franco. Pero como en esta oposición tienen inmediato origen el futuro engrandecimiento de quien ganó la prebenda y empiezan por otra parte á escasear menos las noticias, seremos, aunque concisos, más expresivos y no tan parcos en pormenores.

Vacante pues la Canonjía magistral y anunciada la oposición, no es dudoso que el opositor en Mondoñedo ha de serlo en Oviedo. Como estudiante pudo tan solo darse á conocer en la capital de Asturias por su aplicación y talento. A los diez y nueve años mal puede aspirarse á más, y diez y nueve años no cumplidos, faltábanle algunos meses, tenía D. Rafael Tomás cuando recibió el grado de Bachiller por aquella Universidad en 9 de Marzo de 1762. El 4 del inmediato Junio figura ya en Salamanca. (1)

(1) En una relación manuscrita de los que pertenecieron al Colegio Mayor de San Pelayo de Salamanca figuran entre otras las dos anotaciones siguientes: "264=En 4 de Julio de 1792 fué electo don Gabriel Menéndez de Luarca, natural de Setienes. Fué opositor á "Artes y Filosofía; llevó la Cátedra de Artes año de 1770, la de "Santo Tomás 1774; Penitenciario de Segovia 1776; dió al Colegio "mil cuarenta y un reales."

"265=En 4 de Julio fué electo D. Rafael Menéndez; leyó á la "cátedra de Artes; pasó al Colegio de Alcalá y llevó la Magistral de "Oviedo en 1770, la que dejó por el Arcedianato de Grado; en 1784, "Obispo de Santander."

D. Bernardo Dorado, en su *Compendio histórico de la Ciudad de Salamanca*, refiere que "han florecido en él (Colegio de San Pelayo) "y florecen (1776) sujetos muy distinguidos en nobleza, erudición y "sabiduría, prendas que han hecho á muchos de sus individuos acreedores á muy honoríficos y sublimes empleos; como D. Juan "Avello y Castrillón..... y en nuestros tiempos el Doctor don "Antonio Vuelta y Sr. Menéndez, Magistral de Oviedo, D. Antonio "Llanes, Obispo de Segovia y otros."

Nos parece oportuno trasladar á esta nota los anteriores párrafos por referirse, si no exclusivamente á D. Rafael Tomás, á personajes asturianos, que gozan de justa fama y merecen este tributo de respeto y de consideración.

Verificóse la oposición á la canonjía magistral en 1770. Entre los veintiseis y veintisiete años, en el vigor de la juventud, templado por madurez prematura, concurre á ella el colegial mayor. Airoso y grave, de voz simpática y palabra fácil, enérgico sin menoscabo de la humildad, y en medio de su modestia digno y precedido de honrosa fama, reunía según los contemporáneos todas las circunstancias apropósito para ganar voluntades, merecer consideración y asegurar el éxito.

Fué sin embargo la oposición reñida. Se presentaron once opositores casi todos graduados por Oviedo y Avila. De los once eran cinco asturianos, perteneciendo los demás á los Obispos de Calahorra, Plasencia, Valladolid, Lugo y Astorga. Figuraban entre los cinco primeros el Doctor D. Francisco Antonio Lamuño, apellido famoso en la historia de la lealtad católico-monárquica, y del Cabildo Catedral y Claustro de la Universidad de Oviedo, y Curas párrocos como el Doctor Vélez Cosío, que lo era de San Tirso el Real, y el de la Puente de los Fierros D. Fernando Antonio Infanzón. Entre los no asturianos contábanse un colegial de Fonseca, Doctor don José María Sanz y otro del Colegio Mayor de San Bartolomé de Salamanca, Licenciado D. Juan Antonio de Mugártegui.

Dispuestos los turnos, tomó puntos D. Rafael Menéndez de Luarca el 26 de Abril de dicho 1770, y en el primer *pique* "que dió el muchacho" (1), le tocaron las distinciones 17 y 18, lib. 1.º del *Maestro de las Sentencias*; en el 2.º las 26 y 27, lib. 2.º, y en el 3.º las 17 y 18 del lib. 3.º, eligiendo el opositor la distinción 18, que

(1) Todo lo entrecomado referente á esta oposición, se toma de las Actas Capitulares del Cabildo Catedral de Oviedo á la letra. De las mismas Actas resulta cuanto además se dice y no está entre comas.

comienza *De mérito*..... Fueron nombrados para los argumentos el Dr. D. Juan González Villar, asturiano y graduado por la Universidad de Oviedo, y el Licenciado Mugártegui de la diócesis de Calahorra y colegial mayor de San Bartolomé de Salamanca, graduado por Avila.

Pero tomados los puntos y estudiada y escrita la lección, enfermó de gravedad el Sr. Menéndez de Luarda, que poniendo el suceso comprobado con certificación de médico en conocimiento del Cabildo, hubo de pedirle que acordase lo conveniente al caso.

Parece tal ocurrencia, reproducción de la de Mondoñedo, un contratiempo para el opositor, que concluido tan importante trabajo, base del ejercicio escolástico, pierde lo hecho y otra vez queda expuesto á los preliminares de un certamen más angustiosos que el certamen mismo. Y con todo, quizás semejante contratiempo, lejos de serlo, tuvo algo de favorable en cuanto visto el último ejemplar y en conformidad con lo en él practicado, se acordó reconocer por medio de los comisionados para la oposición citando al Provisor, la lección escrita que hallaron por unanimidad "muy arreglada al texto, muy abundante y adornada con la mayor perfección para haber cumplido y lucido con ella." Lo que si no evitaba un nuevo trabajo al opositor, convertía el perdido en meritorio. Y el Cabildo tuvo además ocasión de manifestar su aprecio al Sr. Menéndez de Luarda, acordando que se le visitara en su nombre y se le ofreciese su médico y cuanto más necesitase.

En 11 de Mayo siguiente pudo el Sr. Menéndez volver á tomar puntos, tocándole en el primer *pique* las distinciones séptima y octava, lib. 1.º, en el 2.º las décima y trigésima, lib. 2.º, y en el 3.º las décimaoctava y décimanona del lib. 3.º Eligió la octava del primer libro, y res-

pecto á su ejercicio escolástico verificado el 12 certifica el Secretario del Cabildo "haber actuado "el Sr. Menéndez con mucho lucimiento." Es de notar que le tocó en el tercer *pique* la misma distinción que le había tocado al tomar puntos la vez primera.

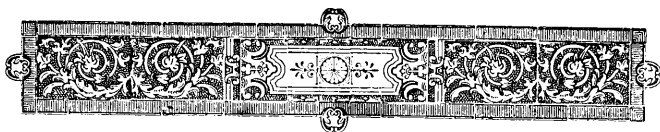
Los toma al quinto día para el sermón, y entre varios capítulos de San Mateo, San Marcos y San Juan designados por los *piques*, elige el capítulo 10 del último evangelista, circunstancia notable á nuestro juicio, porque ni en la curación del ciego de nacimiento ni en la resurrección de Lázaro, capítulos 9 y 11 señalados por el *pique* tercero, ni en otros importantísimos de los *piques* anteriores, pára mientes el futuro Obispo, que prefiere el proverbio del buen pastor, como si le arrastrase la vocación.

Sea como quiera, el día siguiente 18 de Mayo predicó el opositor,—según certifica el Secretario capitular,—con "la mayor satisfacción del gran "concurso que asistió á oírle." Y concluido que hubieron sus ejercicios los demás opositores, celebróse Cabildo extraordinario el 2 de Junio para la provisión de la Prebenda.

Fueron aprobados *in voce nómine discrepante* los ejercicios de todos los opositores, á cada uno de los cuales señaló la corporación su viático. Dijo el Sochantre la Misa del Espíritu Santo y entraron los opositores en la Sala Capitular, donde se les hizo saber su aprobación. Acto continuo, después de haber salido el Secretario á publicar por última vez la oposición delante del altar de Santa Teresa y de no haber contestado nadie al llamamiento, dióse por cerrado el concurso, y hecho el juramento de nombrar al mejor y más apropósito para el servicio de Dios, bien y utilidad de la Santa Iglesia, se procedió á la votación secreta, que publicada, dió el resultado

siguiente: siete votos para el Doctor Cosío, uno para el Doctor Villar, otro para el Doctor Sanz, para el Licenciado Menéndez veinte, tres para el Licenciado Mugártegui y uno para el Licenciado Lasarte.

Eran treinta y tres los canónigos concurrentes al acto; conque resultando elegido el Sr. Menéndez de Luarca, que avisado vino al Cabildo, recibió de rodillas la colación de manos de los Sres. Presidente y Provisor, teniendo cada uno el bonete por su lado según costumbre de entonces. Hechas las pruebas de genealogía y limpieza de sangre, toma posesión de la Prebenda don Rafael Menéndez de Luarca el 19 de Junio y hace la profesión de fé y jura los Estatutos el 27 del mismo mes.



CAPITULO V.

En Oviedo

Ahora empieza D. Rafael Tomás á dar más claros indicios del futuro Obispo. Era clérigo de *Prima tonsura* al obtener la Prebenda y Capellán de San Justo y Pástor en la parroquia de Santiago de Arriba, anejo entonces de Santa Eulalia de Luarca, Capellanía que renunció el 29 de Enero de 1771 “en atención á tener la congrua suficiente para la manutención con el aspecto y “decencia” que le correspondía.

Se ordena pues á título de la Prebenda magistral, y al ordenarse renuncia con el beneficio dicho á la caza, afición predilecta suya desde niño, pero impropia del sacerdocio. Tan poseído estaba de ello el Magistral de Oviedo, que cuando llegó el caso, lo hizo entender así á los eclesiásticos de su diócesis. Chiste ingenioso revela el Obispo de Santander pintando una

escopeta en las licencias de cierto sacerdote cazador, que no echaría seguramente en saco roto la broma de su Prelado, poco amigo de gastarlas sin su cuenta y razón.

Ordenado de Presbítero, parece que ni un instante dejan de resonar en su alma las palabras del Evangelio *Vos estis sal terræ*, y no quiere que se le apliquen aquellas otras: *quod si sal evanuerit in quo salietur?* Oye también á Jesucristo *Vos estis lux mundi..... Sic luceat lux vestra coram hominibus: ut videant opera vestra bona, et glorificent patrem vestrum, qui in Cælis est.* Procura pues santificarse á sí mismo y santificar á los demás, predicando con el ejemplo y la palabra y haciendo de la santificación ajena medio de conseguir la propia.

Enemigo de pompas y vanidades, siempre huyendo del mundo y de cuanto con lo mundanal se relaciona, no vive sin embargo aislado, porque en oír al pecador arrepentido, visitar al enfermo y socorrer al pobre, pasa el tiempo que no le llevan la misa, la oración y el coro. Si no le toca la misa conventual, celebra, la mayor parte de los días, después de las horas canónicas, y eso que desde la madrugada le tienen á su disposición los penitentes en la iglesia.

Pero no se limitan su virtud y celo á predicar los sermones propios del cargo que desempeña, ni á oír en la Catedral confesiones, ni á dar limosnas, teniendo menos en cuenta que la caridad sus medios, ni á comer sin regalo, vistiéndolo sin aliño, ni á confesar religiosas, ni asistir á moribundos. Hombre de acción, no se contenta con el cumplimiento de sus deberes estrictos, ni con favorecer á quien le pide. Busca las necesidades para ponerles remedio, anda en busca de males para curarlos, y á donde no llega el Magistral, acude el Misionero.

En las cuaresmas sobre todo, da expansión á su ardoroso celo predicando por las tardes en alguna parroquia de la Ciudad y dando ejercicios espirituales. No era un celo vulgar el suyo. "Oviedo,—exclama el Padre Pamplona,—no olvidarás jamás el talento orador de tu Magistral Menéndez, con que analizaba en el púlpito los "misterios de la fé, sus dogmas y verdades católicas, la economía de las gracias del Señor en la "predestinación de las almas, y la vehemencia "con que exponía al pueblo la instrucción en los "deberes de la vida cristiana. ¡Qué constancia en "impugnar los errores, qué razonamientos para "pulverizar los sofismas, qué intrepidez apostólica para corregirlos, qué plenitud de la ciencia "de los Santos para mover los oyentes y qué "unción para insinuarse!" Y á la verdad, nada exajera el autor del párrafo transcripto.

La tradición y los apuntes inéditos, de que hablamos en el prólogo, dicen más de lo necesario para formar elevadísimo concepto de la claridad con que D. Rafael Menéndez de Luarca veía las enfermedades sociales y de la intrepidez con que, sin el menor respeto á los respetos humanos, les aplicaba eficaz remedio.

Hombre de talento, de mundo y de virtud, Colegial Mayor de San Ildefonso y varón apostólico á la vez, sin andar por las ramas, se va derecho á la raíz del árbol. Sabe cuánto influyen el teatro en las costumbres y la Universidad en la ideas. Predica, por consiguiente, contra el teatro, y sus predicaciones y los medios que le permiten el ascendiente de su virtud y el de su clase, logran cerrarle las puertas.

No hemos de consignar aquí cuanto respecto del Magistral y su propaganda contra el teatro llegó á nuestros oídos. Cuéntanse cosas apenas creíbles hoy, porque apenas hoy se conciben

caracteres como el de D. Rafael Tomás; pero es lo cierto, que mientras fué prebendado de nuestra Catedral, si alguna compañía de cómicos se presentó en Oviedo, por donde vino dió la vuelta sin hacer uso de sus habilidades.

En cuanto á la Universidad, ya es otra cosa. Cerrar las puertas de la Universidad no había de intentarlo uno de sus ilustres hijos. Las Universidades eran entonces reales y pontificias y fundación por añadidura la de Oviedo del célebre inquisidor Valdés, terror de la herejía y enemigo jurado de la ignorancia.

Pero la Universidad de Oviedo carecía de privilegio para no contribuir con algún contingente á la *mosquetería* de que hablamos, tomándolo de Menéndez Pelayo, en anterior capítulo. No sabemos cuánto habrán influido en su ortodoxia las reformas de 1769, 1770 y 1771, inspiradas por el regalismo, galicanismo y volterianismo disfrazado de la corte..... Y aun no siendo preciso convertir á los estudiantes, por lo menos sería de conveniencia suma el prevenirlos y santificarlos. En las escuelas se forman los repúblicos.

Por otra parte, pudo bullir en la mente del Magistral algo parecido á lo que suscitó en San Ignacio de Loyola y sus compañeros el pensamiento de repartirse por las Universidades más insignes de Italia (1), "donde estaba la flor de los "buenos ingenios y letras, para ver si Dios Nuestro Señor sería servido de despertar algunos "mancebos hábiles de los muchos que en las "Universidades se suelen criar, y traerlos al mismo Instituto de vida que ellos seguían en beneficio de sus prójimos."

Y en efecto, como lo concibió lo puso por obra

(1) Padre Rivadeneira.

dando ejercicios á los estudiantes en la capilla de la Universidad. "Y fué tal el fruto de sus exhortaciones—habla el Chantre,—que muchos estudiantes, asombrados, entraron religiosos y fueron de provecho en la Religión; otros se arreglaron y dedicándose al estado eclesiástico, fueron curas de provecho." No se puede decir más en menos palabras ni con mayor sencillez. Eran por lo visto de gran necesidad los ejercicios y correspondió el resultado á la intención de quien los daba.

Lo cual no es de admirar, porque la elocuencia del Magistral era propia del púlpito y acomodada por lo mismo al auditorio, "y tanto el fervor y convencimiento de sus doctrinas"—otra vez habla el Chantre—"que dejaba á todos asombrados, explicándose en estilo distinto del que escribía y escribió." Aunque se refiere lo transcrito á Santander, es aplicable á Oviedo. Antes de ser Obispo D. Rafael Tomás, era varón apostólico y consumado orador.

Pero el éxito de la predicación no es obra exclusiva del ingenio y de la ciencia. Ingenio y ciencia sirven para agradar, y aún para convencer; en cuanto á convertir, es arte que no se aprende en las escuelas, ni á los preceptos de la oratoria está sujeto. Importa más para el caso la vida del orador que sus discursos: menos influyen sus palabras que sus obras. ¡Cuánto vale que sea excusado el proverbio: "Haz lo que digo y no hagas lo que hago!"

Cuáles eran las obras del Sr. Menéndez de Luarca, queda indicado; pero no han de sobrar algunos párrafos del Chantre, que rebosando sinceridad y descuido, como no escritos para el público, alejan toda sospecha. "Nada cuidaba de sí,—dice,—ó de su persona. Comía lo que se le ponía sin andar en que se le trajese esto ó lo otro. Por la calle nunca se le vió embozado ni con ropa

“sinó de poco coste, y yendo un día á visitar un
“pariente suyo enfermo, se encontró allí con una
“señora marquesa, ya de edad, también parienta
“suya. Viendo ésta el estropeado y viejo sombre-
“ro que llevaba, le dijo:—Rafael, ¿no tienes otro
“sombrero mejor?—No, señora, le contestó, ni
“dinero para comprarlo.—Y si te dan uno nuevo
“¿lo tomarás?—Sí, señora, y andaré muy majo con
“él. Y al día siguiente la misma señora le dió un
“sombrero fino, y al instante salió con él en la
“cabeza á la calle. En ésta nunca se le vió de
“corto, ni aún saliendo fuera de la ciudad á paseo
“ó recreo, ni aun cuando iba.... á su casa tam-
“poco montaba de corto, sinó con su capote
“vestido.... Siempre se hallaba el Magistral
“alcanzado, pues cuanto le producía la pingüe
“prebenda, después de sustentarse y aún sin repa-
“rar en ésto, lo daba á pobres é invertía en
“colocar en el estado religioso á las jóvenes que
“tenía bien probadas en el confesonario, siguien-
“do en todo las huellas y ejemplo de su santo
“Colegial Santo Tomás de Villanueva, cuya
“festividad en cada año celebraba dando de
“comer á doce pobres, sirviéndoles él mismo. Se
“vió un día bastante apurado, pues no teniendo
“un cuarto, recibió aviso de que estaban para
“profesar tres novicias á quienes él se había obli-
“gado á completarlas la dote. Encomendó la cosa
“á Dios, y siendo apuntador entonces en el coro,
“concluido éste, allí mismo puso una esquela á
“un caballero de la Ciudad diciéndole el apuro
“en que se hallaba, expresándole que nesitaba
“veinte mil reales, que si se los franqueaba, se
“ofrecía á pagárselos cuando pudiese, pero que
“si se moría antes de pagarlos había de tener
“paciencia, pues no dejaría rentas por donde se
“pudiese cobrar. Tenia tal concepto el Magistral,
“que el caballero le contestó al instante que

“enviase á buscar los veinte mil reales, y que “si no se los podía pagar, no se acongojase. Los “recogió y salió del apuro.”

Un hecho hemos de añadir, que demostrando cuánto podía la caridad en el ánimo de D. Rafael Tomás, no da menos á conocer su carácter jovial y su gracejo. D. Juan Matías, poco advertido sin duda de las interioridades de su hermano, y creyéndole tan apto para todo como para oponerse á prebendas y desempeñar las cargas que á éstas van anejas, encomendó al Magistral recoger cierta cantidad que debería entregarle uno de sus administradores. No rehuyó D. Rafael Tomás el cometido; pero el tiempo corría y no llegaban las rentas á poder de su dueño. Conque cansado de esperar por ellas, algo le dijo al Magistral, que sin desconcertarse, y reconociéndose deudor, ofreció en pago á su hermano y padrino una letra contra el Purgatorio, donde piadosamente pensando la habrá cobrado con otras de no menos valor.

A donde no llega el Magistral acude el Misionero, dijimos en este mismo capítulo refiriéndonos al apostólico celo de D. Rafael Tomás. Pero ni el predicar fuera de la Catedral, ni el auxiliar á moribundos, ni el socorrer al pobre olvidándose de sí mismo, le basta y satisface. Llega tal vez á pensar que cierto culto á la Retórica, que los sermones *de tabla* y la necesidad de limitarse á Oviedo, son rémora de una vocación que horizonte más ámplio exige.

Acierta entonces á quedar vacante el Arce-dianato de Grado, por muerte de D. Faustino García Tuñón. Preténdele D. Rafael Tomás “con “ánimo de salir á misiones por aquella Dióce-“sis,”—dicen los apuntes del Chantre,—“aunque “no teniendo entonces agregada canonjía el Arce-“dianato, no valía la mitad de la renta que vale

“la Magistral,” y le obtiene y toma posesión de la dignidad obtenida el 11 de Julio de 1783.

Con esto parece ya en franquía su celo sacerdotal (1). Fantasea visiones, y se dispone á la vida de misionero, proveyéndose de un bastón apropiado para sus apostólicos viajes, una de las poquísimas prendas que de tan insigne varón conserva su familia.

Pero “el hombre propone y Dios dispone,” que aquel carácter, aquel vigor, aquella energía y aquella caridad vayan á desenvolverse y á brillar más esplendorosamente y con más provecho de las almas fuera de Oviedo.

En la Universidad fundada por D. Fernando de Valdés, en las de Salamanca y Alcalá de Henares oyó ciencias. Sírvele la Catedral ovetenense de escuela práctica. Cuando ya está formado el árbol, Dios le trasplanta, para que prevalezca en tierra conveniente. El Magistral apenas fué Arcediano. A los pocos meses de serlo, el 24 de Febrero de 1784, “dió (2) parte (al Cabildo) cómo “su Majestad acababa de darle el Obispado de “Santander.”

(1) Cualquiera prebenda más á propósito que las de oficio para predicar misiones. Las prebendas de oficio exigen por modo especialísimo la residencia del prebendado. Pero á los Arcedianos solía cometer el Obispo el encargo de visitar en los términos del Arcedianato; tal era por lo menos la costumbre en esta Diócesis. Pudiendo pues agregar á la visita la misión, se concibe bien cómo D. Rafael Tomás, tan ansioso de predicar misiones, pretendió la dignidad de que habla el texto, sin embargo de que no llegaban sus rentas á la mitad de las que percibía como Magistral, según afirma con el Chantre el P. Liaño y Mendoza.

(2) Actas Capitulares del Cabildo de Oviedo.



CAPÍTULO VI.

El Obispo.

QUE D. Rafael Tomás “dió parte (al “Cabildo) cómo Su Majestad acaba de darle el Obispado de Santander,” dicho queda al final del próximo anterior capítulo. Daremos en éste cuenta del suceso sin omitir consideraciones siempre oportunas, sobre todo en los presentes tiempos. Con insinuar que fué nombrado Obispo en 1784, sabido está quién le nombró. No pudieron Carlos III ni su corte poner los ojos en persona de convicciones y carácter más opuestos á las ideas y sentimientos que les animaban. D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca no hubiera comparecido en la (1) “posada del Presidente del Consejo para humillar la

(1) Menéndez Pelayo en su *Historia de los Heterodoxos españoles*, hablando del expediente del Obispo de Cuenca.

“mitra ante la espada del Conde de Aranda y la toga de los fiscales.”

Pero Dios “aunque aprieta no ahoga,” dice un refrán, y cuando todo rebosa debilidad y servilismo, ambición y miseria humana, suele mandarnos evangélicos varones, sostenedores impertérritos de la verdad y la justicia, para que sean como luz y día en las tinieblas de la razón y en las vacilaciones de la conciencia. Honra la mitra, es cierto, pero no menos obliga que honra. Y obliga de tal modo, que á las veces parece temeridad el aceptarla. ¿Sería este el caso de D. Rafael Menéndez de Luarca?

Roda, el volteriano Roda, pidió dictamen á los Obispos anticipándoles el suyo y los deseos de Su Majestad (1) respecto á la conveniencia de abolir el Instituto de San Ignacio. Tratábase de satisfacer á Clemente XIV, ansioso de ganar tiempo y dilatar el *Breve* precursor tan inmediato de su muerte. Treinta y cuatro Obispos dieron gusto al implacable enemigo de los jesuitas. Sólo catorce se opusieron al proyecto de extinción; con apostólica entereza D. Diego de Rozas, Obispo de Murcia y Cartagena; menos explícitos, aunque siempre favorables á la Compañía y á lo sumo inclinados á ciertas reformas los restantes. ¡Qué tiempos y qué Obispos! No se concibe apenas en tiempos tales el nombramiento de D. Rafael Tomás. No se concibe tampoco cómo D. Rafael Tomás aceptó el nombramiento.

Pero Dios, como se ha dicho, aunque aprieta no ahoga. Obcecación parece el nombramiento de parte de quien procede, y temeridad calificada el aceptarle de parte de quien tan opuesto era, según veremos, á las ideas de entonces. Con todo eso, entre el valor y la temeridad no es tan fácil

(1) Real cédula de 22 de Octubre de 1769.

el deslinde. Los valientes suelen pasar por temerarios. Los cobardes y pusilánimes llaman temeridad al valor, solo porque el valor expone á riesgos. Da Dios el verdadero valor é inspira, anima y fortalece á quien con humildad implora luz y gracia, á quien sin presunción ni alardes acepta, no pretende, busca la gloria de Dios, no la mundana gloria.

Lástima grande que ni una carta (1) del Obis-

(1) Es, en efecto, para llamar la atención que ni una sola carta del Obispo relacionada con su nombramiento se conserve. Y sin embargo nada más natural; sería casi un milagro que se conservase. La casa de Setienes, con todo cuanto contenia, el Archivo inclusive, fué pasto de las llamas el 19 de Noviembre de 1795.

La carta más antigua que del Sr. Menéndez de Luarca tenemos á la vista es la que dirige á su hermano D. Juan Matias con motivo de tanta desgracia. Y tan á lo vivo se refleja en dicha carta el carácter de D. Rafael Tomás, y es por otra parte tan oportuna para dar una idea del suceso indicado al principio de la nota, que no podemos resistir al deseo de publicarla. He aquí: Figura en primer término la cruz y después dice: "Viva Jesús."

"D. Juan, hermano: vaya, que fuego de bien es el fuego de Setienes. Lo que habia de hacerse al fin del mundo lo hizo él ahora: las luminarias que habia de encender entonces al Poder, saber y querer de su Amo, las encendió ahora; lo que habia de purgar entonces sin mérito nuestro, ahora lo purgó tirando al mismo tiempo á alumnos, purificarnos, encendernos, encender nuestras almas en deseos buenos. Criado bien mandado, diligente, sabio, piadoso, fuego de bien á todas luces, fuego de Dios. ¿Por qué no habrá quemado la cocina y el corredor viejo? ¿Por qué no habrá chamuscado á alguno de vosotros? ¿porque no se lo mandaron?

"¡Bien, fuego de bien! Eso me parece, no hacer ni más ni menos de lo que le mandan. ¡Oh cuándo no haremos ni más ni menos nosotros! Será, *cum venerit Regnum Dei. Hæc est hora nostra et potestas tenebrarum*. Pasada esta hora, vendrá el reino de Dios, el en que Dios mandará en todo sin resistencia, el que nos enseñó el mismo que á ley de buenos hijos le pidiésemos que viniese á nos, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra (así en estos sacos de polvo) como en el cielo (como en los ángeles, como en los que ya están con ellos y como ellos.) De los judíos antiguos era (dice un librón que yo tengo) pedir la venida primera del Mesías, de los cristianos pedir la segunda venida, y esperarla con ansia; y suspirar por ella, primeramente por que *cognoscetur Dominus iudicia faciens*, y después de eso *quoniam his fieri incipientibus, tunc est levare capita nostra, quoniam appropinquat redemptio nostra*. "¡Oh día del juicio mal temido, de unos poco, de otros mucho, demasiado! Es un pícaro quien no quiere morir. Es un pícaro quien tan poco se ama á sí mismo. Es un tonto el tal: soy yo un tonto, Dios me dé juicio. A ti, si te lo dió, como por la carta que ayer recibió Albuerne parece haberte dado, aumentetelo; *et in his crescas in mille millia quoniam frater noster es*. Así suceda al moribundo, si no

po relativa á su nombramiento se conserve y que hayamos de recurrir únicamente á notas tomadas en el Archivo de la Catedral ovetense y á los apuntes del Chantre de Santander. Pero así y todo, con vista de lo que D. Rafael escribe á la familia dándole cuenta de sus promociones á Méjico y Sevilla, tenemos bastante para formar juicio exacto de su preocupación en aquellos críticos días. Ambicionar la mitra no dice bien con la humildad y pone á riesgo la conciencia. Resistirla por modo sistemático, no es pecado frecuente. Consultar la voluntad divina en la oración, sin desoir el consejo de quien le pide á Dios antes de darlo, es proceder según las reglas de la cristiana prudencia. Es un cargo la mitra, no es grangería.

Y que así lo entendió D. Rafael Tomás, viene á decirlo su familiar y amigo el Chantre. Luego que tuvo "la noticia oficial de ser nombrado "Obispo, se retiró al Convento de San Francisco

"muerto nuestro buen tio D. Tomás. Así á D.^a Juana, á Bautista (juicio: "so en estar sin juicio porque se lo manda quien puede y merece ser "obedecido), á Matias, á Maria del Carmen, á grandes y pequeños; y "lo demás, papeles, libros, ropa, alhajas, dinero váyase á su región, "váyase á ser lo que es, diré: *viento, turbo et tempestas*. Dijome un "Cura que venía de Andalucía, que los andaluces gastando lo que "tenían en comilonas, etc., decían: Señor, el dinero no tiene otro "guiso. Es verdad; pero no hay buen guiso si no se cuece. Cocido el "dinero (*et reliqua*) al fuego de Dios, ¡gran plato! Dios sople este "fuego: Dios lo sople como, cuando y en quien quiera, aquí, ahí, y por "como, cuando y en quien lo soplaré, *per hoc, et per omnia benedictus*, "amen, amen, amen. *Te Deum laudamus, te dominum confitemur*. "Amigo, son las ocho y media si no las nueve de la mañana del día "de la Concepción de Maria Santísima, y tengo que ir á celebrar de "pontifical. Espero cantar por tí y por mi el *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. "¡Ay! que esto no se canta por el preste. No importa, será el *Gloria "in excelsis Deo*, etc. Rafael, Matias, Tomás, Clemente, Antonio.

"*Benedicite ignis et aëstus Domino, Domino dominorum.*"

Escribe D. Rafael Tomás esta carta bajo la inmediata impresión de un suceso tan funesto para su familia. Y la escribe, tengase muy en cuenta, la escribe, preparándose para celebrar de pontifical. Hermosa preparación, y al propio tiempo magnífico retrato de aquel corazón cristiano y de aquella grande alma, alma y corazón de Obispo.

Es una de las dos cartas á su hermano que se conservan. En esta firma el Obispo con todos sus nombres de pila y el de Tomás en tercer lugar. En la otra firma: "Rafael Matias." Son la única excepción en la correspondencia familiar del tercer Obispo de Santander.

“á consultar con Dios si aceptaría ó no la mitra. “Allí estuvo encerrado diez días. Aceptó á consejo y persuasión de hombres doctos y religiosos “de aquella ciudad.” A la aceptación de la mitra bien preceden espirituales ejercicios, que abran los ojos del alma para mejor distinguir la honra y gloria de Dios de las mundanas glorias, tras de las cuales va tantas veces el hombre, aun cuando parezca que sigue á Cristo y lleva la Cruz á cuestas. Como el lienzo delante del pintor, ha de ponerse ante la voluntad divina quien la consulte. Cuánto interesa que así en manos de Dios abandone la suya el designado “para Obispo, lo dice el P. Pamplona: “Como entró en el “Pontificado sin auxilio de brazo de carne, es “decir, sin valerse de los recursos que forma la “intriga, la ambición, y una vil política como la “de Maquiavelo, y el rey le destinó al gran sacerdocio, sin preverlo el Magistral de Oviedo, haciéndole los oráculos de la sabiduría y espíritu “más instancias para obligarle á sucumbir á la “carga pastoral, que hacen otros para conseguir, no tuvo obstáculos su celo, que podía “oponer la política del siglo, el favor de los medianeros ni los respetos humanos.” No es un modelo de literatura el párrafo transcrito, pero á través de los descuidos se percibe el sentido, que nos exime de afirmaciones propias.

Resuelto D. Rafael Tomás á ser Obispo, puso, como ya indicamos, en conocimiento del Cabildo la honrosa distinción, que al rey había merecido, “reconociendo”—así consta en las actas Capitulares—“tener esta honra por individuo de esta “Comunidad, y suplicó al Cabildo no hiciese “demostración alguna pública.” El Cabildo, sin embargo, “acordó repicar campanas, Misa y “solemne *Te-Deum*, á lo cual había de asistir el “Obispo electo.”

Tenémole, pues, en franquía desde el punto de vista de la conciencia, pero sin el menor recurso propio para los gastos que le había de ocasionar la Mitra, porque si algunos días antes habían entrado en su poder veinticinco mil reales “de los caídos que tenía el Arcedianato en su vacante,” según nos cuenta el Chantre, los mandó á sus acreedores sin pérdida de tiempo; ya sabemos que al Magistral no le faltaban.

Lejos estaba de ignorarlo el Cabildo, que le ofreció “cuanto necesitase,” aunque pensándolo mejor, tuvo por más conveniente, y así lo era en realidad, proveerle de pontifical y de alhajas de plata para servicio de altar, valor todo ello de ocho mil ochocientos setenta y siete reales, regalo espléndido en aquellos tiempos, agradecido por el Obispo electo “con las expresiones más atentas y humildes,” según resulta de las dichas actas.

Estas ropas de pontifical y estas alhajas con el báculo y pectoral, regalados por su hermano D. Juan Matías, fueron el único ó casi el único equipaje de Obispo que á Santander llevó don Rafael Tomás. Referir tales pormenores, parecerá tal vez impertinente ó excusado por lo menos; ¡cuántos Obispos hubo pobres! Pero el Sr. Menéndez de Luarca era un pobre voluntario. No había sido criado “en la estrechez de algún pupilage,” sinó con desahogo, moderado, verdad es, por la sobriedad cristiana. Era un Colegial Mayor, colega de Jovellanos. Por donde se ve cómo únicamente la humildad y los temores de malgastar el patrimonio de los pobres pudieron haber influido en tanta parsimonia, con menoscabo del esplendor de la mitra, si las virtudes del Obispo no supliesen lo que á la representación faltaba.

Mas sin perjuicio de insistir en esto más adelante, tiempo es ya de consagrar un recuerdo á

la familia de Setienes, que, á no dudarlo, había de vestir gala con motivo tan fausto. ¿Quién le dió la noticia del nombramiento de D. Rafael Tomás? ¿Cómo le recibió D. Juan Matías? ¿Cómo el nunca bien ponderado D. Gabriel? ¿Cómo el Cura de Grandas?

Nada nos dicen los apuntes del Chantre. Ni una sola carta, ni el más pequeño papel, ni el más ligero rastro del suceso conserva la familia; ¡y cómo lo había de conservar!, ya lo hemos dicho: muebles, dinero, alhajas, archivo, todo, absolutamente todo fué pasto de las llamas en la noche del 19 de Noviembre de 1795. Cosa notable: la carta en que se congratula por este suceso con su hermano primogénito, literalmente inserta en estas páginas, siendo una de las más interesantes, también es la más antigua que del señor Menéndez de Luarca se conserva.

La correspondencia de D. Rafael Tomás nos enteraría ciertamente de las agitaciones de su espíritu, de sus pensamientos y proyectos; pero bien mirado todo esto, su indiferencia absoluta respecto á las cosas terrenas y su propósito de atender en todo á la mayor gloria de Dios, se halla bien demostrado en la referida carta, sin necesidad de recurrir á cuanto revela con hechos positivos en sus promociones á Méjico y Sevilla. La voluntad divina y sólo la voluntad divina siempre y en todas las cosas. Cuanto á lo demás, sabemos que fué á su casa, según consta por las Actas del Cabildo Catedral, de quien se despidió en 29 de Marzo,

De la veneración, amor y santa alegría, con que la habrá recibido aquella cristiana familia, nada sabemos positivamente, aunque lo demos todo por supuesto sin riesgo de equivocarnos. Para lo cual nos basta tener presente, que mientras allí permaneció hubo de hacerse el regalo, á

que no ha mucho nos referíamos. "Rafael—cuenta el Chantre que dijo D. Juan Matías á su hermano, ahijado y discípulo,—yo he sido el primero "que puso en tu mano la pluma para que aprendieses á escribir: póngote ahora este báculo "para que rijas la Iglesia que te encargaste de "gobernar." Puede figurarse el lector tan íntima y tierna escena: sería profanación el describirla.



CAPITULO VII

La Consagración

PERO esta especie de idilio será muy breve. Llegan las bulas, corren los días y se aproxima el de la Consagración (1). No falta quien facilite lo que no tiene y las circunstancias piden á D. Rafael Tomás tan celoso del episcopal decoro como fiel observante de la máxima *bona clericorum patrimonía pauperum*, consideración esta última que le obliga á pensar en Santiago, donde, según el Chantre, se reunen varios Obispos con motivo del año santo.

Muévenle también á consagrarse allí lo corto y económico del viaje y la cariñosa invitación de un primo suyo el Reverendo P. Fray Juan de Ron (2), Abad del Monasterio de San Martín y General más tarde de la Orden benedictina en

(1) Fué preconizado el 25 de Junio.

(2) D.^a Felipa Antonia Menéndez de Luarda y de Avilés, hermana de D. Lope Matias, padre de D. Rafael, se había casado con don Francisco de Ron y Valcárcel.

España; quien con los monjes de tan insigne monasterio quiere corresponder al especial afecto que la casa de Setienes profesó siempre al Instituto de San Benito.

Honrando á D. Rafael Tomás y honrándose á sí propia, quiso aquella comunidad que en la iglesia de San Martín se verificase la Consagración. Y allí se verificó en la décimacuarta dominica después de Pentecostés. Toma pues D. Rafael Tomás el camino de la ciudad Compostelana,—según lo anuncia al Cabildo de Oviedo en carta de 27 de Agosto,—sin cortejo de amigos ni parientes, como quien huye de todo ruidoso estruendo y solo piensa en el rebaño á su pastoral celo encomendado.

En Santiago la ceremonia corre á cargo de la comunidad de San Martín, en cuyo nombre apadrina el Abad al Consagrando, que asombrado de tanta esplendidez, reconviene á su primo. *Religioni et tibi*, contesta el P. Ron; y al esplendor de la Mitra cede la humildad del mitrado, mal avenido sin embargo con obsequios, que si por una parte la fé inspira y la generosidad ajena paga, menos envanecen que mortifican á quien por su elevada representación los recibe más resignado que complacido.

Invade la magnífica iglesia de San Martín gentío inmenso, ávido de contemplar la noble figura del Sr. Menéndez, que respira modesta gracia, afable gravedad y humildad digna en medio del fausto y aparato desplegados por el Abad y monjes, austeros personalmente á fuer de hijos de San Benito, pero espléndidos cuando la ocasión lo pide á guisa de caballeros.

El Prelado de Lugo Fr. Francisco de Armañá (1), famoso por su antijesuitismo y com-

(1) Menéndez Pelayo en la *Historia de los Heterodoxos españoles*, tomo III, lib. 6.º, cap. II, núm. 50, refiriéndose á la respuesta de los Obispos al Ministro Roda, que les habia pedido dictamen acerca de

placencias cortesanas, ejerce de consagrante, asistido por el de Mondoñedo D. Francisco Cuadrillero y por D. Juan Varela Fondevila, Obispo tancense *in partibus* y Auxiliar de Santiago, y á D. Rafael Menéndez de Luarca, puesto humildemente de rodillas, unge cabeza y manos con el santo óleo y con el crisma santo, impóncele mitra y guantes, en el dedo anillo, háccle entrega del báculo, mándale ocupar el faldistorio, y cúmplense todas las formalidades dispuestas para estos casos por la Santa Iglesia Romana.

Tenemos, pues, consagrado al tercer Obispo de Santander y con la gracia consiguiente á la consagración, de que dan testimonio sus batallas con la impiedad y el regalismo y el celo con que predica la verdad y la justicia y las defiende ante los poderosos de la tierra, quejándose por ejemplo, llegado el caso, de los *notorios retrasos*, entorpecimientos y aun contravenciones que padece cuanto al restablecimiento de los jesuitas se refiere,

la conveniencia de extinguir la Compañía de Jesús, dice: "los restantes se plegaron más ó menos á la tiranía oficial distinguiéndose por "lo virulento el Arzobispo de Burgos Ramirez de Arellano (autor de "la funesta Pastoral *Doctrina de los expulsos extinguida*), con cuyo "nombre es de sentir que anden mezclados los muy ilustres, por otra "parte, de Climent, de Barcelona, Armañá, de Lugo, y Beltrán, de "Salamanca. De los restantes, á unos les movía el espíritu regalista, á "otros la esperanza de mercedes cortesanas. La semilla empezaba á "dar su fruto, y le dió más colmado en tiempo de Carlos IV. Mala "señal era ya ver calificada por un Obispo (el de Segovia, D. José "Martínez Escalzo, y el de Zamora, D. Antonio Jorje y Galbán) de "*pestilente contagio y podrido árbol* á la Compañía, de maestros de "*moral perversa y engañosas máximas* á sus Doctores, y de *cátedras* "de *pestilencia* las de sus Colegios; así lo dice el Obispo de Lugo, Ar- "mañá, más adelante Arzobispo de Tarragona."

Al mismo Armañá vuelve á referirse Menéndez Pelayo en una de sus notas al núm. 6.º de dicho capítulo, en los siguientes términos: "Además de Climent, publicaron acerbas pastorales contra los jesuitas, obedeciendo al mandamiento real, el Arzobispo de Burgos, "Ramirez de Arellano, y lo que es más de sentir, el insigne Arzobispo de Méjico y luego de Toledo, D. Francisco Antonio Lorenzana, "y el agustiniano Fray Francisco Armañá, Obispo de Lugo y después "Arzobispo de Tarragona, varón piadosísimo y de inculpada vida."

Todavía en el núm. 9 del repetido capítulo, hablando de don Félix Amat, Arzobispo de Palmira *in partibus*, dice el mismo autor

y quejándose además de otras cosas de no menor importancia; todo lo cual puede resumirse en la siguiente frase de un documento suscrito por el Sr Menéndez de Lurca: Ni un comino valen sin Dios todos los reyes juntos. Con razón, pues, afirman los teólogos que por los sacramentos se trasmite la gracia *ex opere operato*, no *ex opere operantis*.

Pero antes de pasar á otro punto, no conviene omitir una circunstancia [de la ceremonia poco importante á primera vista, por lo menos, aunque merecedora de mención especial. Dicho queda cómo al Obispo apadrina un monje ó una Comunidad de monjes, y debe añadirse ahora que del acto solemne fueron testigos no personajes de representación civil, sinó modestos eclesiásticos, asturianos por cierto, D. José Valsinde y D. Agustín Victorero, Canónigos de la Catedral de Compostela, y D. Tiburcio del Riego, Maestrescuela de la de Mondoñedo. ¿Nose vislumbran ya en esto las tendencias y aficiones del nuevo Obispo?

En otra ocasión lo veremos con mayor claridad. Ahora nos toca referir cómo apenas consagrado lo pone en conocimiento de su Cabildo (1), y sólo piensa en trasladarse á donde le llaman sus pastorales deberes, sin que sean parte á detenerle amistosas instancias. No quiere perder tiempo. Ni antes ni después de la consagración se lo llevan visitas á ministros ni á personajes, cortesía que los ferrocarriles hoy facilitan. No sabemos si D. Rafael Tomás habrá estado en Madrid alguna vez mientras fué Colegial; pero sí pode-

"educado por Climent y Armañá, Amat *galicanizaba ex toto corde*." Honró pues á su maestro el discípulo.

Por todo lo cual creemos, que sin perjuicio de la inculpada vida y la piedad, está en su punto lo de famoso.

(1) En esta carta al Cabildo de Santander se firma por primera vez "Rafael Tomás."

mos asegurar que después de ordenado de Sacerdote nunca estuvo, circunstancia para tenida en cuenta tratándose de quien tales consideraciones mereció en los reinados de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, y con tanta libertad y apostólica entereza se produjo en los treinta y cinco años de su pontificado.



CAPITULO VIII.

En viaje para Santander.

DE Compostela á Santander es el camino más recto por Asturias, y quien le sigue por la costa, que es lo más cómodo, toca necesariamente en Luarca, razón por la cual D. Rafael Tomás abraza todavía una vez, la última, á su hermano D. Juan Matías, y confirma con licencia del Ordinario en la parroquia donde fué bautizado.

Pero muy poco se detuvo á disfrutar los goces de familia. Verificóse la Consagración en 5 de Septiembre, y el 28 de dicho mes ya se da cuenta en el Cabildo Catedral de Oviedo de haber llegado el Obispo de Santander, y se nombra una comisión que le visite y haga las oportunas indicaciones por si, mientras permanezca en la capital de Asturias, quiere asistir á coro. Contando pues con la distancia no corta y lo malo de los caminos, bien puede asegurarse que brevísima

fué la permanencia de D. Rafael Tomás en Luarca.

Aunque no mucho, más larga habría de ser en Oviedo, donde tantas y tan buenas amistades el Obispo de Santander contaba. Inspirábele sobre todo el Cabildo justa y profunda consideración. En aquella ilustre Comunidad se diera el Sr. Menéndez á conocer. Fué la Catedral de Oviedo su escuela práctica. De cuánto amor y respeto profesaba la Corporación á su antiguo Magistral, dan testimonio las atenciones dispensadas al nuevo Obispo.

Se resolvió en el Convento de San Francisco su vocación al episcopado; ¡cómo había de olvidarlo quien por medios tan ajenos de su voluntad llega á la mitra! A los Monasterios de religiosas ligábanle espirituales relaciones y vínculos también de sangre (1). En San Pelayo y en la

(1) Para saber de un modo cierto las hermanas y parientes que tenía el Sr. Menéndez de Luarca en los monasterios de San Pelayo y la Vega, acudimos á la Comunidad del primero, de cuya fina atención hemos merecido las siguientes "notas sacadas de los libros en que consta la toma de hábitos, profesiones y defunciones de las religiosas benedictinas de San Pelayo de Oviedo."

"En el día 19 de Septiembre de 1757 se impuso el santo hábito en este Real Monasterio á la Srta. D.^a Eulalia, hija legítima de los señores D. Lope Matías Menéndez de Luarca y de D.^a Rosa Queipo de Llano, del concejo de Valdés. Le dió el santo hábito y profesión el Padre Abad de San Vicente, Fray Guillermo Reluz, siendo actualmente Abadesa D.^a Josefa Rosa Carrió."

"Fué religiosa de mucho espíritu y ejerció los empleos más honoríficos de la Comunidad con singular edificación. En el mes de Mayo de 1793 fué electa Abadesa, cargo que desempeñó y terminó con felicidad durante un quadrienio."

"Como en el libro de las partidas de toma de hábitos no se encuentra nombre alguno de ninguna hermana de esta virtuosa religiosa, se hace fácil creer, que en el solemne día de su toma de hábito se le mudó su nombre de Eulalia por el de María Teresa, pues se ve muchas veces esta firma acompañada del apellido Menéndez de Luarca, cuando ejerció los empleos de Mayordoma, Madre de Consejo, Priora y por fin el de Abadesa."

"Terminó, pues, su hermosa vida con la muerte de los justos el día 12 de Enero de 1799 en el descanso de humilde súbdita."

"El 27 de Febrero de 1759 tomó el santo hábito en este Real Monasterio de San Pelayo la Srta. D.^a Ana María, hija de D. Diego Castrillón y Cienfuegos y de D.^a Ana María Menéndez de Luarca."

Vega tenía hermanas y parientes muy próximos. De Santa Clara conservó siempre como gratísimo recuerdo un cuadro de Santo Tomás de Villanueva. Entre pobres y ricos, grandes y pequeños

"Era religiosa de mucha virtud y talento: se lee en la partida de su defunción, que resplandeció de una manera especial en la humildad, penitencias y caridad con el prójimo. En doce años continuados que desempeñó el oficio de Mayordoma todo su gusto era complacer á todos, si no podía con las obras, lo suplía con la apacibilidad de su atractivo trato. Por su humildad renunció la Abadía para que había sido elegida en 1800, mas no se le admitió la renuncia; desempeñó, pues, dicho cargo con general aplauso y exactitud; antes de terminar su cuatrienio concluyó su carrera el 20 de Febrero de 1802 á la edad de 71 años. Dos cosas particulares se notaron en su feliz tránsito: primera el haber quedado su semblante sonrosado y tan natural como cuando se hallaba en perfecta salud; segunda, se admiró el gran concurso de gente (no cabía en la iglesia) que asistió á sus funerales."

A la misma Comunidad de San Pelayo debemos esta otra nota sacada "de algunos manuscritos pertenecientes al Archivo del Real Monasterio de Santa María de la Vega de Oviedo" (hoy convertido en fábrica de armas portátiles.) "El día 25 de Enero del año de 1763 profesaron en el Real Monasterio de Santa María de la Vega, las novicias D.^a Teresa Inés y D.^a Rosa María, hijas de D. Lope Matías Menéndez de Luarca y de D.^a Rosa Queipo de Llano. El año anterior, 7 de Enero, tomaron el santo hábito. Eran del concejo de Luarca. Fueron testigos en tan solemne y religioso acto los señores Marqueses de Camposagrado y Ferrera y los señores D. Juan Manuel Bernaldo de Quirós y D. Juan Santiago de Balbín."

"D.^a Rosa María casi toda su vida religiosa estuvo enferma, sufría mucho á causa de unos accidentes muy penosos que con frecuencia le molestaban, eran éstos tan peligrosos y extraordinarios que nadie los podía combatir (dicen unas antiguas memorias). Edificante siempre esta joven religiosa, se conformaba con la voluntad santa de Dios en lo más penoso de su enfermedad á consecuencia de la cual murió en lo mejor de su edad el día 15 de Mayo de 1783. Recibió los Santos Sacramentos con edificante fervor."

"Su hermana D.^a Teresa le sobrevivió muchos años, pues no falleció hasta el año 1815, el 2 de Mayo. Fué religiosa muy observante y de excelente ingenio; desempeñó desde los primeros años los empleos más notables de la Comunidad. En 1781 fué electa Abadesa con general contento, gobernó felizmente su cuatrienio y en 1793 segunda vez se vió honrada con la prelación. Murió como humilde súbdita el año y día arriba indicado, dejando en la comunidad eterno recuerdo de su ejemplar observancia."

Por todo lo cual se ve que en 1784 D. Rafael Tomás tenía en el Monasterio de San Pelayo á su hermana D.^a Eulalia ó D.^a María Teresa y á su prima hermana D. Ana María Castrillón Cienfuegos Menéndez de Luarca, y en el de la Vega á otra hermana D.^a Teresa Inés. Ocúrrenos, sin embargo, advertir que habiendo tenido D. Rafael una hermana llamada María Teresa y otra llamada Eulalia, no hay por qué recurrir al cambio de nombres. Ambas fueron monjas en San Pelayo.

era el apóstol de aquél tiempo. No debe sorprender, pues, que algunos días se hubiese detenido en Oviedo.

¿Serían muchos? Mal podremos asegurar cuántos fueron. De las actas del Cabildo Catedral resulta que á 8 de Octubre "los comisionados "dieron cuenta de haber visitado al Sr. Obispo y "de la estimación que este señor hizo de la visita "y expresiones que le hicieron de parte del "Cabildo." Pero no es prueba el párrafo transcrito de que permaneciera todavía en Oviedo el Sr. Menéndez de Luarca, ni menos de que hubiese ya continuado su viaje, aunque teniendo en cuenta que hizo su entrada en Santander el 3 de Noviembre próximo, á pesar de haberse detenido algunos días con los Dominicos de Santillana, se haya de convenir por fuerza en que todo fué muy de prisa. Y lo dice además el recio temporal de aguas y truenos con que sale de Oviedo y le acompaña todo el viaje. Sólo el deseo vehemente de conocer y apacentar sus ovejas, pudo animarle á resistir tal intemperie. Los caminos no admitían coche.

Pero dejemos á un lado peripecias. Ya tenemos á D. Rafael Tomás en el límite que separa la diócesis de Santander de la de Oviedo. Pasa la barca de Unquera, pone los piés en territorio de su Diócesis, y en aquella tierra convertida por tanto llover en lodo, se postra y hace postrar á cuantos le acompañan, recitando con ellos el *Te-Deum*. Y "lloviendo y más lloviendo, "dice el Chantre, tronando y más tronando, anda "el camino hasta la Villa de Santillana, y allí, en "el Convento de Dominicos, descansó unos días, "para pasar aviso á Santander."

Enterado el Cabildo y hechos los preparativos de recepción, vuelve á ponerse en marcha el Prelado y llega el 3 de Noviembre por la tarde

á las puertas de la ciudad, donde la corporación capitular le recibe y lleva procesionalmente á la Catedral en medio de un pueblo ansioso de conocer á su Pastor y darle la bienvenida que celebra con tres días de iluminación.



CAPÍTULO IX.

Bosquejo de aquellos tiempos.



Q A tenemos á D. Rafael Tomás en su diócesis, donde la plenitud del sacerdocio ha de ofrecer campo anchuroso á su celo, comprimido hasta entonces, pruebas á su virtud, y á su enérgico carácter ocasiones. Respecto de su ardiente caridad, profundos conocimientos en las ciencias eclesiásticas y demás cualidades propias de un ministro de Dios, ya sabemos á qué atenernos. Tan sólo la firmeza de carácter y el apostólico celo necesitaban del báculo y la mitra para darse á conocer en toda su grandeza.

Quizás si el Obispo y el repúblico no anduviesen á veces tan unidos, que apenas puede saberse dónde concluye aquél y donde éste comienza, hubieran sido menos frecuentes en el Sr. Menéndez de Luarca ejemplos de varonil entereza tan raros en los presentes tiempos de general deca-

dencia. Pero las circunstancias no pueden ser más apropiado para ofrecer ocasiones al Obispo y al repúblico. La impiedad de las ideas y el desbordamiento de los vicios preparan la revolución en Francia. Voltaire cuenta en Madrid con adeptos poderosos. En España llega ya el regalismo á su apogeo, y funestas doctrinas en una ú otra forma profesadas, se abren paso en el Clero con disimulo al principio, con descaro impudente al fin. La revolución francesa, con secreta satisfacción mirada por cuantos alardean de filósofos y con temor al mismo tiempo, pues que á pesar de filósofos no dejan de ser monárquicos, provoca al cabo una guerra seguida con fortuna varia y terminada con un tratado de paz, ocasión ó pretexto para un título nobiliario (1), escándalo de los contemporáneos y baldón de nuestra historia. Fué precursora esta paz de alianza inconcebible, que unció al carro de la república sin Dios al Rey católico y Borbón, como el guillotinado en Francia.

La perversion de las ideas en progreso, los gastos en aumento y en decadencia las rentas, despiertan la codicia de inconsiderados arbitristas, atentos únicamente á salir del apuro sin reparar en los medios. Para formar juicio de los proyectos ideados en tan aciagos días, baste saber cómo figura entre ellos el de abrir las puertas del católico reino á los comerciantes y capitalistas judíos, dejándoles entrever esperanzas de concesión igual á toda su maldecida raza.

Engendran desventuras tantas la indignación del pueblo, que atribuye todo lo malo á un privado escandaloso, cuyas desarregladas costumbres y heterodoxia (2) política no puede menos de

(1) El de Príncipe de la Paz, otorgado á D. Manuel Godoy, de funesta memoria.

(2) Se toma la palabra heterodoxia en el sentido de las siguientes líneas, que trasladamos de la *Historia general de España y de sus*

aborrecer el Clero, por la mayor parte sano de ideas, sin embargo de su respeto á cuanto emana del poder real, envilecido en manos de Carlos IV por Godoy y María Luisa.

A pesar de lo cual, las doctrinas sembradas en el reinado de Carlos III producen copioso fruto, que la Historia eclesiástica de España recuerda con dolor: no todos los Obispos fueron Ossios en el de Carlos IV.

La corrupción en la Corte, las disensiones en la familia real, el rebajado carácter de ciertos dignatarios unas veces, y su afición á las nuevas ideas otras, originan en Bonaparte un erróneo concepto del noble pueblo español, que todavía era el pueblo de los Autos de fé y de los Autos sacramentales.

Con descaro de corsario pone Napoleón por obra sus proyectos pérfidamente preparados. Y la guerra de la Independencia descubre con claridad, que si aún el pueblo está sano, en la corte del intruso y en las Cortes de Cádiz, las ideas dominantes son las mismas. En los campos de batalla corre sangre, pero las órdenes del rey José y los decretos de las Constituyentes convergen hacia un objeto común: el odio contra la Iglesia.

Suerte fatal la de España, que vencedora ó vencida había de perder en esta guerra lo mismo que le dió alientos para emprenderla, constancia y energía para seguirla y darle feliz término. Si con el Real decreto de 4 de Mayo de 1814 el

Indias, por D. Victor Gebhardt, tomo 6.º, página 351: "Inútil es decir "si estas providencias, si estos recargos que pesaban sobre las clases "todas aumentaban el encono contra el Principe de la Paz, á quien "el pueblo achacaba todo lo malo que sucedia. El Consejo de Estado "murmuraba de él por el menosprecio en que le tenía; la grandeza, "considerándole casi como plebeyo, clamaba en alta voz contra el "baldón de su gobierno: el clero aborrecia en él sus costumbres "disipadas y sus disposiciones atentatorias contra la libertad de la "Iglesia."

árbol de la revolución parece cortado, viven todavía sus raíces que no tardan en retoñar.

Descritos quedan, á vuela pluma por supuesto, los tiempos del tercer Obispo de Santander, preliminar indispensable, á nuestro juicio, tratándose de un Prelado, á quien habían de tocarle tan de cerca importantes sucesos de aquella época. Para pintar un cuadro, lo primero es el lienzo.



CAPITULO X.

Cómo miró por sí mismo.



ATTENDITE *vobis et universo gregi*... Mirad por vosotros y por toda la grey.....“ dice San Pablo á los Obispos de Efeso exhortándoles en primer término á que velen sobre sí mismos y sean espejo, donde sus diocesanos puedan aprender con el ejemplo y prepararse á recibir con mayor fruto las enseñanzas del Prelado.

Y si un Obispo debe mirar por sí mismo para mejor mirar por su rebaño, también nos cumple decir cómo el Sr. Menéndez de Luarda miró por su persona, antes de presentarle como pastor de la grey á su celo encomendada.

Que las virtudes propias del Sacerdote concurrían por modo extraordinario en el Canónigo-Magistral de Oviedo, ya se dijo; pero aunque la virtud no cambie, admite variedad en sus

manifestaciones según el diverso estado, clase y categoría del virtuoso. De un modo se manifiesta en el Monje y de otro en el Sacerdote secular. Un Presbítero recogido y penitente, si entra por ventura en el Episcopado, acomoda su recogimiento y mortificaciones á las exigencias de la Mitra. Por manera distinta santifican el claustro y el palacio.

Al arreglar el suyo, dan claro indicio los obispos de sus virtudes y de la prudencia que las dirige y regula todas. "Que sepa gobernar bien su casa" (el Obispo) quiere San Pablo, "porque el que no sabe gobernar su casa, ¿cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios?" Son las episcopales mansiones monasterios y al propio tiempo palacios, donde han de tener fácil acceso los grandes y los pequeños, que hijos todos son en Jesucristo del Prelado y á todos han de inspirar casa y familia respeto sumo sin menoscabo del filial amor, y la mayor confianza sin mengua del respeto.

Y han de infundir el respeto no el aparato y el lujo, sinó el orden de la familia, la humildad de los familiares y la gravedad del Prelado. Y la confianza ha de nacer en todos, si entienden que abierto está para todos el Palacio en cuanto á la gloria de Dios convenga, y que el Palacio es Monasterio para quienes le habitan. En el Palacio han de contemplar los diocesanos cómo el Obispo vela por sí mismo, y deducir de lo que vean allí cómo ha de velar por ellos.

Conque tocando ahora el turno á la familia y Palacio de D. Rafael Tomás, empézaremos trasladando á estas páginas el párrafo siguiente de una carta suya, donde pide informes de un candidato para el cargo de Fiscal. "No le conozco"—decía el Obispo á su sobrino D. Matías;—"tú que le habrás tratado, espero me digas lo que te parece de este sujeto, y si será propósito para el

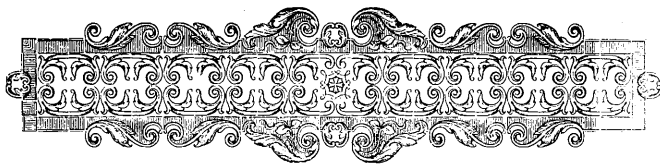
“oficio Fiscal, en que hay bastante que trabajar, como también si es bueno para vivir en comunidad, donde se cierra la puerta á las oraciones, hay gente de varios genios, y en donde, á Dios gracias, siempre se han conducido todos sin disensiones, etiquetas, y antes en buena armonía.”

La palabra comunidad y el cerrarse á las oraciones la puerta, trascienden á Monasterio y dan idea de cómo allí se vivía y de la disciplina allí observada, y preparan además el ánimo para leer sin extrañeza interesantes pormenores á este particular relativos. Sean los primeros tomados del libro donde se registran las mercedes y gracias concedidas por los Ilustrísimos Sres. Obispos de Santander: “Al paso que era tan franco, tan caritativo y generoso con los prójimos, era sumamente pobre para consigo mismo. Fiel y rigido observador de la austeridad apostólica, no creía tener cosa propia, ni él manejaba, ni sabía manejar dinero, y teniendo muy presente la máxima de los PP. Africanos en el Concilio IV de Cartago, detestaba el lujo en todo cuanto tocaba á su persona; usaba de una vajilla común, la precisa para el servicio de su familia; su alimento era el más sóbrio y nunca de bebidas y manjares regalados, absteniéndose de ellos si alguna vez se presentaban en la mesa para los concurrentes, especialmente en las santas visitas. Su vestido era también más pobre que su frugal comida. Nunca permitió hacérselo nuevo hasta que, por decirlo así, se caía á pedazos el que tenía en uso. Él con sus sagradas manos le componía y remendaba, y cuando su costura no alcanzaba á la composición, era únicamente cuando toleraba se le hiciese otro nuevo. Baste decir que á su muerte solo se encontró un par de calzones y una chupa, á la que faltaban gran-



“des retazos en la hoja inferior de las mangas de
“puro usadas“

Hágase cargo el lector de que tomado el párrafo transcrito de un documento brevísimo, apenas índice de los principales hechos del señor Menéndez en el espacio de 35 años que duró su Pontificado, menos se refieren aquéllos que se indican. Más por extenso nos enterar Fr. Mariano de Pamplona en los siguientes pasajes: “Pontífice respetable, que no se distinguió por la “pompa del aparato majestuoso de la Mitra... “Quizá no se ha conocido en nuestros días un “Prelado de primer orden más pobre que el difunto Sr. Obispo Menéndez. No se me oculta “que el Doctor Angélico autoriza la pompa de “vestidos más preciosos en los Obispos que en “otros personajes, para significar la excelencia de “su dignidad, ó la del culto divino á que están “consagrados, que seguramente fué lo que dijo “el Apóstol en la exhortación á su discípulo Timoteo, *ornatum*; pero debe de ser con tal moderación,—dice Sidonio Apolinar,—que no solamente se busque la decencia del traje, sinó mucho “más la de la persona y dignidad que ocupa. Sin “embargo, nuestro Excmo. Menéndez, aunque “elevado á los honores de su rango distinguido “por la nobleza de su nacimiento, sublimado á las “ínfulas de la Mitra y á la excelencia de Caballero de la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, “y autorizado por todas las leyes para hacer uso “de la pompa de la dignidad, no quiso deslumbra- “brar al mundo con el aparato del lujo. Si “conservó exteriormente las augustas insignias de la “dignidad, interiormente se vestía como el más “pobre. Su ropa interior era del paño más ordinario, que él mismo remendaba cuando se hacía “pedazos. Su comida la más frugal, jamás llevaba “consigo moneda alguna. Sabía,—como dice San



CAPÍTULO XII.

La Predicación.



A hemos visto cómo D. Rafael Tomás miró por sí mismo. Tócanos ahora ver cómo miró por su grey. Precedido de honrosa fama no desmentida por los hechos, inflamado por la caridad, enérgico y humilde al propio tiempo y de carácter indomable, á no mediar la conciencia, acomete con nobles bríos una empresa donde sin la divina protección habría seguramente fracasado. No era el señor Menéndez hombre de términos medios ni aficionado á las medias tintas. Consultaba con Dios en la oración y entendiendo cuál era su voluntad, á cumplirla iba derecho sin dar oídos á la carnal prudencia, enemiga de todo lo bueno. Dios hará lo que yo no pueda, suponemos que á sí mismo se dijese, y el caso es que no en vano contó con Dios.

Por dónde habremos de comenzar la historia de sus trabajos apostólicos, no acertamos á resolverlo; pero aun resuena en nuestros oídos aquéllo del Evangelio, *Docete omnes gentes*, que otra vez hemos citado, y se nos ocurre también lo de San Pablo: *non enim misit me Christus, baptizare, sed evangelizare*. Y aunque lejos esté de nuestro ánimo el meternos á intérpretes de las Sagradas Letras, tenemos la predicación por importantísimo deber de los Obispos. Razón por la cual, quizá en el libro donde se registran las mercedes y gracias concedidas por los señores Obispos de Santander, se halla el siguiente pasaje respecto del Sr. Menéndez: “Desde que entró en la “Diócesis..... no cesó..... de procurar con la “persuasión y con su ejemplar vida la reforma- “ción de costumbres del Clero y de sus diocesa- “nos, no desemejante á la que consiguieron los “Borromeos y los Villanuevas. En todo tiempo se “le vió lleno de celo apacentar su grey con la “divina palabra, por sí mismo y buscando misio- “neros.....”

No será, por tanto, un despropósito, que imitando al autor del pasaje transcrito, demos el primer lugar en estas páginas á la predicación del señor Menéndez de Luarca. Del mismo asunto se trata en el capítulo sexto dedicado al Magistral de Oviedo. La predicación era el fuerte de D. Rafael Tomás. Ya dijimos que predicaba antes de haber recibido órdenes mayores, y sin otra que la *prima tonsura*. Remitiendo, pues, al lector al capítulo dicho, supliremos las omisiones, añadiendo lo que aquí tenga lugar propio y allí no le tenía.

Sorprende un tanto al Chantre, como ya antes se dijo, que tampoco se pareciesen los sermones y los escritos de D. Rafael Tomás, el cual “tar- “dando en cada sermón una hora, lo que menos,

“nada se sentía, mirando á la persona y espíritu apostólico con que exhortaba.” En cambio Menéndez Pelayo, con preciarse de impertérrito leyente, nunca pudo llegar al cabo, ni puede dar razón “sinó de algunas páginas saltadas” en los opúsculos del Obispo. Y nada más natural: Menéndez Pelayo es literato. Pero sin negar ni mucho menos el lamentable estilo del señor Menéndez de Luarca como escritor, esto mismo nos mueve á preguntarnos ¿cómo deleita predicando, “dejando á todos asombrados,”—frase del Chantre,—quien al lector cansa de tal manera, que no puede dar razón “sinó de algunas páginas saltadas?” ¿Será tal vez aplicable á los sermones del Obispo aquello de San Pablo, *non in sapientia verbi ut non evacuetur crux Christi?* Y ciertamente, si predicó la palabra de la cruz, “virtud de Dios para los que se salvan,” no hay duda que en cuanto á predicar rayó muy alto.

Aun sin esto, el mismo historiador de los *Heterodoxos*, confesando que D. Rafael Tomás “fué digno de buena memoria en todo, menos en “sus escritos,” viene á reconocer que dignos de buena memoria son también sus sermones. No creemos que los escribiese antes de predicarlos. Una vez, sin embargo, se preparó algún tanto para subir al púlpito. Predicaba en la Catedral de Oviedo, y, con asombro de todos, en lo más interesante del sermón se detuvo repentinamente. Mirábanse unos á otros los circunstantes, sin explicarse la causa de aquel silencio. Mas en breve puso término el orador á las congojas, diciendo con sencillez: “Me prometía (1) predicar un buen “sermón. Lo había estudiado y estaba satisfecho. “Quizá Dios quiso castigar mi presunción. Perdí

(1) Así llegó esta anécdota á oídos de quien la escribe. Es tradición en la familia.

“el hilo: no puedo continuar.” Y no continuó, en efecto, desenvolviendo el tema que se había propuesto. Pero tales cosas dijo de la vanidad humana, y tan bien las dijo, que á una gran parte de los oyentes costó trabajo creer la sinceridad del Magistral, atribuyendo á oratorio recurso la suposición de tal flaqueza.

Debe tenerse muy en cuenta, que D. Rafael Tomás ocupó la silla de Santander á los treinta años de erigida. Era pues todavía indispensable un celo extraordinario en el Obispo, atendiendo á las graves necesidades que supone la erección de un Obispado. Las reformas á que se alude con más ó menos claridad en el documento suscrito por D. Felipe Dionisio de Quijano, en la oración fúnebre del Padre Pamplona, y en los tantas veces citados apuntes del Chantre, no dejan duda respecto á los incesantes trabajos del señor Menéndez, y á las circunstancias especiales que los motivaron, y por menor se han de ver en estas páginas. Tratándose de un país tan distante y de comunicaciones tan difíciles con su antigua capital en lo eclesiástico, bien se comprenden los abusos y la necesidad apremiante de corregirlos.

No todo, sin embargo, puede hacerse á la vez. En los campos donde la falta de cultivo permite á la maleza gran desarrollo, es lo primero el desmonte, y el desmonte no se concibe sin el labrador que necesita establecerse antes de comenzar sus trabajos. Seis años nada más dura el Pontificado del primer Obispo señor Arriaza, que tanto contribuye á la erección de aquella silla episcopal, y veintidos la ocupa el señor Laso Santos de San Pedro, autor de los estatutos del Cabildo santanderino, notables por su piedad y sabiduría, y particular bienhechor de la iglesia de Santander, título tan merecido como honroso. Pero si estos dignísimos Prelados, concluidos los indis-

pensables preliminares, comenzaron á desmontar la tierra objeto de sus afanes, lejos estaba la empresa de haber llegado á su término. Todavía D. Rafael Tomás pudo consagrarse á la (1) "re-formación de costumbres del Clero y de sus "Diocesanos" y conseguirla, tratándose de lo cual, figura la predicación en primer término. El Misionero desmonta: á otros toca cultivar el terreno desmontado.

Vocación de Misionero tenía el Sr. Menéndez de Luarca. Para dedicarse á las misiones deja en Oviedo la Canonjía Magistral por el Arcediano de Grado. Y en Santander predica desde su llegada en la Catedral, especialmente por las cuaresmas, y predica con fervoroso celo mientras se lo permiten salud y años. Pero con el deber de la predicación no podía siempre cumplir personalmente. Se necesitaba predicar á todas horas y en todas partes. Érale, pues, forzoso valerse de Misioneros, los cuales, divididos en grupos, recorrían á un tiempo la Diócesis en diferentes direcciones, de modo que por doquiera llegase con oportunidad el beneficio de las misiones.

Cuando predicaba el Obispo, surtía su palabra efecto mágico. Predicaba lo que sentía, y como lo sentía lo predicaba, sin el menor respeto humano, dando con sus obras testimonio de la sinceridad de sus palabras. Y á este propósito no será inoportuno recordar un hecho que nos refiere el Chantre y es evidente prueba de cuanto vale la predicación confirmada por el ejemplo.

Ya veremos más adelante cómo y cuándo fundó el Sr. Menéndez de Luarca una famosa hermandad intitulada *Milicia Cristiana* (2), "dando "él mismo á la hermandad dicha ejercicios espiri-

(1) Libro donde se registran las mercedes y gracias concedidas por los Ilustrísimos Sres. Obispos de Santander.

(2) Apuntes del Chantre.

"tuales, algunas veces con sermón en cada día." Pues bien, (1) "asistiendo él (el Obispo) á la "disciplina en los primeros que dió después de "establecerse la cofradía, se quedó á aquélla un "arriero por curiosidad al parecer hacia la puerta "de la iglesia, y oyendo cómo se castigaba el "Obispo al principio del miserere, quita su "cincho, descubre su cuerpo y principia á discipli- "narse con aquél." No movieron al arriero las razones del sermón, pero como el predica- dor confirmaba con obras sus palabras, entendió que si al Obispo convenía la disciplina, á él no debería sobrarle, y que no siempre es verdad aquéllo de "predicar no es dar trigo."

Nunca lo fué, tratándose de D. Rafael Tomás, que respecto á su persona y á los deberes del cargo pastoral, sin admitir atenuaciones ni *dis- tingos*, anduvo toda su vida por el camino recto, siquiera fuese áspero y estrecho. "Dando una "vez (2) el Padre Capuchino Santander ejercicios "en la Capilla del Palacio al Clero de la Catedral "y Ciudad y asistiendo á ellos el Obispo, tocán- "dose un día en la plática de condescendencias ó "precisión en que se veían los Obispos, saltó del "rincón donde se hallaba su Ilustrísima y dijo: "no va bien eso Padre: debemos resistir y ser "constantes si lo que se pretende no es arregla- "do." "Tiene razón, respondió el Padre, y si- guió su plática." ¡Quién sabe si andando el tiempo habrá recordado esta interrupción alguna vez el Obispo auxiliar de Zaragoza, por fuerza ó por voluntad afrancesado!

Cuanto al Sr. Menéndez de Luearca demuestran bien los dos hechos aquí sucintamente referidos, que sus obras correspondían á sus predicaciones

(1) Los mismos.

(2) Los apuntes dichos.

y que ni en boca de Misioneros respetables toleraba circunstancias atenuantes de la verdad: tales eran su apostólico celo y enérgico carácter. A pesar de lo cual todavía fueron sus sermones objeto de irreverentes burlas y calumnias infames, merced á la libertad omnimoda que para todo lo malo tienen los periodistas en esta Patria oprimida por el liberalismo manso y bravo. Pero tales calumnias y burlas tales sirvieron únicamente para mejor sentar la fama del calumniado y hacer más y más públicas sus virtudes y su constante celo respecto á la predicación, asunto de este capítulo.

Un escritor, que no hemos de calificar nosotros, por que á sí mismo él se califica, se atrevió el 4 de Febrero de 1844 á mancillar la honra del tercer obispo de Santander en el tomo segundo, número 43 del periódico *La Risa*. D. Juan Martínez Villergas, tal es el nombre del periodista, ridiculiza y calumnia al Sr. Menéndez de Luarca, poniendo en sus labios un sermón contra los pantalones. Supone que sólo contra esta moda se había resuelto á predicar después de 20 años de silencio no interrumpido por la corrupción de costumbres y por la propaganda de Voltaire, Rousseau, Diderot, Volney, etc. Y otras cosas de peor género supone, que si ahora no es del caso repetir, las comprenderá bien el lector por lo que luego diremos sin perjuicio de verlas con toda claridad en el apéndice.

Contaba, al parecer, Villergas con que ultrajar á los muertos no es ocasionado á inconvenientes. "A muertos y á idos no hay amigos," dice el refrán, que si en tesis general es verdadero, admite, como todas las reglas generales, excepciones. D. Rafael Tomás y el Cabildo de Santander son una de ellas. En cuanto el Cabildo entiende que la memoria de su difunto Prelado es ultrajada,

desmiente públicamente al escritor insensato, y protesta contra la calumnia dando solemne testimonio de (1) “las eminentes virtudes de un Obispo “conocido en todo el reino por un varón apostólico, “lumbrera de la Iglesia de España.”

Con razón, pues, hemos dicho que las calumnias y burlas han servido tan sólo para mejor sentar la honrosa fama y hacer más públicas las grandes cualidades del Sr. Menéndez de Luarda. Con este objeto, no para desmentir aserciones calumniosas, copiamos algunos párrafos de la notable comunicación que á los redactores de *La Risa* dirige el Cabildo catedral de Santander en 17 de Abril del año dicho de 1844. Hélos aquí: (2)

“¿Qué razón puede justificar el lenguaje descomedido y las alusiones obscenas en que se revuelve el articulista, tratando de un Prelado tan insigne en el Episcopado español por su celo apostólico, y tan benemérito del Soberano y de la Patria?

“¡Causa ira y se enciende la sangre al más indolente al observar el estado de degradación á que ha venido la literatura de nuestros días! “Pero ya que se ha querido prescindir de estas justas consideraciones: ya que la ley de imprenta, adoleciendo de no pocos defectos, cierra la puerta al clero de Santander para vindicar en forma legal el honor ultrajado de un Prelado á quien veneró y venerará siempre por su santidad y virtudes, este Cabildo por sí y á nombre del mismo clero, y dejando á los descendientes de la ilustre casa de Menéndez Luarda en el Principado de Asturias la jurídica defensa y vindicación legal del buen nombre de uno de sus

(1) Comunicado del Cabildo al periódico *La Risa*.

(2) En el apéndice se publica al pié de la letra este comunicado.

“más aventajados vástagos, no guardará silencio,
“que en él se reputaría criminal, y protestará
“como protesta una y mil veces contra ese tejido
“de imposturas. Porque falso es, señores redac-
“tores, que el Sr. Menéndez de Luarca en ningún
“tiempo tuviese hospedada en su palacio mujer
“alguna, ni ama, ni sobrina, ni joven, ni anciana.
“Era tal la pureza de su vida, y tal su delicadeza
“en este punto, que jamás consintió penetrarse en
“su habitación la señora de más categoría, ni
“podía tolerar en su palacio se viesen mujeres
“algunas aún con el honesto motivo de acompa-
“ñar á sus padres, hermanos ó esposos, que
“tenían precisión de acercarse á su mayordomo
“para el pago de las rentas arrendadas á la
“Mitra..... Falso es también hubiese predicado el
“sermón de los pantalones, de que habla el
“articulista; falso y falsísimo que en los 20 años
“anteriores no hubiese esforzado su elocuencia,
“según el mismo dice, en defensa de la fé á pesar
“de la corrupción de costumbres y de lo mucho
“que iban cundiendo por Europa las perniciosas
“máximas de Voltaire, Rousseau y otros que
“cita. Tenga entendido el articulista que el
“Sr. Luarca, en los 35 años de su pontificado,
“predicó siempre con bastante frecuencia, con
“mucho fervor y con conocida utilidad de las
“almas, tanto en esta santa iglesia como en la de
“la Compañía, donde había fundado una cofradía
“con el título de *Milicia Cristiana*. Ella dirá si su
“fundador la escaseó nunca el pan de la divina
“palabra, y no se han borrado aún de la
“memoria de algunos cofrades las homilias con
“que procuraba arraigar en su corazón la semilla
“de la virtud, increpando los vicios de todo
“género. Y por que no á todas partes podía
“alcanzar su voz, explicaba su celo enviando
“misioneros por la Diócesis todos los años, y

“alimentando los fieles con frecuentes Pastorales
“en que les derramaba el bálsamo de la sana
“doctrina. . . . El Cabildo ha cumplido un deber
“de justicia, de gratitud y de reconocimiento
“hacia un Prelado tan digno de la veneración de
“los fieles de su Diócesis, demostrando la fal-
“sedad de los hechos que tomó por tipo el
“articulista para forjar la atroz injuria que le
“infiere en su discurso; mas no entrará en contes-
“taciones sobre lo demás que contiene, ya porque
“destruida la base, se pulveriza por sí mismo el
“edificio de la calumnia, y ya porque el Cabildo
“creería mancharse con la inmundicia y asquero-
“sidad de producciones de esta naturaleza.”

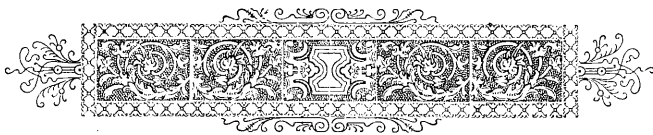
De los pasajes transcritos se deduce que no sólo la predicación del Sr. Menéndez de Luarca fué objeto de burlesca y calumniosa crítica: á más llegó la osadía de Villergas. Tratar aquí de ciertas cosas, dándolas principal importancia, sería impropio, aunque omitirlas por absoluta manera no convenga, *El Motin y Las Dominicales* no son de ahora. Sea como quiera, más, muchísimo más gana el Obispo con la defensa brillante del Cabildo, que con el cinismo de Villergas pudo perder entre cuantos hayan leído el número de *La Risa*.

El cual Villergas poco tiempo tardó en perderlo todo. La familia que se honra con el apellido del tercer Obispo de Santander, enterada como el Cabildo del artículo calumnioso, hizo uso de su derecho contra el calumniador, que compareciendo en juicio de conciliación, “retira
“todas las palabras del artículo que ofendan la
“buena memoria del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Rafael
“Tomás Menéndez de Luarca; que escribió aquel
“artículo, añade, sin ningún antecedente y sin
“haber oído hablar jamás en pró ni en contra del
“Sr. Obispo difunto, con el objeto de hacer un

“artículo propio del carácter del periódico, citando por capricho á este personaje, de quien ninguna noticia tenía, como podía citar á otro; y que no tiene inconveniente en que se haga pública esta manifestación para la debida reparación del daño que el artículo pudiera haber hecho á la buena reputación del agraviado.”

La de Martínez Villergas queda como merece. Quien escribe, no lo que tiene por verdad, sinó lo que al carácter de un periódico conviene, sin el menor respeto á la honra ajena; quien no repara en declarar que así lo hizo; quien no muere de remordimiento y vergüenza con (1) “los informes que ha recibido de las virtudes que adornaban á tan distinguido Prelado,” á sí mismo se juzga y publica en solemne forma la sentencia. Faltábanle á D. Rafael Tomás esta prueba y este triunfo, y la una y el otro debe á Villergas. Cuanto á nosotros, no podríamos dar más cumplido remate á este capítulo.

(1) Acta del juicio de conciliación.



CAPÍTULO XIII

El culto y las cofradías.

LA exactitud, el recogimiento y gravedad en todo, especialmente tratándose del culto divino, son nota característica de D. Rafael Tomás. Era costumbre suya rezar tres veces el Padre Nuestro y Ave-María con el pueblo antes de las confirmaciones, siempre que administraba este Sacramento; pero como se anticipase aquél con frecuencia en la segunda parte de ambas oraciones, repetía el Obispo la primera hasta corregir tal precipitación irreverente. De lo cual puede inferirse con cuánto fervor y pureza de alma ofrecía la santa víctima y su preparación para el Sacrificio incruento. Tardaba en celebrar treinta minutos. Su continente grave y majestuoso y lo preciso de las ceremonias, eran escuela práctica. “Los oficios divinos enternecían su corazón”—dice el Padre

Pamplona.—Quien le viese celebrar, no habría menester de correcciones, ó inútil sería corregirle si el ejemplo no bastase: sólo una vez se cuenta que con análogo motivo hubiese reprendido á nadie. Y esa vez una palabra bastó; no fué preciso repetirla.

Era tan grande su respeto al templo, que ni con los villancicos de Navidad estaba muy conforme. Los prohibió en castellano para evitar ciertas libertades, que, al parecer, hacían reir donde se debe orar. Entendía bien el Obispo que la magnificencia de los templos es condición importantísima para levantar los corazones, inclinados á la tierra; conque volviendo los ojos á su amada Catedral, no pudo menos de advertir cuán y cuán lejos estaba de corresponder al decoro de la casa de Dios. Bastará para comprenderlo así tener en cuenta que aquella iglesia era parroquia al propio tiempo, y la única de Santander, hasta el pontificado del Sr. López Crespo, de perdurable memoria, á quien se debe la creación de cinco. Y esto sabido, será excusado indicar que la capacidad del templo no podía corresponder cumplidamente á los servicios parroquiales y al culto propio de una Catedral, cosas muy diferentes y por la mayor parte incompatibles.

Urgía por tanto que la parroquia se trasladase á otra parte, donde á los deberes del Párroco no estorbasen la falta de independencia y desahogo, y no menos eran urgentes reformas necesarias para la solemnidad del culto, respecto de lo cual con incansable celo provée el Obispo que, (1) “digno “esposo de su iglesia, siempre guardó la mejor “armonía con su Cabildo y nunca cesó de hacerle

(1) Tomado del libro, donde se registran las mercedes y gracias concedidas por los Ilustrísimos Sres. Obispos de Santander.

“bien aún sobre lo que se podía esperar de sus
“fuerzas, y elevándole á un grado de decoro y
“majestad, que no tenía, y procurando que los
“Oficios divinos se celebrasen con la solemnidad
“que hoy admiran todos. Por una consecuencia
“necesaria de radicar la *cura animarum* en la iglesia
“Catedral, se hacían en ella los entierros de
“cadáveres de todo el pueblo y los Oficios de
“sepultura, celebrándose también en la Capilla del
“Rosario de la misma, á las ocho de la mañana,
“la misa popular, en la que no era fácil explicar
“la doctrina cristiana; y en la conventual del
“Cabildo se ponían sobre las sepulturas velas con
“cuyo crecido número y calor se embarazaba y
“aún sofocaba á los concurrentes. También había
“en la Catedral muchas fundaciones ténues cada
“una de por sí: y por su disposición se celebraban
“todos los días muchas misas que llamaban can-
“tadillas, con las que se embarazaban é incomo-
“daban mutuamente los celebrantes. El pavimen-
“to de la iglesia Catedral era de tabla desigual.
“No había valla desde el coro al altar mayor. En
“la capilla particular del Santo Cristo, que está al
“lado del Evangelio del altar mayor, había una
“disforme reja de hierro con su puerta, y como
“las procesiones hubiesen de pasar por allí
“necesariamente, era preciso bajar la cruz, y
“estrecharse el Cabildo. Las capillas y sus
“retablos eran viejos y mal aparejados; y en fin,
“se notaban otras muchas imperfecciones en la
“iglesia Catedral. Hasta en esto explicó su soli-
“tud paternal..... pues dispuso en primer lugar
“habilitar la iglesia que estaba bajo el pavimento
“de la Catedral, y expendió muchos miles de
“reales en repararla, recalzar las pilastras, hacer
“estribos por fuera, construir cuatro altares con
“preciosas imágenes, coro, nicho en la pared
“para sepulcros de los cadáveres de individuos

“de la Iglesia, determinando enseguida bajar allí
“la parroquia, con lo que consiguió que lo que
“antes más bien parecía parroquia de cualquier
“pueblo, quedase en el tono de Catedral, y que
“en una y otra se celebrasen los Oficios propios
“de cada una sin embarazarse. Redujo las funda-
“ciones de las cantadillas á un aniversario men-
“sual..... A él se debe que se pusiese valla, y
“cerrase la capilla mayor; que se franquease la
“del Santo Cristo, se enlosase el pavimento con
“piedra de Génova, se hicieren de nuevo los más
“de los altares, se pintase y jaspease el trascoro
“cual hoy se ve; sin que por eso dejase de con-
“tribuir para los preciosos ternos blanco y mora-
“do que hoy tiene la Iglesia, y para que en su
“sacristía se hiciera la cajonería de caoba con
“los adornos que están á la vista.”

Con lo transcrito están acordes el Padre Pamplona en su Oración fúnebre y notas que le siguen y el Chantre en sus apuntes. El celo por la casa del Señor sólo tenía por límites en don Rafael Tomás lo menguado de sus recursos. Si algo, muy poco ciertamente, gastaba fuera de la Diócesis, no hay que preguntar por su inversión. A manos de los pobres, ó al santuario de Nuestra Señora de la Atalaya iba todo á parar. Conocemos tan solo una excepción, la cabeza de San Juan Bautista, preciosa imagen regalo del Obispo á la capilla de la Degollación fundada por sus antecesores en el lugar de Setienes, junto á la casa donde había nacido.

Pero, sin limitarse á la ornamentación material de los templos, no toleraba en ellos cuanto de lugares sagrados fuese impropio, ni los primores del arte á título de gratitud por beneficios recibidos. Visitando una vez cierta parroquia de la provincia de Alava, perteneciente hoy á la Diócesis de Vitoria, acertó á ver un cuadro de

que á primera vista no pudo formar juicio por la distancia. Hizo que se lo trajesen, y hallándose con el retrato de una hija del fundador ó patrono harto desnuda, ó *muy vestida* como ahora se dice, mandó llevárselo á casa, para entretenerse de noche vistiendo su desnudez con la pluma. Y así vestido el retrato, le devolvió al día siguiente permitiendo que le colgasen donde estaba.

No transigía con la desnudez. Para vestir al pobre no reparaba en dar la ropa de su cama. Acabamos de ver cómo vestía la desnudez pintada. Su representación á la Junta Central contra la deshonestidad de los trajes usados por las señoras ofrece prueba solemne de su justificada intolerancia. Y su encargo cumplido al pie de la letra, de que al amortajar su cadáver no se le despojara de las ropas con que le sorprendiese la muerte, convence más y más de cuanto era su amor á la pureza. Dispénsenos el lector la digresión, no enteramente inoportuna.

Y volviendo á las relaciones íntimas que median entre los afectos del alma y el esplendor del culto y el decoro de los templos, ya será tiempo de indicar otras reformas no menos interesantes que las llevadas á cabo en la Catedral de Santander. Si las misas que llamaban cantadillas fueron suprimidas, como embarazosas é incómodas y perturbadoras del buen orden tan conveniente al recogimiento y respeto con que se deben celebrar los divinos Oficios y deben los fieles asistir á ellos, á una razón análoga obedeció el Sr. Menéndez para otra supresión no de menor trascendencia.

Las Cofradías llamaron poderosamente su atención desde que llegó á la Diócesis. Parecieronle de poca importancia sus resultados con relación al progreso espiritual, y se dispuso á darles nueva forma. Y á la verdad, si aquellas

cofradías se asemejaban á las que aun entre nosotros se conservan y de antiguos tiempos proceden, bien se comprende cuánto dejarían que desear. Respondiendo en su origen á los fines de su fundación, quedan ahora, por lo general, reducidas á solemnizar la fiesta de algún Santo, y al ornato de algún altar ó ermita, ó á sufragios por los cofrades. La frecuencia de Sacramentos y obras piadosas, objeto principal de las congregaciones modernas, si no fueron olvidadas por los fundadores de las antiguas, poco á poco cayeron en desuso.

Ni aun dejan hoy de fundarse congregaciones que, tomando el nombre de un Santo, á quien eligen por Patrono y dedican una fiesta más ó menos solemne, tienen tan solo por objeto el funeral de los hermanos, sin distinguirse de las sociedades de socorros mútuos, frecuentes en los pueblos grandes, como no sea en el barniz religioso, de que huye la civilización moderna.

El que los mayordomos hayan dado al traste con los fondos de muchas congregaciones antiguas, y no pocas modernas nazcan y mueran todos los días, debe reputarse claro indicio de que lo espiritual no era en aquéllas, ni tampoco lo es en éstas, único ni quizá primer objeto; ¡cómo habían, pues, de influir las unas, y cómo puede esperarse que las otras influyan en el cristiano progreso! ¿Adolecerían de tales deficiencias las refundidas por D. Rafael Tomás en la *Milicia Cristiana*? Sea como quiera, la capital de su Diócesis no debía ser tan populosa entonces como lo fué más tarde. Y aun no siendo muchas las Cofradías, tal vez bastasen para estorbarse unas á otras en un pueblo pequeño, donde, sin haber gente para todas, las necesidades pudieron ser grandes.

No se olviden las circunstancias especiales de

aquella época. Las ideas filosóficas importadas de tierra extranjera comenzaban á germinar en España. En Santander, ciudad marítima, era mayor el riesgo; y en Santander, por lo tanto, convenía fortificarse más y más contra el invasor enemigo. Y á la verdad, por aquel tiempo había en las provincias vascas una especie de sucursal de la propaganda enciclopédica. Don Vicente de la Fuente, en su *Historia de las Sociedades secretas*, y Menéndez Pelayo, historiador de los *Heterodoxos Españoles*, dan cuenta de ella. “Quien conozca—dice el primero—la clave de la mayor parte de las victorias ganadas entonces por los franceses, y sepa que éstas se debieron á las gestiones de la Francmasonería más que al valor de los soldados y á la pericia de los Generales, no dudará mucho acerca de ciertos triunfos tan rápidos como misteriosos de los franceses en las provincias vascongadas.”

Y leemos en el segundo: “La tradición afirma unánime (y bastantes indicios lo manifestarían aunque ella faltase) que las ideas francesas habían contagiado á los nobles y pudientes de las provincias vascas mucho antes de la guerra de la Independencia. El Sr. Cánovas recuerda á este propósito que allí tuvo más suscriptores la Enciclopedia que en parte alguna de España. “Cuando vencidas nuestras armas en la guerra con la República francesa en 1796, llegaron los revolucionarios hasta el Ebro, pequeña y débil fué la resistencia que en el camino encontraron. “Las causas de *infidencia* formadas después, denunciaron la complicidad de muchos caballeros y clérigos del país con los invasores, y sus ocultos tratos para facilitar la anexión de aquellas provincias á la República francesa ó el constituirse en Estado independiente bajo la protección de Francia. Clérigo guipuzcoano

“hubo que autorizó y bendijo los matrimonios
“civiles celebrados en las municipalidades que los
“franceses establecieron en varios lugares de
“aquella provincia, y aun publicó un folleto, don-
“de sostiene las más radicales doctrinas sobre
“este punto, hasta decía que *el matrimonio es*
“*puro contrato civil.*”

Más dicen los escritores citados al enterarnos minuciosamente de la simpatía que inspiraban en las provincias vascas doctrinas tan revolucionarias. Basta, sin embargo, lo transcripto para dar clara idea de cuán antigua debería ser la propaganda que tal efecto surte en 1794. Pero no habremos de omitir que ciertas prevenciones ó desdenes respecto á la teología y á los teólogos, cierto amor á las novedades, un afectado alarde de laicismo, la educación francesa de los hijos de caballeros en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, ó sus fronterizas regiones, daban ya frutos en la primera mitad del siglo XVIII, frutos recogidos en 1764 por aquella Sociedad de Amigos del País sospechosa de *masonismo*.

De las insinuadas traiciones é ideas que las engendraron habla el Obispo de Santander en su pastoral de Octubre del referido año, pintándonos la situación de Francia con los más vivos colores. Nada olvida y no perdona á nadie. Para muestra de severidad, véase cómo escribe respecto al clero francés: “¿Puede ser más, por lo que toca
“al lujo, puede ser más, que el que en Francia
“se andaban peinados, enrizados, enmantecados,
“y polvoreados, cada uno como el hijo más
“hijo del siglo, clérigos, sacerdotes, párrocos,
“religiosos, Obispos? ¡Oh escándalo! ¡Oh sem-
“piterno oprobio del clero francés, oprobio im-
“posible de que se quite con lágrimas, que no
“sean muy ardientes, tanto y más que es imposi-
“ble limpiar aquellas mantecas con agua fría... No

“nos espantamos, no, de que hubiesen sobrevenido á Francia, y á tí, clero francés, los males que os sobrevinieron... Nos espantamos antes de la paciencia de Dios. Vosotros érais Presbíteros en su pueblo, vosotros estábais puestos allí por S. M., no solo para enseñar, mas también para dar á todos, trillado con vuestro ejemplo, el camino de la Cruz, el que es todo opuesto á los caminos del mundo. De vosotros, al fin, pendían las almas de todos los demás. ¡Y vosotros, vosotros habíais de ser los que os cargáseis de mundo hasta tanto extremo, hasta donde San Pablo reputó gran exceso, que se cargasen las mujeres!”

Y comparando el pueblo español con el francés en cuanto á ciertas aficiones desordenadas, en cuanto al progreso material que la moderna civilización sobrepone al progreso moral, pregunta entre otras cosas el Prelado: “¿Tiene el pueblo español algo de aquel espíritu sin espíritu, ó espíritu ni cristiano ni racional, que Francia vertía en infinitas disertaciones ó papeles, que sobre aquellos objetos”—los referentes al progreso material—“publicaba, cargados de arbitrios, pero sin que en ellos sonase, aun por descuido, el nombre de Dios, como quien para nada contaba con Él; ó sin respeto alguno á la piedad cristiana; y en que, si todavía se trataba de favorecer la causa de los pobres, ú otras piodosas, se trataba solo en un estilo meramente político, como ni Sócrates, ni Séneca, ni Platón, ni Tulio ni otro racional con algunos visos de religión trataría tales puntos?”

Y nos cuenta el Sr. Menéndez cómo la impía propaganda francesa halló en España camino franco; cómo las ideas y libros de los franceses cundieron entre nosotros á la par que sus modas; cómo ya se celebraba “tener España en su seno

“cuatrocientos mil y más extranjeros;” y cómo ya nuestras gloriosas tradiciones no merecían respeto, ni tampoco eran respetadas la ciencia teológica y la sana filosofía que le sirve de “escudo “y.... fiel armera.”—Y en resolución también nos cuenta que ya entonces llegó á pensarse “no podía “ser hombre de provecho quien no tuviese parte “con los franceses, quien no sintiese, no comiese, “no hablase, no pensase, ni respirase á lo francés,” penetrando en muchos españoles el espíritu mundano, irreligioso y soberbio de los franceses.

No era esto cosa nueva: era ya mal muy antiguo en 1794. Respecto á filosofía y teología, las insanas tendencias, las tendencias afrancesadas, se dieron á conocer, como la pastoral indica, casi al principio del siglo.—Este mediado, “la religión á la moda, la religión en duda,” fueron tema constante de algunas tertulias. Algo más tarde, celosos y doctos españoles “lloraban así “corrompida la juventud... lloraban no más ladra- “sen los perros contra el lobo.”

Todo lo cual dice el Obispo, apoyado en autoridades respetables. ¡Y cómo no había de clamar con tal viveza, si el Pontífice á la sazón reinante, citado en la pastoral, “lloraba (Breve de 25 de “Diciembre de 1775) al mundo inundado de “aquellos espíritus y escritos seductores é impíos “y que hubiesen entrado en las públicas academias, en las casas de los magnates, en las aulas “de los reyes, en el santuario mismo!” Contemplando, pues, el Prelado, por una parte á los franceses invasores de la tierra de España en connivencia con los afrancesados, y por otra á los traidores ó á quienes con ellos simpatizaban en ideas, en costumbres, en instintos, y volviéndose contra los unos y los otros y contra el híbrido enjendro de franceses y españoles, traidores y leales, católicos é impíos, á todos apos-

trofa y á todos grita: "Contra Dios, ni mónstruos "mestizos."

Pero ¡á dónde vamos á parar! ¿Y las cofradías y la hermandad titulada *Milicia Cristiana*, donde han de refundirse todas? — dirá el lector. — Y no extrañaríamos que lo dijese, porque ya nuestra pluma corrió tal vez más de la cuenta y fuera de camino, siquiera, bien pensado, nada absolutamente de lo dicho deje de venir al caso. Del asunto hablamos, aunque no lo parezca. La revolución, obra de Lucifer, preparaba desde muy atrás el terreno en Francia y en España. La propaganda de las ideas fué precursora de los hechos, y aquende los Pirineos á las armas precedieron los libros y los folletos. Cuando estalló la guerra, el ejército de Lucifer tenía casi asegurado el éxito.

Armar ejércitos, proveer plazas fuertes, dirigir militares empresas, no incumbe precisamente á los Obispos, siquiera con su apostólico celo, sana enseñanza y ejemplares virtudes, engendren los guerreros. Como las guerras de Satanás contra la Iglesia comienzan por las ideas y costumbres, que preparan el triunfo de las armas; cuando tales preparativos se advierten, cumplen con su deber los Prelados acudiendo á los medios más eficaces de combatir el mal y propagar el bien, y así cierran al enemigo su camino y lo disponen todo para perseguirle hasta en sus propias trincheras.

Ejército de la Iglesia vienen á ser ambos cleros, secular y regular, y cuerpos especiales reputamos los institutos religiosos. Pero el Obispo de Santander no se propone con la *Milicia Cristiana* fundar precisamente un instituto, ni establecer nada nuevo en lo que podríamos llamar ejército permanente. Tan solo trata de que, bajo las banderas de Cristo, se congreguen

los fieles de Cristo, y ejercitándose en las armas comunes á clérigos y legos, constituyan una milicia popular, práctica escuela de virtudes cristianas y cuadro vivo, donde los innovadores contemplen lo mismo que nos presentan como invento portentoso de su ingenio y sazonado fruto de sus afanes. Porque, sin ruido ni aparato, ofrece á sus diocesanos en las constituciones de la nueva hermandad un verdadero antídoto contra el veneno importado de Francia. Al ejército de Lucifer opone la *Milicia Cristiana*, cuyas constituciones son una síntesis, para desenvolver la cual sería menester un libro.

No lo son, ni mucho menos, las reglas de dicha hermandad, fundada el 18 de Diciembre de 1788, pero cada una de sus cláusulas pudiera muy bien ser epígrafe de un capítulo. En el primero de los que constituyen el código de la *Milicia*, nos da su autor una idea de lo que viene á ser la cofradía, con solo presentarnos "la verdadera imitación de Cristo en el ejercicio de la "santa obediencia," como "el medio á que se "reducen todos los que tenemos para santificar-nos." Por la obediencia rompió Adam para sí y para sus descendientes la unión que Dios "disonía tener con los hombres y que éstos tuvieron entre sí." El caudillo y ejemplar de la *Milicia Cristiana* es Cristo Jesús, "obediente "hasta morir en la Cruz... hasta sacrificarse en el "altar, traído allí y sacrificado por amor de los "hombres á voluntad de éstos."

Y puesto que de la primera mujer, Eva, se valió el demonio para inducir al primer hombre á la desobediencia, y la Virgen Santísima fué "señalada... Madre nuestra al pie de la Cruz, "donde como nunca más nos enseñó cuán unidos "y obedientes debemos estar á la voluntad del "Altísimo; por eso se encamina á tal Madre, y en

“su corazón traspasado de dolor, solicita ampararse esta hermandad.”

Son tantos los estorbos que se oponen al fin sobrenatural del hombre y “tan extremados los peligros de perseverar en la obediencia de los divinos mandamientos, que como nunca más se puede decir aquí que nadie se basta á sí mismo y que si no con ayuda de vecinos ó en particular unión con otros, y ejercitándose con ellos en otras obediencias más que la precisa de la ley, mal se podrá conseguir la observancia de ésta y la perseverancia en santa caridad hasta el último combate y aliento.”

Así habla el fundador de la *Milicia Cristiana*, que tomando pie de los ejércitos, donde se unen los soldados en compañías y batallones bajo la obediencia de sus jefes, para defenderse unos á otros y vencer al enemigo, y de varios pasajes de la Escritura, indica “las causas que han tenido los santos fundadores de las órdenes religiosas” para establecerlas, y las de otras fundaciones que “se les quieren parecer.”

Distribuyendo Dios sus dones acá en la tierra, y no queriendo á todos para religiosos, “dispuso se estableciesen hermandades ó Cofradías seculares, en las que hasta las gentes del gran mundo, unidas entre sí más que en el común de los cristianos y bajo de ciertas reglas acomodadas á sus circunstancias, mutuamente se pudiesen ayudar á vivir cristianamente y á conseguir el último fin.”

Ni tan admirable providencia se limita por tiempos ni lugares. Pueden cambiar, y en efecto cambian las formas, porque también cambian las circunstancias; pero la Divina Misericordia no cambia nunca, siempre es la misma. Plantó el Señor la viña y “no cesa de podar las cepas, que con el transcurso del tiempo pudieron haberse

“maleado, y plantar otras, que según las circunstancias ó condición de las personas más hayan “de fructificar. Así se entiende hacerlo al presente, y que tal obra suya y de su misericordia es “la cofradía hermandad y *Milicia Cristiana*, de “que aquí se da la traza.”

¿Aludía con estas frases el Obispo á las antiguas cofradías y á sus indicadas deficiencias, que según apunta el Chantre, “por lo que observó le “pareció que se adelantaba poco en lo espiritual “con ellas?” No lo tenemos por inverosímil: antes merece, á nuestro juicio, particular atención su propósito de inspirar á la *Milicia Cristiana* desprendimiento de los bienes temporales y amor á la pobreza. Son para meditados los capítulos sexto y séptimo, y sobre todo este último. “En una hermandad como la *Milicia Cristiana* “ni sería bien visto que se pensase en riquezas, “ni sería de buenas consecuencias cuando las “que se ven en cofradías aspirantes á ser ricas, “son que sus caudales se detienen entre las “manos de los administradores ó se disipan en “pleitos, comidas, funciones pomposas más que “devotas, ó se están muchos años sin uso, que es “harta pérdida.”

Pero volviendo á la “traza” que de la *Milicia Cristiana* nos da el Obispo, ¿no vemos ya la bandera de Cristo en frente de la bandera de Satanás, la santa obediencia en oposición á la soberbia impía y el fin sobrenatural del hombre sobreponiéndose á los terrenales fines? Continuaremos, á la ligera por supuesto, el examen de las constituciones, aunque desde ahora podamos anticipar con su autor, que tanto ellas como los ejercicios que prescriben, “abrazan lo principal, “que al efecto suele hallarse esparcido en otras, “y, sin embargo, nada presentan que no sea “sumamente factible á todo cristiano y nada que

“no deba estar dispuesto á hacer cualquiera, que “quisiere tomar con empeño la salvación de su “alma.”

Y prosiguiendo en el examen de las constituciones dichas, poco nos detendremos respecto á los medios de subsistencia adoptados para la hermandad. Informada la *Milicia Cristiana* por espíritu de pobreza, solo cuenta con doce reales y media libra de cera, que los cofrades entregan á su ingreso, si la Junta de gobierno no les dispensa de tal obligación. Vive de la limosna. En cuanto al modo de pedirla, en el apéndice verá el lector lo que interesarle pueda. Bástele ahora saber que si á fin de año la hermandad dispone de algún dinero, ha de invertir sin demora lo excedente de mil reales, no en censos ni en haciendas, sinó en lo más conforme al logro de sus fines. Con esto y añadiendo que “cabén todos, “hombres ó mujeres, nobles ó plebeyos, ricos ó “pobres, pequeños ó grandes,” en las filas de la *Milicia*, queda indicado el carácter humilde de la cofradía, tan ajeno de los aristocráticos humos adoptados por la impiedad de aquellos tiempos.

Del gobierno de la hermandad y del nombramiento de la Junta que le tiene á su cargo, nada diremos, remitiendo al lector á los capítulos segundo, tercero y cuarto de las constituciones. Pero no debe omitirse lo referente á prácticas piadosas y relaciones de la cofradía con los cofrades, desde el punto de vista de las costumbres y de la caridad, donde se ve más claro el espíritu de esta fundación, y su directa y poderosa influencia en el orden social. Ya se daba entonces á conocer la indiferencia religiosa entre los ilustrados á la moderna, y aun entre los nobles de abolengo. Ya eran moda los chistes volterrianos, el preferir á todo los intereses materiales y el

tomar lo menos posible en boca el nombre de Dios, á las derechas, como dice Menéndez Pelayo.

Conque no podía ser más oportuno el capítulo octavo de las constituciones, que prescribe la lectura espiritual y la meditación, precedidas de una Visita al Santísimo Sacramento y seguidas del Rosario, todos los días después del toque de oraciones en la iglesia, donde la hermandad tiene su asiento. “Lo que un estómago sin calor —dice el Obispo, — “y una huerta sin cultivo, eso “es un alma sin oración y meditación de las verdades eternas, y querer meditar sin leer ó sin oír “estas verdades, ó bien sin tenerlas presentes, es “querer volar sin plumas.”—He aquí la razón fundamental de lo establecido por este capítulo. En frente de una sociedad disipada, de fé muerta ó poco viva en las clases superiores, presenta el Prelado de Santander un modelo de la vida cristiana y una protextación pública (1) de fé católica, de que muchos se avergonzarían por respetos humanos, más funestos aún que la impiedad descarada. Pero además del ejercicio diario, la hermandad ha de tener otro mensual. El primer domingo de cada mes, deben recibir los asociados los Sacramentos de Penitencia y Comunión, sin la frecuencia de los cuales no se concibe que nadie tome con verdadero empeño el negocio del alma.

Las constituciones, sin embargo, no imponen tocante á esto obligación precisa. Aunque “nada “debe llamar más la atención de la hermandad “y de cada uno de sus individuos,” teme con todo eso el Obispo que alguien, por cumplir tan solo, se acerque indignamente á la Sagrada Mesa, horrible precipicio de que la hermandad ha de

(1) Los domingos y días festivos se debía cantar el Rosario por las calles, á las tres de la tarde. ■

huir por todos los medios posibles. Queda, pues, al arbitrio de cada hermano, "la frecuencia con que ha de llegarse á los Santos Sacramentos; "y solo sobre el particular se establece que "el primer domingo de cada mes y los demás "días en que estuviese concedida Indulgencia á "los que, confesados y comulgados, visitasen el "Templo de la Cofradía, se destinen para esto..... "cuatro confesores seculares ó regulares... y "además..... un sacerdote que..... esté pronto á "administrar la Comunión." Y véase por lo dicho cuánta era y cuán exquisita la prudencia de D. Rafael Tomás en medio de su celo. Entendía que, tratándose de comunidades religiosas siempre ocupadas en prácticas de piedad, no son ocasionadas á peligros las comuniones frecuentes generales. "Pero en las Comunidades del siglo, cuyos "individuos, ó la mayor parte, están envueltos en "negocios temporales y en que pocas veces faltan "algunos envueltos en pecados, si se estrechase "á comuniones mensuales... ¿qué peligro no habría "en que algunos se arrojasen á hacerlo en mal "estado?"

Ya no median estas consideraciones cuando á la Comunión preceden espirituales ejercicios. Dos veces al año los practica la Cofradía, según el capítulo XI de sus constituciones: la primer semana de Adviento y la primera de Cuaresma. Son estos ejercicios recreo y expansión del alma, que libre y desembarazada de mundanos negocios, piensa en sí misma, piensa en el Cielo y se purifica de las manchas, que le impiden ver claro su fin elevadísimo y las miserias humanas, tantas veces reputadas placeres. Son, en una palabra, los ejercicios alimento del alma, que á las veces alguno extraordinario le conviene, como sucede al cuerpo. La opinión de los Santos y la experiencia ponderan su grande utilidad. Por esto el

fundador de la *Milicia Cristiana* los recomienda y establece. "Se prescriben— dice—para en dos estancias del año, lo uno porque á ninguno sobra "hacerlos dos veces, lo otro porque quienes, ó no "pudiesen ó no quisiesen asistir á los unos, tenga "una ocasión de asistir á los otros."

Respecto á la duración y método de los ejercicios, en las constituciones podrá enterarse el lector. Sólo indicaremos aquí cómo concluyen con una Comunión general, que á los nueve días de recogimiento, oración y plática doctrinales, no inspira serios temores al prudente Prelado. No por eso ha de creerse que las constituciones establezcan medios coercitivos contra los tibios. También son para notar los preliminares y remate de dichos ejercicios. La víspera del primer día, sale la hermandad, con su estandarte, rezando el Rosario por las calles; "y al cabo de la procesión se hará en el Templo una plática convidando á todo el pueblo (que á todos, aunque no sean hermanos, es debido dar parte de este convite) á la asistencia de los ejercicios." Y por la tarde del último día, "se saldrá también cantando "el Rosario por las calles." Publicidad con la cual se protextaba la fe y se contribuía por extremo al éxito de los ejercicios que, como las misiones, surten efecto á veces en quienes no han oído al misionero. No son raros los casos en que basta el anuncio de una misión para poner en movimiento las conciencias.

Pero lejos estaba la *Milicia Cristiana* de limitarse á estas prácticas y á los obsequios al Santísimo Sacramento, de que habla el capítulo X. Las relaciones de la hermandad con los hermanos, merecen atención especialísima. En aquellos tiempos era moda la filantropía. Con el amor al hombre por el hombre, se aspiraba hipócritamente á distraerle de su fin sobrenatural, del

amor á Dios, y del amor por Dios al hombre. Para estos sabios, á gozar vino al mundo el hombre, como si Dios no le hubiese criado para servirle en esta vida y gozarle después en la eterna. La caridad tiene fijos en Dios los ojos. Por Dios ama el cristiano, y por Dios socorre al pobre. "El Espíritu Santo—dice—que *muchos de-
"linquieron por la pobreza*; y la experiencia enseña "que la indigencia extraordinaria en quien no se "halla muy mortificado, embarga con pensamien- "tos y cuidados varios el corazón para atender "al negocio del alma... Por tanto, y siendo tan "encomendado en el Santo Evangelio el socorro "de los pobres... será muy propio de esta her- "mandad extender sus cuidados á socorrer los "hermanos verdaderamente pobres."

Véase por lo transcrito la diferencia esencial, la verdadera antítesis que media entre la caridad y la filantropía. Para la filantropía, todo es terreno: para la caridad, todo es eterno. Los filántropos consideran al hombre como un bruto. Los cristianos comen para vivir, y viven para gozar, sirviendo á Dios, una vida eternamente dichosa. Es para los filántropos esta vida único fin: para el cristiano la vida temporal y la satisfacción de las necesidades del cuerpo, son el medio, y nada más, de conseguir un fin último.

Y no se daba limosna por indiscreto modo. La hermandad ó su junta de gobierno, precedidos informes, acordaba el socorro. Ni eran únicamente objeto de sus caritativos desvelos, la desnudez y el hambre. A la colocación de los hijos, al aprendizaje de un oficio y "á otros apuros que "suelen ser mayores y de peores consecuencias "que los ordinarios," atendía con sus fondos, y si éstos no bastasen, publicando el caso, sin mencionar las personas, hasta reunir la cantidad acordada para el socorro.

Si de la caridad es acreedora la pobreza, se ha de tener en cuenta, que nadie como el enfermo es pobre, ni hay pobre á quien sea tan urgente socorrer como al enfermo. Advertidos, pues, los visitadores (tiénelos de oficio la cofradía) de que un hermano se halla en estado grave, se presentan luego en su casa y repiten las visitas cuantas veces lo consideran oportuno, cuidando en primer lugar, de que el enfermo se confiese, haga testamento y, á su tiempo, reciba el Santo Viático. Y si tal caso llega, se anuncia por medios convenientes para que "los asociantes del Señor" asistan con hachas encendidas á la piadosa ceremonia. Pídesse por el enfermo en el ejercicio diario de la hermandad, que con igual objeto dispone la celebración de una Misa. A esto, y al anuncio de la agonía con un toque de campana, se reduce la parte sustancial del capítulo XIII. Cuanto á las honras fúnebres de que trata el XIV, baste decir que, al provecho del alma del finado y á la edificación de los vivos, más que á suntuosos aparatos, atiende la cofradía.

No se limita su celo á los enfermos y á los pobres. Ya hemos visto cómo ejerce la caridad con los unos y con los otros, y cómo, ni aun después de muertos, los olvida. Tócanos indicar ahora que no es menor su interés por los cofrades, desde el punto de vista de la moral. Nadie más gravemente enfermo que un pecador escandaloso. Para evitar los escándalos tiene la hermandad celadores, á quienes cumple corregir, privada y amorosamente, cuando de las correcciones se prometen resultado probable. En otro caso, ponen los hechos en conocimiento del Padre espiritual que, á su vez, si no consigue la enmienda, da cuenta de ello á la junta de gobierno; la cual, agotados sin conseguir su objeto, los medios de traer al incorregible á buen camino,

concluye por borrar su nombre del libro de admisiones. Solo “después de una constante enmienda” podrá otra vez ser admitido el pecador si lo pretende.

A lo dicho se puede reducir el capítulo XV. La importancia del XVI se da bien á entender por el objeto de “atajar querellas judiciales entre “los hermanos... No se condenan por eso las “querellas judiciales y criminales pleitos”—dice el capítulo XVI.—“Tal vez podrá ser necesario “quejarse así y más el defenderse. Pero como “quienes menos aptos están para hacer este “discernimiento son los que se consideran ofendidos, y como va creciendo por grados la falta “de luz conforme va creciendo el ardor del litigio; “por tanto, lo primero se exhorta á los hermanos, “que no presenten jamás querella judicial ni “contra otro hermano de la cofradía ni contra “quien no lo sea, antes de haber obtenido para “ello permiso escrito y firmado del Padre espiritual y juntamente del hermano mayor: y lo “segundo, á éstos encarga que sabedores de estar “metido algún hermano en un fuego tal, procuren “atajar los progresos de éste, y que tanto los “dichos como los celadores de mes, si entendieren “ser el pleito, ó injusto ó seguido con demasiado “ardor, den parte de ello á la junta, donde examinándose la cosa con todo cuidado y constando “ser temerario litigante el hermano que así “litigare, se procederá con él como en el capítulo “anterior se dijo que habrá de procederse “con los escandalosos.”

Y con esto damos por terminado el análisis de las constituciones, que por extenso publicamos en el apéndice. Basta, sin embargo, lo dicho para formar juicio de la *Milicia Cristiana* y de la oportunidad de su fundación. Viene á ser esta milicia

como el tipo de un sistema social, donde reina absolutamente Jesucristo.

La impiedad comenzaba entonces á seducir los pueblos con lisonjeras promesas; y la *Milicia Cristiana* contesta á la impiedad: aquí está todo y mucho más de lo que tú prometes, aquí están la verdadera igualdad, la verdadera fraternidad, el verdadero progreso, porque tenemos á Jesucristo, que es el camino, la vida, y la verdad. Todo nos lo da la fé cuando la fé no es muerta. Si D. Rafael Tomás no hubiese hecho otra cosa sinó fundar la *Milicia Cristiana*, con ello tendríamos lo bastante para su elogio.

Y, sin embargo, á la *Milicia Cristiana*, academia de virtud, congregación de piedad, asilo contra los contagios del siglo, ejército armado en batalla, como le llama el Padre Pamplona; á la *Milicia Cristiana*, repetimos, había de llegar su época de languidez relativa; porque las circunstancias cambian y con las circunstancias cambian también las formas de cuanto es obra humana. La fundación del Obispo, germen de no pocas que vinieron después, fué precursora de un cambio en el espíritu de las cofradías, hermandades é instituciones piadosas. Hoy más que nunca se ve claro cómo la Religión tiene su bálsamo para cada una de las llagas que atormentan la sociedad. No queremos decir con esto que la *Milicia Cristiana* haya sido tomada por modelo, ni que su fundador se anticipase á otros, pero le cupo en suerte propagar por manera notable tendencias que predominan.


Cuánta importancia tuvo en Santander la fundación del Sr. Menéndez de Luarca, dicho queda por el padre Pamplona y se deduce de la biografía publicada en el *Boletín Eclesiástico* santanderino, con fecha del 7 de Enero de 1875. En aquella biografía, que no pasa de tres páginas,

se han escrito estas frases: "Instituyó en Santander la hermandad conocida con el nombre de *Milicia Cristiana* y la dotó de un sabio y piadoso "Reglamento." Pocas palabras son éstas, pero mucho significan atendidos los estrechos límites del documento donde pueden leerse. Llama el Sr. Fuertes Acebedo á esta *Milicia* "la congregación religiosa más importante y de mayor "veneración en Santander," y de la misma dice D. José Antonio del Río y Sainz, en su obra: *La provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*, publicada en 1888 "...fué acogida por "nuestros mayores con tanto entusiasmo, que era "rarísimo hasta hace pocos años el natural de "Santander que no pertenecía á ella. Hoy mismo "cuenta con numerosos hermanos." Y así debe de ser, cuando en dicho año celebró la hermandad su primer centenario con fiesta muy notable, honrando al propio tiempo la memoria de su "ilustre fundador" y honrando á la Montaña, hidalgo pueblo amante hasta el delirio de su Obispo, que le correspondía con toda su alma.



CAPÍTULO XIV.

Santa Visita.

L buen Pastor debe conocer á sus ovejas, y las ovejas deben conocer á su Pastor. Pero ¿cómo ha de conocer el Obispo á sus diocesanos, y cómo los diocesanos han de conocer á su Obispo sin que recorra éste la Diócesis y vea y se deje ver de aquéllos?

No ha de fiarse todo á los zagales, que á su vez necesitan del pastor. No se pueden curar las enfermedades sin visitar al enfermo que las padece, ni corregir los abusos, ni atender á las necesidades de una diócesis sin cerciorarse de su estado. Conque se comprende bien cuánto importa la pastoral visita, sobre todo cuando se trata de un Prelado, que no puede utilizar la experiencia de quien le ha precedido.

Por esta razón, sin duda, al año siguiente de haber llegado á su Diócesis el Sr. Menéndez de Luarca, comenzó á visitarla, y con tal detenimiento hubo de proceder, que ni en una sola iglesia dejó de cumplir personalmente con esta obligación, sin que lo remoto del lugar, ni lo escabroso del camino, fuesen parte á contener su apostólico celo.

Cuatro años empleó en su primera visita, interesante más que otra alguna, porque conocido el carácter de las personas y las circunstancias de los pueblos, y tomado el pulso á los negocios, no es tan difícil resolver las cuestiones y preparar para ulteriores visitas el plan más conveniente al fin con que las establece el derecho.

Concluida esta visita y pasado un año, emprende la segunda con el objeto principal de confirmar, y dar ejercicios al Clero. Ya no visita entonces todas las iglesias, pero eligiendo en cada Partido un punto céntrico y cómodo, ni los confirmandos ni los clérigos dejan de concurrir. Después de la segunda visita y de haber descansado otro año, vuelve por tercera vez á visitar, aunque ya en otra forma. Los ejercicios al Clero debían ser la necesidad más apremiante; satisfecha la cual, tocaba el turno á las cuentas de las iglesias, á las capellanías, etcétera, sin perjuicio de todo lo demás que llama en estos casos la atención del Prelado.

Llevando éste consigo al Visitador general para lo tocante á las iglesias, y un Notario eclesiástico para el reconocimiento de cuentas y asuntos análogos, se limita á las confirmaciones y á dictar las providencias, que después de bien meditadas, considera oportunas.

Tal sistema observó en todas las visitas, interrumpidas tan solo por la tiránica persecución francesa y por el Gobierno liberal de España;

que aquélla y éste le obligaron á refugiarse en diócesis ajenas y en extranjera tierra. Exceptuados los tiempos de persecución, no deja de visitar hasta el fin de su vida, sin que le contuviesen “la avanzada edad (1) y los graves achaques que “le afligían, sacrificando en bien del rebaño que “le estaba encomendado su comodidad y hasta “la vida misma si era necesario, como buen “pastor, cortando toda discordia y escándalos en “los pueblos, y sufriendo todas las penalidades, “que ofrecía para ejecutarla lo escabroso, difícil, “y aun intransitable del terreno por algunos “puntos de la Diócesis.” Si á lo transcripto se agrega que en santa pastoral visita le sorprendió la muerte, no puede decirse más.

Pero no debemos ocultar que á tanto celo correspondía una modestia extremada y una grandísima consideración al Clero en medio de la paternal vigilancia de que era objeto. Que ni una sola persona llevaba en su comitiva sinó las absolutamente necesarias, será excusado añadirlo. Convendrá, con todo eso, trasladar á estas páginas algunos apuntes del Chantre, conducentes al caso: “En todas las visitas. . . . contribuyó “con un tanto para ayuda de gastos por cada “uno de la familia que llevaba. . . . y tenía dadas “estrechas órdenes para que no hubiera exceso “en la comida, mandando que solo se pusieran “dos pucheros, un principio, un postre de fruta, “y de ninguna manera vinos generosos ni “licores, y si alguna vez se presentaba algún “plato más ó de pescado, ó de dulce, ó cosa “semejante, lo hacía quitar de la mesa y lo “enviaba á los pobres.”

Si en lo dicho hallase alguien motivo para

(1) Tomado del libro donde se registran las gracias y mercedes concedidas por los Ilustrísimos Obispos de Santander.

tachar al Sr. Menéndez de rígido por demás, suspenda el juicio para contemplarle acompañado del Clero en el paseo y en la mesa. Trataba el Obispo al Clero, siempre y sobre todo en estas ocasiones, como los padres tratan á sus hijos. Recibiéndoles y conversando con los Sacerdotes afable y dignamente, les inspiraba sentimientos de dignidad. Tres días antes de morir, nos le presenta el Chantre "bien divertido por ver "almorzar con gusto á docena y media de clérigos que salieran á acompañarle."

De temperamento robusto y varoniles alientos, mientras enfermedades y años no quebrantaron sus fuerzas, hizo siempre la visita en una mula, sin reparar en lo difícil de los caminos ni en las inclemencias del tiempo. Cuando á su regreso de Portugal le costaba gran trabajo andar á pie, y á caballo no podía en manera alguna, hubo de resignarse á viajar en litera. Y como en varias ocasiones fuese muy peligroso el uso de la litera, para evitarle riesgos fué conducido algunas veces en silla de mano. Valiéndose de tales medios, visitó casi las tres cuartas partes de su Diócesis. Pero en esta última visita ya limita su celo á confirmar, cerciorarse de la instrucción del Clero y reconocer los libros parroquiales. A tal extremo le lleva el cumplimiento de un deber, que reputa muy apremiante por los trastornos consiguientes á la invasión francesa. Las noticias que tiene de ciertos males á que sólo personalmente puede poner remedio, son también parte y no pequeña, á estimular su conciencia; conque, á pesar de "las muchas reflexiones que se le hicieron"—habla otra vez el Chantre—"concernientes á su "muy quebrantada salud, herido del celo pastoral, "rompió por todo, creyendo de su obligación pa- "decir cualquiera peligro de la vida por socorrer "las necesidades espirituales de sus ovejas." Y, en

efecto, según veremos á su tiempo, en santa visita muere, como el buen artillero al pie del cañón.

Dicho queda cuanto á nuestro entender conviene para formar concepto del Sr. Menéndez de Luarca en sus pastorales visitas. Todo lo concerniente á la administración de Sacramentos, celo por la moral, por el esplendor del culto y decoro de los templos, no pertenece á este capítulo. Aunque la Santa Visita haya servido al Obispo para darse á conocer desde los insinuados puntos de vista y algún otro, lugar más propio requieren estas cosas. Ya le tuvieron y Dios mediante lo volverán á tener.

Mas no por eso dejará de venir á cuento el juicio de los contemporáneos respecto á las pastorales visitas de D. Rafael Tomás. Y tratándose de los contemporáneos, ¿quién más autorizado que Fray Mariano de Pamplona, orador en las exequias que la *Milicia Cristiana* celebró por su ilustre fundador? Los hechos eran recientes, y el misionero capuchino dirigía su voz á un público á quien tocaban muy de cerca. He aquí ahora algunas de sus frases: "La visita de su Diócesis "toda, que concluyó en cuatro años, presentó á su "celo recursos para restaurar las ruinas morales "del Santuario. La visita que hizo el Excmo. Menéndez á la Diócesis hizo renacer la felicidad de "sus pueblos... La presencia del Prelado remedió "las enfermedades populares, que no pueden los "ministros subalternos, aunque estén autorizados "con su delegación."

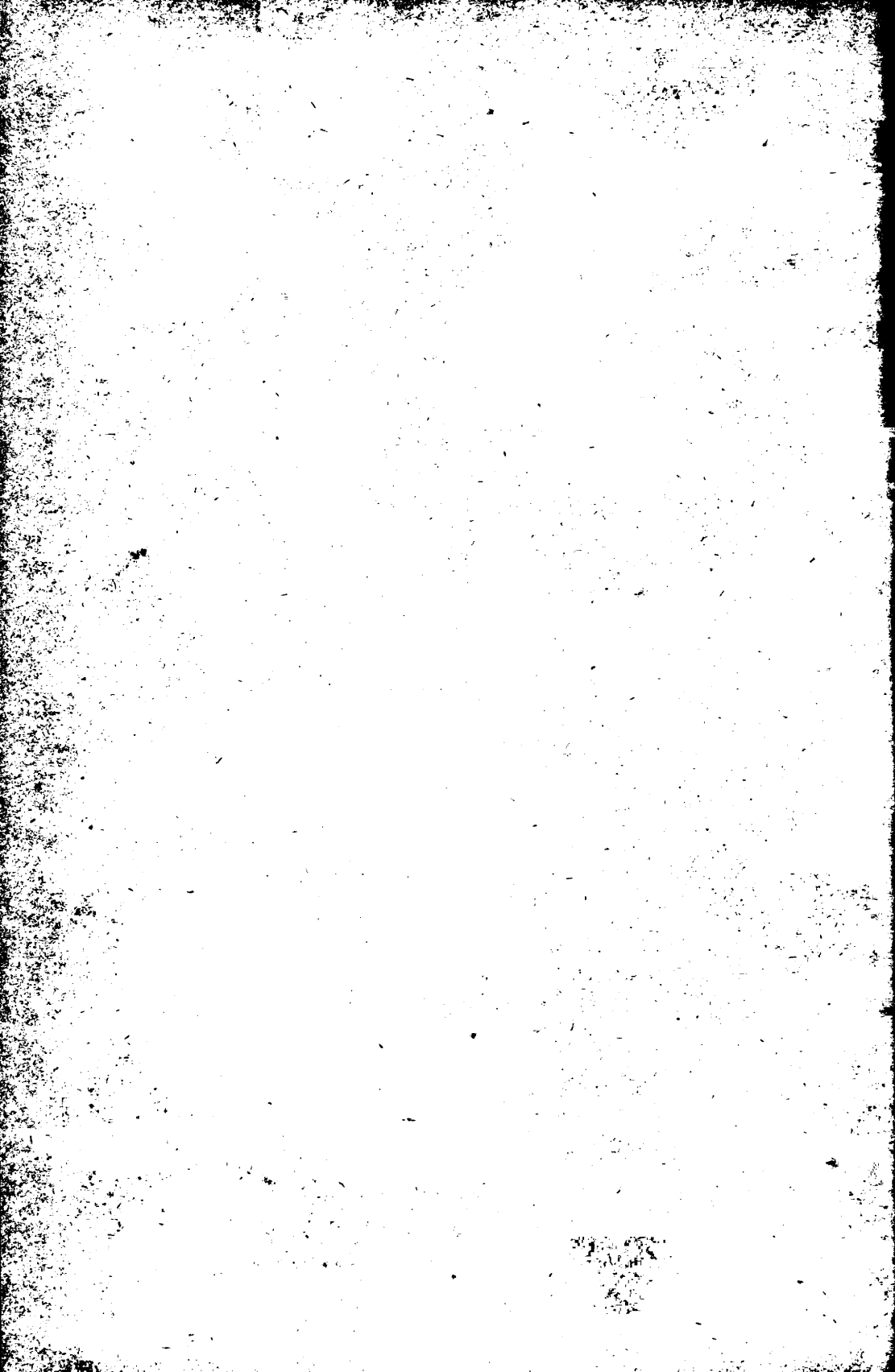
Pondera el orador la grave responsabilidad de los Obispos negligentes respecto de tan estrecha obligación, y continúa: "No, no temerá en el "juicio de Dios el Excmo. é Ilmo. Menéndez "esta (1) reconvención amenazadora del Señor.

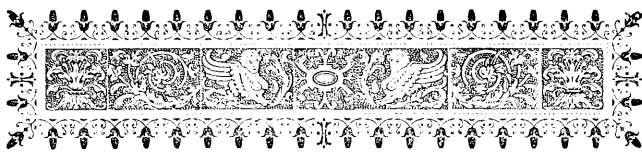
(1) La que hace por boca de Jeremías á los pastores de Israel.

“Ni la fragosidad de las montañas, ni la miseria
“de los países, ni las incomodidades de los viajes
“fueron obstáculo á su celo activo y emprendedor
“para recorrer varias veces la Diócesis, sin más
“aparato que una mula, y comitiva indispensable.
“¡Con generosidad contribuyó á sus gastos! ¡Qué
“frugalidad en la mesa! Si la bizarra generosidad
“de los eclesiásticos presentaba en ella algún
“manjar más de un principio, lo mandaba dar á
“los pobres. ¿Podría acaso la moderación religio-
“sa de Su Excelencia solicitar esplendidez en la
“mesa, cuando veía tantos infelices indigentes en
“los pueblos de sus excursiones diocesanas vícti-
“mas del hambre, desnudez y miseria?... El celo
“de la casa de Dios le devoraba, y así para
“perfeccionar el espíritu de la visita, comenzaba
“el juicio investigador por la casa del Señor, no
“solo por el decoro material del templo, la de-
“cencia de los altares, la pureza de los vasos
“sagrados, y ornamentos destinados al Sacrificio,
“sinó principalmente celaba sobre la ignorancia
“de los sacerdotes en el ejercicio de sus fun-
“ciones ministeriales, sobre los ritos de la
“Liturgia, sobre la frecuencia de anunciar al
“pueblo la moral del Evangelio, sobre la asis-
“tencia de los feligreses á los divinos oficios y
“sobre las introducciones abusivas, costumbres
“escandalosas, y desórdenes de Sacerdotes y
“pueblos.”

Habla luego de cuánto á los pastores de almas
importa orar continuamente, asentando, con San
Gregorio Nacianceno, que puede con tranquilidad
entregarse al cumplimiento de sus obligaciones
quien consulta con Dios en la oración, y concluye:
“Parece que el Señor oyó la oración de su siervo
“Menéndez, y que le ofreció ilustrarle como á
“David en la carrera de sus visitas, fijando sobre
“él sus ojos.”


A estas palabras de Fray Mariano de Pamplona ni una tan sólo añadiremos. No podríamos valernos de otras más oportunas como remate del capítulo.





CAPÍTULO XV.

Administración de Sacramentos.

A hemos visto cómo miró por sí mismo el Sr. Menéndez de Lúcar en el arreglo de su palacio y familia, y cómo miró por su grey con la predicación de la divina palabra, con la *Milicia Cristiana* y con la Santa Visita. Parece, pues, que ya deberíamos dar de mano á estas y otras cosas, para ponerla en asuntos de mayor interés y oportunidad en la biografía de un Obispo. ¿Para cuándo se dejan las dotes de gobierno?—dirá el lector.

Y no extrañaremos que lo diga, porque sólo después de algunas vacilaciones nos hemos decidido por el sistema adoptado en este libro. Pero mirándolo bien y aun sin mirarlo mucho, apenas se conciben actos públicos de un Obispo, que por

modo directo ó indirecto no sean actos de gobierno, y mucho menos se concibe, si los actos corresponden á la potestad ministerial ó á la de Orden.

Si el gobierno de una Diócesis ha de tener principalmente por objeto formar un Clero digno, ningún medio más eficaz de conseguirlo que los ejemplos del Prelado. Un Obispo predicador es el paso primero para que predicadores sean los Curas. Cuando el Obispo no repara en la debilidad de sus fuerzas, ni en el descanso necesario, ni en la salud, tratándose de administrar Sacramentos, motivo hay para esperar que sus cooperadores le imiten, y en todas ocasiones se hallen dispuestos á la abnegación y al sacrificio. "Aprende de mí." ¡Qué pastoral más elocuente! Dichoso sería el Prelado que con sus hechos tal pudiese decir. Veamos ahora cómo enseñó con el ejemplo D. Rafael Tomás en cuanto á los Sacramentos de la Confirmación y del Orden.

Respecto del primero, ya se dijo que uno de los principales objetos de sus pastorales Visitas era la Confirmación. Que confirmó en su Diócesis todos los años, mientras no se lo impidieron la invasión francesa y las persecuciones liberales, será excusado insinuarlo. Pero que también confirmó en Galicia y en Asturias cuando por estas provincias anduvo fugitivo, no tenemos por qué omitirlo, aun reservándonos tratarlo más por extenso. Nos proponemos ahora únicamente consignar la exactitud notable del Sr. Menéndez de Luarca respecto á este particular y su disposición constante á prescindir de todo por el bien de las almas, siquiera no mediase un deber estricto. Es buena prueba de tal disposición lo que al Arzobispo de Braga escribe desde Camiña. Con fecha de 13 Agosto de 1813, el Obispo de

Santander, agobiado por los años, las persecuciones y las penalidades de un viaje, cuyas azarosas peripecias más adelante conocerá el lector, pide al Arzobispo de Braga licencia para confirmar y ordenar á cuantos con los debidos requisitos lo pretendan. No se puede formar juicio de semejante petición hasta no conocer el lastimoso estado de D. Rafael Tomás al subscribirla.

Vuelto á su Diócesis, en 1814, después de publicado el Decreto de 4 de Mayo, tanto habian decaido sus fuerzas, que á punto estuvo de renunciar el cargo, dejando sólo de hacerlo por la oposición no menos resuelta que fundada de autorizadísimas personas con quienes trató este asunto. Lo cual, si por una parte tranquilizaba su conciencia, por otra fué nuevo estímulo, porque mal se compadecían en el criterio de varón tan recto los honores y rentas de la Mitra con aflojar lo más mínimo respecto á los deberes que la Mitra impone. No es otra, en nuestro juicio, la explicación de una constancia tal en cuanto á las confirmaciones. No pudiendo ya confirmar de otra manera, confirmaba en la mansión Episcopal con frecuentes intervalos, tan necesarios para su descanso. El día que precedió á su muerte, confirmó así los niños de tres parroquias.

Pero con ser digno de atención este celo, no lo es tanto como el demostrado con los niños enfermos de gravedad, que aun estaban por confirmar. Era respecto de estos niños tan grande su interés, que á todas horas, por intempestivas que fuesen, por el día y por la noche dejaba el Prelado su palacio para acudir al lado del niño enfermo. "Y aconteció una vez"—cuenta el Padre Pamplona—"que no bien acabó el niño de recibir "la confirmación, cuando expiró en los brazos "mismos del Sr. Dignidad que le tenía."

¿Cuál puede ser la causa de tanto celo respecto á la confirmación de niños en peligro de muerte? No es por modo absoluto necesario este Sacramento, aunque sí de grandísima importancia. Sin estar confirmado puede salvarse quien no deje la confirmación por menosprecio. Pero ¿cómo podrá persuadir á nadie ni persuadirse á sí mismo de que no deja por menosprecio el Sacramento quien pudiendo no le recibe? En lo posible cabe que para vencer esta indiferencia de los adultos desplegara el Obispo celo tan extraordinario con los niños. Otra explicación se nos ocurre no menos probable ciertamente. Si el Obispo deja su cama á deshora y expone salud y vida por administrar un Sacramento á quien la gracia bautismal abre las puertas del Cielo, ¿podrá disculparse el Párroco con la inoportunidad de la ocasión ni con pretexto alguno de no acudir con presteza cuando le llama un pecador moribundo? Ni ésta ni aquélla explicación desdicen de la cristiana prudencia de un Prelado. Corregir con el ejemplo es la discreción suma que, sin humillar el amor propio, despierta la conciencia.

En cuanto á las ordenaciones, podremos decir lo mismo respecto á la exactitud del Sr. Menéndez de Lueza. Sólo dejó de hacer órdenes en las tómporas de Trinidad de 1804. Reinaba entonces en Santander una epidemia, que invadiendo al Obispo el 28 de Abril, aun no le había dejado el 20 del mes siguiente. En Asturias y Galicia y en Portugal las hizo con permiso del Ordinario, cuando se lo pidieron.

Celebró las últimas con gran trabajo en la tómpora de Trinidad de 1819, no muchos días antes de haber muerto. La decadencia de sus fuerzas era entonces tan grande, que no pudiendo dar la Comunión á los ordenandos, la dió uno de los Capellanes del Prelado mientras descansaba

éste unos instantes para recobrar sus fuerzas y concluir la ceremonia.

Con esto, y añadiendo que por su edificante gravedad en el acto de la ordenación á todos admiraba sobremanera, según nos cuenta el Chantre, damos por terminado este capítulo. Más adelante hablaremos de las precauciones adoptadas para no conferir la ordenación á quienes del Sacerdocio fuesen indignos, precauciones en las cuales, dicho sea ahora de paso, era rígido por extremo el Sr. Menéndez de Luarca.



CAPÍTULO XVI.

Obras de caridad.

LA palabra beneficencia no es de buen gusto entre cristianos, y menos habrá de serlo tratándose de un Obispo, que todo lo hace por Dios y por la grey á su pastoral celo encomendada. De la caridad del Sacerdote más de una vez se hizo mención. Toca ya el turno á las obras caritativas de D. Rafael Tomás con relación á su Diócesis, á quien tanto amor profesaba y de quien era tan correspondido. Prueba de tanto amor y no pequeña, es el haber aplicado por sus diocesanos la Misa siempre que pudo celebrarla. Cuando no lo podía hacer, la celebraba con esta intención su limosnero, á quien se daba el estipendio. Pero sólo en el caso de imposibilidad se valía de otro, para lo que reputaba carga personalísima, de la cual ni los sufragios por el pariente más allegado eran parte á dispensarle.

Pocas personas podían merecer al Sr. Menéndez de Luarda tanta consideración como la viuda de D. Juan Matías, su hermano primogénito, padrino y maestro al propio tiempo. Pues bien; enterado D. Rafael Tomás del fallecimiento de aquélla señora, véase cómo escribe á su hijo: “Sea “Dios bendito por haberse llevado para sí á tu “señora madre, y porque con esto nos avisa de que “no hemos de estar acá y nos espera otra vida. Su “Majestad la tenga en descanso, como se lo he “pedido, mandando aplicar por su alma doce Misas “y dirigiéndole mis oraciones.” Donde se ven dos cosas: la una, que ni tratándose de su cuñada dejó de aplicar la Misa en favor de sus feligreses, y la otra, que aun encargando la celebración de doce, parece contenido en tan estrecho límite por el temor á gastar sin beneficio de la Diócesis. No hallamos en la correspondencia de D. Rafael Tomás carta ninguna referente á la muerte de su hermano D. Juan Matías (1); pero juzgando por lo dicho, no dudamos que tampoco defraudó con tal motivo á sus diocesanos.

(1) No queremos decir con esto, que no se conserve alguna carta del Sr. Menéndez referente al suceso, sinó que nos falta la carta contestación á la que debió recibir dándole cuenta del fallecimiento de su hermano. En esa carta podríamos ver las Misas que había mandado aplicar por el finado. Esto no obstante, de Misas habla la carta de que se hace mérito, de la cual copiaremos á continuación párrafos, que no dejan de ofrecer interés, tratándose de Misas y sufragios. Helos aquí:

“Recibí hace algunos días con tu carta el testamento y codicilo de “nuestro difunto..... Véote que como buen hijo andarás solícito por “que se cumpla luego *ad pedem litterae*; tanto más cuanto menos “tiene que cumplir. Me gustó singularmente por su sencillez ó poca “pompa, y lo de las pocas Misas que manda, me gustó más que nada. “Esto fué decir, *hartos tengo que me encomienden á Dios*, y me hizo “acordar, y reir con el acuerdo de un quidam de aquí, que estrechán- “dole yo á cumplir un crecido número de Misas encargadas por un “ascendiente suyo, decía: ¡Jesús!, desgraciada de la alma, que tantas “Misas tiene menester! Pase por cuento.”

Hartos tengo que me encomienden á Dios. Con lo cual quiere darnos á entender el Obispo la obligación de caridad en que estamos de encomendar á Dios los difuntos, aplicando por ellos todo género de buenas obras.

Ni en otras obras piadosas invertía fuera de su Diócesis el dinero sin su cuenta y razón. Tratándose de Nuestra Señora de la Blanca, santuario perteneciente á la parroquia de Luarca y objeto de su especial devoción, se negó alguna vez á quien le pedía limosna para ornamentación ó reparación de aquella ermita. "Veo lo que me "dices—escribe á D. Matías—necesitarse en la "ermita de la Atalaya, pero yo no estoy para dar "socorros fuera de la Diócesis, que hay aquí mucho "á qué atender. Mira si despachas ejemplares de "opúsculos que te envíe ahí y ayude su producto "para tales apuros."

Con lo cual, lejos estamos de creer que la caridad del Sr. Menéndez se limitase á la Diócesis sin traspasar alguna vez sus confines. Al contrario, es indudable que de todas partes le pedían y en todas partes daba con notable largueza. El mismo templo de Nuestra Señora la Blanca es prueba de ello; sinó que las limosnas nunca se hacían en perjuicio de la grey. Cuando mediaba la grey, su grey era atendida antes que nadie.

Desprendido de todo interés mundano, sería el hombre más generoso, si poniendo el pensamiento en Dios y amando por Dios al prójimo, no fuese caritativo en grado heroico. Cómo entendió el socorro de los pobres, lo dice bien el capítulo 12 de las Constituciones de la *Milicia Cristiana*. Era el Obispo de la caridad, no era el filántropo.

Tócanos ahora indicar que, unidas íntimamente la fe, la esperanza y la caridad en el Obispo de Santander, más pensaba en las necesidades ajenas, que en los medios de socorrerlas. Buscando antes que nada el reino de Dios y su justicia, jamás dudó de la Providencia. En circunstancias muy críticas, próximo á entrar en Portugal

huyendo del Gobierno de España, escribe á don Matías estas palabras: "Tengo lo bastante para ir "pasando. Después (pues que dentro de poco se "echarán sobre cuanto hay en Santander y sobre "mis rentas), si me viere necesitado, te pediré una "limosna." Y al cabo de pocos días, dándole cuenta de cómo estaba remediado en sus apuros, "no hay como dejarse—dice—en manos de Dios. "Él nos asista siempre y haga que se cumpla su "santísima voluntad."

Conviene tener esto presente, porque sólo con fe tan grande, tan absoluta confianza en la Providencia Divina y caridad tan ardiente, pueden forjarse colosales proyectos sin medio conocido de realizarlos. Dicho lo cual, claro está que no hemos de referirnos á obras de caridad vulgares, sinó á las que dejan huella y acreditan (1) "públicos monumentos" cuyas "puertas... publicarán las obras de la misericordia de su autor, verdaderamente distinguido con "el dulce título de padre, con que le invoca la "indigencia socorrida."

Si es el lector de Santander, ya entenderá sin más explicaciones por dónde ha de comenzar en esta parte la historia del tercer Obispo de aquella Diócesis, que presa de mortales angustias al contemplar tantos enfermos pobres sin amparo, movido por caridad ardientísima, concibe un gran proyecto reputado locura por cuantos no conocen el poder de la fe y no saben cuán ingeniosa es la caridad para encontrar recursos donde la humana prudencia ve tan sólo tinieblas.

En 1791 no contaba en Santander la humanidad doliente con más Hospital que "una reducida "y mezquina casa, capaz apenas de doce camas. "Entonces este Prelado—D. Rafael Tomás—pro-

(1) El Padre Pamplona.

“yectó uno proporcionado á esta población y á
“la de toda la provincia, pensamiento grandioso
“que comenzó á realizar en el año de 1791, no
“sin admiración de unos y risa de otros, por las
“largas líneas que tiraba, sin fondos y sin saber
“de dónde los sacaría; mas las almas grandes
“allanan las mayores dificultades por insuperables
“que parezcan, y la del Sr. Luarca, con su ingenio
“fecundo de recursos, con su caridad inmensa, y
“pidiendo socorros en ambos mundos á cuantos
“mantenían relaciones con este país, supo vencer-
“las con tanta rapidez, que en el año de 1794,
“con asombro universal, se vió concluido el
“magnifico y suntuoso Hospital de San Rafael,
“donde se han colocado alguna vez, y han sido
“asistidos puntualmente más de seiscientos enfer-
“mos á un mismo tiempo, habiéndose empleado
“en su construcción algunos millones; monumento
“eterno de la magnanimidad de su corazón, y
“que perpetuará su memoria hasta las genera-
“ciones más remotas.” Así lo dice literalmente el
Cabildo Catedral de Santander, con fecha de 17
de Abril de 1844, en documento publicado por
El Católico, periódico de Madrid, con motivo del
artículo de Villergas, que ya conoce el lector.

Conforme en todo este documento con el
libro donde se registran las gracias y mercedes
concedidas por los Obispos de Santander, réstanos
dar idea de las circunstancias económicas del
Sr. Menéndez al emprender su obra. Circunstancias
que, á nuestro juicio, constituyen la más
acabada prueba de una fe viva y un carácter sin
ejemplar en los presentes tiempos. Véase ahora
cómo las circunstancias dichas se declaran en la
compendiosa biografía del tercer Obispo de
Santander, que publica el *Boletín Eclesiástico* de
aquella Diócesis, otra vez ya citado: “A la fe y
“caridad del Sr. Menéndez se debe el Hóspital

“de San Rafael, construido en el año 1791; obra “que emprendió sin más recursos humanos que “tres onzas de oro, pero contando con la caridad “de su pueblo y con la protección divina.”

Más por extenso y por manera más gráfica nos lo cuenta D. José Antonio del Río y Sainz en su citada obra, efemérides correspondiente al 12 de Enero de 1791 (1): “A propósito de la “construcción de este hospital, se refiere que, “habiendo formado el arquitecto D. José Alday, “que fué después director de las obras, el proyec- “to de un edificio muy modesto, no agradó al “Prelado, que dijo á Alday que quería otro plano “desarrollado en la extensión que hoy aproxi- “madamente tiene. Le objetó el arquitecto, en “términos respetuosísimos, algo que tenía rela- “ción con el coste, añadiendo que no sabía de “dónde había de salir dinero para tanto. En su “virtud, le replicó el Obispo:—‘Eso no le inquie- “te á usted, pues si bien es cierto que sólo cuento “con tres onzas de oro para llevar á cabo tan “importante edificio, con este pequeño capital, “con el auxilio de la caridad y, sobre todo, con “la protección de la Providencia, coronaremos “la obra, teniendo la seguridad de que, para conse- “guirlo, nada nos ha de faltar. Por tanto, extienda “usted su proyecto á las dimensiones que le he “dicho y á emprender las obras, sin cuidarse de “lo demás.’

“La obra se hizo, y bien merece que la “consagremos este humilde recuerdo.

“Con razón, con indisputable justicia, se llamó, “por ésta y otras importantes obras, al dignísimo “Prelado *El padre de los pobres*.

“El que ame á los pobres y olvide aquellos

(1) Esta misma efemérides se publicó en *El Correo de la Cantabria*, correspondiente al 15 de Enero de 1883.

“beneficios, por más que crea otra cosa, no los quiere mucho.

“Menéndez de Luarca fué, en toda la extensión de la palabra, un gran demócrata.”

Asombrábase el Arquitecto: no lo extrañamos. Muchos años después pasaba, poco más ó menos, lo mismo con quien formó el primer proyecto del templo consagrado en las rocas de Masavielle á Nuestra Señora de Lourdes. Al Sr. Peyramale, como al Sr. Menéndez de Luarca, todo le parecía poco. Y todo lo es, en efecto, para honrar á quien la Iglesia llama “salud de los enfermos,” y á quien mandó al Santo Angel Rafael para curarlos. *Et missus est angelus domini sanctus Raphael, ut curaret eos.....* “San Jerónimo”—dice, según el Padre Scío—“que cuando Dios quiere curar á “alguno, envía al Santo Angel Rafael, cuyo nombre “nos da á entender que de Dios nos viene toda “medicina y toda salud.” Y he aquí, dicho sea de paso, por qué se llama Hospital de San Rafael la fundación de Rafael Obispo.

Pero aun median algunos otros puntos de analogía entre ambos casos. Lourdes era, cuando se levantó el templo de la Virgen, un poblachón pequeño y pobre, y Santander, según *El Correo de la Cantabria* correspondiente al 13 de Noviembre de 1882, contaba sólo con cinco mil habitantes al ponerse la primera piedra del Hospital de San Rafael. En cambio Santander no había escuchado la palabra de la Virgen ni había sido testigo de los milagros que á Lourdes harán famoso en los fastos de la Historia. Menos, pues, debe sorprendernos la sorpresa de Alday que la del arquitecto francés.

Ya se dijo en otro lugar que, abrasada la casa de Setienes por un incendio el 19 de Noviembre de 1795, allí debió ser reducida á cenizas la correspondencia de D. Rafael Tomás, como lo

fué todo el archivo. Lástima grande que ni una sola carta del Obispo pueda enterarnos de las varias y encontradas emociones, que por espacio de cuatro años — tantos duró la obra — habrá sentido D. Rafael Tomás. Por no menos lamentable tenemos la pérdida ó el extravío de un libro, el libro de la caridad, donde el fundador del Hospital anotaba las cuantiosas limosnas recibidas de todas partes para la fundación y los gastos por ésta ocasionados. En Santander debía de hallarse tan interesante documento, que no parece, á pesar de buscado.

Si el Obispo acometió con fe tan grande empresa, si la perseverancia y la firmeza fueron siempre condiciones notorias de su carácter, si jamás se le vió ceder ni titubear ante las dificultades, imposible parece con todo eso que no haya tropezado muchas veces con obstáculos imprevistos, con inesperados desengaños, con la oposición de los buenos, frecuente rémora de las obras santas. Nada sabemos, pero aun sin motivos particulares para sospecharlo, dámoslo por supuesto. Y en tal suposición, ¿cómo no habría de interesar esa violenta lucha de sentimientos encontrados, que la imaginación aviva y sólo calma una fe ciega en el favor divino, firme sostén de la perseverancia en los proyectos concedidos para mayor honra de Dios sin levadura mundana? Y, sin embargo, atendido el carácter de D. Rafael Tomás, inclinados estamos á creer, que aunque su correspondencia familiar se conservase, nos serviría bien poco, acaso nada, para esta curiosidad. El Obispo de Santander, si hemos de juzgar por sus cartas, no era propenso á desahogos: ni de los hombres da quejas, ni de los sucesos se lamenta en cuanto se refieren á su persona. Siempre aparece tranquilo y sin disgustos como quien de voluntad

propia carece y en todo está entregado á la divina.

Cierto, sin embargo, que otros podían hallarse más expuestos á inconvenientes tales, porque don Rafael Tomás, previsor á pesar de impetuoso, tenía por hábito la meditación de sus planes y no poner mano en los negocios sin prevenirse contra las sorpresas; consultaba con Dios en la oración, procedimiento seguro para no equivocarse y contar en las dificultades con quien abre camino y da para seguirle luz y fuerzas. Pero en obra tan superior á los recursos de un Obispo pobre, el más pobre de España, y empobrecido además por no tener en cuenta su pobreza cuando pensaba en la ajena, debían entrar por mucho los rasgos de abnegación, de ingenio y de carácter. Varios se refieren que no constando por modo auténtico, sin dejar de ser verosímiles, mal pueden con seguridad darse por ciertos. Bástenos discutir sobre los párrafos transcritos de la nota del Cabildo, del *Boletín Eclesiástico* y de la obra de D. José Antonio del Río, donde cabe holgadamente todo, desde la limosna pedida por el Obispo á la puerta de la Catedral, con su anillo en la bandeja, hasta las albricias al naviero cuando algún buque procedente de apartadas regiones llegaba al puerto.

Y cosa para notar: á obra tan suntuosa concurrieron de un modo importantísimo los pobres, como que sin la generosidad de los pobres no se hubiesen vencido fácilmente dificultades que ofrecía la construcción del edificio por falta de terreno donde abrir sus cimientos. "Coincidió (1) que por entonces, y por feliz

(1) *Breves apuntes sobre la historia y administración de la Beneficencia Provincial en Santander*, reunidos por D. Felipe de Benito Villegas, oficial de la clase de primeros de la Excm. Diputación provincial de Santander.

“inspiración del Sr. Obispo, se abrían los ci-
“mientos para otro establecimiento de misericordia
“con destino á la humanidad doliente, colindante
“con terreno propio del anterior (1); y como
“quiera que para regularizar su emplazamiento
“necesitase un pedazo de terreno de la propiedad
“inmediata, la junta administrativa se apresuró á
“cederlo con el fin indicado y graciosamente;
“dándose con tal motivo el caso de que los
“infelices expósitos puedan decir, con cierta
“satisfacción, que fueron de los primeros á con-
“tribuir con su óbolo á la construcción del hermoso
“edificio del Hospital de San Rafael, que recuerda
“el nombre de su ilustre fundador.”

El cual no se limitó á la construcción del edificio, que si era lo primero, no era lo único en que debía pensar. No basta un albergue á los enfermos, que han menester de asistencia facultativa y de otras asistencias, que suponen grandes recursos, dirección y gobierno. No lo ignoraba el Sr. Menéndez de Luearca, reflexivo por extremo en medio de sus generosos ímpetus, á que jamás cedía sin previa meditación. Conque adquirido el solar del edificio, hecho el plano y acopiados en gran parte los materiales; antes de poner mano á la obra, acudió al Consejo de Castilla en 20 de Mayo de 1790, exponiendo la necesidad apremiante de un Hospital, la historia del que á la sazón existía y el pensamiento de sustituirle con otro de condiciones convenientes á la necesidad sentida; pensamiento que había comenzado á realizar con la adquisición del terreno para levantar-lo, formación del plano y acopio de materiales; pero al cual faltaba todavía lo necesario para su completa realización y firmeza en todo tiempo.

(1) El anterior establecimiento á que se refiere D. Felipe de Benito Villegas, es la Casa de expósitos.

He aquí ahora los cuatro capítulos á que reduce el Obispo sus pretensiones: "1.º Que la "administración del Hospital, nombramiento de "sus oficiales y generalmente su gobierno externo "é interno, esté en el Cabildo de la Santa Iglesia "Catedral de Santander y su sobre-intendencia "en los Obispos de la misma capital, con todas "las facultades que el sobredicho capítulo (1) del "Concilio Tridentino, declara serles competentes "en semejantes obras pías. 2.º Que el Hospital "que de nuevo se haga y establezca, quede "agregado á la casa del actual Hospital con sus "adyacentes y rentas que posee ó que en el "intermedio adquiriere, y que la administración "interina de éste la encargue el Obispo al sobredicho Cabildo. 3.º Que para la fábrica del "Hospital y asimismo para su dotación se pueda "libremente demandar limosnas en esta ciudad, "entregándose la que se adquiriera á su Obispo, y "en defecto de éste al Cabildo de su Iglesia "Catedral como á quien ha de ser administrador "de la obra pía después de su establecimiento y "en el interin del Hospital actual. 4.º Que los "escribanos que son y fueren en esta ciudad y en "los lugares de su jurisdicción, siempre que ante "ellos se otorgare algún testamento, pongan "presente á los testadores la necesidad del Hospital, para que si así fuere su voluntad, le hagan "alguna manda."

Con estos medios creía D. Rafael Tomás asegurado el éxito de su empresa. Con poco se contentaba. Bastábale, al parecer, licencia para pedir limosna públicamente. Era grande su confianza en la caridad de aquel pueblo y era absoluta su fe en la Providencia divina. Conocía

(1) Se refiere al capítulo 8.º de *Reformatione*, sesión 22 del Concilio Tridentino citado anteriormente por el Obispo en este documento que se publicará por extenso en el apéndice.

bien á sus ovejas, y las ovejas conocían bien á su Pastor. Era el Pastor digno del rebaño, y el rebaño era digno del Pastor. A uno y otro animaban esa fe viva y esa caridad ardiente que obran milagros.

Los bienes del Hospital existente á la sazón en Santander, nada suponen. Reducidas sus rentas á mil veintinueve reales, cuatro maravedís, apenas merecen consideración, tratándose de una obra de tan extraordinaria importancia. Lo único interesante, lo que podía ofrecer dificultades en aquel tiempo de invasor regalismo, era la administración del Hospital por una corporación eclesiástica. Por supuesto, que á las pretensiones del Obispo no había el Consejo de acceder de plano, y mucho menos á la primera tan repugnante á las ideas que germinaban entonces. Pero será forzoso convenir en que ni los trámites del expediente fueron pesados, ni dejó de ser benévolo el dictamen de cuantos tomaron parte en el asunto, respecto al cual emitió luminoso y favorable informe el Alcalde mayor de Santander en 26 de Octubre del referido año de 1790, y proveyó el Consejo en 7 de Enero de 1791 conformándose con el dictamen dicho y petición del Prelado.

Podrá ver el lector tan interesante documento en el apéndice; pero aun así, no debemos omitir algunos párrafos del mismo muy oportunos para dejar donde lo merece al Sr. Menéndez de Luarca y al mismo autor del informe, que da muestra gallarda de lo que hoy se llamaría *clericalismo* y ya no era moda entonces ni camino de personales medros. En cuanto á lo primero, después de reconocer la necesidad del Hospital y que ésta había de aumentar con el rápido crecimiento de la población y la concurrencia de forasteros, cuya mayor parte no tienen más recurso en los casos de enfermedad, tan frecuentes sobre todo en

épocas de epidemia, añade: "El Reverendo Obispo "que vela infatigablemente sobre todas las necesidades de su Diócesis, no perdió de vista ésta, "y habiéndose hecho más notable en el año "pasado y el presente por los muchos enfermos "que acudieron al Hospital con motivo de una "epidemia que se dejó sentir en esta ciudad y en "los más de los pueblos del Obispado, al mismo "tiempo que empleaba su caritativo celo en el "socorro de los pobres enfermos, aumentando "camas en otro Hospital para ellos y proporcionando en cuanto era posible la mejor asistencia "y economía (según pudo averiguar el exponente "de los informes reservados que ha tomado), "pensó desde luego en el remedio, emprendiendo "por sí solo la construcción de un Hospital de "nueva planta, capaz y bastante para esta población, sin que le detuviesen ni la falta de medios "para una obra tan vasta como tiene meditado, "ni otras que seguramente hubiesen desanimado "á otro que no estuviera poseído por la causa "pública y bien espiritual de sus ovejas. Con "efecto, sin saberse cómo, es ya dueño de un "terreno de mucho coste, de bastante extensión "y muy proporcionado para el edificio, situado "en un extremo de la ciudad, al aire libre, y con "las mejores disposiciones: tiene también acopiado "muchos materiales y parece que este Prelado "nada más quiere que la protección de Vuestra "Alteza y la aprobación de los cuatro capítulos "que propone al fin de su memoria."

Parece lo más notable del pasaje transcrito la sencillez del Alcalde mayor en confesar que, "sin saber cómo," el Obispo era ya dueño del terreno donde había de fundarse el Hospital; con que da bien á entender lo importante y costoso de semejante adquisición y escasez de recursos para realizarlo. No era un milagro ciertamente lo

hecho por el Prelado; pero las obras de la caridad son prodigiosas y no hallan explicación en la humana prudencia. Y como las palabras de un Magistrado civil valen más para elogio de un Obispo en los presentes tiempos, que cuanto pudiesen decir y cuanto dicen eclesiásticos caracterizados, las transcribimos á la letra haciéndolas formar parte de nuestras páginas.

Pero si la caridad y apostólico celo salen tan bien librados del informe, no es de menor importancia ni menos para notar cuanto respecto á los cuatro capítulos con que termina la exposición del Obispo, y especialmente al primero, el Alcalde mayor dice. Pedir licencia para demandar limosnas, pedir que al Hospital en proyecto se agreguen las rentas de otro, y que el Escribano haga presente al testador la necesidad de un Hospital, por si á bien tiene dejarle alguna manda, pase. Pero aspirar á la administración del Hospital con exclusión absoluta del poder laico, ¿á quién se le ocurre? Y, sin embargo, el Alcalde mayor de Santander, después de haber meditado dichos capítulos "con la mayor reflexión, no halla reparo notable que oponerles, pues aunque "el primero parece que mira á separar el nuevo "Hospital de la autoridad pública y real protección, con todo no lo cree perjudicial, pues en "su dictamen podrá esperarse que éste y otros "iguales establecimientos prosperen más bien en "manos de los eclesiásticos que en las de los "seculares." Noble franqueza digna del mayor encomio.

Que hospitales y establecimientos análogos más prosperan en manos eclesiásticas que en otras manos, cosa es harto sabida, pero no siempre confesada. Antes por el contrario, es general la tendencia de secularizar la caridad. De otras secularizaciones no hay para qué acordarse,

pero tratándose de la caridad secularizada, ¿cómo no complacernos en el espíritu cristiano del pueblo santanderino, que á pesar de las corrientes dominantes encomienda el régimen y gobierno interior de su Hospital á las humildes hijas de San Vicente de Paul?

Así estará ese pueblo libre de ver y oír lo que no pocos pueblos oyen y sufren sin que sean parte á remediarlo más ó menos ruidosos expedientes, la libertad de imprenta y todos los derechos individuales, útiles muy pocas veces para lo bueno. Los empleos en beneficencia se reparten como los demás empleos, y la remoción de un empleado ó su conservación en el puesto que no debería ocupar, no es siempre ajena de las *conveniencias* político-electorales, plaga funesta de los presentes tiempos. En el salón de sesiones de toda corporación administrativa deberían estar escritas con letras de oro las palabras del Alcalde mayor de Santander, D. Manuel Antonio Ramos.

Y nada más, con relación á este asunto. Quien tenga interés en conocer las circunstancias del edificio, puede acudir á los apuntes del Sr. de Benito Villegas. Tócanos ahora declarar que, si de obra tan suntuosa hablamos antes que de otra alguna, no es debido á que sea la primera de caridad realizada por el Sr. Menéndez de Luarca. No comenzó á darse á conocer D. Rafael Tomás con el famoso Hospital, sinó que todo en el Hospital es suyo, el pensamiento y la realización del pensamiento, la fundación y el régimen del gobierno interior y exterior de lo fundado.

A no tener esto en cuenta, primero deberíamos haber consagrado algunas líneas á la Casa de expósitos, fundada en tiempo del Ilustrísimo Sr. D. Francisco Lasso Santos de Samp Pedro, segundo Obispo de Santander, no sin cooperación poderosa de tan notable Prelado, que la favoreció

con abundantes limosnas y una renta de tres mil reales. Pero el 14 de Mayo de 1783 falleció “Su Ilustrísima, dejando gratos recuerdos. Le “sucedió en su evangélica misión”—habla el señor de Benito Villegas—“el Rvdo. D. Rafael Tomás “Menéndez de Luarda, memorable... por los recuer- “dos que dejó en varias obras pías de las que se hará “mérito oportunamente, presidiendo ya la primera “reunión de la Real Junta de Expósitos, que así se “llamaba, celebrada en Marzo de 1785, en la que “se dió cuenta de un informe relativo á la situa- “ción del establecimiento, que por cierto no era “lisonjera, llamando la atención el miserable “estado á que estaba reducido el alojamiento que “ocupaban los expósitos. A mejorarle dedicó sus “gestiones y el prestigio que gozaba Su Ilustrísi- “ma; consiguiendo que por la Comisaría general “de Cruzada se librase la importante suma de “sesenta mil reales, con la cual y otra de que “podía disponer entonces de los fondos del Esta- “blecimiento, adquirió la casa que éste ocupaba “y su huerta adyacente de ochenta y cinco y “medio carros de cabida, por la cantidad de “sesenta y nueve mil novecientos cincuenta y “un reales, transfiriendo estas propiedades por “escritura pública fecha 22 de Diciembre de 1788, “otorgada ante el Escribano D. Juan Luis de las “Cabadas, á favor de los hospicianos, quienes “desde entonces contaron con Asilo propio; y “dos años más adelante fueron también dueños “de otra casa inmediata que el previsor Prelado “adquirió por la cantidad de veinticuatro mil “reales, según consta de instrumento público “fecha 20 de Mayo de 1791, con el propósito “de construir en los solares de ambas casas un “edificio decoroso y apropiado al benéfico insti- “tuto á que se destinaba.”

Cita el autor de los *Breves Apuntes* varios

actos de caridad con los expósitos (1) á quienes

(1) Para no embarazar el texto, trasladamos á esta nota algunos párrafos del insinuado folleto, que con interés verá el lector. Pudiéramos publicarlos en el Apéndice, mas nos parecen tan oportunos, que aquí, mejor que en parte alguna, conviene saborearlos. Son los siguientes: "Hallábase S. E. I. ejerciendo Santa Visita en el pueblo de Cayón, cuando falleció el día 20 de Junio de 1819.

"Los hospicianos perdieron un tutor cariñoso, que continuamente pedía noticias de su situación y los hacía reunir para enterarse personalmente, decía S. I., de aquéllos que por su edad y talento fueran capaces de poder ir aprendiendo algún oficio para procurar la colocación en aquellas cosas que les fueran suficientes á llenar las obligaciones cristianas y políticas, para que fuesen útiles á la sociedad: y para cuando llegasen á tomar estado, por su iniciativa y con motivo de haber llegado á su conocimiento que los hospicianos Javier y Cipriana habían llevado á efecto su matrimonio, y que la expósito Maria le tenía concertado con un particular que estaba para examinarse en el arte de cirugía menor, la Junta acordó gratificar á los dos primeros con la suma de cincuenta ducados y con veinticinco á la tercera, consignándose así en el acta para que sirviera de precedente en lo sucesivo.

"En cuanto al Establecimiento, nunca le escaseó socorros, ni se olvidó de él, aun cuando se hallara en el ejercicio de su misión pastoral, fuera de la ciudad, dirigiendo á la Junta de Expósitos observaciones oportunas por escrito, sobre asuntos de la administración y arreglando la recaudación de los arbitrios, que encargaba por sí á personas que contaban más confianza en los pueblos que visitaba.

"En cierta ocasión que la Junta se vió en conflicto por falta de fondos, su Ilustre Presidente, que tuvo de ello noticia, le dirigió la carta escrita de su puño y letra, que, por su oportunidad y estilo familiar, se copia literalmente á continuación: "Sr. Alcalde Presidente de Expósitos por este inválido expósito á su piedad.—Hártense ustedes y aunque sean usías, con los dos papeles que incluyo; y acábese de pagar á las amas, ¡pobres amas!; y si hay más que pedir, pedir por esa boca al Rey nuestro Señor, y al órgano de sus dos sobreindicadas concedidas gracias, afino. servidor Capellán de cada uno de usías—*Rafael Tomás*."

"No se registra sólo este rasgo de proceder de Su Excelencia Ilustrísima, pues hay otros de igual indole que seria prolijo enumerar; pero por revelar más gráficamente su carácter y sus sentimientos piadosos, y por creer que será leída con interés, se traslada también la última carta autógrafa del mismo Prelado, escrita en cuatro llanas de un ordinario papel, cuyo literal contenido es el siguiente: 'Noticia, noticia grata y grato, que será á los señores Alcalde mayor Presidente, y Vocales de la Junta de Expósitos congregados (por enfermedad, ó ruindad, del Presidente Obispo) en la sala consistorial de esta ciudad hoy 2 de Abril de 1816.—Quince mil reales, que en los tiempos turbulentos se sacaron para socorro de la casa de Expósitos, por disposición del Provisor su curador entonces, y que estaban depositados en la arca de Obras pías de este Tribunal eclesiástico por pertenecientes al Hospital de San Rafael de esta ciudad; tanta, tanta cantidad perdonada á dicha señora pobre casa; por cuanto se carga de satisfacerla al Hospital

nunca olvidaba el Sr. Menéndez de Luarda, ya se hallase fuera de la capital, con motivo de la Santa Visita, ya retenido en su palacio por serias ocupaciones ó graves achaques. Y después de interesantes pormenores, sin aplicación por la mayor parte al objeto que nos ocupa, dedica un breve párrafo á la casa de recogidas, hoy transformada en cárcel. "Obra del mismo Prelado"—dice—"fué este edificio, destinado á la reclusión de las mujeres de mala vida, adoptando el sistema panóptico y dándole el nombre de Santa María Egipciaca, célebre pecadora penitente de la Palestina, bajo cuya protección ponía su análogo instituto, y cuyo nombre recibió luego la calle en que se hallaba situada." Debemos, sin embargo, añadir, tomándolo del Chantre, y del libro donde se registran las gracias y mercedes concedidas por los ilustrísimos Obispos de San-

"dicho el infrafirmado Obispo: quien (item, item más) perdona á la "misma señora pobre otros quince, ó más mil reales (sean los que fueren; mas que pasen de veinte mil) que en tres ó cuatro ocasiones prestó á la misma casa para ayudarla á salir de ahogos, desde su regreso de Portugal. Esto, amén de lo que fué dando á las nodrizas que vinieron á él (al Obispo) pidiendo lo que se les debía. "Todo se perdona sea lo que fuere, por que Dios le perdone; y así se anote en el libro de acuerdos, y donde más fuere de anotar, para que pueda darse en los ojos al Sr. Collector de expólitos episcopales con esta que es donación intervivos, hecha y firmada dicho día mes y año por mí.—*Rafael Tomás*, Obispo de Santander.—En la cuarta plana se lee:—*Ainda mais*.—Por que todo lo de las tres llanas precedentes no sale de dinero en papeles mojados; adjunto va un otro papel importante en metálico cobrable á la vista seis mil y tantos reales.—(Rubricado)."

Por corolario y por ser la mejor apología que pudiera hacerse del expresado Sr. Obispo, se copia igualmente la contestación digna que la Junta dió á su Excelencia, la que después de decir que habia visto con el mayor júbilo los donativos hechos, concluía con el siguiente párrafo: "Se ha recibido también el libramiento que V. E. I. remitió contra el Administrador de la Real Aduana, como tesorero de Cruzada, importante 6337 reales vellón, para que se cobre dicha cantidad, y penetrada esta Junta de los más íntimos sentimientos de gratitud y respeto hacia la persona de su dignísimo Presidente por los singulares beneficios y socorros con que diariamente contribuye al de aquella casa de piedad, da á V. E. I. las más expresivas gracias, acordando así bien se anote todo en el acta de este día para que sea eterna la memoria de su bienhechor."

tander, que á pesar de concluida dicha casa, no pudo su fundador perfeccionarla, "faltándole sólo "los utensilios para el servicio."

"Suficiente cual era," — continúa el Sr. de Benito y Villegas— "para el objeto propuesto de aquel "Establecimiento, no lo es para el de cárcel de "partido, á que hubo necesidad de destinarle "después, por carecer de la capacidad y condicio- "nes que para este distinto objeto se requieren.

"Por estas y otras obras piadosas que la "ciudad recuerda del ilustre Prelado D. Rafael "Tomás, el Ayuntamiento ha perpetuado su "memoria, dando su nombre de Menéndez de "Luarca á la antigua calle Alta, y esculpiéndole "con letras de oro en sitio preferente del salón "de sesiones, como bienhechor de la humanidad."

Por todo lo cual se ve cómo á las obras caritativas del Sr. Menéndez de Luarca corresponde Santander con espléndida gratitud, y cómo ni el transcurso de los años borra en tan noble pueblo el recuerdo de beneficios recibidos, ni las revoluciones, que todo lo trastornan y contra lo más venerable atentan, dejaron de respetar la memoria de un Obispo tachado por algunos de fanático. Repetimos, pues, con D. Rafael Tomás: "es buena gente la montañesa." No pensaba, cuando estas palabras dijo, en que un periódico de la Montaña había de contestarle, andando el tiempo, con estas otras: "¡Cuántas estatuas se "han erigido en memoria de muchos que lo "merecían menos!" Suspende y maravilla el espectáculo de un pueblo que ama todavía después de muerto á su Pastor, de quien fué amado como si únicamente hubiese vivido para amarle.

Nació D. Rafael Tomás para Santander, y Santander parece haber nacido para D. Rafael Tomás. Dios los unió, y no pueden separar los hombres lo que Dios une. Por eso el tercer Obispo

de Santander no cambia la Iglesia con que está unido, de lo cual se hablará más adelante por despacio.



CAPÍTULO XVII.

Otras obras.

No sabemos si á continuación de las caritativas, objeto del anterior capítulo, encajarán estas obras, que si no son de caridad en el sentido vulgar de la palabra, son por lo menos piadosas. Obra es de misericordia corregir al que yerra, y en tal sentido bien pudiera figurar al lado del Hospital y de la Casa de recogidas la Casa de corrección de clérigos. Y como la caridad bien ordenada ha de comenzar por uno mismo, podría también caber, sin gran dolencia, en dicho capítulo la Quinta de Maliaño, para retiro de los Obispos, que descansando allí de sus tareas apostólicas, entregados lejos del mundo á la oración que ilumina, consuela y fortalece, pudiesen recuperar fuerzas perdidas y adquirir mayores bríos con que acometer nuevas empresas. Y si el hacerse con casa propia

para que los antiguos dueños del Palacio episcopal volviesen á ocuparle, no es una obra de justicia, ¿dónde sinó entre las de caridad ha de tener cabida? Todo esto se nos ocurre, y, sin embargo, optamos por un nuevo capítulo. La naturaleza de estas obras no ha de variar por la calificación que hagamos de ellas, y en cambio tal vez, sin menoscabo del método, podremos ser más precisos.

Consecuentes con nuestro propósito de no referir hecho alguno de notable importancia sin copiar, siendo posible, los documentos de donde le tomamos, recurriremos otra vez á testimonios de origen eclesiástico, ya que el Sr. de Benito y Villegas sólo nos habla de la beneficencia según la encuentra establecida en su tiempo. Y al expresarnos así, lejos estamos de conceder mayor crédito á los testimonios laicos que á los de sacerdotes. Sinó que, como ya otra vez dijimos, aquéllos tienen la ventaja en estos calamitosos días de ser importantes por extremo en cuanto puede honrar la memoria de un Obispo y favorecer á la Iglesia. Los eclesiásticos parecen sospechosos en estos casos y en estos tiempos.

Y comenzando por la Quinta de Maliaño, como la obra más antigua de cuantas tiene por objeto el capítulo, he aquí cómo nos da cuenta de élla la biografía del tercer Obispo de Santander publicada en el *Boletín* de aquella Diócesis: "Al mismo "se debe el magnífico Palacio de Maliaño, que "compró para casa de descanso de los señores "Obispos." Párrafo á que bien puede aplicarse lo de *brevi esse laboro, obscurus fio*, porque según el biógrafo, compró D. Rafael Tomás el Palacio, lo cual no parece así en el libro de las *Gracias y mercedes*, donde á los pocos días de muerto el Sr. Menéndez de Luarda se escriben estas palabras: "Su alma grande, cortada al parecer para

“obras de beneficencia, se veía inquieta cuando le faltaba ocupación de esta naturaleza. Así es que construyó de pronto una casa de campo en el lugar de Maliaño, no tanto para el recreo suyo y de sus sucesores, como para tener un asilo en la soledad, donde lejos del bullicio y del comercio de las gentes, pudiera dedicarse con más intención á pensar, meditar y consultar sobre el mejor acierto de su gobierno paternal de la Diócesis.”

No es dudoso que habrá comprado D. Rafael Tomás el terreno, pero la casa fué construida por quien había de usarla y para el uso de quienes le sucediesen, cuyas necesidades y costumbres algo difieren de las costumbres y necesidades de los hombres del mundo. Ni se construyó el Palacio tan sólo para descanso de los Obispos. El próximo anterior párrafo transcrito lo dice todo con claridad. Pero con mayor precisión habla Fray Miguel de Liaño en una de sus notas á la oración fúnebre que predicó el 4 de Septiembre de 1819—dos meses y medio después de la muerte del Obispo—en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Liaño. Dice literalmente la nota: “En el lugar de Maliaño edificó una casa que no debe llamarse de recreación, sinó de penitencia, porque cuando iba allí—y lo hacía todos los años—era para castigar su cuerpo. Varias veces hacía lo mismo retirándose al convento de Hano, jurisdicción de Escalante.”

Lo cual no implica que también á Maliaño fuese para reponer sus fuerzas, sobre todo cuando por los trabajos y la edad las tenía tan quebrantadas. “Estoy muy viejo...” —escribe en carta que no tiene fecha, pero que á juzgar por el contenido debe ser de 1814,—“estoy muy viejo, aunque gracias al Señor, algo y más que algo me repuse, á fuerza de cuidarme y dejarme cuidar, después

“que aquí estoy; y aun espero reponerme más, si “pasado el invierno (riguroso mucho aquí como “será ahí) me dejan estar quieto unas semanas “en mi Quinta de Maliaño, podando árboles y “sembrando chicorias,” etc.

Pero no siempre que á Maliaño iba el Obispo á reponer sus fuerzas quebrantadas, dejaba de quebrantarlas más. “Yo voy tirando con mi “ancianidad”—escribe á 28 de Mayo de 1817— “aunque me retiré á mi granja de Maliaño, no “me esparcí cosa de provecho por allí, porque “los fuertes aires y frío no me dejaron salir de “casa. En ella me ingeniaba calentándome á la “chimenea, y confirmé en cinco días los chicos “de aquella Vicaría, ó concejo, que llamáis por “ahí.”

No pocas cartas familiares del Sr. Menéndez están fechadas en Maliaño. Era grande su afición á esta casa de campo, á lo cual no dejaría de contribuir el haber nacido y pasado los primeros años de su vida, y aun después de mozo, temporadas en una aldea. Y no lo disimulaba ciertamente. Unas veces dicen sus cartas: “estoy en Maliaño y “por eso estoy más hablador que lo ordinario.” Otras, después de rogar con encarecimiento á D. Matías que le mandase alguno de sus hijos, á quienes no conocía, “Mira los dejes venir”—continúa—“y te vienes tú con ellos. Verás, verás si “no importan más los plantíos que yo tengo en mi “Quinta de Maliaño, que todos los que tú puedes “hacer en Malabrigo” (1)

Hasta la pasión del sobrino por la caza procura utilizar para llevarle á Maliaño. “A ti y á mí nos “tendría cuenta el viaje,”—le dice con fecha de 29 de Diciembre de 1797—“porque nos holgaríamos “cuatro días; y si vienes antes de cuaresma, me

(1) Barrio de Luarca, donde D. Matías tenía una huerta.

“cogerás en Maliaño, y allí podrás cazar liebres, “ánades y otras aves marinas; y tendrás compañero, un cazador que mata los mosquitos con “una bala, á vuelo.” Y, sin embargo, dicho sea de paso, nunca pariente suyo vió en su Palacio, ni siquiera en su Diócesis, como no fuese á don Miguel Menéndez de Luarca, que una vez en los principios de la guerra con los franceses fué á comunicarle noticias ó á pedirselas de parte del General á cuyas órdenes servía en el Oriente de Asturias.

Mención especial merece la Quinta de Maliaño, tratándose de su fundador, que la miraba con notable cariño. Si esto fué debilidad humana, preciso será convenir en que no fué muy grande. Pero ¿quién se atreve á llamarla así? No siempre ha de estar tirante el arco. Y en tal supuesto, ¿habrá distracción más propia de un Obispo que los árboles, erguidos siempre como quien busca el cielo, á donde á nosotros toca levantar el corazón inclinado á la tierra? No se olvide, que alguien quiso encontrar en las ramas entrelazadas de los bosques el tipo de la arquitectura ojival, manifestación grandiosa de fe cristiana en los siglos medios.

De cualquier modo, mal se podrá negar que Maliaño tiene, respecto de la biografía de don Rafael Tomás, particular importancia. En Maliaño contrajo la única enfermedad aguda que padeció en su largo Pontificado, el año de 1804, enfermedad que le puso á las puertas de la muerte y en el caso de recibir los santos Sacramentos. Y á Maliaño se le fué á ofrecer en 1808 la Presidencia de la Junta de Salvación, de parte del pueblo santanderino, levantado en armas por Dios, por la Patria y por el Rey.

Pero dejémonos de pormenores, que tal vez reputarse puedan impropios de la biografía de un

Obispo, siquiera los reputemos nosotros conducentes para formar concepto del hombre. Algo quizá nos detuvimos en hablar de su amor á los sobrinos. Mas, ¿por qué la austeridad de un Prelado ha de ser incompatible con la ternura? El amor á la esposa no suprime el amor del esposo á su familia. Ni puede ser buen esposo quien no sea buen hijo y buen hermano.

Y esto dicho, dediquemos todavía unos renglones al último esfuerzo de D. Rafael Tomás, respecto de obras de utilidad para su Diócesis. Será, tratándose del asunto, conveniente recordar su deseo de ver restablecida la Compañía de Jesús en España, deseo con harta claridad expuesto en su contestación á la Real orden de 29 de Mayo de 1817, donde se le pedía reservado informe acerca de "la utilidad de una amnistía "general ó con excepciones." Porque, en efecto, sentando el Obispo varios presupuestos para fundar su informe, en uno de ellos dice que todavía se agitan en nuestra Patria el filosofismo importado de allende el Pirineo. Y después de aludir á las maquinaciones de Espoz y Mina, de Porlier de Laci y á otras y otras, considera también como una prueba de las intrigas sectarias "los notorios retrasos, entorpecimientos y aun "contravenciones" que sufrían las órdenes del Rey en diferentes asuntos de vital interés político religioso; y entre ellas "la del restablecimiento de los Jesuitas." Téngase además en cuenta lo que por extenso trataremos en lugar oportuno: la vigilancia especial ejercida por el Sr. Menéndez de Luarca respecto á las costumbres del clero y sus constantes propósitos de corregir con ejercicios lo que tal vez otros considerasen más propio de procedimientos judiciales, y se comprenderá fácilmente cuán grandes deberían de ser sus deseos de contar con edificio apropiado, donde

á los clérigos extraviados pudiese atender personalmente sin valerse, para tan delicado cometido, de los conventos.

Y con tales presupuestos se hallará cosa muy natural el párrafo siguiente de los apuntes del Chantre: "Y últimamente, visto que los Jesuitas "se establecieron en España y que podían venir "á ocupar el Colegio que aquí tenían, y en que "vivían los Obispos, no teniendo éste casa propia "y habiéndose proporcionado la ocasión de la "venta de una casa que con sus agregados era "propia para habitación de los Obispos, y para "en su intermediación y terreno hacer casa de Santa "Pía ó Casa de Corrección para clérigos, se animó "á comprar y la compró en cerca de cuatrocientos "mil reales, ingeniándose para buscarlos y entre- "garlos en tercios, como así lo verifiqué é hizo "también esto para que los Jesuitas no dejaran "de establecerse en Santander por no tener casa."

Respecto de lo cual dice también el libro de las *Gracias y mercedes* lo que á continuación transcribimos: "Y deseoso de que los Jesuitas "expatriados y restituidos á la observancia de su "instituto por la bondad de nuestro augusto "soberano, ocupasen el Colegio de la Compañía "que por Reales órdenes estaba destinado para "Palacio episcopal; y con el de que sus sucesores "en la dignidad pudieran tenerlo propio; compró "muy poco antes de fallecer una casa con terreno "inmediato para ensancharla y construir casa "de Santa Pía, ó recolección de clérigos delin- "cuentes."

Pero ¿son éstas las únicas obras de utilidad espiritual y temporal emprendidas por el tercer Obispo de Santander? Aunque nos faltan noticias particulares, mal podríamos afirmar que á sólo las mencionadas se limitase D. Rafael Tomás. Por de pronto es un hecho su importantísima coope-

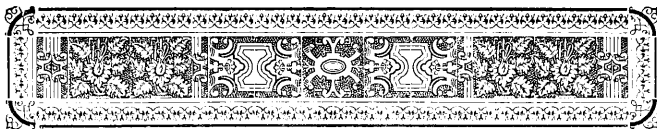
ración al establecimiento de la imprenta en aquella ciudad, ofreciéndole local, subvención pecuniaria y los trabajos del Gobierno eclesiástico, principal elemento de vida de una tipografía en aquel tiempo. Si le faltaban recursos, la caridad ajena ponía en sus manos medios de trabajar sin tregua ni descanso en bien de las almas. La fama de su celo y más virtudes no se contuvo en la Diócesis: pasó los mares, y el mundo descubierto por Colón le envió tesoros.

Los hijos de la Montaña residentes en Ultramar, estuvieron muy lejos de limitarse á concurrir con sus dones para el Hospital de San Rafael. Inspirábales su Obispo gran confianza. No era en América personalmente conocido, pero lo eran sus hechos. La caridad del Obispo, fué un estímulo. Su ejemplo halló imitadores. Su desprendimiento de todo humano interés fué convirtiéndole por manera insensible en administrador de intereses ajenos consagrados á fines piadosos.

Y no se diga que la pasión nos ciega y la carne y la sangre nos inspiran, porque más todavía dicen y á más llegan los apuntes del Chantre. "No se puede explicar—dice—lo que trabajó S. I. en proporcionar á su Diócesis todo socorro espiritual y corporal, escribiendo á los montañeses residentes en América. Habiendo cundido allí la noticia de "su apostólico celo, de su heroica virtud, millones "y millones de reales le han enviado desde allí en "dinero físico y alhajas preciosas, los montañeses "descendientes de esta Diócesis, para fundación "de Capellanías y Obras pías, y para las iglesias "de su nacimiento, y cumplió exactamente cuanto "se le encargaba según la intención de los "bienhechores, tomando prolijos trabajos en contestaciones, en proporcionar imposiciones de "capitales, y en arreglar las fundaciones, gastando

“muchos miles de reales en solo los portes de “correo.” Y si todavía se buscase mayor autoridad, ahí tenemos la del historiador de *Los heterodoxos españoles*, que al Sr. Menéndez de Luarca llama “portento de caridad, padre de los “pobres y bienhechor grande de la tierra montañesa;” puesta su imparcialidad á cubierto con el desenfado de una crítica literaria, que menos revela al sabio que al joven afortunado, circunstancias las dos reconocidas por nosotros en el Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

Y se portaba con tal esmero el Obispo en el desempeño de los encargos, que como en alguna ocasión se hubiese descuidado en imponer el capital remitido de apartadas regiones para cierta obra piadosa, pensando en la responsabilidad que le podía caber por ello, hizo celebrar “una porción “de Misas”—dice el Chantre—“después que im-
“puso el tal capital.” Con gusto se tomaba estas molestias, no sólo porque las creía de necesidad para su Diócesis, sinó también movido de gratitud á quienes se las causaban, constantes cooperadores suyos en las empresas de que tanto en este capítulo hemos hablado.



CAPÍTULO XVIII.

Gobierno de la Diócesis.



En la potestad ministerial, de orden y de jurisdicción se contiene todo lo relativo al gobierno de una Diócesis. Si confiere órdenes el Obispo, si predica, si enseña, directa ó indirectamente rige su Iglesia. Con lo cual dicho está, que del gobierno de la Diócesis de Santander, en el Pontificado del señor Menéndez de Luarca, no hablamos por primera vez ahora, sinó que tratándose del sentido vulgar de la palabra, los actos del gobierno se refieren por lo común á la potestad de jurisdicción.

Para el vulgo, gobernar es corregir, proveer piezas eclesiásticas y cosas por el estilo. Tal Obispo no corrige con mano fuerte las faltas de los clérigos, aunque predica mucho, predica bien y predica con el ejemplo que es la mejor predicación. Y á este Obispo ponderan como excelente

misionero los que le tachan de mal gobernador. Tal otro cuida con gran esmero del esplendor del culto y de los sagrados ornamentos. Por ventura en horas desusadas deja el Palacio para cerciorarse de cómo los sacristanes cuidan del alumbrado constante al Santísimo Sacramento. Y... ¡gran sacristán mayor!—exclaman los malignantes.—Tal vez en alguna ocasión se dedique á oír confesiones, en lugar de habérselas con los sacerdotes distraídos de un deber tan importante, impuesto por la justicia con frecuencia y por la caridad casi siempre. Y ¡nació para Penitenciario!—dicen los murmuradores,—indicando con esto que no debía subir más alto.

Y es lo cierto que predicando, amechando lámparas, oyendo confesiones y dando ejemplo de todas las virtudes el Obispo, si no economiza pastorales, enseña, por lo menos, á cumplirlas, y practicando lo que manda y mandando lo que practica, facilita la obediencia y robustece la autoridad, nunca de corazón obedecida, cuando deshacen sus obras, lo que sus preceptos edifican. Todo esto es gobernar. Todo esto y mucho más abarca el pastoral cargo. De un árbol caído se utiliza principalmente el tronco. Pero ni el tronco se forma sin las ramas, ni sin ellas puede vivir, crecer y fructificar el árbol, que despojado de la hoja, por donde se alimenta, muere.

Parécenos el símil oportuno. Tratándose de un Obispo, sus obras de caridad, sus ejemplos de humildad, su celo por el esplendor del culto, el decoro de los templos y la pureza de la doctrina, son como las ramas de un árbol, sin las cuales sería el Prelado tronco seco. Pero aunque mucho en este sentido hemos hablado del gobierno de D. Rafael Tomás, todavía nada dijimos en cuanto á la potestad de jurisdicción, sobre todo en el fuero externo, y algo nos queda por decir como

explicación ó complemento de lo anteriormente dicho.

Cuanto á las costumbres de clérigos y seglares, fué superior á toda ponderación su vigilancia. Si no bastaba su autoridad, valíase de la civil, atenta siempre á sus indicaciones. Los Ministros de la Corona oyeron con benevolencia las del señor Menéndez siempre que por una ú otra razón le fué preciso acudir al Gobierno. La categoría de los escandalosos no era un obstáculo en Santander para la persecución de los escándalos. “¡Cuántas veces—habla el Chantre—recurrió á los “Ministros del Rey, y vió remediado el escándalo, “oyéndole siempre los Ministros, y comunicando “las órdenes según él proponía, para que se “remediase el mal!” No acudía, sin embargo, á la autoridad civil, sinó después de agotados los medios de persuasión. Ni se dejaba llevar de los primeros movimientos. Era tardo en resolver, como enérgico en obrar. Pero esta misma prudencia y esta enérgica firmeza y esta vigilancia constante le acompañaron toda su vida, sin que fuesen parte á debilitarlas ni adversidades, ni edad ni achaques.

Y á este propósito no puede venir mejor un párrafo del Chantre, que bien merece copiarse. “El confidente puede decir que en la misma “noche en que murió se habló de un escandaloso “secular, de quien antes había escrito á la justicia “de cierto valle para que pusiese remedio, y “habiéndole hecho salir de donde estaba su “cómplice, tuvo noticias de que aun volvía..... y “teniéndole esto afligido, le encargó (al confidente) “que escribiese al día siguiente, para tomar indi- “viduales noticias, para recurrir á la superioridad “pidiendo remedio y que saliese de la montaña “el tal, pues no era natural de ella.” Por lo visto, todavía en 1819 era escuchada la voz de los

Prelados en asuntos de pública moralidad. Pero desde hace tiempo, por lo menos tratándose de personas particulares, ¿puede hacer algo el Obispo sinó llorar (1) lo que las leyes no permiten corregir?

Que así lo preveía el tercer Obispo de Santander, dicenlo claro sus continuos clamores, su proverbial intransigencia, tantas veces tachada de chochez. No ignoraba el venerable Obispo semejantes desahogos de los *sabios* de entonces. “¿Es bueno—dice en una carta de 1816—que “desde que comencé á chochear por viejo, se “explicó mi chochera por donde se exalta más la “gente moza?”

Y visto cómo de los seglares cuidaba, veamos ahora cuál era su apostólico celo respecto de los clérigos sometidos á su potestad episcopal no sólo *quantum attinet ad res sacras atque divinas*, que así también lo están los seglares, sinó en todas las cosas por razón de la persona. Algunas frases del libro donde se registran las gracias y mercedes, y otras del P. Pamplona, transcritas en estas páginas y la reciente erección de aquel Obispado, nos permiten creer en la necesidad de reforma respecto á la instrucción y costumbres del Clero. Al hablar de la visita Pastoral ya se dijo no poco, pero tratando ahora el asunto por modo más directo, no podemos desentendernos de las siguientes palabras del Chantre: “Cuando “vino á la Diócesis, los primeros estudiantes que “se presentaron en Sínodo para un beneficio,

(1) Lejos de nosotros el creer que sólo llorar puedan los Obispos ni que á llorar se limiten cuantos tienen á su cargo la cura de almas, si les niega la legislación vigente el apoyo prestado por el antiguo régimen. Nadie puede privarles de los medios de que dispone la Iglesia. Pero siendo los públicos poderes hostiles ó indiferentes, si para remover el escándalo se hace preciso el brazo secular, no queda recurso alguno al Pastor de almas, como no sea la oración y el llanto.

“presidiendo él,—el Obispo—los halló tan ignorantes, que apenas sabían bien la doctrina cristiana.”

De lo que procedió, sin duda, el especial empeño de D. Rafael Tomás en inculcar la necesidad de aprender, adoptando las oportunas disposiciones para tan importante objeto. La indispensable asistencia á las conferencias semanales y á las pasantías de moral establecidas por la Diócesis, y un verdadero rigor en los exámenes de aspirantes á órdenes y beneficios, pudieron darle el consuelo de ver al Clero instruido en las cosas de su ministerio por lo menos. Tal era en este punto la insistencia del Sr. Menéndez, que según hemos visto en la Pastoral visita, sólo para confirmar, reconocer los libros sacramentales y asegurarse de la instrucción de los sacerdotes, emprendió la última cuando cargado de años y achaques se valía de silla de manos en los pasos difíciles, convirtiendo, para confirmar, su habitación en oratorio.

¿Y qué diremos por lo tocante á costumbres? Conociendo cuánto más fácil es prevenir que remediar, y que ciertos males se resisten á los remedios más heróicos, puso el mayor cuidado en ordenar y conceder beneficios únicamente á los dignos. “¡Qué celo (1) manifestó en investigar el carácter, conducta y espíritu de los ordenandos! ¡Qué informaciones tan secretas, qué pruebas de su talento y suficiencia!.... Ni el rango de la clase, ni relación de parentesco, ni mediación de interlocutores poderosos, jamás influyeron en el corazón de Su Excelencia Ilustrísima, para derramar la unción santa sobre la cabeza de los pretendientes.”

Ya se dijo en lugar oportuno cómo procedía

(1) El Padre Pamplona.

en la elección de familiares y cómo el Palacio Episcopal "era un seminario de religión." Y hemos de añadir ahora, que ni tratándose de un familiar suyo aflojaba el Sr. Menéndez en las pruebas. Años y años esperaban algunos la ordenación. Quejábanse á veces, no al Obispo, sinó á personas allegadas al Obispo. Mas el Prelado nunca se apartó de sus propósitos. Y tales dilaciones y pruebas continuaron hasta en los tiempos en que D. Rafael Tomás anduvo errante y fugitivo por Asturias y Galicia, Inglaterra y Portugal. No bastaba á los familiares para probar su vocación correr la suerte de un Obispo proscripto. (1)

(1) Más de una vez hemos oído, á quien alcanzó los tiempos de D. Rafael Tomás, contar las amarguras de sus familiares, que viendo correr las témporas y al Obispo no acordarse de ordenarlos, llegaban á recelar si serían víctimas de alguna calumnia ó habrían perdido la gracia del Prelado. Ocurría esto precisamente cuando huyendo de los franceses el Obispo pasaba largas temporadas en su tierra natal. Los sobrinos de D. Rafael Tomás eran el paño de lágrimas de sus familiares, á quienes procuraban consolar inculcándoles que no era desvío, sinó prueba de su vocación lo que así les tenía acuitados. Y si á estas dilaciones se reduciesen las pruebas, menos mal. En semejante materia todo parecía poco al Sr. Menéndez de Luear, que sin dudar de sus familiares, deseaba que algo más fuesen que buenos cristianos, por lo menos para ser admitidos al sacerdocio. Vamos á verlo ahora.

Luego que llegó á Luear en la ocasión dicha, vistas las consideraciones de que era objeto por parte de los sobrinos, dijo en la mesa que no se le presentase plato alguno extraordinario. Parecióle sin duda, que aquello era visita Pastoral y casa de algún cura la casa de D. Matías. Todos, sin embargo, callaron, como si curas fuesen. Pero D.^a Maria del Carmen del Riego y Heredia, esposa del D. Matías y señora de gran talento y virtud, quiso mostrar que sabía y podía regalar á los que á su casa llegasen. Conque al día siguiente se presentó un plato de dulce servido por el paje del Obispo, quien viendo desobedecidas sus órdenes, increpó al familiar.—Lo mandó la señora, contestó éste. Pero el Obispo, que no se consideraba, al parecer, con jurisdicción sobre D.^a Maria del Carmen, se las hubo únicamente con el paje, que no tenía por qué disculparse con persona tan respetable. Caro costó su locuacidad al pobre joven, que con un pie levantado tuvo que trasegar á su estómago el contenido del plato, diciendo, á cada cucharada, "por hablador." ¿Parece fuerte la prueba?, pues vaya otra.

Solia pasear algunas veces el Obispo acompañado de sus sobrinos. Dirigiéronse una tarde hacia la orilla del mar y en el pasco se hallaron con una portilla cerrada por no liviano canto que la

Verdad es que los familiares del Sr. Menéndez de Luarca tenían mucho adelantado cuando llegaban á merecer la ordenación. No pocos salieron del Palacio episcopal para Canónigos y Dignidades en diferentes iglesias del reino. Pero tocado este punto, cederemos la palabra á quien

sujetaba contra un poste. Bien podía salvarse la dificultad pasando por los escalones rústicos que suele haber con semejante objeto. Pero al paje pareció esto poco decoroso para un Obispo. Así que, adelantándose á S. I., removió el canto, y abierta la portilla, puso el camino expedito. Mas he aquí que antes de mucho trecho miró D. Rafael Tomás hacia atrás, y como viese la portilla cerrada sin el canto, hizo al paje desandar lo andado y que puesto de rodillas al pie de dicho canto, y empujándole con el hombro, le colocase donde hacia su deber.

Tal vez se diga que en los dos referidos casos no está la pena en relación con la culpa, y que aun como pruebas, más propias parecen éstas de un novicio que de un aspirante al sacerdocio secular. Pero sin entrometernos á discurrir en cosas tan ajenas de nuestra competencia, hemos de reconocer ante todo en D. Rafael Tomás un natural "colérico y fogoso," que confesaba él mismo con noble franqueza. Mas, "cuando advertía haber errado... —dice el Chantre— "en el trato con extraños y domésticos, entonces era la agitación de "su espíritu, creyéndose abandonado por sus pecados, atribuyendo á "soberbia suya lo que en realidad sólo había sido error del entendimiento. Así buscaba ingeniosos medios de satisfacer al ofendido, "sin perder de vista el dicho de San Agustín, en su regla hablando de "los Prelados: *Ne dum nimium servatur humilitas, regendi frangatur authoritas.*"

A nadie se pueden formar cargos por su temperamento. El punto está en reprimir los naturales impetus. Jamás—según el Chantre— se dejó arrastrar de los suyos con plena deliberación el Sr. Menéndez de Luarca. Si esta imperfección no fuese, ¿qué no se podría decir del sacerdote y del Obispo? Pero sirvió su genialidad para dos cosas: la una, para preservarse de la soberbia, y la otra, para que conociendo á cuánto exponen los impetus mal reprimidos y mortificándose á sí mismo en esto, inculcase igual mortificación á quienes tenía el deber de corregir y enseñar. Ciertamente no educaba á sus familiares para cartujos, pero los educaba para santos.

Ha de tenerse presente, que quien así trataba á sus familiares, "vertía y limpiaba los dos vasos." En la cámara del Obispo sólo corría por cuenta de los pajes el arreglar la cama. Con esto y con decir que ciertas alimañas se pascaban á veces muy orondas por la sotana del Prelado, puede juzgarse, aun sin reproducir lo que escribimos en otro lugar de estas páginas, si eran efecto de celo ó de censurable altanería los procedimientos empleados por el Sr. Menéndez de Luarca para inculcar en sus familiares la mansedumbre y la humildad.

La mortificación fué siempre una virtud; pero no en todos los tiempos adoptó las mismas formas. En la vida de Santa Isabel, reina de Hungría, escrita por Montalamber, algo muy raro acerca del particular puede leerse.

con más autoridad que nosotros puede hablar en la materia. Habla el P. Pamplona: "Ni hace menos "á la memoria honorable del Excmo. é Ilmo. difunto la prudente sabiduría, talento y dirección, "con que pesó el mérito de sus familiares en la "provisión de los empleos eclesiásticos. No conoció la carne y sangre, ni se dejó alucinar de sus "prestigios. El mérito pesado en la balanza del "Santuario era la llave que abría las puertas del "templo á las Dignidades. Cierto es, que su "Excelencia tuvo el placer de ver honrados con "las Dignidades del Santuario, varios familiares "suyos. Uno Obispo en Tortosa, otro en el Consejo "de órdenes, tres Dignidades, cinco Canónigos y "un Prebendado en la Santa Iglesia Catedral, "un Dignidad y tres Canónigos en Santillana, "pero los tales de provecho."

Si una vez se atrevió D. Juan Matías, que títulos tenía para atreverse, á recomendar la pretensión de uno de los familiares, ya sabemos por carta del Prelado, inserta con distinto motivo en estas páginas, que si la recomendación tuvo éxito, fué por no haber admitido el beneficio quien mejor lo merecía. Digno era el recomendado, pero había otro más digno, á juicio del Obispo.

Y no basta el prevenir. También es necesario reprender y aun castigar. Justo y sacerdote no son sinónimos. Los sacerdotes no dejan de ser hombres. (1) "¡Qué celo tan prudente contra los "clérigos delincuentes! A unos impone con la "santa severidad de las penas de los cánones, "consolando á otros que la enfermedad de la "carne había extraviado de sus deberes, haciendo "con las reconvenciones, que las lágrimas del "dolor, índices del arrepentimiento, borrasen las

(1) El P. Pamplona.

“manchas del delito.” No obstante lo cual, si D. Rafael Tomás tuvo que reprender, economizó el castigar, y los castigos pasaban pocas veces de correcciones. En su largo pontificado sólo tres clérigos fueron objeto de acusación fiscal.

Con exhortaciones y ejercicios espirituales en los conventos, solía traer á buen camino á los extraviados. De varios consta que vueltos á sus parroquias después de bien ejercitados, tardaron poco en morir; providencia misericordiosa de Dios, que los llamó para sí antes que reincidiesen, inescrutable justicia si, por desgracia, verdad no fuese su arrepentimiento.

No se crea por lo dicho, que sólo tratándose de clérigos extraviados se practicaban los ejercicios en el Pontificado del Sr. Menéndez de Luarca. Por supuesto que á este medio de santificación no se acudía en otros tiempos como se acude en los presentes. Los ejercicios del Clero son hoy sistema ordinario, ó cosa de todos los años. Pero en estas mismas páginas se habla de los que recibieron alguna vez en la capilla del Palacio el Clero catedral, el de la ciudad de Santander y aun el Obispo, y de una Pastoral visita emprendida con el exclusivo objeto de confirmar y dar ejercicios al Clero, ejercicios en los cuales á cargo del Prelado estaban las pláticas.

Pero ciertas faltas de los eclesiásticos no eran corregidas tan por lo serio. Las corregía el Obispo por otros medios no menos eficaces, atendidas las circunstancias, y más análogos. Ya en otro lugar se indicó lo de pintar una escopeta en las licencias de cierto cura cazador, y no debemos olvidarnos ahora de la peluca pintada en las de otro sacerdote que no arreglaba su cabello conforme á la usanza clerical de aquellos tiempos. A un Presbítero de obispado confinante, que le pedía licencias en el de Santander, devol-

vió el memorial con un tricornio pintado al margen por vía de decreto. No ignoraba el Obispo que por este sombrero, entonces moda, había cambiado el de ala ancha. Quedó, pues, sin la gracia solicitada el pisaverde, no llegando ni pudiendo llegar á más la corrección de un súbdito á potestad ajena.

Algo más caro lo purgaban, llegado el caso, los clérigos de la Diócesis santanderina. Con todo eso, tan sólo para dos se cuenta que haya llegado. Tenían ambos sombrero de ala ancha y sombrero tricornio, usando de aquél ó éste según las circunstancias. Lo cual sabido por el Obispo, mandó que se le presentasen con el tricornio. Que no tardaron en obedecer, será excusado añadirlo. Bastará para nuestro propósito contar el resultado de la comparecencia. No pasaron de la escalera los Presbíteros comparecidos. Allí les esperaba, no el Obispo, sinó un brasero, donde ellos mismos hubieron de hacer solemne auto de fe con la prenda en tal estima tenida. Cómo se habrán ingeniado para volver á su casa, no lo cuenta la crónica. Tal vez en esto haya consistido el sambenito.

También los pantalones comenzaron entonces á sustituir al calzón corto. Resistieron esta moda los eclesiásticos por muchísimo tiempo. Aún después de generalizada, los mismos que adoptaron el nuevo traje, vestían el calzón corto en las grandes solemnidades. El Clero santanderino no se dejó seducir por esta novedad, pero algunos clérigos de otras diócesis residentes en la de Santander quisieron utilizar el fuero de extranjería, que no valió con el Sr. Menéndez de Luarda. A todos mandó entregar los pantalones, no para realizar con ellos un nuevo auto de fe, sinó la obra de misericordia con que se viste al desnudo: los dió á los pobres.

Celoso cuanto á la disciplina era el Obispo, y prudente á pesar de lo celoso para corregir las transgresiones por manera oportuna según su calidad y circunstancias. A quien peca de vano, nada conviene tanto como humillarle. Para curar el amor propio no es menester sacar sangre: no hay como un cáustico, que llama el virus morbo-so al exterior y deja libre el alma. De cáustico hace las veces la vergüenza que nos pone á la vista las miserias de nuestro corazón. Lo cierto es que con castigos que parecen burlas, ó con burlas en lugar de castigos, con exhortaciones unas veces y con espirituales ejercicios otras, formó un Clero modelo que, á pesar de la invasión francesa y de la revolución que desde Cádiz invadió el resto de España, no dió tan sólo un mal ejemplo en materias de ortodoxia y lealtad.

Pero este mismo Prelado, intransigente y severo cuando llegaba á formar juicio, no era menos severo é intransigente si por ventura en el examen de un asunto descubría espíritu de venganza ó alguna pasión ruin bajo capa de celo por la mayor gloria de Dios. Y tratándose de castigar una calumnia, también apelaba en ocasiones al gracejo, que, aplicado con oportunidad, hiere al orgullo.

En queja de cierto cura recibió el Obispo un memorial que suscribían, al parecer, dos feligreses. Averiguada la verdad, resultó el memorial calumnia. Leído aquél una y más veces, se detuvo el Prelado en dos circunstancias, que al principio no habían llamado su atención. Era la una que ambos denunciantes firmaban con igual nombre, "Juan," aunque no fuese el mismo su apellido; y era la otra que las dos firmas eran tan parecidas como si de una sola mano fuesen obra. Conque la superchería no podía ser más clara, faltando sólo cerciorarse de quién era su

autor. Y como si de averiguarlo tratase, decretó al margen el Obispo: "¿Cuál de los dos Juanes es "el buen Juan?" Y sin más que remitir bajo un sobre memorial y decreto al concejo y vecinos del calumniado, á éste dejó en su buena fama, y á los calumniadores entregados al público desprecio.

Pero no á todas horas estaba para bromas D. Rafael Tomás, ó no siempre las bromas venían á cuento. Tratándose de calumnias hacía uso de un rigor que no empleaba sinó de raro en raro con los clérigos delincuentes. Encierro en un convento por espacio de un mes y multa grande además costó á dos intrigantes cierta calumniosa acusación contra su Párroco. Las autoridades civiles servían en estos casos al Prelado con todo celo. Y nada perdió la Diócesis, donde aún se conserva fresca la memoria del Sr. Menéndez de Luarca y su prudencia en el gobierno de clérigos y seglares.

Con esto parécenos ya tiempo de consagrar algunas líneas á la corrección de abusos. Sabemos de cuántas precauciones se valía para ordenar únicamente á los dignos y conferir beneficios á quienes por su virtud y ciencia fuesen aptos para servirlos. Pero de los beneficios que halló provistos á su entrada en la Diócesis aún no hemos hablado una palabra. Algo indica el Padre Pamplona cuando dice: "Vosotros sabeis que su "celo corrigió los abusos sostenidos por la apatía "ó autorizados por los malos ejemplos;" y algo nos cuenta el Chantre, y tan grave, que preferimos, á contarlos nosotros, copiar lo escrito en sus apuntes. "Halló Su Ilustrísima, cuando vino á la "Diócesis, que sólo había sirvientes, porque los "Beneficiados propietarios se hallaban en varias "partes del reino colocados con otras piezas "eclesiásticas, fundados en que por la Sinodal

“podían estarse ausentes con el Beneficio poniendo sirvientes.”

Cosa fuerte nos parece lo de “que sólo había sirvientes,” y mucho más que autorizase la Sinodal tan grande abuso. No conocemos la Sinodal de Santander, pero quien para conocerla tiene motivos, asegura que jamás ha visto en ella semejante permiso, ni aun tolerancia de tamaño abuso. Lo cual no equivale á una negación de su existencia en los tiempos á que se refieren los apuntes del Chantre; porque la misma persona que así vuelve por la Sinodal, añade: “Hecha excepción de cinco ó seis curatos, no había más que beneficios residenciales para los naturales de los pueblos....., cuyos poseedores ejercían la cura de almas, no por derecho propio, sinó *Ad nutum*.”

“Que en tiempo del Sr. Menéndez había muchos abusos de beneficiados, que, á pesar de ser residenciales sus beneficios, servían en otras diócesis, es indudable, por lo que dicho Ilustrísimo señor quiso y trató de corregir dichos abusos, llamando á los beneficiados ausentes y obligándoles á residir y publicando, como publicó un decreto por el cual todos los eclesiásticos que aspirasen á un beneficio, antes de conferírsele tenían que firmar una escritura por la que se obligaban á residirlos y á desempeñar su obligación por sí mismos. Este decreto, si mal no recuerdo, se dió en el año 1788.”

Por donde vemos que tan lejos de negarse los abusos, se confirman, y se confirma también el remedio que á ellos puso D. Rafael Tomás, remedio de que nos informa más por menor el Chantre, testigo presencial de los sucesos. “Reflexionó—dice—sobre este asunto el Obispo, y convencido de que no iba ello arreglado, escribió á los beneficiados sin andarse en más contesta-

“ciones, y muchos, convencidos de sus razones, “renunciaron sus beneficios. Dió después disposi-
“ciones sobre que no se confriesen los beneficios
“sinó á sujetos que los sirviesen por sí mismos,
“residiendo en las parroquias, y logró desterrar
“de la Diócesis los sirvientes, y que hubiese
“Curas propietarios, ayudándole en estos trabajos
“los Ministros del Rey..... y habiendo una vez
“logrado una dignidad en esta Santa Iglesia un
“sujeto Beneficiado, sin tener noticias S. I.,
“cuando el tal sujeto presentó la Real cédula, no
“le quiso dar la colación interín no renunciase el
“beneficio; y habiéndose quejado al Rey, mandó
“S. M. que se la diese, y que, si tomada posesión,
“no renunciaba al beneficio, se contase vacante
“y se proveyese en otro, como así se hizo.”
Con lo dicho podemos dar por concluido este
asunto, con las últimas palabras del P. Pamplona
en una de sus notas á la tantas veces citada
oración fúnebre: “Desterró los sirvientes de los
“beneficios, obligando á la residencia á los pro-
“pictarios, ó á que renunciasen el beneficio.”

Pero no ha de entenderse que de lo asentado
respecto á Sinodales por el competentísimo autor
de algunos párrafos transcritos, se deduzca, en
buenalógica, nada contrario al párrafo del Chantre,
porque, mirándolo bien, no habla D. Juan Fran-
cisco Gutiérrez por cuenta propia. No asegura
que las Sinodales de Santander permitiesen el
lamentable abuso corregido, sinó que los bene-
ficiados abusaban “fundados en que por la Sino-
“dal podían estarse ausentes con el beneficio,
“poniendo sirvientes.” Todos interpretan á gusto
suyo las leyes. La codicia y la ambición son
consejeros funestos, y las miserias humanas no
respetan condiciones ni clases.

Ni se presuma tampoco que de la energía
episcopal eran único objeto los débiles: muy lejos

de eso, en proporción de los obstáculos, manifestaba su tenacidad el Obispo. Si con los pequeños fué humilde y no andando de por medio la justicia se dejó ablandar más de una vez por el llanto del pobre, ni una sola le contuvo la mal entendida consideración al poderoso.

La Inquisición ya no lo era tanto como en los tiempos de Felipe II. La raza de los Dezas, Cisneros, Valdés y Sandoval parecía degenerada. Pero así y todo, y aunque los Inquisidores generales no fuesen absolutamente ajenos á las debilidades cortesanas, todavía de cuando en cuando daba señales de vida, infundiendo respeto y aún temor. “Al Rey y á la Inquisición, ¡chitón!” —se decía entonces.

Pero no valió este refrán para el señor Menéndez de Luarca, que si no hizo callar á la Inquisición de Logroño, la contuvo. Un empleado en las cárceles de aquel Tribunal y poseedor al propio tiempo de uno de los beneficios de que hace muy poco hablamos, sin dejar el empleo, quiso que los demás beneficiados de la villa donde poseía su beneficio le sirviesen por él sin hacer suyos los frutos, que pretendía percibir el carcelero á pesar de la ausencia.

Seguido pleito en la Inquisición sobre este asunto, le ganó el carcelero. Pero al ejecutarse la sentencia, hizo entender el Obispo que sin anuencia expresa suya, bajo pena de excomunión, no se le diese cumplimiento. La Inquisición se había excedido. Mediaron contestaciones muy serias entre una y otra autoridad; mas hubo de contentarse el beneficiado con los gajes de carcelero, “declarando S. I.—dice el Chantre—que el Tribunal de la Inquisición no debía proceder como “procedió, pues no le tocaba declarar si los beneficios de esta Diócesis (la de Santander) tenían “la cura de almas, sinó á él, y al tribunal aquél sólo

“tocaba poner en ejecución la Bula de *fructibus*.” El Padre Pamplona, en sus notas á la oración fúnebre, indica lo sucedido por manera concisa en los siguientes términos: “Tampoco fué menor “la fortaleza con que disputó á los familiares del “Santo Oficio el privilegio que decían de no “residir su beneficio. Se siguió recurso en juicio “contradictorio y prevaleció la decisión del “Obispo.”

Pero no solo abusaban los beneficiados; el abuso subía más alto. A los Canónigos ocupados en comisiones de la Inquisición, se daba presencia en el coro por costumbre introducida no se sabe cómo ni cuándo. Lo descubrió el Sr. Menéndez de Luarda visitando la Catedral, y esto dicho, no hay para qué añadir, que con las penas más severas puso coto al exceso. Claro está que los Canónigos comisarios se quejarían al Inquisidor general. Con tres distintos Inquisidores sostuvo sus acuerdos el Obispo de Santander. La discusión fué empeñada. El Sr. Lorenzana, último de los tres inquisidores con quienes discutió el asunto D. Rafael Tomás, usó de palabras un tanto fuertes que motivaron una respuesta del Obispo todavía famosa en Asturias y Santander, para formar juicio de la cual conviene tener en cuenta dos circunstancias: la una que se negaba en la Catedral primada á los Canónigos comisarios lo que el Arzobispo de Toledo, Inquisidor general, quería que se les diesen en Santander; y la otra que la campana de Toledo pasaba entonces por la mayor de España (1), y en su comparación podía muy bien reputarse campanilla la de cualquiera otra Catedral, sobre

(1) Es muy vulgar en Asturias la siguiente cuarteta:

Para torre la de Oviedo,
Catedral la de León;
campana la de Toledo
y rollo el de Villalón.

todo la de Santander, puesto que la de Santander, en aquel tiempo, era la más moderna y probablemente la más pobre.

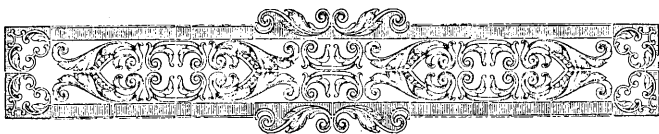
Conque teniendo el Sr. Menéndez de Lúcar muy presente las circunstancias dichas, cansado de discutir un asunto tan claro, y sentido á la vez por las palabras del Sr. Lorenzana, quiso cerrar la discusión y la cerró en efecto con estas frases: "Mientras subsista (1) el badajo de la campanilla de Santander, la haré sonar... y sonará." Y tan bien la supo repicar D. Rafael Tomás en aquella ocasión, que desde entonces á ningún comisario se ocurrió pedir presencia en el coro de Santander sin estar en realidad presente. Y no se diga que obraba por espíritu de rivalidad, quien prefirió más adelante el embargo de sus temporalidades y el destierro, á la publicación en su Diócesis del famoso decreto de las Cortes de Cádiz, que abolía el Santo Oficio. La impiedad y la injusticia tropezaron en todas ocasiones con el indomable carácter del Sr. Menéndez de Lúcar, que nunca supo ceder con perjuicio de la conciencia.

Ni se avenía tampoco con la suya el uso de los Oratorios según la forma practicada en su Diócesis. Y como acerca de esto publicase un edicto condenando abusos y prohibiendo, entre otras cosas, que se dijese más de una Misa diaria en los Oratorios privados, el Comisario general de Cruzada, que lo creyó en menoscabo de sus atribuciones, sostuvo con vigor lo que reputaba su derecho. Fué la discusión acalorada. Acudió al Ministro el Comisario. El Rey mandó al Obispo

(1) Conforme sustancialmente la tradición, el Chantre, el P. Pamplona y D. José Antonio del Río y Sainz, en su efeméride correspondiente al 20 de Junio de 1789, publicada por el *Boletín del Comercio* de Santander, número 142, y reproducida en la citada obra *La Provincia de Santander*, etc.

recoger el edicto, y el Obispo contestó al Rey como los Tribunales contestaban en los antiguos tiempos: (1) "Se obedece, pero no se cumple." Se le amenaza entonces con las temporalidades, y á pesar de tal amenaza, representa el Obispo al Rey lo que cumple á su dignidad y á su conciencia. El Consejo de Castilla entiende en el asunto. Manda que sean oídas ambas partes y que se oiga también á todos los Obispos de España. Vuelve el de Santander á insistir y.... hasta la fecha, no fueron rebatidas sus razones ni desautorizados sus acuerdos.

(3) Conformes los apuntes del Chantre y el P. Pamplona, y la efeméride últimamente citada.



CAPÍTULO XIX.

Breve de Pío VI.

QUe hemos visto cómo miró el señor Menéndez de Luarca por su grey poniendo coto á los abusos: y ahora nos toca contemplar su discreción y firmeza en un asunto gravísimo, de los que pocas veces suelen ocurrir á los Obispos, y tanto sirven de prueba á su carácter como á su integridad y ciencia.

Ya estaba entonces en boga la *sensiblería de los amigos de los hombres*, que así se llamaban ellos mismos. Los cuales, pretendiendo convertir la tierra en Paraíso, sin parar mientes en aquello de San Agustín y San Gregorio, “los que por la “comida salimos de los goces del Paraíso, levántemonos, en cuanto fuere posible, á buscarlos “por el ayuno,” se proponían regenerar al hombre, hartándole. Que semejantes ideas habían

cundido entre los gobernantes de aquel tiempo, no costará trabajo discurrirlo. Donde privaba Godoy, mal podría ser la mortificación simpática.

Pero aun sin esto, con el fervor de los primitivos siglos, no pudo menos de aflojar el espíritu de penitencia. Y tocante al ayuno, ciegos estaríamos si no viésemos que antes del reinado de Carlos IV se había comenzado á sentir la flojedad. Resto de las antiguas abstinencias eran los *duelos y quebrantos* del sábado dispensados por Benedicto XIV á los reinos de Castilla, en las postrimerías de Felipe V, dispensa ampliada por Pío VI á los de Aragón y Navarra en 1779. Quedaban los viernes, los días de ayuno y la Cuaresma, hasta que permitió el Papa en 1798 el uso de la carne cuatro días á la semana en cinco de las que componen la Cuaresma, gracia obtenida de Su Santidad, en consideración á la escasez de pesca salada, que no se podía fácilmente introducir en España por causa de la guerra marítima con Inglaterra.

Pero todo esto era poco, al parecer. No satisfacía, por lo menos cumplidamente, á Carlos IV, que insistiendo con el bondadoso y desgraciado Pontifice en la escasez y guerra dichas, obtuvo el Breve de 14 de Enero de 1799 cometido á los Obispos y más Ordinarios eclesiásticos de los lugares de España y sus islas Canarias, para que proveyesen "lo en el caso conveniente á la seguridad de las conciencias."

Por dicho Breve comunicado al Obispo de Santander de Orden del Supremo Consejo de Castilla, con fecha de 28 de Febrero siguiente, se manda "que cada uno (en su distrito) dé á su "arbitrio licencia para que todos los fieles de uno "y otro sexo, seculares, eclesiásticos y regulares "(no siendo de aquellos que por voto están obliga- "dos al uso perpétuo de manjares cuadregesimales)

“puedan, libre y lícitamente, durante dicha guerra
“con los ingleses, comer huevos, queso, manteca
“ú otros lacticinios, y también carnes saludables,
“así en el tiempo de la Cuaresma como en los otros
“días de abstinencia del año, exceptuados á lo
“menos el Miércoles de Ceniza, los viernes de
“cada semana de Cuaresma, los cuatro últimos
“días de la semana mayor, ó Semana Santa, y las
“vigilias de las Pascuas de Natividad y Pente-
“costés, con las de la Asunción de Nuestra
“Señora y Santos Apóstoles San Pedro y San
“Pablo: todo con el bien entendido de que quienes
“usaren de esta licencia, deberán, no solo obser-
“var la forma del ayuno los días en que estuviese
“éste mandado, y así no hacer más de una
“comida al día, á no tener para lo contrario
“algún motivo justo, como falta de salud, sinó
“también practicar las obras de piedad que el
“Obispo ó Prelado ordinario del lugar les pres-
“cribiere, según su arbitrio y el dictamen de su
“conciencia, junto con el de los confesores res-
“pectivos de los agraciados.”

Y como, según lo transcripto, se comete la facultad de dispensar “á su arbitrio”—el de los Prelados—y no se fijan los límites de la licencia que han de conceder éstos y se impone además por condición la práctica de obras piadosas prescriptas por el Obispo y confesores respectivos de los agraciados, entendió el señor Menéndez de Luarca, que obrando por cuenta ajena y bajo responsabilidad propia en aplicar las gracias concedidas, debía economizarlas, no prodigarlas, acomodándose á la doctrina general respecto á dispensaciones, sin olvidar las circunstancias particulares de su Diócesis, único medio de mantener en salvo su conciencia, tratándose de un asunto que podía comprometerla. No dispensó, pues, con la amplitud que dispensaron otros

Obispos, en cuyas diócesis la escasez de pesca salada se hacía sentir por manera notable. Ni dispensó á los ricos, como á los pobres, aunque á todos impuso la confesión sacramental como preliminar indispensable de las gracias concedidas.

Bien conoció el de Santander, que aquello de *durus est hic sermo*, se repetiría una vez más y que habría de tacharle alguien de mezquino en la aplicación del Breve y de más papista que el Papa. En todos tiempos fué simpática la obediencia que favorece al apetito y escandalizaron las verdades si por ventura no las comprende nuestro decaído entendimiento. Y por eso en una Pastoral fechada en 27 de Abril de 1799, expone con erudición y lógica, con claridad y energía y profundo respeto á la cabeza de la Iglesia cuanto le obliga en aquel caso á no abusar de la benignidad apostólica.

Pondera este documento, nada conciso por cierto y en estilo propio de su época, las excelencias del ayuno, comparando las austeridades de otros tiempos con la tibieza de entonces. Declara que si tratándose del reino en general son verdaderas las causas de la dispensa, lejos están de serlo respecto de su Diócesis. Y presentando el ayuno como supremo recurso á que acudieron los pueblos en sus tribulaciones y aún acuden, “hay tiempo de reír—exclama—y hay tiempo de llorar. Hay tiempo de lamentarse y tiempo de saltar con el gozo. Hay tiempo de abrazar al esposo y tiempo de mirar á lo lejos estas delicias. “Cuando el esposo estuviere con los hijos de la esposa, no será entonces tiempo de gemidos: si “se les quita el esposo, entonces es propio tiempo “de afligirse. Esto dice el mismo señor: ésta es “su escritura, éste su evangelio. ¿Y qué tiempos, “diremos ahora, ser los nuestros? Vosotros bien “sabeis hacer las veces de Cristo en la tierra, y

“ser así padre de todos los cristianos, y ser así
“el esposo de la Iglesia universal el Sumo Pontí-
“fice, sucesor de San Pedro.... ¿Mas sabeis, decid,
“mas sabeis por qué este Papa, cabèza de la
“Iglesia y Esposo de ella y padre de los fieles
“todos, expidió el Breve que da motivo á estas
“nuestras letras, donde suena expedido, no en
“Roma, capital de la cristiandad, sinó en la Car-
“tuja de Florencia? ¿Sabeis el estado de aquella
“capital, de aquella Sión de la Jerusalén católica;
“y si algo sabeis de su actual estado, podeis
“decir sea él mucho mejor que aquel en que con
“lágrimas pintaba Jeremías á la antigua Sión
“cuando decía, cuando así se lamentaba: *lloran*
“*los caminos de Sión porque no hay quienes*
“*celebren las solemnidades que en ellas solian*
“*celebrarse; todas sus puertas están destruidas, sus*
“*sacerdotes bañados en lágrimas; cubiertas de*
“*lodo sus Vírgenes, y ella cubierta de amargura?*
“Pues alargad un poco más la vista; y mirad, si
“teneis corazón para mirar, ¿cómo, si sabeis,
“cómo ó en qué estado se hallan hoy los Estados
“Pontificios y los monumentos tan preciosos que
“tenía en ellos la cristiandad? ¿Cómo la casa
“santa de Loreto, la en que fué encarnado el
“Hijo de Dios? ¿Cómo la Italia con sus adya-
“cencias? ¿Cómo los paises intermedios hasta
“nosotros? ¿Cómo la Iglesia universal?”

Y al discurrir acerca de cosas tales, hace ver
el Obispo lo calamitoso de aquellos tiempos, que
bien pudieran llamarse tempestades contra la
Iglesia perseguida, no como la persiguieron
Decios, Dioclecianos y Nerones, cuyas horribles
crueldades, purificando la tierra, llenaban el
cielo de santos, y con la sangre fecunda del
martirio hacían brotar un ciento por cada uno
de los mártires. La persecución á que alude, no
es la obra de una secta, sinó de una herejía

donde vienen á juntarse todos los errores conocidos, incluso los del paganismo; errores que las torpezas del corazón ansioso de libertad y de carnales goces protegen y fomentan.

Buscando el tipo de la secta y persecución que lamentaba, retrocede el Prelado hasta el apóstata Juliano, que, sin proponerse acabar por manera violenta con la religión de Jesucristo, y antes fingiendo grande interés por el pueblo y santos deseos de purificar el culto, favorecía todas las sectas, y en especial á los judíos, prometiéndose valiosa ayuda de su mala voluntad á los cristianos; y con pretexto de la pobreza y mansedumbre evangélicas, despojaba de sus bienes las Iglesias, prohibiendo á los eclesiásticos quejarse de tal violencia. Y también hace ver cómo separados los cristianos de todo cargo público, y especialmente de la enseñanza de las ciencias, no contento Juliano con cerrar los templos del verdadero Dios y permitir que se abriesen los templos de los dioses falsos, aplicaba para la dotación de los sacerdotes gentiles parte de lo quitado á los cristianos, aumentando con lo restante el haber de los soldados, sistema de los *filósofos guerreros*, que preparan con la *filosofía* el camino de las armas y aseguran con las armas el triunfo de la *filosofía*.

¿Y quién—decimos nosotros—al contemplar este sistema no vislumbra el hoy en boga de perseguir á la Iglesia fingiendo dispensarle protección, despojarla de su poder y bienes temporales para que mejor pueda cuidar de los espirituales, y, en una palabra, envilecerla, ya que se tiene por imposible sojuzgarla? A Juliano imitó Napoleón, y de Napoleón se cuentan por millares los discípulos. Nunca el liberalismo es más odioso, ni debe inspirar mayor recelo que cuando se disfraza de católico, y parodiando á

Satanás ofrece paz á la Iglesia y á los pueblos progreso y orden, á trueque de que le adoren. En vista, pues, de aquellos tiempos nebulosos, de los males gravísimos que la Iglesia y la sociedad sentían, y de los mayores que amenazaban, y entendiendo que á males extraordinarios corresponden extraordinarios remedios, insiste el señor Menéndez de Luarda en recomendar ayunos y abstinencias. No le basta que se ayune sólo porque hay precepto de ayunar. “Esto—dice—según doctrina de San Gregorio, “no es sinó imitar aquel Simón que, forzado “á llevar la Cruz de Cristo, nada más cuidó que “salir de su apuro y en nada pensó menos que “en morir crucificado como el Señor..... Es ley “de nuestra naturaleza, que no vivamos para “comer, sinó que comamos sólo para vivir, ó para “estar en aptitud de obrar como hombres..... “También es ley de nuestra naturaleza, que “debiendo estar sujeta la carne al espíritu y rebe- “lándose aquélla contra éste y cogiendo mayor “osadía en su rebelión cuanto más se ceba; con la “abstinencia se ha de reprimir, con la abstinencia “se ha de sujetar..... Los mismos bárbaros cono- “cieron ser la abstinencia medio de medios para “satisfacer por sus excesos al númen soberano, ó “para aplacarle en sus iras. ¿Qué debemos pensar “y hacer nosotros teniendo ilustrada y elevada la “luz natural tanto y más que se eleva el Cielo “sobre la tierra por la luz de la fé?... La misma “fé nos enseña que Él (Nuestro Señor Jesucristo) “ayunó, que ayunó con rigor, que hasta en la “muerte prefirió á su alivio la abstinencia por “más recomendarla, por más animarnos á obser- “varla. ¿Será justo, será decente, y podrá no ser “en extremo culpable, que los discípulos no “tomen lecciones tales de tan alto maestro; que “no sigan en cuanto pudieren los soldados á tanto

“jefe; que los miembros no se conformen cuanto
“alcanzaren á conformarse con esta su cabeza?
“Por todos estos respetos fueron exactísimos en
“abstenerse y en ayunar la Virgen, madre del
“mismo Señor, los Apóstoles que Él envió por
“el mundo á anunciar su reino, los primeros
“que entraron en éste, los que después le siguie-
“ron, la Iglesia primitiva, la Iglesia subsiguiente;
“y por todos estos respetos, así como por las
“consideraciones tocadas antes, la Virgen, los
“Apóstoles, los fieles y la Iglesia de aquellos
“tiempos, nos dejaron altamente recomendada en
“su ejemplo, en sus avisos, en sus leyes, la abs-
“tinencia ó el ayuno. Para en todo tiempo y
“ocasión lo han así recomendado; y si para en
“todo tiempo lo recomendaron, para en tiempos
“oscuros, para cuando pareciese el Señor enojado
“con los suyos, para entonces lo recomendaron
“mucho más, siendo los más santos de entre
“ellos los primeros en ayunar si ocurría en tales
“tiempos. ¿Vimos cuánto y cómo ayunaban
“nuestros mayores por sí y sus hermanos por la
“Iglesia y el mundo?... ¡Oh!, paguemos por
“nuestros pecados como ellos no tuvieron que
“pagar por los suyos. ¡Oh! nos fortalezcamos
“contra nuestras pasiones y contra la corrupción
“y contra la impiedad de nuestros tiempos, como
“ellos no tuvieron por qué fortalecerse.”

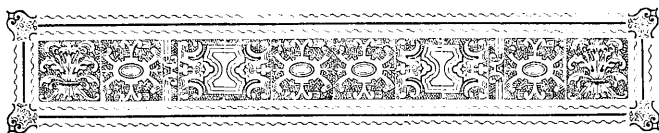
Y concluye su exhortación pastoral concediendo cuarenta días de indulgencia á quienes por las necesidades de la Iglesia ayunen cualquier viernes de aquel año: otros cuarenta á los que ayunen comiendo carne, si otra cosa no pudiesen, los miércoles ó sábados del año referido, y otros cuarenta finalmente á los que cualquier día de dicho año se abstuvieren de comer y beber, no siendo en el desayuno, comida y cena ó colación.

Aunque sea por demás compendioso el anterior

extracto de la Pastoral santanderina, da bastante á entender las convicciones del Prelado y su firmeza. Pero el Comisario general de Cruzada, tomando el asunto por su cuenta, expidió un edicto, en el cual se atribuía la facultad de dispensar, como si el Papa no la hubiese cometido á los Obispos. Y al expedirlo tuvo tan alto dignatario la ocurrencia de transcribir literalmente la Bula ó Breve de 14 de Enero; con que bastó al Obispo de Santander invocar esta parte del edicto para desautorizarle, viéndose en la necesidad de hacerlo así, porque los Comisarios de la Diócesis, sordos á las indicaciones del Sr. Menéndez de Luarca y atentos á lo dispuesto por el Comisario general de Cruzada, publicaron el edicto dicho.

Pusiéronse con esta ocasión frente á frente el Comisario general y el Obispo, dispensando aquél y declarando éste por modo público y solemne la nulidad de la dispensa. Los Comisarios subalternos dieron parte al Comisario general de la resolución del Obispo, y empeñadas contestaciones entre una y otra autoridad, intervino el poder real, achaque propio de aquellos tiempos de que aún quedan reminiscencias.

Pero cuando el Obispo de Santander adoptaba una resolución, no era dudosa la justicia que para adoptarla le asistía. Mandósele recoger el edicto, en que declaraba la nulidad de lo acordado por el Comisario, y..... tiempo perdido. D. Rafael Tomás jamás retrocedió ante las arbitrariedades del poder secular. Preciso fué recurrir al Papa, y Su Santidad, “fuera por lo que fuera,”—dice el Padre Pamplona—“se abroga exclusivamente el derecho “de dispensar como se ve ahora en las Bulas que “expide de esta razón.”



CAPÍTULO XX.

El Obispo y los Ministros de Carlos IV.

DEL 27 de Abril está fechada la Pastoral en que se aplica el Breve de Pío VI relativo al uso de carnes, y el 29 de Agosto del mismo año de 1799 muere aquel Papa, agobiado por exigencias, años, disgustos y malos tratos, como dice Gebhardt en su *Historia general de España*. Al expedir el Breve, ya no estaba Pío VI en la capital del mundo católico. Cogióle la muerte en Francia, donde pecuniariamente le socorría el Rey de España, cuyos Ministros procuraban cobrar en concesiones los favores dispensados al venerable preso por el amigo de sus impíos carceleros.

Pero el Vicario de Cristo no quiso acceder, entre otras cosas (1), á “la petición para que se

(1) Gebhardt.

“restituyeran á los Obispos españoles las facultades “de que gozaran en la disciplina primitiva,” con que los consejeros de Carlos IV se apresuraron á tomarse por la mano lo mismo que les había negado el Pontífice perseguido. Y el caso fué, que la *Gaceta* de 5 de Septiembre de dicho año, publicó un decreto dando cuenta de la muerte del Papa y disponiendo además, previas hipócritas consideraciones, “que hasta que yo les dé á conocer el “nuevo nombramiento de Papa, los Arzobispos “y Obispos usen de toda la plenitud de sus facultades, conforme á la antigua disciplina de la “Iglesia, para dispensas matrimoniales y demás “que les compete..... En los demás puntos de consagración” —querrían decir confirmación — “de “Obispos y Arzobispos... me consultará la Cámara “por mano de mi primer Secretario de Estado y del “despacho, y entonces con el parecer de las personas á quienes tuviere á bien pedirle, determinaré “lo conveniente.” Estas palabras puso en boca de un Rey católico el ministro Urquijo — hechura del Conde de Aranda, — personaje ligero, petulante é insípido, con alardes de incrédulo y aún republicano, según Menéndez Pelayo.

Y aparecía con el decreto dicho una circular á los Obispos suscripta por el Marqués Caballero, inculcando el cumplimiento de lo preceptuado y el celo más exquisito respecto á los predicadores, sobre todo si fuesen regulares, para que no se anunciase desde el púlpito la muerte del Pontífice, “sinó en los términos expresos de la *Gaceta*, sin “otro aditamento.” Pobre idea del Catolicismo y de la dignidad de aquel Gobierno dan así el decreto como la circular, inspirada en parte por el temor á compromisos con Francia, que ocasionar pudieren los abusos del púlpito. Abuso llaman en nuestros días los sucesores de Urquijo y Caballero y más consortes en filosofismo, janse-

nismo y regalismo la entereza evangélica de los predicadores de la palabra divina.

Mal estuvo lo de Urquijo y Caballero, no sólo por lo que hicieron con el decreto y circular citados, sinó por el sistema que fundaron, seguido al pie de la letra en estos tiempos, donde el beso de Judas sintetiza la protección con que á la Iglesia de Cristo favorece el Estado. Pero hay todavía algo más lamentable y más vergonzoso. "Lo más triste" — dice Menéndez Pelayo — "no son el decreto ni la circular: lo que más angustia el ánimo, y muestra hasta dónde había llegado la podredumbre, y de cuán hondo abismo vino á sacarnos providencialmente la guerra de la Independencia, son las contestaciones de los Obispos. Me apresuro á consignar que no tenemos el expediente entero y que la parte de él publicada lo fué por un enemigo jurado de la Iglesia, sospechoso además de mala fé en todos sus trabajos históricos. Sólo diez y nueve contestaciones de Obispos insertó Llorente en su colección diplomática. Lícito nos es, pues, decir que la mayoría del Episcopado español todavía estaba sana, y que respondió al cismático decreto con la reprobación ó con el silencio."

Lícito reputa el historiador de los *Heterodoxos* lo que nosotros tenemos por obligatorio respecto de D. Rafael Tomás. Sin conocer su respuesta, seguros estamos de que no faltó á sus antecedentes tan honrosos. La intransigencia doctrinal del Obispo, enemigo de novedades sospechosas, no permite la menor duda. Quien todavía en 1817 clama contra los Ofarriles, los Urquijos, los Mazarredos, los Azanzas, etc. etc., afirmando que ni un comino valen sin Dios "todos los reyes juntos," mal se puede creer movido por espíritu regalista ni por la esperanza de cortesanas mercedes.

Pero, ¿á qué suposiciones? Si la respuesta del Sr. Menéndez de Luarda no figura entre los documentos que tenemos á la vista, con otro contamos que por ahí corre de molde muy apropiado para formar juicio exacto de sus ideas en cuanto á la circular y decreto dichos.

En 1811 se consultó á D. Rafael Tomás y á todos los Obispos del reino, sobre lo que debería practicarse para que mientras la imposibilidad de recurrir al cautivo Sumo Pontífice Pío VII, se supliese la falta de confirmación de la Santa Sede en los Arzobispos y Obispos presentados. Y aunque parece objeto de la consulta lo que se reservaba en la *Gaceta* de 5 de Septiembre de 1799 á las ulteriores resoluciones del monarca, dictadas "con el parecer de las personas á quienes "tuviese á bien pedirlo," el dictamen del señor Menéndez, por lo menos, lo abarca todo.

Véase cómo á 31 de Marzo de dicho año de 1811, da cuenta de la consulta en el luminoso informe que dirige al Consejo de Castilla, residente en Cádiz, desde el convento de Monte Faro, Orden tercera de San Francisco, inmediato al Ferrol, refugio suyo contra las iras de Napoleón, cuyas tropas ocupaban su Diócesis. "Recibí— "dice—á fines del próximo pasado Febrero, por "dirección del Sr. Arzobispo de Santiago, la en "que V. A., con fecha de 5 de Enero anterior, es "servido de encargarme, como á los otros Obispos "de la Monarquía, le exponga lo que entienda y "me parezca sobre lo que corresponde practicar "y modo en que deberá practicarse lo que estime "oportuno, para que durante la imposibilidad de "acudir al Sumo Pontífice se supla la falta de "confirmación de la Santa Sede en las personas "presentadas para los Arzobispados y Obispa- "dos, ó que hubieran de trasladarse de unas á "otras diócesis. A este efecto pone V. A. en mi

“consideración, que aunque por la circular de 10 de Mayo del año próximo pasado, declaratoria de las facultades de los diocesanos en punto á dispensas matrimoniales durante dicha imposibilidad, se ha ocurrido al remedio de los muchos males que en esta parte podía ocasionar nuestra triste situación; todavía llama las atenciones del Consejo la urgencia de que se provean las mitras vacantes en sujetos que, con su influjo y ejemplo, contribuyan á aminorar las necesidades que padece la Iglesia y el Estado por la cautividad del Santo Padre é incertidumbre de lo que ésta tiene de alargarse.”

¡Coincidencia singular! Por aquel tiempo Napoleón, valiéndose de astucias y violencias, hipócrita y descarado á la vez, se proponía conseguir del anciano y enfermo Pío VII, preso é incomunicado ya en Savona, ya en Fontainebleau, lo que se procuraba en Cádiz obtener de los Obispos españoles. No se podrá negar corazón español á los liberales gaditanos. Pero su patriotismo era un instinto en lucha franca con sus ideas y procedimientos afrancesados.

Católico el pueblo español á las derechas, lejos estaba de las ideas y sentimientos de quienes todo lo habían aprendido en libros de Francia. Si la guerra les sustrajo á las influencias de una corte corrompida, y contaminada por doctrinas insanas, sin el decreto de 4 de Mayo sería difícil calcular las consecuencias del sistema inaugurado en Cádiz. Por lo que sucedió más tarde, podrá quizá presumirse. De todos modos, será poco aventurado asegurar, que si la guerra de la independencia preservó á España de grandes calamidades y vergüenzas, tanto debe la patria en el orden religioso por lo menos á la intransigencia de Fernando el Descado.

Pero á dicha no estaba el Clero, por regla

general envilecido, sin embargo de los clérigos cortesanos, liberales y afrancesados, y de los jansenistas de las *extraordinarias*. Con los unos y con los otros luchó denodadamente la inmensa mayoría del estado eclesiástico, tanto en las Cortes como fuera de ellas.

No era diputado á la sazón el Sr. Menéndez de Luarca, que huyendo de los franceses, cuyo Emperador le había condenado á muerte, residía por aquellos tiempos en Monte Faro; pero cumpliendo los deberes de Obispo, dió con su informe muestra gallarda de apostólica y española entereza, de adhesión á la verdad, juicio sereno no escaso de crudición, é inquebrantable firmeza, en su respuesta al Consejo.

Desde las primeras frases de su informe, atribuye D. Rafael Tomás el pensamiento inspirador de la consulta á los errores del portugués Pereira, en su famosa TENTATIVA TEOLÓGICA, donde se citan con intención aviesa, textos mal comprendidos y mal aplicados por lo tanto al caso. Hace ver cómo Pereira calla cuando le conviene, y pasando luego á la cuestión, da por sentado que tanto la potestad del Sumo Pontífice, como la potestad de los Obispos, ambas vienen inmediatamente de Dios por lo tocante al orden, y que si respecto á la potestad episcopal de jurisdicción y régimen proceden distinciones, “pero entre tanto”—añade —“todavía en sano y completo sentido se puede “decir que de Dios viene inmediatamente.”

Sólo que hay una diferencia, ó mejor dicho, una distancia inmensa entre la potestad de los Obispos y la del Papa, tan grande ó mayor que la existente “entre el simple ó mero sacerdocio “y el episcopado..... No por eso diré yo”—habla el Sr. Menéndez— “que la potestad gubernativa ó “de jurisdicción que compete á los Obispos proviene de la del Papa..... Pero todavía diré que

“de algún modo y puntualmente, en su modo ya
“que no en su sustancia proviene la episcopal de
“la pontificia.”

Y asentando que Nuestro Señor Jesucristo es el depósito de las aguas saludables, considera en el Papa la fuente de tales aguas, y como arroyos á los Obispos. Compara la potestad de los Obispos con la bellota ó semilla que, cayendo del árbol, se desarrolla y fructifica según su naturaleza en la tierra, pero también según recibe la benéfica influencia del sol, porque la potestad de los Obispos, á ellos inherente desde su consagración y recibida “como tal de Cristo... se extiende más “ó menos y más ó menos llega á fructificar según “que más ó menos es fomentada” por el Sumo Pontífice “con los rayos que recibe del sol Cristo Jesús.”

De lo dicho deduce que la potestad de los Obispos, “puesta en ejercicio,” es divina y humana á un mismo tiempo. Es divino su origen, pero es humana ó eclesiástica en cuanto solo puede ejercitarse como el Sumo Pontífice lo autoriza, eligiendo ó confirmando los Obispos, dándoles territorio y súbditos; autorización que de nadie recibe el Papa, cuya Soberanía tiene por límites la Iglesia y por súbditos á cuantos entran por el bautismo en ella. No hay diferencia de sujeción entre los Obispos y los demás cristianos, “sinó “la de ser éstos habidos como hijos y aquéllos “como hermanos, á causa de ser llamados á tener “parte en el gobierno de la Iglesia universal, “encomendado al Sumo Pontífice.” Razón por la cual también son llamados los Obispos padres del rebaño encomendado á sus desvelos, á diferencia del Sumo Pontífice padre universal, padre de los padres, Papa, de la voz griega *pappas*, equivalente á *Pater patrum*, Padre de los Obispos, que si también son considerados como hermanos del

Pontífice Supremo, lo son en calidad de hermanos menores, súbditos del mayor "hasta en el gobierno de sus singulares Iglesias."

Y entrando en la exposición de textos evangélicos, aduce aquello de *Confirma fratres tuos. Pasce agnos meos, pasce oves meas. Tu es Petrus et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et tibi dabo claves Regni Caelorum, et quodcumque ligaveris*, etc. . . Y á la superioridad de inspección á que limita Pereira la del Papa, contesta con la plenitud de potestad sobre toda la Iglesia y sobre los Obispos todos, indispensable si la Iglesia ha de ser una, siguiendo en ello á Santo Tomás, con quien repite *et ideo illi qui hanc potestatem negant schismatici dicuntur quasi divisores unitatis Ecclesie*.

Con esto, con deshacer algunos argumentos que no es del caso reproducir, y con invocar el Concilio Tridentino respecto á la creación y confirmación de los Obispos, cierra luego con Pereira y las autoridades que cita, de quienes da buena cuenta, no sin darla también de los errores de Febronio y Cabalario, en cuanto afirman que la potestad del Papa en la traslación de Obispos trae su origen de las decretales isidorianas, para lo cual copia el párrafo donde el Obispo amañense Juan Devoti los desmiente, con lo practicado por varios Sumos Pontífices antes de ser conocidas dichas decretales.

En cuanto á Pereira y consortes, fijo el señor Menéndez en la institución del Pontificado y sus atributos esenciales, no era difícil rebatirles. Si aquél cita autoridades, otras invoca el Obispo de Santander. No se olvida del Papa Inocencio I, ni de Gerson, ni de los hechos referidos por Devoti; y respecto á los Concilios generales, argumento Aquiles del crítico portugués, ni en los de Nicea ni Constantinopla encuentra D. Rafael Tomás, ni encuentra nadie, "que los Obispos gobernasen

“alguna vez despóticamente sus Iglesias ó provincias, y lo de que las confirmaciones y traslaciones se hiciesen sin dependencia alguna del “Romano Pontifice.”

De lá declaración de un hecho y de acomodarse con el mismo hecho la confirmación de algún Obispo, no se infiere la absoluta independencia respecto de la suprema Cátedra en las traslaciones y confirmaciones. ¿No fueron esos Concilios presididos por el Papa, ó su representante, y confirmados por el Papa mismo? ¿No viene, por tanto, á ser el Papa quien de algún modo autoriza ó delega en los metropolitanos su autoridad privativa?

Sólo que, según los tiempos y las circunstancias, cambia la disciplina de la Iglesia, permaneciendo, sin embargo, inalterable la supremacía del poder que dispone, autoriza, consiente ó tolera, por el bien de las almas, tales cambios. “¿No en su solicitud pastoral, paternal y judicial”—dice el Sr. Menéndez— “comprenderían los “Papas á las Iglesias de Asia, de Lybia, del “Ponto, de Egipto, con sus Obispos y Arzobispos? “¿No por su distancia de Roma les darían reglas “y les prescribirían arbitrios de cómo sin recursos “á la Santa Sede en cada singular elección y “confirmación episcopal procediesen á esta más “bien y más luego? ¿No á quien ó á quienes les “pareciese más oportuno delegarían su potestad, “y para en los casos de abuso no sabrían que “la potestad que delegaban era inadmisible en su “origen, quedándose por eso los delegantes en “estrecha obligación de coartarla ó quitarla como “y cuando lo pidiese el bien de la Iglesia?”

Lejos está de negar la realidad de los hechos sin atribuirles la significación que se intenta, por que no pueden suponer atribuciones propias en quienes los hayan realizado y de Dios recibieron

particular misión para el gobierno de una diócesis, fuera de la cual no son pastores.

Nada importarian, pues, las confirmaciones de Obispos sin aparente mediación del Papa. Además de lo dicho, sólo á críticos sin crítica puede ocurrirse presentar llano un campo donde abundan altos y bajos. Necia presunción es de los miopes negar lo que no ven, cuando todos los siglos, sinó todos los años, ofrecen ejemplares de haber los Sumos Pontífices creado Obispos, extendido ó limitado su potestad, de haberles privado de ella, de haber establecido diócesis y agregado las ya erigidas unas á otras.

No, no niega el Sr. Menéndez — lo repetimos — que otros, además de los Papas, hayan puesto mano en estas cosas con aparente independencia. Pero ha de tenerse muy en cuenta, que de las usurpaciones no se originan derechos, ni aquéllas dejan de poder legitimarse por la autoridad perjudicada en consideración á circunstancias no siempre fáciles de percibir y menos todavía de apreciar: “tal vez conceden (los Papas) lo que conceden “á los príncipes del siglo,—habla Benito XIV— “porque ellos de antemano lo ocuparon,” como Moisés concedió el libelo de repudio *ad duriciem cordis* para evitar mayores males.

Pero sea como quiera, si en algún tiempo mediaron odios, sediciones y homicidios en la elección de los Obispos: si entre unos y otros hubo rivalidades: si el Obispo de Constantinopla se reputaba el primero después del Sucesor de San Pedro, si todo esto había por extremo de influir en la prudencia y tolerancia del Papa, ahí tenemos el octavo Concilio constantinopolitano y á San Cirilo, y á Santo Tomás que los cita. El Concilio reconoce al Padre Santo como el primero y máximo de los Obispos, y á la faz de la Iglesia confiesa San Cirilo, “que para conservar los fieles

“la unión de miembros con la Cabeza eclesiástica
“sentada en el Trono apostólico de los Pontífices
“Romanos, era debido buscar allí lo que se había
“de creer y tener, y venerarla y solicitar su
“dirección *pro omnibus*, para en todo caso, por
“cuanto de solo ella es reprender, corregir,
“establecer, disponer, atar y desatar en lugar de
“aquél que allí la puso, no habiendo dado á otro
“alguno lo que es suyo en omnímoda plenitud.”

Constando, pues, que los Obispos y Arzobispos, en el concepto de tales, no ejercen potestad sinó en la diócesis donde por el Espíritu Santo fueron puestos, y constando también así por la fórmula empleada para la consagración de aquéllos, no se concibe cómo les puede ser devuelto lo que nunca tuvieron. Conque, por consecuencia de las premisas sentadas,—concluye D. Rafael Tomás—que “nuestros Arzobispos y Obispos, en cuanto “tales, ni lícita ni válidamente pueden proceder á “la confirmación de los electos para Mitra alguna.”

Pero aún después de sentada esta conclusión, discurre acerca del mismo asunto, y presentándole desde otro punto de vista, se propone investigar si, por la presunta voluntad del Papa, podrán hacer los Arzobispos y Obispos lo que no pueden por razón de sus propias facultades. Y propuesto con toda lisura el caso, le resuelve negativamente, aún contando con aquello de Benedicto XIV: *presumendum est Summum Pontificem delegasse Episcopo potestatem dispensandi; quam certe, requisitus, non esset, ei denegaturus.*

Y no concibe cómo se puede suponer delegación semejante tratándose de un asunto en sí mismo grave y de consecuencias más graves todavía. Mal puede consentir, á juicio del señor Menéndez, en no resolver personal é inmediatamente cuanto pueda relacionarse con las traslaciones y confirmaciones de Obispos en tiempos

tan necesitados de Leandros, Isidoros, Mogrovejos y Villanuevas. Debe recelar el Papa que, dejado tan importante asunto á otras manos, no buscarán los obispados á los Obispos, "sinó los Obispos á los obispados." No menos debía temer Su Santidad que la confirmación y traslación de los Obispos, hecha *per saltum*, fuese causa ocasional de convertir lo extraordinario en ordinario, poniendo á nuestro Gobierno en el camino de aminorar las relaciones con Roma y tal vez de prevalerse, si hubo abuso, para intentar un concordato.

Pío VII, por otra parte, tenía motivos para considerarse ofendido del "Gobierno regio español," y dolerse de muchas gracias que sus antecesores y él mismo le concedieron, "no dese-mejantes á los que..... el diablo Napoleón le dió "para que se arrepintiese de haberle consagrado "Emperador de los franceses."

Y pasando luego á exponer dichos motivos, presenta el Obispo en primer término las palabras de un buen Pontífice, maliciosamente adulteradas y publicadas en España. Siguen la venta de bienes destinados á dotes de doncellas, alimento de viudas y de huérfanos, hospitales de enfermos, albergue de peregrinos, enseñanza de primeras letras y corrección de mujeres extraviadas, sin contar con el Papa, sin anuencia ni siquiera intervención de la Iglesia. Igual suerte corrieron en muchas partes los aniversarios *pro defunctis*, y cuanto pudo reunir "de bueno y de piadoso en muchos siglos" la devoción de nuestros antepasados.

No son éstas las quejas únicas que, según el Sr. Menéndez, podía tener el Pontífice respecto del Gobierno de España. El saqueo ó el desuello comenzó "por los seis más grandes y máximos "Seminarios, de Jueces integros, de Senadores

“sabios, de Obispos celosos, de columnas del “Estado y de la Iglesia, que ésta y aquél tenían “en nuestras tres mayores Universidades.” Ni se olvida tampoco de los abusos relacionados con la venta de bienes eclesiásticos, suspensión de provisión de prebendas, y cargas impuestas sobre los diezmos de la Iglesia y beneficiados, cosas todas permitidas por la benignidad apostólica en obsequio de un Gobierno tan hipócrita como ingrato. Ni deja de enumerar entre los motivos de queja el plan de estudios, para muestra del cual nos presenta las *Instituciones Canónicas*, de Cabalarío, donde se califica de hombre grande á Voltaire, patriarca de la impiedad; libro dado por texto con las precogniciones canónicas de Lackis, según el cual “los soberanos del siglo “pueden disponer de cualesquiera bienes eclesiásticos como de los demás profanos,” sin contar para nada con el Papa.

¿Y cómo le había de quedar en el tintero la Bula ó Breve donde condena Pío VI el conciliábulo de Pistoya, “sentina de decretos y doctrinas ya “temerarias, ya malsonantes, ya *piarum aurium* “ofensivas, ya seductoras, ya injuriosas á la suprema Cabeza de la Iglesia, ya *sapientes haeresin*, ya “finalmente heréticas,” detenida seis años en el Consejo de Castilla? Seis años estuvo allí encerrada la condenación de tanto error y seis años pudo correr libremente por toda España tanto veneno. Dígase ahora —viene á concluir el Sr. Menéndez— si teniendo este motivo justísimo de queja y los anteriores no menos justos en cuenta, podrá nadie persuadirse de la disposición del Papa, favorable á las confirmaciones de Obispos por los metropolitanos “ú otros por ellos.”

Pero sin darse por satisfecho, insiste, todavía sobre lo mismo, previniendo argumentos y refutándolos con lógica. A su juicio, el conflicto que

ocasiona la cautividad de Pío VII, lo mismo que otras calamidades de aquellos tiempos, han de considerarse castigo muy merecido de públicos pecados, para expiación de los cuales propone, como el mejor de los medios, públicas oraciones, pública penitencia y reparación inmediata de las ofensas hechas á la Majestad Divina.

Que se ore sin intermisión, que se ore públicamente, y que “estas funciones generales se encarguen..... á los Obispos, porque sinó nada “se hará, estando como están ellos atados para “ordenar públicas rogativas en las comunes necesidades por el orden expedido sobre esto en “tiempo de Carlos III; de modo que nada se “hizo ni cuando el preñado de la última Princepsa de Asturias, ni cuando la guerra última con “Inglaterra; no habiéndose acordado de encargarnos el supremo cívico Gobierno, ocupado en cosas “mayores; aunque, por lo tocante al último caso, “es de creer fuese este olvido singular disposición “de la sabiduría, que *Attingit á fine usque in finem*, “porque no pareciese que se aprobaba con actos “religiosos una guerra injusta de parte nuestra; ó “que nosotros, contra lo pactado con los ingleses, “*estuviésemos enviando caudales y más caudales “á Francia, y fomentando así las filosóficas, “subversivas, generales ideas de Napoleón; ideas “sólo no patentes á los ciegos voluntarios.*”

Y no se contenta todavía con indicaciones vagas, ni le bastan rogativas; quiere que se frecuenten los Sacramentos, que se visiten los templos, que se ayune, que ayunen los “militares “á los excesivos juegos, que es fama, tienen “hecho ferias de gitanos tramposos ó de ladrones “desollantes á nuestros cuarteles generales, á “nuestros mismos campos de batalla, á las casas, “ó á las que se consienten en pueblos lejanos del

“enemigo, guaridas de oficiales cobardes, cuevas de tímidos conejos.”

También toca lo suyo á los teatros, merecedores de que á otro más útil uso se dediquen, y á “las mujeres, marquesas sean ó duquesas, que “se presentaren al público y dejaren ver en sus “casas como—¡ay de las infelices y ay más de los “que esto consienten!—como en todas partes y “hasta en los sagrados templos, desembarcando “yo de Inglaterra en ese Cádiz, hallé presentarse “innumerables; los brazos, los hombros, la espalda “y pecho, ¡sabe Dios!—y sabe bien el Dios *Qui non irridetur, et qui ad omnes iudices finium terre loquitur*.....—¡sabe Dios cómo!”

Pero la inmediata satisfacción á la Divina Majestad ofendida, no había de limitarse á oraciones y penitencias y á la ulterior enmienda. Era preciso deshacer en lo posible el daño causado con la venta de bienes de obras pías y cosas análogas, motivo con el cual explana el Sr. Menéndez sus consideraciones que tendrán más adelante propio capítulo. En éste nos proponemos tan sólo deducir de su informe al Consejo de Castilla cuál sería su manera de ver en asunto parecido doce años antes, cuando tantos Obispos doblaron la rodilla ante la majestad de Carlos IV y sus Ministros Urquijo y Caballero.

Por este brevísimo extracto se ve cómo el Obispo, á pesar de sus profundas convicciones respecto de la dignidad episcopal, entiende que ni lícita ni válidamente pueden hacer los metropolitanos, sin anuencia del Papa, lo que Carlos IV quería que le consultase la Cámara por mano de su primer Secretario de Estado.

En cuanto á lo de haber “resuelto que hasta “que yo les dé á conocer el nuevo nombramiento “de Papa, los Arzobispos y Obispos usen de toda

“la plenitud de sus facultades conforme á la antigua “disciplina de la Iglesia, para las dispensas matrimoniales y demás que les competen.....” no era objeto de la consulta; pero aludiéndose al caso en ella, por modo accidental, recuerda el señor Menéndez de Lúcar la doctrina generalmente admitida respecto á la facultad de los Obispos para absolver de las censuras y dispensar de impedimentos del matrimonio, reservados al Papa, cuando falta recurso franco á la Santa Sede, y el decreto de Benedicto XIV transcripto en estas páginas.

“Si Pereira—dice—hablase precisamente de “los casos reservados..... tocantes á la diócesis y “subditos de cada Obispo, y aunque más comen- “zase á hablar..... por las dispensaciones de los “impedimentos matrimoniales, todavía podría “decir, sin faltar á la verdad, aunque más faltase “á la propiedad de las voces, que se *devolvía* á “los Obispos la facultad de proveer espiritual- “mente siempre que lo pidiese la pública y urgente “necesidad de los interesados; porque semejante “facultad puede y debe, según lo dicho, contarse “embebida en la que para regir su obispado se “da á cada Obispo en la consagración, y que si “se da con sujeción al Obispo universal y éste “impidió su uso en ciertos casos, no por eso es “quitada *radicitus*, no por eso es debilitada en sus “fuerzas..... y en lo que toca á dispensas matrimoniales, yo, si hubiese llegado á mí la que “no llegó consulta mencionada en ésta, y después “se entiende, después que estuviese bien asegurado de no residir en el Nuncio de Su Santidad “facultades para dispensar, hubiera sustancial- “mente respondido lo que Pereira dice, aunque “hubiese también de parar la consideración en la “poca ó ninguna necesidad que ordinariamente “hay de estas dispensas y en la economía que, con

“arreglo al Tridentino, es debido haya en su concesión.”

Pero, entiéndase bien, que el caso resuelto por el Obispo de Santander, en lo transcrito, no es precisamente el de Carlos IV y sus Ministros, que prevalidos de la muerte de Pío VI y contando con dificultades para la elección de sucesor, daban reglas á los Prelados como si de Real orden, y no por el Espíritu Santo, hubieran sido puestos en su grey para regir la Iglesia de Dios, reglas á que habían de someterse mientras S. M. no les notificase el nombramiento de nuevo Papa.

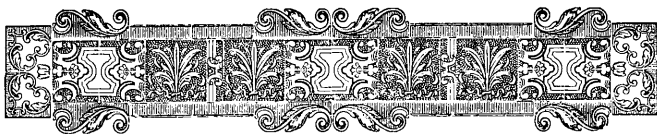
Hay, sí, de análogo lo referente á las facultades de los Obispos, en cuanto á dispensas matrimoniales, cuando la franca comunicación con la Sede Apostólica es imposible. Fuera de semejante analogía, todo lo demás parece opuesto, y lo es en realidad. En el caso de 1799 se trata de una resolución del Rey, de un Real decreto fundado en la supuesta imposibilidad de recurrir á la Santa Sede, por el cual se dispone lo que los Obispos han de hacer; y en el caso resuelto por el de Santander, caso hipotético, nada hay concreto, ni se tiene para nada en cuenta la voluntad del poder civil. Desenvuélvese la cuestión en principios y en la hipótesis de circunstancias que autorizan á los Obispos para obrar sin consideraciones políticas y obedeciendo únicamente á su conciencia.

Los Obispos sacados por Menéndez Pelayo á la vergüenza, obedecen con servilismo cortesano, aún procurando encubrir sus complacencias con miserables evasivas ó alardes de ciencia insana. No adula D. Rafael Tomás, ni calla los atentados de la potestad secular contra la disciplina eclesiástica, ni las condescendencias culpables del Gobierno español con la política napoleónica, ni sustentencias cismáticas, ni los excesos que tolera,

ni el precipicio á donde arrastra nuestra católica Patria.

Véase ahora si quien ni teme ni espera del poder público, quien tan celoso se muestra de los derechos del Papa, podía pensar del decreto de Urquijo y de la circular de Caballero como los Obispos que en tan críticas circunstancias dieron tan escasa muestra de su adhesión á la suprema Cátedra y de su dignidad propia.

Con lo que damos por terminado este asunto, para tomar de nuevo el hilo de nuestros trabajos, retrocediendo algunos años en la biografía del Sr. Menéndez de Luarca. Sólo hemos anticipado los sucesos con objeto de llenar un vacío. Careciendo de noticias relativas á la conducta de D. Rafael Tomás respecto al decreto y circular dichos, tratamos de suplir la falta con otro suceso muy posterior, pero á propósito. Creemos haberlo conseguido, dejando donde lo merece al Sr. Menéndez de Luarca.



CAPÍTULO XXI.

Es nombrado D. Rafael Tomás
Arzobispo de Méjico.



La *Historia de los Heterodoxos*, en el reinado de Carlos IV, está enlazada por modo íntimo con la vida de don Rafael Tomás. Mucho nos falta por decir en este punto, y no poco diremos, Dios mediante; pero un acontecimiento de importancia para el objeto de nuestras páginas, exige imperiosamente capítulo aparte. Nos referimos á la Mitra arzobispal de Méjico, que, á principios de Enero de 1801, se ofrece al Obispo de Santander en comunicación de la Cámara de Indias.

Nos complacemos en apartar los ojos de la política española, informada entonces por la impiedad francesa. No todos los políticos eran impíos, pero todos en mayor ó menor grado eran *filósofos*. Hasta los más observantes de las prácticas religiosas tenían, al parecer, gusto



especial en prescindir de la Iglesia cuando no en mortificarla ó zaherirla. Con gozo, pues, contemplamos algo simpático, que recreando nuestro ánimo afligido, le devuelva el vigor y alientos necesarios para proseguir en el empeño y analizar y exponer clara y sencillamente cuanto en pro de la Religión, de la moral, de la Iglesia y de la Patria, maltrechas por desmanes de Gobiernos llamados católicos, hubo de hacer y de escribir el Sr. Menéndez de Luearca.

Y es, ante todo, muy para notar, y con sorpresa lo notará cualquiera, cómo después de oposición tan enérgica manifestada en distintas ocasiones á los Gobiernos dichos, concedores de las ideas y carácter del Prelado santanderino, se le promueve á una archidiócesis, desde la cual su voz había de ser más escuchada. Imposible parece que cuando poco tiempo antes se trasladaba de Osma á Salamanca á D. Antonio de Tavira para que, cual otro Bossuet, fuese (1) "el

(1) Jovellanos, en su informe á Carlos IV proponiéndole, como Ministro de Gracia y Justicia, trasladar á D. Antonio Tavira del Obispado de Osma al de Salamanca en 1798.

Para que comprenda el lector toda la importancia de las palabras del texto entre comillas, copiamos á continuación y á la letra el documento aludido:

"Señor:

"Habiendo vacado, por promoción de D. Felipe Vallejo al arzobispado de Santiago, la iglesia de Salamanca, remite el Secretario de la Cámara la adjunta lista de los sujetos que están proporcionados para ser Obispos, cumpliendo con una Real orden de 29 de Diciembre de 1759.

"Hay en ella muchos hombres de mérito, pero á mi juicio ninguno que tenga las particulares calidades que requiere esta Mitra.

"Vuestra Majestad sabe cuál es el estado de aquella primera Universidad del reino, y cuánto importa así mejorar el plan de sus estudios y gobierno, como conciliar los ánimos de sus maestros y escolares, divididos en dos facciones muy encarnizadas, que se infaman y acriminan á cada paso. Los aristotélicos acusan á sus contrarios de impíos innovadores, y bajo el título de filósofos les achacan todas las impiedades en que han caído los incrédulos que en estos últimos tiempos profanaron este nombre. Sus contrarios se vengan imputándoles el empeño de resistir toda reforma de los estudios y hacer la guerra á toda ilustración para conservar sus añejas opiniones: su adhesión á las usurpaciones de la Curia Romana, su aversión á la

“reformador de nuestra Sorbona..... que, por “desgracia, parece todavía un establecimiento “eclesiástico,” se ocurriese mandar á Méjico al Prelado de Santander, famoso por su apostólico celo é inquebrantable carácter, y antítesis de los Obisposafrancesados y jansenistas de aquel tiempo.

Sin duda por tal razón se creyó entonces que el nombramiento de D. Rafael Tomás no era un premio á su virtud, sinó un destierro. Él mismo creía también que destierro fuera, aunque muy luego cambiase de pensamiento. “Ya llegaría ahí

autoridad soberana y sus regalías, su ambición de dominar las escuelas, de conservar la influencia de los regulares en ellas, y, en una palabra, de perpetuar la ignorancia.

“¡Qué sabiduría, qué prudencia, qué virtud no necesita un Prelado puesto á la vista de esta escuela general, que, por desgracia, parece todavía un establecimiento eclesiástico!

“Por tanto, me parece que conviene trasladar á esta Mitra un Prelado experimentado, que, además de reunir estas dotes, se distinga por su piedad, por su amor á las ciencias, por la solidez de su doctrina y por su buen gusto en los estudios; y por más que tiendo la vista entre todos los del reino, no encuentro, ni atino, sinó con uno, cuyas calidades conoce V. M. mejor que yo: D. Antonio Tavira.

“V. M. se dignó de comunicarme las miras que tenía acerca de este digno sujeto; pero yo creo que, aun verificadas, convendría mucho esta traslación: 1.º porque desde aquí podrá tener el mismo cuidado y el mismo influjo en los estudios; 2.º porque podrá nombrar un Gobernador imbuido en sus máximas, y dirigirle en la ejecución de ellas. Es nuestro Bossuet, y debe ser el reformador de nuestra Sorbona.

“Pero Tavira repugnará acaso esta traslación. Así que, juzgándolo la V. M. conveniente, se podrá explorar su voluntad antes de expedir el Decreto.

“Si V. M. se dignase de aprobar este plan y Tavira aceptare, podrá ser nombrado para la iglesia de Osma el Dean de Burgos, don Ignacio Iñiguez de Angulo, cuyos méritos vienen expresados en la lista. Fué colegial de San Ildelonso, donde no le alcancé, pero sí la reputación de su aplicación y su virtud. Trátéle después en Burgos en 1795 con motivo de un viaje á la Rioja, y allí le hallé con una alta reputación de piedad y doctrina. Es sujeto muy aficionado al estudio de las ciencias útiles y á la mejora de los estudios públicos, y aun por esto muy apropiado para Osma, donde hay una Universidad, antes miserable y hoy estimable por la protección que le dispensó el Rey padre á ruego de su confesor y por el influjo y residencia de Tavira.

“Mayo 20.

“S. M. mandó que se escribiese á Tavira.—Fecho en 21.”

La fecha del presente autógrafo de Jovellanos corresponde al año de 1798, siendo Ministro de Gracia y Justicia.

la noticia; “— dice á D. Matías con fecha 11 de Enero de 1801 — “pero quiero lo sepas por derecho. Estoy “nombrado Arzobispo de Méjico, y aunque al “principio pensé que esto fuese desterrarme con “honor, hoy pienso que no fué sinó *petadura* del “Rey. Once fuimos propuestos. Sólo uno tenía tres “votos y en tercer lugar. Los demás á uno, y el “que más dos en distinto lugar. Yo llevaba uno en “segundo, y al leerle el Ministro dicen que dijo el “Rey:—A ese, á ese, que ya le conozco.”

Y, ¿quién sabe?; no era un impío Carlos IV; siquiera sea imposible concebir indolencia é indignidad como las suyas. Con Urquijo llegó el cisma en 1799, pero aconsejado más tarde por Godoy, no consintió en la expulsión del Nuncio, decretada por el Ministro, admitiendo para desagraviar á Pío VII la Bula *Auctorem fidei*. Godoy había escalado por segunda vez el Ministerio: era Ministro cuando D. Rafael Tomás fué promovido á la metropolitana de Méjico, y acaso le pudo convenir el conformarse con la *petadura* del Rey y hasta inspirarla. Sabía muy bien sacar partido de la política piadosa.

Pero quizá no menos le conviniera deshacerse del Obispo de Santander, intransigente en la moral, intransigente en la disciplina, intransigente como Prelado de la Iglesia y como repúblico celoso de los intereses de la Patria. La inmoralidad es enemiga natural de toda conciencia recta.

Nos cuesta poco trabajo admitir la sinceridad de Carlos IV, que sin conocer personalmente al Obispo, no dejaría de conocerle por la fama. El Obispo de Santander, ya lo hemos dicho, nunca estuvo en la Corte. Se ve claro, por el párrafo transcrito, que la Cámara estuvo dividida, y sorprende que se fijase el Rey en quien sólo contaba con un voto, y no en primer lugar. Lejos estamos, por lo tanto, de reputar inverosímil, siquiera no

lo consideremos muy probable, que la designación de D. Rafael Tomás para Arzobispo de Méjico no signifique un destierro.

Pero sea un destierro con honra ó sea una honra dispensada al mérito, es lo cierto que la promoción del Sr. Menéndez á una silla tan principal da testimonio de la importancia que al promovido le reconocía la Corte. Si el Obispo de Santander no era en la Corte amado, por lo menos era temido, y no se teme lo que poco vale. Y cuenta, que ni en América dejaban los Obispos de molestar al gobierno de España. Dícelo claro Cean Bermudez en sus *Memorias* para la vida de D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

Precisamente uno de los primeros asuntos que con D. Gaspar Melchor trató el privado fué la separación de un Obispo de cierta Diócesis americana. Entendía Godoy, según parece, que los Obispos eran algo así como los Capitanes Generales, á quienes se destituye ó se traslada cuando no cumplen bien ó cuando estorban. He aquí un pasaje de las *Memorias* dichas: “Con tan sórdida preparación empezó á tratar y consultar (Godoy) con Jovellanos los asuntos de gobierno. “Entre otros de que hablaron, le dijo, que era “necesario despojar de su Mitra á cierto Obispo “de América, contra quien estaba muy indignado, “porque no daba pronto cumplimiento á las órdenes que le enviaba, y por otros incidentes. Don “Gaspar le respondió, que todo se remediaría — “como en efecto lo remedió más adelante—sin “el escándalo que años pasados se causó en “Valencia con poca meditación y madurez, y sin “dar lugar á deposición, para la cual debían “preceder gravísimos motivos comprobados y “decididos por otra autoridad.” Discurre el lector con esto y forme juicio de las causas que hayan movido el ánimo de Carlos IV. Cuanto á nos-

otros, cumple mejor dar por extenso á conocer los pensamientos del Sr. Menéndez de Luarca, sorprendido con promoción tan importante é inesperada.

Somos de muy mal barro. Pocas veces, cuando alguien medra, dejamos de echar el medro ajeno á mala parte. Casi nunca se hace justicia al mérito y casi siempre ocupa la ambición el primer lugar en los juicios diversos que ocasiona la promoción de un dignatario, siquiera sea eclesiástico. Eso de consultarlo con Dios y obrar, según las inspiraciones que Dios nos manda, lo entienden muy mal todos y creen muy pocos que así se haga. El que no admite un cargo, tiene por la mayor parte á su favor la opinión pública, que le proclama varón íntegro y despegado de todo interés mundano.

Y, sin embargo, no es así como se debe pensar ni menos como se debe obrar, ni como pensó y obró el Obispo de Santander, según él mismo lo dice en su carta cuya primera parte conocemos. Allá va la continuación de tan sencillo y patriarcal documento en sus términos literales y sin omitir una palabra, que todas, aún las más ajenas en apariencia del asunto, sirven para dar á conocer aquel carácter raro, sin duda, porque hay muy pocos que se le parezcan: valiera más que tanto no escaseasen. “No acepté” —continúa— “todavía, “ni en estos siete días diré si acepto, porque “todavía yo mismo no sé lo que debo hacer. Lo “estoy pensando, y lo que fuere, sonará. Si pudiera llegar á tiempo, te pediría alguna Misa á “nuestra Madre de la Blanca, pero no pudiendo “ser, me encomiendo desde aquí á sus maternales “piedades, y contando con ellas, te pido hagas “decir una Misa en su altar en hacimiento de “gracias de lo que al cabo saliere. Si sale que “no, no tendré por qué más escribir sobre

“esto; si sale que sí, escribiré por lo menos la “despedida, y ofreceré talegas aunque no haya “de cumplir mi palabra mejor que cumplí la de la “mantilla (1) de María del Carmen. Dile á ésta, “que en pago de mis beneficios mantillares me “rece un rosario con todos los once ó doce pimpo- “litos que la rodean, y dile que así deben pagar “las mujeres de bien. A ella, á tí y á toda la “*germania* mi bendición episcopal. Amén. Dios “os anegue á todos en bendiciones celestiales, “amén Jesús, y tened todos la salud que Dios os “diere, y nadie se muera hasta que Dios se lo “manda (cuidado), pero en mandándolo Dios, “baje cada uno su cabeza, y diga Amén, *Dominus “est, quod bonum est in oculis ejus fiat: Sive “vivimus, sive morimur Domini sumus*. Y porque “no todos entenderán latín, pónselo en buen “castellano tú que estudiaste, y sabrás ahora más “que Merlin, según que estás metido por Aboga- “dos y Golillas. Estoy en Maliaño, y por eso “estoy un poco más hablador que lo ordinario. “Bueno no puedo decir que esté, porque 56 años “cumplidos cargan; pero pasar el mar, y por “entre ingleses, todavía no me acobarda, y si en “eso sólo consistiera, no habría dificultad en ir “aunque fuese á las Molucas, como quiera que “no sé dónde están. Adios, adios; Dios te dé y

(1) Tiene su historia lo de la mantilla. Cuentan que hallándose una vez en Luarca D. Rafael antes de ser Obispo, vió á su sobrina D.^a María del Carmen salir de casa con mantilla blanca, camino de la iglesia un Jueves Santo.

No le pareció al tío muy adecuado aquel color á la festividad del día, y así se lo hizo entender á la sobrina, prometiéndole por aquella mantilla que debía recoger entonces el regalo de otra, sinó mejor, tan buena.

Obedeció D.^a María del Carmen, pero D. Rafael no cumplió su palabra y eso que en la correspondencia familiar la recuerda bastantes veces. Verdad es que regalos de semejante género nunca los hizo el Magistral y el Obispo menos, ni de otro género alguno los hizo á su familia. Gran regalo fué con todo el haber dado ocasión á tan buen ejemplo.

“á todos os dé ser suyos, como desea este tu
“ruin tío.”

La carta es íntima, es un desahogo del alma en el seno de una familia que ama y venera á quien la escribe sin miramientos al estilo. Con este presupuesto hay que leerla y meditar todas sus frases. Todas tienen significación, no hay una ociosa. Todas demuestran el abandono de aquel hombre en manos de Dios, de quien todo lo espera por mediación de su bendita Madre, á la cual de antemano agradece la resolución que aún no ha tomado, resolución que medita, pero sin preocuparse, sin perder el gracejo, sin la menor inquietud, como si no se tratase de un asunto tan grave. Para Dios nada hay difícil y Dios se lo había de dar todo hecho.

Y en tal resolución no ha de influir el interés mundano: promete mandar talegas como mandó la mantilla. Ni lo largo del viaje, ni los riesgos del mar, ni el miedo á los ingleses influirán tampoco. Cuanto á las murmuraciones que podría ocasionar su aceptación, ni piensa en ellas. Consulta con su conciencia y atiende únicamente á lo que pierde Santander y á lo que puede ganar Méjico. Es un Prelado de la Iglesia y todo lo hace por ella y para ella. El hombre desaparece ante el Obispo, ni á la familia, ni á los amigos ni á sí mismo se pertenece: se debe á Dios y á la Iglesia.

¿Le parece al lector que exageramos el sentido de la carta? Pues ahí tenemos su interpretación auténtica. Habla el Obispo á Carlos IV, y después de agradecerle la honra que le dispensa, se acusa de haber invertido diez días en deliberar acerca de la aceptación ó no aceptación del nuevo cargo, porque entiende que solo pudo impedirle su amor propio ver claro desde un principio en cosa tan evidente.

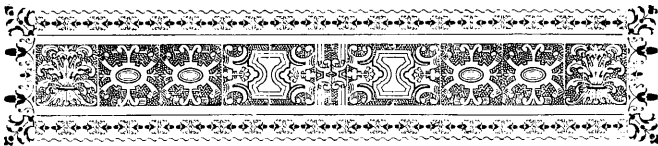
Considera que por lo quebrantado de sus

fuerzas y por las muchas que exige la diócesis de Méjico, no podría levantar allí las cargas propias de la dignidad episcopal. Aceptando el Arzobispado de Méjico, exponía conocidamente aquella diócesis á "no tener pastor sinó en el nombre," y en cuanto á la de Santander quedaba privada "de servicios, que hasta en medio de "su debilidad pueda hacerla, y servicios acaso "mayores, que le prestaría en algunos años otro "Pastor muy más apto por el individual conocimiento, que de sus circunstancias y necesidades "pudieron dar al exponente diez y seis años de "prelacia, y de continuas visitas personales diócesanas. El derecho que esta misma Iglesia "tiene á recibir los postreros alientos de un padre "y esposo, á quien estuvo sustentando por tan "largo tiempo, y más el que tiene á disfrutar su "más maduro régimen, después que sin faltarle "en nada al respeto y amor correspondiente, y "antes creciendo cada vez más en el singular "que siempre le profesó, estuvo sufriendo sus "ensayos de buen gobierno y contribuyendo de "mil modos á madurar sus verdores; todo este "cúmulo de motivos, Señor; y en consecuencia "ver, como está viendo el Obispo, no como "quiera improbable, sinó moralmente incierta en "su tránsito á Méjico aquella mayor y moralmente cierta utilidad de la Iglesia *ad quam* en "respeto de la Iglesia *a qua* que eso puede "justificar, según los Sagrados Cánones, las traslaciones de los Obispos;..... le obliga á pedir, "rogar y suplicar..... á V. M. se sirva de haberle "por exonerado del cargo impuesto."

Fechado este documento del 23 de Enero de 1801, tardó todavía un año en admitirse la renuncia del Arzobispado de Méjico, lo cual también se atribuye á los vivos deseos de mandar fuera de España al Obispo de Santander, constante rémora

de proyectos y decretos funestos para la dignidad de la Patria y sus católicas tradiciones. “No faltaron hablillas—dice el Chantre—de que algún duende enredaba para sacar de la Península al Sr. Obispo de Santander, por ser bien conocido por su carácter fuerte y celo por los intereses de la Iglesia y Estado, sin que le acobardase persona alguna, como es bien público, por las contestaciones que ha tenido con los Ministros del Rey, con el Comisario general de Cruzada y hasta con el Inquisidor general.”

Pero nosotros, sin emitir opinión, nos limitamos á exponer cuanto por una y otra parte se nos ocurre, dejando al discreto lector la cuestión íntegra, para que por sí mismo forme juicio. No hemos de ocultar con todo eso que las hablillas á que se refiere el Chantre, aún sin salir de presunciones, podían tener fundamento en hechos públicos de indudable importancia. Si el Obispo en su carta desmiente las hablillas y en la renuncia expresa su gratitud al rey sin la menor reserva, tampoco debe olvidarse que la humildad y la benevolencia en estos casos son recurso hábil gran parte de las veces.



CAPÍTULO XXII.

El Obispo y las nuevas ideas.

RECORDARÁ el lector cuanto hemos dicho de la pastoral que á 24 de Octubre de 1794 dirige á sus diocesanos el Obispo de Santander. Se lamentaba en ella de cómo las ideas, las costumbres y las modas de Francia invadieran á España mucho antes que las armas francesas, cuyos triunfos, sin ambages ni rodeos, en gran parte atribuye á la traición de afrancesados españoles.

Ponderando el peligro de sus ovejas y las consecuencias de la invasión y los azares de aquella guerra, para estimular á sus feligreses y moverlos á penitencia, paso primero en la empresa heroica á que les llamaba el patriotismo, pinta les lo porvenir, y al pintarlo con tan negros colores, nos parece inspirado, casi profeta. “¡Ay! Sí, vendrán y tomarán posesión de

“nuestras tierras, y talarán nuestros campos, y
“recogerán nuestros granos, y despojarán nuestras
“casas, y las asolarán, y pondrán fuego á nuestros
“pueblos, y nos cortarán el curso de la vida, y
“verterán nuestra sangre, y á quienes dejaren,
“dejarán para alargar en ellos su despotismo, ó
“para prolongar su furor y su rabia sobre las
“gentes de más allá. ¡Ay! Sí, vendrán, y lo primero
“en que se cebarán, será en nuestras Iglesias, en
“sus alhajas, en sus Santos, en sus Santuarios, en
“su *Sancta Sanctorum*, en el Sacramento del Altar,
“en el Santo Santísimo, si lo pueden hacer. ¡Ay!
“Sí, vendrán; y á donde con más rabia se tirarán,
“como que es lo que más les ofende, ó les dá
“en rostro, será á las Vírgenes consagradas á
“Dios, á los Religiosos, á los Párrocos, á los
“Sacerdotes, á los Ministros del Altar.”

Pero mirándolo bien, no era preciso ser Profeta para el anuncio de tales desafueros. Bastábale tener ojos para ver y oídos para oír, tratándose de revolucionarios franceses, que teñidos con sangre venían á saciar sus iras en todo lo santo de la española tierra.

Más larga vista supone, si lo de inspiración parece fuerte, cuanto anuncia para más adelante y al pié de la letra está cumplido. Porque continúa el Obispo: “¡Ay! Sí, vendrán, y como se establezcan, y como se arraiguen en nuestro país, y aunque no mucho se arraiguen, se arraigará más presto que ellos, la libertad de conciencia, que vienen á establecer; y España vendrá á ser un bosque inculto de malas costumbres, y España vendrá á ser otra Francia, que es cuanto hay que decir; y sobre la España, sobre esta hija tan distinguida de Jerusalén, silbarán de una parte sus conquistadores diciendo: *¡esta es la Nación distinguida entre todas por la constancia de su fe, esta el gozo de la universal Iglesia!* Y de otra parte los fieles,

“si quedaren algunos, dirán pasmados: *¿cómo es esto; como se oscureció el oro, cómo se mudó su faz resplandeciente!* Y repetirán las sentidas lamentaciones de Jeremías sobre la antigua Jerusalén: ¡Ay!, sí, vendrán los franceses; ¡ay! sí, “se establecerán acá con su libertad libre ó licenciosa, y si algún resto de la sagrada religión que hoy profesamos quedare en algunos, éstos andarán escondidos, como andan los católicos en otras provincias donde predomina la infidelidad. Y aunque sean animosos para levantar el estandarte de la fe, y aunque bien guerreen las guerras del Señor; ¡qué no podrá tardarse en sacudir por entero el yugo tirano, la libertad esclava!..... “Dejad entrar acá los franceses; rendíos á su furor: veis ahí el pálido caballo del Apocalipsis, sobre quien está sentada la muerte y que trae en zaga ó que trae en pos de sí el infierno entero. Rendíos, pues, á él, dejad á los franceses que vengan como quieran, dejadlos, dejadlos venir acá. “¿Quereis?..... ¿Qué quereis? ¿Quereis..... que cesen en un todo, ya desde vuestros días, aquellos sacrificios, aquellos aniversarios, aquellas sagradas fiestas, aquellas obras pías que fundaron con sus haberes y con su sudor nuestros antepasados para más culto de Dios, para sufragio de sus almas, para sufragio de las vuestras, para bien común? Dejad entrar acá los franceses.— “Quereis..... que hasta las campanas, esas, que ahora alegran santamente vuestros corazones, esas, que os acuerdan de Dios, de la muerte y de la eternidad tan frecuentemente, esas, que os convidan á los ejercicios santos, que esas del todo enmudezcan, que vengan á fundirse ó en vil moneda ó en armas para matar hombres? “Dejad entrar acá á los franceses.”

Desde 1868 sufrimos todas estas plagas. Algunas no tardaron tanto en presentarse: ya venían

de más atrás. España luchó más de una vez por sacudir el yugo de libertades tiránicas y por el restablecimiento de los derechos de Dios suplantados por los derechos del hombre, importación de Francia: aniversarios, obras pías, alhajas de las iglesias, ya comenzaron á correr borrasca en vida del Sr. Menéndez de Luear. ¡Las campanas! ¿dónde irían á parar las de tantos Conventos y Monasterios.....?

Más pregunta y más anuncia D. Rafael Tomás y más fatídico aún. Nuestra pluma se resiste á transcribirlo. Pero la marcha de los sucesos, las perturbaciones sociales que unas á otras se suceden con manifiesto enlace, la indiferencia glacial de quienes pasando por buenos contemplan las calamidades presentes y otras en perspectiva, nos hacen temerlo todo y á nuestra memoria traen presagios tristes. Quizá los nacidos no presencien la realización de cuanto presagiamos. Pero en este católico pueblo, terror un tiempo de infieles y de herejes, que llevó triunfante la bandera de Cristo á los países más remotos del mundo, se admite á libre plática la herejía, se levantan al amparo de la ley templos masónicos, se consagran Obispos protestantes, y el error y la impiedad gozan de más derechos que la fe de Pelayo y San Fernando. El sacramento del matrimonio se equipara respecto á los efectos legales al concubinato, protegido por las leyes, y al Párroco que autoriza la unión del hombre y la mujer, según los ritos de la Iglesia, ha de agregarse la presencia de un agente civil.

Todo esto dista mucho, verdad es, de una absoluta apostasia; pero á la obra ya se pusieron manos, y para llegar al fin, abierto está el camino: tales son las corrientes que hoy predominan. Nótase con todo eso alguna reacción en las familias, los templos parecen más concurridos y

los Sacramentos más frecuentados; pero con estas prácticas no se conforman otras, y en las costumbres públicas y en el orden político todo va de mal en peor tocante á Religión. Si á veces se nos figura contenido el mal, no es porque los poderes del Estado se arrepientan. Tal vez consista, en que para consolidar lo mal hecho sea conveniente quitarle su crudeza y revestirlo de formas menos repulsivas y antipáticas á la gente sencilla, que no penetra en lo sustancial de las cosas. A otros no conviene penetrarlo, y no pocos quieren pasar por engañados.

Y con lo dicho basta para formar alguna idea respecto á las preocupaciones del Sr. Menéndez de Luarca por aquel tiempo. Era fuego su alma; su corazón oro finísimo, su fé muy viva. Con estos presupuestos mejor se pueden imaginar que describir los efectos de la invasión francesa en el Obispo. Quien se proponga conocerlos á fondo, lea y medite la pastoral á que aludimos. Pero aún sin leerla, han de servir no poco para el caso estas sencillas frases del Chantre: “Co-
“gióle—dice—en la Vicaría de Carranza en Santa
“Visita la noticia cuando la guerra con la Repú-
“blica francesa, de que se había roto la línea
“por Irún y habían pasado los franceses á España;
“y el que esto escribe, teniendo su cama al ex-
“tremo de un gran salón y durmiendo Su Ilustrí-
“sima al otro extremo en un cuarto gabinete
“cerrado, despertando ya de noche le oyó conti-
“nuos clamores á Dios, castigando su cuerpo, y
“á puras instancias de esta ciudad de Santander
“se retiró desde allí á ella para consuelo de sus
“habitadores.”

Pero al Obispo preocupaban no sólo la invasión republicana, sinó también las circunstancias de la invasión. Mucho, muchísimo temía, como se ha visto, si los invasores llegasen á permane-

cer por algún tiempo en el territorio invadido. No era menester que mucho permaneciesen para inocular el virus filosófico en las ideas y costumbres de los españoles. La conquista, desde el tal punto de vista, comenzado había mucho antes y, por desgracia, con éxito. Recordará el lector cuanto respecto al caso dice la pastoral de 24 de Octubre y cuanto tomándolo de don Vicente de la Fuente y de Menéndez Pelayo se dijo en otro capítulo acerca de la educación que recibían en Francia no pocos jóvenes vascongados, y de las ideas afrancesadas preponderantes en las provincias vascas.

No hemos de repetir ahora lo insinuado entonces, siquiera nos parezca oportunísimo consignar como un hecho significativo, que al convenio de Basilea, donde se puso término á la guerra con la República francesa, sucedieron inmediatas negociaciones promovidas por el Plenipotenciario francés, deseoso, según Ghebhardt "de asegurar la tranquilidad de los vascongados que "se manifestaron adictos" á la causa de Francia, negociaciones abandonadas muy luego por virtud de un despacho del Gobierno español, especie de amnistía.

Poco más de dos años duró la guerra. Pero la paz, lejos de tranquilizar al Sr. Menéndez de Luear, sinó exacerbó su dolor, tampoco hubo de tranquilizarle. Los hechos tardaron poco en declarar fundados sus temores. España, la Nación católica por excelencia, se había convertido en satélite de una República impía. Carlos IV de Borbón, que tantos esfuerzos hizo por salvar la vida de otro Borbón, Luis XVI, fué después de la paz de Basilea el más íntimo aliado, el más humilde servidor de una República regicida. De la corte de Madrid huyeron el sentido común y la vergüenza. Un rey sin cortapisas constitucio-

nales, sin auperior en lo temporal—frase de aquellos tiempos—reconocía y acataba un poder revolucionario enemigo de toda autoridad que no fuese la suya.

El Directorio francés, influyendo por manera oficial hasta en el nombramiento de los Ministros del Rey de España, llegó en alguna ocasión á calificar de exaltadas y por lo tanto inconvenientes las ideas de un Ministro, y á proponer su reemplazo por otro que las profesase más moderadas. Con que se prueban dos cosas: la preponderancia absoluta de la política de Francia y la no menos absoluta falta de dignidad y de sentido en el monarca, que nombra Ministro suyo á quien parece demasiado liberal á los republicanos franceses. Aludimos á Urquijo, tachado por el Directorio de sostener relaciones—así lo cuenta Ghebardt—“con algunos terroristas de París,” motivo por el cual no podía mirarle bien un Gobierno, republicano, es verdad, pero conservador á pesar de republicano.

De lo dicho se deduce que campando por sus respetos la política francesa en España, no poco se había de pegar á los gobernantes españoles de los que al otro lado de los Pirineos gobernaban. Cómo entendían el derecho público eclesiástico los Ministros de Carlos IV, ya lo hemos visto en el decreto cismático de Urquijo y en la circular de Caballero. Cuanto al respeto debido á las propiedades de la Iglesia, baste decir, que, cobijada por el manto real, se formó la funesta escuela de quienes en nuestros días consumaron su despojo. Son de triste recuerdo aquellos hombres, que alardeando en documentos oficiales de católicos y movidos en apariencias por católico celo, herían sobre seguro el corazón de la piadosa madre, después de arrancar al Pontífice oprimido por la tiranía de Francia, cuánto podía concederles.

Véase en prueba de ello cómo se explica quien el lector menos piensa. A un Ministro de Gracia y Justicia se remitió para su informe "la consulta "de la Junta formada de Real orden para examinar "los proyectos de D. Juan Bautista Birio, D. Juan "Sempere y Guarinos y D. Severo Aguirre," relativos á la enagenación de bienes pertenecientes á fundaciones piadosas. No hemos de copiar aquí el informe, pero sí transcribiremos literalmente algunos de sus párrafos, donde se da bien á conocer la opinión del Ministro: "En el dictamen "de la Junta son de considerar dos cosas, -- dice -- "á saber: la facultad de S. M. para proveer sobre "estas proposiciones y la conveniencia de ellas."

"En la primera, sin desconocer ó perder de "vista la suprema potestad económica de Su Ma- "jestad, nadie podrá poner en duda la autoridad "soberana en esta materia. Por virtud de ella "puede S. M. regular la propiedad de todos los "establecimientos piadosos y aún eclesiásticos, "como virtualmente reconoce la Junta en su misma "proposición, porque todo derecho de poseer "tiene su origen y apoyo en la potestad civil, y "de ella se deriva también toda propiedad ecle- "siástica. Y ella, por tanto, puede moderar este "derecho y regularle en cualquier tiempo y caso "según lo exigiese el bien general de la sociedad..... "Añádase que no se trata ahora de arrancarle su "propiedad y menos de abandonar los fines de su "institución. Trátase sólo de moderar esta pro- "piedad, reduciéndola de territorial á mobiliaria "en beneficio del público y de ellos mismos..... "Pero una cosa no debe olvidarse, y es que las "fincas que por este medio se vendieren, no deben "caer en manos muertas."

Potestad económica, autoridad soberana para regularizar la propiedad de los establecimientos piadosos y aún eclesiásticos, origen de todo dere-

cho á poseer y de toda propiedad eclesiástica en el poder civil; he aquí los principios que la secta invoca para legitimar todos sus desafueros contra la Iglesia de Cristo. La expulsión de los Jesuitas, los recursos de fuerza, la violación del dominio sagrado, todo se perpetró á la sombra de tales principios. Pero el informe, con ser tan expresivo, no es lo único que debemos tener en cuenta, tratándose de formar juicio del informante y de su escuela. El informe, como documento oficial, requiere circunspección y cierta mesura menos precisas en las comunicaciones de carácter privado. Una tenemos á la vista donde rebosa la franqueza.

Al Ministro de Gracia y Justicia se había pedido informe, según parece, desde el punto de vista jurídico, puesto que la realización de los proyectos tocaba, por su carácter, al de Hacienda. Mas aquél, no satisfecho con lo expuesto en la comunicación oficial, escribe á su compañero carta particular, que al pié de la letra transcribimos, atendida la verdadera importancia de sus conceptos. He aquí tan interesante documento: «Amigo mío: allá vuelve la consulta de la junta nombrada para el examen de los proyectos de Virio, Sempere y Aguirre, y verá Vd. que todos están desechados por ella sin sustituir otros que sean de igual provecho ni más libres de embarazos.

«Usted pensará como yo que ya estamos muy á las apuradas para proceder con timidez, y, por consiguiente, que no debe detenerle la duda que se opone en la autoridad real acerca de estas materias. No se trata de despojar á estos establecimientos de su propiedad, se trata sólo de regularla y hacerla compatible con el mayor bien del Estado. Vendida é impuesto su capital á réditos, su renta crecerá, pues que ninguna propiedad territorial rinde entre nosotros el tres por ciento que les dará el Estado. Se ahorran el

“cuidado y los gastos de administración. Evitarán los riesgos de malversaciones, que son tan ordinarios en ellas, y entonces esta propiedad desamortizada pasará á manos libres é industriosas que la hagan producir el doble ó más de lo que produce. Trátase, pues, de combinar su bien particular con el del público. ¿Y se podrá dudar de la autoridad soberana?”

“Otro diría á Ud. que se ocurriese por una Bula; pero ya es tiempo de pasar sin ellas. Y ¿por qué sería mayor la autoridad del Papa que la del Rey? Y ¿por qué no podrá ésta hacer lo que aquél pudiera dispensar? Adviértase que no se trata por ahora de bienes eclesiásticos sinó laicales, pues no son de otra naturaleza los de hospitales, hospicios, cofradías, patronatos, memorias y capellanías laicales. Los Obispos conservarán en ellos el derecho de visitarlos; esto es, aquella única jurisdicción paternal y momentánea que les compete para velar sobre el cumplimiento de sus cargas piadosas. Estas quedarán sin duda más bien aseguradas: 1.º Porque ninguna sacará de sus fincas el tres por ciento libre que se le dará sobre la renta del tabaco; 2.º Porque evitarán el gasto de administración y el riesgo del descuento, abandono y malversaciones que va siempre unido á ella.”

No es una biografía lugar propio para discutir estas doctrinas. La frescura con que se anuncian, deja muy atrás la frescura recomendada por don Pablo Abarca de Bolea, en la ejecución de sus órdenes para el extrañamiento de los Jesuitas. Y, sin embargo, no es un Conde de Aranda, no es un Roda ni siquiera un Urquijo, quien tales atrocidades dice. No es tampoco ningún amigo de Voltaire ni de los terroristas franceses. Todo al contrario, es un tipo de suavidad y pulcritud, es un colegial mayor aspirante á prebendas,

criado en el Palacio de un Obispo y protegido por este mismo Obispo, que le proporciona beca en San Ildefonso de Alcalá; es uno de tantos como en otros tiempos á las puertas, ó casi á las puertas del Santuario, cambiaron la sotana por la toga; es el melífluo D. Gaspar Melchor de Jovellanos, punto menos que beatificado por el historiador de *Los Heterodoxos españoles*.

Si Jovellanos escribe así y así aconseja, si tal propone á su compañero y amigo D. Francisco Saavedra, Ministro á la sazón de Hacienda, fórmese juicio de cómo andarían las ideas en aquel tiempo y cómo serían los hombres encargados de los negocios públicos entonces. No extrañamos, no, que cuando escribía en verso D. Gaspar llamase "infame y funesto el derecho de propiedad," pues que escribiendo en prosa y escribiendo como Ministro de un Rey católico asienta que todo derecho de poseer tiene su origen en la potestad civil, y que de la potestad civil también dimana la propiedad eclesiástica; ni que haya querido transformar la Universidad de Salamanca en otra Sorbona; ni que preparase con el Obispo Tavira (1) "la manera de reducir á "completa nulidad el Tribunal de la Inquisición."

Pero recogemos estas noticias y aquí las consignamos, para que fácilmente pueda com-

(1) "En el mismo catecismo, ó en otros peores, había aprendido "el famoso Obispo de Salamanca (antes Capellán de honor), D. Antonio Tavira y Almazán, tenido por corifeo del partido jansenista en "España, hombre de muchas letras, aún profanas, y de ingenio "ameno; predicador elocuente, académico, *sacerdote ilustrado y "filósofo*, como entonces se decía, muy amigo de Meléndez y de todos "los poetas de la escuela de Salamanca, y muy amigo también de los "franceses, hasta afrancesarse durante la guerra de la Independencia, "logrando así que el General Thibeaudeau, Gobernador y tirano de Salamanca, le llamase el *Fenelón español*."—(Menéndez Pelayo en la *Historia de los Heterodoxos españoles*.)

Lo de que con Tavira tratase Jovellanos de reducir la Inquisición á completa nulidad, lo dice Gebhardt en su *Historia general de España*.—(Tom. VI, pág. 357.)

prender el lector las amarguras del Obispo de Santander antes y después del tratado de Basilea. Las cuales amarguras llegaron á rayar tan alto, que le salían al rostro y estuvieron á punto de concluir con la tranquilidad y la salud del venerable Prelado. Lo dice claro el Chantre en estas frases: "También notó que aún hecha la paz con la "República francesa, le entró á S. I. una tristeza, ó "melancolía que nunca había tenido, viéndole "muchas veces llorar, especialmente cuando celebraba Misa y le costaba hacerle seguir adelante. "Se retiró entonces por diez días al convento de "Hano, siguiendo la Visita interín el que esto escribe. Salió de allí, continuó la Visita y, concluida, se "volvió por unos días al mismo convento, donde "principió la representación al Ministro Caballero, "que es el tomo segundo de sus opúsculos, y es "de notar que concluida ésta, y remitida á Madrid, "se le quitaron aquellas congojas que le causaban "los lloros, y se quedó sereno."



CAPÍTULO XXIII.

La representación á Caballero.

LA representación indicada por el Chantre tiene la fecha de 17 de Diciembre de 1806. Pero combinando lo transcripto con algunas cartas familiares del Obispo y con algún pasaje de la representación, se viene á deducir, que hubo de comenzar mucho antes este trabajo el Sr. Menéndez de Luarca. El Chantre dice que puso mano á la obra, en el convento de Hano, D. Rafael Tomás, quien escribe á 27 de Mayo del referido año de 1806 desde Maliaño: "Por estar ocupado con otro asunto y deseando contestar de propio puño á tu carta..... suspendí la respuesta..... Es asunto mayor: *inter nos* es sobre las cosas del día, sobre ventas de obras pías, haciendas eclesiásticas y hasta sobre mayorazgos. Es un papel representación al Key, "en que llevo escritos como cincuenta pliegos y

“me faltan otros treinta. Es negocio que, á buen librar, me lleva á Filipinas: es para encomendado á nuestra madre la Virgen de la Blanca. Una Misa (rezada) y hasta tres, si te parece, por mí, “pobre y miserable, y por el buen éxito de tanta “cosa.”

No se habla en esta carta del convento de Hano; pero á 29 del inmediato Julio vuelve á escribir, y después de agradecer á su sobrino las Misas que le había encargado, añade: “Acabado “el papelón..... y así, para mediados del próximo “Agosto, pienso salir de Visita.” De modo que, — según el Chantre—se comenzó á escribir el papel terminada la santa Visita, y según el Obispo salía en Agosto á visitar porque acababa de escribirle. Quizá pueda notarse aparente contradicción entre ambas afirmaciones. Pero, como ambos señores saben perfectamente lo que dicen, todo se puede explicar por modo satisfactorio.

Que la representación al Ministro no era para improvisada, cuesta poco trabajo discurrirlo. Menos le cuadra este nombre (representación) que le cuadraría el de libro á dicho papel, donde se tratan asuntos muy variados con erudición y por modo difuso. Los hechos á que se refiere no son de un mismo tiempo, aunque todos y cada uno de ellos hubieron de influir en la conciencia del Obispo, que sintiendo necesidad de hablar, sentía también cierta repugnancia á romper el silencio. Lejos estamos de creer que hasta el 17 de Diciembre de 1806 hubiese guardado silencio; mas no habló, según parece, en términos que le dejasen satisfecho: así lo indica él mismo en párrafos de la exposición que á su tiempo transcribiremos.

Vea las inverosímiles exigencias del Gobierno con el atribulado Pío VI, y las que tuvo con Pío VII apenas elegido, cuando no peticiones, sino antes bien desagrazios procedían después del

cisma de Urquijo. Contemplaba el decreto de 19 de Septiembre de 1798 relativo á la enagenación de bienes de hospitales, hospicios, casas de misericordia, cofradías, memorias, obras pías y patronatos de legos, y el furor de legislar en materias eclesiásticas y la inmoralidad triunfante y la Iglesia y la Religión desatendidas. Y contemplaba, por último, las hipócritas formas de la Real orden de 12 de Febrero de 1806, que vino á darle ocasión de prorrumpir, al contestarla, en amargas quejas por tantos y tantos desafueros motivadas.

Pero antes y muy antes de la dicha Real orden, debieron de haber comenzado los trabajos preparatorios de la representación. Es un libro tal representación, que no podía haberse concluido cuando el Obispo dice, si no se hubiese comenzado á prepararlo por lo menos en el año anterior; razón por la cual creemos que así el Chantre como el Obispo están en lo cierto.

Coordinó sin duda el Obispo sus trabajos en 1806, no sin haber tenido que retocar la obra concluida en Julio, pues aparece fechado el documento en 17 de Diciembre. Pero comenzó á trabajar, según afirma el Chantre, en el convento de Hano, no sabemos cuándo, aunque sí que á la sazón se retiraba de la santa Visita. En la Real orden de 13 de Febrero no está el origen de la representación, sinó la coyuntura que aprovecha para formularla.

Véanse ahora los párrafos de tan importante documento, que corroborando nuestros juicios, explican aparentes contradicciones: "No son "nuevas—dice—mis insinuadas angustias" (las que le mueven á representar). "No comienza ahora "mi corazón á padecer la gran tristeza y continuo "dolor que acabo de significar. De muchos años "á esta parte me acompañan continuamente mil

“ideas melancólicas, mil temores, mil sustos por
“la suerte futura de lo que merece ser más respe-
“tado, más venerado, más amado; y (aunque me
“sea doloroso el decirlo) por la suerte venidera
“de nuestro Trono, de nuestro Reino, de nuestra
“Iglesia, de nuestra Religión, de toda nuestra
“felicidad, de todo nuestro verdadero ser. Tenien-
“do ya de muy antes sobrados motivos para
“tanto temor, crecieron ellos en los últimos
“tiempos, casi hasta el extremo de hacerme pensar,
“y de hablarme á mí mismo, como allá Job:
“*el temor que temía, vino sobre mí*; ya sucedió lo
“que recelaba: y uno de los últimos acaecimientos,
“y un público papel, que lo refirió con demasiada
“viveza, no sabré decir cuánto ha aumentado
“mis cuidados, mis temores, mis sustos; al tiempo
“que me llenó de hieles, de horror, de indignación.”
Se refiere al destronamiento de la Reina de Nápo-
les y á las glosas de este suceso por la *Gaceta*
de Bayona, tan ofensivas para la casa de Borbón.

“Esta noticia — continúa — y estas glosas..... me
“hicieron concebir mayores deseos de depositar
“mis amarguras con sus motivos en manos de
“quien pudiese y supiese trasladarlas á la consi-
“deración del que, como ninguno, puede poner
“remedio al mal futuro, poniéndolo al presente.
“Antes, y mucho antes, había deseado esto mismo;
“pero, ya fuese por considerar no tan próximo el
“riesgo, ya por ceder á..... nimia prudencia.....
“yo me estuve siempre en silencio y cuando más
“solté alguna especie, como pequeña respiración
“de fuego entre ceniza; ni ahora, con todo el
“impulso del catástrofe mencionado, me dejaría
“proceder de otro modo ó mi cobardía ó mi
“amor propio, si no hubiese accedido, considerada
“y vuelta á considerar en su fondo la carta orden
“de V. E. Ésta, sí, ésta, que tanto convida á obrar
“según los deseos religiosos de nuestro Soberano;

“Ésta sí que me hizo saltar del lecho en que yacía...
“postrado..... me sacó de mí mismo, y..... me tiene
“á la presencia de V. E., dispuesto á dejar que
“corra la pluma por la abundancia del corazón y
“que corra hasta en los caminos que menos tiene
“cursado, como son las materias políticas.”

Y, en efecto, materias de estado son objeto también de la representación. Si el Ministro toma la iniciativa en cosas pertenecientes á la Iglesia como el culto divino, el ministerio pastoral, los diezmos y derechos de estola y beneficios eclesiásticos; difícil parece un informe acerca de todo esto sin tratar cuestiones políticas más ó menos relacionadas con los asuntos acerca de los cuales se pide á los Obispos su dictamen.

Temía, con todo eso, el de Santander, que reputasen impropio de la misión episcopal dilucidar tales cuestiones cuantos suponen una completa independencia del Imperio respecto de la Iglesia y al mismo tiempo la dependencia de la Iglesia respecto del Imperio, fundados en lo dicho por San Optato milevitano: no la *república está en la Iglesia, sino la Iglesia en la república*.

Pero después de bien explicada esta máxima y aceptando la comparación de Santo Tomás, afirma que las relaciones del Estado con la Iglesia son las del cuerpo con el alma, y que *así como la aflicción del espíritu deseca los huesos, y el cuerpo que se corrompe agrava al alma*, “así las.....
“turbaciones de la Iglesia pueden ser ruina de
“lo que más fortalece al Estado, y las quiebras
“de éste pueden turbar á aquélla en sus funciones.”
Por esta razón interviene de alguna manera el poder secular en las cosas eclesiásticas, y en tal supuesto, ¿no ha de ser del caso y propio de un Prelado de la Iglesia, que hable de lo tocante á la república, cuando se le pregunta sobre lo religioso de su diócesis?

Resuelto, pues, á romper el silencio, pero también á no decir si no lo más conforme á la palabra de Dios, propónese predicar esta palabra oportuna é inoportunamente; que siempre la palabra Divina es oportuna para quienes se prestan á escucharla, y carece de oportunidad para cuantos se niegan á oirla. Ni funda por manera exclusiva su derecho á ser oído en razones teológicas, sinó que apelando á leyes humanas, invoca la de Partida, según la cual "los Obispos deben enviar "á decir al Rey los desafueros que hubiere en su "tierra por desengañarlo del fecho en ella, y que "no tan sólamente deben desengañar á los reyes "en esta razón, mas en todas las cosas en que "entendieren, que sería procomunal del Rey, de "la tierra, é desviamiento, é daño."

Y considerándose además Consejero de S.M., á fuer de Obispo, se acoge á lo dispuesto por Felipe IV y ratificado por otros reyes, en virtud de cuyos decretos deben los consejeros dichos representar al Rey cuanto creyeren conveniente con entera libertad cristiana. Conque fundándose en estos presupuestos y enardecido por apostólico celo el Sr. Menéndez de Luarca, escribe: "y teniendo yo en mi pecho mucho de todo, mucho y sobremedida importante al servicio de Dios, á la "conservación, que no sólo al aumento de nuestra "creencia, á la estirpación, no ya de pecados, sinó "de escándalos, que cunden desde la corte hasta por "los rincones de la Patria; á la felicidad temporal "y eterna del reino entero; á la seguridad de "conciencia de nuestro amable Soberano, á la "salvación de su alma, al decoro de su dignidad, "persona y real familia, ¿aún se querrá que calle? "Traidor al Rey, traidor á la Patria, traidor á la "Iglesia, indigno de contarme entre sus hijos "cuanto más entre sus pastores, é indigno del suelo "en que vivo; digno sólo de mil infiernos; tanto

“seré, si más callo. Voy por eso á hablar, como “el Rey, y el Rey de los reyes me lo manda.”

No puede ser más expresivo el lenguaje, ni tampoco más enérgico. D. Rafael Tomás era un carácter. No escasean los literatos ni los hombres de ciencia, pero tratándose de caracteres, hay que buscarlos fuera de los confines de la civilización moderna. A la entereza sucedieron los respetos humanos y eso que da en llamarse *conveniencias*.

Ya dijimos en lugar oportuno cómo la Real orden de 12 de Febrero es ocasión que aprovecha el Obispo para desahogar su pecho, y se acaba de ver cómo empieza á poner por obra este propósito. Estamos todavía en los preliminares y, sin embargo, no son los párrafos transcritos los únicos que merecen ser conocidos. Recogiendo el señor Menéndez algunas frases de la citada Real orden, hace cumplido elogio de los buenos deseos del Rey y “de algunos de los primeros jefes políticos de la Nación.” Pero al ver cuánto “se hace en detrimento de la Iglesia, de la Religión, del Reino, del Trono, del Rey,” pondera los rigores de la justicia de Dios, que no se paga de las buenas intenciones no seguidas de buenas obras.

Con severidad nada común trata este asunto. “Dios se tomará su tiempo—dice copiando al Salmista—para juzgar las justicias.” Y en vista de que los males aumentan y el remedio no parece, y quien como “padre de la Patria y protector “de la Iglesia, sufre suceda en sus días lo que “nos sucede, visto es suceder ello por alguna “seducción superior, á todas las comunes ó por “algunos extraordinarios esfuerzos del arte prestigiatorio, que invade frecuentemente los palacios y que suele apoderarse hasta de los soberanos.”

Entiende que sólo con apariencias de bien

puede ser arrastrado al mal ó á tolerarle un bondadoso corazón como el de Carlos IV. Pero, ¿quiénes así le arrastran y turban su inteligencia? Debe de haber gente enemiga emboscada. “¿Es “acaso — pregunta — alguna plaga de aquellos adin-
“vencionarios, *liberi muratori francmassones*,
“*caprichosos arquitectos*, hoy desfigurados con el
“epíteto de *flantrópicos*?.....”

Toma luego por su cuenta á los arbitristas, raza funesta, ó impertinente por lo menos, en todos tiempos y en todas las Naciones, raza que considera emparentada con otra “raza diabólica de “mentidos Filósofos..... conjunto de todas las “malas razas, del Lutheranismo, del Calvinismo, “del Deísmo, del Ateísmo, enemiga singularísima “de la Cristiandad, del Clero, del Culto, y de los “reyes, que protegen la Iglesia.” Con que describe á maravilla la moderna raza liberal, engendro cortesano de aquellos tiempos y de los de Carlos III; raza maldita, que prevaleciéndose de razones económicas, todo lo utiliza y lo convierte todo en medio de suscitar antipatías á la Iglesia y á las instituciones seculares, cuyos intereses presenta en contradicción con los del pueblo y los del Trono, y hasta con los mismos intereses religiosos.

Alardean de católicos los cortesanos de entonces para herir al Catolicismo á mansalva, y alardean de monárquicos para seducir á los reyes, adormecerlos y matar la monarquía mientras duerman. Tratándose de alardes católicos, es buen modelo la Real orden suscrita por Caballero, que pondera los vivos deseos del Rey respecto al mayor grado de perfección del culto y á la cógrua sustentación de los curas, para luego insinuar la disminución de beneficios eclesiásticos. En cuanto á los intereses religiosos, ahí tenemos la carta de Jovellanos, que no ha menester de comentarios; y tocante á la monarquía, ¿qué se

puede pedir á Urquijo, autor del cismático decreto sin perjuicio de su correspondencia con los terroristas de Paris?

Pero ya comienza el Obispo á entrar en materia y le seguiremos, tratando cuanto él trata, siquiera sea de pasada. Pondera en primer lugar las contribuciones y gabelas que pesan sobre todas las clases. Si eran muchas las necesidades, no eran menos los medios de allegar recursos. En 1780 comenzaron los vales reales, comenzó la obra prestigiosa de hacer dinero de papel, y de cambiar por el papel dinero. Cuántos millones de pesos se invirtieron en recoger los valés, no hemos de pararnos á contarlos. De los donativos voluntarios con que todas las clases, y antes que ninguna el Clero, contribuyeron al sostenimiento de la guerra contra la República francesa, no hay por qué hablar, ni tampoco de los empréstitos y de los mil y mil arbitrios empleados por el Gobierno para salir de apuros, á que diera ocasión la ineptitud ó indignidad. Ni las alhajas de oro y plata de los templos se preservaron en aquellas angustias.

Las capellanías, lo que se llamaba manos muertas, la Bula de la Santa Cruzada, el culto, los hospitales, aniversarios de misas, los hospicios, casas de expósitos y de misericordia, de corrección y de enseñanza, todo, todo fué puesto en contribución ó fué vendido. Se obtuvo "el Breve Pontificio, hoy tan famoso, para vender de toda clase de bienes Eclesiásticos, no alodiales, ó que "tuvieren alguna carga especial, hasta cantidad "que rente anualmente 6 millones y 400 mil "reales."

A tal extremo llegó la insaciable codicia economista, que hasta las almas del Purgatorio se quedaron sin el *requiescant in pace*, como el Obispo dice. Y de lo sacrilego se pasó á lo absurdo. El

afán de vender no se contuvo: se vendieron las ciencias, porque á cambio de dinero se dispensaron los cursos universitarios para obtener grados académicos. Fueron despojados de sus bienes los colegios mayores, Seminarios científicos, de alguno de los cuales, á los treinta y seis años de fundado, salieron diez y seis padres para el Concilio de Trento, y todos ellos llenaron el cielo de Santos, la Iglesia de Cardenales y Obispos, y á España de magistrados y sabios.

“La primera de las buenas obras que, con “tanto allegar dinero, pareció irse buscando,” fué la extinción de los vales reales. Con tantos y tantos fondos destinados al objeto, mucho pudo haberse conseguido, supuesta la depreciación de semejante papel por el descrédito en que cayera. Con el clero estuvo á punto de celebrarse un contrato que bien podría salvarnos de tanta ruina, para evitar la cual, tan necesaria como los caudales dichos sería una honrada y prudente administración. Mas no se quiso dar importancia al estado eclesiástico, patriota siempre entre los más amantes de la Patria.

Cuando el Rey estableció la Junta gubernativa de los vales (30 de Agosto de 1800), importaba el capital de los mismos dos mil y diez millones, y á la fecha de la representación sólo trescientos sesenta estaban redimidos. Hasta los intereses de los vales quedaron sin pagar un año; de modo que puede muy bien sentarse, con el Sr. Menéndez, al consignar la ninguna extinción verificada desde 1804, que “no parece haberse hecho extinción “alguna, á no quererse decir que se extinguió la “misma extinción con la esperanza de extinguir.”

Y expone con claridad el Sr. Menéndez las ventajas del Estado en las proposiciones del Clero para extinguir los vales y los nuevos arbitrios consignados para dicha extinción, sin perjuicio de

las condiciones por aquél propuestas, y como reuniendo fondos y agobiando más y más á los contribuyentes llegó á conseguirse nada.

Sin realizarse el objeto de gravámenes tales, se agregaron flaquezas á flaquezas y á miserias miserias. “Pero dirán—continúa el Obispo—que “si los caudales recogidos no se emplearon, ni “emplean todos en comprar vales para su extinción; á más de emplearse en hacer la guerra, “que se está haciendo á los ingleses, se expendieron y expenden en buena parte para comprar, “lo que más vale que todo, la paz, la seguridad, “la consistencia de la Nación.”

A dos puntos capitales se puede reducir y reduce D. Rafael Tomás lo insinuado en el párrafo transcripto: la guerra como causa de la distracción de fondos reunidos para extinguir los vales, y las ventajas reportadas por la Nación de los bienes vendidos. Tocante á lo primero dice muy poco el Obispo, pero no acierta con la explicación de tanto gasto, supuesta la pequeña importancia de la guerra con Inglaterra, comparada con otras de que nos habla la historia, para sostenimiento de las cuales no fué preciso recurrir á medios tan funestos, constitutivos de una verdadera guerra contra la Hacienda española, guerra superior á todas las guerras.

Menos quiere decir respecto á lo segundo, “por “ser la materia delicada para un papel, que pueden “ver muchos..... Sólo aquí diré, que lo dicho ó “apuntado en justificación de nuestros enormes “acopios de dinero, tiene toda la traza de comprendido en el aviso y maldición, que otros no “sólo oyeron, mas también sufrieron, y que para “escarmiento de todos escribió el Señor de todos, “y todo diciendo por Salomón: *Vidi aliud malum sub sole..... Vir cui dedit Deus divitias et substantiam, et honorem, et nihil deest animæ suæ..... nec*

"tribuit ei potestatem Deus, ut comedat ex eo, sed homo extraneus vorabit illud. Hoc..... magna miseria est; y por Isaías: Regionem vestram coram vobis, alieni devorant, et devorabitur, quasi in vastitate hostili."

Mas sin que la representación lo diga, bien podremos nosotros insinuarlo. No, no deja de ser cierto por algún modo lo de "comprar la paz, la seguridad y la consistencia de la Nación," tratándose de gobiernos que, uncidos con lazo indigno al yugo de Bonaparte, compraban á peso de oro una neutralidad aparente. La historia de nuestras relaciones con Francia en aquel tiempo, es una historia de indignidades y flaquezas, historia propia de la inmoralidad vergonzosa y de las bajezas sin cuento que caracterizan la corte de Carlos IV.

Pero si el Sr. Menéndez de Luarda, por las razones que indica, no trata la cuestión desde el insinuado punto de vista, acomete de frente contra las doctrinas desamortizadoras en boga. Los *Pensamientos políticos y económicos* de D. Miguel Ignacio Pérez Quintero, (1) le ofrecen un resumen ó quinta esencia de todas aquellas novedades, alguna de las cuales traspasa el límite de la llamada ciencia económica. Quisiera el autor de los *Pensamientos* que fuesen propietarios de las

(1) *Pensamientos políticos y económicos de D. Miguel Ignacio Pérez Quintero*, Socio de las Academias de Buenas Letras de Sevilla, y Económicas de Madrid, de los Bascos, etc. De semejante libro toma el Obispo de Santander los párrafos donde se contienen las doctrinas que refuta en su representación, diciendo que en este "libro se hacinan y acicalan, las luces políticas de otro infolio, obra de un Excmo. Licurgo Arbitriano," con lo cual alude al *Informe de la Sociedad Económica de Madrid, en el expediente de la Ley Agraria* por su individuo de número el Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos. Publicado este *Informe* en 1795, el libro de Quintero, impreso también en Madrid, según el Obispo, año de 1798, podía servir de Cartilla en opinión del mismo á los economistas y arbitristas de aquel tiempo. En otros pasajes de la representación se refiere D. Rafael Tomás por modo más directo al dicho *informe*, que no llega á donde llegó Quintero. Bástale á D. Gaspar Melchor lo suyo.

tierras sus cultivadores, y quisiera también dar al traste con la amortización de los bienes en manos eclesiásticas ó laicales, siempre muertas, é invocando el patriotismo del Clero, le propone un generoso desprendimiento de sus haciendas en beneficio de la sociedad, á quien debe "su alimento, sus honores, sus distinciones y aun su propio carácter."

Goza el Clero de sus propiedades con justo título y no ha de ver, por lo tanto, sin aflicción el designio de violar sus derechos; pero reconocerá él mismo en los cuidados que le ocasiona su hacienda una distracción embarazosa para su ministerio, y utilidad manifiesta en desprenderse de aquélla y en trasladar sus bienes á manos del pueblo, donde la industria particular multiplicaría su valor, aumentando el de los diezmos y disminuyendo la pobreza, cuyo socorro envuelve carga pesada. Percibiendo el Clero un tres por ciento del producto de sus propiedades impuesto contra el Estado, tendrá renta superior á la ordinaria de sus fincas, libre de quiebras.

Y si contra toda esperanza el Clero se hiciese sordo á estas razones, prefiriendo el despojo á una renuncia generosa, "tendrá que acomodar-se con él, y cuando menos, con que se prohiba "el aumento de sus propiedades." Más toma el Sr. Menéndez de dicho libro, pero extractado lo principal y sin renunciar á oportunas ampliaciones, que haga precisas el análisis de la representación, continuaremos éste, compendiosamente por supuesto, según desde un principio nos propusimos.

No hemos de pasar en silencio, con todo eso, la hipocresía que revelan estas lucubraciones, respecto al diezmo sobre todo. Trataban de atraer al Clero con la esperanza de un aumento en la renta decimal los padres de quienes algo más

tarde suprimieron esta contribución por injusta y odiosa. Verdad es que algo parecido sucedió con el tres por ciento del producto de los bienes eclesiásticos, obras pías, etc. Intransferible semejante deuda, corre hoy la suerte del Estado y en peores condiciones que otras, cuyos títulos enajena el tenedor para no perderlo todo, cuando se lo aconseja la prudencia.

El Clero y las obras pías no pueden enajenar sus títulos, y el Gobierno deja á las obras pías y al Clero morir de hambre, si no puede pagarles, ó á pagarles prefiere lo que para salir de apuros le tiene cuenta. Increíble parece que todavía se tomen por lo serio católicos alardes de quienes son tanto ó menos de fiar cuanto parecen más ortodoxos. Aparentando ciertos hombres sinceridad en sus creencias y hasta respeto y admiración al Clero, nos trajeron á donde estamos, y es de temer que no se den por satisfechos. Respetamos las intenciones individuales, pero la realidad de los sucesos nos autoriza para decir lo dicho. Pudo haber buena fe, pero no es muda la lógica.

Y puesto que acabamos de aludir á la supresión del diezmo, no será inoportuno extractar ahora lo contestado por el Sr. Menéndez respecto á la hipocresía de quienes pretendiendo atraer al Clero con esperanzas de mayor holgura, sólo consiguen demostrar que á nadie engañan. Porque ni á todos los clérigos, ni mucho menos, tocaba parte de los diezmos, ni había costumbre de diezmar todos los productos de la tierra, ni las industrias diezmaran, ni aún cuando algún aumento se obtuviera en esta contribución, podía ser bastante á compensar las rentas perdidas. “Y tras de “todo, poco contingente sería, que con el aumento “de diezmos se aumentasen sus sacas extrañas; “sacas, digo, cuales las que se hacen hoy hasta

“con el título de Excusado, que es como cosa “no necesaria para la manutención aún de los “Párrocos?”

En efecto, basta considerar cómo abusó el Gobierno español de las circunstancias aflictivas de Pío VII, cuando acababa de sentarse por modo providencial en la silla de San Pedro, hasta conseguir de su bondad (1) “otro noveno en la “percepción de diezmos,” al propio tiempo, ó casi al propio tiempo, que “al expresar su resolución “de revocar los actos de los Obispos que directa “ó indirectamente hubiesen favorecido la tentativa “de cisma, concluía con rogar á Carlos IV que “desoyese los consejos de los que, aparentando “favorecer las regalías de la corona, querían “destruir la Religión,” para temerlo todo y dar por seguro que los aumentos del diezmo más habían de servir á la codicia de los arbitristas que al estado eclesiástico, contra quien, por manera indirecta, se dirigían las reformas económicas de aquellos cortesanos sin pudor ni conciencia.

Y volviendo al propósito de seguir por sus pasos contados al Obispo en su representación, no hemos de ocultar el efecto que en su ánimo causan las doctrinas de los arbitristas de aquel tiempo, que traspasan los confines de la economía. “¡Oh, doctrinas!, ¡oh ignorancia mía!—dice.— “*Yo, y como yo mis hermanos los Obispos, los “Sacerdotes, todos hemos recibido de la Sociedad, “no sólo nuestro alimento, sino también nuestros “honores, nuestras distinciones, y aún nuestro “propio carácter!* Confieso que no lo supe hasta “ahora. Confieso no haberlo leído una sola vez, “que me acuerde, después de como 50 años que “ando metido entre libros. Oído había, y aún “leído, que la asunción al estado sacerdotal

(1) Gebhardt, *Historia general de España*. Tomo VI, pág. 366.

“es obra peculiarísima de Dios, que nadie se toma
“este honor de otro que de Dios, y que ni Cristo
“mismo fué de otra parte clarificado, *ut Pontifex*
“*feret*.”

El concepto es impío, pero aún revela más ignorancia que impiedad. No saben lo que dicen quienes así blasfeman. Y es lo peor del caso, que la ignorancia viene desde aquel tiempo en progreso. Los *sabios* de la generación presente se meten á teólogos sin conocer el catecismo. En cuanto á lo demás, el Sr. Menéndez de Luarda, sin mostrarse intransigente por manera absoluta, discute con paciencia y mansedumbre las doctrinas de aquellos reformadores. “Si como confiesan”—dice—“nuestros reformadores, están amparadas por la ley las fundaciones perpétuas de obras pías, si el Clero goza ciertamente de sus propiedades con títulos legítimos; si las goza, bajo la protección de las leyes, y si por eso no pueden mirar sin aflicción los designios dirigidos á violar sus derechos, ¿con qué derecho se habrá de procurar, y más que procurar infligir al Clero esta aflicción? ¿Con qué derecho se le podrá vulnerar el suyo tan rodado? ¿Con qué título quitarle aquella protección, y á él y á las obras pías privarles de amparo tan legítimo y legal?”

Y cita los títulos de nuestros Códigos y copia no pocas de sus leyes protectoras del Clero y de sus bienes, de las Iglesias y de los suyos, de las Obras pías, ermitas, monasterios y peregrinos. No era el Sr. Menéndez exagerado en sus doctrinas. Distinguía entre el despojo de los bienes y la inspección que los príncipes soberanos pueden ejercer sobre las haciendas y cosas de sus Estados; “y si por el derecho de inspección y el dominio alto, que los príncipes soberanos tienen sobre las haciendas y cosas de sus Estados, disponen algo nuestras leyes en razón de arre-

“glar y moderar dichas fundaciones piadosas, ¿no es claro haberlo hecho siempre con atención, á que no se vulneren los derechos de la Iglesia y aun también á las disposiciones eclesiásticas?”

Invoca luego, entre otros á Felipe IV, que proponiendo á los Obispos cierta reforma en asunto de obras pías, pone como condición de todo: “Si nuestro muy santo Padre fuere servido de concederlo, como se lo tenemos suplicado,” y otro decreto del mismo Rey, en el cual “refiriendo las varias resoluciones que anteriormente se habían tomado á efecto de minorar la adquisición de bienes raíces por comunidades y personas exentas de contribuciones reales; no duda aprobar la resolución (1691), que sobre esto tomó el Consejo..... siendo ella suspender el negocio hasta tiempos en que pudiese promoverse con mayores esperanzas de conseguir el fin; y no duda decir, en apoyo de esta suspensión, que el punto ha fatigado los entendimientos de los hombres más doctos y graves de todos estados, por ser difícil separar el derecho de la conservación del todo de la república, de la violación de la libertad eclesiástica.”

La propiedad de la Iglesia y de las obras pías siempre inspiró respeto. Dejando aparte otras pruebas, una se ofrece muy notable, alegada por el Sr. Menéndez de Luarca. Campomanes, el autor del famoso libro de la *Regalía de amortización*, publicado en 1765, sólo intenta poner límites á la enagenación de bienes en favor de manos muertas. Tratándose de propiedades incorporadas á la Iglesia, “sería por ventura necesario y conveniente — dice — el concurso del mismo Clero.” Si tal respeto tuvieron nuestros mayores á estos bienes, si Campomanes, con ser quien era, habla como se deja dicho, podrá formarse juicio de

cómo habrán recibido nuestros católicos padres los desafueros que se lamentan en la representación á Caballero.

Pero Campomanes debía de ser un retrógrado en comparación de sus discípulos. Jovellanos, el devoto y austero Jovellanos, que ni con dispensa del Papa come carne en la Cartuja, no reparaba en Bulas para proponer la enagenación de bienes pertenecientes á fundaciones piadosas. Ya era tiempo de pasar sin Bulas, á juicio suyo; y en concepto de tan insigne varón ni la autoridad del Papa era superior á la del Rey, ni lo que puede dispensar aquél en esta materia, está prohibido á éste hacerlo. "No se trata por ahora—dice—de bienes eclesiásticos;" aunque antes había sentado "que todo derecho de poseer tiene su origen y "apoyo en la potestad civil, y de ella se deriva "también toda propiedad eclesiástica."

Si estas eran las ideas de Jovellanos, educado para la Iglesia, favorecido con el préstamo de Navalperal, el beneficio simple de Horcajada, y Colegial Mayor de San Ildefonso de Alcalá por recomendación de un Obispo, ¿qué pasaría con quienes no estuviesen ligados por tales vínculos? Perdónesenos una digresión no enteramente inoportuna tratándose de los reformadores de aquel tiempo, con quienes el Obispo de Santander combate cuerpo á cuerpo. Perdónesenos también el haber repetido cosas ya dichas, que repetidas y todo vienen á cuento. No, no creemos que la desgracia de Jovellanos tenga en su impiedad origen. No fué impío Jovellanos: fué hasta devoto. No, no fué impío Jovellanos, pero sin que lo fuese, algo tendría que purgar en Valdenuza y Bellver el autor del *Informe sobre la ley agraria* y de los documentos insertos en estas páginas, "íntimo amigo de Cabarrús y de Olavide." Respetamos la memoria de Jovellanos, pero sus hechos merecen

ser conocidos y el lector tiene derecho á juzgarlos.

Y no está mal traído á cuento dicho informe, de donde parecen tomados literal y sustancialmente gran parte de los pasajes de Quintero, que traslada el Obispo á su representación. Gran parte, entiéndase bien, que Jovellanos no llegó—¡cómo había de llegar!—al impío concepto de Quintero. También refuta en ella cuanto se dice de la pensión ó carga impuesta con el socorro de la pobreza al Clero.

Enriquecido el pueblo por efecto de la desamortización, tendrán los eclesiásticos menos pobres que socorrer. Tal era el argumento economista, cuyo valor vinieron más tarde á demostrar los hechos con elocuencia triste. No conocía estos hechos el Sr. Menéndez de Luarca, pero sin conocerlos, pudo muy bien convencer de ignorancia ó de malicia, ó de ambas cosas, á quienes llamaban pensión del Clero á la limosna, y pública felicidad á la falta de pobres. Pero “¿qué es eso de *pensiones*? ¿Y “qué es eso de *felicidad*! ¡Pensión de un eclesiástico, tener que remediar pobres, y miserables! “¡Felicidad pública no ver pobres y miserables, “que se remedien! Perdóneseme si contra toda “la ciencia política, que hoy más se aplaude, digo “que esta señora yerra aquí más que como “ordinariamente yerra, por consultar..... las luces “bajas, con menos atención á las altas..... La “mejor hipoteca de un reino católico, el nervio “de su fuerza, el vigor de su vigor, y así la felicidad de su felicidad, aun temporal, si mucho “consiste en la opulencia, si mucho en que sean “ricos los vasallos, más que en nada consiste en “que haya esparcidos por todas partes vasallos “pobres á quien socorran los ricos; y más que en “nada consiste en la pobreza socorrida.” Consi-

deraciones que desenvuelve y corrobora el Obispo, con escogida y copiosa erudición no para transcripta en un extracto.

La candidez economista no se paraba en barras. Tontos y maliciosos aquellos reformadores, proponían principalmente á los Párrocos el estudio "de la agricolação y demás géneros de "industria" para fomento de la pública felicidad. Y esto lo decían á renglón seguido de predicarles heroico desprendimiento de los bienes temporales, rémora, en juicio suyo, de más altos deberes. No puede tratarse por lo serio inconsecuencia tamaña, y así lo indica el Sr. Menéndez por modo cáustico. No era este, sin embargo, el objeto principal de la secta. Su empeño manifiesto, su verdadero empeño consistía en el despojo, en el empobrecimiento de la Iglesia, en someterla al Estado y, poniéndola á sueldo, envilecerla.

"Si se nos hubiesen comunicado las gracias comunicadas á los Apóstoles,—escribe D. Rafael Tomás—"el don de lenguas, el de hacer milagros, "el de derribar muertos... á los que con estratagemas ó mentiras políticas defraudasen á la "Iglesia lo destinado para el socorro de los "pobres... ya podríamos, sin haciendas ni rentas, "contarnos en estado de resistir á los enemigos "de la Iglesia y de la Religión... Pero si no "tenemos tales dones, si el mundo está de modo "que sólo parece poderse gobernar con exterioridades y doblarse por... el dinero, este señor, "á quien... obedecen todas las cosas; si no deja "el mundo que hagan figura en su presencia "otros que los condecorados á su estilo; si esto "pasa entre nosotros, ¿cómo podremos resistir á "los adversarios de la ley; cómo hacer frutos..., "sin rentas y sin haciendas de provecho...? Por "haber Dios suspendido (las gracias comunicadas "á los Apóstoles) como no necesarias más que

“en el exordio de la Iglesia... y por haber Dios
“subrogado á tales medios de salvar el mundo
“los de su ordinaria Providencia..., por eso la
“Iglesia, autorizada para tanto dispuso, ó impuso
“la contribución de los diezmos, y por eso... los
“emperadores y reyes añadieron donar hacien-
“das á los templos y sus ministros,” por ver los
príncipes cuánta utilidad reportaban de sus
generosidades en el respeto y sumisión de los
súbditos, más fáciles de gobernar con las ense-
ñanzas y amonestaciones del Clero, que con el
rigor de los castigos y la fuerza. Nunca se debe
reputar más segura la potestad civil, que
cuando se apoya en el brazo de la Iglesia. Y con
estas razones, y dejando á un lado citas del
Obispo muy conducentes al caso, nos limitamos
á transcribir estas palabras de Fernando IV, que
aquéel toma del *Teatro Eclesiástico*: “Queriendo
“Nos facer la carrera de los buenos reyes, de
“donde venimos... tenemos por bien facer merce-
“des á los Perlados, é Iglesias... pues todas las
“veces que los reyes hicieron bien á las Iglesias,
“tuvieron prósperos sucesos.”

Y en tales consideraciones se funda el señor
Menéndez para convencer de importunos á los
reformadores que, atropellando la justicia, faltan
no menos á los consejos de la prudencia con
desautorizar y empobrecer á la Iglesia, precisa-
mente cuando los pueblos, agobiados, más han
menester de socorros, y el orden público y el
respeto debido al supremo poder más se hallan en
peligro. ¿Cómo en tales circunstancias se preten-
día del Clero su renuncia á los bienes temporales
y que los Obispos quebrantasen su juramento de
no donar, gravar ni pignorar los de su mitra sin
consulta del Papa? Si Campomanes entendía ser
necesario para esto el concurso del Clero, ¿cómo
se le despoja de sus derechos sin pedirle consejo,

ni aun por cortesía? ¿Cómo se olvidan su ilustración, generosidad y patriotismo, virtudes tan encomiadas por quienes le despojan?

No se diga que los bienes pertenecientes á obras pías no son en realidad eclesiásticos, porque la Iglesia tiene igual derecho á unos que á otros; “á los primeros, para disfrutarlos; á los segundos, “para dirigirlos á su destino” — dice el Obispo.— Así el Derecho Canónico lo dispone, y el Concilio de Trento, voz de la Iglesia, fulmina excomunión contra los violadores de propiedad tan sagrada: “*Si quis, quacumque dignitate etiam Imperiali, aut Regali præfulgeat...; piorum locorum... bona..., quæ in pauperum necessitates converti debent... usurpare præsumpserit, seu impediret, nè ab iis, ad quos jure pertineant, percipiantur; anathemati tandius subjaceat, quandiu bona, quæ occupaverit..., integre non restituerit.*”

El mismo Jovellanos, en su *Informe* sobre la *Ley Agraria*, citado por el Obispo, lamentándose de los aniversarios, memorias y otras fundaciones piadosas, protesta que no “es su ánimo defraudar á la piedad moribunda del consuelo que puede hallar en estos desahogos de su fervor y devoción. Si en ellos hay—añade—algún abuso ó algún mal, la aplicación del remedio tocará á la Iglesia, y á S. M. promoverle...” Pero si en 1765 escribe con este miramiento el autor de dicho *Informe*, tres años después ya no se pára en barras el Ministro: “Usted pensará como yo que estamos muy á las apuradas para proceder con timidez.” Las ideas económicas arrastran al simplista por la pendiente de las reformas en menoscabo de la Iglesia. No le contienen favor y gratitud, pero tratándose de mayorazgos, se ablanda su intransigencia un tanto al escribir en el susodicho *Informe*: “Retenga en buen hora (la nobleza) sus

“mayorazgos, pero, pues los mayorazgos son un “mal indispensable para lograr este bien, trátense “como un mal necesario y redúzcanse al mínimo “posible.” Y en vista de todo ello discurre, no sin fundamento, D. Rafael Tomás, que el Tribunal arbitriano parece constituido, no ya *super gentes, et regna*, sinó *super Ecclesiam Dei ut evellat, et destruat, et adificet, et plantet*.

Niega el Obispo la exagerada importancia que los economistas atribuyen á la circulación de la riqueza territorial. Circula el dinero como circula la sangre y circulan los humores; pero la circulación de la propiedad, en el sentido de los reformadores, no se parecería, ciertamente, á la circulación de la sangre: algo más tendría que ver con la circulación de las entrañas, si ésta en el cuerpo humano fuese posible. Los frutos de la tierra pueden y deben circular; es necesario que circulen. Pero la supresión absoluta de la amortización ocasionaría la inestabilidad trastornadora de uno de los más importantes fundamentos sociales.

Y, con efecto, los hechos vinieron á demostrar más tarde, que aquello de “ser los labradores “propietarios de las tierras que cultivan,” era un sueño irrealizable, desde que, convertida la tierra en mercancía, circula de mano en mano buscando á quien mejor la pague, sin consideración al labrador, en lucha desde entonces con el propietario por efecto de los opuestos intereses que uno y otro representan.

Ni el abandono de las haciendas es necesario efecto de su estancación, ni en él dejan de tener parte las innovaciones promovidas por las sociedades económicas perturbadoras de la estabilidad indispensable para todo lo serio. Las haciendas libres y las de manos muertas están,—dice don Rafael Tomás—bien ó mal cultivadas por distin-

tas razones ajenas enteramente de su amortización ó libertad. Quitan el ánimo para trabajar las excesivas contribuciones y gabelas. Roban brazos al trabajo las grandes ciudades, donde los labradores hallan más holgura y salario sirviendo á sus habitantes en diversos oficios que originan la comodidad y el lujo de familias opulentas, y se resiente además la cultivación de la falta de cultivadores. Hay que poblar la tierra si se quiere utilizarla: aumento de población y no desamortización es lo que urge.

No tolera tampoco el Sr. Menéndez de Larca cuanto dice Jovellanos de "la casualidad del «nacimiento» en los mayorazgos. «Luego así, y »mucho más,—dice—por lo mucho más que se »aventura; luego así, y mucho más es contra »todo, contra razón, contra naturaleza, contra el »pacto social, etc., que los cetros, las coronas, los »tronos, los reinos sean hereditarios.» Jovellanos escribía para una sociedad paradisiaca, sin parar mientes en que, degenerado el hombre, nada en lo humano puede haber perfecto, y debe preferirse á un bien imaginario, irrealizable, lo defectuoso conocido. No es para rechazado lo que sólo ofrece inconvenientes, si acaso tiene en su abono el trascurso de los siglos.

Pero la amortización eclesiástica era blanco predilecto de la ciencia económica. La devoción y la codicia conspiraban, según los *sabios* de entonces, para estancar la propiedad territorial en manos muertas, y así lo quiere suponer, aunque no lo conceda, D. Rafael Tomás, para mejor contestarles. Oigámosle ahora y diga después el más preocupado de parte de quién está la razón, si del Obispo de Santander ó del autor del *Informe en el expediente de la Ley agraria*.

Habla el Sr. Jovellanos de la barrera que leyes y fueros oponían á la *estancación* de la

propiedad y de cómo “las partidas,” verdadero trasunto del ultramontanismo de Graciano, abrieron franco camino á la codicia y á la devoción mal contenidas por la barrera indicada; y haciéndose cargo de ello el Sr. Menéndez de Luarca, escribe: “Si unidos en un punto los esfuerzos de “la devoción y la codicia, pudieron alguna vez “barrerse diques, barreras fuertes que se les “opusieron, ¿cuándo no podrán hacer otro tanto? “¿Cuándo podrá ser que no se reunan, para “multiplicar, si no las amortizaciones rigurosas “de que se trata, pero sí lo más equivalente á “éstas, ni menos perjudicial á la república?... Aun “cuando mudase de condición la gente española; “aun cuando sucediese (lo que Dios nos libre) “que los españoles dejasen de ser tan propensos “como son á todo lo religioso y devoto, y cuando “sólo se quedasen con lo que en tal caso más “habría de dominarles, la codicia, esta herencia “de los hijos de Adán, ¿podrían leyes algunas “contener sus excesos en aquello que yo digo “equivalente á amortizaciones? Sin contar con lo “impotente que las leyes son para impedir las “vicisitudes de la vida... ¿Podrían leyes algunas... “sujetar las pasiones, los desconciertos de los “hombres y más aquellos sus pasos, que mal ó “bien parecieren justificados? ¿Podrán las leyes “impedir... que los poderosos se cojan las haciendas de los otros, ó en pago de sus deudas, ó en “venta ó por enlaces matrimoniales, ó en otros “modos, no así decentes, y que reteniendo amortizadas ó no, según ley, las haciendas adquiridas, “quede estancada su circulación, quede privado “el público de este beneficio, queden las cosas “como están ó peor?... ¿Subieron con ventas ya “ejecutadas, y con las que se ejecutaren subirán “por dicha, á hacendados muchos de los labradores antes meros arrendatarios de las haciendas

“que los no labradores tenían en porpiedad?.....
“¿Se ve logrado, se logrará otra cosa que hacer
“más poderosos á los poderosos, otra que acu-
“mular en poder de los ricos las haciendas, y....
“pasar éstas de unas manos medio muertas á
“otras muertas por entero, ó á manos, que tenaces
“y tenazas codiciosas... de lo que han cogido....
“lo habrán de retener hasta lo posible?”

El Obispo de Santander era hombre práctico. Los economistas se forjaban ilusiones fantaseando una especie de Arcadia. Pensar en que fuesen los labradores propietarios, ó en que labrasen los propietarios sus haciendas, era punto menos que ofrecer á Carlos IV un trono de césped, idea de Cabarrús, según Menéndez Pelayo. Pero los hechos hablan muy claro y con harta elocuencia. La desamortización sólo fué útil á quienes, sin miramientos ni dinero, compraron casi de balde, y de haraposos se convirtieron en próceres. Si á los colonos de las manos muertas se cedió en algún caso el dominio útil, fué por la mayor parte para su ruina. Algunos enajenaron los bienes declarados forales para los gastos del expediente con tal motivo instruido.

No considera, con todo eso, el Sr. Menéndez de Luarca que los propósitos de aquel Gobierno, informado, al parecer, por espíritu economista, fuesen principalmente la mejora de una clase social. Las disposiciones de aquel Gobierno más revelan el ingenio arbitrista que las enseñanzas de la ciencia económica. Se necesitaba dinero y más dinero, y las teorías economistas servían para distraer al público del angustioso estado del tesoro, pozo sin fondo, como lo es ahora: *estaban muy á las apuradas*. Si así no fuese, no se habrían vendido los bienes de las obras pías ni los eclesiásticos antes que otros. Los baldíos del reino, manantial de riqueza, según Quintero y Jovella-

nos, estaban, antes que los demás bienes, llamados á reducirse á propiedad particular, y eso, no obstante, fueron respetados. Por lo visto, no provocaban tanto la codicia, ni ofrecían venta fácil y ventajosa. Los bienes de mayorazgos no se vendieron tampoco, á pesar de que, invertido en créditos contra el Estado su producto, podrían disfrutar los "marquesados, condados y ducados" de las ventajas prometidas á las fundaciones piadosas por los innovadores. No menos respeto merecieron los teatros, casas de perdición, sobre todo en los pueblos donde tienen su asiento las Universidades, cuyos alumnos no han menester de peligrosas distracciones. Muy bien dice, por lo tanto, el Obispo de Santander: "No es el sólo fin "de tales ventas perseguir las amortizaciones, "sinó que en doblada providencia se busca junto "con esto el socorro del real erario, para recurrir "á las urgencias de la Corona." Las manos muertas del género piadoso eran materia más fácil, eran, además de manos muertas, manos débiles. Los baldíos no eran tan codiciados. Los condes, marqueses y duques, las manos muertas laicales, inspiraban todavía cierto respeto.

¿Y no podría influir en todo esto alguna idea muy ajena del sistema arbitrista y de la ciencia político-económica? Que por favorecer á las manos muertas del género piadoso no se adoptaron los acuerdos desamortizadores contra la voluntad de aquéllas, no es menester demostrarlo. El Obispo discurre por modo, aunque difuso, lógico, y hasta la saciedad prueba lo que no había por qué probar. Apuntado hemos también el verdadero valor y las palpables consecuencias de los créditos contra el tesoro, sustituidos á los bienes raíces de naturaleza permanente y de suyos fructíferos. Los particulares no propendían entonces á esta sustitución. No cambiaban

la propiedad territorial por la deuda de aquellos tiempos y tenían mucha razón para no cambiarla. Si por este lado se descubre más hipocresía que sinceridad, más codicia que protección en el gobierno de Carlos IV, tampoco se perciben claramente sus tendencias á una mejora social. Los bienes eclesiásticos y los administrados por la Iglesia, producían más sin perjuicio de sus equitativos arriendos y se invertían mejor, muchísimo mejor sus rentas, que las de bienes laicales: eran patrimonio de los pobres, después de satisfechas las necesidades de sus poseedores.

Contribuían también como los bienes laicales al Estado, por virtud de lo convenido con Roma. D. Lope de Sierra, Fiscal egregio del Consejo, afirmaba que mientras los bienes de la Iglesia no llegasen á punto “de ocasionar gran detrimento “en el resto de los vasallos,” faltaba toda razón de poner límites al derecho de la Iglesia no inferior, tratándose de adquirir al de los particulares. “Si la ley pretendida—dice,—contra “amortizaciones eclesiásticas se estableciese sin “más motivo que lo expuesto, podría pensarse “dictada por el odio, ó por menos afecto.”

Tanta mesura parece candidéz á quienes presenciemos las consecuencias de una revolución impía, inaugurada bajo el manto real de Carlos III y Carlos IV. Deteniéndose D. Rafael Tomás á continuación de la cita con D. Lope de Sierra, en meditar la inutilidad de violencia tanta para proveer á los apuros del erario, más pobre cada día, y á los intereses de la Nación cada vez más débil, compara tiempos con tiempos, armadas con armadas, y haciendo ver la decadencia de nuestra prosperidad, importancia y bienestar, el aumento de la pobreza é inquietud, y las murmuraciones y las quejas que por do quiera se oían, repite con D. Alfonso el Sabio: “Entonces

“son el reino é la Cámara del Rey ricos, é abonados, cuando sus vasallos son ricos é su tierra abonada.” Y después de otros textos con que da muestra de vasta erudición profana y sagrada, escribe: “Por ricos, opulentos y vigorosos que sean para ayudar á los reyes en sus empresas los vasallos, nada tienen en ellos los reyes si no tienen sus corazones, ó si los tienen displicentes, desazonados, desconfiados, recelosos, y al cabo no satisfechos de que se procede en su Gobierno con rectitud y equidad, con justificación, con moderación, con miramiento á sus individuales intereses, y sobre todo con aquella buena fe ó fidelidad, que debe ser ejemplo en los soberanos, para que los súbditos no tengan disculpa de guardarla á quienes la deben más que nada.”

Y el caso es, que apoderada de todos la desconfianza, mirábase con recelo cuanto de altas regiones dimanaba. Se advertía en el Gobierno un inmoderado deseo de adquirir sin miramiento á las consecuencias. Venga dinero, y en cuanto al rédito devengado por el dinero, como si otros hubiesen de pagarlo. Tal era la preocupación de los arbitristas. Con esta desconfianza contempla el Obispo la Real orden de 12 de Febrero, que motiva ó da pretexto para la representación. De dicha Real orden habla otra vez y negándose á lo indicado en ella y distinguiendo con cautela siempre, aparece prevenido y dispuesto á no ceder en cuanto á los derechos de la Iglesia.

Dicho queda cómo en la Real orden menos veía D. Rafael Tomás una consulta seria, que una ocasión propicia para desahogar su ánimo angustiado. Los mismos términos del documento suscrito por Caballero revelan la hipocresía que le informa. Así que no duda el Obispo en escribir: “¿Y sufrirá V. E. que por v. g. de la

“desconfianza, recelo y temor público ponga la “misma carta orden á que debo contestar...?” Y se queja de la escasez de personal eclesiástico en su Diócesis y de la pobreza del culto y de la falta de luminaria en muchas iglesias, sobre todo después de la exacción del último novenodecimal, y de los perjuicios causados con estas y otras innovaciones al purgatorio y al pueblo, y alega y prueba otros y otros perjuicios, que relatarlos por menor sería enojoso.

Pero no contento con haber “anunciado al “pueblo del Señor y á la casa de Jacob sus “excesos,” se propone levantar la voz “para “anunciarle las funestas resultas que debían “temer de ellos.” Y protestando de su amor al Rey y previniéndose contra los maldicientes que atribuyen á espíritu de clase ó rebeldía el cumplimiento de pastorales deberes, dilucida la idea del respeto debido á la majestad real, ocasionado á vilipendio en los cortesanos, que al manejar el incensario, cuidan poco de no ofender con el humo á quien inciensan, y de no impedirle ver claro. El Rey, con ser Rey es hombre sujeto “al juicio terrible sobre los terribles.”

Y hablando de los derechos que le asisten como Prelado y de los deberes á tales derechos consiguientes, invoca textos y ejemplos y demuestra con evidencia la necesidad de hablar claro, cual cumple á un sucesor de los Apóstoles. En tal concepto y en el de Consejero del Rey autorizado por las leyes patrias anuncia “ruinas extremas” para el reino, para la Religión y para la Iglesia, y se propone insistir en sus anuncios. De lo ya dicho resulta el empobrecimiento de la Iglesia y del Estado, cómo quedaron los seis mayores Seminarios, “cómo se atenuaron ó extenuaron hasta acercarlos á su ruina, innumerables “oficinas de socorro para en todo género de

“necesidades..... Escuelas de primeras letras, “Estudios de latinidad, Casas de misericordia, y “corrección, Hospicios, Hospitales, etc.,” y cómo en todas las clases del Estado influirían por modo desastroso tanto vender, tanto pagar y tanta economía antieconómica. Y pueden muy bien deducirse los efectos de tan arbitrarias medidas en la ilustración de los Ministros del Altar, de los Magistrados y repúblicos, y se deduce además cuál andarían el Erario y las fuerzas de la Monarquía, cuál andaría esta Nación, grande y poderosa un tiempo, y ahora en las condiciones de un enfermo á quien ni lo que come aprovecha. Recuerda el Sr. Menéndez la consulta de Felipe III al Consejo de Castilla en 1618 y la respuesta de tan elevado Cuerpo, según la cual “era imposible conservar “á España sinó por los mismos medios con que “se había ganado,” medios opuestos á los entonces en uso, que sólo eran “tributos sobre tributos... “deudas sobre deudas, gastos sobre gastos del “real Erario.”

Y visto que las contribuciones, deudas y gastos eran en tiempo del Obispo muy superiores á los gastos, contribuciones y deudas del tiempo de Felipe III, difícil y no poco le parece evitar la catástrofe con los arbitrios y medios á la sazón vigentes, tan opuestos á los empleados por nuestros mayores “para ponerlo todo en tono,” insinuando una idea que supone conocimientos históricos y profunda meditación. Los cuerpos políticos como el cuerpo humano,—dice—nacen al parecer predispuestos á ciertas enfermedades que ocasionan su muerte, si otras causas imprevistas no se anticipan al desarrollo del virus letal originario. Conocida la predisposición del individuo ó del pueblo, hay mucho adelantado para corregir las condiciones morbosas, modificarlas ó extinguirlas. Tratándose de España, la hizo Dios

opulenta “sobre todos los reinos de la tierra, “mayormente después que le agregó las Américas; “España, tal España, las veces que después de “esta época, más estuvo á perecer, fué por la “pobreza *buscada* ó *fomentada*, y para decirlo “todo, insistiendo en lo ya apuntado, *buscada* y “*fomentada*, si por medios semejantes á los de “hoy, por medios no con mucho tan activos.”

Parece, pues, al Sr. Menéndez de Luarda la pobreza buscada mal originario de España, que aun con aparentes señales de sólida riqueza viene á flaquear por este lado y á servirse para su curación de medios diametralmente opuestos á la salud apetecida, como idénticos por absoluto modo á las causas de su estado morbozo. En los días de Felipe III ya se ha visto la opinión del Consejo. En los de Carlos II pasó España por circunstancias parecidas. Las contribuciones y las ventas eran el remedio empleado, aunque no figurase entre las últimas la de “bienes eclesiásticos y piadosos.” En el *proceso criminal* contra el Padre Froilán Díaz, escrito entonces y publicado en Madrid el año de 1787, se dice: “Que caminaba el todo de la “Monarquía á su última ruina,” dándose por motivo “que al tiempo que se aumentaban los “tributos, se vendía todo, sin que se pagase á “alguno.” Se reproduce este mismo mal en tiempo de Felipe V, que agobiado por grandes infortunios adopta el feliz acuerdo de pedir consejo á los Obispos, persuadido de la inutilidad de sus esfuerzos sin el favor divino. A la cual consulta contesta, entre otras cosas, el de Zamora, don Francisco Zapata: “La misma pobreza del Era- “rio real puede ser causa bastante para que “algún Rey menos piadoso ó mal aconsejado “venga á mezclar lo sagrado con lo profano, “como sucedió en Succia y otras provincias, que

“por esta causa se apartaron de la Iglesia Romana.”

Como el Sr. Zapata, teme D. Rafael Tomás que aquí ocurra lo de Succia, que aquí se mezcle con lo profano lo sagrado, que se profane todo y que la Iglesia española pierda su “fe con su glorioso nombre.” “¿No puede fácilmente ser”—dice—“que hasta de la misma estirpe de nuestros reyes salga alguno (1), que pensando remediar así las miserias del reino, y á título de aumentar la población, el comercio, las artes, consienta se mezclen los españoles hasta con las viles canallas, las bajas sabandijas, las infernales razas de herejes y judíos, y más si por delante envían ellas alguno de sus infames enganches, algún donativo cuantioso?”

Traza seguidamente, aunque por alto, la historia de nuestra unidad católica, y concluye por

(1) ¿Pensaría en el Real decreto de 8 de Septiembre de 1797, “primera ley de tolerancia que se dió entre nosotros al cabo de tres siglos”—según Godoy,—que así literalmente califica en sus *Memorias* el permiso concedido por Carlos IV para “establecerse en España por punto general cualquier artista, fabricante ó capitalista extranjero “de distinto rito que el católico, sin otra condición si no que respetase “la Religión del país y las costumbres públicas?”

No fué posible—leemos en una nota de las *Memorias* dichas,—“extender á la Nación hebrea el favor concedido á las religiones “extranjeras.” Pero que bulló en alguna cabeza este proyecto con la esperanza de atraer dinero, consignado queda en anteriores páginas. Al progreso material y á la necesidad de llenar un tesoro exhausto, se posponía la unidad religiosa, joya preciada de España.

La unidad religiosa ya no existe, ó por lo menos anda maltrecha. Cuanto al progreso: ferrocarriles, fábricas y minas no faltan, pero los pobres no van á menos; antes aumentan por modo alarmante. A la pobreza socorrida sucedió la pobreza buscada.

Y vánsele á Godoy los ojos tras los judíos. “Me acuerdo todavía”—continúa en su nota—“de las penas en que me vi para librtar de “las cadenas de la Inquisición á un pobre marroquí, verdadero ó “supuesto judío, que como tal fué llevado á sus prisiones por el “mismo año de 1797..... ¡Qué partido tan ventajoso aún podría “sacarse, en las penurias actuales, de abrirles nuestras puertas y “permitirles nuestro suelo!”

Y no poco sacan, ciertamente, algunos católicos, que sirven á estos enemigos de Cristo, raza odiada en Europa, en los Consejos de administración. D. Rafael Tomás puso el dedo en la llaga; la política de Godoy triunfa. España se hunde.

temerlo todo de los libres *edificadores de la común felicidad, liberi muratori ó francmasones*, y de unos tiempos donde no es conocido otro arbitrio *de prosperar los Estados, sinó con la depresión, y abatimiento de la Iglesia, de lo piadoso, de lo sagrado*. Y viniendo á los de Carlos IV, á la pobreza del reino, al descontento general, á las complicaciones de aquella época y al enemigo que accechaba ocasión oportuna, presagia graves peligros. Teme que los pueblos, agobiados, presten oído á seductoras promesas, y ansiosos de algún alivio, abran sus brazos á quien, ofreciéndoles prosperidades y venturas, les ofrezca también conservar la fe católica, sin perjuicio de olvidarlo todo, conseguido el infame objeto.

La insinuación es clara. Ni los ciegos pueden dejar de percibir lo que anuncia el Obispo. Pero á la ceguera de los ojos sobrepuja la ceguera del corazón dominado por torpes concupiscencias. La historia de aquellos tiempos, ya lo hemos dicho, es una historia vergonzosa. En la Constitución de Bayona está la síntesis de tanta indignidad, hipocresía y torpeza. El Sr. Menéndez de Lúcar ve todavía más lejos. Confiesa cuán arraigada está en España la fe católica y cuáles fueron los españoles y los reyes que, en nombre de Dios, los gobernaron. Mas á pesar de todo, y quizá por lo mismo, no poco es de temer, á juicio suyo, que una vez corrompida su virtud, no se detengan, y corriendo por la senda del mal, lleguen á donde menos pueda pensarse. No está confirmada España en las gracias “de que Dios la dotó.” Y aquí encajan las revelaciones de Marina de Escobar con oportunidad manifiesta (1). No

(1) “Preguntando al Señor la Venerable Marina de Escobar, si “habiendo, como en sus dias habían faltado á la santa creencia “muchas provincias de Europa, la España, fuerte entonces, como

es un hecho consumado la apostasía. Pero la España oficial ¿no va por ese camino?

Los pecados no son entre nosotros cosa nueva, ni lo eran en vida del Obispo. Siempre se conocieron en España los escándalos, que, según el Evangelio, es “necesario se hallen en el mundo;” pero aún habiéndose pagado tributo á la concupiscencia de la carne, á la concupiscencia de los ojos y á la soberbia de la vida, nunca estuvieron tan juntas al mismo tiempo las tres concupiscencias como entonces estaban. “Si, por ejemplo, en los “tiempos del... Rey D. Rodrigo, se inundó el reino “por el mal torpe; si se hizo..... como universal, “por haberse arraigado en lo más alto, ¿cuánto no “es preciso que este mismo mal cunda hoy entre “nosotros, pudiéndose... congeturar, por lo espeso “del humo, el fuego que lo causa.....?”

Y tocante á la concupiscencia de los ojos, á la avaricia como vicio que roba el corazón á Dios llevándole á idolatrar los bienes de la tierra, bastará parar mientes en la plaga de *arbitrios extraordinarios*, para formarse idea de cómo, prescindiendo de Dios y su justicia, se revolcaban “los hombres en lo terreno. ¿Qué no se deberá “temer y pronosticar?”—dice el Obispo....—“Aun “yo temo, si esto solo pronostica aproximarse “nuestra ruina.”

Soberbia de la vida, ciencia diabólica, llama el Sr. Menéndez á la ciencia que, ofreciendo á

“antes, en su fe, perdería alguna vez tanto tesoro: su Majestad le “dijo, *que ella no lo vería*; preguntando, si lo verían los nacidos, le “*dió á entender, que tampoco*; preguntando, si en algún tiempo sucedería, le dijo, *que no quisiese saberlo como quien* (dice la misma “Venerable) *no me lo quería declarar, por no darme pena*; y haciendo “más y más instancias, por que se lo dijese, al cabo mereció oír: “*Falta mucho tiempo, que andar; y ha de haber más siglos, y muchos “sucesos, y muchas cosas de muchas maneras*. Así lo dejó escrito la “misma Venerable Virgen, según que se refiere en su vida, que “escribió su también Venerable confesor, el P. Luis de la Puente.” (Tomado literalmente de la representación extractada en el texto.)

los hombres hacerlos sabedores del bien y del mal, como si fuesen dioses, los sustrae del santo temor de Dios, blasfema de todo lo que ignora, prescinde de Dios en sus discursos, obscurece, tizna y menosprecia cuanto el pueblo hasta entonces veneraba como piadoso. Ciencia presuntuosa, llama también á esta ciencia que á Dios usurpa "el título de enmendador de los sabios;" ciencia inventora de novedades, enseñoreada ya de nuestra tierra, á quien pone en peligro de que á ser venga "remedo del Infierno, tierra de "misericordia y de tinieblas, *ubi nullus ordo, sed "sempiternus horror inhabitat."*

Introducida en España "la ciencia crítica," escudriñadora de los dogmas, ó por lo menos "de los puntos más vecinos al dogma," táchase á la filosofía de añeja y absurda, y á las verdades metafísicas de verdades estériles; y en contraposición á las ciencias intelectuales, comienzan á ser moda las ciencias útiles, como si de sólo pan viviese el hombre. Así que, muy bien puede afirmarse, que ya de entonces data la llamada civilización moderna con el desdén de lo sobrenatural y la glorificación de la materia.

Pero en el pecado vino á España la penitencia. En otros tiempos, en tiempos de la filosofía añeja y absurda, cuando preponderaban las ciencias intelectuales, brotaron por todas partes en la tierra española santos, guerreros y sabios. Eran lanzados al África los musulmanes. "Orán, "Mugía, Trípoli, Argel, Melilla, el Peñón," aquella inmensa costa vino á ensanchar el territorio patrio. "Entonces se unieron á esta corona Portugal, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Flandes. Entonces se descubrieron é hicieron de España las "Américas... las islas Filipinas..." Y entonces las Obras pías y la Iglesia, la fe y la devoción, estaban en su apogeo. Por eso dijo el Consejo,

consultado por Felipe III, que para conservar la Monarquía española eran precisos los mismos medios "con que se había ganado."

Y si tan lejos de acudir á estos medios, se acude á los opuestos, ¿qué podremos esperar? ¿qué no deberemos temer? Conque discurre D. Rafael Tomás comparando los reformadores de este tiempo con los Israelitas, que separados de lo establecido por Dios, adoptaban para su felicidad y su progreso procedimientos nuevos, como quien presume de ciencia superior y de poder para "enmendar la plana al mismo Dios." Por lo cual dice, que no incurrirá menos España en las iras justísimas del Señor, que los judíos incurrieron. No escuchó el pueblo judío la voz de Dios, y Dios en su ira dijo: "Yo les dejé "caminar según los deseos de su corazón: se- "guirán en sus adinvenciones: comerán los frutos "de sus caminos: se saciarán de sus consejos."

Y escribe luego no pocas páginas llenas de erudición, para demostrar con esta historia y la de otras Naciones, cómo nunca la Justicia divina dejó impune la usurpación de los bienes de la Iglesia. Cuanto á España, no pasa en silencio los terremotos, las pestes, las hambres, las desgracias en la guerra, los caudales de América perdidos en el mar, ó tomados por los ingleses, las escuadras deshechas, el público tesoro en ruina y la Nación, tan poderosa un tiempo, ludibrio entonces de las demás Naciones.

Discurre, con este motivo, sobre el gobierno temporal de la Providencia, desvaneciendo preocupaciones hijas de la ciencia moderna, ya entonces admitida entre no pocos católicos, y también dice lo conveniente para quienes, "á título de devotos y leídos en lo que contra los "intérpretes de la Divina Providencia escribió un "sabio crítico español (Feijóo), digan ser sobrada

“temeridad.... interpretar aquélla.... hasta decir “que los trabajos del reino eran castigos de... “singulares pecados.” No deja nada por tocar en la materia desde los muchos puntos de vista, desde los cuales puede considerarla. Mas como el asunto resultaría muy pesado si hubiésemos de seguir paso á paso al Obispo, prescindiremos de reflexiones y textos, transcribiendo estas palabras de Fr. Luis de Granada: “No hablándose de las “privadas calamidades, sinó de las comunes del “pueblo todo, ó que cogen á todos; sentencia “verdadera es, que son ellas enviadas por los “pecados de los hombres.” Autoridad más competente que otras, como de un sabio metido— al decir del Sr. Menéndez— “por las ciencias, “que proporcionan estos conocimientos,” y con presencia de los textos sagrados, examinándolo todo “con el peso del santuario.”

Pero las consecuencias más terribles de los desafueros lamentados en esta representación, no son, por desgracia, las catástrofes de que se acaba de hacer mérito. Sobre los males físicos están los males del orden moral, la irreligión, la apostasía. Los primeros pueden ser un aviso, pueden ser una prueba. Los segundos constituyen el último término de la Justicia divina, provocada por la iniquidad de los hombres, entregados, cuando llega este caso, á los deseos de su corazón. En apariencia viven los pueblos felices. A la ignorancia ímpia tal parecen. Y, sin embargo, sufren el mayor castigo que Dios puede imponer acá en el mundo á los individuos y á las Naciones.

Cuando esto sucede, no se presenta repentinamente ni con franqueza el mal. “Las revoluciones religionarias, los cismas y las herejías, “princiaron por persuadirse las gentes que lo “substancial de la Religión nada peligraba por “innovar en la policía y en lo exterior; nada por

.

“minorar la magnificencia, las riquezas, la majestad de la Iglesia y los derechos, bienes y prerrogativas de los eclesiásticos; procurando el espíritu maligno ocultar la conexión, enlace y consecuencia que estas cosas, al parecer menudas, tienen con las más substanciales, hasta que viene á arruinarse en éstas la religión, ya que se hubo arruinado en lo accidental.” Así lo dice el Obispo, tomándolo del P. Valcárce, que, al parecer, no quiso referirse á España. Pero “¿qué diría—continúa luego—si hubiese visto las novedades ocurridas después que él escribió, y más las tocantes á bienes eclesiásticos y piadosos?”

Para desenvolver la idea, utiliza D. Rafael Tomás varios pasajes de la Sagrada Escritura y de la Historia Eclesiástica. Y tratando de aplicar esta doctrina en España, cita y transcribe otros de Santo Tomás de Villanueva, Cano, Nieremberg y un manuscrito del Sr. Valero y Losa, Arzobispo de Toledo. Como avisos de Dios, respecto de los males á la sazón reinantes, considera lo dicho por el P. Rodríguez, en su *Filotea*; por el P. Marín, en las *Oraciones Fúnebres* del Doctor Agudo y del Doctor Pavón; por Fernández Valcárcel, en sus *Desengaños filosóficos*; y por Fr. Fernando de Ceballos, en la *Falsa filosofía convencida de crimen de Estado*.

No presencié el Obispo de Santander la total realización de sus anuncios. Pero los gérmenes que se desenvolvieron entonces, ¿no llegaron á dar ópimo fruto en tiempos posteriores? ¿No desapareció ya la unidad religiosa, joya preciada de España? ¿No vemos admitidas á libre plática las falsas religiones, con Catedral y Obispo heterodoxos en la Corte? ¿No está en vías de consumarse la oficial apostasía? Y todo ello sin perjuicio, por supuesto, de repetidos alardes de piedad en los autores de tan funestas novedades.

des, que al amparo de hipócritas formas hieren sobre seguro á la Iglesia. Véase para muestra el artículo 12 de la Constitución gaditana.

Naturalmente, pues, se ofrece ahora una delicada materia discutida con santa libertad por el Obispo: nos referimos á la venta de bienes eclesiásticos. Siempre fué obligado sistema de cierta gente valerse de malas artes para conseguir de la Santa Sede lo que por evitar cosas peores suele otorgarles. Y es de ver cómo quienes así abusan de la bondad del Papa, se tornan en papistas, para tapar la boca de los verdaderos católicos, colgándoles, si á mano viene, el sambenito de cismáticos.

A lo dicho quiere aludir D. Rafael Tomás cuando expone las razones con que se pretendía en su tiempo justificar la venta de bienes eclesiásticos. Tratábase, al parecer, de venderlos en cantidad suficiente para remedio de urgencias del Estado, pero en virtud de autorización pontificia, lo cual, á juicio de muchos, era cuanto se necesitaba para tranquilizar las conciencias. Y, sin embargo, algunos ponían en duda "hasta la potestad del Vicario que Cristo tiene en la "tierra... y la régia, la soberana potestad y alto "dominio que tiene el Rey sobre los bienes de su "reino." Todo esto se echaba en cara como argumento incontestable á los buenos españoles de aquel tiempo. Pero replica el Obispo: "¡Cuánto es "posible, que examinada la cosa con la exactitud "correspondiente, no sólo se descubran subsis- "tentes los motivos expuestos de temer, y temer "tanto, como se decía, sinó que se agregan á ellos "otros nada inferiores!"

Y discurre luego acerca del asunto con tal erudición y energía, con tal respeto á la Cabeza de la Iglesia y al Jefe del Estado, y cumple tan exactamente sus deberes de Obispo y consejero

del Rey, que ofrece dificultades el extracto de su luminoso escrito en esta parte (1). No callaremos

(1) Aunque nos haya parecido prudente abstenernos del insinuado extracto, tenemos por oportuno trasladar á esta nota algunos pasajes de la representación, relativos á tan importante asunto. "Pido licencia—dice—para explicarme según que lo pide la materia "de Supremas Potestades, aun con más desahogo, que pude haber "tenido hasta aquí; bajo el seguro, de que cuidaré no salga mi pluma "del juicio, que como otra vez dije con David, pide el honor del Rey, "y así el del Papa....

"¿Y en realidad gran discreción será repugnar un nuevo examen "de lo examinado, de esto, que no por eso ni por parecer justo, y "menos porque lo hayan decidido las Potestades de la tierra, está "exento de entrar, y antes es singularmente llamado al examen y "juicio del que otra vez se ha visto decir: *Cum accepero tempus, ego "iustitias iudicabo: Audite Reges, et intelligite: Discite Iudices finium "terra; quoniam data est á Domino potestas vobis, et virtus ab Altis- "simo, qui interrogabit opera vestra, et cogitationes scrutabitur?* ¿Que "tan extraño es (para irnos ya acercando á los primeros puntos de "nuestro examen), que tan extraño es, atrasarse en su curso las "naves más veleras por las riquezas de que van cargadas, ó dejarse "llevar atrás por las corrientes, hasta con el viento más favorable; y "si hay contraste de vientos, ó no seguir el rumbo, ó rendirse á la "tempestad? Estando, como está escrito, y siendo así suma verdad, "que *Dives locutus est, et omnes tacuerunt, et verbum illius usque ad "nubes perducent;* y aun también, que *Diviti decepto multi recuperato- "res: locutus est superba, et justificaverunt illum;* ¿tan difícil será, "que suban estos humos hasta los Tronos, y hasta el Vaticano; y no "será más contingente subir ellos, antes que á otros, á estos montes "por más ricos, por más poderosos, por más potentes; ó (para decir- "lo todo) no será posible, que tal vez los así ahunados faltasen en "discernir lo que, por fácil de equivocar, advierten cuidadosamente "los Teólogos con Santo Tomás, distinguirse, y distar mucho, *la "Potencia de la Potestad, el Poder físico del Legal, el absoluto "voluntario del limitado, y reglado; el que dan, para que se haga lo "que se quiere las riquezas, el mando, la superioridad, las adulacio- "nes, los informes torcidos, ó diminutos; y el que Dios ordenó, orde- "nando las Potestades humanas; y el que ligó á ciertas leyes; y el "que siempre debe estar ligado á la suprema de las leyes, la salud "del pueblo?....*

"Es mucho de notar, que prohibiéndose hasta á los Sumos Ponti- "fices la enagenación de los bienes eclesiásticos por el Cánón *Non "licet*, de que luego haré específica mención; se dispone por el mismo "Cánón que si los Papas hiciesen algo en contrario, *Licet quibush- "bet Ecclesiasticis personis contradicere*, sea permitido á cualesquie- "ra personas eclesiásticas (interesadas en la defensa) contradecir las "disposiciones pontificias. Pero sin eso, y sin contar con los ejempla- "res, que de resistencias semejantes presentan las historias eclesiás- "ticas, desde lo que (en opinión de San Agustín y otros) dejó escrito "haber hecho el mismo Apóstol San Pablo; ¿cuánto no se hallan "ellas dictadas, y fundadas por San Cipriano, cuando, consultado por "los españoles, leoneses y asturianos, sobre lo que debían hacer, "como quiera que hubiese dispuesto el Sumo Pontífice, se restituye- "sen á sus Sillas los por ellos depuestos de éstas, Obispos idólatras,

con todo eso cómo el Sr. Menéndez de Luarca echa de menos el concurso de las Cortes para resolver asuntos tan graves. No es el Rey, viene á decir, dueño de las haciendas del reino para quitarlas á sus vasallos. Y después de citar las Leyes de Partida y de reducir la indisputable potestad real á justos y honestos límites, copian-

“ó idolatrantes, Basilides, y Marcial; les escribió: *Nec rescindere ordinationem jure perfectam potest, quod Basilides, post crimina sua detecta, et conscientiam etiam propria confessione nudatam Romani pergens, et Stephanum collegam nostrum, longe positum, et gestæ rei, ac tacite veritatis ignarum, fefellit, ut exaniret reponi se injuste in Episcopatum, de quo fuerat iuste depositus?.....*

“El principal, y como único fin, que en esto me propongo, es patentizar que pueden, ó reputarse, ó temerse injustas, y así fallidas ó nulas dichas ventas: Y pudiendo, como creo, que pueda bastar, y sobrar por esto las subrepciones, y obrepciones, que aquí quieren divisarse, si ya no se ven claras; ¿tendré de contentarme con hablar de ellas; tendré de atarearme al camino señalado por el poco hace citado San Cipriano, sin entrar en el que indicó también San Bernardo; ó dejando de mirar la concesión de nuestras ventas en su origen, que es decir, en las facultades Pontificias de proceder así; habré de mirar precisamente los tropiezos que ella presenta en su curso, ó en los caminos de esta impetración? Vuelvo á decir, que esto podría bastar á mis intentos; porque en el supuesto (supuesto cierto, de reputarse sana, y muy sana por teólogos del mejor nombre la glosa del capítulo *Non est, de voto: Non est securus coram Deo cum quo Papa dispensat, nisi subsit causa dispensandi*; y sobre el supuesto, de que menos pueden justificarse concesiones algunas, procedentes de una voluntad menos instruida, y que no hubiera de otorgar lo que otorgó, si supiese todo lo conducente al caso. ¿Puede racionalmente pensarse, que el Sumo Pontífice hubiese concedido la licencia, que concedió, para vender los bienes eclesiásticos; si, tan claro, como pudo ponerse en este papel, singularmente cuando se hablaba de los intereses ofrecidos á las Obras pías por el producto de sus haciendas vendidas, y ventajosas, que de la venta se seguirían á los dueños de las mismas haciendas viese el sumo riesgo, en que por tal arbitrio quedan las Iglesias y el Clero, de perderlo todo, y viese lo que ya padecen los tantos Clérigos, que allá vimos incongruos, por habérseles vendido las haciendas de sus pobres beneficios, etc. etc.? ¿Puede racionalmente pensarse, que miradas, como no pudieron mirarse en Roma, las causales alegadas en solicitud de la licencia obtenida, se hallarian verdaderas y graves, como al efecto se han pintado las preces?.....

“Pero como nada haya de sobrar al buen éxito de la empresa; también declaro, que no contento con esto, me dispongo á examinar en su origen Pontificio las ventas de que se trata; y queriendo hacerlo, aun con más justificación que aquella, que me vine preparando; yo por exordio de todo, me confieso no solo obligado, por razón de mi ministerio, á defender las prerrogativas de la Silla Apostólica, sino ligado á retenerlas y defenderlas con todo esfuer-

do á Santo Tomás, escribe: *voluntas principis ut regulata ratione, habet vigorem legis, alioquin esset magis iniquitas quam lex*. También invoca las Leyes Recopiladas en cuanto á la reunión de Cortes, necesaria para exigir nuevos tributos y para tomar "consejo de los tres Estados de nuestros "reinos" en asuntos árdulos; leyes mandadas

"zo por el juramento solemne que hice de esto en mi consagración
 "Episcopal. *Regalia S. Petri adjutor eis (Pontificibus Summis) ero*
 "*ad retinendum et defendendum contra omnem hominem*, decía el
 "juramento, que hice entonces, y esto digo yo ahora con las más
 "sinceras protestas de cumplirlo. Pero en el juramento se añadió,
 "cláusula de su formulario, estampado en el Pontifical, un *Salvo meo*
 "*ordine*; un *Salva mi Dignidad Episcopal, y sus derechos con los de*
 "*la Iglesia, á que se le destina*: Y salva ahora también esta misma
 "Salva, como es de razón, y de justicia, ¿qué deberé hacer, qué
 "decir en nuestro caso? Ah! Debo hacer esto, que hago en nombre
 "de Dios, y decir esto que en el mismo nombre digo, y digo, si para
 "descubrir, según mis intentos, cuán ruinosas pueden ser las ventas,
 "de que se trata; no sin algún buen deseo de que, cuando por ventu-
 "ra llegara noticia de ello á la Silla Apostólica, también allí se sepa;
 "haber por el orbe cristiano quien celando los verdaderos justos
 "derechos del Vaticano, procura por lo mismo templar aquellos
 "igneos resplandores, que amagan abrasar hasta á los Sumos
 "Pontífices, poniéndoles en peligro, de que llenen la sentencia del
 "Satyrico: *Nihil est quod credere non possis, cum laudatur Dñs*
 "*æqua huiusmodi potestas*.

"Pueden mucho, es verdad; y si se quiere decir, pueden todo lo
 "posible en el gobierno de la Iglesia los Sumos Pontífices..... Pero.....
 "todo lo que pueden es solo..... para edificación, no para destrucción
 "de lo bien ordenado en la Iglesia. Pueden mucho; lo pueden todo
 "pero..... solo pueden aquello, que según Derecho, según Ley, según
 "razón, pueden: Y aunque..... hayan establecido las leyes..... ni por
 "eso podrán dispensar en ellas, salvo en el caso de una necesidad,
 "preponderante á las ventajas de su observancia, como otra vez se
 "dijo con Santo Tomás..... Y (para venir á lo del caso) siendo, que es
 "una de las Leyes Eclesiásticas más entronizadas, por establecida
 "en el Concilio general Lateranense, y por fundada en aquella
 "sentencia de San León Papa, *Plenum iustitiæ est, ut non solum*
 "*Episcopi, sed etiam totius Cleri studio Ecclesiæ utilitatis incrementa*
 "*serventur; et eorum munera permaneant illibata, quæ pro animarum*
 "*suarum salute fideles de sua substantia Ecclesiis contulerunt*; sien-
 "do, digo, tal Ley que, cuando se tratare de remediar necesidades de
 "la República con lo perteneciente al Estado Eclesiástico, se haya de
 "examinar por los Obispos con el Clero, si es verdadera la necesidad
 "que se motiva; como también si bastarán, ó no para su remedio los
 "bienes de los Seculares, y que pues puede la imprudencia de algunos
 "perjudicar á los derechos Eclesiásticos, se consulte al Romano Ponti-
 "fice para la última resolución: Item siendo Ley, que Martino V se
 "impuso, é impuso á sus Sucesores en el Concilio de Constanza, *Que*
 "*no sin el consejo y consentimiento de los Prelados de cada provincia, ó*
 "*reino pudiesen los Papas gravar los bienes eclesiásticos de provincia, ó*

suprimir en la recopilación novísima por el Ministro, á quien la representación se dirige.

Conque se ve una vez más cuales eran los pensamientos del Obispo, tan respetuoso con la autoridad suprema, como sincero defensor de los derechos del pueblo, y declarado enemigo de la injusticia, aun cuando se halle cobijada por el manto de un Rey. No impugna la autoridad racional del Soberano, pero entiende que de un

"reino alguno singular; como ni los de la Iglesia universal, sin el Consejo y consentimiento de los Cardenales etc.: Item más, siendo expresa declaración del Papa Simaco inserta en el cuerpo del Derecho Canónico, que, *Non licet Papæ prædium Ecclesiæ alienare aliquo modo pro aliqua necessitate;* y declaración, que si no se extendió con más respecto que á los bienes raíces de la Iglesia Romana, con más razón se debe extender á los bienes de otras Iglesias, como que no pertenecen al Papa, cuanto aquéllos le pertenecen: Y siendo al fin esto, con lo antes dicho, cierto, y muy cierto, seguro, y muy seguro: ¿Qué? ¿Se procedió con mucha consideración á ello en nuestras ventas Eclesiásticas? ¿Examinaron los Obispos con el Ciero si era tanta, ó cuanta la necesidad, que tenia de ellas el público remedio? ¿Examinaron, si para este podían, ó no, bastar los bienes seculares? ¿Tocó de un modo, ó de otro con los Obispos el Papa, ó por parte de quienes le dirigieron las paces, se tocó de una, ú otra manera con los que mejor que nadie, y acaso como ningunos tanto podían saber, que convenia, ó que no convenia, sin que les faltase caridad y justicia, para acordar lo conveniente?..."

"Los grandes teólogos españoles Cano, Miranda, Gallo y Castro, que muy á los principios de este papel dejo dicho, haber sido consultados año de 1553, sobre solicitar Breve de S. S., para vender las Jurisdicciones, y vasallos de las Iglesias, esos resueltamente dijeron, que *Ni S. M. podía pedir con buena conciencia tal permiso al Papa, ni el Papa lo podía conceder;* y esos añadieron, que *Cuando se pudiese, y concediese tal permiso, no serian seguras en conciencia las ventas.* Del mismo dictamen fueron los Abades de Arlanza, y Sahagún, Fr. Juan de Robles, y Fr. Francisco Ruiz, en representaciones que hicieron á S. M., cuando por aquel mismo tiempo se intentaron ventas semejantes; habiéndose por esto desistido de ellas, como es de ver en el tomo *Historia de Carlos I.*, que adicionó á la de Mariana el P. Fr. Manuel de Medrano, Dominico. Item fué del mismo dictamen D. Santos Bustos de Villegas, Gobernador del Arzobispado de Toledo, en la representación, que otra vez se dijo, haber dirigido á Felipe II, con motivo de un Breve pontificio, obtenido para iguales ventas; por señas que haciendo mérito de los pareceres mencionados, no dudó hablar así al Rey; *"Y si ahora otros Letrados han aconsejado á V. M. lo contrario; será justo considerar, si son mayores que los que respondieron á los Capítulos de Cortes, y también que tenemos ejemplos en la Escritura de personas, que, con desseo de conseguir su intento, anduvieron de Profeta en Profeta, hasta que Dios permitió, que topasen con alguno, que los engañase."*

Monarca piadoso podría esperarse la orden de tildar ciertas frases de la ley publicada en 25 de Septiembre de 1798, donde Carlos IV se atribuye indisputable autoridad para disponer la venta de bienes de Hospitales, Hospicios, Casas de misericordia, de reclusión y expósitos, cofradías, memorias, Obras pías y patronatos de legos, así como Felipe II obligó á un predicador á decirse de cuanto había ponderado más de la cuenta el poder de los reyes sobre sus vasallos. No era el Obispo de Santander fanático como alguien lo ha supuesto. Su prudencia estaba al nivel de su energía. Siempre en la presencia de Dios, nunca ocultó la verdad, pero nunca tampoco se propuso exagerarla. Temeroso de los abusos del poder, dice á continuación de lo extractado en el párrafo anterior: "Y tanto más sería de esperar "esto,"—la orden mandando tildar las frases insinuadas—"cuanto las expresiones más duras que "blandas, más graves que modestas; según las "prudentes advertencias y cuerdos documentos, "que para hablar singularmente en tales materias da nuestro tan buen político como teólogo "el maestro Fray Juan Márquez, pueden, incomo- "dando los ánimos, abrir camino hasta á aquellas "funestas consecuencias, que de oprimir extraor- "dinariamente á los pueblos dejó reconocido "amagar al Estado y á la Religión."

Y á este propósito insiste más y más en el respeto que los bienes eclesiásticos y los de fundaciones piadosas han de merecer siempre al poder público, y trata de la protección que á la Iglesia deben los reyes, protección menos deseada que temida después de tantos abusos. Y previendo para España las calamidades de otras Naciones, copia el siguiente párrafo de una homilía publicada el día de San Bernardo de 1792 por D. Fr. Adeodato Turqui, Obispo de Parma. Tra-

taba este Prelado de la solicitud que á los antiguos Gobiernos merecía la dotación del Clero, y refiriéndose á los tiempos presentes dice: "No era "menester menos que la filosofía de nuestro siglo, "para pensar de un modo enteramente opuesto. "Ved ahí el proyecto, que formó la irreligión, el "que, en algunos lugares está disponiendo una "política ciega y el que en otros se ha efectuado "ya. Quitar los bienes á las iglesias; asalariar los "Ministros del Santuario y obligarles á contentarse "de una paga módica y poco segura que se les "contribuía del Erario público. Para combatir semejante proyecto, bastaría solamente decir, que "donde se adoptó, de allí fué desarraigada la religión: pero para desengañar á muchos, observemos "por un momento cuáles serían las consecuencias de este proyecto. ¿Un Pastor de almas "asalariado, y alquilado, ejercer sus religiosos "sublimes ministerios por una paga? ¡Qué vilipendio para el Ministro y para el ministerio! "¿No ver los pueblos en el Pastor, sinó un "sirviente mercenario, ni reconocer en sus sagrados servicios más que un trabajo necesario para "vivir? ¿El mismo Pastor siempre en riesgo de "ver ó diferida ó denegada su subsistencia á la "menor necesidad verdadera ó fingida, que sobreviniese al Estado? Y cómo ejercerá con libertad "é intrepidez ciertas obligaciones repugnantes, "que son inseparables del ministerio pastoral, y "si ejerciéndolas, excita el desagrado y enemistad "de algún poderoso, que con la autoridad y cábalala le quita el pan de la boca, privándole de su "salarios; ¡qué terrible alternativa, ó faltar á los "deberes de su conciencia ó morir de hambre!" ¡Quién diría que sólo algunos años se anticipaba con estos anuncios á la triste realidad!

Pero D. Rafael Tomás, sin desentenderse de su carácter, habla también como repúblico, y en

tal concepto, sin olvidar los derechos de la Iglesia, aboga por los del pueblo. Conque, se queja de los gastos excesivos y de los exorbitantes tributos, compara los tiempos de entonces con los de Felipe III, y recuerda la consulta del Consejo pedida por el citado Rey, á quien tan alta Corporación propone la disminución de criados, la supresión de jornadas, "no siendo muy forzosas," y la revocación de gracias y mercedes, inoficiosas é inmoderadas, sobre todo "si se habían ganado "por importunidad."

Y dicho cuanto se le ocurre respecto de los tiempos del buen Felipe III, compara los tiempos dichos con los de Carlos IV, y entiende que las admoniciones, hechas por la primera corporación de España al rey Felipe, parecen profecía de lo que ocurre con el rey Carlos.

Empeñado el real patrimonio y oprimidos los vasallos todos, nobles y plebeyos, legos y eclesiásticos, ricos y pobres, huérfanos y pupilos, niños expósitos y viudas, y hasta los enfermos de los hospitales, "muchos, y más que muchos "son á pensar aquellas celosas admoniciones "como entonación de las que deberían sonar "hoy; y muchos, y más que muchos son á "exclamar del modo que el Consejo (á Felipe III)... "Mal se pudieron haber hecho las crecidas "expensas que los últimos años vieron Cádiz, "Sevilla, Zaragoza, Barcelona, Badajoz; ni las "que están viendo no tan infrecuentemente los "sitios reales con sus términos, ó sus bosques; ni "las que todo el reino está viendo hacerse desde "sus primeras cumbres hasta sus más escondidos "rincones, en tantos, tantos asalariados, ó dotados "por cuenta del real Erario, sin necesidad, sin "título, y cuando menos sin título para tanto...."

Pasa luego á considerar los millones de reales anualmente invertidos en mercedes tales, y aunque

con alguna vaguedad, indica escandalosos abusos. ¿A quién aludiría cuando nos habla de un "sumidero" por donde se van al año cerca de once millones? No perdamos el tiempo en discurrirlo; pero no sobrará consignar cómo las malversaciones de aquel tiempo traen á su memoria la frase de San Agustín: "*remota justitia, quid sunt regna, nisi magna latrocinia!*" Dios sabe, y otros "podrán saber, si con efecto vienen al caso estas "sentencias." Pero sin afirmar nada ni negarlo, ofrece á la consideración del ministro los motivos de tantos temores y el fundamento de tantas dudas. Oyendo murmuraciones y quejas, entiende D. Rafael Tomás que no es aventurado suponer la justicia en todas sus manifestaciones ultrajada. Reconoce que sus palabras podrán ser reputadas palabras duras. Más duras han de ser las del Supremo Juez en el último juicio.

"Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno." Si esto dice nuestro Señor á quienes no le dieron de comer, ni le vistieron, ó en hambre y desnudez dejaban al pobre que le representa, ¿qué fuego no abrasará eternamente á quienes despojan á los pobres de las ropas que visten y de la boca les quitan el pan que comen? Severa es y trasparente por extremo semejante alusión al despojo perpetrado con las fundaciones piadosas. Y, sin embargo, con tal claridad escribe un pobre Obispo al Ministro de Gracia y Justicia Caballero.

Insistiendo en el anuncio de graves castigos para tamaños desafueros, y fundando, según costumbre suya, cuanto afirma y anuncia en las divinas letras, sin desconfiar por eso de la misericordia divina si llegásemos á merecerla, propone medios conducentes, á su juicio, para la enmienda de los vicios dominantes y al remedio de las miserias que agovian al pueblo. Figura en primer lugar la reforma de "fiestas teatrales,

“trages y gastos, introducidos desde la corte hasta “los rincones del reino...,” la tasa de las cosas más necesarias á la vida, la educación de la juventud, la reforma de los estudios, la prohibición de libros extranjeros, donde se aprende todo lo malo y se pervierte la inteligencia; y figura también la docilidad á los avisos del Espíritu Santo: “nada hagas sin consejo, y no te arrepentirás de “lo hecho; la salud del pueblo está donde hay “muchos consejos.” Pero tocante á los consejos, no se contenta con la necesidad de oírlos, sino que trata de quién podrá mejor darlos, y en primer término propone por consejeros á los Obispos del reino, sin excluir las Cortes y la reunión de todas las Corporaciones residentes en Madrid, conocidas con el nombre de *Consejos*. Entiende, con todo eso, que á nadie podría ser más conveniente oír que á los Obispos, no sólo por las grandes probabilidades de ser bien recibido por el público cuanto ellos propusiesen, sino además por la gran facilidad de reunirlos, por el ningún riesgo de disturbios ni aun de ruido, que ofrecería su reunión, y por la importancia que en España y fuera de España tuvieron antiguamente los Prelados de la Iglesia respecto á los asuntos eclesiásticos y á los negocios de Estado.

En aquellos tiempos felicísimos, según con erudición copiosa demuestra el Sr. Menéndez, la intervención de los Obispos en los asuntos públicos era tan grande, que para formar idea de su importancia, bastará tener en cuenta, que no sólo miraban por el alma de los fieles á su pastoral celo encomendados, sino por todo lo concerniente al orden temporal. Eran jueces revisores de las causas falladas por jueces seculares. Levantaban las fuerzas de estos jueces, como por desgracia levantan hoy los jueces seculares las fuerzas atribuidas á

jueces eclesiásticos. Por lo tocante á España, "fueron alguna vez los Obispos..... como la "luz, el báculo, el consuelo y el refugio de los "reyes... Eran los primeros capitanes de los ejércitos."

Si los Obispos se fueron desentendiendo de tantos encargos y cargos en obsequio de otras "funciones más sustanciales del ministerio Episcopal;" si el poder secular menoscabó poco á poco la jurisdicción eclesiástica; si con mayor ó menor hipocresía fué "sofocada la potestad, y "autoridad de los Obispos, hasta no parecer ni "semejante á la que antes se había visto...;" no por eso será menos verdad, "que jamás se pudo ni "jamás se podrá privar á los Obispos, de que sean "no solamente *semen virorum illorum, per quos* "salus, facta est in Israel, prosapia de aquellos "varones, que destinó Dios, para obrar la salud de "sus pueblos; sinó los primeros de esta familia, jefes, "y príncipes de su Iglesia, puestos por el Espíritu "Santo para regirla," príncipes destinados para dirigir las almas y gobernar los cuerpos, en cuanto el cuerpo debe ser gobernado con el alma. La Iglesia y la república deben estar unidas como el alma y el cuerpo, y sujeta la república á la Iglesia, como al espíritu debe estar sujeta la materia.

Trata enseguida de cómo habían de dar su consejo los Obispos, para lo cual no era preciso ni conveniente reunirlos. Bastaba, según el de Santander, reunir los dictámenes ó consultas sin publicar el nombre de sus autores, tomando al efecto precauciones que indica y en la representación pueden verse. Los Obispos, aunque Obispos, son hombres, sujetos en calidad de tales á flaquezas. Si los Obispos hablasen con absoluta seguridad de que "sus singulares votos" serían "los más secretos," no podrían

menos de esperarse “verdades, noticias, consejos y arbitrios soberanos.”

Parecerá ridículo todo esto, pero, bien considerado el asunto, nada más oportuno; ¿quién había de atreverse á tocar en la llaga sin estar prevenido contra las iras de quien, según Toreno, vendía como en pública almoneda “los empleos, “las magistraturas, las dignidades, los Obispos, “ya para sí, ya para sus amigas, ó ya para saciar “los caprichos de la Reina?”

Sin tantas precauciones se atreve D. Rafael Tomás á echarla de arbitrista, y propone como supremo arbitrio, “renunciar por Dios en bien “de la Iglesia española el derecho, que parece “dar sobre los bienes de la misma Iglesia, ó “sobre su producto en venta, el Breve Pontificio “de esta razón;” devolver á las Obras pías las haciendas vendidas y levantar á los estados eclesiástico y civil los tributos impuestos “por lo “menos desde veinticinco años á esta parte.”

De cómo serían recibidos estos arbitrios, se hace cargo el Prelado, que lejos de atenuar, esfuerza las objeciones de quienes sólo cuentan con los recursos materiales para salir de apuros. ¿Por ventura, dirían los hacendistas, ha de venir el remedio de nuestros males por un milagro semejante á la multiplicación de los panes en el desierto? ¿Podremos esperar este milagro? Pero los sabios del mundo sólo entienden de razones mundanas. Sin levantar sus ojos á lo alto, miran como los brutos hacia el suelo: todo lo esperan de la tierra. El Obispo de Santander, por lo contrario, cuenta con Dios ante todo, y rechazando todo recurso humano reñido con la justicia, entiende que nada injusto puede prevalecer, que nada puede salvar á los hombres y á los pueblos sin la protección de Dios, que no bendice las obras pecaminosas.

Se necesitaba dinero, por lo menos así lo entendían los hombres de aquel Gobierno. Pero los medios de adquirir ese dinero no eran legítimos. Las leyes de Dios y de la Iglesia reprobaban tales medios, y la salvación de los pueblos no se puede fundar en el pecado. Si por huir del pecado, si para honra y gloria de Dios se prescinde de los medios que Dios reprueba; si para servir á Dios nos hiciésemos pobres y á pesar de nuestros esfuerzos no pudiésemos salir de la pobreza, Dios nos ayudaría, ya que no con milagros, por medios providenciales que no conocen, ó por lo menos olvidan, quienes jamás paran mientes en que no sólo de pan el hombre vive.

Cuando el gobierno reduce á sus términos justos los tributos, tan lejos de perder lo no exigido al contribuyente, siembra en terreno fértil, que da ciento por uno. Gana en amor el rey cuanto el tesoro pierde, y por las contribuciones suplen con gran ventaja las donaciones, según la historia de nuestros buenos tiempos lo acredita. Los dones que á Dios ofrece el rey, Dios los devuelve con usura. Como alguien preguntase á San Fernando "cuál sería la causa de ser sus "prosperidades mayores que las de otros reyes "en las batallas contra los moros, respondió: "podría ser que otros se esmerasen más en "*juntar soldados, que en multiplicar altares.*"

La equidad en los tributos mueve á los contribuyentes á pagarlos con gusto y con presteza. No maldicen: bendicen á quien se contenta con lo justo. Las defraudaciones disminuyen, las facilidades en el pago aumentan, la obediencia es filial: se obedece por amor, no por temor. Cuando el rey es el padre de los pueblos, los pueblos son el rey, el rey es el pueblo. Entonces se comprende cómo el pueblo no fué hecho para el rey, sinó

el rey para el pueblo. Pueblo y rey así unidos son invencibles y además felicísimos.

“El Emperador Alejandro Severo,..... á quien “solo sus virtudes morales y políticas elevaron “al Trono; como al tiempo de su elevación halla- “se el Imperio próximo á arruinarse..... supo “sostenerlo, supo fomentarle de modo que en “trece años de reinado le restituyó al antiguo “esplendor: y si bien pudo hacer tanto con su “extremada aplicación á todas las partes del “buen gobierno, y singularmente á la adminis- “tración de justicia; consta que tuvo en ello muy “singular influjo su infatigable solicitud por el “alivio de los pueblos, y haberles en este empeño “disminuido, hasta la trigésima parte de los tribu- “tos que antes pagaban.” Con tal ejemplo cita otros muchos el Obispo, que no hay por qué transcribir en estas páginas, aunque bueno sea indicarlos, para que todos vean comprobado por la historia cuanto la sana razón demuestra justo en conformidad con las divinas letras: “Buscad el reino de Dios y su justicia, y las “demás cosas se os darán de añadidura.”

Tal objeto se propone D. Rafael Tomás con sus arbitrios. Quisiera sustituir á la ciencia económica, que mira sólo á la tierra, con la economía cristiana, que levanta el espíritu al cielo. Todo con Dios, todo por Dios, todo para Dios; porque ¿para quién lo quiere Dios sinó para los hombres? Pudieron reirse del Obispo de Santander los sabios de su tiempo, que lo eran según la carne. Pueden reirse también los sabios de nuestros días, que reniegan de Dios ó de El prescinden. Pero contra la sabiduría de la carne, contra la ciencia materialista, presenta el Sr. Menéndez la verdadera sabiduría fundada en el temor de Dios. La historia de nuestras públicas calamidades da la razón á quien la tiene. El socialismo y el

anarquismo son consecuencia legítima de la ciencia sin Dios. Para que la felicidad vuelva á los pueblos, tienen los pueblos que volver á Dios.

No se limita con todo el Sr. Menéndez á los arbitrios enunciados. Sabido es, que, como el cáncer económico de aquella época, figuraban los vales reales, cuya extinción era el pretexto de grandes desafueros y tributos. El estado eclesiástico se había ofrecido á realizar aquélla en buenas condiciones para el Tesoro. Pero temeroso el Gobierno de la importancia, que con esto había de adquirir el clero, rehusó sus ofertas. Así que, teniéndolo en cuenta el Obispo de Santander, después de repetir “fuera tributos nuevos: fuera “ventas: vuélvanse las cosas á su antiguo ser,” insiste en el noble pensamiento de buscar al estado eclesiástico por redentor de los vales dichos. “Quedando el Erario responsable,—dice— “á sus intereses annuos, aunque sea para pagarlos “paulatinamente en años distintos,..... y á efecto “de que la operación sea más sencilla, menos “costosa, y de menos cuidados para el Rey y sus “Ministros; encárguese solamente á los Obispos; “encárguese así á los de España como á los de “sus islas, y de América, y Filipinas; formando “primero un plan de lo que, según la extensión, “comercio y fuerzas de sus territorios, podrá y “deberá contribuir cada Obispado á la redención; “y se den á los Obispos las facultades más “ámplias, é independientes, para que distribuyan “entre las comunidades eclesiásticas y legos “(cabildos, cofradías, consulados, pueblos) y entre “los poderosos particulares eclesiásticos, y no “eclesiásticos, y según su prudencia entre los “menos pudientes; y asimismo exijan la cuota, “que se señalare á su Diócesis. Hágase, digo, así y “se cuente terminado el negocio felizmente en

“los cuatro ó menos que cuatro años sobredichos. *No se terminará según las trazas en cuatro siglos por el camino que hoy lleva.*”

Damos con esto por terminado el extracto de la representación, cuadro donde se dibujan las miserias económicas de aquel triste período de nuestra historia y se indican además otras miserias. Como porta-estandarte de las reformas económicas y aun de otras, figura Jovellanos. Tocábale á D. Rafael Tomás la defensa del antiguo régimen, y le tocaba en primer lugar á fuer de Obispo, y después á fuer de colegial mayor, si ha de contarse con que los colegiales mayores eran, según Menéndez Pelayo, “grandes adversarios de toda innovación.” Lo cual no impidió el ser innovadores entre otros al mismo Jovellanos, contemporáneo del Sr. Menéndez de Luarca y colega suyo (1) algunos meses en San Ildefonso de Alcalá.

Verdad es, que D. Gaspar Melchor, casi á las puertas del santuario cambió la sotana por la toga, y después de togado, el blondo pelucón de los golillas por la cabellera rizada, cediendo en esto á la voluntad del famoso Conde de Aranda, á cuyas ideas y sentimientos convenía introducir en la magistratura española las costumbres del Parlamento de París. El autor de la carta y del Informe al Ministro de Hacienda transcritos en estas páginas, literalmente aquélla y el último en parte, no debió de asistir en vano á la tertulia de Olavide, donde (2) “se trataban asuntos de “instrucción pública, de política, de economía, de

(1) Jovellanos fué admitido colegial en San Ildefonso de Alcalá el 10 de Mayo de 1764 y D. Rafael Tomás el 27 de Marzo de 1765. Pero aquél, concluido el primer año, se fué á su casa, de donde no regresó al colegio hasta Mayo de 1776, saliendo definitivamente del mismo para Madrid en fines del año dicho.

(2) *Memorias para la vida de Jovellanos*, por D. Juan Agustín Cean Bermúdez.

“policía y de otros ramos útiles al común de los vecinos, y á la felicidad de la provincia, apoyando Olavide los principios y axiomas de estas ciencias “en obras y autores extranjeros.”

D. Rafael Tomás no cambió de vocación, ni tuvo amistad ni aun trato con personas sospechosas. Siempre fueron sus ideas las de un cristiano viejo, español á la antigua. No queremos poner con esto en duda la ortodoxia de D. Gaspar Melchor, á quien Cean Bermúdez califica de “religioso sin preocupación,” sinó indicar tan sólo, que la despreocupación de Jovellanos es el yunque sobre que descarga Menéndez de Luarda duros golpes en su representación á Caballero. Dios permitió que las novedades del Sr. Jovellanos fuesen escritas con notable estilo, digno de ser tenido por modelo, y que no se haya el Obispo de Santander sobrepuesto al de su tiempo ni mucho menos. Los errores de Jovellanos no fueron óbice á los elogios de su elocuencia de parte de un escritor católico, que no perdona en D. Rafael Tomás lo que pudiera excusarse de ridiculizar por respeto á la virtud y saber del ridiculizado. Cosas de literatos, á quienes puede aplicarse aquello de la zarzuela: “la buena forma es el todo.” Ciertamente que si al Sr. Menéndez Pelayo consta la virtud del Sr. Menéndez de Luarda, no así puede constar su ciencia, nada común. Tanto le repugna su estilo, que no acierta á dar razón “sinó de algunas páginas salteadas.”

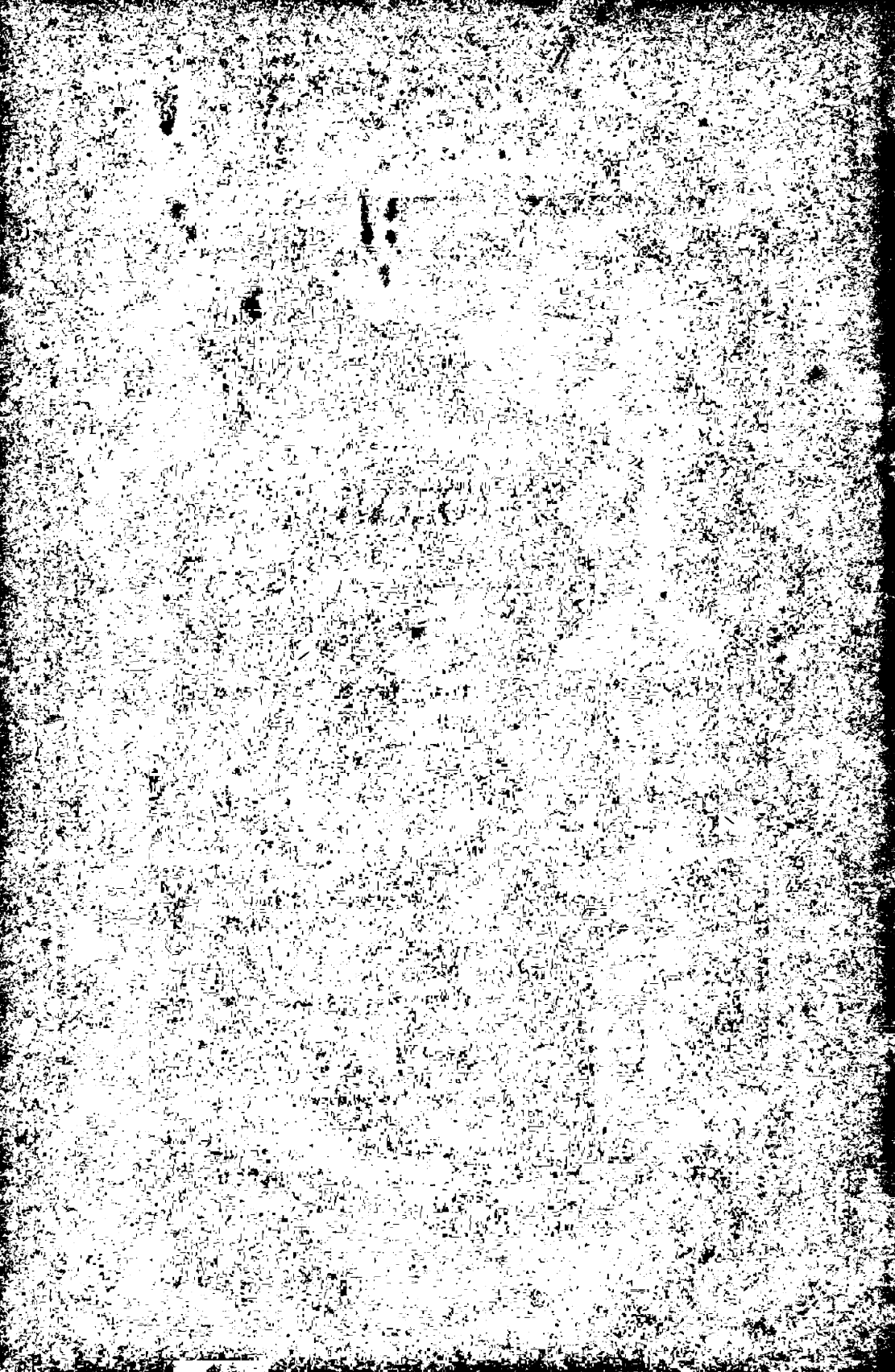
Pero hay una elocuencia superior á la elocuencia de los hombres. La elocuencia de los hechos, muda y todo, es la gran elocuencia. Las teorías económicas de Jovellanos sembraron nuestro país de ruinas, y aun preparan más terribles catástrofes. Para salvar la sociedad se echan de menos un Clero rico y grandes propietarios católicos.

Mas, sin embargo, de que las doctrinas de Jovellanos dan principal ocasión al escrito del Obispo, no le nombra éste una vez, ni le maltrata. Ni en la correspondencia familiar (1) alude á su colega en San Ildefonso de Alcalá: ejemplo raro de mesura en temperamento tan ardiente.

(1) Nada en efecto hallamos en las cartas del Obispo que directa ó indirectamente se refiera á Jovellanos. Pero conservamos una de Fray Vitores Rodríguez, fechada del 9 de Octubre de 809 en Otur, donde el Monasterio de Corias tenía un Priorato. Debía de ser el P. Rodríguez, Abad de dicho Monasterio, á juzgar por algunas frases de la carta, y además hombre de letras que facilitaba al Obispo libros y noticias literarias. Con esa carta remite dicho P. al señor Menéndez, una nota de varios pasajes del ensayo histórico crítico de Marina, hablando de los cuales dice: "Me olieron malisimamente, "de modo que no los puedo sufrir. El autor en ellos, más que Canónico es un mal católico, y libertino, y además se contradice á sí mismo, "elogiando al principio en extremo al Rey sabio, y abatiéndolo al "último enormemente con la destemplada critica de sus leyes..... No "hay en Corias el *Navarrete* que V. S. I. pide. Tengo yo allí el caballo "riojano de Jovellanos, esto es, el *Informe sobre la ley agraria*: lo "haré venir cuanto antes pueda..... Tengo también miedo al modo de "pensar del concoleja de V. S. I., de quien siempre abominé, y es "lástima esté donde está, donde precisamente ha de ser muy perjudicial á la Esposa del Cordero." Jovellanos pertenecía en aquella fecha á la Junta Central.

Por donde se ve, que no todos eran tan mesurados en su correspondencia epistolar como el Sr. Menéndez. En cambio, sirven las pocas palabras de la carta relativas á Jovellanos para demostrar el desfavorable concepto que merecía entonces al Clero el autor del *Informe*.

El Obispo residía por aquel tiempo en Luarca, después de su regreso de Londres y estancia en Cádiz.





CAPÍTULO XXIV.

El Obispo y el levantamiento del año de 1808.

LLEGADA del 18 de Diciembre de 1806 la representación al Ministro Caballero, asunto de nuestro próximo anterior capítulo, queda con harta claridad expuesto, aunque muy en compendio, el pensamiento de D. Rafael Tomás respecto al orden de cosas vigente por aquel tiempo, y á los temores que le asaltan tratándose de lo porvenir. Habrá visto el lector con cuánta libertad, en medio de respetuosas formas, trata la Representación cuestiones, que preocupaban entonces á los españoles; cómo lamenta el Obispo tanto lujo, tanto despilfarro, tanta inmoralidad; cómo á estos públicos pecados atribuye grandes calamidades, castigo providencial de una corrupción escandalosa; cómo en vista de la oficial impenitencia

prevé y anuncia castigos aun mayores; cómo se alarma y extremece al enterarse de que la dinastía de Borbón, era sustituida en Nápoles por la dinastía napoleónica; y cómo recuerda las revelaciones de Marina de Escobar, á propósito de la verdadera Religión amenazada en España. Y teniéndolo en cuenta, ¿podrá creerse que los acontecimientos de 1808 le cogieran desprevenido ni le causasen la menor sorpresa?

Había por aquel tiempo, así lo dice la historia, quienes veían en Napoleón al hombre providencial, restaurador del culto católico en Francia, firme sostén del orden, enemigo de la Revolución que ahogaba en sus brazos, grande organizador de los servicios públicos y esperanza de industrial progreso, manía esta última con que tantos llegaron casi á perder el juicio. No faltaban tampoco partidarios del rey Fernando obcecados con la famosa boda concebida por la indignidad, desdeñada por la soberbia y fantasía de ignorantes, ambiciosos y crédulos. El pensar bien de Napoleón no era por lo visto cosa de pocos, ni de solo una clase. En la nobleza, en el ejército, y hasta en el Clero, tenía el déspota francés admiradores.

Trabajo nos cuesta, con todo eso, el explicarnos la benevolencia eclesiástica, sinó hemos de buscarla entre los clérigos, que pudieron haber utilizado la sórdida avaricia, de que nos habla Toreno (1). No tratándose de simoniacos, apenas se concibe la menor benevolencia con el general de la república sin Dios y con el emperador hipócrita unas veces, desvergonzado las más, indiferente y egoísta siempre.

(1) "Sórdido en su avaricia (Godoy), vendía como en pública almoneda los empleos, las magistraturas, las dignidades, los Obispos, ya para sí, ya para sus amigos, ó ya para saciar los caprichos de la Reina." (Toreno. *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Lib. 1.º, pág. 86, edición de 1835)

Mucho antes de los sucesos á que nos referimos, Pío VII fué invitado á ungir y coronar en París al nuevo César, que se puso á sí mismo la corona, recibiendo del Papa únicamente la unción, escandaloso rasgo de soberbia grosera, propia de un déspota. No hemos de recordar ahora los llamados artículos orgánicos, que se imprimieron con el Concordato, procurando por este medio fundirlos en un todo. Ya en 13 de Noviembre de 1805 tuvo que protestar el Papa de la ocupación por tropas francesas de la ciudad de Ancona. En 1806 los franceses ocuparon también otras ciudades de los dominios de la Iglesia, entre ellas Civita-Vecchia, y fué desposeída la Santa Sede de Benevento y Pontecorvo. El 22 de Julio de 1807 “amenazó (Napoleón) en “una carta al Virrey Eugenio, con degradar al “Papa hasta la condición de un Obispo imperial, “convocando un Concilio sin su cooperación, y “romper por completo con él” (1). No queremos pasar más adelante ni dar extensión mayor á lo someramente insinuado. Antes de 1808 era por demás notorio cuánto podía esperarse, mejor dicho, cuánto debía temerse de un hombre extraordinario ciertamente, pero sin conciencia ni pudor; á pesar de lo cual la historia nos habla de ilusiones que se forjaba el Clero. Triste concepto nos merece semejante Clero.

¿Pensaba como ese Clero el Obispo de Santander? No lo diremos nosotros: lo dice él mismo. Recordará el lector cómo D. Rafael Tomás pondera en su representación á Caballero el malestar del pueblo agoviado por los tributos, afligido por calamidades públicas, descontento del gobierno y ansioso de moralidad y de respeto á

(1) Véase la *Historia de la Iglesia*, por S. E. el Cardenal Her-genröther.

las tradiciones y á las leyes, que tan grande y feliz le hicieran en otros tiempos. Recordará no menos los temores del Obispo respecto á los peligros, que tales complicaciones ofrecen, sobre todo en días de general trastorno y de revolucionarias tentativas. Pero á nuestro propósito no basta que tal recuerde. Mejor será que lea las mismas frases del Sr. Menéndez al exponer sus temores y lamentar las angustias, penas, y anhelos de su infortunada patria, sedienta de justicia.

Véase pues, el párrafo de la representación, y medítense por despacio sus palabras. “Queda “observado dice—que la extremada pobreza, en “que nos hallamos..... tiene afligidas, displicentes, “desazonadas, como escandalizadas, desconfiadas “al fin, desconfiadas de mejor suerte, á nuestras “gentes: ¿Y qué ahora? Gentes así dispuestas, y “más, si más se exaspera, ó no se ataja su indis- “posición; ¿no están en camino de hacer como “aquellas, que, habiendo dicho á su Príncipe *Pater* “*tuis durissimum jugum imposuit nobis; tu diminue,* “*et serviemus tibi;* y como el Príncipe, *sequutus* “*consilium juvenum contra consilia seneorum,* les “hubiese respondido. *Pater meus cecidit vos* “*flagellis, ego autem coedam vos scorpionibus;* “rompieron en decir; *¿quæ nobis pars in David?* “*¿vel quæ hereditas in filio Isai?* Y en fin, ¿cómo “las diez de doce tribus, que dejaron por otro “dueño al que *non acquievit populo, set adversatus* “*à Domino respondit ei dura?* Y para llevar la “cosa por los trámites, que podrá llevar ella; ¿no “cabe sobradamente, que vista la desazón de los “pueblos con la poca resistencia del Reino, se “presenten con cualquier pretexto de invadirle, “golosos, avaros, ambiciosos de su dominación, “los nuevos Alejandro, que pare la tierra en “nuestros días; y que no ya por fuerza, sinó de “grado, les franqueen paso hasta lo más subido

“de la Monarquía, quienes mejor, humorados
“hubieran de resistirles? ¿No podrá también ser,
“que sin presentarse aquellos entronadores, y
“destronadores caprichosos, se vayan á buscar
“alguno de ellos nuestros pueblos en la aprensión
“de respirar mejor bajo su mano; y que sin
“demasiado miramiento á los intereses eternos,
“sofocada esta atención por la ánsia de los tempo-
“rales, se entreguen á quien, si se hiciere bien
“quisto con promesas magníficas, y si sobre todo
“ofreciere conservar la religión española íntegra
“en toda la pureza de su fe, quite y ponga después
“lo que Dios sabe y el mundo no ignora que se
“puso y quitó tras de tan bellas auroras en más
“de una parte del orbe, para por fin dar con todo
“al través?”

No será una historia anticipada de los sucesos el párrafo transcripto, siquiera de perspicaz y previsor acredite al Obispo, que no disculpa sinó explica con acerba censura las benevolencias antipatrióticas de quienes á los intereses temporales posponen los eternos. Parece que al escribirle tenía presente la constitución de Bayona, los decretos de Chamartín y los del rey intruso, sin olvidarse de la dinastía borbónica destronada en Nápoles. La libertad de lenguaje y el valor con que anuncia sus temores sin rendir culto á los respetos humanos, demuestran cumplidamente un entero carácter, y un propósito firme de arriesgarlo todo en aras de la conciencia.

Y no contento con anunciar los sucesos, anuncia sus consecuencias. El pueblo español firme y tenaz en sus creencias resistiendo cual ningún otro invasoras novedades; cuando por ellas se decide, las defiende con igual tenacidad. Cita el Obispo la resistencia que á las predicaciones del Apóstol Santiago opusieron los españoles, sobre todo en Asturias, y la constancia

en profesar la fe una vez abrazada, confesándola en patibulos y campos de batalla, y teme que así acontezca con las novedades modernas. Conque preocupado por tales consideraciones, dice poco después de lo transcripto: lo “Y en tocante al “peligro de nosotros, ó al peligro en que nuestra “Nación, afligida y combatida puede (no obstante “su fidelidad) verse; y contingencias que pueda “haber, de que se entregue, buscada, ó no buscada, “á otro dueño, aun sin consideración á los riesgos “de su católica creencia..... ¿aquella misma su “fidelidad, aquella firmeza y constancia singular “con que abraza lo bueno..... no da por qué temer “mayores males para en caso de que, con efecto, se “avinagre y corrompa?”

La historia de los errores modernos, que constituyen el sistema liberal, comprueba esta previsión. Lo estamos viendo á todas horas y en todas partes. En particular confiesan los liberales sus errores. No pueden negar á veces la verdad, pero no dejan de combatirla, sinó con argumentos, cosa ya desusada, con blasfemias más ó menos groseras ó más ó menos envueltas en formas cultas. ¡Y nos admira procedimiento semejante, que ya estaba previsto! Así en el bien como en el mal los españoles son tenaces.

Mas quizá se nos tache de pesados por detenernos tanto con este asunto, que no lo ha menester. ¿Quién se atreve á negar el patriotismo de D. Rafael Tomás Menéndez de Luarda? Pero, el Conde de Toreno escribiendo la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, respecto á Santander encaja el siguiente párrafo: “El Gobierno francés que con estudiado intento “no veía entonces en el alzamiento de España “sinó la obra de los Clérigos y los Frailes, “achacó al reverendo Obispo de Santander la “insurrección de la provincia cantábrica. Mas

“fué tan al contrario, que en un principio aquel “Prelado se resistió obstinadamente á admitir “la presidencia que le ofreció la Junta, y sólo á “fuerza de reiteradas instancias condescendió “con sus ruegos.”

Veía también con estudiado intento el Conde lo contrario de lo que veía el Gobierno francés, obedeciendo aquél y éste á una misma consigna. Achacaba el Gobierno francés al Clero, en odio al Clero, un movimiento popular, cuya espontaneidad era enojosa para el conquistador; y tiene especial empeño el Conde, á fuer de liberal, en negar al Clero preponderante influencia en una empresa inspirada por el amor á la Religión, á la Patria y al Rey. Pudiera reputarse nuestro juicio exagerado si nos fundásemos tan sólo en las frases copiadas: mas el historiador de aquellos sucesos aprovecha cuantas ocasiones se le ofrecen, para decirnos unas veces: “El Clero español, habiendo “visto que Napoleón había levantado los derribados altares, prefería su imperio y señorío á “la irreligiosa y perseguidora dominación que le “había precedido;” y otras: “El estado eclesiástico “cierto que no se opuso á la insurrección, pero “tampoco fué su autor. Entró en ella como toda “la Nación, arrastrado de un honroso sentimiento patrio, y no impelido por el inmediato temor “de que se le despojase de sus bienes. Hasta “entonces los franceses no habían en esta parte “dado ocasión á sospechas, y según se advirtió “en el libro segundo, el Clero español antes de “los sucesos de Bayona, más bien era partidario “de Napoleón que enemigo suyo; considerándole “como el hombre que en Francia había restablecido con solemnidad el culto.”

Buen correctivo son de los juicios del Conde estas frases de Menéndez Pelayo, en su *Historia de los heterodoxos españoles*: “La resistencia,—

“dice,—se organizó, pues, democráticamente y á “la española, con ese federalismo instintivo y “tradicional que surge aquí en los grandes peligros “y en los grandes reveses, y fué, como era de “esperar, avivada y enfervorizada por el espíritu “religioso, que vivía íntegro, á lo menos en los “humildes y pequeños, y acaudillada y dirigida en “gran parte por los frailes. De ello dan testimonio “la dictadura del P. Rico en Valencia, la del “P. Pin en Sevilla, la de Fr. Mariano de Sevilla en “Cádiz, la del P. Puebla en Granada, la del Obispo “Menéndez de Luarca en Santander. Alentó la “Virgen del Pilar el brazo de los zaragozanos. “Pusiéronse los gerundenses bajo la protección “de San Narciso; y en la mente de todos estuvo “(si se quita el escaso número de los llamados “liberales que por loable inconsecuencia dejaron de “afrancesarse) que aquella guerra, tanto como “española y de independencia, era guerra de “religión contra las ideas del siglo diez y ocho “difundidas por las legiones napoleónicas. ¡Cuán “cierto es, que en aquella guerra cupo el lauro “más alto á lo que su cultísimo historiador, el “Conde de Toreno, llama, con un aristocrático “desdén de prohombre doctrinario, singular demagogia, pordiosera y afrailada, supersticiosa y “muy repugnante.”

Los ejemplos citados por Menéndez Pelayo, hablan muy alto, pero no son los únicos. Si la Virgen del Pilar animó el brazo de los zaragozanos, ¿quién contuvo el de los hijos de Asturias dispuestos á tomar cruenta venganza en los comisionados por Murat y la Junta suprema de Madrid, para reprimir el espontáneo movimiento del Principado? La insurrección patriótica de Oviedo fué acaudillada por el Canónigo de aquella Catedral D. Ramón de Llano Ponte. Cuando la Audiencia sale de su Palacio, en 9 de Mayo

de 1808, á publicar el bando de Murat, se presenta en Cimadevilla el Canónigo, y levantando su derecho brazo, descarga golpe tan fiero en la mano del trompeta, que por encima de los techos vuela el clarín, mientras de Llano Ponte lanza el grito de guerra ¡Viva España! y ¡Muera Francia! repetido por una multitud inmensa, silenciosa hasta entonces, y sobrecojidos los goli-llas, se refugian al sagrado del Tribunal, para esconder allí su bochorno, su despecho y su impotencia.

Días después, la Junta general del Principado declaró á Napoleón la guerra en la sala capitular del Cabildo eclesiástico, y los habitantes de las inmediaciones acudían á la capital precedidos de la cruz. En la Octava de *Corpus* de aquel año, el Cabildo y los frailes de San Francisco salvan la vida de quienes iban á perderla en manos del pueblo armado.

Indica Toreno muy por encima estos hechos que imprimen al levantamiento de Asturias noble carácter. Fué la insurrección asturiana como la de todo el reino inspirada por la fe religiosa. Era el pueblo español un pueblo educado por los curas y por los frailes para bien de la Iglesia y de la Patria. Siempre fueron los españoles invencibles cuando fueron guiados por la cruz. La cruz enarboló Pelayo en Covadonga, y la cruz dió valor y fuerzas á Pelayo, caudillo de pequeña hueste, para vencer á la morisma poderosa.

Los sucesos á que nos referimos, no pueden ser relatados con la extensión que merecen; pero atendida su importancia, basta solo indicarlos, para que se forme juicio de aquellos tiempos y del historiador que así desdeña lo que más valía entonces.

Y volviendo al Obispo, ¿podrá dudarse ni por un instante, de parte de quién estaban su

corazón y su conciencia en Mayo de 1808? Lo dicen claro su representación á Caballero y su Pastoral de 1794; lo dice con mayor claridad su dictadura en Santander; lo dice su famosa proclama (1) anterior al levantamiento de aquel pueblo; lo dice la protección dispensada (2)

(1) Véase á continuación: "Si supiéramos que la fortuna y la ruina "de los imperios y de los reinos depende sobre todo, de la buena ó "mala política de los que gobiernan, y sus soberanos, sería nuestra "suerte dichosa. Si lo diré sin temor. Los soberanos mismos son "los que por sí solos crean ó anulan, engrandecen ó abaten, degradan, "empobrecen ó hacen brillar y florecer sus Estados. No busquemos "en otra parte la prueba de esta verdad luminosa. En la gran España "la tenemos. Bajo unos Magistrados que sabían gobernar, fué la Espa- "ña uno de los más ricos y valerosos reinos de la Europa. Y un prínci- "pe como Carlos IV, dedicado á comer y cazar, la ha arruinado, "habiéndonos puesto en manos del más pérfido del mundo, en térmi- "nos que con decir franceses está dicho todo. No desmayéis, pues veo "cercana la ruina de Napoleón y del gran Duque de Bergajo. No des- "mayéis, no, vuelvo á decir, Montañeses; los asturianos os enseñan el "camino por donde debéis ir. Los catalanes os proponen vuestra glo- "ria, y el Consejo español todo, como padre y Señor y nuestro, os "apunta los senderos y partido que debéis tomar. Y por fin, el resto "de toda la España os está gritando á voces para que la favorezcáis y "sigáis sus huellas. ¿Que os detiene, pues? ¿Acaso la superioridad de "sus Jueces? No..... pues yo soy el único que hay en esta plaza y os "franqueo lo que queráis. ¿Os detiene acaso el Consejo de vuestro "padre espiritual, Pastor y Prelado?; pues seguidle, que con él nave- "gareis seguros. Acudid, pues, á él para que os sirva de General á "quien únicamente debéis obedecer. ¿Os detiene la falta de uno que "levante el grito? pues hacedlo todos á una voz. ¿Os detiene la falta "de dinero para gastos? Ahí tenéis cuarenta mil duros en la oficina "de Marina: millón y medio en la Aduana. La casa de Labat, la de "Planté, la de Vial y la de otros infinitos que os darán lo que pidáis "y sinó vosotros como dueños os lo tomareis. Y el pueblo todo y la "provincia toda junta os ayudará. Pues ¿qué os detiene?; manos á la "obra, nunca mejor que ahora podeis ser felices; nunca podeis "apagar la sed que tenéis de la sangre francesa sinó ahora. A pelear "por la religión, por Dios, por Jesucristo, por el Rey, por la Patria, "por el pueblo, por la Justicia y por vuestra seguridad, pues de lo "contrario, se llega vuestra perdición.—Santander, 22 de Mayo de "1808."

El movimiento popular de Santander se verificó en la noche del 26 al 27. Téngase en cuenta lo que proclama cinco días antes el señor Menéndez de Lúcar para juzgar si la resistencia que opuso al cargo que le confería el pueblo, era efecto de su indecisión ó de su modestia. Se toma el anterior documento de la obra publicada por D. José Antonio del Río y Sainz, con el título *La provincia de San- tander considerada bajo todos sus aspectos*. Efemérides correspondien- te al 22 de Mayo de 1808.

(2) *Memorias del levantamiento de Asturias en 1808*, por don Ramón Álvarez Vaidés, que hablando de D. Víctorio Alonso de la

á D. Victorio Alonso de la Concha y D. José Carrandi Rentería, comisionados por la Junta del Principado de Asturias y expuestos á caer en manos de D. Juan Crisóstomo de la Llave, y lo escribe con precisión y sencillez el Chantre, mucho antes que Toreno publicase su historia. El Obispo de Santander contemplaba con dolor las alevosías de Bonaparte, las infamias de Godoy y la indignidad de una corte corrompida. Quizá formase ventajoso juicio del rey Fernando, ¿quién no lo formaba entonces?; pero contando siempre con Dios y con el pueblo, esperaba del pueblo grandes cosas, y de su parte puso lo que debía poner en ayuda del pueblo.

¡Que no aceptó la Presidencia de la Junta sinó cediendo á reiteradas instancias!.... Sólo entre cierta gente se acostumbra á no contar con la modestia. Sólo á quien no conozca la delicadeza y el carácter del Sr. Menéndez de Luarca, puede ocurrirse atribuir importancia para el caso á una manera de obrar tan propia de aquel Prelado. Obró entonces en conformidad absoluta con sus antecedentes. Cosa parecida hizo cuando para resolverse á ser Obispo, se retiró por diez días á un convento, y después de consultarlo con Dios y oyendo el parecer de varones prudentes, se conformó con la Mitra. Ni entonces ni ahora quiso parte con los escribas y fariseos, que “aman los primeros lugares en las cenas y las “primeras sillas en la sinagoga.” Lo cual no debe considerarse mal presagio tratándose de cargos públicos: dígalo sinó el rey Wamba.

Concha y D. José Carrandi Rentería, dice que “los persigue—La “Llave—con encarnizamiento, y destaca, para arrestarlos, una “partida del regimiento provincial de Laredo:” “el reverendo Obispo D. Rafael Menéndez de Luarca les dispensa toda “protección y los salva.” De todas estas cosas, algo debía saber Toreno, que tomaba parte activa en el movimiento insurreccional de Asturias.



El Chantre no se pára en esta circunstancia que sirve á Toreno de pretexto para negar al Obispo participación en aquel levantamiento: ni la menciona siquiera. Mas en cambio, refiere con desaliño ciertamente, pero muy por menor, otras, que dejan mal parado al historiador de la guerra de la Independencia. “Llegó—dice—el desgraciado año de 1808. Supo S. I. la prisión del Príncipe de Asturias, hoy rey N. S. por la perfidia del valido Godoy, y se llenó de coraje, tanto más cuando supo lo que se imputaba habiéndole tenido siempre en buen concepto, y se llenó de alegría cuando supo de lo ocurrido en Aranjuez, y de haber proclamado rey á nuestro Fernando. Seguía con temores por saber la entrada de las tropas francesas en el territorio español. Pronosticaba mal, y estaba viendo se iba á verificar lo que anunció en la carta Pastoral que publicó el año de 94 exhortando á la guerra contra los franceses republicanos. Cuando supo que al rey se le llamaba á Bayona por el maldito Napoleón y que había pasado por Burgos, se angustió en extremo, y varias veces se le oyó decir, que estaba perdida la cosa y que se perdería la España enteramente si el pueblo no salía á la defensa, y poniéndole algunos inconvenientes sobre esto, echaba á rodar á quien lo decía, y fijo en este pensamiento ó idea, extendiendo especies, se vió un día en su casa de campo de Maliaño con dos oficiales montañeses, como disfrazados. Conferenció con ellos, y se acordó insurreccionar al pueblo, teniendo satisfacción S. I. de que no habría daños particulares. Le llegó allí poco después un edecán de Bessieres, que estaba en Burgos, que le traía carta de este general francés exhortándole á la *tranquilité*, etc. Le recibió con tanta sequedad y seriedad, y le dijo, no se sabe qué, y

“solo se vió que tan aturdido salió el edecán, “que no acertaba á bajar las escaleras..... Desde “Maliaño se había sentido el alboroto de campanas “(la noche del levantamiento), y estando algo “enfermo en cama el confidente (el mismo Chantre), fué S. I. á su cuarto y le dijo: No te asustes, “que ya sé lo que es.”

Pocos pasajes del Chantre rebosan mayor descuido, pero en ninguno abunda más la sinceridad. No escribe D. Juan Francisco Gutiérrez para el público, y lejos está de pensar en que Toreno ha de escribir lo que escribió respecto del Obispo. A los propósitos del Conde viene perfectamente cuanto afirma en su historia. Pero la verdad no está en sus labios. ¿Quién diría que á la cultura y atildamiento de que alardea había de sobreponerse, andando el tiempo, la humildad de un pobre Clérigo? Vienen aquí como de molde las palabras de San Pablo, invocadas por Toreno en el Parlamento español contra un discurso del general Seoanne: “Dios crió las vulgaridades del mundo para confundir á los sabios.” No es con todo eso el Chantre el único en desmentir las afirmaciones del Conde. En las notas á la Oración fúnebre, tantas veces citada pueden verse las siguientes líneas que derraman nueva luz sobre el asunto: “En la crisis de nuestra revolución, desenvolvió S. E. toda la firmeza de su espíritu, constancia, valor y energía. La “invasión de las tropas francesas, la convocación “de nuestro augusto soberano D. Fernando VII “á Bayona y los acontecimientos que se complacaron, turbaron la tranquilidad de S. S. I. El “plan de insurrección se decide en el palacio de “Maliaño á solicitud de los oficiales españoles. “Un edecán de Bessieres se le presenta con “cartas, y S. E., lleno de vigor episcopal, lo “aterra y llena de tal estupor, que no acertaba

“ya con la escalera ni puerta para salir del “palacio.”

Pensar que D. Rafael Tomás hubiese dudado ni por un instante respecto del movimiento popular, sería ofender su memoria. Rehusó la Presidencia por modestia, no por indecisión. Ningún cargo habrá aceptado con más gusto en toda su vida. Amaba entrañablemente á Santander. ¿Y cómo no había de lisonjearle un nombramiento tan espontáneo y una tan espléndida muestra de confianza y deferencia absolutas de todas las clases sociales? Al Obispo y al clero de aquella Diócesis debe mucho la causa de la Independencia.

Más, mucho más, pudiéramos añadir á lo indicado. Los periódicos santanderinos, las efemérides de la citada obra y el libro donde se registran las gracias y mercedes concedidas por los señores Obispos de Santander, tantas veces citado, son manantiales fecundos de claras pruebas contra la insinuación de Toreno. El Gobierno francés estaba mejor enterado de los hechos que quien tenía obligación á conocerlos. El historiador de la guerra de la Independencia no menciona la proclama de 22 de Mayo, donde el Obispo lanza el grito de guerra por la religión, por Dios, por Jesucristo, por el Rey, por la Patria, por el pueblo. D. Rafael Tomás odiaba, con odio santo, á Napoleón y sus obras. Era el Conde enemigo de Napoleón, pero los decretos de Chamartin no le inspiraban horror. “Varios de estos decretos, “reclamados constantemente por los españoles “ilustrados,” califica de benéficos, “aunque procedentes de mano ilegítima.” Toreno, liberal empedernido, da muestras de serlo en todo y aprovecha cuantas ocasiones se le ofrecen de sustraer la religión y la Iglesia al movimiento del año de 8, empeño muy adecuado al carácter de

quien nos habla de "los sectarios de Loyola," y de como "todo les era lícito," si acertaban á "dirigir la intención." Vulgaridad de mal género, pero expresiva y apropiado para formar juicio exacto de quien, á pesar de culto, no prescinde de calumniosos errores, invento de la impiedad servida por la ignorancia en odio á un instituto religioso, gloria de la Iglesia y honor de España.

Vindicada está, pues, la memoria del señor Menéndez de Luarca. Su resistencia á presidir la Junta, hija fué de su modestia, no de su indecisión. Quédese cuanto el Conde historiador dice del Clero partidario de Napoleón, para los compradores (1) de sus dignidades y sus mitras; para los favorecedores del cisma intentado por Urquijo, para los que Jovellanos comparaba con Bossuet y el general Thibot con Fenelón, para los Obispos y clérigos contagiados, según Menéndez Pelayo, por la lepra francesa y empeñados torpemente en suicidarse.

(1) Recuérdense las palabras de Toreno á este propósito copiadas en la nota correspondiente á la página 302.



CAPÍTULO XXV.

El levantamiento de Santander.

Los sucesos que constituyen la historia del levantamiento de Santander, pertenecen á la historia del Sr. Menéndez de Lúcar. Acaba de verse cómo no le cogieron desprevenido las tentativas de Napoleón, cuáles eran sus opiniones y simpatías, cuánta su lealtad como español y cuánto su celo como Prelado. Para dejar donde lo merecen su memoria y las frases de Toreno, citamos hechos y documentos más propios del presente capítulo, pero limitándonos siempre al objeto exclusivo de aquéllas páginas. No seremos ahora tan concisos: antes bien, insistiendo en lo ya dicho, se añadirá lo entonces omitido y sin pecar por difusos, seremos todo lo extensos que nuestras averiguaciones lo permitan.

“Santander, agitado y conmovido, ponía en “sumo cuidado á los franceses,” según Toreno, y atento el Mariscal Bessieres á prevenir un movimiento popular en aquélla ciudad, despachó desde Burgos á un Ayudante general, con pliegos para el Cónsul francés, en los cuales amenazaba con el envío de una división para el caso de alterarse la tranquilidad pública. Pasa en silencio el Conde la visita del Ayudante de Bessieres al Obispo y la carta del Mariscal que le entregó en la visita, circunstancias no dignas por ventura de la historia, cuya omisión, sin embargo, no parece reñida con el propósito de negar al Sr. Menéndez toda influencia en los sucesos del 26 de Mayo, propósito con mayor claridad manifestado al decirnos cómo por hallarse D. Rafael Tomás en la quinta de Maliaño, á dos leguas de Santander, no pudo tomar en ellos parte.

No es ingenioso el argumento, pero tampoco es lógico. La coartada es aplicable á otros casos. Sólo aquí sería útil para probar que la parte tomada por el Obispo en aquéllos acontecimientos, se parece muy poco á la del famoso tío Pedro en el motín de Aranjuez, cosa en que convenimos. Nada se parecía el Obispo al “inquieta y bullicioso Conde de Montijo,” mezclado casi siempre en ruidos y asonadas, y personaje de poco envidiable fama en asuntos de logia.

Sea como quiera, la misión del Ayudante lejos estuvo de surtir el deseado efecto. Antes las intimaciones provocaron en Santander indignación profunda. Vino á ser como la chispa eléctrica un suceso casual y baladí, la ingenuidad primitiva de un pobre niño que hirió en lo vivo la refinada cultura de un francés no acostumbrado á semejantes libertades, para remedio de las cuales dijo en son de amenaza, que vendría Napoleón. Y lo dijo con tanta irreverencia respecto

al Emperador, cuya soberbia no debería conformarse con un ministerio tan humilde, como inoportunidad, tratándose de un pueblo altivo.

Porque las amenazas del extranjero fueron como la señal convenida para que tocándose á rebato las campanas y dada en todas partes señal de alarma, acometiese el pueblo al Castillo, entrando en él sin resistencia alguna de la fuerza que le guardaba. ¡Muera Napoleón! ¡Viva Fernando! ¡Viva España! era el grito de guerra de aquella muchedumbre, que allí se armó tomando de los almacenes más de dos mil fusiles.

Llevados á las Casas Consistoriales el Comandante de armas y demás autoridades, en el Ayuntamiento “se formó una Junta”—dice el Chantre—“para que gobernase, señalándose por “Presidente al Obispo, á quien de noche se envió “aviso á Maliaño.” Al día siguiente, dos comisionados de la Junta fueron en busca del Prelado, que al llegar al muelle se halló con “la ciudad en “cuerpo de tal (1), que le acompañó hasta las “casas del Ayuntamiento, y se halló con un “gentío inmenso que le estaba esperando y for- “madas desde el muelle hasta dichas casas dos “filas de gente armada con fusiles.”

Nos cuenta el Chantre cómo el Sr. Menéndez aceptó la Presidencia de la Junta, procurando el sosiego público y el arresto de todos los franceses sin causarles daño. Entre los arrestados figuraban el Cónsul de aquella nación y el Ayudante de Bessieres. La multitud enardecida, “al prender un “francés malo, quisieron acabar con él”—continúa el Chantre—“se puso delante un Oficial, y logró “que nada se le hiciese sinó prenderle.”

Toreno dice que el arresto del Ayudante y del Cónsul francés, fué obra de los oficiales del

(1) El Chantre.

provincial de Laredo, que los sacaron de la casa consular á las once de la noche para conducirlos al cuartel de San Felipe, con el objeto de salvar sus vidas, dejándolos en dicho cuartel bajo la custodia de los milicianos que le ocupaban. El arresto de los demás franceses se verificó, según el mismo historiador, por el vecindario armado, con el mayor orden y sin, que los presos ni sus propiedades recibiesen menoscabo.

Nótase diferencia respecto al particular entre Toreno y el Chantre. Nada tiene de extraño. El Obispo, constituido en autoridad, pudo revalidar la obra del pueblo y hacer extensivo el arresto á más personas. De todos modos, no es sustancial la divergencia y siempre queda una cosa notable, la nobleza y la cordura de una muchedumbre armada, que por sus propios sentimientos obra como si la dirigiese mano experta; lo cual trae á nuestra memoria lo transcripto de los Apuntes del Chantre, en el capítulo próximo anterior: "Conferenció con ellos y se acordó insurreccionar al pueblo; teniendo satisfacción S. I. de que no habría daños particulares."

Véase ahora cómo refiere los hechos la *Nota E* de la tantas veces citada Oración fúnebre: "La insurrección se forma, se arman los vecinos, se crea una junta, y el Sr. Obispo es nombrado presidente. La ciudad le recibe en el muelle, y el pueblo armado le lleva como en triunfo á la casa de ayuntamiento, donde acepta la presidencia de la Junta, que decreta desde luego la prisión de los franceses avecindados en Santander, mas con orden expresa de no hacerles el menor daño." La Junta revalida la obra del pueblo, dándole tal vez mayor extensión. Los arrestos eran un hecho de fuerza. Después fueron un acuerdo de la autoridad. La muchedumbre armada procedió con mesura, á pesar de su justa indigna-

ción, como dirigida más ó menos inmediatamente desde Maliaño.

Difícil explicación tiene movimiento tan general y tan enérgico en medio del mayor orden, sin previos trabajos dirigidos por inteligencia superior que acomete tan árdua empresa por deberes estrictos de conciencia, y sin miramiento alguno á intereses bastardos. La proclama de 22 de Mayo que ya conoce el lector, lo dice todo. Las simpatías del Obispo y sus propósitos se ocultan únicamente á Toreno. Los comisionados por Asturias el 9 de Mayo para explorar los ánimos en Santander, conocieron muy bien cómo pensaba D. Rafael Tomás, á cuya protección deben no haber caído en manos de La Llave.

Pero ya está el Obispo en Santander, al frente de la Junta y contemplando cara á cara la responsabilidad del nuevo cargo y la trascendencia gravísima de un levantamiento popular, en que figura por modo tan importante. Quien haya leído á Toreno temerá, no sin razón, dar cuando menos lo piense, con las "señales de su descom-
"puesto temple (del Obispo)..... con su terco
"fanatismo y desbarros que tocaban casi en
"locura." No era loco D. Rafael Tomás. Si loco fuese, su locura sería la locura de la cruz, locura cuerda, de la cual estuvo lejos de adolecer Toreno, en su historia por lo menos. De suponer es que terquedad fanática no fuese aquello de la nota dicha (1): "Las sabias providencias del Sr. Obispo
"se extienden á todos los pueblos de la provincia,
"para que señalen diputados y se comprometan á
"crear una junta general..." Asunto en que con la nota están conformes los Apuntes del Chantre. ¿Dónde hallaremos, pues, el "terco fanatismo y

(1) Nota E. á la Oración fúnebre del P. Pamplona, transcripta en parte en anteriores párrafos y continuada su reproducción ahora.

“desbarros” que deslucían las “recomendables prendas” del “eclesiástico austero en sus costumbres,” á quien acataba “el vulgo como si fuera un santo?”

No lo dice Toreno en el pasaje de donde tomamos lo transcripto; pero no es imposible dar con ello. Los desbarros están en lo que mueve al vulgo á venerar al Obispo; en la guerra santa que predica por la religión, por Dios, por Jesucristo; en sus temores respecto á la unidad religiosa de que repetidamente nos habla en documentos extractados en este libro; en su resistencia invencible á publicar el decreto de las Cortes contra la Inquisición, y en todas sus Pastorales, alguna de las cuales, sin embargo, elogia Jovellanos, según veremos á su tiempo.

No lo dice así el Conde. ¿Y cómo había de decirlo, cuando por llamar al Obispo loco, terco y fanático, se parapeta tras de sus “recomendables prendas,” confesión con que se considera autorizado para escupir bilis mal encubierta por su aristocrática cultura y formas doctrinarias? Pero si no lo dice, lo siente. Y no puede menos de sentirlo quien trata á los jesuitas de sectarios; quien llama soluciones benéficas á los decretos de Chamartín; quien prevé con fruición cómo al lado de los altares católicos han de levantarse, tiempo andando, los templos protestantes; quien se declara enemigo del Santo Oficio y mira mal á los Frailes. No, no puede menos de sentirlo así un liberal como Toreno, tratándose de un Obispo tan anti-liberal como, para honra suya, lo fué D. Rafael Tomás Menéndez de Luearca.

En cuanto á las señales de su descompuesto temple, que dió el Obispo, nos las presenta el historiador para evitarnos el trabajo de buscarlas. Diólas—dice,—“autorizándose con el título de “Regente soberano de Cantabria á nombre de

“Fernando VII, y con el aditamento de Alteza.” No es Toreno el único en motejar por esto al Sr. Menéndez: alguien más le moteja. Pero nadie se fija en que la inmodestia es el defecto más ajeno de tan humilde Prelado. Tanto sobresalía en la humildad, que á trueque de no perderla estuvo á punto de incurrir, si no incurrió, en el mayor desaseo. Su vestido era pobre por extremo. Pero en las grandes solemnidades de la Iglesia velaba tanta pobreza con un exterior espléndido. “Hay que honrarla,” cuentan que dijo en una festividad de la Inmaculada Concepción á sus familiares, sorprendidos de verle con finísimo roquete, primorosamente labrado.

Pues como á la Virgen Madre honraba con lujoso roquete sobre harapiento traje, así honraba con el tratamiento de Alteza la representación de un cargo elevadísimo. Alteza se dió á la Junta del Principado de Asturias en igual caso. Alteza se dió á Espartero; hasta Serrano fué Alteza. En el pronunciamiento de 1843, juntas hubo con ese tratamiento. El de Excelencia siempre fué cosa corriente, tratándose de Juntas de provincia en todas las revoluciones ó motines, que constituyen la historia liberal de España. Las mismas Cortes de Cádiz se hacían tratar de Majestad. Y lo entendemos bien. Si el pueblo es soberano, ¿á qué negar á las Constituyentes los atributos de la soberanía?

Si la Junta de Santander acordó que sus poderes no eran sinó los peculiares del Rey, cautivo á la sazón en extranjera tierra, lo entendió como debía entenderlo. Estos poderes no provenían del pueblo, á quien sólo tocaba elegir persona que le sirviese de jefe y guía en la heroica empresa de recobrar al Rey y con el Rey la Religión y la libertad de la Patria. Si la Junta representante del pueblo, nombró para este cargo al Obispo, no se

le puede argüir de inconsecuencia. Para representar á un Rey es lo más propio un Regente, y con mayor razón en tiempos tan turbulentos y en circunstancias tan críticas, que imperiosamente demandaban la concentración de poderes.

Eso de "autorizarse con el título," no sienta en boca de quien pocos renglones antes niega rotundamente al Obispo participación en los sucesos del 26 de Mayo, y aduce para probarlo su negativa tenaz á presidir la Junta, ¿cómo se explica en el Sr. Menéndez de Lurca tan improvisada inmodestia sin ejemplar en el decurso de su vida no corta y por extremo variada?

En las notas publicadas el año de 1788, con motivo del primer Centenario de la milicia cristiana, se inserta el documento, donde aparece nombrado (1) Regente único de la Cantabria en

(1) He aquí literalmente copiado el documento á que nos referimos en el texto:

"La Junta Suprema Cantábrica, en la reunión celebrada el día "once del corriente, nombró á su Presidente el Ilmo. Sr. Obispo de "esta diócesis por Regente único de esta provincia, en nombre del "Sr. D. Fernando VII, nuestro Rey y Señor á quien mandaba pro-"clamar con la misma autoridad soberana que ejercería S. M. si se "hallase dentro de su Reino, y después de haber formado para el "arreglo de ejército una Junta militar compuesta de los señores "D. Antorío Socobio, Conde de Villanueva de la Barca, D. José "Antonio de Terán, D. Juan de Aguirre, D. José Quijano, D. Fer-"nando de Heras, D. Vicente de Camino, D. Manuel de Bustamante, "Marqués de Valbuena, D. Tomás Rifa y los Comandantes actuales "de los tres puntos de los Tornos, Escudo y Reinosa, sujetos todos "de su confianza; formó otra para el ramo de Hacienda, nombrando "para ella á los Sres. D. Julián Bringas, Alcalde Mayor, Subdelegado "de Rentas, que será su Presidente; Conde de Campo-Giro; D. Juan "Rosillo, D. Joaquin de Ceballos; D. Pablo Villa y Torre y D. Jeró-"nimo de Argos, facultándoles para que puedan sustituir sus funcio-"nes en otros vocales de esta Suprema Junta. En su consecuencia "manda á los corregidores, Alcaldes mayores, Justicias Reales "ordinarias, Milicias de todas clases y grados, Prior y Consules, "Administradores, Contadores, Tesoreros, Recaudadores y demás "dependientes de la Real Hacienda, y de cualesquiera otros ramos "públicos en el distrito de la Suprema Junta, á todos los cuales y á "cada uno de por sí, se confirma esta en sus respectivos empleos "que obedezcan, cumplan y ejecuten puntualmente y sin réplica "cuantas órdenes se expidieren, tanto por dicho Ilmo. Sr. Obispo "Presidente y Regente en todos los negocios que abraza su soberanía, "como las que dicen las dos referidas Juntas Militar y de Hacienda,

nombre de Fernando VII el Obispo de la Diócesis. Y atendiendo el autor de aquella efemérides publicada después en la *Provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos* á las calificaciones poco convenientes con que algunos historiadores motejan al "Sr. Menéndez de Luarca, "por aparecer que él mismo se nombraba Regente, haciendo que se le diese el tratamiento de "Alteza, nosotros creemos—dice—que, obligado "por fuertes instancias de los demás, más bien "aparece débil que otra cosa en este trance; y lo "creemos así por constarnos de una manera positiva que cuando se le presentó la primera comisión en Maliaño para que aceptase el cargo de "Presidente de la junta Cantábrica, fué preciso "repetirle mil veces que era el pueblo el que le "había manifestamente proclamado. Aquí pudo "suceder lo mismo, empenándose todos para que "fuese Regente y se le diese el tratamiento de "Alteza. Creemos, volvemos á decir, que pudo "ser la claudicación de su carácter, más bien que "la de su conciencia... Le nombraron sus compañeros Regente y las razones y excusas no le "valieron para librarse del empeño de aquéllos, "ó lo hizo por que en medio de su sencillez y del "respeto que se le tenía, creyó que no habiendo "Rey en la Nación, al Obispo le correspondía en "su Diócesis la regencia."

Con perdón del autor de la Efemérides, no tenemos por qué convenir en debilidades y claudicaciones. La Junta pudo gobernar por sí misma en nombre del Rey ó por medio de un Regente, que á su juicio desempeñase con acierto tan

"en lo que respectivamente les pertenece. Dado en Santander á 14 "de Junio de 1808.—*Rafael Tomás*, Obispo Regente.—*Antonio "Socobio*.—*El Conde de Campo-Giro*.—Por acuerdo de la Suprema "Junta provincial, *D. Luis del Campo*, su secretario.—Ciudad de "Santander."

elevado cargo. Si las circunstancias exigían la reconcentración de poderes en una sola mano; si para ello no encontraba persona más autorizada que el Obispo, ¿por qué se ha de suponer que sin menoscabo de la modestia no podía el Obispo aceptar la nueva investidura? ¿Por qué se aplica en este caso criterio tan distinto del empleado cuando el Sr. Menéndez de Luarda aceptó la presidencia? Si entonces no fué inmodesto, ¿por qué ahora lo es? El mismo acuerdo inserta el *Correo de la Cantabria*, en su número 142, correspondiente al 15 de Junio de 1883, seguido de estos dos párrafos: "Este documento fué criticado por la firma del Obispo, que se arrogaba el título de Regente y á quien se daba el tratamiento de Alteza, chocando por lo mismo que era proverbial su modestia."

"Mucho podíamos decir sobre el particular, pero nos contentaremos con manifestar que el pueblo quería tanto al Obispo, que, si en vez de proponerle para Regente, le hubiesen denominado monarca, le hubiese tratado aquí todo el mundo con gusto de S. M. Hasta tal punto se le quería."

Tenemos, pues, la inmodestia fundada en una firma del Obispo, que autoriza el 14 de Junio la publicación de su nombramiento de Regente acordado el 11 del mismo mes. Hoy se hubiesen hecho las cosas de otro modo. En las costumbres modernas todo es convencional. La hipocresía inventa mil recursos que disfrazan las más innobles pasiones. Si la Junta confiere un nuevo cargo al Obispo, y el Obispo es Presidente de la Junta, parece natural é indispensable que la firma del Presidente autorice la publicación del acuerdo. Nuestros mayores no habían olvidado aún el dicho de Santa Teresa de Jesús: "la humildad es la verdad." Y en efecto, si pudo

D. Rafael Tomás aceptar el 27 de Mayo la presidencia sin merecer el cargo de inmodesto, si por su modestia excesiva dió motivo para que se le reputase indeciso, ¿cómo se le moteja por haber aceptado pocos días después el cargo de Regente? ¿No pudieron y no debieron mediar en este último caso razones semejantes á las que motivaron su resolución en el primero?

Pero éstas críticas de otra manera se explican. En el segundo párrafo copiado del *Correo de la Cantabria* está la clave. El pueblo amaba al Obispo con amor entrañable. La influencia del Prelado sobre sus diocesanos, no podía ser más grande. Y tanto amor, tanta influencia, consideración tamaña, no podían ser de buen efecto para el historiador, que forma empeño en negar al Clero principal importancia respecto al movimiento del año de 8, sobre todo en Santander. Toreno se equivoca de medio á medio, por lo menos tratándose de Santander; y se equivoca por modo tan lastimoso, que no tiene su equivocación disculpa, ni puede satisfactoriamente explicarse. Los hechos le desmienten, y acosado por la verdad, permite al despecho desahogos impropios de su carácter personal, noble y caballeroso, pero frecuentes en hombres de sus ideas.

Toreno era liberal y liberal empedernido á fuer de doctrinario. Ya hemos visto lo que Menéndez Pelayo dice de Toreno; mas todavía nos falta ver lo que publica el historiador de las *Sociedades secretas*, D. Vicente de Lafuente, al extractar la oración fúnebre predicada en las exequias de Porlier, el 4 de Mayo de 1820, en la iglesia de San Agustín de la Coruña, por el cura Escario. Como éste hubiese aludido al "dignísimo "Conde de Toreno," pone la siguiente nota (1):

(1) *Historia de las Sociedades secretas*, tomo 1.º, pág. 243, impresa en Lugo por Soto Freire, año de 1870.

“Porlier había casado con D.^a Josefa Queipo de Llano, hermana del Conde de Toreno. Ambos “cuñados estaban comprometidísimos en la conspiración de 1814. Que Toreno era ya francmasón, “parece indudable.” Lo cual dicho por cuenta de D. Vicente de Lafuente, nada más hay que añadir. Es honra y muy distinguida del Sr. Menéndez de Luarca el haber sido tan mal tratado por Toreno y por quienes después siguieron las huellas del historiador del *Levantamiento, guerra y revolución de España*.

Pero tal vez hayamos dado innmerceda importancia á la decantada inmodestia del Obispo. En realidad menos resulta ofendido que honrado el Sr. Menéndez de Luarca. Acusación tan baladí de parte de tal acusador, demuestra bien que no cosas mayores le pudo echar en cara.

Una proclama, suscrita por D. Rafael Tomás, pasa en silencio el Conde. Ya la conoce el lector. Publicado este documento por el periódico santanderino *El Correo de Cantabria*, de 28 de Mayo de 1883, por la *Milicia Cristiana* en 1888, y por la *Provincia de Santander, considerada bajo todos sus aspectos*, en 1891, debe también figurar en esta biografía, para honra de D. Rafael Tomás y como prueba de cuán desacertados son los juicios de Toreno. Califica de altamente revolucionario esta proclama el autor de la *Efemérides*, que por otra parte se manifiesta admirador tan entusiasta del Obispo como puede serlo de su padre el hijo más cariñoso. Si á pesar de tanta admiración y cariño no duda el autor dicho en tener por revolucionaria la proclama, sorprende que Toreno no haya aprovechado la ocasión de comprobar con un argumento más los desbarros que tocaban casi en locura; lo cual demuestra cómo ante todo dominaba en el Conde el empeño incalificable de presentar al Obispo retraído del

movimiento patriótico, común entonces á los españoles. No se crea, sin embargo, que veamos nosotros en la proclama nada parecido á desbarros, ni á revolucionario siquiera. Si el documento, curioso por extremo, revela el ardiente carácter de D. Rafael Tomás y el desaliño y mal gusto de su estilo literario, no desdice de aquéllas críticas circunstancias, donde mejor cuadraban patrióticos arranques y altivez española que lucubraciones filosóficas, poco apropósito para levantar el espíritu público, abatido con los ejércitos franceses, dueños de nuestras principales plazas fuertes; con el Rey prisionero y la independencia nacional en riesgo.

Que lo revolucionario de la proclama no ha de ser el retrato de Carlos IV, claro está. El Obispo habla de Carlos IV con verdad, y calla respecto de su corte, por cristiana prudencia, mucho que podría decir y la historia nos cuenta. No reparó tanto el Conde. A los franceses trata como un español debía tratarlos, reciente todavía la hecatombe del 2 Mayo. Que de Francia nos vino la revolución, nadie lo duda. D. Rafael Tomás lo repitió cien veces. ¿Cómo se tiene por revolucionaria una proclama que combate á los apóstoles de la revolución? Unicamente la perfidia pudo inspirar á los judíos que Jesucristo lanzaba los demonios, en nombre de Belzebú, príncipe de los demonios.

Una proclama guerrera no es una carta Pastoral. ¿Cómo hablarían al ejército cristiano el Arzobispo D. Rodrigo en las Navas de Tolosa, y D. Gil de Albornoz, que también lo era, en el Salado? La sed de sangre francesa y el dinero que podía encontrar el pueblo, tiene mucho de metafórico y todo puede caber en los derechos de la guerra, sin menoscabo de la justicia, cuando la guerra es lícita y la necesidad apremiante.

La licitud de aquella guerra no puede ponerse en duda. Duras y aun crueles son con frecuencia las consecuencias de la guerra, pero no ilógicas. El punto está en que los beligerantes acomoden sus procedimientos á una medida que marque la prudencia.

Difícil es conciliar con lo marcial lo humanitario, pero en todas las guerras, hasta en las menos crueles, se ha recurrido á medios, que si por razón de la forma parecen atropellos, dejan á salvo la justicia. El general que ha menester recursos para su ejército, los toma donde los halla, dejando á cargo de otros el reparto de la contribución de guerra. Sinó es fácil mantener el pueblo armado en disciplina, en Santander nunca perdió el Obispo su ascendiente. Sabía con quién trataba. Su misión era entonces inflamar á un noble pueblo que contaba con Dios tan sólo y con el esfuerzo propio. Y no era ocasionado á inconvenientes un lenguaje, que tal vez podría serlo en otras partes y en otros tiempos. Sabía el Obispo adonde podía llegar, y no se equivocó ciertamente como luego veremos.

El *Correo de Cantabria* atribuye á esta proclama el decreto de Napoleón, exceptuando al Sr. Menéndez de la amnistía concedida en Burgos; cumplido elogio del documento y de su autor, que acertó á herir en lo vivo. Proclamas que no exasperan al enemigo, no son proclamas guerreras.

Pero "la sed de sangre francesa," "la casa de Lavat, la de Planté" y otras, son ideas que al Obispo sugieren las circunstancias críticas por extremo, no su corazón manso y humilde. Era el Sr. Menéndez de Luear, á pesar de su carácter indomable cuando mediaba el deber, incapaz de causar el menor daño. Era su corazón, como dice la *Efemérides* de 22 de Mayo, "corazón de

niño bueno;" el respeto á la propiedad ajena no pudo rayar más alto en este noble repúblico. Pruébalo el episodio referido en otra Efemérides del mismo centenario, que publica también la *Provincia de Santander, considerada bajo todos sus aspectos*. Helo aquí al pie de la letra: "Pocos días después de los sucesos del 26, entró un buque en nuestro puerto con bandera francesa y rico cargamento de frutos de América; algunos individuos creyeron que se debía apresar el buque, y aunque la tripulación ignoraba lo que había ocurrido en la Nación, se tomaron las disposiciones necesarias para que no se hiciese á la mar. Presentáronse aquéllos al Presidente de la Junta Suprema Cantábrica, y le dijeron:

"—Tenemos que dar á V. S. I. una gran noticia.

"—¿Qué hay, hijos míos?

"—Acaba de entrar en la bahía un buque francés de gran porte y rico cargamento de América, y se le ha mandado aviso que queda detenido y á resultas de lo que V. S. I. disponga.

"—Ese buque ¿es del Emperador de los franceses?—dijo el Obispo con presteza.

"—No, señor.

"—¿Es de su Armada?

"—Tampoco.

"—¿De los que ostensiblemente nos hacen la guerra?

"—Señor...

"—Nada, decidmelo.

"—No, señor; es un buque mercante y su carga pertenecerá á sus armadores ó á cualesquiera otros.

"—Pues entonces, dejemos en paz á sus inocentes tripulantes, y no perjudiquemos á ninguno; el buque está en libertad para salir

“cuandoquiera. Ningún daño nos han hecho sus tripulantes, ni sus armadores, ni los dueños de la carga, y por lo tanto, ningún derecho tenemos nosotros, no ya para perjudicarlos, que ni tampoco para proporcionarles la menor dilación en sus faenas, ni el menor disgusto.

“Lo que sí podremos hacer es suplicar al capitán que conduzca á Francia á los compañeros que tenemos presos en el cuartel de San Felipe, y si accede á llevarlos, que se embarquen y vayan todos con Dios; que no digan nunca que la nación española no es una nación magnánima, ni que Santander deja de seguir los impulsos de tan nobles sentimientos, ni que vuestro Prelado no sabe cumplir como cristiano el precepto de Jesucristo, que nos enseña á volver bien por mal, á perdonar los agravios y á considerar que todos los hombres somos hermanos.”

De osadía califica Toreno el levantamiento de Santander, atendida su proximidad á los franceses y sus menguados recursos. La Junta general no se limitó á proclamar Regente de la provincia al Obispo. En la sesión de 11 de Junio, donde se adoptó este acuerdo, fué nombrada también una Junta militar para el arreglo del ejército y otra para el ramo de Hacienda; con que se procedió sin dilación á un alistamiento general y á la formación de cuerpos que, aun faltos de instrucción y disciplina, salieron á los confines y puertos secos de la provincia. Pero lejos estuvieron de ser éstas las primeras medidas de salvación. El llamamiento de todos los mozos aptos para el servicio, acuerdo fué del día 27, fecha en la cual aquella Junta que acababa de ser nombrada por el pueblo, comunicó el suceso á la de Oviedo, proponiéndole alianza y pidiéndole armas. Lo acordado en 11 de Junio no es por lo tanto cosa nueva.

La Junta del Principado que desde el 9 de Mayo se declara contra Napoleón, nombrando á D. Victorio de la Concha y á D. José Carrandi y Rentería para comunicar á la provincia de Santander los acontecimientos de Asturias, recela que la Montaña no se decida por temor al Mariscal Bessieres, que puede fácilmente sofocar cualquier movimiento en aquella ciudad, y hasta por allí correrse á nuestra tierra. Quiere la Junta enterar á los montañeses del incremento de la insurrección en Asturias, pero sin comprometerles ni olvidarse de los riesgos porque pasaran Carrandi y Concha. No parece tan fácil conseguirlo, y vacilante en cuanto á la adopción de medios, viene á sacarla de apuros un oscuro asturiano, D. Diego Suárez (1), que se ofrece á

(1) Ofrece no poco interés lo que se relaciona con la misión de D. Diego Suárez; por lo cual nos parece que verá el lector con gusto cuanto respecto del particular nos cuentan las Memorias del levantamiento de Asturias en 1808, por D. Ramón Alvarez Valdés. "Había recelos, dice la Memoria, de que no se pronunciara la montaña de Santander tan pronto como se deseaba, por temor al Mariscal Bessieres que, ocupando á Burgos, Palencia y pueblos inmediatos, podía fácilmente correrse sobre la ciudad, sofocar en su origen la revolución, y aun invadir por aquella parte y con el mismo objeto el Principado. La dificultad de comunicar lo aquí ocurrido, sin peligro de comprometer los montañeses, tenía en conflicto á la Junta, pero le saca de él D. Diego Suárez, de la parroquia de Novellana, dependiente del Diputado D. Gregorio Jove. Abundando como éste en patriotismo y entusiasmo, se ofrece á presentarse al Reverendo Obispo de aquella Diócesis y enterarle de cuanto en su país natal hubiera sucedido. La Junta aprovecha tan favorable coyuntura y comisiona á Suárez para entregar á este Prelado un pliego expresivo de los acontecimientos de Asturias, con las proclamas y órdenes publicadas, excitando su celo patriótico para que promueva la sublevación de la Montaña y ofreciendo desde luego diez mil fusiles para armarla, sin perjuicio de hacer mayor remesa. Señálese la ruta por Arenas de Cabrales, Peñamellera y Cabezón de la Sal, á fin de que pueda ir tomando lenguas sin exponerse, y para mayor seguridad, se le cosen el pliego é impresos dentro del collar de un lebril que consigo lleva. Sale á las doce de la noche del 26, y á pesar de la desgracia de haber muerto instantáneamente al acercarse á la Pola de Siero, precipitado en un barranco con motivo de la oscuridad de la noche, el alquilador que le acompaña, sigue la ruta marcada y llega á Cabezón de la Sal. A su llegada se encuentra con la noticia de haberse sublevado en aquella Santander, y pasando á esta ciudad entrega el pliego y los impresos al Reveren-

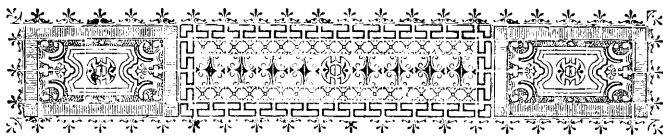
tan arriesgada empresa. Se acepta su patriótica oferta y parte Suárez la noche del 26 de Mayo con un pliego para el Obispo de Santander, en el cual pliego se le da cuenta de cuanto en su tierra natal ocurre, y confiando en su patriótico celo, se le prometen diez mil fusiles.

Crúzanse tan faustas nuevas con las mandadas de Santander el 27, que recibe la Junta del Principado en 1.º de Junio, fecha en la cual acuerda dicha Junta comisionar de nuevo á don Alonso Victorio de la Concha, para que pasando á Santander, se congratule con aquellos patriotas en nombre del Principado, les entere de cuanto en Asturias se hace y les prometa los diez mil fusiles ofrecidos al Obispo en la comunicación remitida por D. Diego Suárez. Es para notar cómo en Asturias se cuenta con D. Rafael Tomás sobre seguro, cómo al Sr. Menéndez se dirigen cuando no se ve claro respecto á Santander y ofrece dificultades y peligros valerse de otros, y cómo en el acuerdo de 1.º de Junio se hace especial mención de aquel Prelado, encomendando al Sr. Concha que “manifieste al respetable señor “Obispo de aquella Diócesis el entusiasmo que “produce en estos paisanos suyos su apostólico celo.”

Que allí como en Asturias, y en otras partes, se habrán improvisado jefes y generales, no hay

“do Obispo. La misma resolución que toma Suárez, la toma también “D. Ramón de Mier y Mestas, de Arenas de Cabrales, cursante en “Filosofía. Conociendo el Marqués de Santa Cruz su decisión por la “buena causa, no menos que su espíritu y valor, le propone la con- “ducción de otros pliegos iguales para el Reverendo Obispo y el “Conde Calderón de la Barca, y aceptada por Mier la comisión, la “desempeña antes de la llegada de Suárez á Santander. El parte “oficial del levantamiento de Asturias, es para la Junta allí estable- “cida, el Prelado y el Conde de inexplicable satisfacción, y á porfía “se esmeran en obsequiar á los comisionados. No satisfecho aun “Mier con hacer á la Patria un servicio tan importante inflamando á “sus paisanos y á dos hermanos, consigue presentarlos al Marqués “con doscientos mozos, y toman todos las armas.”

para qué ponerlo en duda ni admirarlo. La necesidad carece de ley. Con esto y con añadir que, realizado el levantamiento, lo comunicó el Obispo por correo extraordinario á D. Gregorio de la Cuesta, Capitán general de Valladolid, nos toca ya dar cuenta de los primeros sucesos de la guerra, en cuanto tengan alguna relación con el asunto de estas páginas.



CAPITULO XXVI.

En campaña.

LA insurrección de Santander es una grande prueba de entusiasmo y de valor. Toreno lo reconoce así y los hechos vienen muy luego á demostrarlo. Bessieres, que no pierde de vista la Montaña y sabe lo que allí pasa, trata de cumplir sus amenazas. Al Obispo y á la Junta no sorprende la decisión de Bessieres. El 27 acepta, como se ha visto, D. Rafael Tomás la Presidencia, y el 28 previene al Corregidor de Reinosa (1), y por su

(1) He aquí el documento copiado á la letra de la *Provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*, tomo 1.º, pág. 264: "La Junta extraordinaria de Gobierno y defensa de esta ciudad, formada por todas las autoridades reunidas, con ocasión del levantamiento y armamento de este pueblo, resentido por el insulto hecho por un francés á un español, é indirectamente contra esta Nación; recelando que acaso vendrá luego de Burgos algún cuerpo de tropa francesa con dirección á estas montañas, é intención hostil; entre

conducto á los propietarios, y comerciantes en granos de aquella villa, la necesidad de internarlos, no sólo por el riesgo que corren, vista la proximidad de los franceses, sinó porque de no hacerlo, era probable que, como medio de contener al enemigo, se cortase el camino real.

El Corregidor lejos estuvo de acreditar entonces su decisión por la causa de España. Pero los moradores de la villa no pensaban como el Corregidor, ni fueron indiferentes al aviso. Y en ser activos respecto á la internación de granos, obraron con todo acierto, porque el 4 de Junio ya ocupaba la división de Merle á Reinosa. De Santander salieron en 30 de Mayo los voluntarios que constituían el primer *armamento cantabro*. Cuál sería la instrucción y disciplina de unas tropas, que á lo sumo llevaban tres días de alistadas, puede imaginarlo el lector. Merle salió de Burgos el 2 de Junio.

Más entusiastas que aguerridas pueden considerarse tales tropas. Oigamos ahora al Chantre: "Bessieres—dice—envió tres mil hombres contra "Santander, y llegaron á Reinosa al frente de "donde estaba el paisanaje con el regimiento de "Laredo. Fué allá el Obispo á animar y esforzar "las gentes, pero noticioso Bessieres de que el "Sr. Cuesta se había levantado, dió orden á la "tropa que estaba en Reinosa para que retroce-

"otras muchas providencias ya tomadas para la justa defensa, ha "acordado prevenir á V. S., y por su medio á los propietarios y "comerciantes de granos de esa villa, que peligran éstos en ella, si "al instante, ó sin perder momento, no los internan hasta los almacenes de Santiago, la Requejada ú otros de sus confines, pues además, "cabe que sea preciso cortar este camino Real, apenas se tenga "noticia de la venida de dichas tropas, la cual, aunque es incierta, "podrá también verificarse prontamente. Haga, pues, V. S. aprovechar este aviso en diligencia por lo mucho que puede importar.— "Dios guarde á V. S. muchos años.—Santander, 28 de Mayo de 1808. "—Raphael Thomás, Obispo de Santander. Francisco de la Torre. "—Luis del Campo, Secretario.—Sr. Corregidor de Reinosa."

“diese hacia Valladolid. Volvió el Obispo á la capital, se dieron disposiciones de defensa formal, regimentando las gentes, etc., y habiendo “la tropa de Bessieres dispersado la gente hacia “Valladolid, volvió la tropa contra Santander.”

Tal resultado tuvo la primer tentativa contra Santander, encomendada por Napoleón á Bessieres, y por Bessieres á Merle, con seis batallones y doscientos caballos. Aguardaban los españoles ser acometidos en la mañana del 5; pero como, declarado el día, echasen de menos al enemigo, atribuyeron á retirada un cambio de movimiento sobre Valladolid, donde preocupaba al Mariscal francés la insurrección popular, á que se adhiriera Cuesta.

Conformes en lo sustancial la historia del Conde y los apuntes del Chantre, no habla, sin embargo, aquél de la salida del Obispo. Y nada tiene por qué sorprender este silencio. Un Obispo Regente y guerrero además, no es un plato de gusto para quien escribe inspirado por la revolución, enemiga del Clero. Torreno representa el liberalismo encarnado en las antiguas clases nobiliarias, conducidas por su torpeza al suicidio. En el Sr. Menéndez de Lúcar y Queipo de Llano será forzoso contemplar al último de aquella raza de Obispos, “primeros capitanes” de los reales ejércitos.

Pero si el Conde nada cuenta en esta ocasión del Obispo, no guarda tanto silencio al referir la tentativa segunda de los franceses. Veamos antes la relación del Chantre, que después de lo anteriormente transcripto, continúa: “Volvio el “Obispo al campo de batalla; pero visto que el “paisanaje, asombrado con la multitud de tropa “francesa, aunque no dejó de resistir, se dispersa- “ba, se retiró él hacia á Asturias, y la tropa fran- “cesa se entró en Santander de donde tuvo luego

“que salir por que el Sr. Cuesta, unido al ejército “de Galicia, les amenazaba por Rioseco.”

Menos compendioso el historiador de aquella guerra, luego que nos enteramos del incendio de Torquemada, ocupación de Palencia, rota de Cabezón y entrada en Valladolid, hechos todos realizados por el ejército francés á las órdenes de Lasalle, nos cuenta cómo se quedó éste en Palencia para observar á Cuesta y proteger la expedición á la montaña, capitaneada por Merle, que llegó el 20 á Reinosa con fuerzas considerables, dirigiéndose desde allí sobre Lantueño el día siguiente 21.

Tres mil hombres, á las órdenes de D. Juan Manuel Velarde, defendían aquellas entradas de la provincia pero siendo los más gente allegadiza sin organización ni disciplina, opusieron escasa resistencia, cediendo en breve á la pericia y vigor de los batallones franceses. El mayor número de los reclutas españoles se acogió á las Fraguas, y los que se mostraron más serenos tampoco se defendieron con gran tenacidad en la segunda línea, formada entre las Fraguas y Somahoz; porque desmayados con el primer descalabro, y visto que por izquierda y derecha el enemigo les flanqueaba, se retiraron á prisa.

En el Escudo, las fuerzas españolas, más flojas todavía, resistieron un tanto al enemigo, que fuerte de mil doscientos infantes y sesenta caballos á las órdenes del General de Brigada Ducós, se puso el 19 á vista de nuestras avanzadas. Mandaba en aquel punto D. Emeterio Velarde, que informado de la rota de Lantueño, dispuso, previo consejo de guerra, “separarse” al amparo de la niebla, densa en aquellas montañas. Conque avanzando Ducós y reuniéndose con Merle, entran juntos en Santander el 23.

A todo esto, “El Obispo, — habla Toreno — lue-

“go que supo que los franceses se aproximaban á la Montaña, arrebatado de entusiasmo, montó en una mula y pertrechado de todas armas se encaminó á donde acampaba el ejército; pero encontrándole á poco deshecho y disperso, dca-“yó de ánimo y huyó como los demás, refugió-“dose á Asturias, lo cual dió lugar á la voz de “haber servido dicho Prelado de guía á las tropas “en aquella sazón.”

Permítasenos ahora una pregunta: ¿será cavi-losidad nuestra sospechar en el párrafo transcripto intención de zaherir al Obispo? Si no mediasen antecedentes conocidos del lector, lejos estaría de nosotros tal idea. Pero la injustificada saña del revolucionario historiador con el Sr. Menéndez de Luarca, explica bien nuestro recelo. Y á desvanecerle no contribuye el párrafo inmediato de la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, donde narrando el Conde con elogio lo del buque francés puesto en libertad por la Junta, ni una palabra tiene para el Prelado, á quien principalmente se debe tanta generosidad. Por dicha, los santanderinos son más justos con el Obispo que lo fué su compatriota, y eso que ambos tenían en primero ó en segundo lugar por apellido *Queipo de Llano*; pero el Queipo de Llano historiador era liberal ante todo, y por añadidura moderado.

No ha de entenderse por esto, que consideramos ridículo el ir pertrechado de todas armas quien se dirige á un campo de batalla. Sabía manejarlas el Obispo, gran cazador cuando mozo, según oportunamente se ha visto, y no sucumbió en este lance á influencia pasajera. Después de predicar la guerra santa, ¿sería conducta digna quedarse en casa mientras los demás arrostraban los peligros del combate? D. Rafael Tomás había nacido caballero, y la

nobleza suele imponer deberes que no comprenden todos aunque nobles. Su nobleza puso Toreno al servicio de la revolución, enemiga de generosos arranques, y no hay más que añadir. Significaba el Obispo las reliquias de pasada grandeza. En el Conde historiador será preciso contemplar la antítesis de pasados tiempos, que disfrazada de hipótesis se nos ofrece por algunos como aceptable.

Se retiró el Sr. Menéndez hacia la tierra de Asturias en vista de tanta rota, pero no desmayado. Caracteres como el suyo sólo ceden á fuerza insuperable. De temer por su persona nunca dió muestras, siquiera contase siempre con la prudencia reguladora del valor. Nunca temió, porque siempre se puso en manos de la Providencia, sin cuya permisión nada sucede.

¿Se quiere saber ahora qué pensaba, qué hacía y dónde estaba por aquellos días? Pues él nos lo dirá: que, á mano tenemos carta suya no escrita para el público, donde sin circunloquios ni eufemismos desahoga su pecho. Es la primera que á D. Matías escribe en 1808. Si otras escribió, no se conservan. He aquí tan interesante documento:

“Sobrino Matías: hace días recibí tu carta “comendaticia de Miguel para mi edecán; y no “teniendo que responder conforme á tu deseo, me “dejé la respuesta para cuando tuviese algún “siego, cual ahora le tengo en Potes, provincia “de Liévana, y provincia todavía de mi temporal “mando soberano (baja la cabeza). Soberano y “todo me la pegaron mis tropas, y al mejor “tiempo aflojaron; y aunque á las primeras “embestidas de los franceses mataron ó hirieron “como unos cuatrocientos ó seiscientos (cuatro- “cientos fueron heridos para Burgos), después y “al mejor tiempo y sazón de defenderse, huyeron

“y los dejaron entrar ; y de Santander (ausente
“yo) enviaron capitulantes y capitularon lo que
“no se cumplió, por que los malditos hicieron, y
“mil ó como mil, que aun están en Santander,
“están haciendo mil atrocidades, entre las que
“cuento una será ponerme fuego á la casa, lo
“que celebraré, porque sin quemarla no puede
“purificarse de las babas que, alojados allí, deja-
“ron y están metiendo por las paredes tales
“sabandijas. Así y habiéndonos cogido los maldi-
“tos muchos miles de pesos acopiados para el
“ejército, por que sacados de Santander por
“mar, el temporal los echó á otro puerto que el
“de su destino; hube de deshacer aquel y venir-
“me aquí con el Regimiento (muy diminuto) de
“milicias, sin facultades para dar plaza á ese tu
“y mi militar voluntario. No por eso me despido
“de traerlo acá, porque apenas se marchen ó se
“hagán salir (como se piensa) los franceses de
“Santander, y si la Nación queda en guerra;
“trataremos de lo que aun se puede y se estaba
“tratando cuando la fatal desertión; de poner un
“ejército mejor reglado y escogido que el prime-
“ro, congregado deprisa y más aprisa acometi-
“do; y entonces, porque ya sabrá algo de táctica
“y práctica militar el Miguel podrá tener cabida.
“Ahora, porque no me tengas lástima, has de
“saberte que hace muchos años no tuve ni más
“salud, ni más buen humor, que la que y el que
“tengo desde que ando en campaña y entre fati-
“gas, que han sido y aun son extraordinarias.
“Dios lo hace y siga haciendo lo que quiera, y
“cuando guste de dejarlo, lo deje, amén. También
“sepas que estoy donde D. Manuel Fuertes, aun-
“que al presente le tengo en una Comisión mili-
“tar, que no es menos que sacar dinero donde
“debe haberlo y se piensa ande girando. Basta
“para quien es simultáneamente Obispo y Prin-

“cipe Regente de los Cántabros (que yo llamo “cántaros) tío tuyo Rafael Tomás. Ubi supra, á 8 “de Julio 1808.”

De interesante calificamos este documento al transcribirle y no creemos haber desacertado en la calificación. Porque se ve claro leyéndole cómo su autor no se refugia en Asturias, sinó que se retira “hacia Asturias,” frase del Chantre, empleada también por el jefe de Estado Mayor General, Guillemín, en su orden del día 25 de Junio (1), quedándose en Potes, provincia de Liévana y territorio de su “temporal mando soberano,” pueblo en el cual tiene sosiego, á pesar de acompañarle únicamente un regimiento, el de Milicias, “muy diminuto.” No se percibe tampoco por la carta decaimiento de ánimo en el Obispo, que antes piensa en la reorganización del ejército, y al efecto en allegar dinero, buscándole donde “debe haberlo,” confía en recuperar á Santander, refiere con imparcialidad los hechos, emite en breves frases juicios rectos, y alude á su Regencia más en broma que por lo serio, sin perder el gracejo en medio de sus trabajos, ni su habitual desenfado para desentenderse de recomendaciones siquiera fuesen éstas de D. Matías en favor de su hijo D. Miguel, amado con predilección por D. Rafael Tomás, y muerto gloriosamente años después en la guerra de América.

Sólo quince días median entre la ocupación de Santander por los franceses y la fecha del documento inserto, donde á la sencillez y desaliño de la narración se agrega lo reciente de los sucesos presenciados por quien los narra en el seno de la intimidad, muy ajeno de que se llegue á publicar

(1) “*L'Eveque á fui vers les Asturies avec une suite peu nombreuse, se, emportant la malediction du peuple, qu'il avait égare.*” Se publica literalmente este documento en la *Provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*.—Tomo 1.º, pág. 303.

su carta en tiempo alguno, circunstancias que la revisten de autoridad histórica.

Nada dice respecto al Consejo de guerra reunido por D. Emeterio Velarde para decidir la dispersión. Limitase á lamentar lo sucedido: "después y al mejor tiempo y sazón de de-
"fenderse, huyeron y los dejaron entrar." No hemos de resolver nosotros este punto, cúmplenos, sin embargo, consignar cómo el Obispo reconoce la causa originaria de tan deplorables desastres en las condiciones de un ejército "congregado de prisa "y más aprisa acometido."

Si por ventura no formase juicio más favorable de los jefes, da muestras de prudencia en no decirlo ni aun en carta particular y de familia. La medida en el lenguaje, es cualidad que nunca debería echarse de menos en quien manda. Cán-
taros, con todo eso, llama á los cántabros, y es lo cierto que, como si lo fuesen, quebraron aquella vez. Pero en la frase antes se ve un desahogo que una injuria: ¡qué padre no los tiene con sus hijos! Cán-
taros los llamó entonces el Obispo, que obcecado por su paternal amor, acaso esperaba de ellos lo imposible. Pero "es buena
"gente la montañesa," escribe años después. A los hijos más reñidos suelen dejar sus padres lo mejor de su herencia. D. Rafael Tomás solo podía dejar su corazón, y su corazón fué siempre de la Montaña.

Habla el Obispo en su carta de capitulación y capitulantes, y esto nos mueve á decir algo de lo sucedido en Santander después de la derrota de Lantueno y la dispersión del Escudo. Presa de un fundado temor desapareció la mayor parte del vecindario, quedando la ciudad casi desierta. Las circunstancias eran por todo extremo críticas. El quedarse era exponer la vida: el huir era

excitar las iras de un enemigo implacable. Huyeron la mayor parte de los santanderinos, huyeron casi todos. Ni los religiosos, ni las monjas aguardaron á los franceses.

“Convocóse, en virtud de lo que pasaba — dice “del Río y Sainz en su citada obra (1)— á los “pocos vecinos que habían quedado, y éstos nombraron: Para Procurador general y Alférez mayor, á D. Marcial de Altuna; regidores á Don “Domingo Penilla, D. José María Buenaga, Don “José Escalante, D. Francisco Varangot, D. Carlos de la Sierra, D. Sebastián Bolantín Fernández, “D. Antonio González Agüeros y D. Domingo “Redonet; Secretario, D. Pedro Fernandez Nieto. “Constituidos desde las once de la noche en sesión “permanente, juraron todos en manos del señor “Alcalde por Dios y una cruz ejercer fielmente “sus funciones, ofreciendo *hasta el sacrificio de “sus personas y bienes, pero con la más solemne “protesta de que en ningún tiempo, ni á ellos ni á “sus familias, les sería perjudicial este acto de “patriotismo para con el pueblo que quedaba, ni “con los ausentes fuesen cuales fueren los resultados de las ocurrencias sucesivas.*”

No había término medio entre capitular con los franceses ó exponerse al arrasamiento y el incendio. Heroico estuvo el pueblo español en la guerra de la independencia, pero al extremo de incendiar los pueblos no llegó España. La prudencia imponía medidas de precaución, y la primera adoptada fué proponer una capitulación á Merle, que con fecha 22 de Junio contesta desde Torrelavega exigiendo un desarme general y proponiéndose respetar “las propiedades de las personas sumisas.”

(1) *La Provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos.* Tomo 1.º, pág. 204.

Si lo capitulado fué cumplido, no lo hemos de decir nosotros. La imparcialidad nos obliga por de pronto á consignar que á nuestro juicio no aceptó el General francés condiciones. Su respuesta limitase únicamente á la expresión de propósitos favorables por cierto á Santander, pero no menos convenientes al ejército invasor. A los franceses convenía más entonces aparecer como amigos que como conquistadores. Niega el Obispo en su preinserta carta que la capitulación se haya cumplido; pero el Ayuntamiento, en comunicación (1) que dirige á S. I., se muestra

(1) Reputamos muy interesante la comunicación del Ayuntamiento al Obispo, en cuanto nos da una idea de las circunstancias críticas por que pasó Santander aquellos días, y del cariñoso respeto que á su Prelado profesaba todo aquel vecindario. He aquí la comunicación según la publica el Sr. del Río y Sainz en su citada obra y efemérides correspondiente al 12 de Julio de 1808:

“El siguiente documento remitido al Ilustrísimo Sr. Obispo por el “Ayuntamiento de Santander, corrobora nuestra opinión sobre la “conducta patriótica del Municipio en los sucesos de la invasión, “y expresa el de la evacuación completa de las tropas francesas.

“En esta primera jornada, los invasores sólo permanecieron veinte “días en la ciudad.”

He aquí la comunicación:

“Ilmo Sr.: La ciudad de Santander, siempre constante en amar, “respetar y venerar la sagrada persona de V. S. I. ha estado tan “contrariada con la consideración de los disgustos que le han afligido “como con la opresión que ha experimentado, y en el momento en que “se ve libre de ellas, por haber marchado *en la madrugada de este “día* la división última de las tropas francesas, y en el que puede “respirar con alguna libertad para manifestar sus sentimientos, se “acelera á comunicar á V. S. I. esta noticia que no puede menos de “serle muy grata, con la esperanza de que tendrá á bien regresar “á esta Ciudad para consuelo de sus habitantes, quienes han tenido “precisión de ceder á la fuerza que no podían resistir, pero han “conservado y conservan en su interior, lealtad y fidelidad á la “Religión y á la Patria. En la noche del veinte y uno del próximo “pasado se publicó la noticia de que el ejército francés había “penetrado por los dos puntos de Reynosa y el Escudo, que había “bajado á las llanuras y que venía caminando sin hallar resistencia “en parte alguna: se vió en la misma noche la mayor confusión y “consternación, la huida de los individuos que componían la Junta “de la Provincia y la emigración de muchas personas y de familias “enteras. ¿Y qué se podría ó debería hacer en estas circunstancias “para contener la furia de un ejército, para evitar los horrores del “saqueo, la profanación de los templos y los demás desastres cuya “consideración extremece? ¿Qué partido se podría tomar no habiendo

relativamente satisfecho. Todo cabe á nuestro juicio en la verdad según el punto de vista desde el cual se consideren las cosas. Toreno, que á fuer de historiador de aquella guerra ha de prescindir en gran manera de los sucesos de interés local, al referirnos el comportamiento de la Junta con el buque francés y con los franceses arrestados con motivo del alzamiento, escribe: "Acción tan noble y rara no evitó á Santander "el ser molestado en lo sucesivo con derramas é "imposiciones extraordinarias." Dura fué la do-

"medios ni disposición alguna para resistir con la fuerza? ¿Qué "dictaba en este caso la prudencia? Tener paciencia y conformidad "é implorar la clemencia del vencedor para evitar, si era posible, "los estragos que amenazaban. Esto es lo que hicieron los pocos "vecinos que pudieron reunirse en la mañana del día veinte y dos, "enviando al efecto Diputados con cuya diligencia y con el desvelo "para surtir al ejército de viveres á costa de mucho dispendio, se "ha logrado la satisfacción de poder anunciar á V. S. I. para su "conocimiento que han sido respetados los templos, las personas "eclesiásticas y seculares y las propiedades, y que no se han notado "excesos ni desórdenes que puedan haber causado estrago ó "relajación en las costumbres, sinó aquellos que son inevitables en "los edificios que han servido de cuarteles, y en los utensilios, los "cuales se repararán con la brevedad posible. La ciudad está sin "tropas y sin armas; los castillos y baterías no tienen guarnición, "los vecinos permanecen tranquilos, y las embarcaciones inglesas "cruzan y se acercan continuamente: la tranquilidad, el buen orden, "el respeto y subordinación á las autoridades son las bases sobre las "cuales se debe fundar toda disposición para tener alguna confianza "de lograr el objeto; pero es difícil mantenerla sin el auxilio de las "tropas, que infundan respeto y hagan guardar el decoro correspon- "diente á las autoridades. Los Comisionados portadores de ésta "informarán á V. S. I. de todo lo demás que desee saber, tanto "en razón de lo que ha sucedido desde la entrada del ejército "francés como cuanto del estado de esta ciudad, y de la opinión "y disposición de sus vecinos y habitantes en medio de la falta de "tranquilidad en que han vivido algunos días. Esperamos que "V. S. I., bien informado de todo, no hallará motivo alguno para "reprender nuestra conducta, ó que disimulará cualquiera falta, "persuadido de que nuestras miras se han dirigido á salvar la Ciudad "y Provincia de la desolación y destrucción que les amenazaba; y "esperamos también que no nos retardará el consuelo de que le "veamos y de recibir su santa bendición; y entretanto, quedamos "rogando á Dios guarde su importante vida muchos años para bien "de la Patria y de su Iglesia. Y lo firmaron Bonifacio Rodríguez de la "Guerra. — Varangot. — Bolantín. — Sierra. — Buenaga. — Agüeros. — "Redonct. — Menocal. — Noval Soto. — Altuna. — Escalante. — Penilla. — "El Secretario, Fernández Nieto. »

minación francesa en Santander, pero mal puede afirmarse lo de haber quebrantado una capitulación si la capitulación no existe. Aunque Santander sufrió no poco, pudo haber sufrido más. Suerte peor cupo á Oviedo cuando invadió Ney el Principado.

Dicho queda cómo el Obispo confiaba en recuperar á Santander. Si esto había de ser obra de los cántabros, no era para tan pronto. ¿Pensaría D. Rafael Tomás en Asturias? No lo dice. Mas puesta en conocimiento de la Junta por don Victorio de la Concha la ocupación de Santander y la conveniencia de mandar tropas en auxilio de aquella provincia, ya que los montañeses, á pesar de su derrota, estaban poseídos de entusiasmo, dispuso que á las órdenes de don Nicolás de Llano Ponte saliesen para la Montaña (1) "el regimiento provincial de Oviedo, los granaderos de Hibernia, el cuerpo de literarios y mil hombres más al mando del bravo D. Juan Dringot. De acuerdo Ponte con el encargado del mando de las tropas de la Montaña, y cuando se disponían ambos jefes á atacar á Santander, "la abandona Merle," ó la abandonó Goulois. No estuvo bien informado en esto D. Román Alvarez Valdés, cuyos pasajes quedan literalmente transcritos.

Contase ó no contase D. Rafael Tomás con el auxilio de Asturias, es lo cierto que D. Nicolás de Llano Ponte hizo su entrada en Santander cuando de Santander habían salido los franceses. Si en la retirada de Goulois pudo influir la proximidad del General asturiano, no lo disputaremos. Que la división de Ponte y las fuerzas marítimas de Inglaterra procedían en combina-

(1) *Memorias del Levantamiento de Asturias en 1808*, por don Ramón Alvarez Valdés.

ción, no se ignoraba en Santander; antes se da por enterado de los hechos aquel Ayuntamiento, en sesión del 11 de Julio, á que asistió el General francés, según por menor lo cuenta el señor del Rio y Sainz, en su obra citada, tomo 1.º, pág. 331. Pero en la guerra entra por mucho lo inesperado y hasta lo inverosímil. Las batallas se ganan y se pierden con frecuencia por circunstancias que no preven los capitanes más expertos.

Cuesta, deshecho en Cabezón y retirado á Benavente, recoge dispersos, promueve alistamientos, organiza, instruye y somete á disciplina á los reclutas. Con esto, con algunos cuerpos que se le unen y con el ejército de Galicia, inspira recelos á Bessieres, casi olvidado á pesar de sus reiteradas peticiones de auxilio. Tan inconcebible conducta de parte de los franceses, que preocupados por los asuntos del Mediodía, desatienden el Norte, comprometiendo así la comunicación con Francia, viene á realizar las esperanzas del Obispo de Santander, sin que sea parte á estorbarlo la catástrofe de Rioscco, seguida inmediatamente del triunfo de Bailén y de la retirada del rey intruso. Dios quiso, al parecer, demostrar entonces que no en vano se le invoca "Señor Dios de los Ejércitos." Porque las tropas españolas, sin instrucción ni disciplina, sin Oficiales ni Jefes, sin material de guerra, desnudas y hambrientas, con frecuencia llevan por delante á un enemigo de acreditada bravura, dirigido por Generales expertos, teniéndole por lo menos en respeto, mientras Napoleón no viene á tomar de su cuenta la conquista. Los españoles pasan el Ebro. Dios lo quiso.

Abandonado Santander por los franceses el 12 de dicho mes de Julio (1), allá vuelve el Obis-

(1) He aquí la comunicación en que el general Goulois da parte al Ayuntamiento de su propósito respecto al abandono de la ciudad: "El "cuartel general de Santander, once de Julio de 1808: A los señores

po, que con la junta provincial se consagra enteramente á organizar aquellas fuerzas deshechas en las acciones de Lantueno y el Escudo, preparándolo y disponiéndolo todo para el caso de una nueva invasión. “Lo que trabajó y sudó en este tiempo,—dice el Chantre,—no se puede explicar.” Pero no había de sonreír la fortuna por mucho tiempo á España. Tan prósperos sucesos se nos figuran como dispuestos por la Divina Providencia para fortalecer á un pueblo desgraciado en la penosa y heroica empresa de restaurar su libertad perdida y con ella la Religión verdadera. El Emperador de los franceses, comprometido en esta lucha, sin conocer á fondo el carácter español, famoso por su tenacidad y por su apego á las patrias tradiciones, no cesa en sus propósitos. Tiene interesado su amor propio, y

“Miembros de las primeras autoridades de la provincia y ciudad de Santander. A los Sres. Notables de la ciudad.

“Señores: Si no recibo hoy contraorden, salgo mañana con toda mi tropa. Mi ausencia será de corta duración, y estaré de vuelta dentro de ocho días á más tardar. Dejo al cuidado de V. S. S. algunos enfermos de los que pasaré lista. Cuento con el cuidado de los señores médicos y cirujanos, que se le darán. V. S. S. quedarán personalmente responsables de los acasos que puedan suceder á estos soldados. He reunido á V. S. S. esta mañana para manifestarles la voluntad de S. E. el Sr. Mariscal Bessieres. Es preciso que V. S. S. sin desamparar formen entre sí mismos una regencia compuesta de individuos que elija y conozca que son más apropósito por sus conocimientos, por sus virtudes, y por sus posibles para mantener el orden y la tranquilidad del país. Es indispensable abstenerse de caer en la especie de anarquía en que está, y no sufrir que quince ó veinte hombres malvados y conocidos entre el populacho den á V. S. S. la ley. V. S. S. saben que se les pone en razón con un poco de nervio. Si V. S. quiere establecer entre los que están aquí presentes, y entre otros conocidos una Guardia nacional, estoy pronto á poner en sus manos ciento ó ciento cincuenta fusiles. Os hago responsables de ellos y así, Señores, decidan. Voy á dar cuenta por este correo al Sr. Mariscal del resultado de esta operación y del partido que V. S. S. tomen. Insisto en empeñar á V. S. á que mantengan la tranquilidad y el orden en la ciudad, cuento con el celo de V. S. y con su afecto al país. Trababen V. S. S. todos de acuerdo, y lograrán infaliblemente su objeto.

“Tengo el honor de saludar á V. S. con perfecta consideración. El General de Brigada Goulois.”

Tomado literalmente de *La Provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*. Tomo I.º, págs. 330 y 331.

precedido de un ejército vencedor de casi todas las Potencias de Europa, pasa el 4 de Octubre la frontera y se presenta en Vitoria, donde le aguarda José, su hermano, con el cuartel general.

Avanza Napoleón sobre Burgos, y deshecho el ejército de Extremadura, invade la capital de Castilla, víctima de injustificados rigores, y publica el 12 de Noviembre una general amnistía (1), de

(1) He aquí el decreto: "En nuestro Campo Imperial de Burgos, á 12 de Noviembre de 1808. Napoleón, Emperador de los franceses, Rey de Italia y Protector de la Confederación del Rin."

"Considerando que las turbulencias de España han sido principalmente el efecto que los complotes tramados por muchos individuos, y que el mayor número de los que han tomado parte en ellas ha sido seducido ó engañado: queriendo perdonar á éstos, concediéndoles el olvido de los delitos que han cometido hacia Nos, hacia nuestra Nación y hacia el Rey nuestro hermano: queriendo al propio tiempo señalar aquéllos que, después de haber jurado fidelidad al Rey han violado su juramento; que después de haber aceptado empleos, se han servido de la autoridad que se les había confiado para ir contra los intereses de su Soberano y venderle; y que en lugar de emplear su influjo para ilustrar á sus conciudadanos, sólo se han servido de él para perderlos: queriendo, en fin, que el castigo de estos grandes criminales, sirva de exemplo en la posteridad á todos aquéllos que, colocados por la providencia al frente de las Naciones, en vez de dirigir al pueblo con cordura y prudencia, le pervierten y arrastran al desorden de las agitaciones populares, precipitándole en las desgracias de la guerra; hemos decretado y decretamos lo siguiente:

"Art. 1.º Los Duques del Infantado, de Híjar, de Medinaceli, de Osuna; el Marqués de Santa Cruz; los Condes de Fernán Núñez y de Altamira; el Príncipe de Castel-Franco; D. Pedro Cevallos, Exministro de Estado; el *Obispo de Santander*; quedan declarados enemigos de Francia y España, y traidores á ambas Coronas. Como á tales se aprehenderán sus personas; serán entregados á una Comisión militar y pasados por las armas. Sus bienes, muebles y raíces se confiscarán en España, en Francia, en el Reyno de Italia, en el Reyno de Nápoles, en los Estados del Papa, en el Reyno de Holanda y en todos los países ocupados por las armas francesas, para que sirvan á los gastos de la guerra.

"2.º Toda venta ó disposición, sea entre vivos ó por testamento, hechas por ello á sus poder-habientes, después de la data del presente Decreto, queda nula y de ningún valor.

"3.º Concedemos, tanto en nuestro nombre, como en el de nuestro Hermano el Rey de España, perdón general y plena y entera amnistía á todos los españoles que en el espacio de un mes, contando desde que entremos en Madrid, hayan depuesto las armas, reunido á toda alianza, adhesión y comunicación con la Inglaterra, y reuniéndose alrededor del Trono y de la Constitución, vuelvan al orden tan necesario al reposo de la gran familia del Continente.

cuyos beneficios exceptúa, entre otros varios, al Obispo de Santander, que aprehendido, debería ser pasado por las armas: honorífica distinción al patriotismo del Sr. Menéndez de Luarca, no castigo de inconsecuencias tardías con debilidades vergonzosas.

Entre sus Mariscales reparte Napoleón la conquista de España. Tócale á Soult marchar sobre Santander, puerto de gran importancia en aquella ocasión; dueño del cual, y dejando para guardarle al General Bonet, continúa persiguiendo á los dispersos por la costa. En San Vicente de la Barquera deshace á los asturianos que mandaba Ponte, cortado por el enemigo antes de la batalla de Espinosa, y por la Liébana, y franqueando las angosturas de la Montaña, de donde barre á los españoles, desemboca en tierra de Campos.

Las huestes francesas, poderosas de suyo y precedidas de terrible fama, la nombradía de quien las gobernaba y el desastre de Espinosa de los Monteros, eran parte á infundir temor y desaliento. La muerte de D. Gregorio Quirós y las graves heridas de Acebedo y Valdés, desconcertaron los batallones de Asturias, firmes y denodados mientras tan queridos jefes no perdieron. Todo ello explica cómo sin dificultades pudo el ejército enemigo llegar á tanto.

"4.º No se exceptúan de dicho perdón y amnistía ni los miembros de las juntas centrales é insurreccionales, ni los Generales y oficiales que han tomado las armas, siempre que unos y otros se conformen á las disposiciones establecidas por el artículo precedente.

"5.º El presente Decreto será publicado, y de él se hará registro en todos los Consejos, las Audiencias y demás Tribunales, para que se cumpla como ley del Estado.—Firmado.—Napoleón.—Por el Emperador, El Ministro Secretario de Estado, Hugues B. Maret."

Al pie de este Decreto cuadran bien las pocas líneas que le dedica Toreno: "Si bien admira—dice—la proscripción de unos individuos cuyo mayor numero, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado allí un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la lista al Obispo de Santander, que nunca habia reconocido al Gobierno intruso, ni rendido obediencia á José ni á su dinastía."

Y á todo esto ¿qué hacía el Obispo de Santander? El nos lo dice desde Luanco en carta de 29 de Noviembre á D. Matías. “Aquí me “tienen—escribe—mis pecados y los de otros, y “según el semblante de las cosas no se hace “imposible que los mismos me lleven hasta ahí. “Salí de Santander la misma mañana que llegaron ahí sin resistencia alguna (en medio de estar “por los caminos más de diez mil hombres armados) los franceses, y después de ocho días de “navegación llegué en una fragata inglesa á la “vista de Gijón, desde donde en una lancha me “dirigí á ésta con tres familiares, otros que venían “conmigo habiéndose ido al mismo Gijón, y otros “habiendo salido de Santander á caballo, y no sé “si caído en manos del enemigo. No hay aquí “noticia alguna de por allá. De los puertos inmediatos San Vicente la Barquera, Lastres, Riva-desella y Villaviciosa se cuentan cada día y cada “hora cosas diferentes; y solo parece, ó es sobradamente cierto, que los malditos están empeñados en penetrar por estas tierras, sin que les “haya de detener lo que otras veces, el tener que “acudir á Castilla, porque es seguro les vinieron “refuerzos para todo. En medio de esto, de “Oviedo ofrecen seguridades y la gente no deja “de estar confiada; pero yo, lo dicho dicho. Es “muy posible que (no aclarándose más el oscuro “semblante) me esmuza hasta ahí ó por mar ó “por tierra; y así te lo quise decir porque no os “espante tanto mi llegada, si todavía se verifica. “Iré con dichos mis tres familiares (el Padre confesor, el secretario y un paje;) y sábetse y sábase “que voy más animoso que el Cid Campeador, “en ánimo de que ahí nos hagamos fuertes y de “resistir al mismo diablo Napoleón; que dicen “(decían en Santander) haber llegado á Vitoria. “Cañones, fusiles y municiones se preparen y

“nos veremos. Miguel llegó á Santander con un “oficio para mí la noche misma en que me embarqué y salió á unirse con su tropa cuando yo á “embarcarme. Estaba bueno, y bueno le vió “después en Oviedo este Pepe María. No digo “más, porque si estoy como estoy cual no me vi “años hace, y menos en estos últimos tiempos “desocupado, hay con estas cosas poca gracia de “escribir. Memorias á María del Carmen y á toda “esa gente, y memorias á la Virgen de la Blanca, que siga siendo nuestra Protectora, amén.”

Dedúcese de la carta que nada sabía el Obispo de lo decretado en Burgos con relación á su persona. Y nos fundamos para creerlo así, en la noticia de haber llegado Napoleón á Vitoria, que corría por Santander y comunicaba en dicha carta. Por lo cual debe asimismo entenderse que no precipitó su embarque el temor á las consecuencias del decreto, como dicen los apuntes del Chantre. “Noticioso del decreto imperial que en Burgos dió Napoleón..... trató de embarcarse y huir.” Escritos estos apuntes con posterioridad á la muerte del Obispo, nada tienen de particular equivocaciones poco importantes y muy propias en cambio de la memoria gastada por los años, que tampoco respetan otras potencias del alma.

Pero algo más resulta de los apuntes dichos omitido en la carta. No fué la fragata inglesa el primer buque á que acudió el Obispo. “Habló “(nos cuenta el Chantre) á dos comandantes de “fragatas que había en el Puerto cargadas de “pertrechos, que habían de salir para la Coruña “para que le tomasen á bordo. Se ofrecieron á “llevarle con su familia, pero no ajuares, porque “tenían muy llenos los barcos. Se embarcaron “los ajuares en otra fragata mercante, pero ya “casi cuando estaban los franceses encima de

“Santander, pasaron aviso los tales comandantes de que no podían llevar al Obispo, y se halló este en el aire, pero Dios quiso que se hallase á la entrada del puerto una fragata inglesa, y dándole aviso al instante se ofreció á tomar al Obispo, y á ella se fué; y estando allí sin hacerse á la mar, entró la tropa francesa en Santander..... Es de notar que una de las dos fragatas españolas que no le quiso llevar, y la principal, de resultas de una expedición que se formalizó años después para echar á los franceses de Santaña, no pudiendo verificarse esto por un fuerte temporal que se levantó al dar el golpe en Santaña retrocediendo con los demás barcos á Galicia, se vió precisada á tomar el Puerto de Vivero, y después de haber echado á tierra la tropa que llevaba, se levantó tal temporal, que allí se hizo pedazos, muriendo toda la gente con su Comandante (1).“

(1) Ocúrresenos, si á esto se refiere el Obispo en su Prólogo al tomo 3.º de los Opúsculos *Cristiano patrios*, publicado el año de 1812 en Santiago, Imprenta de D. Ignacio Aguayo. Quéjase en dicho prólogo de la escasa ó ninguna importancia que á la oración y á la penitencia se daba entonces como medio de aplacar la justa ira de Dios y tenerle propicio en nuestras calamidades, censura las costumbres públicas y la política de aquellos tiempos, y á este propósito alude al insinuado naufragio en los siguientes párrafos: “¡Ayunos, penitencias públicas despreciadas; y en tanto tal conflicto, y en tanto tanto riesgo, y en tanta tal necesidad, no más ruegos, no más plegarias á Dios, que las ordenadas en otro tiempo á todo el Reino por cualquiera de las comunes públicas urgencias, ó necesidades! Oh! Todo es lo que va dicho; ó va insinuado; un hacer que hacemos, ó un aparentar religión; y pospuesta la Política de Dios, y Gobierno de Christo á la política prudencia de la carne, enemiga de Dios; todo al cabo es lo dicho, un imitar la Política que Napoleón dijo alguna vez le era privativa, y particular; y pensar no solo ociosas, sino antes más nocivas, que convenientes al buen éxito de nuestra causa, tales esforzadas observancias: Todo es un equivalente, sinó positivo desprecio de lo Santo, y de Dios; y todo quiere parecer lenguaje, como el que, no pudiendo sufrir la mar amarga, vomitaron de su seno las olas á tierra del vecino Vivero año de 1810, cuando destrozada la Escuadra, que había salido de la Coruña, y Ferrol, contra los franceses, tiranos de las costas Cantábricas, arrojaron varios escritos de Voltaire, que alguno ó algunos de los naufragos militares debían llevar consigo, para hacer más fructuosa la expedición; y escritos en que se leía, que *los Canónigos, y religiosos*

Los ajuares corrieron mala suerte. Ya lo temía el Obispo, y de sus temores da cuenta en otra carta de 4 de Diciembre, también escrita en Luanco. "Lo más,—dice,—se embarcó en una fragata, que con el temporal se presume corrió hacia Francia y que cayó en manos del enemigo: pero "ni por eso estoy (gracias á Dios) sin recursos, "ni por ahora necesito los auxilios que me ofrezcas (Dios te lo pague), ni tengo más cuidado que "por mis adláteres el Chantre, el Mayordomo, el "Provisor, que temo, temo estén prisioneros, "habiendo salido por tierra, cuando los enemigos "estaban ya encima."

Y razón tenía el Obispo, porque lanzada por el vendabal hacia Vizcaya la embarcación conductora de su equipaje, fué presa en aquellas aguas de unas trincaduras francesas. La misma suerte pudo haber corrido la fragata inglesa donde se habia embarcado el mismo. Pero ya tocando en San Sebastián, le permitió el temporal cambiar de rumbo y presentarse á la vista de Gijón á los ocho días de haber dado vela en Santander.

De las garras del enemigo se libraron el Chantre y compañeros, mas no sin riesgos. Le fué imposible al Chantre entrar en Asturias por entonces, razón por la cual hubo de ocultarse algunos meses en la Parroquia de Tagle, pasando varias noches á la orilla del mar, guarecido en las cuevas con gente del país, temerosa también de los franceses.

Sin la menor resistencia llegaron éstos

"son una especie de energúmenos, para nada más útiles, que para alborotar el Pueblo con las descompasadas voces, ó cantos de sus Coros; y el Papa, los Obispos, los Curas, una especie de Boticarios, aplicados á vender unguentos lenitivos, en las indulgencias, que publican, y sufragios, que solicitan para los difuntos, y los vivos."

Si con las obras de Voltaire viajaban aquellos marinos, poco grata debería de serles la compañía de un Obispo.

á Santander, “en medio de estar por los caminos como diez mil hombres armados.” Qué hombres eran los diez mil, no lo dice el Obispo, ni es tampoco de grande interés para nuestro objeto averiguarlo. Algo, sin embargo, indica la siguiente comunicación publicada en *La Provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*, tomo 1.º, pág. 532:

“Señores Alcalde Mayor y Ayuntamiento de “la ciudad de Santander:

“Las noticias de hoy domingo trece, son que “el Ejército del Sr. Blake tiene orden de seguir “á Saldaña con el Parque de Artillería que estuvo en Reinosa: Que las tropas que vinieron “aquí del mismo Ejército deben tomar el camino “de Asturias; y que los enemigos serán probablemente dueños de Reinosa y del Escudo cuando “más tarde mañana lunes. Son noticias de oficio; “y las pongo en consideración de V. S. S. para “que tomen las medidas y providencias que su “celo y prudencia les dictare; noticiando por “de pronto al Pueblo (si así les pareciere) lo que “hay, y que le amaga *Deus misereatur nostri, et “benedicat nobis, illuminet vultum suum super nos, “et misereatur nostri, ut cognoscamus in terra viam “suam, in omnibus gentibus salutare suum. Amén.*

“Santander, trece de Noviembre de mil ochocientos ocho.—Rafael Tomás, Obispo de Santander.”

Tropas “que vinieron aquí del mismo Ejército” no pueden ser otras, á nuestro juicio, sinó los asturianos dispersos en la batalla de Espinosa por consecuencia de la muerte de D. Gregorio Quirós y de las graves heridas de Valdés y de Acevedo, generales queridísimos de aquellas bisoñas huestes, tan valientes como faltosas de orga-

nización y disciplina, y la división de Llano Ponte, cortada por los franceses antes de la batalla dicha. ¿De qué fuerzas formaría parte Miguel, “que llegó á Santander con un oficio para mí, la “noche misma en que me embarqué y salió á “unirse con su tropa cuando yo á embarcarme?” No lo sabemos ni de quién fuese el oficio.

Cuanto á la ocupación de Reinosa y el Escudo, anunciada para el 14, no debía de ofrecer dificultades al ejército francés. Blake, acosado y temeroso, con razón, salió del primer punto la noche del día anterior y enriscándose por “montañas y abismos”—como dice Toreno,—se fué derecho al valle de Cabuérniga. Conque pudo sin gran molestia Soult posesionarse el 17 de Santander, que no abandonaron definitivamente los invasores hasta el 3 de Agosto de 1812.

Y, sin embargo, regresar á Santander era pensamiento constante del Obispo apenas desembarcado en Luanco, según veremos. Pero escrito estaba que no cumpliría sus deseos sinó después de persecuciones y amarguras, en comparación de las cuales significaba muy poco el decreto imperial de Burgos.



CAPÍTULO XXVII.

En Asturias.



SENTIMIENTOS muy varios debían de agitar el ánimo de D. Rafael Tomás en su arribo á las playas de Asturias. Llegado el buque inglés á la vista de Gijón, tomó una lancha el Obispo para dirigirse á Luanco, donde fué recibido por sus parientes los señores de la Pola (1). Cómoda y espaciosa la casa de estos señores, situada junto á la Iglesia y sobre el mar, reúne cuanto podía convenir á las circunstancias del Sr. Menéndez. Soledad, dilatado horizonte, panorama risueño, todo allí se

(1) Una sobrina carnal del Obispo de Santander, D.^a Maria del Carmen Antonia, hermana de D. Matias, se habia casado con el Sr. D. José Manuel Menéndez de la Pola. De este matrimonio era hijo D. José Maria, á quien el Obispo llama Pepe Maria en su carta de 29 de Noviembre.

halla y lo había menester D. Rafael Tomás después de tantas angustias y amarguras y en la perspectiva de tiempos no mejores, para la previsión de los cuales no era preciso ser profeta. Necesitaba el Obispo descanso y cobrar ánimo y fuerzas con que poder sufrir nuevos trabajos y exponerse á nuevos riesgos.

Calamitosos fueron aquellos días, pero las calamidades se compensaban entonces con el consuelo, protección y ayuda que la desgracia hallaba por doquiera. Todos los españoles sentían á una, como si hermanos fuesen, como si á todos animara un mismo espíritu, y un mismo corazón latiera en todos. Todos eran católicos á las derechas. Todos monárquicos, todos patriotas. Todos veían en Napoleón un conquistador impío, enemigo del Altar y del Trono legítimo. Grandes calamidades pesaron por aquel tiempo sobre España; pero así y todo envidiamos la suerte de nuestros padres, que ni siquiera conocían de oídas los partidos políticos.

Si en la casa de la Pola halló el Obispo lo que todos hallarían en cualquiera otra, halló además carne de su carne y hueso de sus huesos. Uníanle con aquella familia ilustre vínculos de sangre muy estrechos, y si á esto se agrega que el primogénito D. José María Menéndez de la Pola y Menéndez de Luarca, había tomado las armas y desempeñaba el cargo de Comisario de Guerra, podrá formarse juicio de los placenteros días que pasarían tío y sobrinos, animados por un mismo pensamiento y sometidos á iguales pruebas. Pero nada en el mundo es duradero, y menos lo era en aquella época. Preocupábale al Obispo por una parte la causa de la Religión, de la Patria y del rey Fernando, y le preocupaban por otra sus deberes con la Iglesia de Santander y la seguridad de su persona. La familia, la casa

de Setienes, la tierra donde naciera, ¿no le habrían de preocupar también? "Matías: (1) Dios te pague "la caridad que me haces en el envío de Bartolo- "mé, y con la carta que éste me trajo. Mucho he "celebrado ver al tal portador, y mucho celebra- "ré verte á tí y llegarme á esa; pero que vengas "acá no me arma, porque será molestarte sin "motivo, y acaso antes que llegues, estaré en "camino para ahí. Ya que aquí estoy y que Bar- "tolomé está á acompañarme, allá pienso ir. Si "los Monsieures apuran, iré en retirada; si nos "dejan en paz, iré por veros y ver lo que ya "había pensado no vería jamás. Tengo de espía "á mi Secretario por Ribadesella y espero vuelva "á ésta pasado mañana. Las noticias que traiga "me decidirán á acelerar más ó menos el viaje; y "aunque traiga ó confirmadas ó mejoradas las "buenas de la adjunta que acabo de recibir y que "envío para que disfrutes de ellas, allá voy Dios "mediante; bien, que (caso de marchar nuestros "amigotes) haya de ser de corrida, porque debe- "ré volverme corriendo á Santander."

Bien claro se ve por esto cómo al calor de la desgracia se aviva el amor de la familia; pero cómo también antes que la familia, antes que la casa nativa, antes que todo, está la Iglesia: "iré por veros, y ver lo que no había pensado ver jamás." Esposo fiel de la Iglesia de Santander, no estaba para el Obispo escrito en vano aque- llo de "dejará el hombre á su padre y á su madre."

Sin haber visto á su familia desde 1784, y amándola en tanto grado como de su co- rrespondencia se deduce, resuelto estaba á no visitar jamás la tierra natal. Cuando en 1801

(1) Carta de 2 de Diciembre de 1803, escrita en Luanco, y ya cita- da anteriormente.

fué nombrado Arzobispo de Méjico, al pedir oraciones á D. Matías y á su mujer é hijos, para resolverse con acierto en asunto tan grave, como el aceptar ó no aceptar la nueva mitra, "escribiré decía, por lo menos la despedida." Más tarde, terminada la guerra y recibido en triunfo por los pueblos, no vuelve por Asturias á Santander. Rasgos son estos perceptibles apenas, tratándose del vulgo, que se paga de todo lo abigarrado, pero expresivos de un carácter, legendario tal vez en nuestros días. Y ahora, antes de pasar más adelante, ¿no será oportuno decir algo de los justos temores que debió infundir en el Obispo la pena de muerte fulminada por el famoso decreto de 12 de Noviembre de aquel año? Natural nos parece, y sin embargo, en la correspondencia familiar, que conservamos, ni una vez se menciona este decreto, ni se alude á sus consecuencias. No queremos significar con esto, que D. Rafael Tomás se descuidase, llegado el caso, en huir del enemigo. Era muy racional su precaución. De sus temores son inequívoca prueba tantos viajes por mar y tierra, y las penalidades consiguientes á vida tan agitada. Pero reputamos circunstancia digna de tenerse en cuenta el insinuado silencio.

¿Sería tan reservado en el seno de la familia como en sus cartas lo parece? No podemos asegurarlo. Recordamos con todo un hecho referido por testigo presencial, que da bien á entender la confianza de D. Rafael Tomás en el favor divino. Tratábase de una invasión imprevista de los franceses. Advertido el Obispo, que por entonces se hallaba en Luarca, cuidó de que á toda prisa huyese la familia de D. Matías. No había tiempo que perder. Padres é hijos estaban ya dispuestos á ponerse en camino; pero antes era preciso despedirse del Obispo y recibir su bendición. ¿Y qué

piensa hacer V. S. I?,—se atrevió á preguntarle D.^a María del Carmen del Riego y Heredia, hincándose para besar el pastoral anillo.—Cuidad de vosotros, respondió el Obispo. En cuanto á mí, tan libre está Napoleón de verme, como de ver la cara de Dios.

Y hecha esta digresión, reanudemos el hilo de los sucesos. Lástima grande que con frecuencia apenas tengamos otra guía sinó las cartas de D. Rafael Tomás, las cuales, como escritas fuera de Luarca, nada ó muy poco dicen por donde pueda venirse en conocimiento de lo allí ocurrido. Sólo de oídas á contemporáneos suyos sabemos algo, pero muy poco. Cuando podíamos adquirir noticias, lejos estábamos de prever cuán útiles nos serían, andando el tiempo, y ahora no tenemos á quien pedir las.

Por la carta de 2 de Diciembre, con repetición citada, se ve cómo D. Matías mandó á Luanco á su hijo D. Bartolomé, y cómo en su compañía pensaba el Obispo dirigirse á Luarca. No sabemos cómo hizo este viaje, pero sí que á Luarca fué muy luego y en su casa le recibió D. Matías con los mayores agasajos, rehusados por el Obispo en todo lo incompatible con su habitual sobriedad, para olvidarse de la cual eran aquellas circunstancias poco apropiadas.

Gran respeto inspiraba en la familia de su sobrino, pero más de una vez hubo de poner á prueba la paciencia de D.^a María del Carmen, amiga, como ya en otra ocasión dijimos, de “mostrar que podía y sabía regalar á los que á su casa llegaban,” no obstante lo calamitoso de aquellos tiempos.

Cuánto permaneció en Luarca por entonces, no es fácil averiguarlo. Permaneció, sin embargo, lo bastante para que allí muriese uno de sus familiares, á quien tiernamente amaba. El 23 de

Febrero de 1809, ya escribe desde Ribadeo. Con qué motivo había cambiado de residencia, no lo dice la carta, de la cual se deduce que se hallaba su autor, al escribirla, bajo impresión penosa. En busca de mayor tranquilidad no parece probable su traslación á un pueblo víctima por aquellos días de las indisciplinadas tropas de Voster, que le trataron como pudieran haberlo hecho los franceses. De la parte de Oviedo no había por qué temer. Ni por el Oriente, ni por el Mediodía se recelaba inmediata invasión. Ballesteros, con una fuerza de cinco mil hombres, había desalojado, el 6 de dicho mes, á los franceses de la línea que ocupaban en el extremo oriental de Asturias.

La Junta, considerando menos seguro el Occidente al saber la ocupación de Galicia, formó con este motivo á toda prisa un cuerpo de siete mil combatientes, cuyo mando conferido "á D. José Voster, General de menguado seso," fué de resultados desastrosos; porque á las atrocidades de Ribadeo y á la sorpresa de Mondoñedo sucedieron el saqueo y el aniquilamiento de los concejos que median entre el *Eo* y el *Nava*, perpetrados por las huestes francesas, invasoras de aquel indefenso territorio.

¿Tendrá relación con estos sucesos la carta del 23? "Matías: — dice — aquí estoy hecho un trapo, "aunque no caído de espíritu. Tu estarás hecho un "estropajo, y más con la corte ahí retirada." "Hecho un trapo" — dice de sí el Obispo, — y "hecho un estropajo" supone á su sobrino; con lo cual parece dar á entender que ambos habían venido á tal estado por efecto de azarosas circunstancias, sobre todo, D. Matías, "con la corte ahí retirada," ó lo que es lo mismo, con la familia huida.

Todo ello nos trae á la memoria este párrafo de la historia de aquella guerra por Toreno: "Afortunadamente se hallaba en las cercanías

“D. Manuel Acebedo, individuo de la Junta y “hermano del General que pereció después de la “batalla de Espinosa, y á su actividad é ilustrada “inteligencia debióse la pronta reunión á esta “parte del *Navia* de los soldados desbandados, “ayudándole con esmero el Gobernador del par- “tido D. Matías Menéndez, y el bizarro Coronel “Galdiano.”

Sin la sorpresa de Voster en Mondoñedo y las consecuencias de su impericia, que permitió á los franceses correrse hasta la línea del *Navia*, no acertamos con la explicación de las frases de la carta puestas entre comillas. Rumores alar- mantes debieron de llegar á Luarca, residencia por aquel tiempo del Obispo y de la familia de D. Matías. A dónde se retiró la familia de don Matías, no lo sabemos. El Obispo parece que vino á dar consigo en Ribadeo. Que á Ribadeo se diri- giese al salir de Luarca, no parece moralmente posible. ¿Cómo busca refugio en un país que ocupa el enemigo? Pero nada tiene de inverosí- mil que obrando con serenidad, y en vista de la retirada de los franceses, y de que su familia continuaba fugitiva, se acogiese á un puerto de mar que le ofrecía ocasión favorable para embar- carse si nuevos acontecimientos le obligaban á ello, propósito con toda claridad expresado en la carta (1).

(1) No es de importancia suma, para la biografía del Obispo, ave- riguar la relación de su carta de 23 de Febrero con los acontecimien- tos insinuados en el texto, ni tenemos por absolutamente satisfactoria la explicación que se nos ocurre como probable. En contra podría invocarse la fecha del desastre de Mondoñedo, ocurrido el 11 de Mar- zo, según las *Memorias del Levantamiento de Asturias en 1808*, por D. Ramón Álvarez Valdés. Pero ni vemos justificada esta fecha en las *Memorias* dichas, ni sería la única vez que en materia de fechas se hallasen equivocaciones en un libro que no fué corregido por su autor. Sea de ello lo que fuere, la autenticidad de la carta es indu- dable y su lectura no deja de ofrecer interés histórico; razón por la cual se transcribe literalmente á continuación. Hela aquí:

«San Matias te ampare, y ampare tu gente y casa, Matías. Aquí

Estaba entonces el horizonte oscuro, pero á los pocos días, sin haberse aclarado enteramente, ya el sol de la esperanza se muestra por entre nubes. No transcurrido un mes, desde Soto de Luiña, hermoso valle arrimado á la costa entre Avilés y Luarca, vuelve á escribir el Obispo: "Las noticias que aquí llegan (1), tanto de Oriente como del Poniente, no son para dar sustos." Que se dirigió á Soto de Luiña, pasando antes por Luarca, donde ya estaban D. Matias y doña María del Carmen, no así sus hijas, se deduce de la carta. "Dile —á D.^a María del Carmen— que de mi voto, la familia (según las trazas) no estará más segura en otra parte más que ahí en Luarca. Dile también, que habiéndome despedido, y pedido me perdonasen mis groserías, á los que

"estoy hecho un trapo aunque no caído de espíritu. Tu estarás hecho un estropajo, y más con la corte ahí retirada. Aquí, por noticias originales, sorbidas por los ojos y oídos del corredor que puede pensar, estamos como en todo el Reino de Galicia, tan seguros, como que en la hora que quieran venir los enemigos, vendrán sin oposición, aunque no sean más que tres mil hombres. Mil y tantos gallegos bisonos están en el Puente nuevo á la disposición de esos jefes asturianos; y estas son las únicas tropas de que por ahora puede disponer Mai. Lévense para allá; acométase, y si no se hace, lo 1.^o bórrense de entre los hombres los Asturianos, y lo 2.^o esperemos todos por lo que vendrá, que no dejará de ser bueno. Seguramente están los franceses de ahí, y como ellos los de León y Astorga, esperando las resultas de lo de Andalucía. Si allá triunfan, segura es su entrada en Galicia, y mayores excursiones de los de ahí. Si salen allá descalabrados, podrá ser se contengan. Ahí van los papeles que tuve últimamente de Sevilla. Las primeras noticias de allí son muy deseables. Mañana correponde venir correo. Cabe que de Sevilla nada venga, porque si hubo morisquetas, no saldría correo. Si las noticias de allí son malas, y de ahí no vienen buenas, buenas, yo me embarco para cualquiera parte, y si Dios quiere, desde allá avisaré. Entretanto, espero aquí noticias de ahí. No más. Dios te asista, asista á María del Carmen, de quien me duelo mucho, y San Matias, San Matias, San Matias, nos alcance la mejor suerte. Amén. Tu tío R. T."

No debe de extrañar el lector tan repetida invocación del Apóstol. Matias era el nombre de la persona á quien se dirigía el Obispo. Matias fue, sinó el primero, el segundo nombre de casi todos los poseedores de la casa de Setienes; y en la víspera de San Matias, 23 de Febrero, está escrita la carta.

(1) Carta de 20 de Marzo.

“me favorecieron visitándome, por medio de carta, que hoy envié por el par.^{te} Juez de Pravia á D. Francisco Suárez; se me olvidó despedirme en los mismos términos de mi hija baptismal, la hija de D. Jacinto Fuertes; y que á ella (á Maria del Carmen) encargo cumpla por mí esta obligación.” A D. Matías le obligaban sus deberes de Gobernador á permanecer en Luarca. Sus hijas debían de hallarse tierra á dentro, hacia Tineo, ó tal vez más allá, supuesto que en otras cartas del Obispo se alude á vejaciones, que habían sufrido en Navelgas de parte de militares españoles.

Pero sin embargo de la seguridad que ofrece su nueva residencia, no prescinde D. Rafael Tomás del amor á su Diócesis, que le atrae por modo irresistible: “Pienso — dice — marchar á Luanco, en ánimo de irme desde allí á Villaviciosa, y Colegio de aquellos Misioneros, ó Monasterio inmediato de Valdedios. para estar más cerca de Santander.” Y en efecto, previene desde Luanco, en carta fechada del jueves *post dominicam passionis*: “Las cartas dirigirás á ésta; pues aunque me marche más hacia Santander..... desde aquí me las enviarán á donde estuviere...” Y añade, “todo parece está como estaba días atrás, y sin moverse los franceses de la Montaña... Sea en todo lo que Dios mande; y mande lo que quiera dándonos buena conformidad con ello. Yo, á buena cuenta, tengo no sé si tres ó cuatro buques ingleses en Gijón, y si turbio corre, habré de irme á donde me lleve alguno de ellos, y por mi gusto á las Canarias. Si sucede y Dios quiere, desde allá escribiré.”

Otra vez todavía dice desde el mismo Luanco, en 26 de dicho mes: “Por las noticias que trajo con la tuya el portador, y por lo que escriben de otras partes, parece irse aclarando el cielo

“encapotado: y ¿tú quieres que vuelva para allá? “Voy mañana, si Dios quiere, para Valdedios. “Allí pienso consagrar óleos para este Obispado “y para el mío, y hacer órdenes el Sábado Santo. “Después veremos qué sucede hacia Santander, “para irme ó no acercando; pero de todos modos, “no saldré de Valdedios en quince días. Si “todavía corriese turbio hacia esta banda, ahí “volveré, cuando no deba embarcarme; pero si “no hubiere tropiezo, es más que justo vaya á “cuidar de mi rebaño.”

Aún aclarado el cielo, no se forja ilusiones el Obispo, que desde Valdedios vuelve á escribir el 6 de Abril: “Estoy por ahora muy bien hallado, “esperando qué sucede, para deliberar sobre mi “marcha al mar ó á Santander.” Tranquilos, por lo visto los asturianos, respecto del Oriente y del Poniente, con buenas noticias de la insurrección promovida en Galicia, y con alguna esperanza en las malas nuevas que recibiera Napoleón en Astorga, no es para sorprender que la idea de volverse á la Diócesis, se ocurriese á D. Rafael Tomás. Pero la permanencia de los franceses en tierra montañesa le inspiraba recelos. Véase cómo los manifiesta en una de sus cartas escritas en Luanco: “Novedades de por acá no hay “absolutamente que contar. Todo parece está “como estaba días atrás, y sin moverse los franceses de la Montaña; cosa que me hace temer “falso ó figurado, que su caudillo los llame para “el Norte ó para Francia.”

Pero debieron sobreponerse las esperanzas á los temores en el ánimo del Obispo, que al hijo de D. Matías—D. Miguel—escribía el 9 extensa carta, de la cual insertamos este párrafo de oportunidad muy grande, á nuestro juicio, para informarnos de los pensamientos del Prelado: “Item, le dirás—á su padre—que sino acabais de

“acabar con los franceses de la Montaña, á Soto
“me voy, porque este sitio no me arma, de tan
“frío y húmedo como es, y en Soto estaré bien
“para trabajar una cosa en que me entretengo
“y con que consuelo mi soledad; pero que si
“Santander queda limpio y seguro, allá me voy.”
Ya no delibera sobre “marcharse al mar ó San-
tander.” Si no está libre y seguro Santander, se
irá á Soto de Luiña. Los temores ya no le obligan
á embarcarse.

Mal parece que le prueba Valdedios. Lo tacha
de húmedo y frío; pero han de tenerse en cuenta
las circunstancias en que llegó al Monasterio,
capaces de prevenir desfavorablemente á cualquie-
ra. He aquí cómo las describe en su citada carta
del 6: “Yo estuve maluco de una decente moja-
“dura desde Gijón á ésta, habiendo caído con-
“migo el caballo y tener que caminar de noche á
“pié, hasta que, no pudiendo más, me recogí en
“casa de una buena señora, á un cuarto de legua
“de este Monasterio. Fué mucha la caridad que
“allí hallé, así como aquí.” Mojadura decente,
caída del caballo, andar de noche á pié, estar
enfermo por consecuencia de todo ello, y las
molestias consiguientes á la consagración de los
Óleos y á las órdenes del Sábado Santo, son cosas
poco á propósito para formar ventajoso juicio del
país donde ocurren á quien por primera vez le visita.

Muchos, muchos años después, llegó también
á Valdedios de noche y cansadísimo quien esto
escribe, huyendo de persecuciones un tanto aná-
logas. Un cura le recibió con grande caridad en
su casa rectoral, no lejos del Monasterio, á donde
fué al día siguiente. Pensaba en todo menos en el
Obispo de Santander. ¿Qué no habrá pasado por
su imaginación en la basílica bizantina del primi-
tivo Monasterio, al encontrarse con un cuadro
de indulgencias concedidas por D. Rafael Tomás,

que huyendo de la persecución napoleónica, había tenido allí hospitalidad cristiana, refugio seguro y espiritual consuelo entre los hijos de San Bernardo? La sorpresa no pudo ser mayor. Casi y sin casi el autor de estas líneas se olvidó de las críticas circunstancias en que se hallaba. También recibió allí espirituales consuelos y cristiana hospitalidad de quienes ya murieron ó viven ignorados. Ya murió (1) el cura de Puellas D. Vicente Suárez Estrada, ya murió el sacerdote ejemplar con quien se halló sin pensarlo en el Monasterio. El nombre de D. Nicolás Rivero puede figurar dignamente en la biografía de D. Rafael Tomás Menéndez de Luarda. Grandes amigos habrían sido si fuesen contemporáneos.

Pero volvamos á nuestro asunto. Deliberaba el Obispo sobre marchar á Santander ó á Soto de Luiña, mientras quien todo lo puede tenía dispuestas las cosas de otro modo. El 11 de Mayo escribe aun desde Valdedios á D. Miguel sin que se perciba en esta carta el menor cambio en sus propósitos. Es la última fechada de Valdedios que conservamos. Allí continúa, sin embargo, algunos días. Si la correspondencia familiar no dice cuántos, sábase poco más ó menos por los apuntes del Chantre, según los cuales D. Rafael Tomás toma el camino de la casa nativa por irle mal de salud en Valdedios y no tener esperanza de que su Diócesis quedase libre de franceses. No á la casa nativa, sinó á Soto de Luiña pensaba el Obispo trasladarse, si hemos de formar juicio por las cartas extractadas. Mas el hombre propone y Dios dispone.

(1) También murió en Castropol, siendo Cura párroco de aquella villa, D. Bernabé Taborcias, profesor de aquel Colegio, Sacerdote de gran virtud, no menguado saber y trato afabilísimo. Cito á los muertos, sin olvidarme de un vivo, á quien debo especiales favores. No le nombro, por que tales recuerdos no sirven hoy á nadie para cosa buena, humanamente hablando, por supuesto.

“Y al frente de Gijón—continúa—tuvo noticia “de que el General Ney, viniendo desde Galicia, “se había entrado en Asturias, y se encaminaba “á la ciudad de Oviedo en seguimiento del Mar- “qués de la Romana.”

Ahora bien; si el Marqués de la Romana ignoraba el movimiento de Ney, cuyas primeras noticias recibió “muy andada la noche del 17 de Mayo,” según las *Memorias del Levantamiento*, mal pudo conocerle antes D. Rafael Tomás. Parece, pues, probable que la salida de Valdedios se hubiese verificado entre el 17 y el 19, día este último de la llegada del Mariscal francés á Oviedo. Verificóse la invasión con precauciones tales, que probablemente sin los trágicos sucesos ocurridos en Escamprero, no mencionados siquiera por Tóreno ni por el autor de las *Memorias, Romana* hubiese tenido grandes dificultades para embarcarse (1). *Romana* sale de Oviedo para Gijón el 18

(1) Después de los sucesos de Peñafior, á un oficial francés, que por su audacia se adelantó más de la cuenta por el camino de Oviedo, le atisvaron en el lugar de Escamprero varios soldados españoles, que ocultos por el follaje junto á la venta de Camandúlo, hoy llamada de Cipriano, observaban el camino real. Pareció á los nuestros buena ocasión aquella y trataron de aprovecharla, procurando al efecto obrar sobre seguro. Con este objeto hicieron señas con un pañuelo al francés, que al enterarse detuvo su caballo. Con lo cual uno de los soldados pudo cómodamente hacer la puntería, dejándole muerto en menos tiempo que nos lleva el contarle.

Derribado el Oficial, apenas habrá por qué añadir, que con el caballo, que no se había movido del sitio, huyeron los españoles. La escena es trágica, pero muy propia de la guerra. Un enemigo de España muere á manos de soldados españoles.

Pero no mucho después llega Ney á Escamprero, y al encontrarse con el cadáver, sospecha que algo serio puede temer. Hace alto y acampa en las pequeñas alturas que dominan el río Nora, y entre el puente de Gallegos y Escamprero tienen asiento. Si las consecuencias de semejante detención no fuesen otras que dar más tiempo á *Romana* para su fuga, acaso no merecería especial mención este suceso. Pero los franceses, ya cerca de la capital, y libres de las consideraciones que les obligaban á tratar los pueblos con mesura por temor á que los atropellos y crueldades fuesen causa de que á *la Romana* llegasen más deprisa los rumores de la invasión, se dejaron llevar de feroces instintos, matando á cuantos no habían huido, y cometiendo además infames violencias que la pluma se resiste á describir.

á las cuatro de la tarde, y allí se embarca en el bergantín *Palomo* la mañana del 19. Ney, que á las tres de la tarde del mismo día hace su entrada en Oviedo, manda inmediatamente parte de sus fuerzas á Gijón, que llegan después de hechos á la mar el General español y los grandes caudales recogidos de antemano por la Junta en aquel puerto, previendo la necesidad de ponerlos en cobro por cualquier accidente de la guerra. Y como el Obispo no había de entrar en Gijón, ocupada la villa por las fuerzas invasoras, se deduce lógicamente que á Gijón llega horas antes ó después que *la Romana*. Muy pocas necesitaba para andar el camino de Valdedios á Gijón.

Sea como quiera, el Obispo cambia de rumbo en cuanto sabe la venida de Ney. No piensa en Soto de Luiña, ni en Santander, ni en Luarca, ni en Luanco, ni en las Canarias. “Se vió entonces”—continúa el Chantre—“apurado sin tener á donde “huir y se resolvió embarcar en una fragata “montañesa que desde el puerto de Gijón salía “con lanas á Inglaterra.”

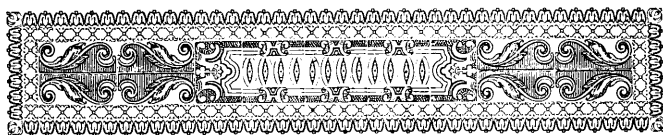
Con la invasión de Ney coinciden la de Bonet por el lado de Santander y la de Kellerman por Pajares. El plan no puede ser más conducente al exterminio de *Romana* y de las pocas fuerzas de la provincia, desprendida meses atrás de lo mejor de su ejército. Sorpresa causa en Asturias esta triple invasión y temor grande. Parecen cam-

Al día siguiente de la hecatombe, D. José Díaz, cura de la parroquia de Balsera, robado y no fusilado, porque dos veces falta fuego al francés, que á boca de jarro le dispara, da sepultura eclesiástica á once cadáveres, entre ellos el de una joven. La crueldad, después de satisfecho un instinto brutal, se ceba en la desgraciada, que muere á golpes de mazos armados de cuchilla, con que los labradores preparan para el ganado las árgomas. Hecho el cadáver pedazos, fué preciso recogerlos en una sábana y coserla después para que nada quedase fuera de lugar sagrado. Los franceses levantaron el campamento el 19, entrando en Oviedo por la tarde.

Cuando jóvenes, hemos oído muchas veces la narración de tan horribles escenas al dicho señor Cura.

biados los papeles. El ejército francés sorprende á quienes deberían sorprenderle.

Bien hizo, pues, el Obispo en hacerse á la mar, ya que por Oriente, por el lado de Galicia, por el Sur y en todas partes le amenazaba el decreto de Burgos.



CAPITULO XXVIII.

Su viaje á Inglaterra.

CRÍTICAS son para el Obispo las circunstancias. De no embarcarse, queda expuesto á las iras francesas. El salvarse por mar, era salvar la vida ciertamente, pero exponiéndose á consecuencias tal vez gravísimas. El equipaje de D. Rafael Tomás le precedía bastante trecho con dirección á Luanco, punto de escala en el camino de Soto de Luiña. Sin más ropa que la vestida, ni más dinero que catorce duros, cantidad grande para quien andaba de ordinario sin un cuarto, y sin tiempo á pedir prestado, porque toda dilación podía exponerle á riesgo inminente; solo contando con el favor divino y entregándose por manera absoluta en las manos de Dios, pudo aventurarse tanto.

Cierto que tomando pasaje en un buque de la Montaña, debe viajar con montañeses, y puede forjarse la ilusión de que aún navegando para Inglaterra lleva consigo parte de su Diócesis; pero así y todo, esforzado era su ánimo, mucha su fé y mucho también debía de ser su miedo á los franceses, miedo que ni en la mar le deja, pues que le obliga á despojarse de las insignias episcopales por si llegaba la fragata á ser presa de algún corsario. La navegación, sin embargo, no pudo ser más feliz. A los tres días de haber salido de Gijón, se puso el buque á vista de Inglaterra. Pero dejemos la palabra al mismo D. Rafael Tomás, que con fecha de 31 de Mayo escribe desde Postmut la relación de su viaje. “¿Si llegarás, carta, á donde te enviaren? Hagas “lo que Dios mande; que para eso allá vas, y “vayas, y buen viaje. El que la escribe está en “Postmut, con los dos consabidos compañeros; “en Postmut, esto es á una posta ó día de posta “de Londres, y está bueno y está contento; y no “tiene otro cuidado que el de lo que por allá “(Oviedo, Luarca, Luanco, Gijón, Valdedios, etc., “y por sus contenidos) sucedió, sucede y suce- “derá.

“A los tres días y como medio de navegación “se puso á la vista del cabo y tierra de Lesard, “la primera de Inglaterra, y después (por el “viento contrario) estuvo (estuvimos) bordeando “sin adelantar cosa por unos como cinco días; “al cabo de los cuales, volviendo el buen viento, “y avisados por un buque inglés, que íbamos “mal sin convoy á Londres (90 ó 100 leguas “todavía distante) porque había muchos corsarios; “nos recogimos á la Bahía de Postmut, alias Spiteat, “gran Bahía, donde se hallan actualmente en “solos navíos de línea y fragatas de guerra más “de cien buques. Entre ellos está el navío *Algeciras*,

“uno de los cogidos en Cádiz á los franceses, que trajo á Londres al Sr. Ceballos. En este navío celebré, ¡viva Jesús!, celebré Misa el día de San Fernando, y espero celebrarla, y que la celebre mi consacerdote peregrinante, mañana día del Santísimo *Corpus Christi*. Item. En el mismo navío espero salir para Cádiz (con dicho Sr. Ceballos y su familia, que vuelve para allá), de aquí á como diez ó doce días: y si apuran los apuros tanto que aquella Junta (la de Sevilla) necesitase trasladarse á América, allá me voy, Dios mediante. Dicen las *Gacetas de Londres*, con referencia á los *Boletines franceses*, dicen cosas, que si son verdad, pueden precisar á tal fuga; por que dicen que los ejércitos franceses están apoderados de Viena y los austriacos arrinconados; que el ruso (y esto parece no tiene duda) aún es francés; que la Prusia se unió á los rusos; que Asturias fué invadida por la parte de Galicia, por el frente de Oviedo, y por la línea que ocupaba Ballesteros; y finalmente que un General no sé quién, va metiéndose hacia Sevilla para sojuzgarla. De todo puede haber más que algo; y según resultare, así dispondré; pudiendo también ser, que si Galicia está desocupada, procure desembarcarme en la Coruña. Desde el paraje á donde llegare, escribiré: y ¡oh cuánto bien me sabrá hallar en el paraje, que fuere, alguna carta de esa tierra que me diga algo de cómo fué, y cómo va por ella!

“Esta que yo escribo ahora, es para todos, y para cada uno de los que pueden tener semejantes deseos en respecto á mí; por eso va sin dirección singular á alguno; y para que á alguno llegue, irá por distintas vías, por Cádiz, por la Coruña, por un barco de Luanco, que está aquí, aunque no sé para dónde tomará. El á quien llegue, mire si puede comunicarla á

“quienes puede conocer, que yo desearé se comunique (á Luarca, Luanco, Gijón, Valdedios, para donde tomó el D. Juan, de quien me separé sin despedirme, en Contrueces, y por éste á Santander): y el que me escriba, como dicho es, ó á Cádiz, ó á la Coruña, diga entre lo más que se le ofrezca, qué suerte tuvieron los dos cofrecitos que se encaminaron á Luanco, y que por papeles que en ellos iban sentiré perder, aunque, gracias á Dios, estoy insensible á pérdidas, lo uno, por tan curtido; lo otro, porque me sale bien *etiam in temporalibus* el andar hecho un pobre pordiosero. Salí de Gijón con catorce duros; y es hoy el día en que tengo tesoros á mi disposición, porque los dos Embajadores, ordinario y extraordinario, me escriben (en respuesta á haberme yo puesto bajo su protección) el primero, dando orden á este Vicecónsul español, que me apronte cuanto pida, y el segundo que le libre contra él mismo cuanto quiera. No pediré ni querré más que lo necesario, porque al fin se ha de pagar: pero ¿puede haber cosa como esta? ¿Y cuándo pensaría yo verme como ahora me veo, hecho un currutaco, de sombrero alto casi como una mitra, corbatín, levita, etcétera, etcétera? Dígoles á ustedes, los que lean esto, que no hay placer como el padecer, á poco que uno acierte, ó que Dios le dé acierto en entregarse á la Providencia, que es Dios mismo. Dígoles á ustedes los que por ahí padecieren, que sea en hora buena su padecer, y que les tengo envidia porque siquiera padecerán más que yo, á quien Dios no quiso dar que padeciese ni en mar ni en tierra, sinó ganas de comer, y algunos sustillos de si vendrían ó no vendrían los sansculotes, á cuya causa ya en la fragata me vestí de medio marinero y me llamaban el tío Clemente, que era una gloria.

“Item hago saber, que estoy tentado de ir
 “por tierra, antes de embarcarme para esa, á
 “Londres, y que si voy, y más si veo y hablo al
 “Rey D. Jorge (lo que no es materia imposible),
 “no habrá quien se entienda conmigo. Ahora
 “hermanos, ustedes se queden hasta que Dios
 “quiera, y estén siempre con Dios mismo; y sin
 “pararse en lo que llevo dicho deirme bien por
 “acá, miren si por Dios y Santa María Virgen,
 “me encomiendan algo más que lo ordinario á la
 “divina piedad, porque en medio de todo, estoy
 “muy mucho necesitado. Yo, aunque pobremente,
 “he rogado y espero rogar por los que ahí que-
 “daron expuestos más que yo á trabajos, y creo
 “que casi por cada uno de los algo connexos con-
 “migo rogué singularmente á Dios: conquē *alter*
 “*alterius*; y basta de carta, cuando de ella se han
 “de sacar dos copias.

“A estas se tengan por originales, aunque
 “sean de otra mano, pues irán rubricadas por
 “mí, una á Luarca por la Coruña, otra á Luanco
 “por el citado capitán, y otra á Gijón por Cádiz
 “en busca del que se vino de la Montaña á Astu-
 “rias (1), y que vino por lana y salió trasquilado.

“Viva el que así nos trasquila, nos purga, nos
 “abate para ensalzarnos hasta la gloria, gloria
 “de glorias, gloria eterna, gloria de Dios, *ad*
 “*quam nos perducatur Jesuschristus salvator noster*
 “*et per Jesumchristum nostrum salvatorem, qui*
 “*cum eo vivit et Regnat in unitate Spiritus Sancti,*
 “*Deus per omnia sæcula sæculorum. Amen.* Post-
 “mut, 31 de Mayo de 1809.”

Ni una palabra hemos suprimido en esta car-

(1) Se refiere indudablemente al Chantre D. Juan Francisco Gutiérrez Valdés, que después de la salida del Obispo en la fragata inglesa, cuando los franceses entraron por segunda vez en Santander, hizo el viaje por tierra. No le permitía su estómago embarcarse, y la premura no le permitió tampoco despedirse de D. Rafal Tomás en Contrueces.

ta, que además de contarnos los sucesos, retrata la fisonomía moral de quien la escribe. Y ¡cuán acabado es el retrato! Y ¡cómo en él se reflejan la fe viva, el patriotismo á la española antigua, la energía sin menoscabo de la humildad, el abandono de la voluntad propia en la divina, el amor á la pobreza, la caridad ardiente y el menosprecio de sí mismo! Goza en sus trabajos el Obispo y los tiene por nada en comparación de los ajenos. A embarcarse para América está dispuesto antes que á ser francés. Cambiar las vestiduras episcopales por las de un marinero, llamarse el tío Clemente, ponerse á un largo y peligroso viaje sin salud y con solo catorce duros, es "una gloria." Sentirá que se hayan perdido sus papeles, aunque ya esté acostumbrado á las pérdidas. Está "curtido" y por parte le va tan bien perdiendo..... Faltábale la salud, y la goza completa; no tenía un cuarto, y dispone de tesoros. "No hay placer como el padecer, á poco que uno acierte ó que Dios le dé acierto en entregarse á la Providencia." Envidia tiene á quienes en España padecen, porque padecen más que él á quien no quiso Dios dar que padecer "ni en mar ni en tierra." No se olvida de nadie, por todos pide y á las oraciones de todos se encomienda.

Y lo dice con tanta sencillez, sin olvidarse de su habitual gracejo, y con tal descuido en el estilo, que no se estila esta manera de decir, interesante por extremo á pesar de cuantos resabios puedan hallar los críticos más dados al culto de las formas que á penetrar el fondo de las cosas, achaque propio de una generación afeminada y regalona, donde si no escasean los escritores, faltan los hombres. Hasta el latín que D. Rafael Tomás mezcla en su carta, tal vez con menoscabo del buen gusto, que en esto no somos jueces, nos recuerda el latín que mezclaba en las suyas

Fray Hernando de Talavera. ¿No se habrán parecido sinó en esto los dos Obispos? Hablen la representación á Caballero y la que dirigió á la Junta central con motivo de la deshonestidad en el vestir de las modernas españolas; hablen esos documentos tan duramente calificados en lo tocante á su estilo por quien aun diciendo la verdad, pudo decirla con mayor mesura.

Pero volvamos al emigrado en Inglaterra, que por modestia calla las atenciones del señor Gastón, Comandante del *Algeciras* (1). Tampoco nos da cuenta en otra carta, fechada del 10 de Junio en Londres, de las que le dispensaban los Sres. Ceballos y Apodaca (2), presentándole á los

(1) "Allí encontró (en Postmut) el navío español *Algeciras*, con "el famoso Comandante Gastón. Se avisó á éste que estaba allí el "Obispo de Santander, al instante le fué á buscar, y le trasbordó á "su navío, proveyéndole de cuanto necesitaba, y en él celebró misa "el día de San Fernando. Escribió á nuestro Embajador Apodaca y "éste al Cónsul, para que le diese cuanto necesitase. Se estuvo en "una posada, celebró misas en las capillas de los católicos, y aun una "misa popular ó mayor. Fué á Londres, donde fué obsequiado por el "Embajador, y por el extraordinario que allí estaba, D. Pedro de "Ceballos..... é hicieron de él un aprecio grande, y si hubiera querido "y pedido que se abriese alguna suscripción para su manutención, "hubiera sacado miles y miles de reales, pues la gente de Londres "estaba entusiasmada con él....

"Y habiendo visto á Londres, saludado á los ministros del Rey, de "quienes mereció muchas atenciones y de los dichos nuestros emba- "jadores Apodaca y Ceballos, que le acompañaban, comiendo en casa "del primero todos los días y uno en la de Ceballos... se embarcó "para Cádiz."

De los Apuntes del Chantre.

(2) Parécenos del caso transcribir en esta nota las cartas de los señores Ceballos y Apodaca al Obispo de Santander. He aquí estos documentos, cuya copia se debe al Chantre:

"Ilmo. Señor: Muy señor mío: He recibido la apreciable de V. I. con "el sentimiento de saber por ella los trabajos y fatalidades que le han "forzado á emigrar de la España, para venir á esta Isla de hospitalidad "y protección.

"He remitido la representación de V. I. al Sr. Apodaca, Ministro "residente cerca de este Gobierno, porque mi embajada fué creada "para un determinado objeto, y éste está cumplido; por lo que me "despido de S. M. Británica para restituirme á España.

"Creo que el Sr. Apodaca facilitará á V. I. los pasaportes de este "Gobierno, y los medios de subsistencia, que estén en sus facultades;

ministros del rey Jorge y teniéndole diariamente á su mesa. Poco permaneció el Obispo en Londres, pero fué su permanencia una serie no interrumpida de agasajos. Las atenciones no fueron sólo de los Embajadores, sinó también de los Ministros de aquella Corte. Un Obispo español fugitivo de la persecución napoleónica debía ser personaje muy de admirar en el país, donde Pit

“sin embargo, disponga V. I. de mis facultades, y libre contra mi para lo que necesite, en la inteligencia de que me será muy gustoso suavizar la dolorosa situación en que se halla V. I.

“Doy á V. I. las gracias por las noticias que me da de mi hermana la Condesa de Isla, y me aprovecho de esta ocasión para asegurarle que soy su más atento y seguro servidor, q. b. s. m. Londres, 30 de Mayo de 1809.—*Pedro Ceballos*.—Itmo. Sr. Obispo de Santander.”

“Itmo. Señor. Muy señor mío: Ya habrá recibido V. I. mi oficio en que le manifestaba haber dado orden para que nuestro Vicecónsul le suministre el dinero que pueda necesitar, durante su mansión en ese puerto. Ahora debo añadir, que en caso de resolverse V. I. á trasladarse á esta capital, no habrá inconveniente ninguno por parte de este Ministerio; pero en tal caso, será preciso que V. I. me lo prevenga de antemano, á fin de que pueda enviarle el correspondiente pasaporte.

“Reitero á V. I. mis deseos de complacerle, y emplearme en su obsequio. Londres, 3 de Junio de 1809. B. I. m. de V. I. su más atento y seguro servidor, *Juan Ruiz de Apodaca*.—Itmo. Sr. Obispo de Santander.”

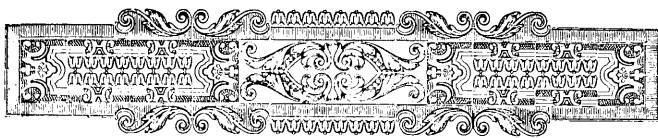
“Itmo. Señor: Muy señor mío de todo mi respeto: Hasta el día de la fecha no he tenido el honor de recibir la de V. I. del 3 del corriente, y enterado de su contenido, tengo la satisfacción de incluirle el oficio competente, para que el Comandante del navio *Algeciras*, D. Miguel Gastón, admita á V. I. abordo del expresado, con los dos familiares de su comitiva, y sea transportado á Cádiz: igualmente le noticio, que hoy va la orden de este Gobierno, para poder venir V. I. á esta capital, si gusta, á sus asuntos particulares; pero sentiria que se incomodase para el sólo objeto que la bondad de V. I. me manifiesta, de darme gracias por un procedimiento que es de mi obligación, y me dicta la consideración á su persona, á sus servicios, y mi deseo natural de auxiliar y hacer bien á todo buen español; pero si V. I. resuelve venir por cualquier otro motivo, espero tenga la bondad de admitir mi mesa todos los días que se halle aquí, siéndome muy sensible no tener cuarto capaz en mi casa donde poder alojarle con la decencia que se requiere, por la mucha familia que tengo.

“Incluyo á V. I. un pasaporte mío para el uso conveniente.

“Tengo el honor de repetir á V. I. los altos respetos de mi consideración, como su más atento servidor. B. I. m. de V. I. su más seguro servidor, *Juan Ruiz Apodaca*.—Londres, 7 de Junio de 1809.
—Itmo. Sr. D. Raphael Thomás—Obispo de Santander.”

había dicho que la nobleza y el clero, degenerados, estaban “á los piés del favorito.”

No se detuvo mucho tiempo en Inglaterra el Sr. Menéndez de Luarca. Ni conocía el idioma, ni á su pobreza se acomodaba el subido precio de las cosas. Con escándalo cuenta en su última carta, que por la hechura de una chupa, no más que por la hechura, le llevaran cien reales. Ni todo aquello era conforme á su habitual manera de vivir, y eso que “la gente de Londres —según el Chantre— “estaba entusiasmada con él.” Así que, escribe á 10 de Junio, piensa embarcarse para Cádiz dentro de pocos días. Excusado será añadir que si los ingleses se manifestaron en Londres atentos y benévoloos con el Obispo de Santander, los católicos de Postmut tenían á honra que celebrase el santo sacrificio de la Misa en sus capillas. Celebró también la popular alguna vez, pero así y todo, su primer cuidado al llegar á Cádiz fué despojarse de—son sus palabras— “la ropa heretical con que andaba por Inglaterra.”



CAPÍTULO XXIX.

En Cádiz.



CÁDIZ debió de llegar el 31 de Junio, ya que con fecha del 7 del mes siguiente dice que á Cádiz había llegado siete días antes. Aun no estaba el Gobierno en aquella Babilonia, parecida entonces al valle de Josafat, según la gente de todas clases y de todas partes al amparo de aquellos muros refugiada. “Por aquí todo está tranquilo y hecho un “valle de Josafat — dice el Obispo — según se hallan *“ex toto terrarum hispano orbe peregrini*, el Nuncio de S. S., el Arzobispo de Toledo, duques, “barones, mujeres, etc., etc.” En Cádiz halló cristiana hospitalidad que le ofrecieron los Carmelitas descalzos. Con estos Padres permanecía al escribir su referida carta. Obligábase á guar-

dar clausura la falta de ropa "católico-cristiano-clerical."

Y hallábase "demasiadamente visitado." Son sus palabras, pero ni una siquiera dice para indicar sus pensamientos y ocupaciones; una de las cuales y quizá de las primeras, fué, según el Chantre, poner en conocimiento de la Junta central su arribo á Cádiz y los motivos de tan largo viaje. Por más de un concepto era oportuno este paso de parte del Obispo, que acababa de ejercer cargos importantísimos. Del 2 de Julio está fechada su comunicación á la Junta. En ella expone las causas que le obligaron á emigrar y á embarcarse para Cádiz, sus pensamientos ulteriores y cuanto cree conducente al gobierno civil y militar de Santander en el caso de verse aquella provincia libre de la dominación francesa. A todo lo cual contesta el Secretario de la Central con fecha del 6 de dicho mes: "La Junta Gubernativa Suprema del Reino se ha enterado por la exposición de V. S. I. de 2 del corriente, de las causas porque se vió obligado á refugiarse á Inglaterra, de su regreso á España, de sus ideas ulteriores, y de las advertencias que hace con respecto al gobierno civil y militar de la provincia de Santander en el caso de que los enemigos la desocupen. Su Majestad, que está bien cerciorado del celo y patriotismo con que V. S. I. ha sostenido la justa y sagrada causa que defendemos, y los trabajos y fatigas que ha sufrido en circunstancias tan calamitosas, y que ve ahora su cuidado y desvelo por el bien de sus diocesanos, cuyas necesidades espirituales y temporales tiene tan presentes, no puede menos de aprobar con singular aprecio en todas sus partes la conducta de V. S. I. como propia de un Prelado anciano y venerable, penetrado sólo de los

“grandes sentimientos que inspiran la Religión, “y el amor acendrado al Rey y á la Patria, y “de real orden lo comunico á V. S. I. para su “inteligencia y satisfacción. Dios guarde á V. S. I. “muchos años. Real Alcázar de Sevilla, 6 de “Julio de 1809.—*Martín de Garay*.—Reverendo “Obispo de Santander.”

Tranquilo podía estar el Sr. Menéndez de Luarca con el testimonio de su conciencia y el aplauso de sus conciudadanos; pero no puede negarse la importancia de una declaración, que de la suprema autoridad civil emana. Muestras de respeto y de amor recibió entonces no menos honrosas por ser más populares. Ya se queja, como hemos visto, de las muchas visitas, siquiera guarde silencio respecto de otras demostraciones que, relatadas por el Chantre, son dignas de figurar en estas páginas. En Cádiz fué grandemente obsequiado, sobre todo “por los montañeses naturales del Obispado de Santander, “avecindados allí, quienes tuvieron en el convento “de Carmelitas descalzos una solemnisísima función de Iglesia con sermón en acción de gracias “por el feliz arribo de S. S. I..... y le han ofrecido cuanto necesitase.” No eran estas ofertas *cumplimientos*, que impone la cortesía. Más adelante lo veremos por modo claro. Los diocesanos del Sr. Menéndez de Luarca fueron siempre hijos amantes y amigos generosos de un Prelado que les correspondía: “es buena gente la montañesa.” Y nosotros repetiremos con gusto la frase del Obispo en cuantas ocasiones se nos ofrezca.

Pero tales obsequios no eran parte á distraerle de su amor á la Diócesis y del que profesaba á la familia, ni á disminuir tampoco la repugnancia que aquella Babilonia le causaba. El calor de un país meridional había de ser por fuerza muy nocivo á quien viviera hasta enton-

ces en más templados climas. Por todas estas razones su deseo de abandonar á Cádiz era vehemente. En 13 del repetido mes de Julio vuelve á escribir rogando á D. Matías, que algo le diga de cuanto le ocurrió y á su familia, á la de Luanco y al Chantre y más familiares, de quienes se despidiera en Gijón; porque nada sabía de nadie, á pesar de las cartas á unos y á otros dirigidas desde Portmut y Londres. Habla también á su sobrino de “las muchas tropas francesas, que de todas partes se van acercando á estas Andalucías. Si apoderadas de “esto,—continúa—ó rechazadas (que es lo más “probable) se vuelven á llevaros vuestra regeneración, yo, que por viejo no puedo ser regenerado, me volveré á Inglaterra ó me iré á “América; pero si la cosa presenta no mal semblante, á mi Santander me llamo. Acaso sin “esperar más, saldré de aquí para esos mares “apenas sepa de fijo que están libres sus costas “de Bayona á Bayona.”

Corriase á la sazón por Cádiz, que Galicia y Asturias habían quedado libres de franceses. Así lo indicaba el Obispo, sin darlo por absolutamente cierto. Y, sin embargo, lo era mucho más este rumor, que fundadas sus esperanzas respecto de Andalucía. El deseo de ponerse en camino, queda bien expresado. Sólo aguarda, para realizarlo, á recibir noticias seguras de las costas que median de Bayona á Bayona. Y nada tiene de particular deseo tan vivo. Ya hemos dicho cómo á la salud de D. Rafael Tomás no cuadra el clima meridional, y también se ha insinuado cuán poco á sus gustos y aficiones eran conformes las aficiones y gustos de aquella Babilonia. Pero tratándose de esto último, se ve claro, sin que nadie lo diga, en la exposición del Obispo á la suprema Junta Central, fechada el 6 de Agosto. Mal podía vivir

tranquilo, cuando ni en los templos estaban seguros los Obispos, los Sacerdotes y más Ministros del culto contra las provocaciones de una desnudez escandalosa, obligada manera de adornarse las mujeres desde las más distinguidas hasta las de clase más humilde. Quien conozca el extremado pudor de D. Rafael Tomás, comprenderá fácilmente sus ansiedades en una sociedad donde el mucho vestir se interpretaba supresión del vestido.

Conque no había de ser perro mudo el señor Menéndez de Luarca, de quien nunca pudo decirse que calló cuando era su obligación hablar, ni que á los respetos humanos tuvo respeto. Bastóle un mes de residencia en Cádiz, para conocer el abuso y denunciarlo, tomando al efecto pié de la circular de 26 de Octubre de 1808, en el cual documento declara sustancialmente la Junta, que no repugna, sinó antes busca y desea "los avisos "de quienes puedan darlos en orden á las reformas que necesita nuestro Gobierno." Y se fija en la educación pública y en la Patria, que debe ser santuario de las costumbres. Y considerando la falta de pudor en sí misma, y en relación además con las públicas calamidades, reputadas castigo de pecados públicos, desahoga su pecho con honda pena oprimido, al ver en Cádiz, pueblo católico, el mismo mal y aún "exaltado" que no sería tanto de extrañar en otros pueblos menos favorecidos por el Cielo.

No hemos de tratar á fondo la cuestión. Bástenos reconocer como inequívoco signo de racionalidad, la vergüenza que causa la desnudez, no sentida por los brutos. Pero las circunstancias del caso que motiva las quejas del Obispo, rayan en lo extremoso y previenen el ánimo más propenso á transigir con las debilidades humanas; porque la indecencia del vestido ó la falta de

vestido, no se notaba únicamente en las casas y en las calles. A los templos, á los confesionarios y á los comulgatorios, acudían las señoras en forma tal, que no es para descripta.

Quejábase á la Reina católica Fr. Hernando de Talavera, "de las danzas... las cuales por maravilla "se pueden hacer sin que en ellas intervengan "pecados," y de "la licencia de mezclar los caba- "lleros franceses con las damas castellanas en la "cena, y que cada uno llevase á la que quisiese "de rienda." Mucho se había progresado desde entonces; no se quejaría D. Rafael Tomás de pequeñeces tales en 1809. Se queja de algo más grave, se queja de las que "llevando patente su "indisposición con su ordinaria desnudez, al tribu- "nal de la penitencia, hallan quienes las absuelvan," y de las que presentándose desnudas en la sagra- da mesa, tienen "quien les alargue el divino Pan."

"¡Oh licencia tan ilícita! — exclama el de Talave- "ra. — ¡Oh mezcla y soltura no católica ni honesta, "mas gentilica y disoluta!... Cuánto pierde mi "Reina y mi soberana señora en ella..." Oigamos ahora al de Santander: "Ni se aminora el mal, "porque las tales parezcan ir á los templos para "negociar la palabra de Dios, siendo frecuentes "allí cuando se predica. No sé yo si serían tan "devotas, caso de ser nuestros predicadores lo "que todos deben ser, eternos é implacables per- "seguidores, no ya del vicio en general, sinó de "los vicios singulares, y muy singularmente de "los que estuvieren más exaltados y como cho- "rreando sangre, en los pueblos donde predicán. "No sé yo si irían nuestras devotas desnudas al "sermón, estando ó ciertas ó temerosas de que se "predicaría clara, directa y eficazmente contra su "desnudez."

Y después de increpar á los padres de fami- lia, "¿qué diré—continúa—de los padres de la

“patria...? ¿Qué diré de los predicadores evangélicos, si en el caso mismo no claman como otra vez se dijo...? ¿Qué diré de los otros Ministros “del Templo, Párrocos, Confesores, Sacerdotes...? “¿Qué diré de mí mismo, qué de mis concoleas “y hermanos los muy Reverendos Arzobispos y “Reverendos Obispos españoles, sal de la tierra... “y luces puestas sobre el candelero para lucir á “cuantos están en la casa; y ciudades levantadas “sobre el monte, que es la Santa Iglesia, ciudades “capitales, provistas para proveer de sal, de luz “y de armas hasta los que han de salar lo corruptible del mundo y lucir en medio de sus tinieblas “y guerrear las guerras del Señor; qué, repito, diré “de nosotros, si en el caso de que se habla, merecemos con respecto á España las lágrimas de “aquel Jeremías, que lloraba así sobre la otra hija “de Jerusalén, *prophete tui non aperiebant iniquitatem tuam ut te ad penitentiam provocarent...*?”

Y nada más sobre este asunto, que vuelve D. Rafael Tomás á tratar con fecha del 31 de Marzo de 1811, en su informe al Consejo, anticipadamente analizado en el capítulo XX. Pero no debemos omitir que considerando el señor Menéndez de Luarca la desnudez en cuestión, desde varios puntos de vista no es nuestro objeto, como ya indicamos, el asunto en sí mismo, sinó el aprovechar esta ocasión de hacer patentes el celo y entereza de un Prelado, que ni siquiera en circunstancias críticas olvida por un instante sus deberes, ni contemporiza con el poder á quien dirige sus ruegos y exhortaciones, y de quien acaba de recibir tales muestras de aprecio. Y no concluye D. Rafael Tomás su escrito sin lamentarse de la intención con que parecen omitidos en proclamas y periódicos el santo nombre de Dios y el lenguaje cristiano, sustituido por otro más en relación con las ideas filosóficas modernas,

que bien pudieran emplear los ministros de la herética pravedad con sus sectarios, los rabinos con los judíos, los santones con los turcos, y emplea Napoleón con los católicos cuando los quiere hacer suyos.

Entiende, al parecer, que á todo pondrá remedio la Junta cuando enmiende con sus órdenes y corrija con sus ejemplos tan perniciosas tendencias; y contemplándose en el caso de Santo Tomás de Villanueva, con el Emperador Carlos V, dirige á la Junta central aquellas palabras del Santo: "¡Oh gran predicador el Rey! Más aprovecha con su palabra y con su ejemplo que todos los predicadores del mundo." Tratábanse de introducir reformas en el Gobierno de España, pero á juicio del Obispo, sería la mejor reforma devolver á esta infeliz Nación lo que la hizo grande y gloriosa en otros tiempos, y la filosofía irreligiosa le arrebatara. Para los franceses y los revolucionarios españoles, todo era igual menos el patriotismo. Nadie quería llamarse afrancesado, y sin embargo sólo mediaban entre unos y otros diferencias respecto á la persona del Rey. En cuanto á la Religión y principios políticos, no podían aquellos españoles ser más franceses. Los presagios del Sr. Menéndez en su Pastoral del 24 de Octubre de 1794, ya comenzaban á cumplirse.



CAPÍTULO XXX.

En viaje para la tierra natal.

LIBRES de franceses Asturias y Galicia desde Junio anterior próximo, repelido por el clima y costumbres de Cádiz D. Rafael Tomás, y ansioso de respirar el aire puro de la tierra natal y de aproximarse á Santander, aprovecha la ocasión de un navío de guerra, *El Montañés*, que con rumbo á la Coruña está para dar vela. No sabemos el día en que salió de Cádiz. Consta únicamente que llegó á la Coruña antes del 29 de Agosto, fecha de una carta suya escrita en el mismo buque. Vino éste, según relación del Chantre, haciendo agua, que achicaban las bombas; sin embargo de lo cual hizo con felicidad la travesía. Ni el Obispo menciona este incidente, ni da señal ninguna de temor,

permaneciendo á bordo de la embarcación averiada mientras no se halla barco que le conduzca á cualquier punto distinto de la Coruña.

Redúcese la carta de 29 de Agosto á lamentarse de no haber recibido contestación á ninguna de sus anteriores, á dar cuenta de sus viajes y de su intención de embarcarse cuanto antes le sea posible para Lueca, Gijón, ó cualquier puerto de Asturias. Los parientes y los familiares y la suerte que unos y otros hubiesen corrido con motivo de la invasión francesa son objeto también muy principal de la carta, donde ocupan no poco espacio noticias de la guerra contra Napoleón así en España como en otros reinos, fluctuando entre el temor y la esperanza los juicios del Obispo, enteramente sometido á la Providencia divina. Confía en que la persecución "va de capa caída." "Si acierto—continúa,—no será por ser "brujo ni profeta; y si no acierto, Cristo con "todos, amén. Con vosotros sea mucho, mucho, "en todo tiempo y lugar, y adios ahora, adios, "hasta cuando S. M. quiera."

Pero como la oportunidad del barco donde dirigirse á cualquier puerto de Asturias no pareciese, sin entrar en la Coruña se trasbordó á otra embarcación, que le condujo á Mugardos, villa situada frente al Ferrol, en la cual estaba de Cura un antiguo familiar suyo, maestro de pajes, en el Palacio Episcopal de Santander. No lejos de Mugardos hállase Montefaro, soledad deliciosa entre las rías del Ferrol y Ares. Y á este convento de la Orden tercera de San Francisco se dirigió el Obispo después de haber descansado en casa del antiguo familiar y entonces Cura.

Detiénese algunos días con aquella familia religiosa, que, no tardando, había de ser refugio suyo, y se dispone á regresar á su país evacuado por el enemigo meses antes. Fáltannos

pormenores del viaje. Cuanto nos dicen los apuntes del Chantre, se puede reducir á pocas palabras. Llega á Luarca en fines de Septiembre de 1809, y en Luarca se dedica á sus habituales estudios, confirmando cuando se lo piden y haciendo «las Ordenes Mayores generales de Santo Tomás.»

Pero si nos falta relación escrita de aquel acontecimiento, que tal debía reputarse entonces la llegada de D. Rafael Tomás á Luarca después de tan largos viajes y aventuras, suple la fantasía con creces este silencio. Teniendo idea de lo que por aquellos tiempos era Luarca, se nos figura la casa de D. Matías llena de gente principal que recibe al Obispo, y rodeada de un pueblo ansioso de contemplar al hijo de aquella noble tierra, ennoblecido además con la persecución del tirano del siglo. Entonces reinaban allí la fe y el patriotismo, y la expresión de tan puros sentimientos se decoraba simple y sencillamente sin los medios artificiosos que hoy se emplean, cuando se trata de aparentar lo que no existe. Alcanzó en su niñez quien esto escribe á quienes recordaban los sermones del Sr. Menéndez en la Parroquia. Formando por ellos juicio de las costumbres del pueblo, creer debemos que si Luarca no era un plantel de santos, era un pueblo feliz en pleno siglo de oro, por lo tocante á costumbres.

Corría el tiempo como siempre á prisa, y mucho más cuando á las agitaciones y sobresaltos, consecuencia del estado de guerra, sucediera relativa bonanza. Ney, sin detenerse apenas, había regresado á Galicia, retirándose Kellerman por Pajares y Bonet por el Este, todo, según Toreno, “antes de promediar Junio.” Dedicábase á sus ordinarios trabajos el Obispo, estudiando y escribiendo, ya que no se lo estorbaba el gobierno de

su Diócesis, ocupada por fuerzas enemigas; circunstancia que hace las veces de pesadilla cruel, perturbadora de calma tan apacible. Suspira constantemente D. Rafael Tomás por la libertad de Santander, sin parar mientes en que aun libre de franceses su amada grey, por otra parte le amenazaba golpe más sensible. Pero no anticipemos los sucesos.

Suerte feliz hubiera sido la de Asturias sinó tuviese más invasiones que lamentar. Desguarnecido, ó punto menos, el Principado, después que lo mejor de sus tropas toma la vuelta de Castilla con Ballesteros por orden de *Romana*, no puede ser más propicia la ocasión para cualquier intento. Con decir que á cargo de D. Nicolás de Llano Ponte y de sus cuatro mil hombres corre la línea oriental, dicho queda que para Bonet y los seis mil franceses á su mando no es la dificultad insuperable. En 25 de Enero de 1810 cesa sin gran resistencia el General español, ocupando al quinto día la capital de Asturias el francés, que obligado á evacuarla en breve plazo, la recupera el 14 de Febrero. Abandónola otra vez el 19 de Marzo y vuelve de nuevo á ella el 29, para permanecer allí hasta el 14 de Junio de 1811.

En Noviembre del mismo año, recupera la ciudad Bonet, y la abandona en fin de Enero de 1812. Vuelve á Oviedo á mediados de Mayo y evacua definitivamente el Principado en Junio.

Parécenos oportuna esta somera indicación de los hechos que se relacionan no poco con nuestro asunto. Luarca, lugar seguro de refugio y el más simpático en Asturias á D. Rafael Tomás, deja por lo dicho de ofrecer la tranquilidad que desea. Ocupada nuevamente Asturias por las huestes francesas, si como pueblo libre de tropas enemigas fué Luarca residencia oficial de la Junta allí reunida el 4 de Marzo del año

ro; dueño Bonet de Oviedo el 29, tuvieron los asturianos y Porlier que retirarse de la línea del Nalón á Tinco, y á Somiedo y al Navia la división gallega, estableciéndose en Luarca guarnición francesa, que de la casa de D. Matías hizo cuartel.

Todo el mes de Diciembre de 1809, debió de pasar en Luarca el Obispo de Santander. Así lo cuenta el Chantre, que continúa: "Pero poco le "duró el sosiego, porque á los cuatro meses de "estancia, acomete la tropa enemiga francesa otra "vez al Principado de Asturias, y entró en él "por Llanes y Pajares, y persiguiendo á la tropa "española que defendía el país, siguió tras ella á "Luarca. Por lo mismo se embarcó allí S. S. I. "estando bastante enfermito de una constipación "que cogió por trabajar y por el mucho frío del "invierno, y se encaminó al puerto y villa de "Ribadeo, á donde llegó sin novedad."

Si en lo sustancial resultan ciertas las indicaciones del Chantre, adolecen de alguna inexactitud respecto á pormenores; porque suponiendo en el párrafo transcripto que la invasión se realizó por Llanes y Pajares, no parece, según la historia, que por este último punto hayan entrado los franceses hasta principios de Noviembre de 1811, y el Obispo ya estaba en Ribadeo el 2 de Marzo de 1810, fecha de una carta suya á D. Matías. Pero quiso, á nuestro ver, el autor de estos apuntes compendiar tan largo período para explicarnos la estancia de D. Rafael Tomás en Galicia, separado absolutamente de su familia, fugitiva como él casi todo este tiempo. A Ribadeo pues, se trasladó el Obispo antes de la tercera ocupación de Oviedo por Bonet el 29 de Marzo de 1810.



CAPÍTULO XXXI.

En Galicia.



As de tres años peregrina el Sr. Menéndez de Luarca por diferentes pueblos de aquel antiguo reino. Sólo una vez cambia de residencia por temor á los franceses. Las demás veces, su deseo de mayor retiro, el de aproximarse á la tierra nativa, razones políticas, ó el ejercicio de su ministerio episcopal á instancia de las autoridades eclesiásticas ó de los fieles, fueron causa de sus peregrinaciones.

A los pocos días de haber llegado á Ribadeo, ya piensa en retirarse al Monasterio, que los Benedictinos tenían en Lorenzana. No estaba mal hallado en Ribadeo. “Yo,—escribe á D. Matías el “26 de Marzo,—no por miedo á nuevas irrupcio-

“nes... pienso alejarme un poco de aquí, lejos de “pensar en irme ahora allá. Me voy al Monasterio “de Villanueva de Lorenzana y acaso me estaré “allí hasta la Pascua, porque si bien estoy aquí y “mejor estaría ahí, necesito enfrailarme más que “cuatro días.” Se le ocurría la idea de regresar á Luarca, como se infiere de la frase “mejor estaría ahí;” pero necesitaba enfrailarse.

Parece escrita esta carta bajo impresión de prósperos sucesos, tal vez la retirada de Bonet á Cangas de Onís en 19 de Marzo, por efecto del ataque de Peñafior, en combinación con los amagos que se hacían por la derecha de las fuerzas asturianas y con las acometidas de Porlier, quien “embarcándose en la costa, caía—habla “Toreno—sobre las espaldas—del enemigo—á la “orilla opuesta del Nalón.” No se pensaba en que rehecho y provisto de municiones de boca y guerra el General francés recuperaría la capital de Asturias el 29. Sólo se miraban entonces los sucesos por el lado halagüeño; achaque propio de la inexperiencia y obcecación, que más de una vez enjendra el entusiasmo.

Pero sin descuidar el negocio del alma, no se olvidaba el Obispo del interés de la Patria. Por lo menos se consideraba obligado á contestar á repetidas instancias de la Junta de Asturias, ansiosa de tenerle por Presidente, prueba inequívoca de la honrosa fama que había ganado presidiendo la de Santander. “Va lo que verás—dice en la citada carta,—“en respuesta á la nueva “instancia de esa Junta sobre aceptar yo su Presidencia; y bien creo, que en consideración de “todo, no me instará tercera vez, ni la Junta “pensará en mí.”

No sabemos que por tercera vez se le haya instado; pero de la primera y de la segunda consta por manera indudable. Con carta del 22

manda, por conducto de D. Matías, un pliego abierto (1) para dicha Junta, en el cual expone

(1) Esta Junta, instalada en Luarca el 4 de Marzo, debía ser la que dispuso el General Arce que nombrasen los concejos para sustituir la que nombró el Marqués de la Romana.

De la Junta de *Romana* formaba parte, contra sus deseos, don Matías Menéndez: perteneció también á la que nombraron los concejos: así, por lo menos, se deduce de algunas cartas del Obispo.

Respecto al poco gusto con que formó parte de la nombrada por *Romana*, véase la siguiente carta, cuya copia conservamos:

"Excmo. Señor: Sin más preludios, que detengan la atención de "V. E. tan útil, y necesariamente ocupada, ruego á V. E. se sirva "exhonerar á mi sobrino D. Matías Menéndez, del empleo que en la "Junta de armamento del Principado se dignó V. E. conferirle. Soy "testigo de que, por Gobernador militar de su pueblo Luarca, y "concejo Valdés, trabajó lo sobrado para merecer no alivio sólo, "sinó descanso constante. De resultas (como yo muchas veces le "habia pronosticado) enfermó grave, y gravísimamente. Hoy está "convaleciendo de esta enfermedad; y según son los dejos de las de "su clase, no puede en mucho tiempo estar para fatigas, ni de cuerpo "ni de espíritu. Se halla también agobiado con una numerosa familia, "y graves quehaceres domésticos, á que en mucha parte le precisa "habérsele abrasado, con una de sus casas, el archivo de muchos "papeles concernientes á éstas. Tiene por otra parte singulares "fundados recelos de que el nuevo empleo le atraiga la indignación "de varios, con quienes le conviene mantener toda paz. Parece por "todo acreedor á la justa conmiseración de V. E.: y ésta es la que yo "imploro.

"Si algo pueden valer en el compasivo corazón de V. E. los ruegos, "cuanto reverentes, tanto confiados de un Padre, ausente, hace "mucho tiempo, de sus numerosos hijos, sin saber de ellos más que "trabajos graves de toda clase, y así afligido sobrecaído de fuerzas "por los suyos personales; tantos presento en beneficio de mi sobrino, "y de su casa á la justificada piedad de V. E.: Y logrando con esta "ocasión la oportunidad de renovar á V. E. los justos respetos, que "tuve el placer de presentarle en la capital de mi Diócesis; ruego á "V. E. se sirva honrarme con sus órdenes; y á Dios nuestro Señor, "que para su servicio y bien de la Patria, prospere á V. E. en toda "felicidad por muchos años. Monasterio de Valdedios, 7 de Mayo de "1809.—Excmo. Señor: B. l. m. de V. E. su muy atento servidor y "Capellán.—R. T., O. de S.—Excmo. Sr. Marqués de la Romana."

A esta carta se refiere D. Rafael Tomás en otra del día siguiente á su sobrino D. Miguel, hijo de D. Matías.

"Recibí...—le dice en ella—tu carta, petitoria, á nombre del convaliente Sr. Vocal de la nueva Junta, de que escriba al M.^s de la "Romana que le exonere de este empleo: y tomándome la licencia "que tú me das para andar de prisa, de prisa escribi la de que incluyo "copia..."

No tenía gusto D. Matías en pertenecer á dicha Junta. El proceder de *Romana* con la del Principado suprimida, fué ocasión de disgustos

sus razones para no admitir el cargo. Fáltanos copia de las expuestas razones. "Otras—dice

y representaciones; lo cual se ve muy claro en el documento original que transcribimos:

"Muy Sr. nuestro de toda nuestra estimación: Los individuos de la suprimida Junta que nos hallábamos en esta Ciudad el día 2 de Mayo, comisionamos en nombre de aquélla al Procurador General para que, pasando á Sevilla, elevase á la Central del Reino nuestras justas quejas contra un atentado en que tanto se interesaban los derechos del Principado, el honor, opinión y estimación personal de todos sus vocales, tan ultrajados en el manifiesto del Sr. Marqués de la Romana.

"En virtud de sus representaciones, S. M. se ha dignado comisionar á los Excmos. Sres. D. Antonio Arce y D. Francisco Ibañez de Leyva, General de los Reales ejércitos y Regente de Cáceres, para que formando un juicio instructivo, y tomando informes imparciales, le dirijan á S. M. á fin de tomar una justa determinación. Estos señores han llegado á esta Ciudad, lo que avisamos á Ud. para que con la mayor prontitud se sirva venir á ella, para enterarse de las deliberaciones que exige un asunto de tanta importancia y de los gastos á él concernientes.

"No dudamos del celo y patriotismo, que caracterizan á V., mire con el mayor interés un negocio que tiene tan comprometido el honor del Principado y el de V. personalmente.

"En nombre de todos los demás compañeros, B. L. M. á V. sus más atentos y seguros servidores, *Baltasar Cienfuegos Jove-Llanos*. — *José Argüelles Quinones*. — Oviedo, 15 de Noviembre de 1809. — "Sr. D. Matías Menéndez de Luarca."

Véase ahora cómo á la anterior carta contesta D. Matías, según borrador escrito al respaldo de la misma:

"Muy Sres. míos: Contesto, que no me hallando enterado de los fundamentos de las solicitudes de que me escriben; de resultados de los procedimientos del Excmo. Sr. Marqués de la Romana, ejecutados en esa Ciudad, en tiempo que me hallaba enfermo en esta villa, y no debiendo salir de ella, por el empleo, que ejerzo de Gobernador Militar, sin que preceda licencia del Excmo. Sr. Capitán General de la Provincia, no me parece regular emprender el viaje que V. S. se sirve insinuarme. Lo que espero hagan presente á los demás señores en cuyo nombre también me lo comunican. Nuestro Señor guarde la vida de V. S. muchos años. — Luarca, Diciembre 11 de 1809. — B. L. M. de V. S., su más atento y seguro servidor, *Matías Menéndez de Luarca*. — Sres D. Baltasar Cienfuegos y D. José Argüelles."

Honda perturbación debió de haber causado el procedimiento de *Romana* con la Junta. No deja de ser para notar, que D. Matías, tan poco satisfecho con el cargo conferido por el Marqués, y menos dispuesto, si cabe, á entender en las consecuencias de su indicado procedimiento, acepta y desempeña espontáneamente el cargo de vocal para que fué después elegido, á pesar de los riesgos y trabajos que ocasionaba.

“la carta—quedan acá; pero en medio de todo, “puedes decir que libre ese país de franceses y “aumentada ó completa la Junta con los vocales “que le faltan (en número, pienso, de dos terceras “partes) si tal completa Junta me quisiere por pre- “sidente por el tiempo que pudiere serlo, sin faltar “á mis ovejas; cargaré con la cruz y aún andaré á “cristazos si fuere menester, porque *spiritus pron- tus est; si caro infirma*. Voy á decir Misa hoy, que “rezamos de San Gabriel. (¿Qué será del Peniten- “ciario de Segovia?) Adios: *dominus vobiscum*.”

Y ¿cómo no había de estar flojo de cuerpo D. Rafael Tomás, á los sesenta y siete años, con vida tan laboriosa y penitente después de trabajos tales? Ya le veremos luego valerse de un carro de labranza, por serle imposible andar á pie ni á caballo. Bueno estaba para seguir el movimiento continuo de la Junta, de Oviedo á Luarca, á Castropol, á Boal y á Cornellana, y á donde quiera que las circunstancias lo exigiesen, siempre con el decreto de Burgos sobre su cabeza..... Y algo más debería de haber, porque algo significa aquello de “aumentada ó completa la “Junta,” y estotro: “andaré á cristazos;” todo, por supuesto, mientras con ello no falte á sus ovejas. Antes que nada, sus deberes con la Iglesia de Santander, que nunca olvida.

Pero el final de la carta merece también dos palabras. Deja la pluma para tomar la hostia y ofrecer el cuerpo y sangre de Cristo. Ya se ve..... siempre estaba dispuesto, siempre en manos de Dios y en su presencia: servíale todo de preparación. Otra vez hizo lo mismo felicitando á su hermano D. Juan Matías por el incendio de la casa donde ambos habían nacido, y donde archivo, alhajas y cuanto era de valor fué pasto de las llamas. ¿Serían éstos “los desbarros que tocaban casi en locura?”

Y á este propósito, bueno será dediquemos breves frases á un asunto tratado por el Obispo en su correspondencia epistolar de aquellos días; porque nos da clara idea de la época desde el punto de vista religioso, y explica la constancia, paciencia y fortaleza de un pueblo pacífico y desarmado, contra quien, sin embargo, fueron por absoluto modo impotentes los aguerridos ejércitos del Capitán del siglo.

Es el caso, que llegada la Cuaresma de 1810, no habían llegado las Bulas; y á D. Matías, que seguía de un punto á otro á la Junta, y á doña María del Carmen y sus hijas, fugitivas la mayor parte del tiempo por tierra inhospitalaria muchas veces, preocupaba esta idea en medio de las privaciones, trabajos y graves sustos consiguientes á un estado de guerra; y para salir de apuros, acudían al tío D. Rafael Tomás, que prometiéndoles mandar Bulas en cuanto llegasen á Ribadeo, mientras esto no sucediese, opinaba por la abstinencia, si otra cosa no declarase el Obispo de Oviedo. Así — dice — lo habían hecho en Mondoñedo hasta que una declaración episcopal pusiera término al conflicto. Insinúa también que la Junta de Asturias acuda á su Prelado pidiéndole que provea.

No hacemos mención del hecho desde el punto de vista de la teología moral. Pero nos parece significativo como muestra gallarda de una fe viva y de un sincero respeto á los preceptos de la Iglesia. Quienes cumplen así con los deberes que impone la Religión, ¿cómo se han de olvidar de los que tienen con la Patria? Tales es, á nuestro ver, el secreto de aquella tenacidad invencible, terror de Napoleón, acostumbrado á conquistar con dos ó tres batallas grandes imperios. Y dirá todavía cierta gente que la Religión apoca y debilita los caracteres..... Peleaban entonces los españoles por

el Rey y por la Patria; pero antes que por nada peleaban por la causa de Dios. Desbarros también son éstos que tocan casi en locura, diría quizá Toreno, y dirán con Toreno cuantos piensen como él pensaba. Locos estaban entonces los españoles. Pero ahora que al parecer se vuelven cuerdos, ¿sería posible una guerra como la guerra de la Independencia?

Perdónesenos esta digresión y volvamos al Obispo, que aun continúa el 7 de Abril en Ribadeo, á pesar de sus propósitos de retirarse á Lorenzana. Del 3 de Mayo es la primera carta escrita en aquel Monasterio: alguna más debe de haber que no ha llegado á nuestras manos. Ya en dicha carta nos da cuenta de sus preparativos de viaje al puerto de Vivero, donde había de aguardarle un barco, no dice con qué objeto. Estaba muy á su gusto en Lorenzana y atendido con gran esmero por los monjes. Hizo allí las órdenes del Sábado Santo.

Pero la ocupación de Asturias por los franceses y su entrada en Astorga, le pusieron en cuidado. Pensó entonces en trasladarse á Montefaro, convento donde ya se había detenido al regreso de Cádiz, y por su proximidad al mar era punto á propósito para embarcarse llegado el caso. Con este objeto sin duda, buscó el barco de que nos habla en su carta de 3 de Mayo. Preocupábale y no poco el temor á los franceses..... “Ahora sí—escribe—que podía venir con su tropa “Mai á socorremos, y así á socorrer este país, que “por esta banda á lo menos está indefenso.”

Cuándo salió para Montefaro y cómo hizo el viaje, no consta con precisión; pero que allí estuvo no poco tiempo por el motivo dicho, lo cuenta el Chantre y lo confirman cartas del Obispo. Una tenemos á la vista, fechada del 4 de Agosto, que no debe ser la primera, porque ni se hace men-

ción de su llegada ni de otra cosa que pueda referirse á un reciente cambio de residencia. Antes revela todo en quien la escribe un estado completamente normal, refiriéndose á otras cartas recibidas allí, y allí también contestadas. Supone á D. Matías y á la Junta de Asturias en Castropol, manifiesta temores de algún movimiento del enemigo que la ponga en grave peligro, y alude á las buenas noticias de la montaña de Santander y de la expedición de Porlier, que “salió con buen viento para desembarcar reforzada en Pesúes.”

¿Sería esta la expedición que, saliendo de la Coruña el 3, un día antes de la fecha de la carta, aportó, según Toreno, á la ensenada de Cuevas entre Llanes y Ribadesella? No lo parece, atendiendo á que otra vez el 29 de Septiembre del mismo año vuelve á escribir D. Rafael Tomás: “La expedición de mi montaña todavía no salió y “sabe Dios cuándo saldrá..... Estoy viendo, que “todo el invierno tendremos franceses en una y “otra parte; y estoy pensando á dónde tengo de “invernar. No pienso mucho en ello como quiera, porque algo presente tengo el *Nolite solliciti esse in crastinum; sufficit diei malitia sua*, con lo “otro *quis ex vobis cogitans potest adjicere ad staturam suam cubitum unum?* Todo fué decir- “nos, que (sin descuidarnos de hacer lo que fuera “de nuestra parte) pusiésemos nuestra confianza “en Dios; y todo es decir que al cabo saldrá “Dios con la suya y nosotros tanto mejor librados, cuanto más nos metiéremos por Él.”

No hallamos otra carta suya fechada de Montefaro, ni á punto fijo sabemos cuánto tiempo allí estuvo. Sí nos consta que todavía continuaba en aquel convento á 31 de Marzo de 1811, por su informe al Consejo de Estado, de que se trata en el capítulo XX. Escrito tan interesante documen-

to en dicha casa religiosa, y teniendo en cuenta las confirmaciones de Mugardos y del Ferról, las órdenes generales que hizo en todas las témporas del año y el odio á la ociosidad que profesó toda su vida, muy bien puede decirse con el Chantre, que "allí estuvo por mucho tiempo y trabajando sin cesar." Muchos debieron ser los ordenados, puesto que solo el Obispo de Santander celebraba por aquel tiempo órdenes en Galicia. En Mugardos y en Ferrol pasaron de diez y seis mil las confirmaciones. La persecución que arrojó á D. Rafael Tomás de su Diócesis, fué providencia benignísima para otras huérfanas de Pastor.

Tranquilo estaba en Montefaro, pero aquella tranquilidad no había de ser tan duradera. La guerra de la Independencia y el movimiento revolucionario, que á la sombra del patriotismo se desenvolvió en España, fueron para el Obispo de Santander un continuo martirio; mas "en "sufrir está la sementera de gozos—dice en una de sus cartas—"si la sementera no se ahoga con "sufrir sin sufrimiento." Y de que sin sufrimiento haya sufrido, no existe la menor prueba. Ni una sola vez se queja de sus trabajos ni de quien se los causa.

Si hubiésemos de limitarnos á su correspondencia epistolar, nada sabríamos sinó que el 7 de Junio de 1812 estaba el Sr. Menéndez en Montefaro. Entre la carta de esta fecha y la de 29 de Septiembre de 1810, escrita en Montefaro, media un completo vacío. Ciertó que muchas debió de haber escrito en tanto tiempo, pero es muy fácil de explicar su extravío. Por dicha, suplen de alguna manera esta falta los apuntes del Chantre. Helos aquí en cuanto se relacionan con el caso presente: "Siguiera S. I. en aquel convento, pues le gustaba; pero habiendo la Audiencia

“de la Coruña destinado allí dos personajes, á quienes se atribuía haber intentado una revolución en Galicia, y no pareciéndole justo vivir con tal gente, se retiró de allí y se fué al Convento de Agustinos de la villa de Puentedeume, donde hizo órdenes generales y por más de diez días estuvo confirmando gentes de todas partes; pues de más de una legua concurrían allí, estando algunos días confirmando desde las diez hasta las dos de la tarde, por despachar consolada la gente, parando algún tanto para descansar.”

Sabemos, pues, que D. Rafael Tomás cambió contra su gusto el convento de Franciscanos en Montefaro, por el de Agustinos en Puentedeume, y la razón del cambio; pero ignoramos cuándo sucedieron estas cosas, así el intento revolucionario como la traslación del Obispo á la casa religiosa agustiniana, que forzosamente se habrá verificado con posterioridad al 31 de Marzo de 1811, fecha del tantas veces repetido informe escrito en Montefaro. En Puentedeume no estaba el Sr. Menéndez tan satisfecho. Nada sabemos por sus cartas, que no parecen, como ya se ha visto. Ni en las fechadas de otros puntos hace mención de aquella residencia, donde no “estaba á gusto S. I. por la situación de la villa,” según el Chantre. De Montefaro salió para no vivir con revolucionarios. De Puentedeume sale por no sentarle bien aquel país. Nada tiene de extraño. La salud del Sr. Menéndez de Luarca, en medio de la robusted de que alardeaba en ocasiones, quedó quebrantadísima con sus viajes marítimos y su permanencia en Cádiz.

Toca con esto el turno de su hospedaje al Monasterio cisterniense de Monfero, donde permanece bastante tiempo. También ignoramos esta fecha, pero consta que allí estaba en 7 de Junio de 1812. Cuál era su estado de salud, cuáles sus

ocupaciones y comodidades, cuáles sus pensamientos, lo indica con claridad en cartas del día dicho y del 19 de Agosto del mismo año: "*Estoy bueno de vello en fora*, y estoy, no digamos de buen humor, pero ni tampoco de tan malo que me quite de escribir; que antes escribo más que Merlín sobre el modo en que debe celebrarse el Concilio nacional, que hace meses dijeron los papeles públicos iba á celebrarse y que Dios sabe cuándo será. Las trazas de que se acabe de celebrar, no son muy buenas: las de que nos dejen en paz los bugares, no sé si diga que son peores." Esto dice en su carta del 7, y en la del 19 de Agosto continúa: "Por ahora no salgo de aquí, donde estoy como un padre maestro jubilado; aunque mis quehaceres (ordenandos que vienen, cartas que llueven....) me tengan decentemente molido. Mal estarás tú con vueltas y revueltas, ó marchas y contramarchas, y con cosas y cosazas...; pero ánimo, que en sufrir está la sementera de los gozos, gozos eternos, si la sementera no se ahoga con sufrir sin sufrimiento. Grandes noticias se esperan: y yo (extrafalarío siempre) las espero grandes al revés que otros; esperándolas grandes por lo que contribuyan á abatir nuestro orgullo, nuestra sobra de irreligión, nuestro maldito modo de proceder. Si no hace Dios un extraordinario, extraordinarísimo milagro, mala la veo."

Y algo más traía entre manos. Las malas ideas se propagaban con rapidez pasmosa al amparo de la libertad de imprenta, obra satánica ó de los secuaces de Satanás congregados en Cádiz. Preciso era oponer algún dique á tal desbordamiento, y á oponerlo contribuyó el Obispo publicando en Santiago y la Coruña las Pastorales y documentos extractados en estas páginas. "Mi don Juan (el Chantre) está en Santiago," — dice en la

carta de 7 de Junio—"en pretensión de desen-
"cantar una encantada, la impresión de mis
"papeles."

Que goza de buena salud de viejo en fuera
(*de vello en fora*), dice de sí mismo, como si no
fuesen un grave mal los muchos años, tratando
así de ocultar á D. Matías achaques no ligeros,
que pronto fueron públicos. No está de tan mal
humor, que le quite de escribir. Y se comprende
en quien reputa el sufrimiento sementera de
gozos. Pero sin virtud tanta, ¿cómo se puede
comprender el buen humor de D. Rafael Tomás,
criado sin forzosas privaciones, y viviendo ahora
de la caridad ajena? No recibieron indemnización
alguna, siquiera se la ofreciese con insistencia,
los Prelados de casas religiosas, donde las cir-
cunstancias le obligaron á recogerse. Alegaba
el Obispo, para insistir en ofrecérla, que de varias
partes le venía dinero; y así debería de ser,
porque nunca dejó á los pobres sin limosna.

Pero si le llegaba de varias partes el dinero, ¿no
entraría en ello por mucho la caridad? Los mon-
tañeses residentes en Méjico le socorrieron con
tres mil duros. A los avecindados en Cádiz recu-
rrir ahora. "Escribió á Cádiz"—habla el Chantre
"—pidiendo á los montañeses algún socorro para
"imprimir los Opúsculos. Se abrió una especie
"de suscripción, y en breve tiempo se halló con
"cerca de cuarenta mil reales, prueba de la esti-
"ma que se tenía de él."

Ansioso de la libertad de su Patria y preocu-
pado al mismo tiempo por la irreligión en pro-
greso, teme grandes castigos que humillen tanta
soberbia. Se goza en los desastres públicos,
considerándolos merecida expiación de públicos
pecados, medio de satisfacer á la justicia divina
y esperanza de alcanzar la Divina misericordia.
Sabe que sus pensamientos son reputados locura;

pero no cede, y antes parece honrarse con que loco le llamen, confesándose "extrafalario," como si en profecía leyese á Menéndez Pelayo y á Toreno. Con todo eso, los hechos vinieron más tarde á confirmar las predicciones del Obispo. La revolución contenida en apariencia, no fué atacada en su raíz. Retoñó el árbol del 20 al 23, y sobre todo á la muerte de Fernando VII, con un vigor y una pujanza superiores á lo que muchos esperaban. Ríos de sangre corrieron por España. Lo más inocente y lo más santo fué víctima de odios infernales. Con razón predecía el Sr. Menéndez de Luarca cosas grandes "al revés que otros." Las clases nobiliarias ya no existen. Los asesinos de los frailes ya provocan la envidia de los modernos *descamisados*. Cuantos sobre las ruinas de iglesias y conventos levantaron palacios, temen la dinamita. El socialismo es nada en comparación de la anarquía, que asoma su negra faz. Y, sin embargo, no se ve claro, ó no se quiere confesar que vamos por mal camino. Aun hoy para no pocos pasará por estrafalario, quizá por loco, D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca. Ruido metieron entonces sus Opúsculos, á pesar de su estilo lamentable. De tan buenos ó peores que la Pastoral de los Obispos residentes en Mallorca los calificaba el Sr. García Herreros en las Cortes, según escribe el de Santander en 31 de Mayo de 1813.

Todavía en 3 de Septiembre del año 12 continúa en Monfero, mas ya en vísperas de salir para el obispado de Lugo, con objeto de confirmar y hacer órdenes. Así se lo rogaron aquellos Gobernadores eclesiásticos (Sede vacante), con quienes condescendió á condición de no acercarse á la capital, ni menos entrar en ella.

No sabe dónde se han de celebrar órdenes y confirmaciones, según dice en carta de aquélla

fecha, y menos si hechas las órdenes ha de volverse á Monfero. "Según el viento que corra por Santander, deliberaré y avisaré." Evacuado habían los franceses á Santander, donde Porlier hizo su entrada el 2 de Agosto, proclamando la Constitución con pompa, en la cual tomaron parte los buques de guerra ingleses surtos en aquel puerto. Conque aún libre de conquistadores quedaba el pueblo en manos de liberales, tan franceses, cuanto á sus ideas, como los otros. No corría, pues, viento favorable para el Obispo, decidido, como luego veremos, á renunciar de España si en España reinase el código dictado "por el padre de la mentira."

Mas volviendo á las confirmaciones y á las órdenes, ordena y confirma el Obispo en Otero del Rey, no lejos de Lugo, y confirma otra vez en Montecubero por espacio de nueve días, al cabo de los cuales se dirige al Monasterio cisterniense de Meira, invitado con insistencia por el Abad.

Todo aquel invierno se mantiene allí el Obispo, muy satisfecho de los obsequios y agasajos que le dispensan, y confirmando y haciendo órdenes como en las demás casas religiosas adonde se había acogido. Parécenos que al Colegio de Meira se refiere una carta sin fecha, en la cual nos habla el Sr. Menéndez del retiro que Dios le deparara "mejor que yo acerté á desear." Y nos fundamos para creerlo así en la invitación del Abad, sin la cual no se hubiese ocurrido á don Rafael Tomás el trasladarse á esta nueva residencia. A los monasterios ó conventos de Villanueva, Montefaro, Puente deume y Monfero se recogió porque quiso; mas al Colegio de Meira fué sin pensarlo previamente. Se le ofreció este retiro, y de su parte sólo medió la aceptación.

Pero escrita en el Colegio de Meira, ó en otro

sitio, merecen ser conocidos algunos de sus párrafos, que nos revelan el pensamiento del Obispo respecto de su regreso á Santander, y sus temores á "las contingencias del tiempo," sin embargo de prósperos sucesos. Al retirarse de la tierra española el enemigo, dejaba entre nosotros morbosos virus. "Cuánto gusto tuve con tu carta.... "Ya estoy sin los cuidados, que me daba la falta "de noticias vuestras; ya los cuidados son complacencias, y deben ser gracias á Dios por la "piedad con que os trató y os trata. Se las doy "como mejor puedo, y espero continuar dándoselas en un retiro, que S. M. me deparó mejor "que yo acerté á desear, hasta que Él mismo "quisiere (si quiere) vaya á cantar un par de "Misas en ese Oratorio, y en esa iglesia. No hay "por ahora barco seguro, ó menos expuesto á "corsarios (que asoman hasta por estas costas), ni "en el Ferrol ni en la Coruña, en disposición de "marchar hacia ahí... Si tarda toda la semana "que entró hoy, en proporcionarse buque, cual "digo; en toda la semana siguiente dispondré, y "Dios mediante emprenderé mi viaje hacia esa "por tierra; y para él no tienes que enviarme "caballerías, que aquí las buscaré, pues tengo "arbitrios, aunque no sea sinó en el Reverendo "P. Abad de San Martín de Santiago... y en el "P. Rom.... Con ellos (sus familiares), cual por mar, "cual por tierra, tendrás, y tendréis ahí quienes "suplan algo del incomodo, que os causaron los "gabachos, pero será de paso, porque haya ó no "haya de irme luego á Santander, hacia allá "pienso irme, y acaso será al Colegio de Villaviciosa, para que se reparta la carga, y porque "Valdedios no me sentó bien. En Soto estaría "muy á mi gusto, si no me tirase Santander, y si "tuviese los compañeros, sin que no puedo hallarme (libros y libros); y porque todavía las

"circunstancias, ó contingencias del tiempo pueden hacer que varíe de sistema, no me despidó de irme allá."

La política heterodoxa del Gobierno y Cortes de Cádiz, explican bien el temor á las "contingencias del tiempo." Los franceses habían salido ya de Santander; pero las ideas afrancesadas imperaban cada vez más en España, y un Obispo católico nunca pudo avenirse con el pecado. Cerca están la abolición del Santo Oficio y la serie de penalidades que agobian la ancianidad del señor Menéndez de Luarca, cuerdamente temeroso de las contingencias dichas. Compara Toreno á Covadonga con Cádiz y no está mal la comparación. Son dos polos opuestos así en la historia como en la geografía de España. En Covadonga triunfó la fe; triunfaron en Cádiz los hijos de Lucifer, enemigos de Cristo.

Piensa el Obispo en Luarca y en su Diócesis, y sin embargo se transparentan recelos. Parece que ya ve próximo el término de sus peregrinaciones cuando no ha comenzado aun su verdadero calvario. No sabemos á punto fijo dónde escribió la carta, lo cual importa poco para el objeto de retratar un carácter. Sinó fué escrita como creemos en el Colegio de Meira, lo habrá sido en Lorenzana, para donde salió el 3 de Febrero de 1813 (1). Contento estaba allí, según

(1) "No estando á gusto allí (Puentedeume) S. S. I. por la situación de la villa, se pasó al Monasterio de Bernardos de Monfero, que está en desierto, donde estuvo bastante tiempo trabajando continuamente. Hizo varias Ordenes Generales, y confirmó. Estando vacante el Obispado de Lugo, los Gobernadores rogaron á S. S. I. se pasase allí, á confirmar y ordenar. Accedió á ello, con tal que no fuese en la ciudad, pues no le gustaba el estar en ciudades. Se fué de Monfero á Otero del Rey, no lejos de Lugo. Allí hizo Ordenes generales, y confirmó tres días. Después se pasó á Montecubero, donde confirmó nueve días, y estando cerca de allí el Colegio de Bernardos de Meyra, se fué allí convidado, é instado por el Reverendo P. Abad. Todo un invierno se mantuvo en este Colegio, bien asistido y obsequiado. Hizo allí órdenes generales y confirmó. Des-

nos cuenta el Chantre, por los favorables sucesos de la guerra, y halagado con la esperanza de regresar pronto á Santander, aunque le afligiesen desaciertos tantos "de los gobernantes de la Nación residentes en Cádiz."

Y fluctuando entre el temor y la esperanza, procuraba ser útil y consagrarse á los trabajos propios de su ministerio. Hizo en Lorenzana Ordenes generales por tres veces en aquella Cuaresma. Cincuenta y ocho fueron ordenados de Presbíteros en una de las tómporas, y el Jueves Santo consagró los óleos para su Diócesis y la de Mondoñedo.

Y con esto concluyen las peregrinaciones del Sr. Menéndez de Luarca por Galicia. De lugar en lugar, y de puerta en puerta, viviendo de la caridad ajena, y practicando la caridad pasa cuatro años con "las miserias y trabajos inseparables de la pobreza" (1). Ya es tiempo de que á tanto sufrir y á tanta angustia sucedan alguna tranquilidad y algún descanso. Vuélvese á Francia el enemigo. Y nada más natural que al conde-

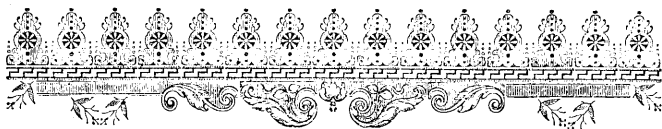
"pués, viendo que la tropa enemiga no hacía progresos en Asturias, ni trataba de volver á entrar en Galicia, pensó en volverse á Lorenzana, y se volvió en 3 de Febrero de 1813, llegando allí sin novedad."

"En este Monasterio seguía contento S. S. I., porque la tropa enemiga francesa iba de capa caída, y con los golpes que sufría de la española, é inglesa, iba perdiendo terreno, y retirándose hacia Francia. Se consolaba con poder volver luego á su Diócesis; pero se angustiaba con los desatinos en que incurrian los gobernantes de la Nación, residentes en Cádiz, ó las llamadas Cortes extraordinarias y Regencia del reino, y con las iniquidades y blasfemias que se imprimían á la sombra de la libertad de imprenta, acordada por aquéllas. Gemía y trabajaba en lo que podía ser útil. También celebró allí órdenes generales en las tres de la Cuaresma, con bastante número de Ordenandos, pues en unas hubo solo de misa cincuenta y ocho. Consagró solemnemente el Jueves Santo los santos óleos para Mondoñedo y Santander."

De los apuntes del Chantre, á que acudimos en esta ocasión por falta de carta del Sr. Menéndez.

(1) Representación del Cabildo de Santander, de 11 de Marzo de 1814, pidiendo se levante el destierro á D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca.

nado á muerte en odio á la independencia española, dispense á manos llenas favores y honras la Patria agradecida. ¿Aguardaban á D. Rafael Tomás en Lorenzana ese descanso, tranquilidad y gratitud?



CAPITULO XXXII.

Asturias y el Obispo de Santander.



En los tres puntos que abarca la anterior pregunta, nos proponemos ahora contestar al último. Tratándose de la Patria, dos acepciones tiene esta palabra en los tiempos modernos. En los antiguos no sucede así. Síntesis de la Patria eran los reyes. Felipe II fué un gran Rey, porque acertó á ser español y á pensar como España. La Patria estaba donde estaba el Rey, porque el Rey era padre de la Patria. Si autoriza el Rey con su presencia los llamados autos de fe, exclama el pueblo á su vez: "al judío quemarle."

Pero vino lo que se da en llamar civilización moderna, y con ella comenzaron los pueblos á divorciarse de los Gobiernos, y tanto más se dió

á conocer este divorcio, cuanto la *civilización* más fué en progreso. Carlos III, por ejemplo, expulsa á los jesuitas. Aplauden esta violencia jansenistas y volterrianos, y calla el pueblo contenido por el respeto. Carlos IV entrega dignidad y cetro en manos de un valido sin pudor. Déjase llevar del mal espíritu que había informado los actos de su padre. Continúan en su tiempo las vejaciones de la Iglesia, y sufre la honra nacional ultrajes sin cuento. Calla el pueblo, reprimido por el sentimiento monárquico, pero protesta en silencio contra tanta ignominia. Carlos III y Carlos IV, aquél con su terquedad y pequeñeces, y éste con sus debilidades é indolencias, siguen el rumbo trazado por el *filosofismo*. España, con todo eso, permanece adherida á sus tradiciones venerandas. La política heterodoxa de aquellos Gobiernos monárquicos tiene su desenvolvimiento lógico en las Cortes de Cádiz. Al amparo del Trono y adulando al Monarca filósofos, jansenistas y arbitristas, menoscaban por mil maneras la independencia de la Iglesia. Enseñoreada de España la impiedad, pone á los Reyes por corona el gorro frigio, y trata á la Monarquía como á la sombra de los Monarcas había tratado á la Esposa de Cristo. El divorcio es ya evidente. La patria oficial, el Gobierno, los poderes públicos, son una cosa muy distinta de la verdadera Patria.

Cómo la patria oficial se conduce con el Obispo de Santander, lo veremos muy luego. Cómo le trata su verdadera Patria, la noble Asturias, vamos á verlo ahora. En realidad ya lo hemos visto en el anterior capítulo. La Junta del Principado quiso, según allí se dijo, nombrarle su Presidente, pidiéndole su aceptación con insistencia. Era lo más que podía hacer.

Pero las Cortes extraordinarias acordaron en Mayo de 1812 la convocación de Cortes ordina-

rias, que debían instalarse el primer día de Octubre de 1813; y Asturias aprovecha la ocasión para ofrecer al Sr. Menéndez de Luarca público y elocuente testimonio del concepto que le merece y del aprecio en que tiene su virtud, su patriotismo y su talento. He aquí en qué forma:

“Ilustrísimo Señor: La Junta electoral de esta “provincia ha nombrado á V. I. Diputado para las “Cortes ordinarias de este año, según resulta del “poder que acompaña. Esta confianza, que V. I. ha “merecido al Principado por su talento, probidad “y buena opinión, debe ser á V. I. muy lisonjera; “y no lo es menos para mí, ser el órgano por “donde se participa á V. I. esta satisfacción. Me “hago cargo de las delicadísimas circunstancias “en que V. I. tiene que desempeñar sus augustas “funciones, en las que un falso paso, una medida “imprudente, ó un celo acalorado, puede precipitar á la Nación en un abismo insondable de “males; pero también estoy persuadido, que el “amor á la Patria y prudencia que caracterizan á “V. I. sabrán pesarlas, y obrar sólo por su bien “y sin otro impulso que el deseo de la pública “felicidad. Dios guarde á V. I. muchos años.— “Oviedo, 6 de Marzo de 1813.—*Manuel M.^a de Acevedo.*—Ilmo. Sr. Obispo de Santander.”

Que D. Rafael Tomás fué por absoluto modo ajeno á esta elección, excusamos decirlo. Quien sólo acepta la Mitra después de consultarlo con Dios, y renuncia de veras las de Méjico y Sevilla, no ha de tomar parte en amañes ni consentir que otros la tomen para honrarse con el cargo de Diputado. El Chantre lo dice claro: “y sin pensar en “ello, tuvo aviso de que el Principado de Asturias “le había nombrado vocal para las Cortes ordinarias del reino.” Lejos de solicitar el Obispo tal nombramiento, se mantiene indeciso respecto de su aceptación, según veremos.

Pasado todo esto cuando á propósito de la "Pastoral ó manifesto" de los Obispos reunidos en Mallorca, fecha del 12 de Diciembre de 1812, impreso y circulado más tarde, dice Toreno: "por el mismo estilo (1), en un rincón opuesto de España, en la Coruña, preparó otro papel el "Obispo de Santander, si bien concebido en términos solo asonantes con el desbarro mental de que adolecía aquel Prelado."

El historiador de la revolución, liberal doctrinario y constituyente además, trata de loco á un Obispo venerable, patriota insigne y caballero sin tacha, mientras Asturias le nombra Diputado "por su talento, probidad y buena opinión." Y no proceden calificaciones tan lisonjeras de "curiales y dependientes de justicia que viven de los abusos," ni de "religiosos mendicantes..... herrumbre la "más pegadiza y roedora de las que consumieron "á España," ni de la "demagogia pordiosera "y afrailada, supersticiosa y muy repugnante," á quienes en parte atribuye el imitador de Tácito las resultas de aquellas elecciones, ó sea, que los nombramientos recayesen por regla general "en sujetos desafectos á mudanzas y novedades." Todo al contrario: la comunicación de que tomamos semejantes calificaciones, pertenece al jefe político de Oviedo, merecedor de los elogios del Conde.

Pero no se limita D. Manuel María de Acevedo á las calificaciones dichas, sinó que á ellas añade las de prudencia y amor á la Patria. Con que se ve muy claramente cómo todo concurre á desautorizar á Toreno, cuya saña contra el clero se percibe sin dificultad, no sólo en los pasajes

(1) "El sin y el con" de que no hemos de hablar, puesto que solo se trata del Obispo y del repúblico y de sus documentos oficiales. Literatos y poetas, buenos ó malos, no escasean. Lo que ni para un remedio se halla en estos tiempos son caracteres.

aquí transcriptos, sinó en cuantos transcribimos al tratar del movimiento insurreccional de Santander. Su prevención contra clase tan respetable le obceca y casi le ciega para no ver sus glorias.

No se infiera con todo de frases tan laudatorias, que á las alabanzas corresponda el sentido de la comunicación. Las intenciones del señor Acevedo son distintas. Revela el jefe político, sin quererlo, no pequeño disgusto por el nombramiento que comunica. Imperaba en las esferas oficiales un liberalismo sin freno, y el diputado electo pasaba por antiliberal entre los antiliberales. Así, pues, las palabras lisonjeras dirigidas al Obispo, sinó envuelven una protesta, significan imprudentes consejos ó irrespetuosas amonestaciones, á quien no podía tolerar atrevimiento semejante en mengua de su carácter. D. Manuel María de Acevedo ejerce de Obispo de levita, como ahora se dice, sin tener cuenta con que D. Rafael Tomás sabía cumplir con los deberes de Obispo por la gracia de Dios y de la santa Sede Apostólica.

Y poco tardó en probárselo. No era, por cierto, el buen gusto su cualidad sobresaliente; pero en cuanto á evangélica entereza, convicciones arraigadas é inquebrantable carácter, si otros pudieron llegarle, no lo excedió ninguno. Véase cómo lo demuestra en su respuesta al jefe político de Oviedo: "Con el eructo de consumada prudencia, ilustrador oficio de V. S. fecho á 6 del corriente, recibo el poder que la Junta electoral de esa provincia otorgó, autorizándome para ser representante del Principado en las próximas futuras Cortes. Y con la ayuda que debo confiar me dispense Dios, aun por solas las atenciones que le merece la dignidad y autoridad pontificia en que me puso, haré del expresado poder el uso que estimare más conforme á

“la Ley de Cristo: distante de seguir los falsos, “falsísimos pasos de felicidad y medidas más que “infames de prosperamos y celo ó rabia infernal, “con que españoles apóstatas, traidores de primera “y toda clase, por sabios en sus propios ojos, por “prudentes según la carne y maestros de la prudencia, declarada muerte, declarada enemiga de “Dios, van precipitando la Nación en un abismo “de males, males eternos, sin más recurso de la “miserable paciente, que el de clamar al de quien “está escrito, que *nisi conversi fueritis, gladium suum vibrabit et iterum pones eos (omnes qui te oderunt) ut clibanum ignis in tempore vultus tui: devorabit eos ignis: fructum eorum de terra perdes*. Dios Nuestro Señor y Nuestro, si Padre “amoroso, también inapelable celosísimo Juez, “guarde á V. S. los años de su servicio, como “deseo.—Villanueva de Lorenzana, 14 de Marzo “de 1813.—*Rafael Tomás*, Obispo de Santander. “—Sr. D. Manuel María de Acevedo.”

Pero ¿acepta D. Rafael Tomás el cargo de diputado? ¿Se conocen sus íntimos sentimientos respecto á la comunicación en que contesta al jefe político de Oviedo? Cuanto á lo primero, sólo dice oficialmente, que hará de los poderes conferidos el uso más conforme á la ley de Cristo; frase de la cual nada puede inferirse para el caso. “Nada dijo—habla el Chantre—ni respondió “su S. I. sobre aceptar ó no el nombramiento de “Diputado en Cortes ordinarias por el Principado de Asturias. Esperaba ver qué daban de sí las “cosas” (1).

(1) Parécenos ocasión oportuna la presente para rectificar un error en que incurre D. Máximo Fuertes Acevedo, al escribir la biografía del Sr. Menéndez de Lurca que publica *El Ramillete*, revista santanderina de Literatura, Ciencias y Artes, en su número 13 correspondiente á 1.º de Mayo de 1871. Casi al final de dicha biografía escribe lo siguiente el Sr. Fuertes: “Poco antes de terminar la “guerra, volvió á su Diócesis y mereció ser nombrado Diputado por “la provincia de Asturias, para las Cortes ordinarias de 1813.

Tocante á lo segundo, únicamente cabrían dudas suponiendo que se hubiese arrepentido de sus conceptos el Obispo de Santander, ó que de una manera hablase en público, y de otra en el seno de la confianza. Pero volvamos á la correspondencia privada del Sr. Menéndez y sabremos á qué atenernos. Se deduce de la primera carta referente al caso, fechada del 22 de Marzo en Lorenzana, que D. Matías formaba parte de la Junta electoral y que, al otorgar los poderes, se consignó su ausencia por causa de enfermedad. “Si con gusto—dice el Obispo—y “ganas te escribo otras veces, ahora más en cu- “dado me puso el poder..... que recibí..... por lo “que decía de tí, y era no menos que el que esta- “bas postrado en cama y gravemente enfermo. “Pregunté por tí en Ribadeo; y ahora que recibo “tu carta, escrita después del ataque erisipelático, “por lo que dices, y de allí me dijeron, quedo “contento y deseoso de que te restablezcas y te “cuides. Yo (de viejo en fuera y así de estropea- “do) estoy hecho un brazo de mar, después que..... Dios nos tenga de su mano, después que “me hicisteis majestad, después que soy el que “soy..... poder habiente de todo un Principado “para resucitar un muerto reino católico..... No “quepo en mí; pero amigo, por lo mismo que en “mí no quepo, sábetelo si no lo sabes, que respon- “diendo al que me envió el poder, ya salí de mí,

“Sus sentimientos católicos y su celo por la Religión, que casi to- “caban los límites de la monomanía, los dió á conocer de una manera “franca y decidida en aquellas Cortes.”

Los sentimientos católicos del Sr. Menéndez de Luarca pudieron ser conocidos en aquellas Cortes, pero mal los pudo dar á conocer como Diputado quien no tomó asiento en ellas, ni aceptó el cargo. Respecto de su regreso á la Diócesis de Santander, no acertamos á explicarnos la equivocación del Sr. Fuertes. Desde que el Sr. Menéndez de Luarca salió de Santander el mismo día en que entraron los franceses, en Noviembre de 1808, hasta Septiembre de 1814, no regresó á su Diócesis.

“ya dije..... *ego sum*, cuidado conmigo..... Tú me “preguntabas en otra, ó decías, deseabas saber si “admitía ó no, y nada te habiendo dicho entonces, “algo (no más que algo) diré ahora. Digo lo que “puede verse en mi respuesta citada. Ni admito, “ni desadmito: estoy como el alma de Garibay, “que ni va para arriba ni va para abajo. Estoy “indeciso. El caríz que con el tiempo (de seis “meses que faltan) ponga el mundo político, “diplomático, endemoniado que es hoy, ese me “decidirá, y si antes se me dice que resuelva, diré “á quien me lo diga (mas que sea Napoleón), que “mire con quien habla. Esto ya desde luego te “digo á ti mirándote ganoso de etc., y sólo puedo “alargarme sin perder de mi dignidad, que si “más quieres saber, ven á oírlo, pero también “te digo que mires como vienes, afeitado, limpia “ropa, con galones, etc., porque sinó..... basta de “boberías.”

Pero si esta carta no fuese lo bastante para formar juicio, ó no se tomase por lo serio, teniendo en cuenta la frase con que concluye “basta de boberías,” ahí está otra de 5 de Abril siguiente, que no admite interpretaciones. Según parece, consideraba fuerte D. Matías, compañero de Acevedo en recoger dispersos, la respuesta del Obispo al jefe político de Oviedo. Era un caballero cristiano D. Matías, muy respetado y muy querido por su afabilidad y bondadoso carácter. Su misma sencillez le llevó acaso á tomar por lo serio aquello de “los españoles deben ser justos y benéficos;” y sin duda por todas estas cosas algo dijo en alguna carta respecto á la dureza con que D. Rafael Tomás se produjo en la comunicación referida. Téngase todo ello en cuenta para mejor comprender algún pasaje de la de 5 de Abril. “Matías: respondiendo á la que me “escribes desde Oviedo, convaleciente de tu eri-

“sipela, preguntando á cómo se han de vender
“los cuatro consabidos tomos, y chillando sobre
“la carta escrita á ese Acevedo; digo que celebro
“tu mejoría y deseo continúe, si ha de ser en
“servicio de Dios: que los libros... En cuanto á lo
“último, digo, que las cantáridas se llaman así
“porque hacen cantar, y si se ponen para sacar
“el mal humor, no es con dispensa del cántico á
“que las benditas excitan. ¿Irá á Cádiz, para que
“la critique alguno de aquellos ministros de Sata-
“nás, mi respuesta? Vaya. ¿Irá á las Cortes? Vaya.
“A todas partes vaya con Dios; Dios le dé causar
“algún buen efecto, y si no más causare que
“obcecar á los lagañosos, y endurecer los corazo-
“nes de barro, terrenos de la tierra; vaya también
“y allá se las haya á los tales: que yo espero por
“complemento del consuelo que tengo en celar
“la causa de Dios, lavar mis manos en la sangre
“de los pecadores; *insta quod scriptum est... leta-*
“*bitur justus cum viderit vindictam, manus suas*
“*lavabit in sanguine peccatoris. Dixi:* y quien no
“quiera oír más, no más me diga, porque tocada
“la campana y mientras no la quiebren, sonar
“tiene, y aún quebrada sonará si la tocan, aunque
“sea roncamente. *Deus misereatur nostri; mise-*
“*reatur tui Omnipotens Deus et dimissis, etc.*”

Indeciso resulta el Diputado electo respecto á la aceptación del cargo, y satisfecho de los términos en que al jefe político contesta. No lo estará seguramente la cultura moderna, tan mirada en las palabras como descompuesta en pensamientos y obras. No se llaman ahora las cosas por su nombre; antes se da tormento á las palabras, recurriendo á la prevaricación del buen lenguaje para encubrir la prevaricación de la moral, que ya es endémica. Rechaza la conciencia humana el crimen, pero se avergüenza la sociedad de ver por todas partes criminales.

Quisiera negar tanta deshonra, mas no puede resistirse á la evidencia. Cogida entre la espada y la pared, sale del paso á costa del Diccionario. Llama irregularidad al robo; al asesino, loco; á las defraudaciones, filtraciones; á los traidores, ilusos. El Obispo de Santander lo dice todo en una frase: "Me hicisteis poder habiente del Principado para resucitar un muerto reino católico." Quien roba á un pueblo su fè, merece ser tratado cual ladrón, dijo De Maistre: es un traidor á la Patria.

Cómo quedaron la Religión y la Iglesia, cómo la Monarquía, cómo la sociedad española en manos de los sectarios reunidos en Cádiz, no hay manera por qué insinuarlo: todos lo saben, todos lo ven, no lo ignora nadie. Los liberales llaman á las Cortes gaditanas sabias: los hombres de juicio las reputan imitación española de la convención francesa. Lo que parece más ortodoxo en sus obras, es lo más funesto á la ortodoxia. Los partidarios de la tolerancia religiosa dejaron pasar el artículo constitucional, á primera vista intolerante, "pues necesario es conllevar á veces "ciertas preocupaciones para destruir otras que "allanen el camino y conduzcan al aniquilamiento "de las más arraigadas." Las "leyes sabias y "justas" anunciaban la supresión del Santo Oficio, y eran los tribunales protectores de la Religión, "manera de cobertizo que buscaba la comisión "para guarecerse de la nota de irreligiosa." El punto estaba en que "con el tiempo y fácilmente "creciendo la ilustración y naciendo intereses "nuevos... el español hubiera entonces permitido "sin obstáculo que, junto á los altares católicos, "se alzasen los templos protestantes."


¿Quién duda en estos tiempos de la heterodoxia de las Cortes de Cádiz? Con los anteriores párrafos transcritos de Toreno, autoridad indis-

cutible, basta por vía de muestra. Ni alardeamos de erudición, ni la erudición es necesaria cuando á vista de todos está todo. Sólo respecto de una cosa nos conviene insistir: nos referimos á la importancia suma del doctrinarismo en los ataques á la Religión, á la Iglesia y á las bases del edificio político social de nuestra Patria. Los partidos avanzados acometen de frente, y chocando con las creencias y costumbres más arraigadas, sufren por la mayor parte descalabros. Los doctrinarios proceden con disimulo, con premeditación y alevosía. Al constituyente mortificado por las palabras del Obispo, podría muy bien contestarse: vístete como te llamas ó llámate como te vistes.

Y ¿en qué paró todo esto?—preguntará el lector.—La respuesta es muy fácil. “A causa de la “contestación al Acevedo”—dice el Obispo en 31 de Mayo de aquel año—“que se leyó en las Cortes, “soné yo allí; pero se me dejó en paz. Otra vez “vuelvo á sonar en ellas, porque tratándose de “una Pastoral de los Ilmos. residentes en Mallorca, salió el Sr. García Herreros con que unos “Opúsculos del Reverendo Obispo de Santander “eran tan buenos ó peores que ella. Se mandó “pasar todo á la Comisión de imprenta. Veremos “qué nos dicen. No hay cuidado.”

Honrosa fué para el Sr. Menéndez de Luarda la elección de Diputado en Cortes por su provincia natal. En este cargo veía la misión de resucitar un muerto reino católico, y en semejante concepto quedan sintetizados los pensamientos del Obispo respecto á la política realizada por las Cortes generales y extraordinarias. Todas sus pastorales, informes y representaciones, toda su vida se consagró á prevenir ó reprimir esta política. Conque dicho está que aún tiene que batallar y aún tiene que padecer. Ya le pesan los años y

le faltan las fuerzas; pero su inteligencia no flaquea y en su corazón abundan el valor y la firmeza de sus mejores años, como luego veremos.





CAPÍTULO XXXIII.

El Obispo y los gobernantes de Cádiz.

ALGO decimos en el anterior capítulo con relación á la heterodoxia de las Cortes extraordinarias, aunque sólo como muestra de lo mucho que podría decirse y podrá ver el lector en la *Historia de los heterodoxos españoles*, donde se trata este asunto como el Sr. Menéndez Pelayo sabe hacerlo. Pero nos falta recordar algunos hechos de índole semejante relacionados con la vida del Sr. Menéndez de Luarca, que con fecha del 9 de Julio de aquel año escribe desde Lorenzana: “Todavía no estoy “preso, todavía no se me dijo cosa alguna: lo “guardarán para que las pague todas juntas: pero “yo sé de cierto, que nada harán sinó cuanto, “como, y cuando quiera Dios, cuya voluntad se

“haga así en la tierra como en el cielo, amén.”
¿Qué teme D. Rafael Tomás? ¿Cuál es la causa de sus temores?

Abolida la Inquisición por las Cortes y promulgado este decreto el 22 de Febrero de 1813, debía leerse tan inconsiderada ley por tres dominos consecutivos al ofertorio de la Misa mayor en todas las parroquias del reino, según acuerdo de las mismas Cortes, que con semejante violencia más revelan un ensañamiento despiadado que la gravedad y mesura propias de un legislador padre del pueblo. Harto sabidas son las protestas del Cabildo capitular gaditano, la formación de causa y pena capital conmutada en destierro á tres canónigos, la expulsión del Nuncio y todos los atropellos y vejaciones que sufrió entonces la Iglesia. ¿No tenía el Sr. Menéndez de Lúcar por qué temer?

Y con todo eso, en realidad no teme, ó por lo menos obra como si no temiese. Por aquel tiempo hallábase con el Provisor enfermo y con el Fiscal ausente y dedicado á muy distintos asuntos. Y pensando en el reemplazo de uno y otro, escribe los siguientes párrafos, á continuación del último transcripto: “Por lo dicho no hubiera escrito: pero ocurre ahora esto. Tengo á “mi Provisor en Santander habitual y gravemente “enfermo. Cuando menos se piense ó acabará “con la vida ó se quedará inhábil. Ando en caza “de otro (y aún de un Fiscal, porque el que tenía “está de Auditor con el Sr. Porlier, y no sé si “declinaría jurisdicción). El vuestro bueno, honrado Obispo pasando en triunfo por aquí, me “dijo estaba en Soto del Barco un clérigo..... que “había sido su Vicario general en Villamañán, y “que podía ser mi Provisor. Quiero pues ahora de “tí, que te informes bien informado del sujeto, qué “es el tal, de qué edad, de qué robustez, de qué

“aplicación al trabajo; de qué conducta cristiana
“y política; de qué celo por la justicia, de qué
“instrucción jurídica, si mediana, si mayor, si
“máxima, si (nota bene) si servil, si liberal, si filo-
“sófica ó teológica, si eclesiástica, si mundana, si
“de Dios ó del diablo (que no menos distan las
“dos castas); y á efecto de saber ó conjeturar
“esto; ¡ah si pudiera saberse de qué libros usa, y
“dárseme alguna noticia de los que tiene en su
“estudio, y cómo se explica en escritos y conver-
“saciones!” Luego si á juicio del historiador de
los *Heterodoxos* influye la vejez en el mal gusto
del Obispo, no aminora su horror al liberalismo
ni á los liberales, ni origina interesada prudencia,
frecuente achaque, aun de los no viejos, en estos
tiempos de conciliaciones inverosímiles y de ver-
gonzosas componendas. Es de advertir que por
aquellos de franca persecución, relativamente ha-
blando, comenzado habían ya los procesamientos,
destierros, y reclusiones de Obispos, que negán-
dose á publicar el decreto de abolición, sufrían
gustosos pruebas tales á trueque de conservar la
integridad de su conciencia. Era uno de los per-
seguidos el de Oviedo, D. Gregorio Hermida, que
camino del Ferrol, bajo la custodia de un coronel,
acertó á pasar por Lorenzana ó sus inmediacio-
nes, donde visitándole D. Rafael Tomás, tuvieron
ambos la conferencia de que hace mérito la carta.

Se ve por lo copiado cuáles eran los pensa-
mientos del Obispo, que sin temer personalmente
á nadie y aún despreciando las iras del partido
triunfante, se precave del liberalismo y de los
liberales, puesta en Dios la confianza. Pero no se
limita únicamente á permanecer en expectativa.
Dispuesto siempre á la pelea, parécete que no
cumple con protestar en silencio. Piensa en esgrir-
mir las armas, que Dios pone en sus manos.
No quiere ser perro mudo. Contamos con una

carta, donde se dan con claridad á conocer los sentimientos de su alma y el grito de su conciencia. No tiene fecha; pero la suple bien su contenido. ¿Quién mejor que D. Rafael Tomás puede informarnos de lo que siente y quiere? Veamos, pues, ese papel en que desahoga su pecho con D. Matías y D.^a María del Carmen, ansiosos de noticias suyas:

“Dios os pague y con bendiciones del cielo el
“cuidado que teneis de este ruin vuestro tío.
“Agradézcolo mucho, mucho: y voy á sacaros de
“penas, libre como estoy de ellas por lo tocante á
“mi persona. Algún cuidadillo nos causó la venida
“impensada, y nocturna que fué, á la villa de Loren-
“zana de como cien soldados, y más que los jefes
“vinieron pidiendo alojamiento en el Monasterio;
“pero el susto calmó, viendo, y diciendo los oficia-
“les que su comisión era para obligar al Obispo de
“Mondóñedo á lo que se sabe (á publicar la quema
“de la Inquisición); como quiera que yo todavía no
“quiero dejar de pensar que cuando menos vienen
“á avisarme. Vengan á lo que vengan, yo gracias
“á Dios estoy á lo que venga; y resuelto á decir
“no quiero, no quiero á cuanto, me pidan que no
“entienda ser de conceder. Hasta ahora ni de
“palabra ni por escrito me pidieron ó mandaron
“lo que á los otros Obispos; supongo, que por no
“estar en mi Obispado: pero todavía sin eso
“podrán tener por qué echarme la mano, habién-
“dose delatado á las Cortes mis papeluchos, y
“habiéndome yo negado á entregar unas láminas
“de estampas que se habían de poner en la obru-
“ca (1) que me embargaron. Pero vuelvo á decir
“estoy á cuanto venga, y aún tengo mis deseos
“de que venga algo, que me ponga en punto de
“desahogar el pecho ciertamente lleno, ciertamen-
“te ansioso por desahogarse. Aún por esto, ser

(1) *El sin y el con.*

“puede, que sin vomitivo vomite cuando menos
“se piense, si primero no se explica Dios en defensa
“de su causa y ruina de los que son sus adversa-
“rios. Pienso que no está lejos esta explicación; y
“sé, que aunque se atrase, ó parezca atrasarse, ha
“de venir; si no acaban de abrirse los ojos con los
“beneficios que hoy nos está haciendo el Señor.
“Los ejércitos van bien (gracias después de Dios á
“los ingleses): lo demás va endemoniadamente; y
“lo menos que he de decir, si llego á hablar, ha de
“ser esto. Ahora quiero acabar, porque no tengo
“más papel que otro poco (1), porque estoy como
“de paso en casa de un cura, y el cura ahora no
“está en casa. Vine aquí desde Villanueva á abra-
“zar á ese, (ó este) vuestro Sr. Obispo (2), (hombre
“de bien, Obispo que no desmerece este gran nom-
“bre). No llegó, aunque se espera que llegue hoy
“mismo. De todos modos, hoy (si Dios quiere)
“volveré á Lorenzana. Qué haré después, ó á dón-
“de iré, no sé decir á ustedes; porque pende de
“muchos cabos que hay que atar. A su tiempo diré;
“y ahora no más digo, sinó que gracias á Dios,
“por ahora nada necesito, porque un buen mayor-
“domo, que tengo en Santander, me envió algo,
“que pudo arañar por aquella tierra desolada.”

No debía ignorar el Gobierno que por Galicia andaba D. Rafael Tomás. El embargo de la indicada obra (*El sin y el con*), la resistencia de su autor á la entrega de láminas, y los discursos parlamentarios de que ya se hizo mérito, bastarían para denunciárselo si otras noticias no tuviese. Y, sin embargo, hasta el 9 de Julio nada se dijo al Sr. Menéndez acerca de un asunto que ocasionaba tales vejaciones á otros Obispos; lo cual no significa que por el Ministerio de Gracia y Justicia

(1) En efecto, escribe la carta en dos pedazos de papel.

(2) D. Gregorio Hermida.

se le guardasen respetos ni consideraciones. Muy al contrario, echada de menos en Cádiz su contestación, con fecha del 14 de Julio (1) se le recuerda la circular de 29 de Octubre de 1812, referente á la inmediata contestación debida por todas las autoridades á cuantas comunicaciones reciban de las Cortes y de la Regencia, y se le advierte con severidad el reparable olvido de lo dispuesto en dicha circular respecto al decreto de 22 de Febrero, previniéndole que inmediatamente acuse el recibo de aquel decreto y manifieste si le ha dado cumplimiento.

No recibió esta orden por el correo. Un Coronel (2) comisionado para obligar al Obispo de Mondoñedo á la publicación del famoso decreto, tuvo encargo de ponerla en manos de D. Rafael Tomás y exigirle recibo. Dióselo, y en tal estado quedó por entonces el asunto. Pero el señor Menéndez de Luear, que ya pensaba en Portugal, se dispone á la realización del pensamiento, no sin antes desahogar su pecho.

La comunicación de 14 de Julio se refiere á otra de 23 de Febrero, fecha en la cual debe creerse que se hayan comunicado los decretos

(1) He aquí la comunicación indicada en el texto:

"Ilmo. Señor: Estando mandado por la Circular de 29 de Octubre del año próximo pasado, que todas las autoridades contesten inmediatamente, así el recibo, y cumplimiento de los Decretos de las Cortes Generales y extraordinarias, como el de las resoluciones de la Regencia del Reino, se hace muy reparable que V. I. no lo haya verificado de los de 22 de Febrero último, que le remití en 23 del mismo, relativos á la abolición del Tribunal de la Inquisición, y establecimiento de los "Protectores de la Fe; por lo que me manda S. A. pre-venga á V. I., como lo ejecuto, que sin intermisión de tiempo acuse "el recibo de dichos Decretos, expresando si les ha dado el debido "cumplimiento. Dios guarde á V. I. muchos años. Cádiz, 14 de Julio "de 1813.—*Antonio Cano Manuel*.—Sr. Obispo de Santander."

(2) "Vino esta orden--dice el Chantre--por el jefe político de "la Coruña. Este la envió á un Coronel que estaba en Mondoñedo, "para que la entregase á S. I., como así lo hizo, con pocas ganas de "entregarle otra, pues salió pasmado del valor con que se explicó S. I."

Por lo visto, le pasó á este Coronel en Lorenzana, lo que al Ayudante de Bessieres en Maliaño.

dichos á todos los Obispos del reino. No lo recibió el de Santander, ni tiene nada de extraño que no lo hubiese recibido: sus continuos cambios de residencia lo explican perfectamente. Pero que no había de hacerse con él una excepción, debía darlo por cierto. Sin gran sorpresa, por tanto, se habrá enterado de la comunicación de la Regencia. Tócale, pues, ahora que ve la situación despejada, poner por obra sus propósitos: refugiarse en Portugal, y protestar de la manera más solemne y más conforme á los deberes que su cargo pastoral le impone.

No por esto se precipita. Tranquilamente lo prepara y dispone todo, contribuyendo á ello el haber salido á marchas forzadas con dirección á Orense la fuerza, que para ejercer presión en el Obispo de Mondoñedo con motivo de los decretos dichos, allí estaba destacada. Al parecer, surgen también conflictos en Orense.

Continúa, pues, el Obispo de Santander en Lorenzana. ¿Qué hace en aquel Monasterio hasta el 10 de Agosto, en que sale para Portugal? Vamos á verlo, comenzando por trasladar á estas páginas algunos párrafos de carta suya, escrita en la festividad de San Lorenzo, á D. Matías. Esta carta, verdadero retrato de aquel corazón de oro envuelto en malla de acero, nos enteramos de su resolución, nos comunica sus pensamientos y anuncia, por manera velada, su respuesta de Prelado integérrimo al decreto de las Cortes y á las órdenes de la Regencia.

“Demos gracias á Dios por todo—dice.—Yo me marcho, me destierro á mí mismo á Portugal, “previendo, ó teniendo como seguridad de que me “enviarán á Ceuta ó por allí, si me pillan. Cuando “ésta llegue ahí, ya estaré yo allá, ó en camino, si “Dios no dispone otra cosa. En qué parte haya de “sentar mis reales, lo sabrás cuando se verifique

“el asiento: desde él, si Dios quiere, escribiré. “Voy contento, contentísimo, y confiado de que “va á aminorarse, si no va á acabarse nuestra “opresión..... Ahora haz lo que voy á decir. Inmediatamente que recibas ésta, busca y paga un propio seguro, que vaya á Santander con el adjunto “paquete..... Ahora, ¿qué más? ¿Qué se sigue? “¿Bendiciones? Siguen y seguirán, Dios mediante, “hasta que pueda bendeciros desde el cielo. Comiencen por tí y María del Carmen, sigan por “la familia ausente y presente (¿Qué es de Miguel, “que ha mucho no sé de él?) hasta coger á ese “Andresuco; y cojan la casa y las casas con sus “caseros, desde el techo al cimiento; y tóqueme “algo á mí, y rezar algo por mí, y alguna Misa á “nuestra antigua Madre de la Blanca, ¡oh! qué “bien me vendrían. Adios.”

La entereza de un Apóstol y la ternura de un padre revelan estos párrafos. Destiérrase quien los escribe á Portugal, por no caer en manos de perseguidores impíos. El caso pide que le acompañemos en tan penoso viaje. Pero ¿no será deber nuestro ilustrar antes al lector respecto de los deberes cumplidos por el Prelado en circunstancias tales? No le basta librarse de la persecución. El buen Pastor no huye sinó en beneficio de sus ovejas; ¿por qué huye D. Rafael Tomás? Que obró sin precipitarse, ya lo hemos dicho. Todo estaba previsto y meditado. A la carta de 10 de Agosto, día de San Lorenzo, acompaña un paquete, que D. Matías debe remitir á Santander. ¿Qué contendrá este paquete? No lo dice el Obispo, pero lo cuenta el Chantre. No contentos los revolucionarios de Cádiz con disponer á su antojo de la Patria, aspiran á gobernar la Iglesia. Los atropellos cometidos con el Nuncio, con el Arzobispo de Santiago, con el Obispo de Oviedo, con los refugiados en Mallorca y con diferentes Ca-

bildos eclesiásticos, hacían temer que procedimientos semejantes se adoptasen con los demás Prelados, dispuestos á no cambiar la obediencia debida á Dios por la que á veces piden los hombres. Viendo estaba D. Rafael Tomás el aparato militar empleado en Mondoñedo. Y en la perspectiva de análogo conflicto, era prudencia cristiana poner en salvo la libertad, que aún en medio de privaciones y á pesar de la distancia, le permitía ser útil á su Iglesia.

No huye, pues, el Obispo, cual huyen los mercenarios. Se pone en seguridad, se acoge á tierra extranjera, para poder desde allí comunicar con sus ovejas. Pronto á sacrificarse por ellas hasta perder la vida, no quiere perder su libertad que necesita para bien de su Diócesis. Se destierra á sí mismo para que no le prendan y le incomuniquen prendiéndole, con la grey encomendada á su celo. “Tuvimos, y tenemos—dice “---por útil y necesario evitar los golpes mayores “de la violencia con un voluntario destierro de “los dominios españoles... Allí (Portugal) como “aquí, seré el que soy, constituido por el Espíritu “Santo para regir su Iglesia.”

Estas son las razones en que funda su determinación el Obispo, según carta Pastoral (1) de

(1) Parécenos de mucha importancia este documento que no anda impreso, y bien merece ser conocido. Helo aquí según copia sacada por el Chantre. Dándole á conocer literalmente, seremos menos pesados en el texto:

“Rafael Tomás, por la gracia de Dios, y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Santander.

“Al venerable Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, “á nuestro Provisor y Vicario General; á los Vicarios foráneos de la “Diócesis; y á todo el Clero, amado compañero nuestro en cultivar “la viña del Señor, salud y gracia en este mismo Dios, Salvador “nuestro

“Hallándonos en declaradas ciertas vísperas de que quienes han “tomado con el mando de nuestra Patria el de nuestra Iglesia nos “tratasen, cuando menos, como han tratado al Nuncio Embajador de “Su Santidad, á los Obispos de Orense, Oviedo, Santiago, con tantos “más de los refugiados en Mallorca, y á los Cabildos Eclesiásticos

6 de Agosto al venerable Dean y Cabildo, al Provisor y Vicario general, á los Vicarios foráneos y á todo el Clero de Santander. Ya no era tiempo de discutir: había llegado la ocasión de obrar. Las representaciones al ministro Caballero y á la Regencia y el dictamen emitido en Montefaro, nada ó poco valieron. La carta Pastoral de 6

"de varias Iglesias Catedrales, estrechados por confiscación de bienes, destierros, prisiones, y fuerza militar á entrar en uno de los partidos, que indicó San Ambrosio, cuando en la Epístola, que el 29 del Libro 5.º decía al otro Emperador con respecto á un Obispo, "que tenía puesto en semejante estrecho: *Necesse erit, ut aut previncatorem, aut martirem facias; utrumque alienum temporibus suis, utrumque persecutionis instar*: Tuvimos, y tenemos por muchas consideraciones, útil y necesario, evitar los golpes mayores de la violencia con un voluntario destierro de los dominios españoles.

"Por tanto, y si Dios, Arbitro de nuestras suertes, no dispusiese otra cosa, habremos de hallarnos refugiados en el reino de Portugal, cuando lleguen nuestras Letras á esa nuestra amada Diócesis: Y porque allí, como aquí, seré el que soy Obispo de Santander, constituido por el Espíritu Santo, para regir su Iglesia; y porque si se piensa hoy lo que escribió un bárbaro español: *Que los Obispos no menos, que el Clero inferior deben á la Nación, hasta su carácter*, y si de esto se quiere sacar, como con efecto se saca (luz de luz, desatino de desatino) que la Nación puede quitarnos el uso, sinó el ser de nuestra característica potestad, estoy bien seguro de que por ausente de mi Diócesis no pierdo las facultades, así coactivas, como directivas de mi Ministerio, y de que mientras no las ligue el que tiene Cristo Vicario suyo General sobre la tierra, se hallarán ellas expeditas, cuando menos, menos en todo lo que llaman *jurisdicción voluntaria*; sea lo que fuere de la contenciosa, ó que no puede ejercerse, sinó observando las acostumbradas formalidades del foro: En estas consideraciones, *et Christi nomine invocato: Ego quidem, absens corpore, præsens autem spiritu, jam judicavi, ut præsens*: Yo, si ausente de mi Diócesis por lo que respecta al cuerpo, presente é ella con el espíritu; como así presente ya juzgué lo que es de hacer, para su mejor régimen en las circunstancias, y que es lo siguiente:

"Lo 1.º En cuanto á la abolición del Santo Tribunal de la Fe, que es notorio haberse decretado por los sobredichos nuestros Gobiernos; y que éstos mandaron, publicarse *inter Missarum solemnias* por tres domingos consecutivos en todas las Iglesias del Reino, junto con no sé qué papel, relator de los motivos, que dicen han tenido para tanto Decreto, queremos, encargamos, y mandamos, se tengan muy á la vista, y más en el corazón para su más completa debida observancia las que se hallan copiadas á la letra en el Bulario magno de *Cherubini*, expeditas *ad perpetuam rei memoriam* Bulas, una por Julio tercero que comienza: *Licet á diversis*; otra por San Pío quinto, cuyo principio es: *Si de protegendis*; y en las cuales entre otras semejantes cláusulas, se leen las siguientes, relativas á los excesos, que por entonces se notaban en el particular: *Cui sane morbo..... solitam, ac salutare Ecclesie medicinam pro nostra Pasto-*

de Agosto es la única respuesta que merecen los atentados del poder revolucionario. Recordando el Obispo las Bulas de Julio IV y San Pío V para el caso no esperado de que con noticia de lo dispuesto por aquellos Sumos Pontífices alguien se preparase á leer ó publicar en algún templo de la Diócesis los decretos de las Cortes,

"rati sollicitudine aferre cupientes, seculi Potestates, ac Provinciarum Civitatum, et locorum Rectores supradictos, necnon quasquunque alias Saculares Personas, tam privatas, quam publico quovis munere fungentes requirimus, et admonemus, ac eis Jesu Christi Redemptoris nostri (cujus vices licet immerito gerimus in terris) nomine precipimus, ne Diocesanos Episcopos, et Inquisitores ipsos in suo Inquisitionis negotio ullo modo impediunt, seu perturbent, nec se in hæresis crimine cognoscendo, vel judicando, quovis etiam asistentes, et favoris colore, causa, vel occasione..... se ingerant; ordinationes, provisiones, leges quascunque de ipsius criminis cognitione latas, sacris canonibus obsistentes, et ecclesiasticam jurisdictionem impediunt, sine mora abrogent, et deleant. Et infra: Qui moniti hic nostris non obtemperaverint quive scienter in predictis consilium, auxilium, aut favorem dederint, noverint, se non solum per sacras dictorum Prædecessorum nostrorum constitutiones; verum etiam per hanc nostram sanctionem, sive sententiam, et declarationem, perpetuo duraturam (quam auctoritate omnipotentis Dei, ac beatorum Apostolorum Petri, et Pauli in ipsos non obtemperantes, quacunque illi prefulgeant dignitate proferimus) communionem fidelium, et omnium ecclesiasticorum Sacramentorum perceptione privatos ac maledictionis et execrationis eternæ vinculo ligatos anathematisque, et majoris excommunicationis mucrone percussos; ita, ut nemo unquam in præmissis delinquens, nisi á nobis, et Successoribus nostris, canonicè intramittibus, etiam pretextis quarumcunque facultatum concessionum, et gratiarum, etiam confesionarium nuncupatarum, etiam á nobis, et dicta sede hactenus emanatarum, et in posterum emanandarum, specificam et expresam, ac alias quam per verba generalia de presentibus nostris litteris mentionem non facientium, præterquam in mortis discrimine, absolvi possunt: Y para en el caso no esperado de que alguno con noticia de estas Bulas se arrojaré á leer, ó publicar en alguno de los Templos de nuestra Diócesis los mencionados Decretos ó Papel, ó cualquiera de estas piezas; sea el tal quien se fuere; estimándole incurso coram Deo en las penas de dichas bulas, nos reservamos publicarlo así incurso á la faz de la Iglesia, ó por exco- mulgado vitando, previa la debida información de su arrojó; y al Templo así profanado le declaramos desde ahora entredicho, ó cerrado por espacio de treinta días, (que comenzarán á contarse desde el de la lectura, ó publicación) para todo aquello, que es sabido, prohíbe el entredicho local; esta pena que tiene acordada la Santa Iglesia en odio, ó detestación de sus agresores, como para escarmiento, y doctrina de los que aun se conservaren sus fieles hijos.

"Lo 2.º Queremos, y mandamos, que en la festividad, rezo, y rito con que se celebró hasta aquí la Santa heroína española Santa Teresa de Jesús, aunque más esta Santa se haya publicado por

le considera *incurso coram Deo* en las penas de dichas Bulas y se reserva publicarle por incurso en ellas y por excomulgado vitando previa la debida información, á la faz de la Iglesia. Y declara entredicho por espacio de 30 días el templo así profanado.

Pero el afán de legislar en materias eclesiás-

"otros nuestros Gobernantes, Patrona, ó Compatrona del Reino, y "por más que se haya mandado celebrar, como tal Compatrona, no "se haga novedad alguna, y se esté enteramente al Decreto, que "para gobierno de semejantes elecciones, y declarando nulo todo lo "que en contrario se haga, expidió el Sumo Pontífice Urbano 8.º, "según que puede verse literal en la Biblioteca de Ferraris, *verbo* "*Patroni Sancti*: advirtiéndole, que como no pueda ser agradable á "Dios, y por eso ni á sus Santos, obsequio alguno no racional, no "reglado, no conforme á las Leyes Eclesiásticas, y así á nuestra "obligación Cristiana, según aquella gran sentencia de San Agustín: "*Ingratum est Spiritu Sancto quicquid obtuleris, neglecto eo, ad quod* "*teneris*: Mal puede ser grato el pretendido obsequio á aquella Santa "Teresa, que en la relación de su vida dejó escrito, daría el último "aliento, antes que contravenir á la más pequeña de las ceremonias, "que reglando el culto Divino tiene prescritas la Santa Madre Iglesia. "Lo 3.º *Sub pena prestiti juramenti*, mandamos á todo nuestro "Clero, que sin expresa anuencia nuestra, dada *in scriptis*, y acreditada con el sello mayor de nuestro oficio, no dé cumplimiento á "orden alguna general, que directa, ó indirectamente se oponga á las "Leyes con que antes de las actuales turbulencias se gobernaba la "Iglesia española.

"Y lo 4.º Ultimamente, usando de nuestras facultades, y facultades, "si menos libres, y por eso mismo menos también expuestas á defectos y excesos, que estaban unidas á las de la Santa Inquisición; "ahora que ha faltado ésta, facultades por entero expeditas, para "que usemos de ellas, según que entendiéramos ser, ó necesario, ó útil al bien público, venimos en mandar, y mandamos á nuestros "Párrocos, hagan saber á sus parroquianos, que deben estimar por "obligatorias en conciencia, y bajo las penas en ellas impuestas, "todas las prohibiciones de libros, papeles, escritos, que emanaron "hasta su cesación del Santo Oficio, Tribunal de la Fé, ó inquisición "Española, ya por edictos singulares, ya por su general índice expurgatorio, ya por las reglas prescritas en cabeza de éste, para discernir los escritos, que son prohibidos, de los que no fueren tales. Y "reservándonos prohibir con mayor examen los que entendiéramos, "y que por ahora entendemos, son detestables entre los infinitos "periódicos, y no periódicos, que se publicaron, y publican en nuestros días, encargamos á nuestro Clero, y por él á todos nuestros "fieles diocesanos, gobiernen su conducta por el dicho reglamento "inquisitorio, y en consecuencia, que se abstenga de leer todo impreso, que tratando, aunque sea por incidencia, de Religión, y así de lo perteneciente al régimen de la Iglesia; no contare haberse dado "á luz con aprobación y licencia del Ordinario Eclesiástico.

"Por último: *Quoniam dies mali sunt*: Porque son malos, y tan "malos son nuestros días, que pueden graduarse parte primera de

ticas, lejos estuvo de limitarse á la supresión del Santo Oficio, sustituido por los Tribunales protectores de la fe. Las Cortes extraordinarias, en competencia con el Gobierno del rey intruso, se atrevieron á todo, no respetaron nada. Las órdenes religiosas, el voto de Santiago, la plata de las iglesias, los fondos de obras pías, la provisión de prebendas, y no sabemos cuántas cosas más, todo fué objeto de su furor y saña. Y, sin embargo, en medio de impiedad tanta, quieren aparecer piadosas con una resolución hipócrita que nos trae á la memoria las devociones fanáticas del buen Carlos III, empeñado en canonizar al her-

"aquel tiempo, tiempo, de que por gran triunfo se contaba ante Dios
 "libre el sabio por excelencia, y de que con todo no cesaba de pedir
 "le librase Dios, según que él mismo lo testifica, diciendo: *Invocavi*
"Dominum, Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in tempore
"superborum sine adjutorio: Rogamos, encargamos, y en cuanto
 "fuere necesario, mandamos á nuestro muy estimado Clero, y á
 "cuantos son comprendidos en esta suerte de Dios, que *redimientes*
"tempus: Que redimiendo el tiempo perdido, ó que no pudo aprove-
 "charse para la propia instrucción, instrucción cristiana de los
 "pueblos durante la estancia de las tropas francesas en el Obispado,
 "atiendan con singular cuidado al desempeño de sus obligaciones
 "clericales: Y os dirigimos (ved, amados mucho, y así venerados
 "Coadjutores nuestros) las palabras de San Pablo: *Videte, fratres,*
"quomodo caute ambuletis non quasi insipientes sed ut sapientes:
 "mirad, hermanos, no os dejéis engañar por la figurada sabiduría de
 "nuestros tiempos: Y antes andad (buscando la ciudad permanente
 "en los Cielos) á la luz de la Ley cristiana, y de las instituciones,
 "que os tienen puestas delante vuestros Prelados Eclesiásticos. Si lle-
 "gare el caso, no imposible, de no haber en la capital Vicario alguno
 "nuestro general, los Vicarios rurales provean cada uno en su Vicaria
 "sobre cuanto fuere necesario para el buen régimen de la misma, y
 "en todo caso y tiempo no se omitan, no, las prescriptas conferencias
 "morales para cada semana. No se omita la lectura espiritual, pres-
 "cripta para en todas las Misas de los dias festivos: No se omitan los
 "actos de Fé, Esperanza y Caridad, Rosario, y más ejercicios espi-
 "rituales, que acostumbraron hacerse en nuestras iglesias por las
 "mañanas, y tardes de los mismos dias: No se omitan, antes se dupli-
 "quen, y redupliquen, las oraciones públicas y privadas por la estir-
 "pación de nuestros enemigos, por la exaltación de nuestra Santa
 "Madre Iglesia Católica: Y si os parece incluir á este vuestro indigno
 "y mal Prefecto, con aquéllos, con quienes decía San Pablo se tuviese
 "mucha cuenta: *Quoniam ipsis pervigilant, quasi rationem pro ani-*
"mabus vestris reddituri: Orate pro nobis: Orate pro nobis: Orate pro
"nobis. Dado en el Monasterio de Benedictinos de la villa de Loren-
 "zana, reino de Galicia, á seis dias del mes de Agosto, año de la
 "Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo mil ochocientos trece."

mano Sebastián mientras “consentía y autorizaba (1) todo género de atropellos contra cosas y “personas eclesiásticas y de tentativas para des-“catolizar á su pueblo.” Con esto entenderá el lector que aludimos al decreto de las Cortes declarando á Santa Teresa de Jesús Patrona de España, resolución “de índole extraña” —habla Toreno— “ajena, al parecer, de los tiempos actuales y de las tareas que incumben á los cuerpos “representativos de nuestra edad.” Pidiéronlo así los carmelitas descalzos de Cádiz; menos conocedores, por lo visto, de las tareas dichas que aquel Abad de Monserrat (2), inoculador de los principios de la filosofía irreligiosa del siglo XVIII en el egregio Conde, á quien cuando apenas entraba en la adolescencia comunicó el Emilio y el Contrato social.

Mas el Obispo de Santander, á continuación de lo dispuesto contra los decretos relativos al Santo Oficio y á los tribunales protectores de la fé, manda que nada se altere respecto del rezo, rito y festividad de la Santa, no obstante lo decretado por el poder público. Y para de una vez prevenirlo todo, manda *sub pœna præstiti juramenti*, que sin expresa anuencia suya no se dé cumplimiento á orden alguna, directa ó indirectamente opuesta á las leyes “con que antes de las actuales turbulencias se gobernaba la Iglesia española.”

Y no se da por satisfecho. Más dispone respecto de los libros prohibidos por la Inquisición. Prevé también el caso de que falte Vicario suyo en la capital de la Diócesis. Encarece el resarcimiento del tiempo perdido con la invasión francesa. Inculca las conferencias morales, la predicación

(1) Menéndez Pelayo. *Historia de los heterodoxos españoles*.

(2) El mismo, en la dicha Historia, tomo 3.º, pág. 435, citando la *Biografía del Conde de Toreno*, escrita por D. Leopoldo A. de Cueto.

y las públicas oraciones. A todos ruega que no se olviden de su Prelado y á Dios pidan por él. *Orate pro nobis*, así concluye la carta.

Y con esto queda enterado el lector de cuanto contenía el paquete remitido á Santander. Testamento del Prelado, que se despide de su grey para subir al calvario, parece la carta pastoral. Por la pureza de la fé y por la libertad de la Iglesia, emprende una peregrinación penosa, cargado de años y achaques. A los trabajos, peligros y pobreza que le ocasionaron los enemigos de España, se agregan las vejaciones con que amargan sus postreros días los liberales. El decreto de Burgos era para temido. La persecución de ahora no le amenaza de muerte, pero le abofetea. Es el principio de la persecución del desprecio, que á fuerza de presenciada, pasa ya inadvertida. Consecuentes los gobernantes de Cádiz con los procedimientos regalistas inaugurados por Carlos III, ocupan las temporalidades de los Obispos, los recluyen ó destierran. Hoy se les permite hablar á condición de no escucharlos. Si en cumplimiento de su deber dicen lo que al poder agrada, se les adula. Pero si les obliga la conciencia á pedir lo que no se les quiere dar, con irónica cortesía les despiden.

Quien haya pasado la vista por los documentos analizados en estas páginas, comprenderá fácilmente que no debía sorprender á D. Rafael Tomás el giro de la política española en sus relaciones con la Iglesia. Pero comprenderá también, que si parece contento en su carta del 10 de Agosto, lo está sólo por haber cumplido con los deberes que las circunstancias le imponen y por las esperanzas que concibe. Buscar asilo en extranjera tierra no satisface á nadie, y mucho menos á un Prelado tan amante de su Diócesis y á un anciano tan pobre de recursos como rico de achaques.

Pero resuelto á todo, pone por obra su resolución el mismo día en que se despide de don Matías, y manda por su conducto á Santander la carta Pastoral de 6 de Agosto. Celebra el Santo Sacrificio de la Misa y da la Comunión á los dos familiares que le han de acompañar en este viaje, para el cual tiene dispuesto un buque en Foz, puerto no muy distante de Lorenzana. El Chantre, cuya delicada salud no puede resistir el mareo, se reunirá más tarde con el Obispo, viajando por tierra.

En dicho día, pues, al caer de la tarde y aparentando un paseo, deja D. Rafael Tomás el Monasterio. Qué sentiría su corazón en aquellos instantes, puede adivinarlo el lector más fácilmente que nosotros decirlo. Era mansión predilecta del Obispo aquella casa. La orden Benedictina tuvo siempre íntima participación en las satisfacciones y penas del Sr. Menéndez de Lúcar. Los Benedictinos le apadrinan y agasajan cuando recibe la consagración en San Martín de Santiago, y con amor le reciben en Lorenzana cuando fugitivo y pobre vive de la caridad ajena. Esfuerzo y no pequeño le habrá costado disimular su emoción en este trance.

No quiso, según nos cuenta el Chantre, admitir caballo ni carro para trasladarse á Foz. La distancia era corta, y el Obispo creía poderla recorrer á pie, aunque se forjase ilusiones respecto de sus fuerzas, que no tardaron en flaquear. Hubo pues, que valerse de un carro para llegar al puerto, donde se embarcó aquélla noche. Pero al hacerse á la mar en la madrugada siguiente, un fuerte temporal pone la embarcación en riesgo y le obliga á retroceder.

En la noche del 10, pasa el Obispo del carro al buque. Al desembarcar el 11, después del peligro dicho, le recoge el Cura de la Parroquia. Pero

extendido el rumor de la fuga intentada, previene el cabo de mar al capitán del cachemarin que no admita á su bordo al fugitivo. Con que se confirman sus temores respecto á la vigilancia de que es objeto y se ve claro cuán difícil hubiera sido el viaje por tierra, ya que las agotadas fuerzas del Sr. Menéndez le permitían únicamente viajar en un carro.

No debió, con todo eso, ser tan exquisita la vigilancia, ó muy poco servida por el pueblo estaba la autoridad. Probable y casi cierto nos parece lo último. Era el pueblo por aquel tiempo enemigo de innovaciones, y el Obispo de Santander gozaba de popularidad por su apostólico celo, acendrada virtud y absoluta intransigencia. Sólo así puede explicarse cómo vista la prohibición impuesta por el cabo de mar al capitán del buque, éste se hace á la vela en cuanto asoma la bonanza sin el Obispo, por supuesto, pero con rumbo á determinado punto donde debía esperarle — San Ciprián. —

Distante cinco leguas de Foz el paraje convenido para el embarque, allá se dirige D. Rafael Tomás en un carro del país, que arrastran bueyes. Y era de ver cómo salían los Curas al camino para servir y consolar al Obispo perseguido, y cómo lloraba la gente al contemplarle. La escena debió ser conmovedora. En breves frases la describe el Chantre: "Cinco leguas anduvo en un "carro aquel día, socorriéndole con mucho afecto "los Curas del tránsito y llorando las gentes que "le veían." Lo dicen todo estas palabras, que apenas dicen nada.

Al día siguiente llega el buque, y el Obispo vuelve á embarcarse con mar tranquila y viento favorable. De haber continuado el viento, poco hubiese durado aquel viaje; pero afloja el nordeste, se levantan densas nieblas, y es preciso arribar á

varios puertecitos de Galicia, ya por estos motivos, ya por temor á un corsario francés que al cachemarin da caza.

Cuando por alguna de dichas causas se toma puerto, el Obispo ni sale á tierra ni á cubierta siquiera por temor á ser conocido. No se olvide que todo esto pasa en Agosto y en un buque pequeño, casi una lancha, donde el Sr. Menéndez ni aun de rodillas cabe bajo cubierta. Solo de noche sale de aquel encierro y respira con libertad. Fórmese ahora juicio de cuánto habrá padecido aquel anciano achacoso obligado á pasar horas y horas en postura violenta y respirando atmósfera mefítica. Si alguien nos reputase exagerados, he aquí la relación del Chantre: "En los puertos tenía su S. I. que estar todo el día y días de Agosto bajo cubierta para que no se le viese, y no podía estar de rodillas siquiera, tan chico era el barco, y por la noche salía sobre cubierta á refrescarse."

Pero no siempre se puede tomar puerto. El 15 de Agosto por la tarde, sorprende al buque intensa niebla. Reina completa calma, y desorientado el capitán, no acierta á darse cuenta del punto donde se halla. Sábelo cuando ya está comprometido en los bancos de Corrobedo, y echa el ancla como único recurso en tan críticas circunstancias.

Por dicha, continúan el tiempo en calma y el mar tranquilo. La menor agitación de las olas, el más ligero viento hubiesen dado al traste con el buque y quienes lo montaban. Así pasaron la noche. En la siguiente madrugada una brisa de tierra saca á los navegantes de tal angustia.

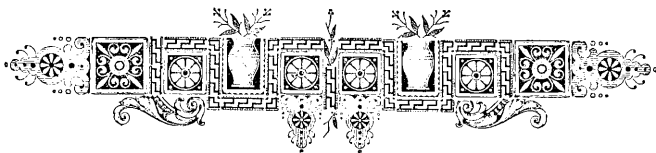
Disipada la niebla, el cachemarin se hace á la vela, sale con felicidad de aquel peligro y vuelve á seguir su rumbo. Pero vuelven también las calmas y hasta muy caída la tarde del día 20 no

llega frente á Camiña, primer puerto portugués por el lado de Galicia. Un tanto agitado el mar y receloso de la entrada el capitán, conviene con el patrón de una lancha pescadora de La Guardia, en que á remolque lleve la embarcación á este puerto, último de Galicia en sus confines con Portugal. Bien adelantada la noche desembarca el Obispo, á quien ofrece cariñosa hospitalidad D. Antonio Herrero, Párroco de aquel pueblo. Pudo al siguiente día celebrar el Sr. Menéndez en oratorio preparado por el Cura, cuyas atenciones merecen especial mención en estas páginas. Pero toda la reserva de tan digno sacerdote no fué parte á evitar el general rumor de que un personaje misterioso era su huésped. En esta previsión, otro Presbítero don Antonio del Castro, pasó sin perder tiempo al otro lado del Miño el pobrísimo equipaje del Obispo. Previsores también los agentes de la autoridad, se apresuraron á poner candado en todas las embarcaciones del puerto. Nadie pues, podía desamarrarlas, ni pasar embarcado á Portugal.

Al fin pues de su viaje, y tocando en la frontera portuguesa vese D. Rafael Tomás muy expuesto á caer en garras de sus perseguidores. Y tal sin duda hubiera sucedido, si el arrojado Presbítero libertador de libros y papeles del Obispo, no hubiese roto el candado de una lancha, en la cual pasó por la noche S. I. al otro lado del Miño. Valor en todos sentidos tuvo el Presbítero, que no contento con salvar al Prelado, se confesó autor del hecho, como quien tiene á honra sufrir por la justicia. Cura y Presbítero, reconvénidos por el jefe político, salieron de apuros—dice el Chantre—“sin trabajo mayor.”

Cuáles habrán sido los del Sr. Menéndez de

Luarca en tan penoso viaje, lo cuenta el Chantre por manera sencilla: "Llegó—dice—S. I. á Camiña estropeadísimo, cargado de piojos y tan "enardecido, que fué preciso que de continuo "estuviese bebiendo agua de limón." Y en otra parte, refiriéndose al equipaje del Obispo, escribe: "El Presbítero, en aquella noche hizo trasladar á una lancha los cofres de papeles y libros "y alguna ropa que llevaba S. I. (dinero no llevaba, sí que miseria)." Efecto natural todo ello de los días pasados en el mezquino camarote de una lancha cubierta, donde todo bicho asqueroso hacía su habitación. Y, sin embargo, ni una sola palabra tiene para todo esto en su primera carta desde Camiña, fechada del 25 de Agosto. Alude, verdad es, á las dos ocasiones en que estuvo á punto de naufragar, con los pensamientos morales que le inspiran; pero guarda silencio respecto á las molestias del viaje, á la vigilancia de que fué objeto y al miserable estado en que se halla. Hasta se considera con salud y buenos ánimos. O se forja ilusiones, ó no quiere poner en cuidado á su familia. Acaso, y es lo probable, ni lo uno ni lo otro le sucede, sinó que lleva la mortificación al extremo de no quejarse. He aquí ahora los párrafos de dicha carta, conducentes al caso: "Portugués me soy, después de un "viaje marítimo de diez días, pudiendo haber "sido de dos, y en que por calmas, nieblas y "mares gruesos, estuvimos á punto de hacer el "viaje de los viajes, largo y corto como ninguno, "largo porque es del tiempo á la eternidad, y "corto, porque se hace en un momento. Estoy en "la villa más próxima á España, que se llama "Camiña, puerto de mar. Aunque estropeadillo, "estoy con salud y con buenos ánimos, gracias á "Dios."



CAPÍTULO XXXIV.

En Portugal.

QUÉ tenemos al Obispo de Santander al otro lado del Miño. Al cabo de cinco años de riesgos, trabajos y pobreza, el condenado á muerte por el tirano de España, tiene que poner en salvo su libertad personal y precaverse contra la persecución fratrícida del Gobierno español. En su viaje marítimo á Camiña le acosan por una parte los corsarios franceses y por otra los delegados del poder que reside en Cádiz. Los españoles liberales y el Emperador de Francia, están acordes en odiar de corazón á nuestra Madre la Iglesia.

El tribunal de la fé, tan popular en España, que le debe unidad religiosa, sosiego y orden,

sin menoscabo de sus glorias, nunca tan grandes como en los tiempos más inquisitoriales, fué predilecto objeto en los tiempos modernos de maquinaciones sectarias. D. Rafael Tomás y una gran parte de sus hermanos en el Episcopado, no permiten leer al Ofertorio de la Misa decretos atropelladores de los derechos de la Iglesia. Pero no contentas las Cortes con perseguirla, quieren envilecerla. El destierro, la ocupación de temporalidades y otras vejaciones cuestan al Sr. Menéndez de Luearca su rectitud de conciencia, su dignidad y su firmeza de carácter.

¡Cuánto han variado los tiempos! Hoy los amigos de la Inquisición proclaman sus excelencias sin miedo á persecuciones ni á perder medros, fraternizan con los sectarios, comen á la misma mesa, defienden la verdad comiendo. A D. Rafael Tomás le costó defenderla, pobreza, grandes peligros y destierro, sin merecer por ello la más ligera piedad de quien, inquisitorial y todo, le moteja de no haber acertado en sus escritos con el buen gusto.

Tal vez sea la época presente fecunda en literatos; valiera más que en mártires lo fuese. Así va el mundo. Perdónesenos la digresión como no enteramente importuna, y volvamos al asunto que la motiva. Ya está el Obispo tranquilo respecto á la persecución de que tantas molestias y peligros le costó huir. Nada tiene, por de pronto, que temer, pero necesita entenderse con las autoridades á que ha de estar sometido mientras permanezca expatriado. Así lo dice en su carta de 25 de Agosto, á D. Matías. Someterse al Gobierno portugués y al Arzobispo de Braga, y saludar á sus favorecedores, es la primera atención del Sr. Menéndez de Luearca en cuanto se ve fuera de España. “De aquí es posible—continúa en su carta del 25—“me pase á Braga, dis-

“tante diez ó doce leguas; y de todo dirá Dios y
“el tiempo, su ministro muy obediente. Yo ahora
“no digo más, sinó que tengo muy mucho que
“escribir (al Ministerio portugués, al Arzobispo
“de Braga, á mis favorecedores de muchas partes)
“y que por eso no me alargo más.”

Y, en efecto, el mismo día 25 y desde el mismo Camiña, escribe al Arzobispo en cuya diócesis se halla, y eleva una exposición á la Regencia de aquel Reino. No escribiría con mayor humildad á su Prelado el último de los sacerdotes. Indica D. Rafael Tomás al Arzobispo los motivos de su voluntaria expatriación, sometiéndose absolutamente á sus órdenes. “Dígnese V. E. contarme uno de sus miserables feligreses”—dice al pedirle permiso para usar de las insignias Episcopales, bendecir, conceder indulgencias, confirmar y ordenar á los súbditos suyos y á quienes no lo siendo, con los debidos requisitos, le “buscasen al efecto.” Ofrécese como auxiliar y le comunica su pensamiento de trasladarse á Braga y allí buscar morada en algún convento, siempre sujeto, por supuesto, á la autoridad y dirección del Diocesano. No contestó á esta carta (1) el Arzobispo,

(1) He aquí la carta, según copia sacada por el Chantre: “Excelentísimo y Reverendísimo Señor.—Muy Señor mío y Hermano de todo “mi respeto: Próximo á que el Gobierno Civil de España me tratase “aún más duramente que trató, y trata á los tantos Obispos, que “V. E. sabe, tener expatriados por los motivos que también son notorios; tomé el partido de expatriarme á mi mismo, y después de un “muy prolongado viaje por mar, aporté á esta villa, parte de la “Iglesia que es feliz bajo el gobierno de V. E. Dígnese, por tanto, “V. E. (le ruego) dígnese contarme uno de sus miserables feligreses; “dígnese permitirme el uso de las insignias Episcopales, así como “bendecir, conceder indulgencias, confirmar, ordenar á mis súbditos, “y otros que con los debidos requisitos me buscasen al efecto: Y en “cuanto me considere capaz de aliviar su tan grave cargo, puede “V. E. contarme su Auxiliar. Aún para estar más en proporción de “servir á V. E. y también para pasar mis pocos ó muchos, días, más “racional, al tiempo que más económicamente; yo pensaba buscarne “morada en alguna Casa Religiosa, ó Convento de esa capital; pero “siempre sujeto, como debo, á las órdenes y dirección de V. E. no “procederé en esto sin su beneplácito, y expresa anuencia, esperan-

ya próximo á morir cuando fué escrita; pero debemos creer que los deseos de D. Rafael Tomás fueron cumplidos, porque se le verá más adelante conferir órdenes.

En forma respetuosa y digna se dirige á la Regencia. Explica en su exposición (1) los moti-

“do por eso, que V. E. se sirva insinuarle algo sobre el particular. — Mc repito así á la disposición de V. E., y ruego á Dios nuestro Señor prospere á V. E. en su santa gracia por muchos años. Camiña, 25 “de Agosto de 1813.—Excmo. Sr. Arzobispo de Braga.»

(1) “Señor: El Obispo de Santander, fugado de España, y cons- tituido al presente en la villa de Camiña, primer lugar de los Esta- dos de que es V. A. dignísimo Señor y Padre; con el mayor respeto, “y confianza busca, solicita, é implora el amparo de V. A., y al “efecto asegura á V. A. que su fuga del Reino español solo fué por “precaver opresiones muy superiores, que miraba próximas á “cogerle: Y que para éstas no ha dado más motivo, que seguir el “dictamen de su conciencia, si contrario al del actual civil Gobierno, “singularmente en orden á abrazar, y publicar, como la cosa más “sagrada en los Templos de Dios, *et inter Missarum solennia*, la abo- “lición del Tribunal de la Fe; dictamen con todo apoyado en el de “innumerables sabios, timoratos, y en el de todos, ó casi todos los “Obispos del mismo Reino.

“Primero que saliese de éste el Exponente hubo de dirigir á su “Obispado una Pastoral, exponiendo algunos de los motivos, en que “estribaba su resolución: Y como en este escrito no pudiese menos “de indicar las ningunas facultades, que consideraba en el Gobierno “civil para proceder como procedía, aun puede ser que éste me con- “sidere reo de Estado, y que como de tal reclame á V. A. mi per- “sona: Pero debiendo estar yo seguro de que V. A. no condescen- “derá con tan funesta pretensión, sin oírme, ni menos seguro de “convencer, que asien lo dicho, como en cuanto hice ó dejé de hacer “durante la insurrección española, no he desmerecido el concepto, “que merecí á Napoleón de afectísimo á la Justicia, y así de invaria- “blemente resuelto á dar, ó procurar se diese á cada uno lo suyo, “este concepto, porque aquél malvado me condenó á muerte de “luego á luego que puso sus piés sobre las Españas: Aun para en el “posible insinuado caso, quedo, Señor, tranquilo bajo el amparo de “V. A., que de nuevo imploro tanto más, cuanto va para cinco años, “que ando vagante por España é Inglaterra, privado de mis rentas “Episcopales, y despojado de cuanto dejé en Santander, y pude “sacar de allí, pues todo finalmente, menos mi Persona, fué presa “del enemigo común.

“De todos modos, y en medio de mi edad septuagenaria, yo, “Señor, me hallo (bendito Dios) en estado de poder trabajar algo á “beneficio del común, y habiendo llegado á la buena dicha de con- “tarme vasallo de V. A. tengo la gran satisfacción de ofrecerme, “como con toda la alma me ofrezco, y consagro á su servicio para “cuanto alcanzaren mis fuerzas, y V. A., se dignase mandarme, al “tiempo que ruego, y rogaré al Altísimo, prospere á V. A. con “todos, todos sus felices súbditos en todo bien. Camiña, 25 de Agus- “to de 1813. Señor: *Rafael Tomás*, Obispo de Santander.—A o

vos que le obligan á buscar hospitalidad en tierra extraña. Invoca la conciencia que no le permite convenir con el Gobierno español, "singularmente en orden á abrazar y publicar como la cosa "más sagrada en los templos de Dios *et inter* " *Missarum solennia* la abolición del Tribunal de la "Fe," y alude á su última carta Pastoral, de que tal vez pudieran prevalecerse los gobernantes de España para considerarle reo de Estado y exigir su extradición. Protesta de su patriotismo acreditado por el decreto de Burgos y por cinco años de peregrinación constante sumido en la mayor pobreza, como quien nada posee de cuanto dejó en Santander ni de Santander sacó, pues todo vino á parar á manos del enemigo, y espera que si el caso llegase, el Gobierno de Portugal no accedería á los deseos del Gobierno de España sin antes haberle oído.

Cumplidos estos deberes de carácter oficial, tócale al Sr. Menéndez corresponder con sus favorecedores "de muchas partes." Nada podemos precisar en este punto, porque nada nos cuenta el Chantre y se limita el Obispo á lo transcrito. Mas no poco papel y tiempo le habrá llevado. ¡Eran tantos á favorecerle! Por de pronto, de los Conventos y Monasterios de que se hace mención en estas páginas, recibió caritativa hospitalidad mientras anduvo por Galicia. Y puesto que nunca fué parco en dar limosnas, sin embargo de su pobreza, debió alguien favorecerle con cuanto á otros él favorecía.

Y es prueba concluyente de tanta generosidad con el Obispo lo que pasa en Camiña, á donde acuden para visitarle moradores de la ribera gallega del Miño, y no por mero cumpli-

"Príncipe Regente, nosso Senhor, guarde Dios muchos años, pe la " *Regencia dos Governadores do Reyno, e Secretaria de Estado dos* " *Negocios do mismo Reyno.* "

do, uno de los cuales "se empeñó, según el Chantre, en que le había de decir una Misa y le dejó por fuerza veinticinco duros," prueba clara de fe y del íntimo convencimiento en aquellas regiones respecto á la pobreza del expatriado. Manda el Obispo de Tuy dos familiares con dinero por si al de Santander le hace falta. El Arzobispo de Santiago, acogido también á Portugal, ofréceselo asimismo. No acepta D. Rafael Tomás, porque no le hace falta. "Se le presentaron comerciantes "de Portugal,---habla otra vez el Chantre,—con "dinero y orden que tenían de sus corresponsales "para darle cuanto pidiese; pero no tomó sinó lo "preciso para ir pasando y dar limosna, como "continuamente la estaba dando." Era el Obispo de Santander pobre para su persona, y con el prójimo espléndido. Aquella pobreza y esta esplendidez le allegaban socorros de todas partes, hasta de las Américas. En Portugal "tuvo "también aviso de que los montañeses residentes "en Méjico, noticiosos de que se había visto precisado S. I. á salir de su Diócesis, y que el maldito "Napoleón había mandado se le secuestrase cuanto tenía, abrieron una suscripción para que no "le faltase con que vivir..... y se le avisaba que "estaban recogidos y en poder de D. N. tres mil "duros, para remitirle á España." Si en otro lugar se habla de esto mismo, no dejamos por eso de repetirlo ahora transcribiendo las palabras del Chantre, ya que la oportunidad lo exige.

Queda, pues, dicho, cómo en todas ocasiones y en todas partes cuidaba Dios de quien todo lo hacía para su mayor gloria. Pero nada dijimos de las comodidades que pudiera ofrecer Camiña, tratándose de un anciano achacoso, y maltrecho además por un viaje marítimo, pesado y nada escaso de sufrimientos y peligros. En Camiña se había recogido el Obispo en un Convento de

Antoninos, donde recibió las visitas de que se deja hecho mérito. Pero como el Cura encargado de visitarle á nombre del Sr. Arzobispo de Santiago, viese—habla otra vez el Chantre—“que S. I. no estaba bien en Camiña, le propuso que “podía mudarse á la villa de Monzón, donde “había casa de los PP. de San Felipe Neri, “donde estaría con más desahogo, y que estando “cerca el Sr. Arzobispo, se podrían consolar en “su destierro.”

No lo dijo á un sordo el Sr. Cura, y resuelto el Sr. Menéndez á seguir el consejo, tardó muy poco en ponerlo por obra. A Monzón, pues, “distante cinco leguas de Camiña,” se dirige, subiendo embarcado por el Miño. No sabemos qué día se verificó el viaje; pero consta que estaba D. Rafael Tomás en Monzón el 24 de Septiembre, fecha de una comunicación suya contestando al Ministro de Estado portugués, ansioso de conservar las mejores relaciones con España, para lo cual recomendaba al Obispo su traslación á Lisboa y el más riguroso silencio, “*ó mais rigoroso silêncio sobre os motivos, que derao occasião a os procedimentos do Governo de Espanha a seu respeito.*”

Pero de la comunicación (1) del Ministro y de

(1) “Hela aqui: Excmo. é Rmo. Sr.:—Tendo sido preçente a os “Governadores destes Reynos a participação, que V. E. dirigio por “esta Secretaria de Estado em data de 25 de Agosto próximo “pasado, comunicando a sua chegada a Caminha, me derao ordem, “para aviçar a V. E. que elles julgaõ convir nas actuaes circumstan- “ças, que a sua residência seja transferida para esta Capital, e reco- “mendaõ á V. E. em quanto, se conservar neste Reyno o mais “rigoroso silencio sobre os motivos, que derao occasião a os “procedimentos do Governo de Espanha a seu respeito; sendo de “esperar, que V. E. mesmo reconhecerá facilmente a conveniência “desta medida.

“Satisfacendo assim a o que de ordem do Governo me cumpre “comunicar á V. E., tenho a honra de expresarlhe a minha particular “estima, e veneração.

“Dios guarde á V. E. ms. annos. Palacio do Governo em 6 do

la respuesta (1) del Obispo ningún extracto mejor que una carta del último á D. Matías, fechada del 26, en la cual también le hace saber su cambio de residencia, las causas que á ello le obligaron y los medios de subsistencia con que cuenta. He aquí la carta en cuanto se refiere al asunto: "Yo sigo sin novedad,—dice el Obispo,—y sin resultas de los pasados trabajos. Me vine á esta villa, Monzón, porque en Camiña es muy reducido el Convento. Estoy en la casa de Congregación de Padres de San Felipe Neri, y estoy muy bien.

"Setembro de 1813.—B. N. S. J.—O mais att.º e fei seg", B. Miguel Pereyra.

(1) Véase ahora lo que á la comunicación anterior contesta el Obispo de Santander: "Excmo. Sr.:—No pudiendo subsistir con comodidad en el Convento de Antoninos de la villa de Camiña por su estrechez, me trasladé á esta de Monzón y Casa de la Congregación de San Felipe Neri, donde me hallo con gusto. Aquí recibí estos días por mano del Capitán General de la provincia la en que V. E. con fecha 6 del corriente me dice de orden de S. A. la Regencia del Reino, que en las actuales circunstancias juzga el Gobierno convenir sea transferida á esa Capital mi residencia; y me encarga el más rigoroso silencio sobre los motivos, que dieron ocasión á trasladarme á este Reino. Quedo, Sr. Excmo., muy conforme, con las disposiciones de S. A., y con la ayuda de Dios no tendrá S. A., que quejarse de mis procedimientos; pues no ignoro cuánto conviene la posible buena armonía entre S. A. y el Gobierno Español. Pero por lo que respecta á fijar mi residencia en esa Capital, no puedo menos de hacer presente á V. E. para que se sirva ponerlo en noticia de S. A. que mi edad septuagenaria no está para sufrir viajes largos, no pudiendo caminar á caballo, sinó á pie, ó en carruaje, y que á más de esto, estando como estoy nombrado Diputado para las próximas Cortes ordinarias, no será extraño, tenga juego que emprender viaje á Madrid; y caminar á esa Capital, es doblado trabajo, y es aumentar muchos gastos á un Obispo pobre, según tengo expuesto á S. A. en mi primera exposición; pero en medio de todo, hallándome por la misericordia de Dios, aunque flaco de fuerzas corporales con algún espíritu para arrostrar por todo; si S. A. aun quisiere, que yo fije mi residencia ó en la Capital, ó en otro paraje más separado que este de España, pronto estoy á ejecutarlo, contando siempre con que S. A. no dispondrá sinó lo que fuere más conforme á justicia, y caridad. Espero, que V. E. se sirva hacer presente á S. A. esta mi reverente exposición, y ofreciéndome gustoso á la disposición de V. E. para cuanto le pueda ser útil, ruego á Dios nuestro Señor prospere á V. E. en su santa gracia por muchos años. Casa de Congregación de San Felipe Neri de la villa de Monzon.—Septiembre 24 de 1813.—Excmo. Sr.: *Rafael Tomás*, Obispo de Santander.—Excmo. Sr. D. Miguel Pereira y Forjaz, Secretario de Estado de Portugal."

“Está la villa, que es murada y con Gobernador Militar, sobre el Miño, á dos leguas de Tuy y 6 del mar, y desde Camiña vine embarcado río arriba. No sé lo que estaré aquí, porque habiendo dado parte de mi llegada á la Regencia de este Reino, implorando su protección, se me dice de su parte que entienden convenir que sea trasladada mi residencia á la capital Lisboa; pero no me dicen, que emprenda el viaje ni me apuran. Este correo expongo mi edad septuagenaria, no poder caminar á caballo y que estando nombrado Diputado de Cortes, acaso tendré que emprender viaje luego á Madrid. Veremos lo que me dicen, y si me mudare de aquí avisaré. No tienes que tener cuidado, porque me faltan subsistencias, pues además de un socorro que tenía en la Coruña, el mayordomo me buscó y libró á este Reino no menos que 50.000 reales. No hay como dejarse en manos de Dios.”

Una equivocación y no ligera padece don Rafael Tomás. Dice que continúa “sin resultados de los pasados trabajos” y lo dice sin advertir que le desmiente su misma carta, como escrita no de su mano, sinó de la del Chantre, cosa extraordinaria en el Obispo, poco amigo de servirse de amanuense. Precisamente el mucho escribir se cuenta entre las causas de la grave enfermedad que padeció en Portugal, según luego veremos. Respecto á los medios de subsistencia explica cuanto hemos dicho tomándolo del Chantre. El mayordomo buscó lo que los comerciantes le ofrecieron, y sólo busca dinero quien no le tiene.

A gusto estaba en Monzón: por lo menos así lo cuenta; mas no lo entiende como el Obispo el Chantre al escribir en sus apuntes: “medianamente estaba en Monzón, ó no bien por tener su habitación al norte encima del río.” Pero al cabo puede hablar alguna vez con el Arzobispo de

Santiago y comunicarse con el de Burgos y con los Obispos de Orense y Astorga, por allí refugiados, aunque no muy cerca, circunstancia importantísima para un desterrado y apreciable tan sólo por quien se haya visto en caso análogo. Conque tales desahogos y el consuelo que facilitan, de algún modo compensan las desventajas apuntadas.

No debía con todo ser duradero bienestar tan relativo. El Gobierno español, suspicaz como débil, y débil por lo impopular, trata de suplir con rigurosas medidas la seguridad que le falta, y receloso de los Obispos refugiados en Portugal, pide su internación al portugués, que le complace previniéndoles con fecha de 23 de Septiembre (1), que mientras permanezcan en aquel reino, tengan su residencia á veinte leguas de la frontera española, absteniéndose de comunicar con España.

(1) He aquí la Circular dirigida por el Gobierno portugués á los Obispos españoles, y la respuesta dada por el de Santander:

“Excmo. e Rmo. Sor.: S. A. R. e servido que V. E. em quanto se “conservar em Portugal tenha a sua residência em distancia de vinte “legoas das fronteiras de Espanha; devendo nos lugares da sua “assistença evitar a communicação com Espanha, e seus vasallos, em “quanto lhe não for permitido o seu regreso.—Dios guarde á V. E. “Palacio do Governo em 23 do Septembro de 1813.—Alexandro “Joseph In Castillo.—Señor Obispo de Santander.”

“Excmo. Señor: Recibo con todo aprecio la de V. E. de 23 de “Septiembre último, dirigida á Valencia, por la que me participa “haberse servido acordar S. A. R. que interin me conserve en este “Reino tenga mi residencia á veinte leguas de las Fronteras de “España, debiendo en los lugares de ella, evitar toda comunicación “con los vasallos de aquel Reino. Y cumpliendo con esta real reso- “lución, me encaminaré luego (aunque haya de ir vagorosamente) “como no puedo viajar, sinó á pie ó en carro á la ciudad de Oporto; “no obstante de haber en 24 del mismo Septiembre expuesto á S. A. “por mano de su Secretario de Estado, D. Miguel Pereira Forjaz, mi “situación miserable, y esperar favorable despacho del caritativo “corazón de S. A.—Con este motivo tengo la gustosa satisfacción “de ofrecer á V. E. mis respetos, y buena voluntad de complacerle “en cuanto alcance, y quedo rogando á Dios nuestro Señor prospere “á V. E. en su santa gracia por muchos años. Casa de Neres de “Monzón, Octubre 11 de 1813.—*Rafael Tomás*, Obispo de San- “tander.—Excmo. Sr. D. Alexandro Joseph In Castillo.

No se toman por lo serio, según nos cuenta el Chantre, estas reclamaciones del Gobierno español, pero se dispone á obedecer el Sr. Menéndez de Luarca y á trasladarse á Oporto. En tal sentido contesta el 11 de Octubre al Ministro de la Gobernación de Portugal, mas no sin anunciar cuán lento sería el viaje, que tan solo en un carro puede emprender por razón de su edad y achaques. Participa también al Obispo de Oporto, uno de los Regentes, su propósito de trasladarse á la capital de aquella Diócesis (1) ó sus inmediaciones, "buscando asilo en alguna casa religiosa," se le ofrece como feligrés y auxiliar y le pide

(1) He aquí la comunicación del Obispo de Santander al de Oporto:

"Excmo. Señor: Muy señor mío, y Hermano de todo mi respeto: "Habiéndome fugado de España, y acogido á este Reino de Portugal di parte á S. A. R. la Regencia, de que sé es V. E. digno "miembro, exponiéndole los motivos que me obligaron á expatriarme voluntariamente, é implorar su protección. S. A. se sirvió "decirme, por medio de su Secretario de Estado, que juzgaba convenienter en las actuales circunstancias, que mi residencia fuese trasladada á la capital Lisboa, encargándome riguroso silencio sobre "los motivos que dieron causa á mi expatriación. Mi triste situación "me movió á representar á S. A. en 24 de Septiembre último sobre "el particular; pero habiendo recibido orden fecha 23 del mismo mes, "comunicada por el Secretario interino del Gobierno interior, por "la que se me dice, (ser servido S. A. tenga mi residencia á veinte "leguas de los dominios de España, y que no trate con los vasallos "suyos, trato de ponerme luego en camino á pie, ó como no pueda "de otra manera en carro, y de encaminarme á la ciudad de Oporto, "ó sus inmediaciones, buscando asilo en alguna casa religiosa, y "fiando en la Divina Providencia, por haber salido de España de "improviso, y no pensar fuese mi residencia tierra adentro de Portugal, sin esperar la resolución de S. A. á mi citada exposición, "obedeciendo sus mandatos: Y como es V. E. digno Prelado de "aquella Diócesis, ruego á V. E. se sirva contarme uno de sus feligreses, y permitirme el uso de las insignias Episcopales, así como "bendecir, conceder indulgencias, confirmar, ordenar á mis súbditos "y otros que con los debidos requisitos me buscaren al efecto. Y en "cuanto me contemplare V. E. capaz de aliviar su pesado cargo pastoral, cuénteme V. E. su Auxiliar, sirviéndose avisar á su Provisor "y Gobernador en Oporto, lo que V. E. fuere servido. "Me repito á la disposición de V. E. y ruego á Dios nuestro Señor "prosperar á V. E. en su santa gracia por muchos años. Casa de los "Neres de Monzón y Octubre 12 de 1813.—*Rafael Tomás*, Obispo "de Santander.—Excmo. Sr. Obispo de Oporto, de la Regencia del "Reino."

permiso para el uso de las insignias episcopales y para todo lo demás solicitado y obtenido en Braga. Y resuelto á cumplir con su propósito da el encargo á un comerciante de Oporto, con quien le había puesto en relaciones D. Ramón López Dóriga, de facilitarle alojamiento en dicha casa religiosa.

Dispuesto el Obispo á obedecer, aunque sin darse prisa, quiso Dios que ni despacio cumplierse con lo mandado; porque con el mucho trabajo de bufete, las malas comidas ó no sentarle bien lo que comía, y su continuo disgusto por la política de España, agregado á todo ello lo húmedo y frío del paraje, las resultas de una navegación tan falta de comodidades como en riesgos y desazones abundante, y la edad septuagenaria que ya cuenta; de tal modo le debilitan y amilanan, que conociendo su malestar, él mismo anuncia la crisis próxima, que alarma justamente á sus familiares en la mañana del 26 de Octubre.

Pero en este punto dejaremos la palabra al Chantre, transcribiendo la carta donde cuenta el suceso á D. Matías con fecha 2 de Noviembre. “Los trabajos, sustos y cosas—dice—que padeció “el amo y no acabar de ponerse corrientes las “Cortes, le labraron mucho, y nos ha dado un “gran susto; pues el martes 26 por la mañana le “dejé bueno en el cuarto, y me salí para que se “levantase. Cerré la puerta; pero él, como acos- “tumbra, se cerró por dentro. Al cerrar ó al “levantarse cogió algún frío, y no pudiendo sos- “tenerse se cayó en el suelo, al parecer de acci- “dente apoplético ó principio de él. Aunque yo “estaba cerca, no llamé; pero quiso Dios que me “llegaron unas cartas, voy á dárselas y le encuen- “tro cerrado. Le llamé, y aunque respondió y “me decía que vendría á abrir, no venía. Visto “esto, se buscó luego una escalera y se entró

“por la ventana. Le hallamos en el suelo al pie de la cama, calzadas las medias y chupa; pero “no sin sentido enteramente. Le recogimos, llamé “un facultativo, y se le asistió en cuanto se pudo, “y se siguió; y hoy, á Dios gracias, está tal cual “y con esperanzas de restablecerse, aunque tardará, porque es tiempo de invierno. No escribí “antes, porque no estaba para ello. Me encarga “el amo salude á ustedes. Así lo hago, y digo “que ustedes digan algo á la Virgen de la Blanca “por su Sr. Tío.”

Contaba el Chantre con que se enterase el Obispo de la carta, y por esto tal vez, omite alguna circunstancia consignada en sus apuntes biográficos tantas veces citados. “Vino luego—dicen estos Apuntes—“un facultativo, y se halló “con un accidente que le cogió todo el lado “izquierdo, pero no completamente, pues no “estaba todo él insensible. Cogióle también la “cabeza y se puso en términos que no sabía lo “que hacía.” No debemos con todo, aceptar esta opinión sin conocer el juicio, que de su estado forma el Obispo en unas cuantas líneas á continuación de la carta del 2 de Noviembre. He aquí cómo se explica D. Rafael Tomás á los siete días del accidente: “Ni el escritor de arriba, (el Chantre) “ni el facultativo con quien cita, entienden palabra “de males pontificios; ni asomo de apoplejía fué “la cosa. Fué un vivir, fué un estar cansado y “rabiando por trabajar, fué como si tu tirases á una “perdiz y quitadas algunas plumas, ella siguiese “cacareando y haciendo burla de tí. Y si esto no “explica lo que fué, explíquelo el mal explicador “de arriba, que aquel mismo día leyéndome una “cosa que se dijera en las Cortes rompió en “decir: Si Su Ilma. estuviese allí, saltaría como “un energúmeno (así dijo) sobre el hablador, á “lo que yo dije: No era imposible. Dice ahora el

“mismo que no escriba más, y que en fe de vida “firme así tuyo y vuestro Yo.” (1).

No hay por qué discurrir cuanto al diagnóstico de la enfermedad, ni con este objeto insertamos la carta del Chantre y lo escrito á su continuación por el Obispo. Pero es para meditar la frase del Sr. Menéndez “ni el escritor de arriba ni el facultativo que cita, entienden palabra de males pontificios.” Difuso cuando escribe Pastorales, Representaciones ó Informes; en sus decretos y cartas familiares con muy breves palabras dice cuanto quiere. Si es el hombre quien padece, tienen origen sus males en el Obispo. Y esto quiere significar el de Santander cuando por modo tan lacónico nos ofrece la síntesis de su pontificado. Siempre luchando con el mal, y por resultado de tan constante lucha, solo consigue quitar algunas plumas á la perdiz, que se burla del cazador. Un Obispo perseguido por la regencia de España que preside un Cardenal, y tibiamente protegido por la regencia portuguesa en que figura un Prelado, necesita ser santo, para no faltar á la medida.

Que á los siete días del accidente, pudiese trazar el enfermo de su puño los renglones transcritos en estilo tan conforme al de todas sus cartas, extraordinario nos parece. No experimentó sin embargo, retroceso, siquiera la debilidad propia del caso continuase. No había desaparecido ni mucho menos, el 27 del mismo mes, día en el cual valiéndose de mano ajena escribe á D. Matías. “Yo voy siguiendo á Dios gracias, con mejoría, pero aun estoy débil” y manifiesta deseos de volver á España y presentarse en

(1) Después de la firma Yo, aparecen las siguientes palabras: “*Cate como ainda escribe tu vello.*” Y en efecto es para notar lo bien escrito de la postdata, tratándose de quien acababa de padecer una enfermedad muy grave.

Madrid. "Si los hermanos que por acá están, se animaran á emprender el viaje, débil como estoy les seguiría."

¿Pero qué se propone el Obispo de Santander en Madrid? Presentar sus poderes como Diputado por Asturias, mal puede ser su objeto, no habiéndose reunido allí las Cortes hasta el 15 de Enero de 1814. Suponemos que algo de no ex-casa importancia se trata en la capital de España, y á discurrir así nos mueve una frase del Obispo en esta carta: "Dicen que tengamos paciencia, pues no tardará en mudar de aspecto la cosa." Paciencia no le falta, lo que le sobra es frío. "Visto, — dice — que la calvicie mal cuidada me trajo, así "lo creo, el insulto que padecí, estoy pensando "en echarme peluca, y hoy mismo encargo me "hagan en Braga una."

Mas con peluca y todo, le abate el frío, echa de menos una chimenea y se queja de no poder cambiar de comida. Ya no trata de internarse ni en ello piensa. El Gobierno de Portugal se muestra más complaciente sin haber sido nunca muy severo. "No estoy para internarme... Los señores "portugueses no son inhumanos, ni quieren que "me muera en un barranco," — dice con fecha de 18 de Diciembre.— Tanto, sin embargo, como el frío y los malos alimentos lamenta lo que le "atrasa el no acabar de formalizarse las Cortes."

Confianza debía tener en ellas, no sin razón, supuestas las ideas de los Diputados elegidos, generalmente desafectos á mudanzas y novedades, según Toreno. Pero no pudiendo concurrir con puntualidad algunos por la distancia, y detenidos otros por temor á la fiebre amarilla declarada en Cádiz, ó por el "deseo de obligar al "Gobierno — (habla el mismo historiador) — á trasladarse á Madrid, en donde pensaban tuviesen "mayor cabida y séquito sus ideas y opiniones

“por lo común opuestas á reformas y cambios,” mientras no se presentaban fueron llenados sus huecos con otros de la extraordinaria, conforme á lo prevenido por la Constitución. A esto alude quizá el Obispo cuando nos habla “de formalizarse las Cortes.” Poco podía prometerse de los suplentes amigos del sistema inaugurado. ¡Cuán lejos estaba de pensar que la disolución de las Cortes y no las Cortes había de poner término á los males!

Relacionado parece con lo dicho el párrafo de una carta escrita por el Sr. Menéndez á 5 de Enero de 1814: “De Madrid escribieron que nos “fuésemos allá luego los Obispos Diputados.” Urgía, por lo tanto, poner coto al espíritu liberal y lanzar de sus puestos á los suplentes liberales. Madrid era, sin duda, más á propósito para el caso que la isla de León y Cádiz. Pero el Obispo de Santander, tan animoso en 27 de Noviembre, ya no se forja ilusiones respecto de sus fuerzas. “Como hay muchas montañas por el “paso de Portugal, y en el camino podrían dar- “nos algún susto los malévolos, no me resuelvo “á salir y me estoy esperando lo que allí resuel- “van las Cortes de nosotros y me conformo con “lo que Dios disponga.”

Sigue quejándose del frío, que por extremo le abate, y únicamente se muestra satisfecho en cuanto á recursos pecuniarios. “Tengo dinero con fuerza y muchos á ofrecérmelo: sea Dios bendito,” dice en la carta del 18 de Diciembre ya citada. El mal está en aquel clima y en la melancolía que se apodera del Obispo. Conque se decide á mudar de residencia, cambiando á Monzón por Ganfe, á donde se traslada embarcado por el Miño abajo. Sitúase la nueva residencia frente á Tuy, cuyo Prelado ayuda con algunos muebles á preparar la casa en que ha de vivir

D. Rafael Tomás. En Ganfe con el clima más benigno y las frecuentes visitas que recibe de Tuy, se anima el Sr. Menéndez y mejora de salud por manera notable. A ello habrán también contribuido las noticias de España. Ya pisa Fernando VII tierra española. Celebra Tuy con estruendosos festejos la venida del Rey, y por encima del Miño llegan á Ganfe tan alegres rumores. Estamos, pues, en Mayo de 1814.

No era cumplida, sin embargo, la satisfacción del Obispo. ¿Aceptaría Fernando VII la obra del liberalismo? ¿Sería rey por la gracia de Dios ó por la Constitución de Cádiz? Preocupaban estas dudas el ánimo de los monárquicos españoles y preocupaban como á nadie al Sr. Menéndez de Luarca, que á pesar de viejo, achacoso y física y moralmente decaído, protesta en sus conversaciones—así lo asegura el Chantre—nunca volver á España si jura Fernando VII el Código gaditano. No piensa, pues, en repasar el Miño hasta no ver con qué intenciones repasa el Rey los Pirineos.

Y en pensarlo así fué muy prudente. Previendo el partido liberal la crisis, adopta precauciones, que si resultaron inútiles, no eran para despreciadas. Pero aun sin ellas, bastábale al Obispo para no apresurarse la expatriación, voluntaria hasta entonces, y á última hora necesaria. Después de meses y meses de silencio, y cuando el asunto se reputa casi olvidado, aparece la *Gaceta de Madrid* con el Decreto de extrañamiento. (1) Se

(1) Se copia literalmente el Decreto mencionado en el texto: "El R. Obispo de Santander, D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca, "dirigió una Pastoral al Clero de su Diócesis con fecha 6 de Agosto "del año próximo de 1813 en el Monasterio de Benedictinos de la villa "de Lorenzana, provincia de Galicia, manifestando hallarse en visperas de un voluntario destierro de los dominios españoles; por lo cual "les exhortaba, y mandaba entre otras cosas, que no procediesen á "publicar los Decretos, y manifiesto de S. M. relativos á la abolición "del Tribunal de Inquisición, declarando incursos, á los que lo hiciesen, en las penas impuestas por las bulas, que cita, y entredicho el



consignan en dicho decreto lo más importante de la Pastoral de 6 de Agosto y el viaje marítimo del Obispo desde Foz á La Guardia, y desde La Guardia á Portugal, y se añade que remitido al Consejo de Estado el expediente con fecha del 30 de Noviembre último, emitió esta Corporación el 26 de Marzo su dictamen, según el cual, debe considerarse al Obispo de Santander extrañado del reino, como extrañado él mismo voluntariamente y sin licencia del Gobierno, adoptándose para este

"Templo así profanado por espacio de treinta días; que no se hiciera "novedad en el rezo de Santa Teresa, aunque se le haya mandado "celebrar, como Com-Patrona de España, y que no se diese cumplimiento á orden alguna general, que directa ó indirectamente se "oponga á las leyes con que antes de estas turbulencias se gobernaba la Iglesia española.

"La Regencia del Reino recibió por varios conductos, y autoridades la expresada circular, al mismo tiempo que tuvo avisos oficiales, de que dicho R. Obispo, llevando al cabo sus proyectos, se "había embarcado en el puerto de Foz, cerca de Ribadeo, y des-"embarcando en la Villa de La Guardia, del distrito de Tuy, había "pasado al Reino de Portugal.

"Queriendo S. A. proceder con toda circunspección y acierto en "un asunto de tal naturaleza, remitió el expediente al Consejo de "Estado en 30 de Noviembre último; y el Consejo, evacuando su "consulta con fecha de 26 de Marzo de este año, ha sido de dictamen, "que debe considerarse al R. Obispo de Santander por extrañado del "Reino, respecto á que se ausentó de él voluntariamente y sin licencia del Gobierno, según se mandó por regla general en orden de "las Cortes de 17 de Octubre de 1813 y tomarse con él las providencias que se han tomado con los demás RR. Obispos que se "ausentaron por igual causa; y por consecuencia debía comunicarse "orden al Provisor de aquella Diócesis, para que recogiese la citada "Pastoral, prohibiéndole, que de ningún modo tenga comunicación "con dicho R. Obispo, y que si por su conducto, ú otro cualquiera "recibiese órdenes, edictos, decretos, ú otra cualquiera Circular, la "recoja y dé cuenta de ello al Gobierno.

"La Regencia del Reino, conformándose en todo con este dictamen "del Consejo de Estado, se ha servido resolver, que se haya por "extrañado del Reino al R. Obispo, D. Raphael Thomas Menéndez "de Luarca, y que á su consecuencia se comuniquen las órdenes "correspondientes para su entero cumplimiento, como ya se ha verificado. Y habiendo determinado las Cortes por su Decreto de 17 de "Octubre, que siempre que un español, desobedeciendo los Soberanos Decretos, se extrañe voluntariamente del Reino, el Gobierno "no dé cuenta á las Cortes sin avisar al mismo tiempo de haber "manifestado á la Nación el extrañamiento del individuo inobediente, "se ha servido S. A. resolver, que se publique en la *Gaceta* para "que la conste, y se proceda á las demás diligencias oportunas. Palacicio, 8 de Abril de 1814."

caso las providencias tomadas con los demás Obispos en iguales circunstancias. Propone también el Consejo que se prohíba al Provisor de la Diócesis toda comunicación con el Prelado, se le mande recoger la Pastoral dicha "y que si por su "conducto (del Obispo) ú otro cualquiera recibiese "órdenes, edictos, decretos ú otra cualquiera "circular, la recoja y dé cuenta de ello al Gobierno (1)."

(1) Aunque la expatriación de que habla el texto parece voluntaria; no lo era en realidad. La seguridad personal del Obispo le obligaba á expatriarse. Así lo entendió, sin duda, el Cabildo Catedral de Santander en el documento que á continuación insertamos:

"Señor: El Dean y Cabildo de la Santa Iglesia de Santander, por "sí, y á nombre de todo el Clero del Obispado de quien tiene comisión especial para el efecto, penetrado de la más viva aflicción, "acude á V. M. por el remedio y consuelo de que tanto necesita. Seis "años hace, que esta desgraciada Diócesis, (felicísima antes de esta "época), carece de la presencia de su ejemplarísimo Prelado, é igual "describe San Pablo, debe ser un Obispo, infatigable en procurar el "bien espiritual de sus Diocesanos, llenó por espacio de 24 años "completísimamente las obligaciones de un celoso Pastor. Solicitaba "por todos los medios, la felicidad aun temporal, y el alivio de sus "Diocesanos, y con tan loable objeto edificó un magnífico hospital "general sin más fondos que su ingeniosa caridad, y en el que por "ella, sin más rentas, se mantenían y curaban cuántos enfermos acudían. Esta obra, y otras de pública y común beneficencia harán su "memoria siempre grata y eterna en este Obispado. De tanto bien "nos ha privado el furor del Tirano. Por mil medios solicitó éste "atraerle á su partido, conociendo cuánto influjo tendría para conseguir sus fines un hombre tan respetable en la Nación. Pero el "Obispo, amante de su Patria, Rey y Religión, y conociendo bien la "ruina que á todo amenazaba con su dominación, desechó con indignación las pérfidas sugestiones; y nombrado por la Provincia "Regente, se puso al frente de la gente armada para resistir la invasión, cuyo ejemplo animó, y exaltó á todo el Reino. Irritado el "tirano, le condena en Burgos á muerte; y no pudiendo impedir la "invasión, huye de aquel tigre, el venerable anciano, se embarca, se "ve á punto de perecer en la mar. Pasa á Inglaterra, de allí á Cádiz, "luego á Galicia y Asturias. Y por la invasión de esta Provincia "retrocede otra vez á Galicia, sufriendo en todas partes las miserias "y trabajos inseparables de la pobreza, pues jamás supo ahorrar "dinero, distribuyendo siempre á los pobres cuanto economizaba de "sus rentas, viviendo sin lujo, y casi con miseria, y aun empeñado, "como lo está actualmente en beneficio de sus amados Diocesanos. "Ya tocaba el suspirado momento de volver á consolarlos, cuando "sin temerlo, ni esperarlo, se ve precisado á huir, y expatriarse, privado el Héroe de la santa insurrección, y el más acérrimo Patriota "de los derechos de Español, y de una Patria por la que expuso su "vida, y sufrió tantas privaciones y trabajos en una edad avanzada,

Será excusado añadir la conformidad de la Regencia. Pero mención especial merece la circunstancia de promulgarse decreto semejante con fecha del 8 de Abril, Viernes Santo aquel año. Tenemos pues, un proceso en que aparece como reo el Obispo de Santander, y como Juez la Regencia presidida por el Cardenal de Borbón, Arzobispo de Toledo. Ya entonces fué considerada esta fecha un tanto digna de atención... "sin pensar — cuenta el Chantre — se halla S. I. con la "noticia de su forzosa expatriación por la Regencia de España, y puesto el Decreto en la *Gaceta*, "y eso después de ocho meses que ya S. I. se "había expatriado y con la circunstancia de haberse firmado el decreto el Viernes Santo y "estar el Rey en Aragón."

Y, efectivamente, en Zaragoza estaba Su Majestad por la Semana Santa de aquel año, recibiendo vítores y aclamaciones de un pueblo

"con mil achaques y quebrantada salud. El celo infatigable, y distinguidas virtudes de este dignísimo Prelado, el amor á sus Diocesanos, tanto que por no los desamparar renunció la rica Mitra de México; el tesón y heroica constancia por la libertad de su Patria, la extremada falta que hace en este Obispado, pues con las lecciones "y ejemplos de los enemigos por todas partes se ha difundido á manera de un torrente la inmoralidad é irreligión, tanto que sin Pastores vigilantísimos, luego no habrá Religión, ni sumisión á las "autoridades supremas: todos estos motivos le hacen acreedor á la "indulgencia y piedad de V. M., en la firme inteligencia, de que sus "yerros jamás proceden de la voluntad, y solo pueden venir del "entendimiento. Por lo tanto: Suplicamos rendidamente á V. M. se "digne levantar el destierro á nuestro carísimo Prelado, permitiéndole volver á consolar á sus afligidos Diocesanos. Así lo esperamos de la bondad de V. M. cuya importante vida guarde Dios "muchos años.—Santander y mi Cabildo 11 de Marzo de 1814.—"Señor.

Cosa para notar nos parece la fecha del transcripto documento anterior quince días al Informe del Consejo, según resulta en el Decreto de la Regencia. ¿Tendría conocimiento el Cabildo de lo que se preparaba en aquellas regiones, proponiéndose parar el golpe con su exposición? Todo es posible, aunque nada puede asegurarse. Algo, sin embargo, hallamos de inestimable valor en un papel que por entonces no surtió efecto. La representación del Cabildo de Santander es la mejor Apología de su tercer Obispo. Es documento además por extremo honorífico para quien le suscribe.

heroico, que pródigo de su generosa sangre y protegido por la Virgen del Pilar, tanta gloria había alcanzado para la España católica y su monarquía tradicional; aclamaciones y vitores que, á no dudarlo, algo debieron de preparar al Rey para los sucesos de Valencia y el decreto de 4 de Mayo. No se descuidaban los liberales, pero tenían en contra la opinión, y esa "demagogia pordiosera y afrailada" no menos terrible para ellos que para los franceses lo había sido en Zaragoza y en Gerona, y en todas partes. Extraño, pues, nos parece, que dormido el expediente desde el 30 de Noviembre en el Consejo de Estado, se le despierte en 26 de Marzo y se publique el decreto cuando ya está en agonía el partido dominante.

¿Sería un alarde de los acostumbrados por los Gobiernos liberales? No lo parece, porque al decreto sucede inmediatamente su ejecución en la parte económica. El 9 de Abril se pone por el Ministerio de Gracia y Justicia en conocimiento del de Hacienda lo acordado el día antes con el aditamento de "la ocupación de sus temporalidades" al Obispo. La dirección de Hacienda pública trasmite la real orden con fecha del 16 al Intendente de Burgos, y éste á su vez la traslada el 25 al Administrador de Santander, por quien se lleva á efecto el 29 según oficio suyo dirigido al Ilustrísimo Sr. Dean y Cabildo de aquella Santa Iglesia Catedral.

No se trataba, pues, de una medida ruidosa. Para los Gobiernos liberales aleccionados por los regalistas del antiguo régimen, eran entonces como lo fueron siempre manjar apetitoso los bienes de la Iglesia. Ni cuando ya está esquilmada y la tienen á sueldo, dejan de regateárselo con indignos pretextos. El partido liberal contaba, como hemos dicho, pocos días de vida, pero quería morir arruinando y comiendo.

Ni para ésto, ni para aquéllo le da tiempo la reacción, que aparece animosa. Fernando VII, prudente hasta la debilidad, mientras espera ó teme, no vacila cuando conoce que puede obrar sobre seguro. Disimula sus intenciones por de pronto, pero se resuelve francamente al saber en Valencia que la fuerza es realista. De la opinión del pueblo estaba ya enterado: de la opinión del ejército le entera Elío. Ni dudas ni vacilaciones desde entonces. El Cardenal de Borbón desciende de las alturas del poder á la categoría de cortesano en desgracia. Triunfa la "demagogia por-diosera y afrailada," que da lecciones á los grandes señores, aunque sean Cardenales, de acendrada virtud, juicio muy recto é instrucción no escasa.

Por esto no dejamos de sentir que no hubiesen llegado á realizarse las promesas del 4 de Mayo. Queremos significar tan solo cuán censurables nos parecen esôs grandes dignatarios, que así olvidan el respeto debido á la Iglesia de Dios, á las tradiciones patrias, y á la tradicional monarquía, seducidos por distinciones personales encubridoras de pérfidos intentos contra los verdaderos principios y las instituciones seculares, base de la sociedad política y origen de sus glorias más preciadas. Con la púrpura de un Cardenal se disfrazaban de católicos los perseguidores del Clero.

Amaneció por fin el 11 de Mayo, y los habitantes de Madrid pudieron ver en las esquinas el real decreto de 4 del mismo mes, acordado en Valencia y mantenido hasta entonces en reserva. Siete días después había llegado el suceso á noticia del Obispo, que con fecha del 18 escribe lleno de gozo á D. Matías: "Vino Dios por su misericordia á visitarnos... viva su gracia, viva su misericordia, viva Jesucristo rey de reyes, *et Dominus*

"dominantium, viva Fernando VII rey real, verdadero y bueno."

Algo pródigo de benevolencia se muestra don Rafael Tomás. Siendo tan bueno, su bondad misma le sugiere favorables calificaciones, que por desgracia no resultan profecías. Tal era por aquel tiempo la corriente. Toreno lo confiesa: "El nombre de Fernando obraba en la Nación... mágicamente." No se le conocía sinó de lejos. Más adelante, quizá el Sr. Menéndez de Luarda no juzgase con criterio igual la política de su reinado.

Pero volviendo á la influencia del gran suceso en las resoluciones del Obispo de Santander, veamos cómo él mismo la declara en un párrafo de dicha carta: "Tocante á Obispos desterrados es consiguiente á lo hecho que en los correos inmediatos tengamos órdenes y satisfacciones singulares. Yo, aunque no he recibido todavía alguna, me paso pasado mañana á Tuy, distante de aquí poco, y desde allí me iré á Santiago á esperar y determinar sobre mis ulteriores viajes lo que el tiempo y las circunstancias dictaren. No estoy del todo convalecido de mis males, pero estoy muy mejorado, y en agradecimiento de esto y de lo sobredicho, como también en solicitud de mayores misericordias, que Dios nos haga, quiero y es mi voluntad irrevocable que, si algún dinerillo se sacó y algo se sacare en lo sucesivo de los opúsculos que te fueron para que los beneficiases, todo se emplee por tu mano y dirección en reparar y limpiar el templo de Nuestra Señora de la Blanca, su sacristía, etc., y en que (entiende si no hace falta para esta obra) se digan algunas misas á tu dirección en el mismo templo á honra y gloria de Dios Nuestro Señor."

Y, en efecto, una real orden fechada del 25

recibió el Sr. Menéndez. Noticioso el Rey del extrañamiento del Obispo (1), resuelve que se restituya á su Obispado. Singular es, sin duda, la real orden por lo seca, tratándose de quien padece persecución por la justicia; pero á la real orden contesta el Obispo cual cumple á su dignidad y á su carácter, sin mengua por supuesto del respeto, y del entusiasmo que rebosa en su comunicación (2): “No esperé,—dice,—esta resolución

(1) He aquí la Real orden literalmente copiada:

“Ilmo. Sr.: Habiendo el Rey tenido noticia, que V. S. I. se halla “extrañado del Reino, se ha servido resolver, que se restituya á su “Obispado. Lo que de orden de S. M. comunico á S. S. I. para su “inteligencia, y efectos convenientes. Dios guarde á V. S. I. muchos “años. Madrid, 23 de Mayo de 1814. Pedro de Macanaz. - Sr. Obispo “de la Santa Iglesia de Santander.”

(2) He aquí la comunicación á que se alude en el texto:

“Excmo. Sr.: Recibo la de V. S. de 23 de Mayo último en la que “de orden del Rey me participa, que habiendo tenido noticia S. M. de “hallarme extrañado del Reino, se ha servido resolver, que me res- “tituya á mi Obispado.

“No esperé esta resolución, para volverme á España. Luego que “vi el Decreto de S. M. de 4 del mismo mes de Mayo en Valencia, vi “también expedito el camino de mi traslación á la Diócesis. Y de “luego correría á mi Centro con tanto más gozo, cuanto tenía irrevocable- “blemente resuelto huir como de una anchurosa boca del Infierno, “de todos los reinos españoles, hasta donde ni oyese nombrarlos, “caso que el Rey quedase Constitucional, ó reinase el Código, que “llamado Constitución política de la Monarquía Española, dictó “mentiroso, como siempre, el Padre de la mentira por medio de “otros, que aspirando á promover sus subversivas ideas, solo llega- “ron á ser, y acreditarse pobres Diablos, despreciados por eso del “mismo gran Diablo, su patrón.

“Mucho más correría ahora á visitar mis, no sé, si más amados, “amantes Diocesanos, ahora que me hallo amparado, y autorizado “en el real Decreto, de que V. E. me da parte. Pero á consecuencia “de mis tales cuales trabajos, y no pequeños sustos, sufridos en mar “y tierra, hubiese cogido en Portugal una grave enfermedad, y como “para restablecerme necesite el uso de las buenas aguas termales “en que abunda este país, y de que hasta ahora no pude valerme “por lo destemplado de la estación; nunca. Sr. Excmo. podré presen- “tarme en mi Diócesis, según la voluntad del Rey, y mis deseos, “hasta muy entrado, sinó corrido el presente mes, que ya es Junio; “lo que ruego á V. E. se sirva hacer presente á S. M. junto con la “adjunta súplica, de cuyo despacho podrá V. E. avisar con dirección “á esta ciudad de Tuy, donde quedo en unión, no digo de sus ciuda- “danos (porque con los herejes, ni las voces de los católicos deben “ser comunes, según doctrina de Santo Thomas, tomada de San “Jerónimo), no tampoco digo en unión de sus vecinos, sinó en la de “sus casas, sus piedras, su polvo, saltando de contento, saltando

para volverme á España," á donde había resuelto no volver jamás si "el rey quedase constitucional."

"hasta el Cielo en busca de bendiciones sobre el Enviado de Dios, "real, ó verdadero, *constitutus ab eo (Domino Deo, Uno et Trino) Rex* "Super Sion montem sanctum ejus, *predicans preceptum ejus* a 1.º de "Junio de 1814.—Excmo. Sr.—*Raphael Thomas*, Obispo de Santander."



CAPÍTULO XXXV.

Repasa el Miño y es nombrado Arzobispo de Sevilla.



ASADO mañana, dice con fecha del 18 D. Rafael Tomás desde Ganfe, que piensa trasladarse á Tuy. El 20, pues, repasa el Miño y pisa tierra española. ¡Cuán distinto lo halla todo! Ya desaparecieron los temores, ya no se oculta de los agentes de la autoridad ni tiene por qué burlar su vigilancia. Entra en Galicia como entraban en Roma los héroes victoriosos: su entrada es un triunfo. El pueblo en masa, con música y cohetes, sale á su encuentro. Suenan en todos los templos las campanas. Dirígese á la Catedral el desterrado, y recibido allí en forma solemne, llenos sus ojos de lágrimas, bendice á la muchedumbre inmensa y

se retira luego al Palacio de aquel Prelado, ansioso de agasajar á quien tanto acaba de padecer por la Iglesia de Dios, por el Trono y por la Patria.

De buena gana se dirigiría el Obispo desde Tuy á Santander, pero su mal estado de salud y los consejos del médico le mueven á dar baños termales. Once dió con buen resultado, al parecer, y cobradas algunas fuerzas, no muchas en verdad, trata de ponerse en camino. "Me ha ido bien con ellos (los baños), gracias á Dios,"—dice con fecha de 26 de Junio,— "y trato mañana de salir de aquí y encaminarme á Santiago, y de allí á Lugo, y después por Castilla á mi destino, porque por la marina no hay camino para la litera... Me iré despacio, porque no estoy para hacer valentías y es regular que en Santiago me detenga algunos días."

Ni una palabra tiene para la honrosa recepción que Tuy le dispensó (1). Apenas se halla en su correspondencia nada que pueda reputarse lisonjero para su persona; especie de mortificación no tan frecuente como lo son otras y no menos meritoria. Su indiferencia respecto á las satisfacciones que ofrece el mundo, no puede ser mayor. Véase sinó el párrafo con que concluye su carta del 26: "Este correo me hallo con la noticia de oficio de haberme nombrado el Rey Arzobispo de Sevilla. Si quieres algo para aquel país, puedes avisarme, pero antes espera que admita el Arzobispado. Voy pen-

(1) Cuanto se refiere á este recibimiento lo sabemos por el Chantre. He aquí las líneas que le dedica: "No esperó S. I. orden alguna para pasarse á España: visto el Real Decreto se pasó á Tuy, y se empenó el Sr. Obispo de firme que se había de hospedar en su Palacio. Súpose el día que había de ir allí S. I., y salió toda la ciudad á recibirle, y con músicas, cohetes, tiros y repique general de campanas entró en la ciudad entre un gentío inmenso. Se encaminó á la Catedral, donde se le recibió en toda forma, echó la bendición llorando al Pueblo, y se retiró al Palacio del Sr. Obispo."

“sando sobre el particular y por el camino con-
“testaré al Rey Nuestro Señor.

Y á nuestro ver ya lo tenía pensado sin perjuicio de pensarlo más por el camino, que al siguiente día emprende según anuncia, y continúa en medio de los mayores obsequios, que por todas partes recibe. No debe sorprendernos tanto agasajo. Veían los pueblos en el Sr. Menéndez de Luarca la víctima de una dominación odiada, al patriota de 1808 y al mártir de la independencia de la Iglesia, que no sabe cejar ni transigir siquiera con los enemigos del Santo Oficio, precursores de la libertad religiosa que hoy padecemos.

La “demagogia afrailada” triunfa en toda la línea. El decreto de 4 de Mayo se celebra en Galicia con públicos y espontáneos regocijos, que por lo extremados rayan á veces en locura. Rinde gracias á Dios el pueblo en las Iglesias con funciones solemnes, y en las plazas y calles quema cuantos ejemplares de la Constitución puede haber á mano. En Tuy no se contentan con quemarlos (1). Recogidas en un serón sus cenizas, las arrojan al Miño. En Santiago busca la

(1) “Véase lo que dice el Chantre, testigo de los sucesos: “Llegó “por fin, lo que tanto deseaba la nación. Explicóse el Rey Fernando, “y sacó de ansiedades á los buenos Españoles. Firmó, y mandó publicar su real Decreto de 4 de Mayo, expedido en Valencia, de “tránsito para Madrid en el que declara, y da por nulo, cuanto se “acordó por las Cortes y por la Regencia del Reino por los motivos, “que allí expresa. Fué este real Decreto de tanta satisfacción para el “pueblo español, que se hicieron locuras en todas partes de alegría. “Repiques de campanas, cohetes, tiros. Gracias en la Iglesia con “Misa y *Te Deum* en todas las ciudades, villas y lugares. No paró en “esto, sinó que en todas partes se pidieron y buscaron los ejemplares de la que se llamó Constitución de la Monarquía y que hicieron “los Gobernantes de Cádiz, se jurase á la fuerza, se arrastraron, y “quemaron en las plazas, y en Tuy, ni las cenizas suyas consintieron “se quedasen en la tierra Española, pues las recogieron en un serón, “y arrastrándolas echaron en el río Miño. Se clamó también por el “restablecimiento del Santo Tribunal de la Inquisición, y en Santiago “el pueblo buscó á los Inquisidores, y en procesión les llevó á la casa “de la Inquisición, les dió posesión de ella, echando de allí cuanto “habían puesto los liberales, á quienes persiguió el pueblo, y tuvieron que esconderse por huir de su ira.

muchedumbre á los inquisidores y los lleva en triunfo á la casa del Santo Tribunal. Responsabilidad aterradora la de quien dejó perderse tanta savia. La sangre de San Hermenegildo redime al imperio godo. La de Luis XVI no engendró todavía Recaredos.

Pero dejémonos de consideraciones, que llenan de angustia el ánimo, y sigamos en su viaje al Obispo, que objeto de agasajos por doquiera lo es en el Padrón por todo extremo (1). Sale allí el Cabildo á recibirle, llévale en procesión á la Iglesia y pone en sus manos el Arcipreste una palma, la del triunfo. Cántase luego el *Te-Deum*, da el Obispo la bendición al pueblo, y después de magnifico refresco por aquella eclesiástica corporación ofrecido, se hospeda en el palacio Arzobispal, situado en las cercanías.

Llega por fin á Santiago, ciudad de tantos recuerdos, en especial para D. Rafael Tomás. Repítense las muestras de regocijo. Con el alegre sonar de las campanas confúndese el estampido de los fuegos de artificio. Todo es júbilo allí. Pero el Sr. Menéndez no se olvida de una fecha memorable. Treinta años hace que recibió la consagración en el Monasterio de San Martín. El P. Ron, en nombre de la Comunidad, fué su padrino. Los benedictinos le prodigan honras y obsequios en

(1) Copiemos otra vez al Chantre: "Y habiendo descansado, y sido obsequiado por aquel Sr. Obispo (el de Tuy) grandisimamente, emprendió su viaje, dirigiéndose á Santiago. En todo el camino fué mucho lo que se le obsequió, especialmente en el Padrón, donde salió formado el Cabildo de aquella Colegiata, y le recibió, y llevó en procesión á la Iglesia, habiendo el Arcipreste puesto en manos de S. I. un ramo de palma primorosamente adornado. Se cantó un solemne *Te-Deum*, y echada la bendición á todo el pueblo, que allí se juntó, se retiró S. I. á la sala Capitular, donde el Cabildo tenía preparado un famoso refresco, y se fué á hospedar S. I. con su Comitiva al Palacio del Sr. Arzobispo, llamado Astrove cerca del Padrón. Siguió después á Santiago, y se le recibió con repique de campanas, cohetes, etc. y se fué al Monasterio de Benedictinos de San Martín, donde hacía treinta años, que se había consagrado Obispo."

los albores de su vida episcopal. Más tarde le reconocen y protegen en Lorenzana cuando pobre y fugitivo sube las escaleras de la casa ajena. Hoy, que vuelve triunfante de su ostracismo, hace á los benedictinos partícipes de sus glorias. Se hospeda pues, en San Martín, justo tributo de reconocimiento y amor á tan fieles amigos, así en los prósperos como en los aciagos días de una vida de luchas y de azares.

Descansa en San Martín como pudiera hacerlo en el seno de su familia, y bien lo necesita. Las emociones quebrantan las fuerzas físicas. Cuántas y cuán profundas debieron de haber sido las del Sr. Menéndez después de su entrada en Galicia, más nos parece para imaginado que para dicho. Galicia fué su Calvario, y ahora podría pasar por su Tabor. Tuvo Galicia para D. Rafael Tomás consuelo y protección, mientras por tierra gallega peregrinó menesteroso y fugitivo; y celebra Galicia su triunfo por modo espléndido, cuando sin ceder ni transigir vuelve á la Patria con honra.

En Galicia recibe la primer muestra de gratitud oficial por sus relevantes servicios á la Religión, á la Patria y al Trono. Enterado está el lector de la sencillez é indiferencia con que da cuenta en Tuy de haber sido nombrado Arzobispo de Sevilla. Por el camino, dice al comunicar la noticia, que contestará "al Rey nuestro Señor." Y en efecto, del 6 de Julio está firmada su respuesta, no al Rey directamente; al Secretario D. Juan Ignacio de Ayenaran, por quien aparece comunicado el nombramiento á 13 de Junio de 1814 (1).

(1) He aquí literalmente copiado el nombramiento:

"Ilmo. Sr.: El Rey se ha servido nombrar á V. I. para la Iglesia, y "Arzobispado de Sevilla, vacante por muerte de D. Antonio Despuig "y Dumeto, cuya Administración ha renunciado el Cardenal de

Y en verdad, no era pequeña la honra dispensada al Sr. Menéndez de Luarda, ni de tal nombramiento se podría decir ahora lo que alguien dijo cuando le nombró Carlos IV para Méjico. Porque no existen motivos para suponer al nombrado en contradicción con la Corte; antes cuenta con las simpatías del poder y con el aplauso del pueblo, cosa nada común en los presentes tiempos, en que se tiene á la opinión por reina del mundo.

¿Conmovería de algún modo tan honrosa distinción al Obispo de Santander? Que agradable le fuese, no lo pondremos en duda. Por lo menos agradecido se muestra. Pero nada inclinado á cambios y estrechamente unido á la Diócesis santandereana, no ha de romper tan fuertes vínculos sin muy graves motivos. ¿Cómo había de romperlos en Santiago, en el Monasterio de San Martín, donde la consagración selló su enlace místico con la montaña querida? Las razones que le impidieron romperlos en 1801 subsisten todas. Ni vislumbra siquiera los pretextos con que la ambición suele tentar á la conciencia.

“Nombrado por S. M. el Rey nuestro Señor, “dice, para regir la Iglesia, y Arzobispado de “Sevilla, según que V. S. me avisa por su oficio “13 de Junio último, quedan superabundantemente premiados en lo humano cuantos servicios pude hacer, y trabajos que padecí en defensa de nuestra sagrada causa por el tiempo de “la tempestad que descargó sobre la Iglesia y “Estado español. Aun por lo mismo quisiera,

“Santa María de Scala, D. Luis María de Borbón, Arzobispo de Toledo, con cargo de la tercera parte de pensión de su valor líquido. “Participolo á V. I. con mucho gusto mío, y espero me avise de su “aceptación para dar cuenta á S. M. sin hacer V. I. uso de esta noticia, hasta que yo le avise haberse publicado en la Cámara.

“Dios guarde á V. I. muchos años: Madrid, 13 de Junio de 1814.— “Juan Ignacio de Ayenaran.—Sr. Obispo de Santander.”

“agradecido á la Real munificencia, continuar tra-
“bajando según su voluntad en el cargo á que
“ella misma me destina. Pero cotejado el péso de
“este siempre, y más que enorme en las circuns-
“tancias, con las casi ningunas fuerzas á que
“quiso Dios me redujesen 70 años de vida, no
“ociosa, y seis de continuados viajes por mar y
“tierra, siempre metidos en sustos, siempre aso-
“ciados de todas clases de peligros, y última-
“mente coronados con una grave enfermedad, de
“que no estoy completamente restablecido; hallo
“que sería yo un presuntuoso, solemne temera-
“rio, y cuan temerario, tanto infiel á Dios, al Rey,
“y á la Iglesia de Sevilla, si me prestase al régi-
“men de ésta. Al cabo, imperiosa, ni menos
“invenciblemente me dicta la conciencia, que en
“destrucción, más antes que en edificación tomaré
“dicho cargo, si lo tomo; y así por esto, como
“por lo insinuado, de que premiados superabun-
“dantemente mis ténues servicios á la Iglesia, y
“al Estado con haberse el Rey acordado de mi
“para el régimen eclesiástico de Sevilla; también
“tiene S. M. dado al público un nuevo relevante
“testimonio de cuanto desea promover la virtud,
“yo espero de la Real justificación me haya por
“exonerado del aun más oneroso, que honroso
“repetido destino: Y así á mayor abundamiento
“se lo suplico, y ruego.

“Dios nuestro Señor guarde á V. S. muchos
“años. Santiago de Galicia en camino para San-
“tander, á 6 de Julio de 1814.—*Rafael Tomás*,
“Obispo de Santander.—Sr. D. Juan Ignacio de
“Ayenaran.”

Con esto, con descansar algunos días y to-
mar las precauciones convenientes para tan lar-
go viaje en circunstancias tan difíciles, atendida
la salud delicadísima del Obispo, se despide de

aquella ciudad, de aquellos monjes y de aquel Monasterio, que tan dignamente figuran en la vida del Sr. Menéndez de Lúcar.



CAPÍTULO XXXVI.

Vuelve á su Diócesis.

LARGO viaje emprende, y pesado ha de ser haciéndolo en litera, pero es viaje triunfal. Galicia le despide como le recibió. Por Castilla puede viajar más cómodamente, como lo dice en su carta de 26 de Junio. Y, sin embargo, inclinados estamos á creer, que le mueve no poco á prescindir de la costa el temor á detenerse con su familia. Así lo indica el Chantre. Mucho era su amor á D. Matías; pero á todos sus amores sobrepujaba su amor á la montaña.

Diríjese desde Santiago al Monasterio cisterciense de Sobrado, y de allí á Lugo, en cuyas puertas se presenta el Cabildo, que bajo palio le

conduce á la Catedral, donde cantado el *Te-Deum* bendice al pueblo y le besan la mano los capitulares. Se hospeda luego en casa del Prior de Acoba D. Manuel Fernández Varela, que le agasaja con esplendidez. Descansa pocos días, y á petición de los gobernadores eclesiásticos, Sede vacante, ordena de *Prima*, y de *Menores* cincuenta jóvenes.

Encamínase desde Lugo á Villafranca del Bierzo. Recíbenle allí con toda solemnidad el Abad y Cabildo de la Colegiata; y uno de los Canónigos D. Antonio Fernández Asturias, antiguo Fiscal y familiar del Obispo, por quien fué ordenado de Sacerdote, tiene á honra hospedarle, y le hospeda con esmero notable. Con el Sr. Asturias permanece ocho días, que bien ha menester para descanso y para dar testimonio de agradecimiento á los obsequios de amigo tan querido.

Sale de Villafranca para detenerse algo menos en Astorga con el Obispo de la Diócesis, que le convida deseoso de ver á quien como él había sufrido destierro en Portugal. Y por León, en cuyo Monasterio de San Claudio entra de noche, librándose con esta precaución de "recibimientos" — dice el Chantre, — se dirige al Colegio de Esclonza, Monasterios de Sahagún y de Carrión de los Condes, todos benedictinos, siempre obsequiado. Con tal objeto, el Obispo de Palencia había puesto en conocimiento de su Clero el camino que seguiría por su Diócesis el de Santander. "Era de alabar á Dios la alegría con que se presentaban todas las gentes á ver el Obispo de Santander y tomar su bendición, — habla el Chantre. — Cerca de Herrera de Pisuerga se empeñó "un caballero en que S. I. tomase algún alimento "á las nueve de la mañana. Convino en ello, y la "mujer del tal, una buena campesina, le ofreció "y quiso entregarle doscientos doblones; pero no

“los admitió y le dió las debidas gracias por su “afecto y buena voluntad (1).“

Tiempos de fe viva eran aquéllos. ¡Cuánta sencillez y naturalidad en los obsequios! Todos eran espontáneos, todos nacían del corazón. Llamábase el Gobierno de entonces absoluto; pero será forzoso convenir en la popularidad de aquel absolutismo. El Rey y la Inquisición contaban con el sufragio universal, hoy siervo fiel de todos los partidos, que lo son á su vez directa ó indirectamente de las sociedades secretas, á quienes miman por miedo cuando no por amor. Nada se quiere de la Iglesia, sin su cuenta y razón. En cambio se transige con Satanás, si por ventura no se le obedece.

Pero sigamos al Sr. Menéndez, que por “el Priorato de Mave del Monasterio de Oña, (2) “y de allí por Reinosa (donde se le obsequió por “aquel Ayuntamiento grandemente), vino á dor- “mir á su Diócesis, y se encaminó al Convento “de las Caldas, donde se detuvo diez días, y el “12 de Septiembre de 1814 entró por la tarde en “Santander.“

Bien hizo en detenerse á cobrar fuerzas en el Convento de las Caldas. Acercábase su entrada en Santander, pueblo amado del Obispo hasta el delirio. De Santander sale seis años antes en circunstancias tristes. La grey queda entregada al enemigo, y el Pastor, cuya vida peligra por manera inminente, no tiene por dónde huir. Los buques españoles que deben admitirle á bordo,

(1) Cuanto se dice en el texto respecto al viaje de Santiago á Santander, se toma de los apuntes del Chantre, no por modo literal, pero sí con tal exactitud, que sólo en la forma se pueden advertir diferencias. No transcribimos á esta nota los apuntes dichos, limitándonos á copiar en el texto los pasajes que á nuestro juicio lo merecen por alguna circunstancia particular. Proceder de otro modo resultaría pesadez innecesaria.

(2) El Chantre.

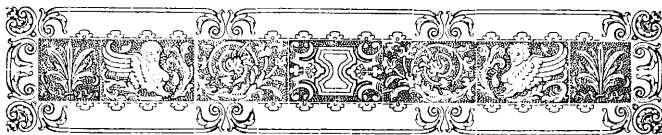
se niegan á salvarle. A un Obispo católico, á un español perseguido, le acoge un barco inglés, le salvan los protestantes.

¡Cuánto pasó desde entonces! ¡Cuánto sufrieron las ovejas ¡Cuánto sufrió el Pastor! Recuerdos tristes que no desvanece el tiempo, llagas del corazón que no cicatrizan nunca. Deseos vehementísimos tendría D. Rafael Tomás de bendecir á su pueblo y temores muy grandes de no poder bendecirle con voz entera y ánimo sereno. Y no son infundados sus temores. Véase cómo el Chantre á continuación de lo transcripto refiere el caso. Con su estilo sencillo y sin aliño, y ahora quizá más desaliñado que otras veces, se perciben mejor la grandeza de las cosas y la verdad que no disfraza el arte. “Salió todo el pueblo á “esperarle, y entre vivas y aclamaciones llegó á “la puerta de la Ciudad donde le esperaba el “Cabildo con el Ayuntamiento de la Ciudad. Se “vistió S. I. y bajo de palio, y entre villancicos “cantados alusivos al caso, fué llevado á la Cathedral, donde con el Santísimo expuesto, se “cantó un solemne *Te-Deum*, y bendijo S. I. al “pueblo entre suspiros de alegría y regocijo interior, que se explicaron bien, y salieron al “exterior. Hubo aquella noche iluminación general, repique general, hogueras, cohetes sin término, y hogueras lucidas, dándose á conocer en “todos lo que amaban á su Pastor, y cuánto deseaban su regreso.”

¿Qué podremos añadir á esta reseña? ¿Pero el Obispo no podría contar algo? Ahí va cuanto dice: “Mathias—(escribe con fecha del 16):— “Aquí “me tienes ya sin novedad mayor, á Dios gracias. “Llegué el 12 por la tarde, y porque el Cabildo “y Ciudad se empeñaron en que entrase en público, lo hice así, y excuso yo decirte las demostraciones de júbilo que por mi entrada se hicie-

“ron. Es buena gente la montañesa.” No se puede decir más con menos palabras. D. Rafael Tomás queda enteramente satisfecho. Mucho había padecido; pero su recepción en Santander le compensa “en lo humano.”

Convendrá, sin embargo, que algún otro párrafo copiemos de la carta dicha: “Me he venido”—continúa—“despacio, ya porque no se me “dejaba salir, ya porque convenía tomase despacio el viaje.” Calla cuanto se refiere á públicas manifestaciones y á particulares agasajos. Mas á pesar de haber tomado despacio el viaje, debió de resentirse notablemente la salud del Obispo. Véase cómo lo cuenta: “Me voy fortificando, pero “aun me cuento delicado y sin aquéllas fuerzas “que antes tenía. Obre Dios y hágase en mí su “santísima voluntad.” Descanse, pues, el venerable anciano y resarza sus pasadas amarguras con bendiciones á su amado rebaño. Dios dé calma al Pastor y á las ovejas, que bien lo han menester después de tanta penuria, tantas angustias y trabajos tantos.



CAPITULO XXXVII.

En la Montaña.—Comunican al Obispo la muerte de su sobrino D. Miguel.—Reanuda sus trabajos apostólicos.—Hácenle Caballero gran Cruz de la Orden de Carlos III.



A tenemos al Obispo en su Diócesis. Pero cuando más tranquilidad ha menester, le participan de América que había muerto en el campo de batalla su amadísimo sobrino D. Miguel Menéndez de Luarca (1). Mándanle tan fatal nueva con la llave

(1) Aunque de D. Miguel Menéndez hayamos hablado alguna vez, parécenos más oportuna la ocasión presente para darle á conocer. Era muy querido del Obispo, según se infiere de su correspondencia epistolar y las tradiciones de familia lo aseguran. D. Miguel Menéndez, hijo de D. Matías, y tío carnal de quien esto escribe; en todo pensaría el año de 8 menos en la carrera militar, que abrazó entonces por patriotismo, como tantos jóvenes asturianos la abrazaron. Cur-saba Filosofía en la Universidad de Oviedo. Y por esta circunstancia y tal vez por otras no difíciles de adivinar, recibió de la Junta del

del ataúd en que se dió tierra al cadáver y el encargo de poner aquélla en conocimiento de

Principado el nombramiento de Capitán. De sus hechos en España poco sabemos. Consta en cartas del Obispo que desempeñó interinamente el Gobierno militar de Lúcar por enfermedad de su padre. A un Oficial de fila que obra siempre á las órdenes de jefes superiores, no se ofrecen con demasiada frecuencia ocasiones de distinguirse.

En América le aguardaban. El batallón de Asturias, á que pertenecía, desembarcó en Veracruz el 14 de Enero de 1812. De los rasgos heroicos del joven Capitán, nada sabríamos tampoco por sus cartas. Las poquitas que de él se conservan, se reducen á dar fe de vida, y á pedir noticias de su familia, manifestando en algunas deseos de regresar á España. Lacónico por extremo, no hay carta suya que pase de una cuartilla. Ni una vez habla siquiera de combates ni de riesgos, ni de sucesos prósperos, ni adversos. La carta en que más se corre contiene este pasaje á propósito de la guerra: "Nuestros paisanos Cándano, Cueto y otros, han muerto; desempeñando su obligación."

Pero D. Lucas Alamán, en su *Historia de la Revolución de Méjico*, menciona repetidas veces al Capitán de Granaderos. En el tomo tercero, página 315, edición de Méjico, año de 1850, refiriendo la acción de 1.º de Noviembre de 1812, en que Aguirre batió á Morales en la cumbre de Acuncilgo, dice: "Morales, según la relación que de esta acción hizo en las declaraciones de su causa, no tenía en ella más que 800 hombres, de los cuales perdió unos 40; su artillería, que consistía en 7 piezas de fábrica del Rey, y 4 de las de los insurgentes, algunas municiones y útiles de zapa y pocos fusiles."

"Los realistas eran en mayor número; su pérdida se redujo á 7 muertos y 25 heridos, contándose entre éstos de gravedad, el Capitán de Granaderos de Asturias D. Miguel Menéndez, que mandaba el Cuerpo."

1814.—El mismo, en el tomo 4.º de su *Historia*, pág. 83, cuenta: "Dirigió entonces Hevia su atención á perseguir á Rayón en Omealca donde éste trataba de fortificarse, para pasar allí la estación de aguas, haciendo requisición de víveres en las haciendas inmediatas, y al efecto hizo marchar el 8 de Mayo de 1814 á D. Miguel Menéndez, Mayor de la columna de Granaderos que estaba de guarnición en Orizaba, con una sección fuerte, para que atacase por el Vado del Coyol, pero encontró bien fortificado aquel punto, defendido por D. Juan Terán, y habiendo sido rechazado, salió el mismo Hevia el día 10 con el resto de la división."

En el mismo tomo, página 97, escribe: "El Mayor de la columna de Granaderos D. Miguel Menéndez, salió de Jalapa el 19 de Junio, escoltando el Correo, pasajeros, y algunas cargas. El 22, al llegar á los Manantiales, intentó desalojar á los insurgentes de una altura que ocupaban, estorbando el paso, y fué muerto, llegando el convoy con dificultad á Santa Fe, con el enemigo siempre á la espalda."

"En la *Gaceta* de 1.º de Setiembre, número 622, folio 977, se publicó el parte de D. Teodoro Chicheri, que sucedió en el mando á Menéndez, cuyo retardo manifiesta que el camino estaba enteramente cortado. El comercio de Veracruz hizo á Menéndez un suntuoso funeral y exequias."

Y suntuoso en efecto, debió de haber sido el funeral á juzgar por

D. Matías y D.^a María del Carmen. No hablaríamos del suceso que tuvo entonces resonancia,

la invitación impresa que suscriben las personas más caracterizadas de Veracruz. He aquí la dirigida al Sr. D. Julián Antonio de Llano, Cónsul del Real Tribunal de aquella ciudad:

"Muy señor mío: El sábado 25 del corriente, á las nueve de la mañana, se han de celebrar en la Iglesia parroquial las exequias del difunto sargento mayor de la columna de Granaderos y Comandante de la división últimamente llegada á esta plaza D. Miguel Menéndez de Luarca, y suplicamos á V. se sirva honrar su ilustre memoria, con su asistencia, á que le quedaremos siempre reconocidos. Dios guarde á V. muchos años. Veracruz 23 de Junio de 1814.—B. L. M. de V. sus mayores servidores.—Gobernador, *José de Quevedo*.—Cura Párroco, *José Teodoro Martínez*.—Capitán Comandante accidental, *Teodoro Chicheri*.—Regidor, *Florentio Pérez de Comoto*.—Del comercio, *Manuel Antonio de Isassi*.—Consejero, *José Mariano de Almansa*.—Sr. D. Julián Antonio de Llano, Cónsul del Real Tribunal de esta Ciudad."

Es de advertir que el título ó categoría de los cuatro firmantes no está de molde. Debjó escribirse en Veracruz para conocimiento de la persona de Asturias á quien se remitía el impreso. ¿Quién le habrá remitido? No podemos asegurarlo; pero de suponer es que haya sido el mismo D. Julián Antonio de Llano, cuyo apellido le denuncia como hijo de Asturias en cuyos concejos de Tineo y Cangas de Tineo abunda el apellido de Llano.

Mas en el mismo pliego de la invitación impresa "se halla manuscrita la siguiente nota: "Veracruz Junio 23 de 1814. "Esta mañana ha llegado la correspondencia general del Reino que salió de Jalapa el 19 escoltada con 250 hombres de Saboya y columna y 45 Dragones al mando del sargento mayor D. Miguel Menéndez. Desde el paso de Ovejas fué atacada la división por 300 insurgentes de á caballo y en el punto del Manantial mataron á dicho mayor (de un balazo) que se había puesto al frente de los Dragones para batirlos. "Esta pérdida ha sido muy sensible á todos los habitantes de Veracruz y ha llenado de luto á sus granaderos, porque lo adoraban por su valor, por su amabilidad y por otras mil circunstancias. Lo trajeron en una litera, y por la tarde se le hizo un magnífico entierro con asistencia de todo el Clero, religiones, cuerpos y jefes militares.

"Hemos perdido un joven oficial benemérito que desde que vino de España Capitán de Granaderos de Asturias siempre ha estado en campaña, sosteniendo con honor las armas del Rey, habiendo antes perdido un ojo de un balazo en las Cumbres de Acuncilgo, donde se cubrió de gloria."

Es muy probable que aprovechando el correo llegado aquella mañana, y que tal vez en la tarde del mismo día 23 saliese para España se haya escrito á vuelo pluma esta nota para evitar una carta.

Cuando D. Matías, padre de D. Miguel, le recomendaba para educación del Obispo regente, D. Rafael Tomás se desentendió de la recomendación, insinuando el estudio de la táctica en que no debería estar fuerte el inexperto militar. Pero los hechos nos dijeron después que D. Miguel Menéndez supo ganar honra en los combates y coronar su vida con una muerte gloriosa.

si con esta ocasión D. Rafael Tomás no se hubiese retratado moralmente á sí mismo.

Pudo crecer con la vejez su mal gusto literario. Así lo entiende D. Marcelino Menéndez Pelayo y así lo dice con oportunidad poco envidiable. No consideramos al Sr. Menéndez desde el punto de vista literario. Nuestro objeto es tan sólo dar á conocer al Obispo, al integérrimo Prelado, al político consecuente y al patriota sin tacha. Y para demostrar bien su temple, lo vivo de su fe, y la entereza de su carácter, nada tan á propósito como la forma en que da cuenta de la muerte de un hijo á sus amantes padres; que no tienen particular motivo para esperarla. Si con la vejez creció el mal gusto del Sr. Menéndez de Luarca, no menguaron su inteligencia clarísima ni sus condiciones morales.

¡Cuántas y cuán ingeniosas precauciones adoptaría hoy quien se hallara en el caso de don Rafael Tomás! No deja de adoptarlas el Obispo de Santander, pero ¡cuán distintas de las que hoy se estilan! Cierra la carta donde se le comunica el fatal suceso y acompañada de otras dos relativas á desgracias análogas, ó acaso acaso á la muerte del mismo D. Miguel, aunque por modo vago, las remite con una de su puño. "Matías: "dice, si al menos pensar, oyes y tienes cierta "noticia de que yo me he muerto, ó que me mataron, no te espantes, no te admires, no te enojes, no te degrades de hombre que tiene el "corazón algo ancho, algo racional, y algo cristiano, y así algo grande. San Agustín estando "moribundo, de fiebre, y teniendo cercada su "ciudad de Hipona los Wándalos, como oyese "á algunos gemir, admirados de los extragos que "en personas y edificios hacían aquellos bárbaros sitiadores: ¡oh! hombres ruines (dijo, exclamó) *non est magnus qui magnum putat mori*

"mortales, et dari parietes luteos. Y así, hermano
"Matías, ni menos tú, hermana María del Car-
"men; si oyéseis lo dicho arriba, no os admireis,
"ni congojeis, so pena de oirme decir hasta desde
"el sepulcro algo semejante; tanto más cuando
"desde ahora os prevengo que según estoy que-
"brantado de salud, y según que asoman por
"todas partes liberales enemigos de serviles, será
"prodigio de la Divina Providencia, que yo no
"amanezca muerto en la cama, ó matado por
"ahí tras de una esquina. Las dos cartas que van
"abiertas con esta, y que son de soldado her-
"mano de un cura de por aquí, esas dan alguna
"idea de como anda el mundo en esta parte; y la
"otra carta que también incluyo cerrada, esa to-
"davía dice algo más del caso. Por ser algo más,
"y porque á causa de esto no sobraré temprar el
"pecho antes de meterla en él, por eso va ce-
"rrada; declarando, como declaro ser mi volun-
"tad, no se abra sin que arrodillada toda esa
"familia y delante de ella arrodillados con las
"cabezas bajas á Dios sus padres D. Matías, y
"D.^a María, hayan rezado un Padrenuestro (*Pa-*
"*ternoster* que se dice en latín) un Ave María y
"un *Gloria Patri*, repitiendo tres veces aquella
"petición de peticiones. Padrenuestro hágase tu
"voluntad así en la tierra como en el cielo. Há-
"gote en esta parte mi albacea. Cumple este mi
"pequeño testamento. Cumple el eterno de Dios
"*Pater noster qui est in cælis fiat voluntas tua.*
"*Fiat, fiat.* Amén."

Lejos estaba de pensar el autor de esta carta en la precisión con que anunciaba el género de muerte, que pocos años después pondría fin á sus días: "será prodigio de la Divina Providencia, que yo no amanezca muerto en la cama." Pero volviendo á la de D. Miguel, ¿se habrá comunicado á sus padres D. Matías y D.^a María del Car-

men en la forma dispuesta por el Obispo de Santander? No lo sabemos. Posible nos parece que la carta cerrada se hubiese abierto cuando ya no fuere un misterio su contenido.

De cualquier modo, sinó valió la carta para dar tan fatal nueva, pudo servir de carta de pésame, y en ambos casos merece ser considerada como un modelo cristiano y señal evidente de que las energías morales permanecían sin menoscabo alguno en el Sr. Menéndez de Lúcar, aun cuando las fuerzas físicas le abandonasen. Raza fué aquélla mal comprendida por esta generación raquítica, criada en la molicie.

Todavía con tal motivo escribe alguna vez el Obispo á su sobrino. En 25 de Octubre alude someramente á la carta anterior, repitiendo el *fiat voluntas Dei*. Con fecha de 28 de Noviembre escribe más por despacio, y la entereza ya cede un si es no es á la ternura: "Matías, sobrino Matías: "no extraño el que os fuese sensible la muerte "de Miguel; pero ¿qué se ha de hacer? Dios lo "dispuso así: conformémonos con su Santísima "Voluntad. Quiera su Majestad tenerle en des- "canso y le haya preparado á la muerte de los "muchos modos que sabe aunque no se haya po- "dido confesar al último de su vida. Consuélese "María del Carmen y no suspire más por su hijo "contentándose con lo que ya habrá suspirado y "llorado..... Cuide ahora de los demás hijos y "consuélese con ellos procurando que hijos é "hijas vivan con temor de Dios y procuren hacer "su santísima voluntad. Así sea."

Íbase con todo eso reponiendo la salud del Obispo, pero sus fuerzas venían á menos, y por añadidura se acercaba el invierno, contra cuyos rigores era la cama el único remedio. Corrió entonces por Santander la voz de que Fernando VII insistía en trasladarle á Sevilla, y al dar

cuenta de tal rumor á D. Matías, describe su estado físico en poco lisongeros términos: “yo, “dicen (dicen y de positivo nada sé) que no estoy “libre de caminar á Sevilla. porque el Rey así lo «quiere, pero siempre será lo que y no más de lo “que Dios quiera, y si tanto me estrechan que “no haya escapatoria, haré cuenta de que voy á “morir á la entrada del puerto ó en el camino. “Estoy muy viejo para otra cosa..... Por ahora “paso mis días de campo en la cama, y desde “ésta trato los negocios tratables.” Y, en efecto, ni la salud ni las fuerzas del Prelado estaban para ponerse á tan largo viaje. Al invierno, por extremo frío, agregábase otro más riguroso, la vejez, invierno de la vida.

Mas al cabo, llega la primavera de 1815, y el Sr. Menéndez de Luarca se repone y puede reanudar sus apostólicas tareas por tanto tiempo interrumpidas, no con los antiguos bríos, sinó con las precauciones y en la forma de que hablamos en el capítulo XIV. Si la voz esparcida en Santander respecto de la insistencia en trasladarle á Sevilla tuvo fundamento serio, no lo sabemos; pero que la idea de sus méritos y servicios permanecía grabada en el ánimo de Fernando VII, no parece dudoso. Acercábase la fiesta de San Fernando, primera que pasaba en España después de su cautiverio; y como los Ministros discurriesen las gracias que se debían conceder con motivo tan fausto, el Rey, á cuya presencia trataban el asunto, terció en la plática con estas palabras consignadas en los apuntes del Chantre: “¡Cuidado!, al Obispo de Santander el primero “para la gran cruz.” Que así haya sucedido, no debe causar sorpresa. Pocos rayaron tan alto como D. Rafael Tomás en desinterés y consecuencia.

Y lo mandado por el Rey se hizo al pie de la letra. “En atención á los servicios, talento, ilus-

“tración y celo apostólico de D. Rafael Menéndez de Luarca, Obispo de Santander, dice el Decreto, he venido en concederle la gracia de gran Cruz de la Real y distinguida orden española de Carlos III. Tendréislo entendido, y dispondeis lo necesario á su cumplimiento. Señalado de la real mano de S. M. En Palacio á 29 de Mayo de 1815.—A D. Tomás Lobo.” Comunicado con la misma fecha este decreto por el ministro D. Pedro Ceballos, contesta con la de 6 de Junio el Obispo aceptando la gracia. No se trata de un cargo, que requiriendo aptitud, comprometa la conciencia, ni menos de romper vínculos indisolubles á no mediar el mayor bien de la Iglesia. Sólo podría ofrecer algún obstáculo la humildad del agraciado. Pero la “humildad es la verdad,” y este apotegma viene á desenvolver en su contestación al Ministro el Sr. Menéndez de Luarca (1).

(1) Hela aquí tomada de los apuntes del Chantre:

“Excmo. Sr.: Recibí con el mayor aprecio el oficio en que V. E. me participa haberse servido el Rey nuestro Señor concederme la gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III: Y aunque al pronto quiso presentármeme poco concordante con mi proximidad al sepulcro tanto adorno; y así también poco correspondiente á las miserias personales, y no menos propias mías, que padecen mis feligreses, cargarme como de pompas, así también de gastos, nada necesarios: Con todo, teniendo como debí tener consideración á que mis excusas por más que se empleasen en suplicar á S. M. desahogase su beneficio generoso pecho en agraciár sujetos más beneméritos, y dispuestos á disfrutar la real beneficencia, podían ser notadas de rústicas groserías por menos atentas al empeño que parece tener S. M. en distinguirme: Y teniendo también con esto en consideración, que la gran Cruz, aunque gran Cruz á muchos respetos en calidad de distintivo, no es en calidad de Cruz tan grande, que supere para su soportación mis fuerzas, aunque débiles; por fin he venido en recibir, como recibo con los brazos abiertos, y en poner como pongo sobre mi pecho el honorífico distintivo, con que S. M. se digna honrrarme, y presentar así á la Nación, aunque sea á costa de algún personal sonrojo, un nuevo testimonio de que ocupan la vigilancia paternal de nuestro amado soberano Príncipe, hasta los menos atendibles obligados vasallos servidores suyos.

“Por consecuencia digo con esta fecha á mi apoderado en esa Corte deposite en la Tesorería de la real distinguida orden 8,500 reales vellón, que el Secretario de la misma me avisa deben depo-

Por una parte le retraen su "proximidad al sepulcro" y la miseria de sus feligreses, que viene á ser la suya, incompatibles aquélla y ésta con los gastos y el fausto que la condecoración ocasiona y simboliza; y por otra le mueven sus temores á desfavorables juicios, que atribuyan á grosera desatención la modestia. Por todo lo cual recibe "con los brazos abiertos" el honorífico distintivo, con que S. M. se digna honrarle.

Y era ciertamente de aceptar la gracia, porque además de no admitir fácil explicación la renuncia, envuelve aquella algo satisfactorio para la dignidad episcopal y honroso para un Príncipe católico. Pasen como fórmula cancillerisca la ilustración y el talento, pasen también los servicios. Si la gran cruz tuviese únicamente por objeto el premio de tales méritos, podría quizá renunciarla el Sr. Menéndez de Luarca. Pero reconocer el apostólico celo de un Obispo, y enaltecerlo y premiarlo de la manera posible á un Soberano, tiene significación más importante. El decreto de 29 de Mayo premia la entereza del Obispo y la santa libertad en que rebosan sus pastorales á los fieles, sus representaciones á los Ministros de Carlos IV y á la Junta Central y su informe al Consejo, documentos tan bien pensados como ajenos de todo humano respeto.

"sitarse, para entrar al goce de la gracia concedida: Y á V. E. suplico, que presentando en mi nombre á S. M. los más cordiales "respetuosos afectos de mi corazón altamente agradecido á su "beneficencia; quiera también en mi nombre protestar á S. M. quedo "cuanto más gozoso con la nueva relevante condecoración, cuanto la "miro, como prenda segura de que si todavía alguna vez ocurrieren "á la Real memoria los deseos, que esta pequeña hormiga tuvo de "allegar algunos granos á los trojes de la Iglesia, y Estado español "les sellará sus beneficencias con un *Requiescat in pace*, gracia con "justicia, Cédula Real digna del justificado Sr. D. Fernando VII; y "principal postrero favor á que solo me deja aspirar mi cascada "caducidad.

"Dios guarde á V. E. muchos años como deseo. Santander, y
"Junio 6 de 1815."

Presta el Rey su aprobación al apostólico celo de un Prelado, y un Prelado no debe, no puede rechazar un acto de tal naturaleza. No son leyes de la Iglesia los decretos del Príncipe; pero á la Iglesia interesa, que los Príncipes traten con respeto y amor á quienes puso el Espíritu Santo para regirla. Nunca fué cortesano el Sr. Menéndez de Luarca, y tal vez por esto fué monárquico de veras. Dijo más de una vez verdades secas á los Ministros del Rey para que á oídos del Rey llegasen, y, sin embargo, mereció dos promociones y una condecoración, que valía entonces lo que hoy no puede apreciarse, viéndolas tan prodigadas.



CAPITULO XXXVIII.

La última Pastoral.

QUEJEMOS al Obispo reponerse de pasados trabajos y emprender nuevamente los propios de su cargo en la forma compatible con sus años y achaques, mientras contemplamos el orden de cosas subsiguiente á la restauración española bajo el cetro de Fernando VII. La popularidad del rey Fernando, por lo menos en aquel tiempo, es un hecho innegable. De sus defectos personales no hay por qué hablar ahora. De su falta de consecuencia con el Decreto de 4 de Mayo mucho se dijo y á nuestro ver sin acierto. Este decreto y la representación *de los persas*, cuya respuesta parece, son, verdad es, la síntesis de nuestro sistema tradicional político. Pero las pasiones exaltadas, la falsa filoso-

fía, las sociedades secretas, los masones y los masonizantes, y aun muchos, muchísimos católicos de poco seso, de ignorancia supina y aristocrática simpleza, llevan la desconfianza y el temor á todos los encargados de velar por la tranquilidad y el orden públicos. Conque venían á ser tan azarosas circunstancias obstáculo invencible para cuanto á reformas trascendiese.

Y ¿cómo habían de realizarse las reformas, cuando apenas restituido Fernando VII á España ocurren las conspiraciones para el asesinato de Elío y el Conde de Lavisval, la de Cádiz y la de Mina en 1814, las del *Café de Levante* y la de Richar en Madrid, y la de Porlier en la Coruña en 1815? Todo, todo estaba minado por la revolución, enemiga del Trono y del Altar. Sólo podían contarse dos excepciones: el Clero y el pueblo; ese pueblo que las clases acomodadas llaman bajo. Se conspiraba en todas partes. A principios de 1817 el mal hiciera ya tantos progresos, que la revolución podía contar “no sólomente con “casi todo el ejército,—dice D. Vicente de la “Fuente en su *Historia de las Sociedades secretas*— “sinó además con varios Capitanes Generales... “La mayor parte de los Ministros de Fernando “VII eran francmasones, ó se decía de ellos que “lo habían sido.” Y siendo así, no es tanto para sorprender, digámoslo de paso, la inclinación de aquel Rey á depositar su confianza en hombres de humilde origen, temeroso de no encontrar lealtad en los de clase más elevada.

Menos sorprenderá, sin embargo, que presintiendo la tormenta, se apresurase á conjurarla y para conseguirlo acudiese al influjo de los Obispos. Clero y pueblo eran los únicos leales. Del ejército ya vimos lo que piensa el historiador de *las Sociedades secretas*. Los grandes propietarios indicado hemos también lo que pensaban. Que-

rían ser como reyes y, sin dejar de llamarse católicos, aun permanecieron liberales después de la matanza de los frailes. Con razón, pues, desahoga su bilis revolucionaria el tantas veces citado Conde de Toreno contra la demagogía afrailada. El liberalismo ya era moda. Para los grandes señores era de muy mal gusto, no era cosa de buen tono el pasar por realistas. Aun llega tal simpleza á nuestros días. *Quos Deus vult perdere, prius dementat.*

Considerándose, pues, el Rey sobre un volcán, se dirige á los Obispos en carta firmada de su puño y refrendada por el Ministro de Estado é interino de Gracia y Justicia D. Pedro Ceballos, cuyas variaciones políticas resume con desenfado D. Vicente de la Fuente en la obra dicha. Dales cuenta de la “desmoralización y corrupción de costumbres” traídas por los franceses, “de la herida mortal que en el corazón del Estado van causando las máximas republicanas y antimonárquicas,” y de cómo “la falsa filosofía,” enemiga del Altar y del Trono, siembra perniciosa cizaña, y “afectuosamente” les ruega, que con el mayor empeño se propongan desarraigar ideas tan perjudiciales á la pública felicidad y al sosiego de las conciencias, ya encargando á los “anunciadores “de la palabra de Dios, que procuren combatir en “la cátedra del Espíritu Santo la falsedad de principios tan corrompidos; ya promoviendo que se “den á luz..... escritos luminosos sobre estos “puntos; y ya finalmente por medio de una carta “pastoral.”

No puede ser más ortodoxa la real cédula, que reconoce “peculiar de los padres y pastores “de la Iglesia oponer un dique al torrente de “iniquidad que envuelven semejantes máximas “tan subversivas del orden social, como contrarias “al Espíritu del Evangelio de Jesucristo.” No es

lugar oportuno este para emitir nuestra opinión respecto á Fernando VII; pero contrayéndonos al caso, no dudamos en reputar la cédula, documento muy digno de un Rey católico, y el más propio para mover á los Obispos y obligarles.

Pronto estuvo D. Rafael Tomás en corresponder al afectuoso ruego del Monarca. En su Pastoral de 30 de Mayo de 1816 rebosan el celo apostólico de siempre y la entereza de carácter, que no quebrantan los años. Púsole un título, que, según Menéndez Pelayo, basta para "hacer retroceder al más arrojado, (1), pero el más propio, á juicio nuestro, de su objeto y del punto de vista desde el cual consideraba las cosas. Y únicamente del título puede hablarnos el escritor montañés. El mismo lo confiesa: tratándose de los escritos del Obispo, sólo puede dar razón "de algunas páginas salteadas." Lejos estuvieron con todo eso de retroceder los contemporáneos del Sr. Menéndez de Luearca. "Publiqué una Pastoral invitado por el Rey como lo habrán sido los demás Obispos,—escribe á D. Matías —y estándose encuadernando, se ofreció salir para Oviedo el Prebendado Arango. Por él envié dos para esa casa y la de Virigo, y otra para la de Luanco, "y por lo mismo no las envié por el correo. Sinó las recibiste, avisa, pues aun hay algunas, y según veo luego quedaremos sin ellas, porque las piden de por ese mundo."

No se crea por esto que á nosotros merezca ventajoso concepto el estilo de la Pastoral, ni mucho menos. Tratándose del Obispo de Santander, no hay por qué repetir cómo pensamos respecto á su mal gusto literario. Pero eso de

(1) Remedio fumigatorio, igneo, fulminante, extremo, que el Obispo de Santander procura..... á los que hay en España enfermos, pestíferos, moribundos, víctimas de la infernal filosofía volteriana.

“hacer retroceder“ si acaso podrá ser cierto en quien le tenga tan delicado como el historiador de *Los Heterodoxos*; no lo fué por lo general en aquel tiempo. Antes se nos figura lo contrario. Las circunstancias eran más á propósito para maldecir la revolución impía y dominarla, que para saborear bellezas literarias.

Y, en efecto, no en retóricos alardes páramientes el Obispo, que atento sólo á cumplir los deseos del Rey, escribe á vuela pluma la historia de los males que afligían á España, y de las pruebas amorosas y paternales avisos, con que Dios favoreció á este católico reino, exponiendo la inexplicable obcecación de tantos españoles influidos por volterianas ideas, masones ó secuaces de la masonería, y liberales ó libertinos. Cuanto á la Filosofía, insinúa por modo compendioso lo dicho con difusión en documentos, que ya conoce el lector: “la falsa filosofía..... —dice—no es nueva, “no, en nuestro suelo; antes hace mucho más de “medio siglo que comenzó á descubrirse, no ya “en algún rincón de la juiciosa católica España, “sinó en las más distinguidas porciones de uno y “otro Estado, en los tribunales desde el primero “al último, en los estudios y escuelas públicas, “en las sociedades, en las oficinas, escritorios, “inclusas las altas cobachuelas, entre los magis- “trados aun supremos, en los escritos ó impresos “más ruidosos, en las conversaciones más pri- “vadas.”

Respecto á las pruebas amorosas, paternales avisos y benignísimos castigos más propios para despertar al pecador y atraerle á buen camino, que para satisfacer á la justicia ultrajada, acudió, —añade, — en nuestro remedio la misericordia infinita con sabios y celosos escritores propagandistas de la buena doctrina, y con trabajos duros por su naturaleza, pero blandos y suaves con relación á

la mayor severidad merecida, remediados al fin con el triunfo sobre los opresores de la Patria y con la restauración del trono legítimo y católico.

Y tocante á lo que pasaba entonces, pensando el Sr. Menéndez de Lúcar en "la vil correspondencia á los divinos beneficios, y entre ellos, "singularmente á los avisos paternales que nos "envió el Señor en sus benignos castigos," parecele llegado el caso de temerlos mayores, si las pestes, las hambres y las guerras no fuesen parte á convertir el pecador sordo é insensible á tan variados llamamientos. Resta sólo, el abandono á su juicio como plaga superior á todas las plagas y última pena del criminal incorregible.

Contempla el Obispo incurso en esta pena al católico reino, á la infeliz España, hollada y abatida por "filósofos volteriano-napoleónicos, por "herejes, por gentiles, por francmasones, por liberales ó libertinos, y sinó por tales monstruos "declarados, por gentes, y entre las más distinguidas gentes..... secuaces suyos."

Centenares de conspiradores se descubren entonces contra la vida del Rey, contra Dios y su Cristo; fatal semilla y fecunda por desgracia, que lo invade todo, ciudades, villas, y aldeas. La mala yerba crece sin obstáculos, y si por completo no domina, envenena con sus emanaciones la atmósfera social, antes cristiana.

Considera D. Rafael Tomás, que si es laudable reír con los que rien, y llorar con los que lloran, debe serlo también "enojarse con un Dios "que se enoja, y airarse con un Dios airado," y clamar con David: "Juzga, Señor, á los que me "dañan, expugna á los que me impugnan, coge "tus armas y levántate en mi auxilio." Ya no era tiempo de discutir. No había por qué perderlo en convencer; urgía vencer á los enemigos de Dios y de la católica monarquía. Trata de reunir un

ejército, armarlo y animarlo contra otro ejército preparado ya, y compuesto de poderosos elementos.

“Ser eco de las divinas voces” se propone el Obispo, pero no quiere dejar de ser Pastor ni olvidarse del pasto espiritual, tan necesario á sus ovejas; sinó que, como para los impíos la blandura es inútil y únicamente con remedios enérgicos pueden curarse cegueras voluntarias, entiende, que sólo hiriendo y castigando con rigor propio del pecado, que hace al pecador insensible, puede volver la sensibilidad á una conciencia encallecida. En busca de la paz prepara la guerra, y solo aguarda para guerrear á los que han de seguirle y ayudarle; ¿hallará quién le siga? He aquí la duda. No han de prestarse á ello los prudentes, recelosos de cuanto envuelva dificultades ó sea ocasión de peligros. ¿Qué intenciones son las del Obispo, se dirán á sí mismos? Y habrá no pocos que le atribuyan propósitos de fulminar excomuniones, ó de acudir á materiales violencias; pero en cuanto á lo primero, ¿á qué las excomuniones contra los ya excomulgados? Y respecto á lo segundo, *non est nec custodienda nec vindicanda ecclesia more castrorum*. A las autoridades civiles y á las justicias, toca lo que no cuadra en los Ministros del Altar, ni compete á los particulares, que aun teniendo facultades para tanto, mal podrían usar de ellas con la moderación y discreción necesarias.

“Mas con todo,—añade el Obispo,—no dejaré “yo de decir, por lo que puede importar..... que “sería fácil de perdonar, por lo menos en el tribunal de Dios, la culpa que en esto hubiese; y “aun juzgo que en el juicio del Señor tan celoso “por su servicio, Fe, Religión é Iglesia, podría “ser laudable quien así obrase, llevado de semejante celo, corrigiendo por sí mismo á quien en

“su presencia vomitase..... blasfemias contra Dios
“ó contra su Religión, y calumnias ó impropie-
“rios contra los ministros de esta, ó contra.....
“monjes, frailes y monjas.“ Todo lo cual abona
con textos de la Escritura, de Doctores y Padres
de la Iglesia.

Pero con más prisa de reunir soldados que
de manifestar sus intenciones, dirige su voz á
todos sin exclusión de nadie, llamando en primer
término á sus “natos coadjutores y diarios coope-
radores“ de quienes se promete auxilio en esta
empresa para mayor gloria de Dios, bien de la
Iglesia y del Estado civil.

Después del sacerdocio acude al pueblo.
“También os elijo..... á vosotros, —dice,—los que
“más atención y confianza me lleváis....., entre
“todos mis feligreses..... á vosotros, los humildes,
“los sencillos, pobres ó no ricos labradores, arte-
“sanos, marineros, jornaleros, gentes, que en tan
“diferentes clases ganais vuestro sustento con el
“trabajo de vuestras manos, con el sudor de
“vuestro rostro, y en suma, á cuantos y cuantas
“componeis el pueblo que sabios ignorantes, ó
“sabios que solo *sapiunt secundum carnem*.....
“llaman pueblo bajo.“

Lejos está de considerar bajo á este pueblo
el Sr. Menéndez de Luarca, que se complace en
elegirle para especial Coadjutor en su empresa.
Ante Dios sólo valen las virtudes. Los bienes de
fortuna, la nobleza y los altos honores son humo
y vanidad. Recordando los pasados peligros, los
grandes errores, la lucha sangrienta y cruel de
los siete años y las infamias que la precedieron
y prepararon..... sinó es, por vosotros,—añade,—
“nada de mayor consideración hubiéramos hecho
“en oposición á tales enemigos, y antes hubié-
“ramos cedido á sus fuerzas, á sus extratagemas,
“á su dolor infernales..... Habeis sido los que

“primero acudisteis á las armas en defensa de la
“Patria, apellidando religión..... Dejo estas mil
“hazañas que..... se presentan á mi memoria, ó
“que por mejor decir, guardo muy vivas en ésta,
“como son las que, ¡oh vosotros! los vecinos de
“la ciudad de Santander, hicisteis, cuando estando
“ocupada la ciudad por las tropas francesas.....
“surtíais á las nuestras, situadas en la circunfe-
“rencia del pueblo, de ropas, de viandas y aun
“de municiones de guerra.

“Pero lo que no puedo omitir es el juicio,
“que tengo hecho del tanto, que vosotros sobre
“todas las otras clases del reino católico, habeis
“contribuido á la conservación y restauración de
“este..... Estoy por decir, que á vuestra fe inco-
“rrupta, á vuestra constancia en seguir los estilos
“y cristianas costumbres de vuestros mayores y
“á vuestros devotos recursos hechos á Dios, y
“en fin á vuestras virtudes y ejercicios virtuosos
“(por más que no faltasen entre vosotros pecados
“y vicios), á eso debemos que no seamos hoy
“franceses..... vosotros, sí, sí, vosotros, con el
“Clero antes convidado, habeis de ser mis singu-
“lares auxiliantes en la empresa que tomé á mi
“cargo.”

Y razón tenía D. Rafael Tomás en contar con el pueblo. Razón tenía en amarle con ternura. Era la parte sana; era “el vulgo” que le acataba en Santander “como si fuera un Santo.” Nada tiene, pues, de raro, que reputase al Sr. Menéndez de Luarca casi loco, quien á ese vulgo llama “demagogía pordiosera y afrailada.” Los vituperios de Toreno patentizan el juicio, la prudencia, el patriotismo de los vituperados. Los *sabios* y los nobles pusieron cuanto estuvo de su parte para corromper y seducir á este pueblo cristiano, leal y generoso. Mucho le malearon, pero aun mucho bueno queda. Lo hemos visto nosotros, ó

lo sabemos con certeza. Del 20 al 23 apenas había más liberales que los nobles. La demagogia afrailada, terror de personajes liberales por el año de 24, los acosó después con mayor saña cuando se hizo liberal y dejó de ser amiga de los frailes.

Grandes debieron ser los pecados de una clase cegada por Dios, al parecer, para perderla. ¿Quién sabe si la desaparición de un elemento social tan poderoso como la nobleza prepara para un tiempo más ó menos lejano la preponderancia de la Iglesia? Napoleón sin pretenderlo mató el Galicanismo, que le estorbaba. Los liberales, sin darse cuenta de ello, restauran de cierto modo la importancia política de la Santa Sede, mientras los públicos poderes resultan cada vez más débiles. ¿Quién conoce los altos juicios de Dios y sus caminos? Pero volvamos á nuestro asunto. Ya cuenta con auxiliares el Obispo; fáltale tan solo armarlos, ponerlos frente al enemigo y dar la señal de combate. No halla dificultad en lo primero, porque las armas son antiguas: ya las usaba Moisés: todos están provistos de armamento. Tampoco el enemigo es nuevo. El Obispo, Moisés en su rebaño, quiere imitarle maldiciendo como maldijo aquél caudillo á los transgresores de la ley que promulgaba. He aquí, pues, el enemigo, he aquí las armas para combatirle. "El "gran Moisés, comenzando á dictar la intimación, "que mandaba hiciesen á voz en grito los levitas, de la santísima ley, no se contentó con que "pronunciasen ellos sus..... capitales preceptos, "sinó que mandó acompañasen esta intimación "con maldiciones sobre maldiciones, que hubiese "de aprobar el pueblo todo contra los inobser- "vantes de la misma ley." Manda, pues, el Prelado, que reunidos en las iglesias, Clero y fieles, éstos digan amén tres veces á las maldiciones

proferidas por el Sacerdote contra "los enemigos perseguidores de la Iglesia y reino católico."

Quiere que los niños de la escuela aprendan á maldecir, quiere que todos maldigan lo que maldice su Obispo, no sólo en las iglesias, sinó en los campos; y que los trabajadores en medio de sus faenas prorrumpen en maldiciones formuladas con tal objeto en coplas, harto prosáicas, según él mismo confiesa. Vulgares son tales coplas, pero no es vulgar su intención. Nadie ignora el efecto de las canciones piadosas, que sustituyen otras canciones, y propagan la doctrina santa por caminos y selvas, plazas y calles. El Obispo de Santander fomenta y alecciona la democracia cristiana, poderoso baluarte contra la demagogia de puñal y tea. Fué previsior, aunque mal pueda reconocerlo así quien no se atreve con el título de la Pastoral, y no acierta á dar razón sinó de algunas páginas salteadas respecto á cuanto escribió el Sr. Menéndez con mal estilo, cierto es, pero con profundo conocimiento de las enfermedades sociales y su remedio. Buscaba tan apostólico varón la democracia cristiana contra la demagogia masónica, terror del partido enteco, en que parece afiliado quien ridiculiza sin piedad lo que debería merecerle respetuoso silencio. No es mucho, sin embargo, que de un Obispo difunto hable con tal irreverencia quien habla de sentar plaza, como soldado de fila, en un ejército, cuyo general trató á un Obispo vivo con harto mayor llaneza.

¡Pero maldecir! ¿Será lícito maldecir? ¿Será propio de un Obispo maldecir y excitar á sus ovejas á que maldigan? Esta cuestión se propone D. Rafael Tomás, y esta cuestión resuelve con lucidez, sin embargo de su difuso estilo y de una erudición no inferior á la de otros escritos suyos. Seguirle por este camino sería labor pe-

sada. Bastará dar idea del sentido en que maldice. "Desear al prójimo é imprecarle males en cuanto males, eso no es bueno: desearle é imprecarle males en cuanto bienes, eso, no es malo, que antes puede ser bueno, muy bueno...; desear al prójimo é imprecarle males espirituales..... es maldición pecaminosa..... á no ser en..... esas circunstancias raras, como cuando uno supiera, que aunque más el prójimo malo viviese sobre la tierra, no se enmendaría; y antes iría atesorando, como más maldades....., más infierno..... Pero desear á un pecador desear á un impío, y á la turba de impíos, que vomitó el infierno sobre la infeliz tierra en nuestros días, desear, digo, á los tales algún mal temporal, ó alguna buena copia de estos males, á efecto de que corregidos los pecadores se enmienden, *vel ut saltem habent ut horum nocumento cessent*, palabras de Santo Tomás, para que cesen de dagnificar á otros; y en suma maldecirlos en tal tono; eso santo y bueno; bueno y santo."

Lo transcripto de la Pastoral no puede ser más claro. Es doctrina corriente, casi de sentido común. Pero los enemigos de la Iglesia para mejor herirla, ó herirla sobre seguro, le quieren atar las manos, negándole toda clase de armas; permitenle únicamente, el silencio, la benignidad y el amor á los mismos que la persiguen; como si Jesucristo no hubiera lanzado del templo á latigazos á quienes le convertían en casa de contratación, y San Pedro hubiese apelado á la blandura con Simón Mago, con Ananías y Saphira; como si en la Sagrada Escritura y en la historia no abundasen ejemplos de rigor con los transgresores de la ley.

Ni aun en los tiempos que corremos deja el liberalismo de censurar con acritud las energías del Clero. Succede con todo eso, que á la veces

enmudecen los críticos, si, por desgracia, contra la mansedumbre pecan clérigos liberales. Varios casos podríamos citar en la seguridad de no ser desmentidos. Pero nos contentaremos con uno solo. Mientras se tuvo á Merino por un Cura carlista, todo eran exclamaciones, todo escándalo, todo furor y saña contra el infame, que así holaba leyes sagradas. Lo recordamos aún. En las primeras horas, después de recibida la noticia de su atentado, el Clero servía de pasto á la murmuración en todas partes. Cuando llegó á saberse que Merino era un sectario, nadie habló más del exfraile, todos callaron, y hasta fueron por algún tiempo moda los bastones, á que servía de empuñadura el busto del regicida.

Queda con esto dicho lo que podríamos llamar quinta esencia de la Pastoral. Menos para extractado que leído reputamos lo mucho que falta por decir, y es, sin embargo; fácil de adivinar, teniendo en cuenta los fines del Obispo ya insinuados. Mas como todavía después de resumidos en maldiciones formuladas contra los "perseguidores de la Iglesia y reino católico," lejos está de hacer punto, y antes se propone maldecirlos separadamente según la clase de persecución que les distingue; de todo ello seguiremos hablando á la ligera. Pero aun así, conviene la mayor claridad respecto de algún punto importantísimo tratado por el Sr. Menéndez, y que á primera vista parece no serlo tanto. Invita el Pastor á sus ovejas á prepararse con la señal de la cruz para la empresa que han de acometer. Hace la señal de la cruz, que es la señal del cristiano, de la cual ha de usarse en el principio de toda buena obra, como defensa inexpugnable contra los enemigos del hombre, mundo, demonio y carne. Y con tal motivo amargamente se queja del olvido en que yace práctica tan piadosa, olvido que data ya de la segunda mitad

del próximo pasado siglo. Usaban de tan cristiana señal los españoles “en principio de cada “papel que escribían, en principio hasta de sus “cartas familiares ó de las que enviaban á sus “parientes, amigos y paisanos. Pero la Cruz ya “tenía entonces enemigos en nuestro reino católico, ya no escaseaban en España los cristianos anticristos, cristianos judaizantes ó gentilizantes, cristianos como aquéllos, para los cuales “la cruz de Cristo es..... ocasión de escándalo ó “materia de risa.”

Ya no era moda la Cruz. A la piadosa costumbre de ponerla sobre las puertas, en cabeza de los documentos públicos y de las cartas familiares había sucedido una omisión estudiada y desdeñosa. ¿De dónde salió este desdén? ¿De dónde tan mal ejemplo? Oigamos al Obispo: “De “Madrid, de la Corte del Rey católico; de allí “pienso yo haber salido la maldita, la maldicienda, la diabólica moda; y si de allí todavía “no salió ella, allí, y en sus primeras oficinas, las “mismas que son primeras en el obrar á nombre “del Rey, y autorizarse con tan respetable nombre; allí (¡con cuánto descrédito, con cuánto “desacato, con cuánto vilipendio, con cuanta injuria del Soberano!), allí es donde está principalmente introducida, observada, arraigada, y “así recomendada la que dije, y la que diré en “demoniada moda (1).”

(1) Mucho hemos oído y algo también leído con relación á este asunto. Del tercer Obispo de Santander se cuentan varias anécdotas, alguna de las cuales consignaremos ahora. No tiene origen vulgar ninguna de ellas. Figura en primer término la que contaba el Ilustrísimo Sr. D. Cesáreo Rodrigo, Secretario del Cardenal Moreno en Oviedo y Valladolid, y más tarde Obispo de Orense. D. Rafael Tomás, según D. Cesáreo Rodrigo, devolvió en cierta ocasión una Real Orden “por que no traía la cruz á la cabeza, diciendo al Ministro “que en una Nación católica no podía admitirse tal real orden sin la “cruz. Entonces el Ministro le mandó comparecer, y él contestó que “no tenía otro vehiculo para trasladarse á Madrid que un pollino, y “al efecto que saldría tal día y que llegaría cuando pudiese. El Minis-

Y no se contenta D. Rafael Tomás con buscar el inmediato origen de la moda, el origen español de tan antiespañola innovación; va más lejos. Moda tan antiespañola, mal puede ser hija de España. "Allá en Francia, en la bendita Francia, "y en las inmediaciones del que ella tiene emporio "benditísimo de novedades subversivas, París, el "gran París, allá en un lugar, distante de tanta "Corte como unas diez y seis, ó diecisiete leguas, "lugar que tiene por nombre Bourgs Fontaine se "juntó por los años de 1621 una porción de herejes

"tro enterado de que cumpliría al pie de la letra lo ofrecido, le dió "contraorden." En estos mismos términos lo escribe quien lo escuchó de labios del Sr. Obispo de Orense.

No sabemos de dónde habrá tomado la anécdota el Ilustrísimo Rodrigo; pero el hecho, tan lejos de ser inverosímil, nos parece conforme con el carácter de D. Rafael Tomás. Y no sólo nos parece conforme, sino que hallamos en las muy pocas comunicaciones originales dirigidas al Sr. Menéndez, que conservamos, algún motivo para tener por cierto el hecho. Con la cruz por cabeza oficia el Ministro D. Pedro Ceballos al Obispo de Santander en 22 de Septiembre de 1815, autorizándole para condecorarse por sí mismo con las insignias de Caballero gran cruz de la Real y distinguida orden española de Carlos III, y la cruz también lleva otra comunicación de igual fecha suscrita por D. Tomás Lobo, remitiendo al Sr. Menéndez el título y un ejemplar de las constituciones y bula, en que Su Santidad concede varias gracias espirituales á los caballeros de dicha Real y distinguida Orden.

No sabemos si los Sres. Ceballos y Lobo hacían uso de la cruz en otros casos; pero nos llama la atención que el mismo Sr. Lobo omitiese la cruz en 5 de Enero de 1820 al acusar á D. Felipe Dionisio de Quizano, Canónigo de Santander, el recibo de las insignias de Caballero gran cruz Prelado de la Real y distinguida orden española de Carlos III, con que estuvo condecorado el difunto Excmo. Sr. Obispo de Santander.

Hace bastantes años, cuando no pensábamos en escribir estas líneas, dimos, revolviendo papeles, con una carta de D. Juan Francisco Gutiérrez Valdés, en la cual daba explicaciones que una persona de la familia del Obispo le había pedido con motivo de un hecho análogo. No hemos vuelto á dar con esa carta, cosa explicable con los frecuentes cambios de domicilio y no menos frecuente traslación de papeles de un punto á otro, á que circunstancias que no hay por qué mencionar obligaron á quien escribe estas páginas; pero en su memoria se conserva lo sustancial del hecho.

Y es el caso, que, como un sobrino del Obispo de Santander le escribiese desde Sevilla, á vuelta de correo se encontró con la carta que había dirigido al Obispo rayada con dos grandes líneas en forma de cruz. Sorprendióse el joven militar, que militar era, y no acertando á explicar lo sucedido, escribió á su familia residente en Luarca, de donde por lo visto acudieron al Chantre que contestó poco más ó

“jansenistas..... empeñados en destruir la Iglesia Católica desde sus fundamentos. Se trató de esto, como de principal objeto, en el inicuo Congreso. Propusieron también varios arbitrios para conseguirlo: y todos pareciendo ó ineptos, ó menos eficaces; finalmente se adoptó el de sofocar en la Iglesia las prácticas cristianas más introducidas, no ahora diciendo mal de ellas, sinó antes diciendo mucho bien, al tiempo que se procurase minorar su uso, presentándolo difícil, y expuesto á irreverencias muy criminales, si la práctica no era como ellos

menos en estos términos: B. no conoce las costumbres de este Señor y por eso no entiende la lección que quiere darle devolviéndole la carta rayada en forma de cruz. En el Ministerio no se olvidan de poner la cruz en los oficios cuando se dirigen á S. E. I.

No es, pues, dudoso el hecho referido por el Sr. Obispo de Orense, siquiera en las circunstancias pueda no haber entera exactitud.

Sentimos de todas veras el extravío de la carta dicha; pero he aquí otra que suple bien cuanto aquella importar pudiera:

“B. sobrino mío: Ya que veo la señal de cristiano en tu segunda carta por tal cristiano, y sobrino mío te reconozco, no habiendo podido reconocerte ni por lo uno, ni por lo otro, cuando recibí sin tanta señal la primera. Hebreo, Judío, Rabino quisiste parecerme entonces, y por eso no quise ni contestarte sinó en tono de quien desprecia y abomina á tal gentuza. Ahora, lejos de haberme así; aprecio tu carta, tu persona, tu dignidad..... Pero B. mío, entendámonos. Este aprecio se conservará y aun se aumentará, y también se disminuirá según que en ti se conserve, y aumente ó decrezca la cristiandad, la hombría de bien, la soldadesca buena. Si imitas á un San Sebastián (soldado al mando de un emperador pagano): y cuando menos, si frecuentas las iglesias y Santos Sacramentos, huyendo como del diablo (que así debe ser) de los teatros, de los cafés, de toda casa donde haya juego, baile, ó broma de conversaciones libres; y sobre todo de toda mala compañía, de todo soldado, sargento oficial, capitán, Coronel, Brigadier, Teniente General, General, Generalísimo, que respire humos de mundo, demonio ó carne; y que en una palabra no respire cristiana, santamente; en tal caso digo, seremos amigos. Pero en otro caso, ni hagas caso de mí (como de seguro no lo harás, porque ni harás caso de todo un Dios), ni esperes que yo haga de ti más caso que el que haga de los más extraños Mamelucos, Monos, Cornudos, soeces, viles, infames, soldados tales. Ahora quedo pidiendo por mí y por tí, esto. Por la señal de la Santa Cruz y de nuestros enemigos y libranos Señor Dios nuestro y en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén Jesús: y lo firmo todo de mi nombre en Santander á 13 de Febrero de 1818. —

Raphael Thomas.

“P. D. Cuidado conmigo. Tengo en esa población más que dos

“también habrían de dictar.... Entre estas prácticas perseguidas, una fué el uso frecuente de los Santos Sacramentos, penitencia, y comunión y..... otra fué el uso de la Santa Cruz.”

No se limitaban los jansenistas á desterrar la Cruz de las casas, de los caminos, de las cartas y de los documentos públicos, donde estaría según ellos y sus imitadores españoles frecuentemente expuesta á irreverencias, motivo aparente, mejor dicho, pretexto de sus propósitos impíos; sinó que con ello se pensaba en preparar el camino á novedades de mayor trascendencia, en borrar el nombre y la memoria de la santa señal, en “desterrar de los santos templos y de sobre los

“sujetos, que me digan cómo andas, en qué te ocupas. Si estudias, si (que es lo que ahora más te importa) te aplicas á las Matemáticas, y que adelantas en ellas.”

Téngase en cuenta que la carta está escrita de mano del Obispo y con muy legible letra poco más de un año antes de su muerte. De lo cual puede inferirse la importancia que al asunto daba el Sr. Menéndez, y como sus energías morales se conservaban íntegras á pesar de la física debilidad efecto de los años.

Por remate de esta nota transcribiremos un párrafo del *Resumen histórico de la aparición de Nuestra Señora de la Saleta* escrito por D. Domingo Hevia Presbítero, y seguido de una Novena á María Santísima en tan milagrosa advocación compuesta y dedicada á la señora por el Dr. D. Felipe Velázquez y Arroyo, Presbítero, con licencia del Ordinario. Madrid, Imprenta de *La Esperanza*, á cargo de D. Antonio Pérez Dubrul, Pez, 6, principal, 1868. “El Excelentísimo Sr. Arzobispo de Granada, se dice en la página 47 de dicho “Resumen, llevó más adelante la concesión; pues otorgó 80 días de “indulgencia por cada vez que á la cabeza de una carta ó escrito “cualquiera se marque el *signo de la Cruz*; práctica religiosa que si “mal no recordamos se debe en España al ejemplo del Sr. Menéndez de Luarca, Obispo que fué de Santander, para recordarnos que “la Cruz es el blasón más glorioso del cristiano, como que es el es- “tandarte de la libertad del mundo, el instrumento con que el *hijo de María* quebrantó las cadenas de la humanidad, cautiva por el pecado.”

Que al Sr. Menéndez de Luarca se haya debido en parte la conservación de tan piadosa práctica hoy por desgracia casi olvidada no es dudoso; pero su origen tiene mayor antigüedad como el mismo Sr. Menéndez lo reconoce en la Pastoral que analizamos. Consta de todas maneras el notabilísimo empeño del tercer Obispo de Santander en sostener y restaurar una costumbre laudable tan española como cristiana.

“altares mismos la santísima imagen de Jesu-
“cristo.”

Si en España las intenciones fueron tan depravadas, podrá tal vez ponerse en duda. ¿Cómo han de serlo tanto las de muchos cristianos sinceros y fervorosos, que omiten la señal de la Cruz por respetos humanos? Pero en cuanto al origen de tan diabólica omisión, ¿quién se atreve á defender la ortodoxia de quienes la promovieron? La impiedad se agitó mucho en las Cortes de Carlos III y Carlos IV. No lo decimos nosotros. Es un hecho de que responde la historia, Sea como quiera, los promovedores dichos no amaron como debían al Salvador del mundo. Y esto sentado “sin que nos detengamos más en “juzgar qué maldiciones merezcan ellos..... allá..... “se avengan con San Pablo, y con todo el poder “de Dios á que San Pablo los remite..... si alguno “no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea ana- “tema..... Dios los juzgue y con Dios á juicio “estén..... Amén, Amén“

Como la señal de la Cruz es el principio de toda cristiana obra, la supresión de la cruz es el paso primero en todo mal camino, en toda empresa diabólica. Por ahí comenzaron todas las funestas novedades, que así nos tienen. A la extinción de tan piadosa costumbre sucedieron la desaparición de las imágenes, con que todavía en nuestro tiempo se honraban calles y plazas y principales habitaciones de las casas, la traslación de los cementerios á puntos distantes de los pueblos con pretextos higiénicos, la prohibición de las exequias de cuerpo presente y la omisión de otras prácticas, que cualquiera echa de menos; todo lo cual se reduce á este solo pensamiento: lanzar á Dios de la sociedad, borrando la idea de lo sobrenatural y especialmente de los premios y penas de la otra vida.

Las maldiciones del Prelado santanderino, son por lo tanto en este caso como el preámbulo de otras maldiciones. Teniendo en cuenta las maldiciones de Moisés contra la idolatría y los idólatras, maldice á los idólatras y á la idolatría de su tiempo. No se conocen los idólatras en ningún pueblo culto, si ha de entenderse por modo material la idolatría. Pero como los doctores “que exponen el texto de Moisés..... dicen, que si en “el sentido más obvio que es el literal, se prohíbe allí, y se maldice, como abominable á Dios “la idolatría, ó el culto de simulacros hechos por “artífices humanos; también en sentido moral se “prohíbe, y maldice todo error de herejes, apóstatas ó infieles apartados de la fe de Cristo, “maldice D. Rafael Tomás á esta clase de idólatras, que sin negar precisamente la existencia de Dios, forjan un Dios á su capricho, cual les conviene para sus depravados fines. Idólatras considera á los sectarios de la Demonolatria “culto “supremo dado á los demonios, profesión propia “de brujos, de magos, de gentes sinó amigas “socias, compañeras, consortes de los diablos; y “tales, pienso, ó sospecho, y vehementísimamente “sospecho que son ó que van caminando á ser “cuantos han querido ser socios de la nefanda, “aun sin eso abominable congregación, que llaman en Italia, *liberi muratori*, en Francia, y así “por acá francmasones.

“Griten ellos cuanto quieran, que sus sociedades y asambleas principal y aun únicamente “se dirigen á unirse más y más los socios para “recíprocamente socorrerse, y auxiliarse en todo “apuro, en toda necesidad, en todo lugar y en “todo tiempo: que, no pudiendo jamás mentir la “regla que dice; por los frutos se conoce el árbol: “no puede el árbol bueno dar frutos malos, ni “llevar el malo frutos buenos; ciento y más veces

“está probado por la experiencia, que ellos *ex*
“*patre Diabolo sunt, et communicant operibus ejus*
“*malignis.*“

La revolución francesa obra de la masonería ingerta en el filosofismo desmiente los humanitarios fines, de que los masones alardean. Sabido es, dice el Obispo, que la conspiración se preparó con grande anticipación á los sucesos. Luis XVI estaba destronado antes de ocupar el trono de Francia. No admite duda el último y principal objeto de los masones: acabar con la religión verdadera, con el Trono, con todo gobierno monárquico, dejando á “los hombres “iguales en disfrutar los bienes de la tierra y “libres para proceder según su antojo.” ¿Hay exageración en lo dicho? pues tómese la molestia quien tal crea de leer detenidamente lo mucho sobre el particular escrito con abundante copia de ciertísimos hechos. En la revolución francesa tuvo gran parte la masonería. Entre los masones figuraban hombres de grande importancia y de clase muy superior, que asustados de su obra retrocedieron y protestaron contra las consecuencias de sus principios. ¡Insensatos! querían la revolución sin turbulencias, y sin desorden la anarquía. Propoñíanse trastornarlo todo sin trastornos. No eran lógicos. ¿Serían conservadores?

¿Pero había masones en España? “Ay mi “Dios, y ay España tú en otros siglos la jui- “ciosa, la fiel, la católica España, el católico “reino! En España vieron nuestros ojos (sin recelo “puede decirse) otros tantos francmasones, cuantos eran los soldados de que se componían los “ejércitos de Napoleón. En España se vieron, “dentro de sus principales pueblos formadas lo- “gias, congregaciones de tan detestable gente, y “hasta en este nuestro pequeño pueblo, y hasta “en esta nuestra, por eso solo, miserable ciudad,

“y hasta aquí se vió erigida, asistida y sustentada una de las dichas malditas sociedades. En España visto se han españoles agregados, ó asociados á canalla tan infernal..... En España no puede decirse haber hoy francmasón alguno descubierto, porque estaría ya á cubierto el que tal se hubiese hallado. Pero que no haya hoy en España afectos á la masonería, ya que no sean adeptos alistados francmasones; pero que no haya hoy en España corresponsales de los francmasones alemanes, ingleses, franceses tantos, como están espárcidos por el mundo: pero que no haya, digo en España, y eso por docenas, y eso por cientos, gentes y agentes en el modo dicho de..... aquellas gentes diablos, diablos del infierno: pero que no haya tanto como esto entre nosotros, ¿quién lo podrá asegurar? No seré yo el que lo asegure, porque tampoco soy yo el último en sospecharlo.”

Y con razón lo sospechaba el Sr. Menéndez de Luarca. La Historia de las sociedades secretas por D. Vicente de la Fuente, y otras historias y otros libros hablan muy claro. Pero el Obispo no podía dar por cierto lo que más tarde fué evidente. Con todo eso, las sospechas del señor Menéndez pueden pasar por resueltas afirmaciones: tal era su mesura en formar juicios y en publicar los que formaba. ¿Habría por qué añadir que los masones no quedan sin maldición? “Malditos sean cada uno de ellos..... maldito cada uno sea en la ciudad, y en el campo, en poblado, y despoblado, entrando y saliendo, donde entrar ó saliere..... hasta que bien se conviertan, malditos de Dios estén..... Amén, amén amén.”

Y claro está que D. Rafael Tomás no ha de maldecir únicamente á los masones, siquiera maldiciendo tan abominable secta, maldiga por modo indirecto todos los errores, todas las blasfemias

y todas las impiedades que los principios masónicos envuelven. Pero el Obispo de Santander que no peca de conciso cuando escribe para el público, se propone seguir las huellas de Moisés, y como Moisés maldice á los malos hijos: "Maldito sea el que no honra á sus padres, maldito el que no honra á su madre." Y aquí, apelando, al Catecismo, enseña quiénes deben entenderse por padre y madre..... "Rey, Patria, Iglesia con todo lo que hace las veces de estos tres nuestros superiores, veis aquí el padre y la madre de quienes habló Moisés."

Y siendo el rey padre del pueblo y considerando el Obispo en las Cortes de Cádiz ó en sus obras un principio de rebeldía contra el rey y una serie de atentados contra la íntima unión tan necesaria entre pueblos y reyes para que unos y otros vayan acordes en lo que al público interés conviene y mutuamente se ayuden con sus discursos y esfuerzos; diserta por manera difusa, pero con lógica severa contra las tendencias de aquellas mal llamadas Cortes, depresivas de la regia autoridad, y tan innovadoras y revolucionarias, tan antipatrióticas é ilegítimas, como las de Bayona. Analiza sus principales disposiciones, las censura y condena, y reproduce al hacerlo así cuanto había dicho en otras Pastorales y documentos que contiene la colección de sus Opúsculos cristiano-patrios.

Mas prescindiendo ahora de tales consideraciones y limitándonos al objeto verdadero de la Pastoral, concretaremos su análisis al mismo objeto, reproduciendo únicamente las maldiciones con que intenta popularizar el amor á la verdad y á la justicia y promover odio santo contra el error y la violencia, latentes á la sazón en nuestra Patria. "Si hubo, si hay—dice,—si des—pués hubiere en España quien ó quienes sintieren

“mal, y afearen, ó maldijeren las órdenes que
“expidió; y expidiere el Rey nuestro señor para
“restaurar las buenas costumbres con la sana
“literatura, y santa política educación: restaurando
“los Institutos, y corporaciones, probadas oficinas
“de tanto bien; los jesuitas, los seis Colegios
“Mayores, los estudios generales, los ejercicios,
“las prácticas que antes hubo en España, común-
“mente estimados, y estimadas por buenas, y
“buenos, aunque no fuesen de primera necesidad;
“y mucho más, si hubo, ó hubiere entre españoles
“quien ó quienes, obligados ya por su empleo, ya
“por otro título á poner en ejecución tales órdenes
“reales, ó á procurar su observancia, las escon-
“dieren, las detuvieren, las entorpecieren, las
“interpretaren contra, ó fuera de las intenciones
“del soberano; esos, malditos ellos sean, ni hallen
“quien les obedezca aún entre sus domésticos,
“y sus mismos hijos, y cuantos negocios empre-
“dieren en busca de sus propios intereses, tantos
“se les malogren, tantos les salgan al revés; y en
“suma malditos ellos sean, malditos desde el
“cielo, en boca de aquél, por quien los reyes
“reinan, y los príncipes mandan: Amén, amén
“Jesús.”

Era monárquico el Obispo, pero no cortesano. No van únicamente sus maldiciones contra las logias; van también á otra parte. Van contra los obligados ya por su empleo, ya por otro título á poner en ejecución las reales órdenes. Van contra quienes las esconden, las detienen, las entorpecen y las interpretan. ¿Quiénes son éstos? ¿Dónde están? ¿Qué dignidad es la suya? ¿De quién les viene el poder para interpretar las reales órdenes? Téngase todo esto muy en cuenta para formar juicio de un carácter que, sin embargo de los años y de los favores recibidos, habla con libertad santa y maldice á los que el mundo teme y adula.

Amaba D. Rafael Tomás al rey Fernando, pero cuál era su pensamiento respecto á la pestilente atmósfera de las regiones oficiales, no puede verse más claro en el párrafo transcrito.

Y no paran aquí las maldiciones. Se pide al Obispo que hable, y habla más de la cuenta; no más de lo que conviene, aunque más, mucho más de lo que algunos desearían que hablase. Véase sinó la prueba: "Si hubo, si hay, si después "hubiere entre españoles quien ó quienes, encargados de recoger y enviar á sus destinos los "caudales, con que los pueblos, el comercio, el "Clero contribuyen al rey para gastos del reino, "aprovechan estas contribuciones en propios usos "suyos, ó los distrajeren á otros usos, y más si "los destinaren para apoyo y fomento de alguna "conjuración, ó para algún menoscabo del Rey, "ó del reino; malditos ellos sean, malditos por "Dios dador de todo, y hasta que bien se arrepientan y que bien arrepentidos hagan lo posible, "porque se restituya lo robado; robados ellos "sean, robados, cubiertos de miserias y pobreza "á fuerza de infortunios, incendios, naufragios, "inundaciones, pleitos, persecuciones, males y "males: Amén, amén Jesús." ¿Conque pasaban por las mientes del Obispo todas las cosas dichas? ¿Conque a juicio del Sr. Menéndez de Luearca era posible que los caudales del rey sirviesen para conjurar, conspirar contra el rey? ¿Y dice todo esto el Obispo en una carta pastoral que á ruegos del rey publica? Bueno debía de andar aquéllo; pero así y todo una cosa vemos con evidencia: la libertad de un Obispo para cumplir su misión. ¿Qué se diría del Obispo que hoy dijese otro tanto?

Y que sin maldición especial no quedarían los regicidas, tampoco habrá que dudarlo. "Si en "respecto á nuestro amado, y más amable rey, ó

“en respecto á alguno de su familia, y más inmediato servicio hubo, hay, ó hubiere entre españoles, quien ó quienes *in via Cain abierint, vel abeant, et errore Balaam mercede effusi sint, vel effundantur, eos velut in contradictione Core pereant*, esos por mientras no enteramente se muden sus cabezas, sus manos, sus entrañas.....; malditos de Dios sean, perseguidos por Dios para su enmienda....., ni de tal maldición sea excluído, antes en ella se incluya, como el que más lo mereciere cualquier potentado extranjero, aunque sea testa coronada, si interviniera en tan feos, tan horribles atentados.”

No debemos omitir y antes nos cumple demostrar la indignación del Sr. Menéndez de Luarda contra los enemigos de la Compañía de Jesús. “Si hubo, si hay, si después hubiere entre españoles, quien, ó quienes bien hallados con las haciendas, que se tomaron á los Padres de la Compañía de Jesús y á las obras pías de todo el reino, y fábricas de sus templos; y que por eso, ó porque su interior repugna irreligiosamente el restablecimiento de aquéllos y de éstas, trabajaron, trabajan ó trabajaren por impedir este restablecimiento; malditos de Dios sean, perseguidos, abatidos, bajo la justicia divina por mientras no mudaren sus sentimientos; y en pena, en corrección de su codicia, y codiciosa malignidad; *Percutiat eos Dominus egestate, febre et frigore, ardore et aestu; et sit calum, quod supra eos est, eaneum, et terra, quam calcant ferrea sit, detque Dominus imbrem terræ eorum pulverem, et de cælo descendat super eam cinis, donec convertantur, donec convertantur ad Dominum.*”

Con esto y añadir que ninguna mala tendencia, ningún error de cuantos entonces pululaban queda sin maldición, habremos dicho lo necesario

para dar una idea sucinta, pero exacta de la Pastoral. Reputamos con todo muy oportuna la indicación de un sistema combatido por el Obispo en documentos anteriores y origen sin duda alguna de la indiferencia religiosa y egoísmo glacial característicos de la generación presente. Aludimos á la consideración que merecen á los sabios modernos las llamadas *ciencias útiles* en menoscabo de la teológica y jurídica, de las ciencias morales y de todas las que dirigen el entendimiento en busca de la verdad y el corazón y la conciencia en busca de la virtud. Los economistas y arbitristas no quedan sin maldición. “¿Hay “quienes, ó inconsiderados, ó maliciosos..... pre-
“senten al Rey..... proyectos y más proyectos de
“felicidad perecedera..... en que ocupada la real
“atención quede menos expedita para cristianizar
“al reino?..... Si los hay, malditos ellos sean amén,
“amén Jesús..... ¿Hay entre nosotros proyectistas,
“adivencioneros, que pensando ó fingiendo pensar
“empobrecerse el Estado, por lo que el Clero
“disfruta de sus bienes temporales, piensan tam-
“bién, ó predicán que ninguno tanto como el
“Clero secular y regular debe sufrir los carga-
“mentos necesarios para la subsistencia del mismo
“Estado? ¿Hay adivencioneros tales, que prefi-
“riendo, para lograr la felicidad de los pueblos, la
“industria á la piedad, los ejercicios corporales á
“los religiosos; mediten, propongan, procuren se
“aplique el Clero á promover las ocupaciones
“del siglo, á los sórdidos cuanto lucrativos em-
“pleos del hombre terreno?..... Pues si los hay.....
“malditos de Dios sean ellos.

“¿Son pocos los que pagados de la tierra ó
“pegados á ella casi sin miramiento al cielo,
“predican, aclaman, proclaman ciencias útiles,
“ciencias provechosas á la sociedad, las que se
“dedican á indagar, y aprovechar los tesoros de

“la naturaleza, y así las ciencias experimentales, “física, maquinaria..... despreciando por eso mismo “y aun desacreditando por inútiles..... las ciencias, que ellos llaman abstractas y que en otro “tiempo se llamaron intelectuales, por su especial dirección á ilustrar el entendimiento..... y “así á dirigir según la ley de Dios las acciones “humanas en lo político, en lo moral, en lo ascético, en lo religioso, y en suma en todo lo que “es piedad? Sean pocos ó muchos los tales..... “reformadores de la república literaria..... sean “ellos, sean maldi..... pero ni tampoco aquí maldigo, aunque sólo lo dejo, porque tras éstos “estoy viendo venir, acaso capitaneada por ellos, “una turba multa, que de justicia pide todo el “poco aliento que me resta después de tanto “maldecir.”

Y bien necesitaba D. Rafael Tomás todo su aliento para maldecir la turba multa de que nos habla en el párrafo transcrito. Muchos periódicos publicados en España mientras rigió la Constitución de 1812, y esta misma Constitución, síntesis y causa ocasional de cuantos errores se propagaron en su época, tenían entusiastas adeptos en 1816. La Constitución sobre todo era objeto de una especie de culto idolátrico entre los liberales de aquel tiempo. Ni en alabanza de la ley de Dios podría decirse más. “Malditos sean tales “desatinos,—clama el Obispo.—Maldito sea el “Código en cuya adulación se desatinó tan “enormemente..... Malditos sean cuantos papeles “hablaren así..... de la destrucción de toda felicidad, y de todo buen orden, política constitución de la monarquía española.”

Trata seguidamente de los pecados de la carne, tan funestos en la historia de “todas las monarquías;” de las comedias y novelas provocadoras al vicio, y de la desnudez en el vestir, tan

censurada por el mismo en anteriores ocasiones. Y lo que dice y maldice á este propósito, no hay para qué repetirlo después de tan sabido.

Extractado hemos ya la Pastoral de que tanto se habló en su tiempo y tanto ridiculizaron más tarde quienes seguramente solo conocen el título de un documento que revela perspicacia. El Obispo de Santander sabía con quién trataba y sabía de qué trataba. No era ocasión aquella de discursos; era muy urgente obrar. De las clases elevadas no había para qué fiarse. Todo estaba maleado menos el pueblo. Con el pueblo habla, pues, D. Rafael Tomás, y habla tan sólo para el pueblo. Al pueblo excita convidándole á maldecir, y maldiciendo con él lo que pasa por santo y justo entre los poderosos y letrados. Formar la democracia cristiana, animarla y armarla contra el error y el vicio, contra el liberalismo, es el objeto de una Pastoral, cuyo título según Menéndez Pelayo, hace retroceder al más arrojado. Y debieron de retroceder en efecto cuantos la ridiculizan: sólo así puede explicarse ligereza tamaña.

No peca de ligereza el Sr. Menéndez de Luarda en su prevención al Clero, que á guisa de postdata escribe después de la Pastoral. Confesando que por respetos justos, pero tal vez no ajenos de algún respeto humano, dejó de maldecir las llamadas "Juntas económicas, ó Juntas patrióticas de amigos del País;" manda á los Clérigos de su Diócesis, bajo la pena del juramento prestado, que de ningún modo asistan á dichas juntas ni admitan nombramiento de socios, ni le retengan si ya le hubiesen admitido, sin expresa licencia suya, advirtiéndole que no se tomen la molestia de pedirla si no quienes "siendo notoriamente "aptos para votar sobre agricolaciones, máquinas, "fábricas, piedras filosofales, transmigración de

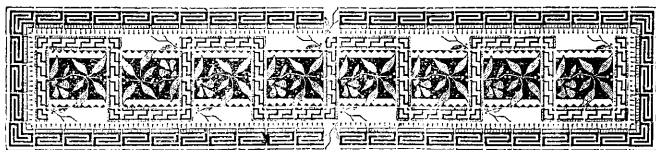
“escajos ó helechos en azúcares, aguardientes ó licores; y otro sí sobre cálculos, sobre especulaciones comerciales, y en suma sobre aquellos negocios de que... dice San Gregorio: *Sunt negotia, quæ sine peccatis exhiberi aut vix, nullatenus possunt*; nos constare que no tienen ya por qué más dedicarse á cantar con los Angeles alabanzas á Dios, á confesar, á predicar, á instruir en doctrina cristiana, niños y adultos, á consolar enfermos, á agonizar moribundos, á estudiar, á estudiar, y á leer libros de Teología moral y mística.”

Cree D. Rafael Tomás en los buenos propósitos de cuantos promueven y forman parte de las Juntas económicas; pero en medio de todo no tiene por inverosímil, que sus fines ostensibles sean el disfraz con que se ocultan fines masónicos. Invoca la autoridad de Barruel y alega hechos concretos. Siempre hubo gran empeño,—dice,—“en llevar á los Clérigos á dichas asambleas” y en atraerlos á empresas tan ajenas del ministerio Sacerdotal, que por fuerza recibiría con ello daño gravísimo. “De estar poseído yo,—continúa—y justamente poseído por estos sentimientos, presenté algunos indicantes en varias partes de mis opúsculos cristiano-patrios: y ahora no puedo menos que decir haberseme renovado y aún radicado más con más los sentimientos mismos, cuando (no hace un mes), llegué á saber que tratándose en cierto Obispado, de resucitar las Sociedades económicas muertas, y como enterradas en él, apenas ó sin apenas quedó ministro alguno en la Catedral Iglesia del mismo Obispado á quien en la primera junta de la capital, no se hubiese nombrado individuo de la misma Asamblea y citado para la concurrencia á sus sesiones.”

Atinadas son por extremo las observaciones

del Obispo, que limitándose á precaver, no prohíbe sinó á los clérigos lo que tolera en los legos por falta de pruebas claras. Siempre fué la medida nota característica en el Obispo de Santander á pesar de la intemperancia que algunos le atribuyen. Menéndez Pelayo más explícito llamando á la economía política del último siglo "hija legítima de la filosofía materialista", escribe respecto á España: "Fueron en más de una ocasión los economistas y las sociedades económicas excelentes conductores de la electricidad filosófica y revolucionaria; viniendo á servir sus juntas de pantalla ó pretexto para conciliábulos de otra índole (según es pública voz y fama) hasta convertirse algunas de ellas, andando el tiempo, en verdaderas logias ó en sociedades patrióticas."

Coinciden el Obispo y el historiador de los *Heterodoxos*. Ventaja, sin embargo, lleva el señor Menéndez Pelayo al Sr. Menéndez de Lúcar en la concisión y precisión de su estilo, que nadie podrá tachar de gerundiano. En cambio, con toda su erudición y elegancia y toda su ortodoxia áuestas vino á caer de bruces en el partido, á que dió vida la electricidad filosófica y revolucionaria, de que nos habla. Lleva toda su ortodoxia áuestas, como se ha dicho; pero esto mismo hace su posición más ridícula que lo serían sus obras si hubieran salido todas ellas de una pluma como la de Sanz del Río ó de D. Nicolás Salmerón.



CAPITULO XXXIX.

La Amnistía.

C 22 de Marzo de 1816 pide Fernando VII al Obispo la carta pastoral analizada en el próximo anterior capítulo. Y apenas transcurre un año, el 29 de Mayo de 1817, pidesele de real orden que “informe reservadamente acerca de la utilidad política de una amnistía general ó con excepciones, ó una medida conciliatoria, tanto en respecto á los que siguieron el partido del intruso como á los comprendidos bajo el título de “opiniones políticas, dentro y fuera del reino, “teniendo presente lo que crea en cuanto al “estado del concepto público en cada uno de esos “puntos, todo á la mayor brevedad.” ¿Cómo en tan poco tiempo sistemas tan distintos por no

decir opuestos? Las circunstancias del reino continuaban las mismas. Ya hemos visto que á principios de 1817 tenía la revolución á su favor casi todo el ejército y varios Capitanes Generales. La mayor parte de los Ministros eran masones, ó se contaba que lo habían sido. De D. Pedro Ceballos, por quien aparece firmada la real carta de 22 de Marzo de 1816, ya sabemos cómo habla don Vicente de la Fuente. Para Lozano Torres, que suscribe la real orden de 29 de Mayo, tiene las siguientes frases el mismo historiador..... "En 29 de Enero de 1817 fué nombrado Ministro de Gracia y Justicia D. Juan Esteban Lozano Torres, el hombre de la adulación, de la ignorancia y de la vileza; pero que á pesar de estos merecidos elogios, que le regala un escritor liberal, no dejaba de ser masón y de haber tenido una logia en su casa en Cádiz durante la época de las Cortes." Lo cual prueba que no anda lejos de la verdad el Obispo al suponer (1) "probable, y más que probable á todas luces," que pide el Rey este informe "por cuanto se ve rodeado, insitado, y acometido de ruegos, llantos y gemidos, que presentan á su tribunal de gracia ó los agentes de los arriba insinuados filosofastros ó estos mismos."

Conque no hay por qué perder tiempo en explicar cambio tan repentino, cuando lo explica el Sr. Menéndez de Luearca en su respuesta del mes de Junio á la Real orden de 29 de Mayo. A Fernando VII, no escaso de sagacidad, le faltaba esa mirada de águila, que han menester los hombres de gobierno sobre todo en circunstancias críticas, como eran entonces las de España. A guisa de médico vulgar, sólo atiende á los síntomas,

(1) Palabras del Informe del Obispo en cumplimiento de la Real orden de 29 de Mayo de 1817, asunto de este capitulo.

mientras el morbosos virus infecciona la sangre y los tópicos de resultado efímero, molestos al paciente, permiten á la enfermedad desarrollarse.

Bueno será, con todo, tener presente, que las doctrinas sembradas habían por fuerza de dar su fruto, que la justicia de Dios reclamaba grandes castigos contra instituciones, dinastías y clases prevaricadoras, y que tratándose de semejantes procesos sirve de fiscal la lógica, y la revolución de verdugo.

No sabemos si la Real orden de 29 de Mayo fué circular. Sólo nos constan la brevedad y la reserva con que D. Rafael Tomás cumplió su cometido. Para convencer de lo primero bastan las fechas de ambos documentos, Real orden é informe. Para demostrar lo segundo bastará con decir, que hasta Junio de 1820, un año después de muerto el Sr. Menéndez de Lúcar, no tuvo conocimiento su familia de asunto tan interesante. Se debe al Chantre la copia manuscrita del Informe, papel difuso cual obra de su autor, pero no escaso de erudición y menos de libertad cristiana, muestra gallarda de varonil entereza, firme carácter y apostólico celo, y prueba irrecusable de que á pesar de los años era D. Rafael Tomás el hombre de siempre.

Transcribirle sería pesado; antójasenos, sin embargo, que no ha de llevarse á mal un extracto sucinto de tan interesante documento, verdadero retrato de la fisonomía moral del Obispo dos años antes de su muerte, cuando ya le faltaban sus fuerzas físicas.

Por más que se proponga el Sr. Menéndez de Lúcar la mayor brevedad y sencillez en este asunto, quiere proceder con lógica, y al efecto expone los fundamentos de su informe, considerando en primer término á cuantos siguieron el partido del intruso y á los sectarios de opiniones

políticas, “menos coherentes á la conservación del Gobierno monárquico” movidos por el filosofismo.

Califica este filosofismo de “tempestad vomitada por el infierno” contra dichos Gobiernos, no por lo que tienen de monárquicos, sinó en cuanto conducentes “más que otros á fomentar la Religión cristiana.” Afirma que á mediados del siglo XVIII nos comenzó á invadir esta secta, y con tal éxito, que al principio de la Revolución francesa, ya “se vió apoderado (el filosofismo) de “españoles los más visibles.” Más tarde, cuando en Napoleón se despierta la codicia de España, le allanan el camino los sectarios, y aun después de la Restauración “todavía vive en nuestros mismos Estados españoles, todavía obra, todavía maquina el filosofismo, “é indicando los hechos demostrativos de tal aseveración, ó sean las repetidas conspiraciones mencionadas en el próximo anterior capítulo, exclama luego: “¿Son por ventura “poco claros eructos de soberbia tanta los notorios retrasos, entorpecimientos y aun contravenciones que padecen en su ejecución las dirigidas “á restablecer en su religioso corazón al reino “católico órdenes cristiano-políticas, órdenes en “todo y por todo salubérrimas, que hizo extender “nuestro católico monarca, la del restablecimiento “de los Jesuitas, la reforma de estudios generales.....?” Y aquí se queja el Obispo entre otras muchas cosas de la tolerancia del Gobierno con la publicación de novelas fautoras del filosofismo, en cuanto presentan á sus héroes adornados de todas las virtudes sin el auxilio de la Religión y sin mentarla siquiera; sistema de propaganda sagaz é hipócrita y de grande eficacia, tratándose del vulgo aficionado á frívolas lecturas, que reputa excelentes si acaso no adolecen de impúdica grosería.

Es otro de los presupuestos que, según el Obispo, deben tenerse presentes para emitir dictamen la indiferencia de los poderes públicos en las grandes calamidades, por medio de las cuales parece que Dios trata de atraer y convertir á gobernantes y gobernados, moviéndoles á penitencia.

Pero á dos pueden reducirse en opinión del Sr. Menéndez los motivos determinantes de la Real orden de 29 de Mayo. Pide Fernando VII el Informe, lo primero por cuanto se ve "rodeado, "instado, y acometido de ruegos, llantos y gemidos que presentan á su tribunal de gracia ó los "agentes de los arriba insinuados filosofastros, ó "estos mismos," y lo segundo por su natural deseo de festejar un suceso que todos esperan (1) y congratularse con el pueblo, sellando por este medio su amor á todos.

Sentados los presupuestos dichos, no constará gran trabajo adivinar cómo piensa el Obispo en cuanto á la amnistía. Tal vez lo referente al fausto suceso suspenda un tanto al lector. Pero advertido desde ahora será excusado añadir, que D. Rafael Tomás procede con lógica inflexible y con su habitual entereza no quebrantada por achaques, trabajos y años. De sentir son con todo lo difuso de su estilo y otros defectos, que deslucen la forma de un documento interesante y su inteligencia dificultan.

Por de pronto, el Obispo da muestras de conocer la Corte sin nunca haberse acercado á ella. Sabe que le consulta el Rey á instancias de los mismos á quienes habrá de aprovechar la amnistía; lo cual da clara idea de aquel ambiente. Don Rafael Tomás y el historiador de las *Sociedades secretas* están acordes. La lealtad parece

(1) El nacimiento de un príncipe ó princesa.

vinculada en las personas de clase humilde. Sólo el pueblo y el Clero son leales, como viene á decirlo el Sr. Menéndez de Luarca en su Pastoral de Mayo de 1816.

No duda el Obispo "que los Príncipes soberanos, en punto á perdonar delitos de sus súbditos, tienen las facultades que no tiene hombre alguno de los inferiores á su dignidad." Pero *id possumus, quod jure, quod juste possumus* añade, y considerando que las amnistías generales equivalen á un olvido absoluto de los delitos, se dirige á cuantos reyes pudieran haberlas concedido y les increpa con las palabras de San Bernardo al Papa Eugenio: *Sic facitendo probatis, vos habere plenitudinem potestatis, sed justitiam forte non ita; facitis hoc, quia potestis, sed utrum et debeatis, quaestio est.* De que sean inapelables las decisiones del Rey, no es consecuencia que pueda el Rey imponer su voluntad caprichosa con desprecio de la razón. Jesucristo, Rey de los reyes, dijo: *Non veni facere voluntatem meam, sed ejus qui misit me.* No deben los poderes públicos atentar contra los fines sociales, que sintetiza la justicia.

"En los tiempos presentes,—dice D. Rafael Tomás,—ó en las circunstancias del tiempo y del reino, y al fin en el estado de cosas, que dejan insinuado mis presupuestas verdades..... decretar "y publicar amnistías en respeto á los que siguieron el partido del intruso, y á los comprendidos "bajo el título de opiniones políticas dentro y "fuera del reino, todo con presencia del concepto "que crea tenerse en el público sobre cada uno "de estos puntos..... por más que á ello se..... "apliquen excepciones conciliatorias, será atizar, "soplar, fomentar, y así encender más y más el "fuego devorador de la Patria y de la Religión. "Sería, por consiguiente, proceder semejante un "proceder irracional, injusto, antipolítico, anticris-

“tiano, anticatólico, ajeno por eso, extremadamente ajeno de los reyes españoles, capaz de tiznar y aun de oscurecer el nombre de los “Fernandos.....”

Parécele con todo eso, que tanta severidad ha de ser reputada cosa impropia del Rey y del Obispo. Si el mismo Dios se hizo hombre para mostrarse más accesible á los hombres, ¿por qué ha de resistir el Rey á su benévola inclinación que, realizada, le atraería sin duda la gratitud y el amor de sus mayores enemigos? Si la Iglesia declara indignos del sacerdotal ministerio *ex defectu lenitatis* á quienes falta “su tan amada blandura.” ¿Cómo el Obispo, en vez de pedir misericordia y enjugar lágrimas, se opone á la clemencia?

Mas prescindiendo por ahora de las circunstancias del caso, y atento el Obispo nada más que á los principios generales, en cuanto al Rey asienta que no están puestos los reyes precisamente para perdonar los delincuentes, sinó *ad vindictam malefactorum, laudem vero bonorum*. Obre bien el que quiera no temer la potestad soberana, y de la misma potestad será alabado; porque ministro de Dios el Príncipe, para con el temor de las penas reprimir á los malos, ciñe espada. *Dei minister* llama San Pablo al Príncipe, *vindex in iram ei qui malum agit*. Y añadió San Pedro: “debía ser todo así, no sólo por ser tal la voluntad de Dios, mas también *ut benefacientes obmutescere faciat imprudentum hominum ignorantiam*.” El buen comportamiento de los súbditos impone silencio á la ignorancia murmuradora del Rey, cuya política no halaga las pasiones aviesas.

De ignorantes nada más sería forjarse ilusiones respecto á los efectos de una vulgar clemencia; que la clemencia verdadera no se opone á la

severidad. Si ésta nos hace habitualmente inflexibles en el castigo de los delitos cuando la razón así lo pide, aquélla nos predispone á suavizar el rigor, si la razón alguna vez lo impone. Una y otra cualidad han de ser racionales para que no degeneren los clementes en débiles y los severos en crueles. Supuesto lo cual, no se concibe oposición alguna entre la clemencia y la severidad. La razón no puede oponerse á la razón.

Y debilidad muy grande, temeraria imprudencia sería lo consultado, si á decretarlo se llegase. Hombres sin "fé, sin religión, sin Dios," llama el Obispo á los sectarios del filosofismo, que no saben agradecer ni arrepentirse. Mal se consigue la paz abriendo las puertas del católico reino á los enemigos del Altar y del Trono, conspiradores perpétuos contra todo político sistema fundado en tales bases. Los hechos estaban muy recientes. "Una vez rota la espada," --dice Saavedra Fajardo, á quien se copia en el informe,-- "una vez rota la espada, no admite soldadura. "Quien se fiare de una amistad reconciliada, se "hallará engañado, porque al primer golpe de "adversidad ó de interés volverá á faltar." Entre las logias y la Iglesia no puede haber alianza. Reconciliarse con Satanás vale tanto como declarar á Dios la guerra. Contemplando á los revolucionarios se promueve la revolución. María Cristina, la viuda de Fernando VII, pudo más tarde aprenderlo por experiencia propia. Otra experiencia invoca el Sr. Menéndez de Lúcar copiando á D. Gonzalo de Illescas, que atribuye la propaganda protestante, con energía tan oportuna reprimida por nuestra Inquisición, á los predicadores encargados de convertir herejes en las provincias de Alemania é Inglaterra. Si tal pasó con los mensajeros de la verdad, ¿qué no debería temerse de quienes á tierra extraña huyeron per-

vertidos y allí se pervirtieron más? ¿Habían de convertirse á la verdad en la patria pecisamente del error?

Contesta luego el Obispo á las reconvenciones que podrán hacérsele, considerándole transformado de Ministro de paz en atizador de rencores. Respecto á la mansedumbre eclesiástica, tan decantada por los enemigos de la Iglesia, habló y no poco el Sr. Menéndez de Luarca en su Pastoral de 29 de Mayo de 1816, y á lo allí dicho se remite ahora. El Obispo que "debe hacerse todo para todos," de todo debe tener, de severidad y de dulzura, como que de la una y de la otra se vale Dios para sus fines. Pero tratando de aclarar dudas, refiere dos ejemplos, que son en la materia lecciones prácticas. Ofrécenos el primer ejemplo San Dustano, Arzobispo de Cantuaria, Inglaterra, y toma luego el segundo del Conde Eurembaldo de Burbam.

Figura el Arzobispo Dustano entre los que más santamente cursaron el tumultuoso mar de los palacios. Fué muy amado de los reyes y "fué otro tanto perseguido y varias veces despedido "de.... la Corte, y condenado (ó premiado) en un "riguroso retiro á su diócesis: fué con esto un "santo que tanto en las vicisitudes del mundo en "que bogaba, como en el sosegado gobierno de "su diócesis, promovió altamente la cristiana pío-severa, ó severo-pía política, que debe gobernar "en todas partes." Pues bien; como se hallaran un día de Pascua el Prelado dispuesto para celebrar la Misa, y el pueblo reunido para oirla, y llegase á oídos del Arzobispo la suspensión del "suplicio extremo á que estaban condenados tres "monederos falsos, se empeñó él en no celebrar "el Santo Sacrificio mientras que no se hubiese "ajusticiado á los tales delincuentes." Hecho lo cual, comenzó la Misa San Dustano, y mientras

la celebraba, una blanca paloma estuvo sobre su cabeza, y fué regalado "con la más extraordinaria ternura, devoción y lágrimas," según lo cuentan varios historiadores entre quienes figura el P. Rivadeneira, "en su *Flos sanctorum*, bajo "el día 1.º de Mayo."

Admira y suspende la relación del caso; pero no menos ha de sorprender el otro caso por el Obispo insinuado. La severidad del Conde Eurembaldo de Burbam en el lecho de muerte con sus terribles circunstancias es ejemplo elocuente de cómo á todas las consideraciones han de sobreponer la justicia quienes de Dios reciben el encargo de gobernar los pueblos. Tenía el santo Conde Eurembaldo un sobrino disoluto, que atropellando divinas y humanas leyes hizo violencia á una doncella; súpolo el Conde, y cerciorado de tan horrendo crimen mandó aplicar al sobrino la última pena. Era gran personaje el delincuente, grande su influjo y no menor la debilidad de los jueces; conque persuadido Eurembaldo de que no se haría justicia en este caso mientras que por sí mismo no la hiciese, mandó llamar al sobrino, y cuando le tuvo cerca, eparentando abrazarle, con un puñal que ocultaba le dió muerte.

Que se habló del suceso con escándalo, no habrá por qué añadirlo; pero el Conde, tranquilo en su conciencia, sólo pensaba en preparar su alma para comparecer ante Dios. Acercábase con la hora postrera la ocasión de recibir los Sacramentos. Quiso el Obispo administrárselos, pero no quiso el Conde arrepentirse del acto ejecutado. Visto lo cual, el Obispo no dudó en reputarlo impenitente é indigno de recibir la Comunión. Salió pues del aposento con la Sagrada Forma; pero "volviendo el cielo"—dice D. Rafael Tomás—"por el crédito del Conde, y viniendo á cano-nizarle justo juez..... la misma Sagrada Hostia

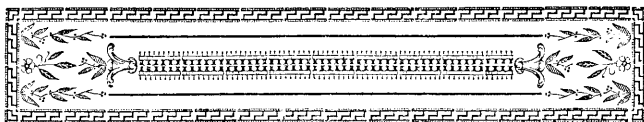
“intrépida se le salió de entre las manos—al Obispo—y volando se fué á entrar en la boca “del bendito Conde.” Así lo refieren, con otros (1) “no en poco crédito de su certeza el tan mal “contentadizo crítico. . . . Feijóo.”

Dicho queda cómo piensa el Obispo de Santander acerca de la amnistía que de orden del Rey se le consulta. No asiente á la amnistía consultada, pero en cambio propone al Rey otra amnistía. Le propone alcanzar de Dios perdón general de los pecados que pesan sobre España, de los pecados cometidos en el reinado de Fernando VII y en los de sus antecesores. Indica la relación que media entre unos y otros pecados y la necesidad de abominarlos por modo franco, público y solemne. Urge á su juicio obtener de la santa Sede un general y amplio jubileo, y á imitación de San Remigio dice á Fernando VII lo que aquel Santo dijo á Clodoveo: *Si quereis, Señor, gozar los frutos del bautismo* (2), *adora quod incendiasti, incende quod adorasti.*

Extiéndese luego en varias consideraciones, refiere algunos hechos concernientes al asunto de que trata, propone una grande reforma en las costumbres y concluye: “Empréndase ésta: hágase “con constancia y con empeño cristiano; y se “verá lo que hace Dios óptimo máximo. Que se “vea, tal es mi gran deseo. Que se efectúe, esto “queda pidiendo al Autor de todos los bienes y “al sin quien ni rey alguno ni todos los reyes “juntos valen un comino.”

(1) Tomadas estas palabras del Informe.

(2) No aplica D. Rafael Tomás á Fernando VII las palabras de San Remigio á Clodoveo por manera absoluta; quiere significar con ellas, que se debían restablecer las prácticas abolidas por el filosofismo y abolir otras, que al filosofismo debían su origen.



CAPITULO XL.

Últimos tiempos de D. Rafael Tomás.—
Entrega su alma á Dios.

DE cómo á pesar de años y achaques conservaba D. Rafael Tomás claro su entendimiento y todas las energías morales de sus mejores tiempos, dan testimonio la Pastoral de 1816 y el Informe de 1817. Todavía en 1818 y en Abril de 1819, escribe de su puño cartas donde rebosan su cristiano celo y su gracejo. He aquí la muestra. ¿Cómo podíamos dejar de presentarla siendo la última que conservamos?

“¡Aleluya! ¡Aleluya! Con pascuas de Resurrección me vienes ahora, mi buen sobrino B., en arrepentimiento de la falta que sobre esto

“tuviste en la Pascua de Natividad? ¡Vitor tú; y
 “viva Jesús! ¡Aleluya!; que es decir: *Bendito sea*
 “*Dios*. Bendito, alabado sea, amén, por que tales
 “pensamientos te da, y bendito en tí sea (Amén,
 “¡Aleluya!) dándote cada día mejores y mejores
 “deseos de servirle y de por su servicio subir
 “allá, allá arriba (más arriba de la Giralda) donde
 “es un perpétuo ¡Aleluya! lo que se canta y goza.
 “Una visita de mi parte al Sr. Arcediano Tafalla;
 “y que convidado por mí, como desde ahora te
 “convido á comer en su mesa hasta dos veces en
 “lo que falta de este mes, y hasta fines del si-
 “guiente... te harte y se harte de escabeches be-
 “sugueros, sardineros, calabaceros, etc.

“Con esto no más, que estoy demasiado viejo
 “para escribir. Vaya como quiera mi episcopal
 “bendición. *Benedicat te omnipotens Deus.—Pater*
 “*† et Filius †, et Spiritus Sanctus † Amén Aleluya.*
 “*Aleluya Amén.—El tío de Santander.—Santan-*
 “*der, 23 de Abril de 1819.*“

Habíase descuidado el mozo en dar las pas-
 cuas de Natividad al viejo. Suple esta falta por
 las de Resurrección y le contesta el tío en la
 transcripta. Por lo visto el sobrino B. no debió
 de omitir la cruz en la suya, ya que mereció ser
 contestada por el Sr. Menéndez de Lúcar.

Mas á pesar del buen humor que revela dicha
 contestación, las fuerzas físicas del Obispo decaen
 á toda prisa. Si desde su llegada á Santander en
 12 de Septiembre de 1814 reanudó sus pastora-
 les trabajos sin descuidar absolutamente nada de
 cuanto á los deberes de un Prelado concierne,
 daba en todo á conocer su gran debilidad. En
 1815 rodó las escaleras de una casa donde se
 hallaba en Comillas con motivo de la Santa Visita;
 pero aun con esto pudo continuar aquélla sin
 menoscabo de la salud. Más tarde, sin omitir nin-
 guna de las funciones propias de su ministerio,

tenía que suspenderlas para continuarlas después de haber descansado.

Conociendo que cada día se imposibilitaba más para el trabajo, y conociendo también la importancia de la Pastoral visita, sobre todo después de la invasión francesa, que tan mala semilla dejara en el país, pensó en renunciar el Obispado y á punto estuvo de hacerlo. Sinó realizó su pensamiento, débese á la intervención de personas graves que se opusieron á ello, exponiendo al Obispo consideraciones de gran peso. Sólo atendiendo á las consideraciones dichas pudo ceder en su propósito. Pero así y todo, no quiso dejar de visitar. Consideraba la visita deber indispensable. Los archivos parroquiales habían padecido un tanto, y era preciso subsanar los menoscabos ocasionados por la guerra. Dábanle cuenta de no pocos escándalos, á que sólo era capaz de poner término la presencia del Prelado. Faltábale por visitar la tercera parte de su Diócesis al concluir sus días. No era grande la falta tratándose de una visita comenzada en 1815.

Cómo por la suma debilidad del Prelado se hacían estas visitas, dicho queda en el capítulo XIV. No hemos de reproducir ahora lo que ha visto allí el lector. Pero aun á riesgo de repeticiones, no pasaremos en silencio los trabajos apostólicos que precedieron más inmediatamente á la muerte de D. Rafael Tomás. Tiene la palabra al Chantre. ¿Quién mejor que tan ejemplar sacerdote y tan íntimo confidente del Obispo puede hacer uso de ella en este caso? Sería presunción grande con sus puntas de ingratitud el negarle un derecho ganado á tanta costa. Si amortajó al Obispo, si le sirvió tantos años, ¿por qué no ha de servirle ahora? Base de nuestro trabajo son los apuntes suyos, lo que llama *proceso*. Muchas veces forman sus párrafos parte de nuestro libro.

¿Por qué al ponerle término hemos de postergar su pluma? Hable pues, D. Juan Francisco con toda su naturalidad y sencillez, de más valor para el asunto que todas las elegancias.

“Con ser que este año—1819—se hallaba más “caído de fuerzas, se animó á emprender la Santa “Visita, después de haber hecho las Ordenes de “Trinidad en que se cansó bastante, y no pudiendo dar la Comunión á los ordenados, la dió “uno de sus Capellanes, retirándose él á descansar un poco para concluir las órdenes, como así “lo hizo, sin que haya sentido después especial “novedad. Salió el 16 de Junio á la Vicaría de “Cayón y lugar de la Penilla, cuatro leguas de “Santander. Fué allí á comer, tomando alguna “cosilla de almuerzo en el camino, bien divertido, por ver almorzar con gusto á docena y “media de Clérigos que salieron á acompañarle, “y queriendo descansar otro poco después á la “subida de una cuesta se apeó de la litera, y “tomó dos azucarillos en un poco de agua, holgándose también con ver la ánsia con que las “gentes, dejando sus trabajos concurrían á verle. “Descansó en la Penilla, y viendo que se hallaba “tal cual, resolvió emprender la confirmación el “sábado 19. Celebró Misa, reconciliándose primero. Tomó chocolate, confirmó los chicos de “tres parroquias, alegre y contento. Comió á “medio día como otras veces, sólo al último “sintió como un dolorcillo en el pecho, pero no “le afligía mucho. Durmió la siesta, rezó, y se “puso á trabajar y escribir con un Capellán en “una obrita que tenía entre manos de asunto “bastante delicado por ser de fina Teología, y “que teme el confidente le haya atrasado sus “días, y no le aconsejó la dejare ó dejase este “asunto porque veía que estaba divertido con él. “Se echó en la cama, rezó en ella *Maitines* de

“*Dominica*, cenó lo poco que acostumbraba. Le dejó arropado en la cama el Confidente á las doce de la noche, se retiró á su cama que tenía á la espalda de la suya, con un tabique en medio y aunque despertó algunas veces de «noche, nada le oyó; y visto que no llamaba por la mañana, dijo á un criado que fuese á ver si dormía ó qué hacía. Fué allá, y le halló muerto. Corre á verle el Confidente, y le halló muerto como si estuviera durmiendo. No hizo movimiento alguno, ni abrió la boca, ni los ojos. Por la cuenta, estando durmiendo le acometió el accidente epiléptico que le dió en Portugal, y como estaba tan débil, le llevó en un instante.

“Providencia de Dios fué ésta, sin duda, pues no dejaría de padecer mucho S. I. si muriera por pasos contados, pues aunque se le tenía por genio fuerte, era afligido, y sentía como el que más cualquier quebranto que veía en otros, especialmente de los que trataba con familiaridad. «Además de esto, el Confidente por lo que le ha observado, padecía el pobre fuertes tentaciones, especialmente sobre su eterna salvación, siendo tan bueno como era, y el mismo Confidente le animaba cuanto podía, si le sentía en tales apuros. Dios le probó, y quiso que á su fin no se viese molestado del diablo.”

Hasta aquí el Chantre, en cuya desaliñada relación palpitan los sucesos, circunstancia notable y en los mejores literatos poco frecuente. ¿Desea el lector más pormenores? Pues allá van de mano montañesa; que de justicia se debe á la Montaña toda consideración y preferencia, en cuanto á D. Rafael Tomás se refiere. “En la noche del 19 (1) al 20 de Junio de este pre-

(1) Del Libro donde se registran las mercedes y gracias concedidas por los Illmos. señores Obispos de Santander.

“sente año,—1819—falleció, á la edad de se-
“tenta y cinco años y medio, el Excmo. é Ilustri-
“simo Sr. D. Rafael Tomás Menéndez de Luarda,
“Obispo de Santander, en el lugar de la Penilla,
“de la Vicaría y valle de Cayón, donde se hallaba
“de Santa Visita, habiendo celebrado aquella ma-
“ñana el Santo Sacrificio de la Misa, confesándose
“como lo tenía de costumbre, y confirmado los
“chicos de tres parroquias. Se le halló difunto en
“la mañana del 20 y en la misma postura en que
“acostumbraba quedarse dormido, sin que en el
“día y noche anterior hubiese tenido más que
“una leve indisposición, ó dolor muy tenue en el
“pecho al tiempo que rezaba el Oficio divino con
“dos familiares. El rostro apacible con que fué
“hallado sin notarse haber tenido alteración al-
“guna, la quietud con que se presume murió;
“manifiestan su muerte dulce y semejante á la de
“los justos y escogidos del Señor. Alguna vez se
“le oyó que moriría repentinamente, y sin inco-
“modar á ninguno de sus familiares y criados;
“expresando á uno de sus más allegados días
“antes de fallecer, que en alguna noche le hallaría
“muerto. Fué conducido su cadáver con el acom-
“pañamiento de algunos individuos de esta Santa
“Iglesia, comisionados al intento, y una numerosa
“clerecía, desde dicho lugar en la Penilla á su
“Palacio Episcopal, á cuya puerta le esperaba el
“Cabildo Catedral con hachas encendidas, y un
“numeroso gentío, que había salido á esperarle á
“larga distancia de la ciudad. Colocado en una de
“las salas (sin embalsamar, por haber dispuesto
“en vida que no se tocase en su cuerpo después
“de su muerte) con el decoro y aparato corres-
“pondiente á su elevado carácter, estuvo algún
“tiempo manifiesto al público, y hasta que fué
“conducido con la debida pompa fúnebre á la
“Santa Iglesia Catedral, donde se le hicieron las

“exequias correspondientes á su dignidad, según
 “constituciones de ella, y con arreglo al Ritual
 “Romano. El silencio profundo de los concurren-
 “tes, el semblante pálido y triste de sus amables
 “ovejas, y las lágrimas que derramaban, mani-
 “festaban bien el dolor y sentimiento que sufrían
 “al ver conducir á su querido Padre, á su Obispo
 “y Pastor, al sepulcro que se había preparado en
 “la misma Santa Iglesia. No es fácil dibujar en la
 “estrechez de esta nota un cuadro en que apa-
 “rezcan fielmente pintadas todas sus virtudes, ni
 “es dado á rudos y toscos pinceles acabar y per-
 “feccionar con delicadeza finos y complicados
 “retratos.”

Entre el Altar mayor y el Coro de la Santa
 Iglesia Catedral yacen los restos del venerable
 Obispo. Sobre la sepultura se gravó en piedra
 la siguiente inscripción, cuyos caracteres borra
 el tiempo:



AQUÍ YACE

EL EXCMO. É ILTMO. SEÑOR

D. RAFAEL TOMÁS MENÉNDEZ DE LUARCA,

TERCER OBIPO DE SANTANDER,

GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE CARLOS III,

QUE RENUNCIÓ

LOS ARZOBISPADOS DE MÉJICO Y SEVILLA...

Y MURIÓ EL 20 DE JUNIO DE 1819.

¿Procede ahora que hablemos de funerales?
 Pues hágalo también el Chantre: “De lo que pasó
 “cuando se hizo el entierro, nada se dice, pues
 “dicho se está por lo que las ovejas amaban á su
 “Pastor. El Clero, además de aplicar sufragios

“por el difunto, en cada Vicaría acordó... hacerle
“solemnnes exequias con toda pompa.”

P. S.—Lugar propio tendría en anteriores capítulos cuanto será objeto de los siguientes párrafos, pero entendemos que para mejor grabarlo en la memoria de quien esto leyere y para que sea más ejemplar, conviene referirlo con entera separación de una historia ya terminada.

Escudo de armas.

En íntima relación con la humildad está el escudo de armas del tercer Obispo de Santander. Más de uno podría ostentar sin pedirlos prestados, pero desentendiéndose de los timbres de familia, opta por otros, verdadera expresión del ministerio por quien todo lo deja. El sol derramando luz y vida sobre buenos y malos, nubes cuya sombra benéfica protege á malvados y justos y el Pastor y Maestro que se humilla para servir á quien le debe respeto y obediencia, son los emblemas nobiliarios, con que se honra don Rafael Tomás después de Obispo. Todo lo deja por la Mitra, que para el mitrado es sacrificio (1).

Mortificaciones.

Tratándose de tan apostólico varón, parece que alguna importancia deben tener las mortificaciones, de las cuales muy poco ó casi nada

(1) “Bien pudiera magnificar la gloria del nacimiento de nuestro “Excmo. é lltmo. difunto, distinguido en el Principado de Asturias “por los blasones de nobleza, heredada de sus ilustres progenitores “Infanzones, y sostenida en su esplendor genealógico por sus alian- “zas con familias de primer rango... pero haciendo el elogio de un “gran Sacerdote, según el orden de Melchisedec, que en sus días “agradaba á Dios por la serie y encadenamiento de sus virtudes, “debo hacerlo por el modelo del Rey de Salem, de quien la escritura “alaba las funciones de sacrificador, omitiendo el esplendor de su “genealogía.”—De la *Oración fúnebre* del P. Pamplona.

hemos hablado. El Chantre, que tan de cerca le trataba, poco dice también. La disciplina de tal efecto en el arriero, que presenciaba los ejercicios de la *Milicia Cristiana*, y la que se oyó á deshora en la Vicaría de Carranza, cuando el Obispo supo que los republicanos franceses habían roto la línea por Irún—capítulos XII y XXII,—son los únicos actos de mortificación corporal mencionados expresamente por el Chantre y consignados en estas páginas.

Y, sin embargo, no podemos creer que á estos dos actos se reduzcan las corporales mortificaciones del Sr. Menéndez de Luarca. Verdad es que de ninguna otra nos consta por manera concreta. Pero conocida su historia, ¿quién podrá persuadirse de que no haya sido habitual lo que parece á primera vista extraordinario? Los dos hechos á que nos referimos sin necesidad de más pruebas bastarían para suponerlo, si no mediassen otras consideraciones. El Padre Liaño dice á este propósito: “Edificó una casa—la de Maliaño “—que no debe llamarse de recreación, sinó de “penitencia, porque cuando iba á ella (y lo hacía “todos los años) era para castigar su cuerpo. “Varias veces hacía lo mismo retirándose al Con- “vento de Hano, jurisdicción de Escalante.”

Y aunque no lo dijese el Padre Liaño, bastante indica el Chantre. No cenaba el Obispo, como se dijo en una nota del capítulo X. Cuando la guerra de la Independencia cambió de sistema en esto, pero su cena mientras estuvo en Luarca consistía, según testigo presencial, en un poco de pan y queso. No queremos hablar de la rigurosa abstinencia en los Advientos, Carnavales, y sobre todo Cuaresmas, porque no son objeto nuestro las mortificaciones comunes á toda la familia, sinó las propias del Prelado. Pero teniendo en cuenta lo de no cenar, se ve muy claro sin nece-

sidad de inferirlo, que para D. Rafael Tomás eran todos los días días de ayuno. “Nada puede decir”—el Chantre—“de lo mortificado que ha sido su “Ilustrísima, porque siempre se recató. Mortificado “fué mucho, y sí puede decir que cuando le pedía “las camisas sucias para lavar, no las daba sin “primero detenerse, allá en su cuarto, y no se “sabe lo que hacía con ellas, pues las daba en “vueltas.”

También consta por el mismo Chantre cómo algunas veces se le veían los piojos al Obispo, y cómo á quienes se lo advertían, contestaba con gracia “que aquéllos le ayudaban á vivir porque le sacaban la sangre que le sobraba.” ¿No es posible que para facilitar la evacuación de sangre contasen con algún auxiliar los piojos? “Una vida y una capa mucho tapa,”—dice el refrán;—pero se nos ocurre que cuanto pudiera descubrir la muerte de D. Rafael Tomás vinieron á ocultarlo para siempre tal vez sus previsiones. El Chantre y el pasaje últimamente transcrito del *Libro de las gracias y mercedes* lo confirman. Al tercer Obispo de Santander no se quitaron, por encargo suyo, las ropas interiores con que le sorprendió la muerte. ¿Qué ocultarían esas ropas? No lo sabemos, aunque algo pueda inferirse del cuidado con que las envolvía y preparaba para darlas en los casos á que se refiere el Chantre.

De algunas cosas habla éste al informarnos de cómo amaba el Obispo la pureza, propias ciertamente de tan hermosa virtud, pero propósito además en nuestro juicio para la ocultación de sus mortificaciones. Véanse sinó los párrafos que acerca del caso escribe: “El confidente comensal puede decir, que en los 45 años que “lleva en su compañía, y siempre á su lado, “nunca le ha visto en cuerpo ó sólo con chupa, “ni le ha visto tampoco las piernas. Ha tenido

“muchas veces que tomar pediluvios S. I., y aún
“algunas pocas veces meterse en baño. El confi-
“dente le ponía el agua y el baño cerca de la
“cama, y le hacía separarse de allí, y él se com-
“ponía, y cuando tuvo que meterse en el baño,
“siempre fué con camisa y calzoncillos que allí
“dejaba, y él se ponía otros; y en estos últimos
“años que ya no podía manejarse, le hacía poner
“delante una capa para que no le viese en solo
“camisa y calzoncillos, ó le mandaba cerrase los
“ojos, interin le ayudaba á meter los pies en el
“baño y le cubría. El se calzaba y vestía, y hasta
“tener puesta su sotana ninguno entraba en su
“cuarto, y aún por lo mismo en Portugal le aco-
“metió más fuerte el accidente, pues aunque el
“confidente había cerrado la puerta de su cuarto
“por fuera interin se levantaba, temiendo que
“entrase cuando estuviese á medio vestir, fué á
“echar y echó un pasador por dentro, y al vol-
“verse hacia la cama se cayó, y no tuvo más
“advertencia que agarrar la ropa de la cama, y
“no pudiendo levantarse se quedó en el suelo,
“sin dar aviso ninguno; pero quiso Dios que se
“ofreciese entrarle una carta luego, y visto que
“estaba cerrado por dentro se le llamó, y por lo
“que respondía se conoció que estaba enfermo. Se
“subió por una ventana, se abrió la puerta, y se
“le halló en el suelo, pero que cuidó de cubrirse
“aunque estaba con la chupa y calzón puesto. El
“mismo hasta que le acometió el accidente, vertía
“y limpiaba los dos vasos, y sólo se le hacía la
“cama, que lo mismo le daba que estuviese así ó
“asao, y costaba trabajo hacerle mudar la ropa,
“y aunque se le decía que se le veían algunas
“veces los piojos, respondía con gracia que aque-
“llos le ayudaban á vivir, porque le sacaban la
“sangre que le sobraba. En la noche que murió
“pidió al confidente que le trajese un poco de

“aceite templado para frotar con unos pañitos el
“pecho, porque sentía allí algún dolorcillo, se lo
“llevó, y viendo que estando delicado le podía
“caer por la cama la jícara y plato, le dijo que
“tendría por ello, y no quería hasta que se ofre-
“ció á cerrar los ojos, como así lo hizo, y aún al
“medio de la frotación le dijo: cuidado, ten los
“ojos cerrados. Por lo mismo el Confidente cuidó
“que el cadáver se amortajase á su presencia,
“ayudando él, sin que se le viese cosa de su
“cuerpo, vistiéndole por debajo de la ropa de la
“cama, dejándole la que tenía puesta sin andar
“con ella, y habiendo concurrido allí los dos Ca-
“nónigos comisionados del Cabildo para acom-
“pañar el cadáver, y hablándose de embalsamar
“éste, etc., les dijo el Confidente que no se ha-
“blase de esta cosa, que ya estaba el cadáver
“con las vestiduras sagradas, y que por su parte
“no consentía en ello.”

Aunque algunos de los anteriores pasajes se han transcripto en diferentes páginas de esta biografía, copiamos todo el párrafo, para que pueda el lector formar su juicio con más facilidad y acierto.

El retrato.

Al frente de este libro verá el lector un retrato del tercer Obispo de Santander. Tiene su historia este retrato. D. Rafael Tomás no se dejó retratar en vida. Tampoco fué retratado su cadáver; pero habiendo el Cabildo de Santander “encargado un retrato de nuestro difunto Prelado,” — dice el Chantre en carta de 25 de Enero de 1820, á D. Matías, — “para poner en la sala capitular, encargué yo otro para esa casa de Luarca. Le tengo ya en mi poder, es de vara y media de alto, y como cinco cuartas de ancho.

“Como el difunto nunca quiso dejarse retratar, aunque se descó por varios amigos de fuera de Palacio, no está con toda la liniatura; pero le da enteramente el aire y está muy bueno. Le enviaré cuando haya proporción y sin marco, que ahí se hará, pues no va bien con él. Yo me haré otro más chico. Está con todas las insignias, y en ademán de escribir sentado en su silla.”

Difícil nos parece pintar un buen retrato sin presencia del original. Varios se hicieron entonces del Sr. Menéndez de Luarca, alguno de los cuales hemos visto. Se parecen muy poco los unos á los otros. Se da enteramente el aire y está muy bueno, según el Chantre, el que remitió á D. Matías. Pero á D. Matías no debió de gustar la cara. “Es cierto,”—escribe el Chantre en 3 de Octubre siguiente,—“que el difunto siempre tuvo cara alegre. Bien clamé yo por que se la pusiesen así; pero como con tantos trabajos, y su edad, ya estaba decaído, y así se le veía, no se entró en ponerle más vivo. Yo porque no le puedo olvidar, traté de hacer para mí un retrato, celebrando Ordenes, y le puse cara alegre, como yo le veía. Caro me cuesta; pero gasto con gusto.”

Por donde se ve que, sin embargo de parecerse algún tanto á su original el retrato, no debe ser absoluto el parecido. Pasó el Obispo con la suya. No quiso que parte alguna de su cuerpo ni en vida ni en muerte fuese vista; y no lo fué. No se dejó retratar, y aunque le retrataron después de muerto, no se le pudo retratar bien. En medio de un genio fuerte y un carácter indomable, la humildad sobresalía por extremo en D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca.

Su herencia.

¿Hablares ahora de su herencia? Al Chantre quiso dejar lo que tenía antes de ser Obispo,

que poco menos era que dejarle nada. El retrato que poseemos y algunas cosas más son regalo del Chantre. Todo resulta de las siguientes cartas que él mismo escribe á D. Matías. Dice así la primera de 20 de Julio de 1819:

“Amigo D. Matías: Recibo la de V. de 6 de “este. Celebro se mantenga V. sin novedad. Yo “voy tirando, y procuro no acordarme de lo pa- “sado, aunque mal puede ello olvidarse; habiendo “andado con el difunto 45 años, y mirándome él “más que un padre á su hijo. Después de los Ofi- “cios salimos de Palacio, y con el Mayordomo “me he puesto en posada, interin prevenimos lo “necesario para poner casa.

“El difunto dejó escrita de su puño una me- “moría, especie de testamento, que no hallé hasta “su muerte. En ella me encarga algunas cosas, y “me deja heredero de lo que aquí trajo; pero “como esto eran ropas y algunos cuadros, de “aquéllas en treinta y cinco años ya puede usted “ver dónde estarán. Algunos cuadros quedaron, “y siquiera para memoria, cuando los recoja, “pues por ahora el Deán, como Subcolector co- “gió la llave del cuarto del difunto, enviaré á la “casa de Luarca algunos. En el Oratorio tenía “uno grande de Santo Tomás de Villanueva, “bordado por las monjas de Santa Clara de “Oviedo. Pienso colocarle en la Catedral; pero “si V. lo quiere para colocarle en la Capilla de “Setienes, ó en el Oratorio de Luarca, avíseme “usted, pues hasta ahora no he dispuesto de él.

“La famosa librería que tenía el difunto la “cedió *donatione inter vivos* á su Santa Iglesia; “pero dice que se me den á mí algunos pocos “libros y que yo cuide de enviar alguno á la casa “de Luarca, en memoria de que allí nació etc. “Dígame V., pues, qué libros le acomodan, para “que pueda enviárselos; tratándolo con el Ca-

“bildo, porque así lo dice él. Los Manuscritos
“me los deja á mí. Son muchos. Cuando los
“reconozca, si veo que algunos viene bien se con-
“serven ahí, se los enviaré, pues, aunque yo lo
“diga, la casa de Luarca me llevó siempre aten-
“ción.

“Me hizo también el difunto en su memoria
“algunas otras mandas hasta de dinero; pero los
“colectores de espolios no hacen caso de esto, y
“dicen que no pueden testar los Obispos. Allá se
“las haya, pues á Dios gracias, tengo con que
“pasar y con mi dignidad puedo vivir sin estre-
“chez, aunque ahora al principio tenga que gastar
“para poner casa.”

Véase ahora lo que por vía de recuerdo
mandó el Chantre á D. Matías:

“Santander y Junio 12 de 1820.—Sr. D. Ma-
“tías, mi dueño: No pareciendo barco por aquí,
“que vaya á ese puerto, anduve discurriendo por
“dónde enviaría el retrato de nuestro difunto. Ya
“había yo escrito á Portugalete se me avisase de
“algún barco venatero que fuese ahí, para enviar
“allá el cuadro, y le trasbordase; pero saliendo
“para Gijón un cachemarin de aquí, cuyo capitán
“conozco, me dijeron que podía dirigir á Gijón el
“retrato, porque desde allí no faltaría barco para
“Luarca. Me resolví, y está embarcado á entregar
“allí á D. Juan Bautista Díaz, del comercio, y de
“la casa Dóriga de Oviedo, á quien escribo que
“cuando tenga proporción de barco le dirija á
“V. El retrato va con su marco jaspeado, y do-
“rado, cubierto con papeles y una bayeta, y
“metido en un cajón hecho apropósito, y tiene
“de alto, como siete cuartas, y más de cuatro de
“ancho, según va como unos ochocientos reales
“costó todo; y aunque V. me dijo que pagaría su
“coste, no hay que pensar en ello; pues á Dios
“gracias no estoy necesitado, y debo mostrarme

“agradecido á la casa de Luarca por los favores recibidos, y por lo que me quiso el difunto.

“Va también al mismo sujeto de Gijón, para remitir á V., *una cayada*, bastón que usó el difunto con las insignias de la Pasión, bien puestas.

“Va otro cajoncito clavado, y dentro lleva el crucifijo, como oratorio, que tenía el difunto sobre su mesa de estudio, *otro chico*, que fué de su abuelo de V., y se le dió el tío D. Tomás. “Item *una muleta* con las insignias de la Pasión, que el difunto mandó hacer en Oviedo cuando trató de salir á misionar por su Arcedianato de Grado, y *otra caja* de bronce, que hizo aquí para poner reliquias, y le sirviese de cayada. “It. va el gorro negro que usaba y tenía en la cabeza cuando murió. Van también los papeles de la obra *El recíproco sin y con de Dios y de los hombres*, que tenía delineada, para ir trabajando según pudiese. El primero y segundo tomo están impresos, los demás, con los materiales para cada uno están, y van atados con separación, según el difunto lo tenía dispuesto, y para que no se enreden, así se deben conservar. Va también el papel, que estaba trabajando cuando murió, y no menos era que de *Prades-tinatione*. Va un testimonio, que saqué de la Secretaría de lo que hizo en Santander el difunto, y un otro papel, ó proceso, que yo formé de su vida, acciones y trabajos, para que los hijos de esa casa vean qué sujeto salió de ella. “Va la *Historia Eclesiástica* de Maquer (1), en cuatro tomos. Cada vez estoy más pasmado de lo que trabajó el difunto. No lo he reconocido aún todo. Lo veré despacio, y lo que sea de

(1) Téngase presente que al donar el Obispo su librería al Cabildo dispuso que algunos pocos libros se diesen al Chantre y que de ellos éste mandase un recuerdo á la casa de Luarca.

“remitir ahí para perpétua memoria, ó para que algún hijo de la casa lo concluya, allá irá. Quiera Dios que lo que ahora va, se reciba en paz, usted puede escribir á Gijón á dicho D. Juan Bautista Díaz, pues yo le digo que V. le escribirá.”

Que no hay entre las alhajas dichas ninguna de valor, excusamos decirlo. Unicamente le tienen tan grande como supondrá el lector, para la familia que las posee. De D. Rafael Tomás sólo una cosa se conserva en la Capilla de la Degollación en Setienes, que los inteligentes refutan de verdadero mérito: la cabeza de San Juan Bautista. “Tengo preparada una alhaja de gran gusto” — dice á don Matías desde Santander con fecha que no acertamos á descifrar — “para la Capilla de Setienes. “Es una cabeza primorosa de San Juan Bautista, “puesta en una urna, buena también.... Si se me “proporciona ocasión, la enviaré, y si á tí se te “proporciona, envía por ella.” No sabemos si la remitió el Obispo ó si envió por ella D. Matías; pero con la urna dicha se conserva en la Capilla de la Degollación. Ni la urna ni la cabeza, sin embargo, forman parte de la herencia episcopal: son donación *inter vivos*.

Pureza de conciencia.

Dicho queda cómo el tercer Obispo de Santander purificaba la suya todos los días en el tribunal de la Penitencia. Pero bueno será transcribir los siguientes párrafos del Chantre, autoridad competente para este caso, á lo menos: “El “Confesor del difunto dice: que por lo que ob- “servó en el tiempo que dirigió su espíritu en “estos últimos cuatro años, y en otra ocasión que “con él salió á Santa Visita, todos los días se “disponía para morir, como si cada uno fuera el “último: de aquí su delicadeza y escrupulosidad

“hasta lo más mínimo que pudiera manchar su
“conciencia: de aquí tanta confesión, sin haber
“llegado á celebrar alguna vez, sin reconciliarse
“primero; lo que hacía muchas veces, sin haber
“de celebrar, con tal de que hubiese de ejercer
“alguno de sus propios ministerios: de aquí aquella
“gran voluntad de hacer siempre lo que juzgase
“ser, según ley de Dios, á pesar de las contra-
“dicciones terribles que sufrió por la justicia: de
“aquí, no cometer pecado venial con plena
“deliberación: de aquí, cuando advertía haber
“errado en algunas de sus providencias, y en los
“diferentes asuntos propios del ministerio pasto-
“ral, y en otros comunes, en el trato con extraños
“y domésticos, entonces era la agitación de su
“espíritu: creyéndose abandonado por sus peca-
“dos, atribuyendo á soberbia suya lo que en
“realidad sólo había sido error del entendimiento.
“Así buscaba ingenioso los medios de satisfacer
“al ofendido, sin perder de vista el dicho de San
“Agustín en su regla, hablando de los Prelados:
“*Ne dum nimium servatur humilitas, regendi*
“*frangatur auctoritas.*“

Appendices



APÉNDICE AL PRÓLOGO.

LIC. D. FELIPE DIONISIO DE QUIJANO Y HAZAS,
PRESBITERO, ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS, Y VICE-
SECRETARIO DE CÁMARA DE LA GOBERNACIÓN DE ESTE
OBISPADO DE SANTANDER, SEDE EPISCOPALI VACANTI:

CERTIFICO: Que en el libro donde se registran las mercedes y gracias concedidas por los Ilustrísimos señores Obispos de Santander, y que dió principio en el año de mil setecientos cincuenta y cinco, al folio 384 se halla el escrito siguiente:

FALLECIMIENTO DE S. E. I.—En la noche del diecinueve al veinte de Junio de este presente año, falleció á la edad de setenta y cinco años y medio. el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Rafael Tomás Menéndez de Luarda, Obispo de Santander, en el lugar de la Penilla de la Vicaría y valle de Cayón, donde se hallaba de Santa Visita, habiendo celebrado aquella mañana el Santo Sacrificio de la Misa, confesándose como lo tenía de costumbre, y confirmado los chicos de tres parroquias. Se le halló difunto en la mañana del 20, y en la misma postura en que acostumbraba quedarse dormido, sin

que en el día y noche anterior hubiese tenido más que una leve indisposición, ó dolor muy ténue en el pecho, al tiempo que rezaba el Oficio divino con dos familiares. El rostro apacible con que fué hallado, sin notarse haber tenido alteración alguna, la quietud con que se presume murió; manifiestan su muerte dulce y semejante á la de los justos y escogidos del Señor. Alguna vez se le oyó que moriría repentinamente y sin incomodar á ninguno de sus familiares y criados; expresando á uno de sus más allegados, días antes de fallecer, que en alguna noche le hallaría muerto. Fué conducido su cadáver con el acompañamiento de algunos individuos de esta Santa Iglesia, comisionados al intento, y una numerosa clerecía, desde dicho lugar de la Penilla á su Palacio Episcopal, á cuya puerta le esperaba el Cabildo Catedral con hachas encendidas, y un numeroso gentío, que había salido á esperarle á larga distancia de la ciudad. Colocado en una de las salas (sin embalsamar, por haber dispuesto en vida que no se tocase en su cuerpo después de su muerte) con el decoro y aparato correspondiente á su elevado carácter, estuvo algún tiempo manifiesto al público, y hasta que fué conducido con la debida pompa fúnebre, á la Santa Iglesia Catedral, donde se le hicieron las exequias correspondientes á su dignidad, según constituciones de ella, y con arreglo al Ritual Romano. El silencio profundo de los concurrentes, el semblante pálido y triste de sus amables ovejas, y las lágrimas que derramaban, manifestaban bien el dolor y sentimiento que sufrían al ver conducir á su querido Padre, á su Obispo y Pastor al sepulcro que se había preparado en la misma Santa Iglesia. No es fácil dibujar en la estrechez de esta nota un cuadro, en que aparezcan fielmente pintadas todas sus virtudes, ni es dado á rudos y toscos pinceles acabar y perfeccionar con delicadeza finos y complicados retratos. Bastará que yo indique algunos rasgos de las sublimes virtudes tanto religiosas como sociales, de que está adornada su vida. Un celo verdaderamente apostólico, con un tesón justo, prudente é incomparable: una caridad ardiente y fervorosa para los demás, con una suma pobreza hacia su persona: la beneficencia sin límites, y un amor á toda prueba hacia el Soberano y la Nación, forman principalmente su carácter.

Desde que entró en la Diócesis elevado á la Dignidad Episcopal, no cesó durante su largo Pontificado de treinta y cinco años, de procurar con la persuasión y

con su ejemplar vida la reformación de costumbres del clero y de sus diocesanos. no desemejante á la que consiguieron los Borromeos y Villanuevas. En todo tiempo se le vió lleno de celo apacentar su grey con la divina palabra, por sí mismo y buscando Misioneros, los varones más doctos y religiosos, que la sembrasen con oportunidad y aprovechamiento en el Obispado, y con quienes pudiesen los fieles desahogar sus conciencias. Salía á Santa Visita todos los años, y aún en los últimos de su vida no la suspendió, sin que le arredrase su avanzada edad y graves achaques, sacrificando en bien del rebaño que le estaba encomendado, su comodidad y hasta la vida misma como buen Pastor, cortando toda discordia y escándalos en los pueblos, y sufriendo todas las penalidades que ofrecía, para ejecutarla, la escabrosa, difícil y casi intransitable localidad del terreno por algunos puntos de la Diócesis. Era infatigable en el desempeño de su Ministerio, y con su exactitud santa, é imponderable escrupulosidad en la Visita de los Templos y administración de los Santos Sacramentos de Confirmación y Orden, al paso que formaba un clero á medida de su corazón fervoroso, edificaba á los diocesanos en el santo temor de Dios, procurándoles el mayor culto, y unos Ministros respetables por su ciencia y costumbres. Amaba entrañablemente á todos, y era amado de ellos, habiéndoles inspirado aquella firmeza de que él estaba poseído, en fuerza de la cual, imitando á los Ambrosios y Cantuarienses, sostenía con indecible tesón los derechos de su dignidad. Dispuesto siempre por su defensa á todo trance é infortunio y guiado de aquella sagrada máxima: «A Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César:» nunca dejó pasar ocasión de representar, cual otro Osio de Córdoba, hasta donde alcanzaban los límites de su autoridad. exhortando, amonestando, y aún esgrimiendo la espada espiritual. cuando era necesario contra cualquiera que le usurpara su potestad, siguiendo el documento de San Juan Crisóstomo: *Majorem tu illo habes potestatem*. Se inflamaba, salía de sí mismo y se revestía de la autoridad que había recibido de Dios, en términos que por los sagrados derechos de la Religión y de su iglesia particular, creía de su deber, y se le reparaba propenso á recibir la muerte antes que degradar la autoridad Episcopal con su transgresión. Harto notorios son, y no podrán menos de pregonar esta verdad los muchos recursos y contestaciones que sostuvo con las primeras

autoridades del Reino, y con las de la provincia de Santander, habiendo sellado últimamente el celo que le animaba por la Religión, con haberse resistido constantemente á que en su Diócesis se publicara el decreto inicuo de la extinción del tribunal de la fè, sin temor á la expatriación que le produjo esta su constancia, entre otros motivos. Tal era, que le devoraba el celo de la Casa del Señor.

Habiendo arreglado su Palacio y familia según la más exacta disciplina de los Sagrados Cánones, cuanto le sobraba en sus limitadas rentas, tanto distribuía con larga mano á los pobres. La humanidad doliente, la orfandad desvalida, y los extravíos lastimosos del débil sexo, llamaron desde luego su atención, y encendieron su caridad de tal manera, que le causaba congojas mortales ver á esta naciente ciudad sin establecimientos para ocurrir al remedio de estos males, sin el cual tampoco podía lograrse la corrección y reforma de costumbres. No había en todo el pueblo, para el crecido número de enfermos que tenía, más edificio que el de una reducida y mezquina casa, capaz apenas de doce camas; y entonces este gran Prelado proyectó un Hospital proporcionado á él y á la extensión de toda la provincia; pensamiento interesante que comenzó á realizar en el año de 1791, no sin admiración de unos y risa de otros, al ver las largas líneas que tiraba, sin fondos, y sin saberse de dónde saldría: mas las almas grandes, allanan las mayores dificultades, por insuperables que parezcan; y la de nuestro insigne Obispo, con su ingenio fecundo de recursos, y con su caridad inmensa pidiendo socorros en ambos mundos, á cuantos mantenían relaciones en la Montaña; supo vencerlas con tanta rapidez, que en el año de 1794 vieron todos con asombro, concluido el magnífico y suntuoso Hospital de San Rafael, donde se han visto alguna vez más de seiscientos enfermos colocados, y asistidos á un mismo tiempo, habiéndose empleado en su construcción algunos millones: Monumento eterno de la magnanimidad de su corazón, y que perpetuará hasta las generaciones más remotas la memoria de tan ilustre bienhechor. No la pregonarán menos que la humanidad doliente, los niños expósitos, cuya orfandad digna de la mayor atención, de toda alma compasiva, llamó muy particularmente la suya, habiéndoles comprado otra casa con un terreno muy espacioso con destino á huerta, y sostenido por su escasa dotación en todo el tiempo de su pastoral Pontificado,

del mismo modo que á los pobres enfermos, en cuya curación, y en el mantenimiento de unos y otros expendió con la mayor dulzura y cariñoso esmero gruesas sumas. Parece increíble que sus tenues rentas episcopales bastasen para tantos objetos; pero ello es así, todos lo han visto y palpado; y á pesar de que se invertían en tantos y tan piadosos, y no podían proporcionar socorros á todos los pobres, según le inspiraba su caridad, ninguno se presentaba á su vista, que no fuese de algún modo socorrido, pero siempre lleno de consuelo por la afabilidad y agrado con que lo recibía y oía sus necesidades. Estos inmensos gastos no le impidieron construir de planta la Casa de Recogidas, con el fin de corregir y dar ocupación á mujeres extraviadas, y de costumbres corrompidas, cuyo edificio dejó concluido, aunque lastimosamente no tuvo tiempo de llevar á cabo y perfeccionar tan santo y útil establecimiento. Al paso que era tan franco, tan caritativo y generoso con los prójimos, era sumamente pobre para consigo mismo. Fiel y rígido observador de la austeridad apostólica, no creía tener cosa propia, ni él manejaba, ni sabía manejar dinero; y teniendo muy presente la máxima de los Padres Africanos en el Concilio cuarto de Cartago, detestaba el lujo en todo cuanto tocaba á su persona; usaba de una vajilla común, la precisa para el servicio de su familia; su alimento era el más sobrio, y nunca de bebidas y manjares regalados, absteniéndose de ellos si alguna vez se presentaban en la mesa para los concurrentes, especialmente en las Santas Visitas. Su vestido era también más pobre que su frugal comida. Nunca permitió hacérsele nuevo hasta que, por decirlo así, se caía á pedazos el que tenía en uso. El con sus sagradas manos los componía y remendaba, y cuando su costura no alcanzaba á la composición, era únicamente cuando toleraba se le hiciera otro nuevo. Baste decir que á su muerte sólo se encontró un par de calzones y una chupa, á la que le faltaban grandes retazos en la hoja inferior de las mangas, de puro usadas.

Su alma grande, cortada al parecer para obras de beneficencia, se veía inquieta cuando le faltaba ocupación de esta naturaleza. Así es que construyó de planta una casa de campo en el lugar de Maliaño, no tanto para el recreo suyo y de sus sucesores, como para tener un asilo en la soledad, donde lejos del bullicio y del comercio de las gentes, pudiera dedicarse con más intención á pensar, meditar y consultar sobre el mejor

acuerdo de su gobierno paternal de la Diócesis: y deseoso de que los Jesuitas expatriados, y restituidos á la observancia de su instituto por la bondad de nuestro Augusto Soberano, ocupasen el Colegio de la Compañía, que por Reales órdenes estaba destinado para Palacio Episcopal; y con el de que sus sucesores en la Dignidad pudieran tenerlo propio, compró muy poco antes de fallecer, una casa con terreno inmediato para ensancharla y construir Casa de Santa Pía, ó recolección de Clérigos delincuentes. Digno esposo de su Iglesia, siempre guardó la mejor armonía con su Cabildo, y nunca cesó de hacerle bien, aún sobre lo que se podía esperar de sus fuerzas, elevándole á un grado de decoro y majestad que no tenía. y procurando que los Oficios divinos se celebrasen con la solemnidad que hoy admiran todos. Por una consecuencia necesaria de radicar la *cura animarum* en la Iglesia Catedral, se hacían en ella los entierros de cadáveres de todo el pueblo, y los Oficios de sepultura, celebrándose también en la capilla del Rosario de la misma, á las ocho de la mañana, la Misa popular, en la que no era fácil explicar la Doctrina Cristiana; y en la Conventual del Cabildo, se ponían sobre las sepulturas velas, con cuyo crecido número y calor se embarazaba y aún sofocaba á los concurrentes. También había en la Catedral muchas fundaciones ténues cada una de por sí, y por su disposición se celebraban todos los días muchas Misas, que llamaban cantadillas, con las que se embarazaban é incomodaban mutuamente los celebrantes. El pavimento de la Iglesia Catedral era de tabla desigual. No había valla desde el coro al Altar mayor. En la capilla particular del Santo Cristo, que está al lado del Evangelio del Altar mayor, había una disforme verja de hierro con su puerta, y como las procesiones hubiesen de pasar por allí necesariamente, era preciso bajar la cruz, y estrecharse el Cabildo. Las capillas y sus retablos eran viejos y mal aparejados; y en fin, se notaban otras muchas imperfecciones en la Iglesia Catedral. Hasta en esto explicó su solicitud paternal y desplegó los recursos de su grandeza de alma en todas y cada una de estas, al parecer, menudencias, pero que tanto contribuyen al mejor culto divino y realza la majestad de la Casa del Señor, que principalmente se desea en las Iglesias Catedrales; pues dispuso, en primer lugar, habilitar la iglesia que estaba bajo el pavimento de la Catedral; y expendió muchos miles de reales en repararla, recalzar las pilastras, hacer

estribos por fuera, construir cuatro altares con preciosas imágenes, coro, nichos en la pared para sepulcros de los cadáveres de individuos de la Iglesia; determinando enseguida bajar allí la parroquia, con lo que consiguió que lo que antes más bien parecía parroquia de cualquier pueblo, quedase en el tono de Catedral, y que en una y en otra se celebrasen los oficios propios de cada una sin embarazarse. Redujo las fundaciones de las Cantadillas á un aniversario mensual de todo el Cabildo. con limosna de doscientos reales; á treinta Misas, de cien reales cada una en las ferias y vigiliass, cuya aplicación es libre en el Cabildo, y el sobrante de las fundaciones determinó que se invirtiese en Misas privadas, de cinco reales según su cabimiento. A él se debe que se pusiera valla y cerrase la capilla mayor: que se franquease la del Santo Cristo, se enlosase el pavimento con piedras de Génova, se hiciesen de nuevo los más de los altares, se pintase y jaspease el trascoro, cual hoy se ve; sin que por eso dejase de contribuir para los preciosos ternos blanco y morado que hoy tiene la Iglesia, y para que en su Sacristía se hiciera la cajonería de cahoba, con los adornos que están á la vista. Finalmente, á él se debe que el Cabildo quedase exento de pagos del noveno decimal, á consecuencia de la representación hecha á S. M., en que se demostró la indotación del Cabildo; y el que conserve las casas de su pertenencia, libradas de manos de los satélites de Godoy, tan afanosos por la venta de las fincas de establecimientos eclesiásticos y piadosos, á quienes aterró con la vehemencia de su celo y energía de su autoridad, fulminando contra ellos terribles anatemas. Este cúmulo de beneficios derramados sobre su Iglesia, siempre estará grabado en los corazones de todos los individuos de ella, quienes no dejaron de manifestar su gratitud en alguna ocasión, habiendo acordado pasasen sus comisionados un día de San Rafael á felicitarle los días, presentándole de su parte un precioso Pectoral y anillo guarnecidos de brillantes. con una cadena de oro, de exquisito y delicado labor, en justa demostración de su eterno agradecimiento.

Tan fiel y leal vasallo del Rey como esclarecido Príncipe de la Iglesia, el Excmo. Menéndez, nunca sucumbió á las infames y destructoras empresas del tirano de la Europa, cuando dirigió sus tiros á aherrojar á los valerosos españoles, ni pudo adoptar jamás las fatales y subversivas máximas, que posteriormente de-

ramaron las llamadas Cortes, y el filosofismo. A muy luego que el vil Napoleón dió la primera muestra de su invasión inicua, apoderándose de las personas del Rey y familia Real, al momento dió el grito de gloriosa insurrección, apellidando á los nobles montañeses, quienes reuniendo desde entonces sus esfuerzos á los de las demás provincias del Reino, prepararon la revolución tan constante, que algún día había de triunfar del tirano y sus huestes, abatiendo su orgullo, y había de restituir al Soberano y familia reinante al trono de sus mayores. Por los efectos que produjo esta conducta de S. E. en el ánimo de este nuevo Nabuco, se viene en conocimiento de la excelencia de la causa, á la manera que por el dedo se forma idea de la estatura del gigante. Napoleón, pues, decretó inmediatamente la proscripción de este Prelado, quien para poner á salvo su vida hubo de atravesar los mares, trasladarse á Asturias, después á Londres, luego á Cádiz, y desde allí á Galicia. Aquí se hallaba cuando las Cortes promulgaron la Constitución de la Monarquía en perjuicio de la Soberanía del Rey cautivo; y cuando decretaron entre otras cosas la abolición del Tribunal de la Fé; decretos á cuya obediencia y publicación en su Diócesis se resistió del modo que le era posible á tanta distancia de ella; originándosele de aquí un nuevo género de persecución, aún más terrible é ingrata que la que había estado sufriendo, en razón de que le sobrevino en el momento que esperaba repararse de sus quebrantos, en vez de los premios á que le hacía acreedor su fidelidad y acendrado amor al Rey y á la Patria. Se vió pues, obligado á expatriarse y retirarse á Portugal, y á continuar sin recursos, privado de todas sus rentas, de que había carecido durante todo el tiempo de la revolución. Tal constancia, y tan relevantes méritos unidos á la nobleza de su cuna, no podían menos de fijar la atención del Soberano, y por eso S. M. se dignó condecorarle con la gran Cruz de la Real y distinguida Orden española de Carlos III, y le presentó para el Arzobispado de Sevilla, así como en el reinado anterior lo había sido para el de Méjico; pero S. E. I. renunció ambos Arzobispados, porque con su delicado modo de pensar no era compatible la traslación, ni el desamparo de su primitiva grey, á la cual profesó siempre singular y particular cariño. Fué Colegial en San Pelayo de Salamanca, y en el Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares: Canónigo Magistral, y después Arcediano de Grado, Dignidad de la Santa Iglesia de Oviedo.

Murió, en fin, este varón ilustre por su virtud y santidad y por las muchas Pastorales y otros escritos publicados para instrucción de sus diócesanos; pero vivirá siempre en los corazones de todos sus súbditos, que le amaban tiernamente, como lo acreditaron con los cuantiosos socorros que le ofrecieron y suministraron en su larga y penosa expatriación, haciendo al efecto en la Península y América, voluntarias suscripciones. Vivirá también en el de todos los españoles, por la heroicidad de sus hechos; y el conjunto de sus virtudes, nos persuaden á todos, que su alma está gozando de eterno descanso en la Gloria. Amén.

Santander y Junio 23 de 1819.—LIC. D. FELIPE DIONISIO DE QUIJANO Y HAZAS, *Secretario*.

Y para los efectos que convengan, lo certifico y firmo de orden de los señores Gobernadores del Obispado, Sede vacante, y sello con las armas de la Santa Iglesia Catedral, que son del oficio, en Santander, á veintiocho de Mayo de mil ochocientos veinte.

LIC. D. FELIPE DIONISIO DE QUIJANO Y HAZAS.

P. S.

APÉNDICE AL CAPÍTULO II.

D. Gabriel Mateo Matías Tomás Antonio, de quien se habla en el capítulo II de esta biografía, nació en Setienes el 24 de Septiembre de 1742; cursó Filosofía en la Universidad de Oviedo, y Teología en esta misma Universidad y en la de Salamanca, donde obtuvo Beca de Colegial en el insigne de San Pelayo el 4 de Julio de 1762; la Cátedra de Artes en 1770 y la de Santo Tomás en 1774. Hizo oposición á la Canonjía lectoral de Mondoñedo en Julio del mismo año. Era entonces catedrático de regencia de Artes en Salamanca, Presbítero y Licenciado por la Universinad de Avila. A esta misma oposición concurrieron los Sres. Menéndez Valdés, Canella, López Robés y Flórez Villamil, Doctores por la Universidad de Oviedo. En 1776 se opuso y ganó la Canonjía Penitenciaria de Segovia. Fué persona (1) de gran literatura, entendimiento y virtud, autor de las primeras adiciones al *Catecismo del P. Astete*; de un *Catecismo de Doctrina Cristiana*, en 8.º, impreso en Valladolid el año de 1787; y de un compendio sobre el mismo asunto para los niños, en 12.º Murió en Segovia á las doce del día 28 de Abril de 1812.

En el capítulo II, página 25, nota primera, se dice: «Ya habían muerto D. Lope Matías y D.^a Rosa María.» En efecto, había muerto D. Lope Matías, pero se padeció

(1) En ingenio le consideraban algunos superior á su hermano D. Rafael Tomás.

una equivocación al suponer muerta á su mujer. He aquí la partida de defunción de esta señora suscripta por su hijo D. Matías Ignacio Menéndez de Luarca, Cura Abad de Grandas de Salime:

«El año del Señor de 1782, el día 1.º del mes de »Diciembre, D.^a Rosa María Queipo de Llano, hija »legítima de D. Juan Queipo de Llano y de D.^a Magdalena de Sierra y Cienfuegos, vecinos que fueron de »Santianes de Tuña, Tineo, natural de allí la hija y »avecindada en esta villa de Grandas, viuda de don »Lope Matías Menéndez de Luarca y Tineo, vecino »que fué de Setienes, en Luarca, de 82 años de edad, »dió el alma á Dios y su cadáver fué sepultado el día 3 »del referido mes en la Capilla de Nuestra Señora del »Carmen de esta Colegiata; fué sacramentada; hizo »testamento, siendo su heredero y testamentario su »primogénito D. Juan Matías Menéndez de Luarca y »Tineo, vecino de Luarca.» (Siguen los funerales y misas). Obra esta partida al folio 103 del libro del particular.

APÉNDICE AL CAPÍTULO IV.

Como hayan sido personas muy notables algunos asturianos, que con D. Rafael Menéndez de Luarca se opusieron á la Canonjía Magistral de Oviedo, hemos procurado adquirir noticias suyas, para darlas á conocer en este Apéndice. He aquí cuanto hemos podido averiguar:

Lamuño.

D. Francisco Antonio Lamuño, nació en Rojades de Bimenes, año de 1738, y cursó Teología en la Universidad de Oviedo, dando gallarda muestra de talento y saber con brillantes ejercicios en actos académicos y grados. Hizo seis oposiciones á cátedras de Artes, y dos á cátedras de Teología, sustituyendo unas y otras varias veces. Obtuvo en propiedad una en Artes en 1771. El año 1770 se opuso con el Sr. Menéndez de Luarca y otros á la Canonjía Magistral de Oviedo: fueron sus ejercicios aprobados. En el concurso de 1771 obtuvo el curato de Pola de Siero. En 1783 tomó parte en las oposiciones verificadas en la Catedral ovetense para la provisión de la Canonjía-penitenciaria y obtuvo catorce votos. Más tarde figura en el Cabildo de la misma Catedral.

A su lado estudió y se formó el famoso Magistral D. Pablo Rocés Lamuño, varias veces Rector de nuestra Universidad literaria como D. Francisco Antonio lo había sido.

A la misma familia pertenecía el desgraciado Bachiller D. Alejandro Lamuño, víctima de nuestras discordias civiles.

Ilustre fué el apellido Lamuño: á la nobleza de su origen se agregaba la superior nobleza que ganaron con su ciencia y virtud D. Francisco Antonio y D. Pablo. Pero lo que más acredita la virtud y carácter de don Pablo es un hecho que vamos á referir sucintamente según por tradición llegó á nuestros oídos. Insinuado queda el suceso en las frases dedicadas al joven D. Alejandro.

Cuando quien esto escribe no era viejo, contábase tan triste historia en los siguientes ó parecidos términos. De 1820 á 1823 imperaba el liberalismo. No eran liberales los Lamuños, aunque D. Pablo no tomase parte activa en la encarnizada lucha que pueblos y campos inundó entonces de sangre. Pero D. Alejandro, sobrino del Magistral, mozo de bríos y convicciones católico-monárquicas, dió pruebas de que lo era. No sabemos á punto fijo á dónde le llevó su arrojo, aunque sí consta que sometido á un proceso, fué condenado á muerte. Su juventud, su valor, la nobleza de su cuna, el prestigio de su tío y las simpatías del pueblo, realista por aquel tiempo hasta el delirio, excitaron interés general.

La terrible sentencia estaba para cumplirse: el joven sentenciado entró en capilla. Pero los realistas de Oviedo no podían conformarse con la ejecución de Alejandro Lamuño. A su tío se propusieron varios medios para salvarle, en todos los cuales entraba como principal elemento la inteligencia con el reo. Tratábase de una fuga, que se debía realizar camino del patíbulo. Era el sitio designado la Magdalena del Campo, hoy calle de Pelayo. Según el plan concebido, al llegar á dicho punto la fúnebre comitiva, los conjurados desmontarían al reo de la caballería menor en que desde la Cárcel fortaleza al Campo de San Francisco, sitio designado para la ejecución, era conducido Lamuño. Benevolencias obtenidas en la escolta y la multitud que se apiña en estos casos para ver el cortejo fúnebre, favorecerían el proyecto. Un caballo convenientemente dispuesto debía esperar á cierta distancia, y montado que hubiese en él D. Alejandro, podía ser considerado en salvo.

Mas el plan, por bien concebido que estuviese, no prometía éxito seguro; por lo cual D. Pablo más celoso de la salvación eterna de su sobrino que de su vida temporal, no aceptó el atrevido proyecto. Que se prepare á bien morir mi sobrino, que nada le distraiga, dijo, que nada comprometa su eterna salvación.

Y el plan fué desechado, pero no cesaron los realistas

en su propósito. Cuentan que se trató con el verdugo.... Llegó el reo al patíbulo y sentado en el fatal banquillo, hizo su oficio el ejecutor. Pero he aquí que al levantar éste el pañuelo que cubría el rostro del ajusticiado, abrió Lamuño los ojos. No estaba prevenido. D. Pablo se opuso tenazmente, como ya hemos dicho, á que al sobrino se hiciesen concebir humanas esperanzas. ¿Qué pasó entonces? Arrojemos un velo sobre la escena. Sonó un tiro que no disparó un soldado... y Alejandro Lamuño, piadosamente pensando, subió al cielo.

González Villar.

D. Juan González Villar y Fuertes, nació en Luanco año de 1746, siguiendo en la Universidad de Oviedo las carreras de Cánones y Teología. En 1767 obtuvo el grado de Doctor. Regentó varias cátedras. Fué Colegial en el Mayor de San Ildefonso de Alcalá. Se opuso á la Canonjía Magistral de Oviedo y á la de Mondoñedo. En 1798 ganó la Canonjía lectoral de León, y en aquella Catedral fué más tarde Abad de San Guillermo, y después Dean. Murió en 1820.

Es autor de las siguientes obras:

El verdadero político para Dios y para el mundo.

Tratado de la Sagrada Luminaria.

Suplemento ó adiciones al tratado de la Sagrada Luminaria.

Refutación de varios errores reproducidos con ocasión de la revolución francesa y española.

Gozó fama de orador. Entre sus sermones se citan la Oración fúnebre en las honras de Cisneros, año de 1772, y el de la traslación de la Iglesia parroquial de San Isidoro de Oviedo á la de la Compañía de Jesús.

También escribió *La Judith*, poema épico en dialecto bable, sobre el que un autor anónimo escribió otro publicado por el Sr. Caveda, que toma mucho de la obra del Dean leonés, según manifiesta el Sr. D. Fermín Canella y Secades en su nueva edición de las *Poesías selectas en dialecto asturiano*. Debemos al Sr. Canella las noticias académicas relativas á Lamuño y González Villar.

APÉNDICE AL CAPÍTULO VII.

D. FR. FRANCISCUS ARMAÑÁ DEI ET APOSTOLICÆ SEDIS
GRATIA EPISCOPUS AC DOMINUS LUCENSIS, REGIUSQUE
CONSILIARIUS, &.

Universis et singulis præsentis Litteras inspecturis
notum facimus, et attestamur. Nos de mandato et co-
missione SS.^{mi} D. N. Domini Pij. Divina Providentia
Papæ VI. per suas Litteras Apostolicas sub Plumbo
expeditas Romæ apud S. Petrum anno Incarnationis Do-
minicæ millesimo septingentesimo octuagesimo quar-
to, sexto Kalendas Julij, Pontificatus sui anno decimo,
et per Nos debita cum veneratione receptas, post præ-
sentationem et publicationem dictarum Litterarum, in
templo S. Martini Ordinis S. Benedicti civitatis Com-
postellanæ, Dominica decima quarta post Pentec. et
secunda Septembris, Assistentibus Il.^{mis} et Rev.^{mis} in
Christo Patribus Dominis, D. Francisco Quadrillero
Episcopo Mindonensi. et D. Joanne Varela Fondevila
Episcopo Tanensi, Auxiliario Compostellano, Rmum
in Christo Patrem Dominum Raphaelem Menendez de
Luarca. eadem Dei et Apostolicæ Sedis gratia electum
et confirmatum Episcopum Santanderiensem (recepto
prius ab eo debitæ fidelitatis juramento) in Episcopum
consecrasse, munusque Episcopalis consecrationis eidem
præsentî, et humiliter flexis genibus devote recipienti,
et acceptanti impendisse. caput ejusque manus Oleo, et
Sancto Chrismate ungendo: Baculum Pastoralem traden-
do, Chirotecas manibus. digito Annulum. et in capite
ipsius Mitram imponendo, ipsumque et Episcopum et
Pastorem in Sede, seu Faldistorio intronizasse, cum
cæteris alijs Cæremoniis solemnibus in similibus adhiberi
solutis, et juxta formam et consuetudinem sanctæ Roma-

næ Ecclesiæ in talibus observatam; cooperante Nobis gratia Spiritus Septiformis; præsentibus ibidem pro testibus, Dominis, D. Josepho Valsinde, D. Agustino Victorero, Canonicis Ecclesiæ Compostellanæ, D. Tiburciodel Riego Ecclesiæ Mindonensis Gymnasiarcha, et Rmo. P. Fr. Joanne Ron Monasterij S. Martini Abbate, ac quamplurimis alijs discretis Viris eidem actui interessentibus. In quorum fidem præsentēs Litteras manu nostra subscriptas, sigillo nostro munitas, ac per infrascriptum nostræ Camerae Secretarium referendatas expedire jussimus Luci die nona Septembris anno Domini millesimo septingentesimo octogesimo quarto.

Fr. Franciscus Epus Lucen.^s

De mandato Illmi Dni mei Episcopi.

D. Angustinus Soler Sriu.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XI.

LA CAPCIOSIDAD. ⁽¹⁾

CUENTO POPULAR.

I.

En Octubre de 1879 andaba yo por las Encartaciones de Vizcaya, porque en tal estación tiene para mí muchos atractivos la vida campesina, sobre todo en el litoral Cantábrico donde la temperatura ocupa un grado intermedio entre el calor del verano y el frío del invierno y la naturaleza participa de la belleza y la gracia de la juventud y de la majestad y la madurez de la edad viril.

Pernocté en Sopuerta un sábado, y el domingo inmediato me levanté muy temprano con objeto de dirigirme á Trucíos pasando por Labarrieta y Arcentalles que tenían para mí, además de los atractivos de la estación, el de los recuerdos de la infancia, muy poderosos é influyentes en mí.

Cuando yo era aún niño, todas aquellas laderas que con el nombre de Sopena dominan, por la banda derecha, el río desde Lacilla á Labarrieta, estaban, no como ahora desnudas de arbolado, sinó cubiertas de frondosos castaños en que tenían participación casi

(1) Se toma este apéndice del *Noticiero Bilbaino* correspondiente al lunes 14 de Febrero de 1881.

todos los vecinos de los barrios de Alcedo, Arroyos y Santagadea, cuya gente menuda gustábamos más que de la escuela de Mercadillo, de los castañares de Sopeña así que los erizos comenzaban á «reguillar» ó abrirse mostrando el fruto maduro.

La estación de las castañas, de las nueces, de las manzanas y aún de las uvas y los higos, aunque éstas y éstos suelen anticiparse un poquito, es el mes de Octubre, precisamente cuando yo andaba por los amenos valles natales.

Aunque los castañares de Sopeña hubiesen desaparecido casi totalmente, quedaban bastantes camino de Labarrieta, ribera del río arriba, para que á mi paso las castañas, desprendiéndose del erizo, me dieran coscorrones, y aunque el tiempo de las uvas y los higos iba pasando, aún al cruzar por Labarrieta no faltó quien, con un jarro de mosto en la mano, saliera á mi encuentro, ni de los higares que mi mano «jumpiaba» ó sacudía al pasar cayesen á mis plantas y á veces á mi boca aquellos dulces higos que, según el poeta de Provenza reserva Dios en la rama más alta para los pájaros del cielo.

Poco después de salir el sol oí Misa primera en Soquerta, y empecé mi camino en el caballito de San Francisco, que no tiene precio para viajar por nuestros valles vascongados, sobre todo cuando el viajero es de mi temple y aficiones.

Deteniéndome aquí para recordar y pensar á solas, volviéndome á detener allá para sentir y recordar en compañía, trepé de Labarrieta por la peña de Laza y entonces oí que tocaban á misa mayor las campanas de San Miguel de Arcetales y apresuré el paso para llegar allá antes que la gente entrara á la iglesia y me privara de saludar á no pocos buenos amigos míos que suponía reunidos en el pórtico ó en el campo del concejo que precede á la iglesia matriz de San Miguel.

No era errada esta suposición: apenas asomé por el campo del concejo, muchas voces cariñosas me saludaron y muchas manos amigas se adelantaron á estrechar la mía.

Las terribles inundaciones de Murcia, Alicante y Almería, de que había llegado allí la primer noticia la noche anterior, eran el asunto de la conversación de todos en el pórtico de la iglesia en momento de mi llegada.

Y como todos se apresurasen á pedirme pormenores

de la gran catástrofe, suponiendo que yo estaría mejor enterado que ellos, me apresuré á mi vez á dárselos, pues en efecto los había recibido la noche anterior muy circunstanciados y muy dolorosos.

Todos me escuchaban profundamente conmovidos y silenciosos, pero uno de ellos, ya muy anciano, dejándose sin duda dominar por algún recuerdo cómico, se dirigió con maliciosa sonrisa á uno de sus convecinos, aprovechando una interrupción mía, y le dijo:

—A todos debe aterrórizarnos esto de avenidas y ahogados, pero más que á ninguno á vosotros los de Santa Cruz.

Estas palabras, que á mí no me produjeron efecto alguno, le produjeron, para mí asombroso y en distinto sentido, en todos los demás reunidos en el pórtico, pues al paso que la mayor parte de ellos las acogieron con una ruidosa carcajada, en los restantes causaron tal ira que, desatándose en denuestos, desaparecieron del corro, entrándose unos en la iglesia y alejándose los demás por el campo del concejo.

Pareciendo á los regocijados que la ocasión no era para risas, hicieron un esfuerzo para dominar la suya y me suplicaron que continuase contándoles los extragos causados en las provincias del Sudeste por las inundaciones en los tristemente célebres días 14 y 15 de aquel mes.

Hicelo así, escuchándome todos con lágrimas en los ojos; y como apenas terminada mi relación sonase el último toque de misa, entramos todos á oirla.

No fué devoción sino curiosidad lo que me movió á oír segunda misa aquel día: no quería pasar de allí sin averiguar por qué enfurecía á los de Santa Cruz y regocijaba á los demás del valle la sencilla indicación de que los primeros debían llorar más que ningunos otros al oír hablar de inundaciones y de ahogados.

En Santa Cruz no había río alguno, como que yo había visto en verano á las santacruzanas bajar á lavar en el Aguanaz, que es una caudalósima y frígida fuente que dió nombre al valle de Trucíos cuando alcanzaba allí el dominio de la lengua vascongada, pues aquel valle se llamó primero «Iturrioz,» que equivale á fuente fría, luego Turcíos y por último Trucíos.

Al salir de misa cadacual se dirigió hacia su barriada, y como diese la casualidad de que cayese hacia el camino que yo debía llevar al continuar mi viaje la del anciano que con su observación á los de Santa Cruz tanto había irritado y regocijado á los demás, partí en su compañía.

Roguéle inmediatamente que me explicase lo que yo quería averiguar, y he aquí cómo me lo explicó á su manera, que irá yo puliendo un poco de sus asperezas gramaticales encartadas.

II.

Ya sabe usted que Santa Cruz es una barriada del valle perteneciente á la feligresía de San Miguel y situada en las vertientes de Trucíos, donde están desparrramadas veinticuatro caserías. La distancia que separa á aquella barriada de la iglesia, matriz de San Miguel, es un poco larga y de mal camino.

Hacia principios de este siglo, un tal Cavareda, natural de Santa Cruz y vecino de Toledo, donde había adquirido buena fortuna dedicándose al comercio, quiso emplear parte en que, entre otros beneficios, dispuso el de fundar y dotar en él una modesta escuela (que hoy desempeña un anciano que casi no sabe escribir) y reedificar y proveer de ornamentos de culto, con la advocación de Santa Elena, la antigua ermita de Santa Cruz que dió nombre al lugar, convirtiéndola en una linda iglesita quizá con la esperanza de que consiguiese la barriada que se erigiese en ayuda de parroquia.

Así que los de Santa Cruz se encontraron con un templo capaz y decente y provisto de todo lo necesario para el culto divino, entablaron aquella pretensión, á lo que se opusieron el cabildo eclesiástico y el Ayuntamiento del valle, creyendo que era injustificada.

Los de Santa Cruz, con razón ó sin ella, gozan fama en el valle de pleitistas, listos y capciosos en sus negocios. Como prueba de su capciosidad se cuenta lo de la marea...

—Lo de la marea? ¿Qué tienen que ver con la marea los de Santa Cruz que están separados de la mar por más de dos leguas y por altísimas montañas?

—Yo se lo explicaré á V. No sé si sabrá V. que entre el barrio de Santa Cruz y el de Rebollar hay una profunda cañada donde brota una fuente intermitente muy singular.

—Sí: he oído hablar de esa fuente y he pensado si corresponderá á las Tamaricas que describió Plinio como pertenecientes á la Cantabria.

—La opinión general es que la fuente de Pedreo,

que así se llama la intermitente de Arcenales, es una vena de agua del mar que en las grandes mareas ó revoluciones marítimas atraviesa la base de las altas montañas que separan del mar á Arcenales y revienta en la honda cañada de Pedreo. Como fundamento de esta opinión se alega que el gusto y la composición química del agua, á pesar de lo que debe haberse modificado en tan largo y difícil camino, tiene mucha analogía con los del agua del mar, y se añade que en el sitio donde brota, con más ó menos intermitencia, se han encontrado lapas, caracoles y otros mariscos.

—Es curioso lo que V. me cuenta, pero más aún excita mi curiosidad lo que puede haber de común entre los de Santa Cruz y la marea.

—Ahora verá V. satisfecha esa natural curiosidad. Cuéntase que en tiempos antiguos se cobraban en los puertos de Castro-Urdiales, Laredo y Santoña ciertos derechos reales á todos los que asistían á aquellos mercados, menos á los de la zona marítima con cuyo nombre se designaba á los avecindados cuando más lejos á una distancia de la mar, y los de Santa Cruz se eximían constantemente del pago de este derecho alegando que la marea llegaba á media legua de su domicilio en cuya comprobación llevaban en el bolsillo conchas recogidas en Pedreo con auténtica del mayordomo de la ermita...

—Se conoce que los santacruzanos son buenos peces, aunque no sean marítimos!

—¡Vaya si lo son!

—Continúe V. la historia de lo de la ermita.

—Los de Santa Cruz acudieron con su pretensión al Obispo, que lo era entonces de Santander, á cuya Diócesis pertenecían las Encartaciones de Vizcaya hasta la erección de la de Vitoria, D. Rafael Menéndez de Lurca, memorable por su piedad, su caridad y sobre todo por su candor y su corazón tan propenso á los extremos de la alegría como á los de la pena.

—Creo fuese ese señor Obispo el que me confirmó en Santa María de Gueñes, y hasta un rasgo de carácter del que me confirmó me hace creer que él y el señor Menéndez de Lurca fuesen uno mismo. Dos carretadas de chicos habíamos sido conducidos á Gueñes un día de primavera. pues recuerdo que los endrinos estaban en flor en las entradas de Galdames por donde nos llevaron á confirmar, y esperábamos en la puerta de la Iglesia sin bajar de los carros, á que el señor Obispo llegase. Yo formaba parte de una de las carretadas, y la otra se

compañía de siete ú ocho hijos de un convecino nuestro llamado Joaquín de Correa, más conocido por *Chin* y célebre por su genio decididor y alegre.

—Son todos estos chicos hijos de V.?—preguntó el Obispo á *Chin*, fijándose, al llegar, en la carretada de sus hijos.

—Sí, Ilustrísimo Señor,—le contestó *Chin*,—y aun dejo en casa otro carrillo de ellos para cuando vuestra ilustrísima vuelva á confirmar.

Tal gracia hizo al Obispo esta respuesta, que jamás he visto á hombre alguno reir con tanta gana como entonces ví reir al Obispo de Santander.

—Pues no dude V. de que aquel Obispo era el angelical D. Rafael Menéndez de Lúcar, cuyo corazón ya he dicho que era tan propenso á la alegría como á la pena.

Los de Santa Cruz hicieron valer cerca del Sr. Obispo todas las razones que se les alcanzaron en favor de su pretensión; pero el Sr. Obispo, no encontrándolas bastantes para fallar en favor suyo, ordenó que las ampliaran, si les era posible, con otras de mayor fuerza, y entonces determinaron apelar á todo su ingenio y travesura para ganar el pleito.

El nuevo alegato que elevaron al Prelado contenía muchas y diferentes razones más ó menos valederas. Púsose á leerle el Sr. Obispo y conforme leía las iba declarando insuficientes, hasta que al llegar á la última, su corazón se conmovió profundamente, sus ojos se llenaron de lágrimas y su mano tomó la pluma y escribió el decreto de concesión.

Usted, naturalmente, tendrá viva curiosidad por saber cual era la poderosa razón alegada por los de Santa Cruz que tanto había conmovido al Sr. Obispo y tan repentinamente había hecho cambiar á S. I. de opinión. Pues va V. á saberla.

A la barriada de Santa Cruz precede un arroyo que es indispensable pasar para venir á San Miguel. En aquel arroyo no hay puente alguno, porque no es necesario, pues el arroyo no lleva nunca agua á no ser cuando llueve mucho, y porque es muy ancho y sería muy costoso tender sobre él un puente ó pontón.

La última razón que los de Santa Cruz alegaban para probar la necesidad y la justicia de que se celebrase Misa todos los días de precepto en su nueva iglesia de Santa Elena, era que para ir á San Miguel á oirla había que pasar indispensablemente un arroyo tan peligroso, que

un día se había ahogado en él «una madre con cinco hijos.»

La noticia de esta horrible desgracia fué la que tan profundamente conmovió al bondadoso Sr. Obispo y le movió, sin la menor vacilación, á acceder á los deseos de los de Santa Cruz.

—¿Pero fueron capaces los de Santa Cruz de mentir al Sr. Obispo?

—No, señor, no fueron capaces de eso.

—¿Que no mintieron?

—No señor.

—Hombre, explíquese V., porque sinó, no lo entiendo.

—Ya me entenderá V. Pasaron años y continuaba celebrándose Misa en Santa Cruz todos los días de precepto.....

—Y supongo que se aplicaría por el alma de la madre con cinco hijos.....

—No, señor, no se aplicaba.

—Qué, tan ingratos eran los de Santa Cruz?...

—No, señor, no eran ingratos.

—Vamos, V. me quiere volver tarumba!

—Usted tiene la culpa por impaciente. Siendo yo mayordomo de fábrica de la iglesia matriz, se me ofreció ir á Santander á ver al Sr. Obispo, que lo era todavía el Sr. Menéndez de Luearca, para que nos permitiera una obra que queríamos hacer en la misma iglesia. El Sr. Obispo me recibió en su despacho con el amor con que acostumbra recibir á todos, y después de mandarme á sentar en un sillón frente del suyo, me preguntó de dónde era. Cuando le dije que era de Arcentales, su semblante, antes lleno de alegría, se llenó de tristeza y sus ojos se arrasaron de lágrimas mientras murmuraban sus labios:

—¡Pobre madre!... ¡Pobres hijos!...

Sorprendido de aquel cambio y compadecido de aquella aflicción y aquellas lágrimas, pregunté al señor Obispo cómo podía haber provocado uno y otras el recuerdo de Arcentales, y me respondió cada vez más afligido:

—Hijo. ¿puede haber corazón que no se quebrante y ojos que no lloren al recuerdo de aquella madre con cinco hijos que se ahogó en el arroyo de Santa Cruz de Arcentales?

Y entonces me explicó la catástrofe con cuyo alegato

los de Santa Cruz se habían movido á acceder á sus pretensiones.

Casualmente cuando los de Santa Cruz andaban en pretensión de la Misa, tuve la noticia de lo que había pasado en el arroyo; pero no me había ocurrido que se hubieran valido de ello para salirse con aquella pretensión. Mi primera intención fué no desvirtuar mi alegato tachándole de capcioso; pero viendo cada vez más inconsolable al Sr. Obispo y habiéndome dicho su Ilustrísima que la imagen de aquella madre ahogándose con cinco hijos le perseguía casi incesantemente y era causa de uno de los mayores y más frecuentes dolores de su vida, creí que era en mi deber de conciencia el curar radicalmente de aquel dolor á tan santo Prelado.

Señor,—le dije,—tranquilícese vuestra Ilustrísima, que en Santa Cruz no se ha ahogado con hijos ni sin ellos madre alguna por quien vuestra Ilustrísima ni nadie deba llorar. La madre que con cinco hijos se ahogó en Santa Cruz una tarde en que descargó una gran manga de agua en la montaña de Jerelagua que domina al lugar, era una cerda con cinco cerditos que estaba hozando en el arroyo seco y fué sorprendida con sus crías por la avenida.

Oír esto el señor Obispo é iluminarse de gozo su semblante, y prorrumpir en ruidosas carcajadas, todo fué uno.

—¡Ah pícaros santacruzanos,—exclamaba,—ya os ajustaré yo las cuentas! ¡Con que con capciosidades á mí!

Y así exclamando, su Ilustrísima volvió á desternillarse de risa.

De repente fijó la atención en mí, y creyendo notar que yo, lejos de participar de su alegría, me había entristecido, me preguntó la causa de tal tristeza.

—Señor,—le dije,—los de Santa Cruz son convecinos y amigos míos y por mí acaso se vean privados de oír Misa todos los días de precepto en su iglesia, lo que para ellos es un gran consuelo que les compensa de muchas tristezas y trabajos!

—¡Pobres hijos míos!—exclamó el santo anciano volviéndose á llenar sus ojos de lágrimas, no ya de dolor sino de ternura;—no, no se verán privados de ese consuelo mientras yo viva.

Y en efecto, los de Santa Cruz no se vieron privados del consuelo de oír Misa en su iglesita mientras vivió el Sr. Menéndez de Luarca; pero como su capciosidad

debía tener algún castigo, le tiene desde entonces en los muchos berrinches que les damos recordándosela.»

Así terminó el anciano su relación, y yo á mi vuelta de Trucíos, subí por Santa Cruz á hacer una visita de buen amigo á los santacruzanos, porque ¿quién no se vale, más ó menos pecaminosamente, de capciosidad en este mundo? Hasta los artistas nos valemos de ella en el desempeño de nuestro oficio, como lo prueba el cuento á cuyo fin no hubiera llegado yo sin la capciosidad del cuentista.

ANTONIO DE TRUEBA.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XII.

COMUNICADO. ⁽¹⁾

Señores Redactores del CATÓLICO.

Muy señores nuestros: Habiendo acordado este Cabildo dirigir, como lo hace con esta fecha, á los del periódico titulado *La Risa* el comunicado y nota de que es adjunta copia, para su publicación, y deseando que la tenga más cumplida por las causas y para los fines que en el primero se manifiestan, rogamos á Uds. se sirvan dar cabida en el suyo á ambos documentos por la importancia de su contenido. á lo que les vivirán agradecidos sus S. S. y capellanes Q. S. M. B.

Cabildo Catedral de Santander. 17 de Abril de 1844.
—B. L. M. de Uds. S. S. S. y capellanes.—*Manuel Fernández de los Ríos*, Dean.—*Felipe Dionisio de Quijano*.
—Por acuerdo de los señores Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia, *Pedro del Piñal*, Secretario capitular.

Señores Redactores de *La Risa*.—Muy señores nuestros: Con imponderable sorpresa llegó á noticia de este Cabildo que en el periódico de Uds. se vulneraba la buena memoria del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Rafael To-

(1) Otro igual comunicado se insertó en el *Clamor Público*, número 214, de 5 de Enero de 1845, y en *El Heraldo*, núm. 811, del 29 del mismo mes y año.

Publicábanse los tres periódicos en Madrid.

más Menéndez de Luarda, Obispo que fué de esta diócesis, y habiendo procurado adquirir el número del periódico que se citaba después de multiplicadas diligencias y no sin bastante dificultad por la escasez de este papel en esta ciudad, se nos proporcionó el número 43 correspondiente al 4 de Febrero último, y encontramos en efecto en él un artículo firmado con el nombre y apellido de Juan Martínez Villergas. en el cual y bajo del epígrafe *pantalones* se propone el autor, no así como quiera criticar, sino calumniar atrozmente al señor Obispo sin provocación de ningún género y sin otro objeto que ejercitar su maledicencia con los muertos para que no se le rechace (son sus palabras) la personalidad como le acontecería indudablemente dirigiéndose á los vivos. — Parece increíble, señores redactores, que en su periódico se haya dado lugar á un libelo infamatorio, dirigido no á quien pudiera contestar y defenderse, sino á ultrajar la memoria de un muerto que nada de esto puede hacer, desacreditando así esa malhadada libertad de imprenta y haciéndola degenerar en una verdadera licencia para saltar más libremente por cima de todas las leyes del decoro y de la buena educación: y todavía parece más extraño que para ello se afecte ignorancia de las eminentes virtudes de un Obispo conocido en todo el reino por un varón apostólico, lumbrera de la Iglesia de España. El título de su periódico no es bastante salvaguardia para estos desmanes, porque toda sátira, de cualquier género que sea, tiene sus límites en el círculo de la decencia. aquellos límites *quos ultra citraque nequit consistere rectum*; y si entre los profanos es muy atendido el *Davusne loquatur an heros*, ¿qué razón podrá justificar el lenguaje descomedido y las alusiones obscenas en que se revuelca el articulista, tratando de un Prelado tan insigne en el Episcopado español por su celo apostólico, y tan benemérito del soberano y de la Patria? ¿Causa ira y se enciende la sangre al más indolente al observar el estado de degradación á que ha venido la literatura de nuestros días! Pero ya que se ha querido prescindir de estas justas consideraciones, ya que la ley de imprenta, adolecendo de no pocos defectos, cierra la puerta al clero de Santander para vindicar en forma legal el honor ultrajado de un Prelado á quien veneró y venerará siempre por su santidad y virtudes, este Cabildo por sí y á nombre del mismo clero, y dejando á los descendientes de la ilustre casa de Menéndez Luarda en el

Principado de Asturias la jurídica defensa y vindicación legal del buen nombre de uno de sus más aventajados vástagos. no guardará silencio, que en él se reputaría criminal, y protestará como protesta una y mil veces contra ese tejido de imposturas. — Porque falso es, señores Redactores, que el Sr. Menéndez de Luarca en ningún tiempo tuviese hospedada en su palacio mujer alguna, ni ama ni sobrina. ni joven, ni anciana. Era tal la pureza de su vida, y tal su delicadeza en este punto, que jamás consintió penetrarse en su habitación la señora de más alta categoría, ni podía tolerar que en su palacio se viesen mujeres algunas aun con el honesto motivo de acompañar á sus padres. hermanos ó esposos que tenían precisión de acercarse á su mayordomo para el pago de las rentas arrendadas de la mitra. Cabelmente era esta la materia en que no transigía ni por nada. ni con nadie. El articulista podrá comprender la santidad de costumbres del Sr. Obispo con sólo parar la atención en que el buen olor de ellas se había difundido tanto ya á los cuarenta años de su edad, que el señor D. Carlos III tuvo á bien presentarle para la mitra de Santander. — Falso es también hubiese predicado el sermón de los pantalones, de que habla el articulista; falso y falsísimo que en los veinte años anteriores no hubiese esforzado su elocuencia, según el mismo dice, en defensa de la fe á pesar de la corrupción de costumbres y de lo mucho que iban cundiendo por Europa las perniciosas máximas de Voltaire. Rousseau y otros que cita. Tenga entendido el articulista que el Sr. Luarca en los treinta y cinco años de su pontificado predicó siempre con bastante frecuencia. con mucho fervor y con conocida utilidad de las almas tanto en esta santa Iglesia, como en la de la Compañía, donde había fundado una cofradía con el título de *Milicia cristiana*. Ella dirá si su fundador la escaseó nunca el pan de la divina palabra, y no se han borrado aun de la memoria de algunos cofrades las homilias con que procuraba arraigar en su corazón la semilla de la virtud, increpando los vicios de todo género. Y porque no á todas partes podía alcanzar su voz explicaba su celo enviando misioneros por la Diócesis todos los años, y alimentando á los fieles con frecuentes pastorales en que les derramaba el bálsamo de la sana doctrina. Claro es sin que se diga, que el objeto de las homilias, de las misiones y de las pastorales, era la corrección de las costumbres y extirpación de los vicios, entre los que ocuparía su lugar el lujo de

los trajes, fuesen ó no fuesen pantalones.—Falso es asimismo que el Sr. Luarca concurriese por la noche á tertulia alguna: su austeridad y su inmensa aplicación á los trabajos del cargo pastoral no permitía á S. I. disipar el tiempo en los frívolos asuntos con que generalmente se entretienen las tertulias. Falso es del mismo modo que S. I. se pasease al día siguiente. del mismo sermón por las calles ostentando los pantalones nuevos, que según finje el articulista, se había hecho de resultas de habérselos visto á un joven en la tertulia, ni con pantalones ni sin ellos jamás acostumbraba el señor Obispo pasearse por las calles por la misma razón que se ha dicho de las tertulias.—El Cabildo ha cumplido un deber de justicia, de gratitud y de reconocimiento hacia un Prelado tan digno de la veneración de los fieles de su Diócesis, demostrando la falsedad de los hechos que tomó por tipo el articulista para forjar la atroz injuria que le infiere en su discurso; mas no entrará en contestaciones sobre lo demás que contiene, ya porque destruida la base se pulveriza por sí mismo el edificio de la calumnia, y ya porque el Cabildo creería mancharse con la inmundicia y asquerosidad de producciones de esta naturaleza. Las virtudes del señor Luarca fueron eminentes, y la grandeza de su alma y el fervoroso celo que le animaba por la salud de las almas, dejaron muy profundas huellas en la Diócesis, dentro y fuera del reino; pero para que nunca se tome por pretexto para la injuria la ignorancia, ha creído conveniente el Cabildo recopilar en la adjunta nota (1) algunos de los principales rasgos de su vida pastoral.—De esperar es, señores Redactores, de su justificación, que se sirvan insertarla en su periódico juntamente con este comunicado, presentando así al público el debido antídoto contra el mal pensado artículo de D. Juan Martínez Villergas, y desengañando por este medio á los incautos que no hayan tenido ocasión de instruirse de los sucesos tales como fueron.—Cabildo Catedral de Santander, 17 de Abril de 1844.—B. L. M. de VV. S. S. y capellanes,—Manuel Fernández de los Ríos, Dean.—Felipe Dionisio de Quijano.—Por acuerdo de los señores Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia,—Pedro del Piñal, Secretario Capitular.

(1) No se inserta la nota á que hace referencia el anterior comunicado, porque su contenido resulta con la extensión debida de la certificación que figura como Apéndice del Prólogo.

Retractación de Villergas.

D. Eusebio Bañares, teniente alcalde constitucional de esta capital, encargado del distrito de la Universidad.

Certifico: Que en el libro de juicios de conciliación que se lleva en este distrito, existe uno celebrado en este día cuyo tenor es el siguiente:—D. Jenaro Cano, de esta vecindad, como opoderado de D. Bartolomé Menéndez de Luarca, según poder que exhibió otorgado en la villa de Luarca á quince de Mayo del corriente año, ante el escribano de aquel número don Manuel Antonio Inclán. asociado de D. Manuel Abello como hombre bueno, demanda á D. Juan Martínez Villergas, para que se retracte de un artículo. firmado por el mismo, inserto en el periódico titulado *La Risa*, de 4 de Febrero de este año. bajo el título *Los Pantalones*, ofensivo á la buena memoria del Excelentísimo é Ilmo. Sr. Obispo que fué de Santander, D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca. ya difunto; comparecido el demandado, asociado de D. Juan Manuel Palacios. en igual concepto contestó: Que no fué su ánimo ofender ni rebajar en lo más mínimo el buen nombre de dicho señor, y que en virtud de los informes, que ha recibido después de las virtudes que adornaban á tan distinguido Prelado, retira todas las palabras del artículo que ofendan la buena memoria del Excmo. é Ilustrísimo Sr. D. Rafael Tomás Menéndez de Luarca; que escribió aquel artículo sin ningún antecedente y sin haber oído hablar jamás en pro ni en contra del Sr. Obispo difunto, con objeto de hacer un artículo propio del carácter del periódico, citando por capricho á este personaje. de quien ninguna noticia tenía, como podía citar á otro; y que no tiene inconveniente en que se haga pública esta manifestación para la debida reparación del daño que el artículo pudiera haber hecho á la buena reputación del agraviado; con lo que se conformó el demandante y lo firmaron con S. S. y hombres buenos. — Bañares.—Juan Martínez Villergas.—Jenaro Cano Obregón. — Licenciado Manuel Abello

Valdés.—Juan Manuel Palacios.—Y para los usos convenientes expido la presente firmada en Madrid á petición del interesado á veinte y uno de Diciembre de mil ochocientos cuarenta y cuatro.—*Eusebio Bañares.*

APÉNDICE AL CAPÍTULO XVI.

CÉDULA REAL NOMBRANDO AL CABILDO PATRONO DEL HOSPITAL DE SAN RAFAEL, EDIFICADO POR EL EXCMO. É ILUSTRÍSIMO SR. D. RAFAEL TOMÁS MENÉNDEZ DE LUARCA, TERCER OBISPO DE SANTANDER. AÑO DE 1791.

R. Provisión.

D. CARLOS, ETC.

Por cuanto por el reverendo en Cristo Padre Obispo de Santander, se hizo á nuestro Consejo la representación siguiente:

Representación.

Muy poderoso Señor: dignese V. A. oír las súplicas de un Obispo — el de Santander — que, reverentemente y confiado, se acoge á la suprema protección de V. A. con la parte más considerable de su rebaño, mísera y destituida de otro humano auxilio. Es por la benevolencia de su R. M., sinó muy numeroso el pueblo de esta capital, á lo menos pueblo de más gentes que las que estarían holgadas en otras tantas habitaciones.

Por eso la ciudad está muy expuesta á epidemias y más á que la que la entre una vez no salga en mucho tiempo, de que es lastimosa prueba la que más hace de nueve meses la está afligiendo. Hospital para curación de enfermos, no hay sinó uno que por su estrechez, poco más sufre que quince camas, y por la tenuidad de sus rentas mal puede mantener ocho enfermos. Es una

casa que dedicaron á tan santo fin unos vecinos del pueblo, no se sabe cuándo, y á quien sucesivamente se fueron agregando algunos censos ó donados ó impuestos de las limosnas recogidas por devotos que se encargaban de cuidar los pobres, hasta que «á lo que puede pensarse» en principios de este siglo se estableció para atender á objeto tan importante, una hermandad con título de Misericordia. Esta, como todas, tuvo sus vicisitudes; ya crecía, ya decrecía. Como en el año de sesenta y nueve se hubiese hecho algún particular esfuerzo por su restablecimiento. «según que de ello como de lo que va relacionado informa el impreso que entonces se publicó por la misma, y de que acompaño un ejemplar,» finalmente ha venido ella á disiparse; y cuando llegué yo á ocupar esta Silla la hallé deshecha, y el hospital entregado precisamente á la caridad de un buen vecino que se encargó por su devoción de recoger limosnas para los pobres, y de asistir allí á los pocos que se pudiesen recoger. Dolorosa me ha sido siempre esta su situación, y una falta que en otro pueblo sería poco sufrible, y que las circunstancias sobredichas de éste hacen intolerable. Por amor á mis beneméritas ovejas, y por la obligación singular que me impone el capítulo ocho de reformation de la sesión veintidos del Santo Concilio de Trento, me he dedicado, no sólo á mantener por mí mismo, y con la ayuda de los piadosos, esta obra pía, sinó también á establecer en esta ciudad un hospital bastante al socorro de las ordinarias necesidades del pueblo, y de las de su jurisdicción, dotarle y asegurar su consistencia y sus aumentos bajo de un gobierno desinteresado, vigilante, celoso y no expuesto á las contingencias que se experimentaron en el anterior. Con estas miras y á costa de algunos desvelos he logrado ya comprar en un extremo de la ciudad, y en el sitio más proporcionado para hospital un terreno que ofrece suelo para casa y huerta bien espaciosa: he también acopiado y estoy acopiando materiales para la fábrica; y hechos los planos de ésta, los he presentado conformes á las Reales órdenes de ésta razón á la Real Academia de San Fernando.

No ha sido poco lo que conseguí en solo esto si se mira á los como ningunos caudales con que me entregué á la empresa; y desde luego me complazco en haber adelantado mucho por la confianza de mayores progresos, que la Divina Providencia me da en vista del buen éxito que tuvieron mis primeros esfuerzos. Por

lo mismo puedo, Señor, decir que me hallo empeñado en esta obra, y que me prometo, dándome Dios vida, llevarla á cabo y poner el hospital en un estado decente, si V. A. se digna como desde el principio llevo pedido, extender su protección á esta obra pía, y expedir sus supremas órdenes, para que lo que entiendo ser no solamente útil sinó necesario para el efecto, pueda correr sin contradicción y ser firme en todo tiempo. Esto por ahora se reduce al plano y reglamento comprendido en los cuatro capítulos siguientes: que la administración del hospital, nombramiento de sus oficiales, y generalmente su gobierno externo é interno, esté en el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Santander, y su sobreintendencia en los Obispos de la misma capital, con todas las facultades que el sobredicho capítulo del Concilio Tridentino declara serles competentes en semejantes Obras pías: que al hospital que de nuevo se haga y establezca, quede agregada la casa del actual hospital, con sus adyacentes y rentas que posee, ó que en el intermedio adquiriere y que la administración interina de éste la encargue el Obispo á sobredicho Cabildo: que para la fábrica del Hospital, y asimismo para su dotación se pueda libremente demandar limosna en esta ciudad, entregándose la que saliere á su Obispo y en defecto de éste al Cabildo de su Iglesia Catedral, como á quien ha de ser administrador de la Obra pía después de su establecimiento y en el interin del hospital actual: Que los escribanos que son y fueren en esta ciudad y en los lugares de su jurisdicción, siempre que ante ellos se otorgare algún testamento, pongan presente á los testadores la necesidad del hospital para que si así fuere su voluntad le hagan alguna manda. Estos son, Señor, los medios en que podrá esperarse tenga esta ciudad un hospital proporcionado á su necesidad actual; y á la que es visto irá cada vez creciendo, como se aumenta cada día su vecindario y la concurrencia de forasteros por mar y por tierra, sinó por los dichos medios puede reputarse humanamente inaxequible nuestro socorro. *Item* á no alentarme V. A. como llevo pedido en la empresa comenzada y si yo por falta de auxilios tuviere que soltar la mano de ella; no es imposible que como se estuvo el mal sin remedio por muchos años, así se esté por muchos más; y por todo justamente confiado de que V. A. oirá benignamente mis súplicas, reitero éstas y al Todopoderoso las hago y haré repetidas porque asista á V. A. y para bien de la Monarquía guarde Dios

muchos años.—Santander, veinte de Mayo de mil setecientos noventa.—Muy poderoso Sr.: Rafael Tomás, Obispo de Santander.—Y vista por los del nuestro Consejo la representación inserta, acordó pedir informe al Alcalde Mayor de aquella ciudad con testimonio que acreditase la fundación de los hospitales que se intentaban unir su renta, distribución y manejo, expresando la utilidad ó perjuicio que podía resultar á la hospitalidad en la agregación que se citaba y los inconvenientes que advirtiesen podían seguirse de tener efecto el nuevo establecimiento bajo las reglas que proponía el mismo reverendo Obispo, y en su virtud dicho Alcalde Mayor hizo el informe que sigue:

Informe.

Muy poderoso Señor: El Alcalde Mayor de Santander, en cumplimiento de lo prevenido por V. A. en su Real orden de veinte de Agosto de este año, pasa á informar sobre los particulares que contiene la representación hecha al Consejo por el reverendo Obispo de esta Diócesis en veinte de Mayo del mismo año, relativa al establecimiento y gobierno de un nuevo hospital que piensa construir en esta ciudad. Para evacuar este informe con la instrucción y conocimiento que era debido, fué por sí mismo á visitar y reconocer el hospital actual y se acercó también á averiguar el método de gobierno que en él se observaba. Halló una casa infeliz, muy reducida, situada dentro de la población, mal ventilada, sin distribución ni orden. En ella no hay más gobierno que el de un buen ciudadano, que en los años pasados se quiso encargar voluntariamente en calidad de administrador de la asistencia de los pobres enfermos, recogiendo cuantas limosnas puede para su socorro, sin que hasta ahora se le hubiese pedido cuenta alguna formal de sus procedimientos. sin duda por el buen concepto que generalmente se merece y porque son notorias las cortas facultades del hospital, reducidas anualmente á seiscientos setenta y siete reales y cuatro maravedises que producen veinticuatro escrituras censuales que componen el capital de dos mil cincuenta y tres escudos con más treinta y dos ducados que tiene de renta por un prado que le pertenece. según resulta del testimonio que acompaña con el número 1.º No se ha podido hallar la primitiva fundación de esta casa ni se cree que la haya, y es muy probable que su origen

hubiese sido el mismo que supone el reverendo Obispo en su representación. Lo que hay de cierto es que su dirección y gobierno estuvo en los años pasados á cargo de una Hermandad ó Cofradía, con el título de la Misericordia, que en el día ya no existe, de la cual se han hallado algunas constituciones hechas en el año de mil setecientos sesenta y tres, y aprobadas por el reverendo Obispo que entonces era, de que acompaña copia testimoniada con el número 2.º Así que puede decirse que esta ciudad carece de hospital, y que la necesidad de él es tan notoria, que no necesita prueba. Su población se multiplica cada día considerablemente, y por lo mismo echa de menos este y otros establecimientos que son indispensables en cualquiera pueblo numeroso. La concurrencia de forasteros por mar y tierra, aumenta dicha necesidad, porque la mayor parte de estas gentes no tienen ni pueden tener otro recurso en los casos de enfermedad que frecuentemente les ocurren. El reverendo Obispo que vela infatigablemente sobre todas las necesidades de su Diócesis, no perdió de vista ésta, y habiéndose hecho más notable en el año pasado y el presente por los muchos enfermos que acudieron al hospital con motivo de una epidemia que se dejó sentir en esta ciudad y en los más de los pueblos del Obispado, al mismo tiempo que empleaba su caritativo celo en el socorro de los pobres enfermos, aumentando camas en dicho hospital para ellos, y proporcionando en cuanto era posible la mejor asistencia y economía—según pudo averiguar el exponente por los informes reservados que ha tomado—pensó desde luego en el remedio, emprendiendo por sí solo la construcción de un hospital de nueva planta capaz y bastante para esta población sin que le detuviesen ni la falta de medios para una obra tan vasta como tiene meditado, ni otras que seguramente hubieran desanimado á otro que no estuviera poseído de su piedad y celo por la causa pública y bien universal de sus ovejas. Con efecto, sin saberse cómo, es ya dueño de un terreno de mucho costo, de bastante extensión y muy proporcionado para el edificio, situado en un extremo de la ciudad al aire libre y con las mejores disposiciones: tiene también acopiados muchos materiales para él, y parece que este Prelado nada más quiere que la protección de V. A. y la aprobación de los cuatro capítulos que propone al fin de su memoria. El que representa, después de haberlos meditado con la mayor reflexión, no halla reparo notable que oponerles,

pues aunque el primero parece que mira separar el nuevo hospital de la autoridad pública y real protección. con todo no lo cree perjudicial, pues en su dictamen *podrá esperarse que éste y otros iguales establecimientos prosperen más bien en manos de los eclesiásticos que en las de los seculares.* Tampoco halla reparo. y antes cree que será conveniente conceder al reverendo Obispo lo que solicita en el capítulo 2.º, y quizá lo fuera también echar mano para esta obra tan importante del pequeño hospital Theas, sito en los términos de la parroquia de Luesa... en la merindad de Trasmiera, distante como dos leguas de esta ciudad, sin que en lo uno ni en lo otro pudiera tenerse el menor perjuicio; pues por lo que respecta al de esta ciudad, como se halla sin dotación, sin gobierno ni orden fijo, sostenido solamente con las limosnas de personas devotas, no puede decirse que hay hospital. y el que existe dejará de ser seguramente con la falta del sujeto que hoy cuida de su conservación, según ya queda apuntado. y el de Theas se reputa comúnmente por inútil á causa de estar en una aldea desierta, y separada del camino, no hallarse provisto de médicos, cirujanos. botica, sirvientes y demás preciso para la asistencia de enfermos, y está enteramente abandonado y sin gobierno, según llegó á entender el exponente. motivo por qué apenas se ve enfermo alguno en él; por lo mismo tan lejos estará de ser perjudicial á la hospitalidad la supresión de estas dos casas y su unión al hospital que nuevamente se proyecta. que le acarreará muchos beneficios, pues en las rentas de aquéllas se podrá hallar algún arbitrio para poner éste sobre un pie decente, en que los pobres enfermos de esta ciudad y Diócesis tengan un buen recurso de que actualmente carecen.

El Alcalde concluye con decir que el hospital para esta población es un establecimiento de primera necesidad. y que supuesto que el reverendo Obispo ha tenido la bondad de pensar en su remedio y tiene ya adelantado tanto para él, no sólo convendría que V. A. confirme y apruebe su pensamiento con los cuatro capítulos que propuso al Consejo, sinó también que se aliente y fomite en cuanto sea posible. allanando todas las dificultades y tropiezos que puedan ocurrir, para que esta capital y toda la provincia tenga el consuelo de ver efectuado cuanto antes un proyecto de que le ha de resultar tanto bien. V. A. resolverá sobre el particular lo más conveniente como acostumbra.—Santander y

Octubre veintiseis de mil setecientos noventa.—Muy Poderoso Señor: Doctor D. Manuel Antonio Ramos.

Y vuelto á ver por los del nuestro Consejo con los documentos remitidos por el mismo Alcalde Mayor y lo que sobre todo expuso el nuestro fiscal por auto que proveyeron en siete del corriente, se acordó expedir esta nuestra carta. Por la cual sin perjuicio de nuestro real patrimonio y derechos de tercero, aprobamos el reglamento, medios y arbitrios que propone el muy reverendo en Cristo Padre Obispo de Santander para el establecimiento y gobierno del hospital de dicha ciudad. Y mandamos al Alcalde Mayor y demás personas á quien toque ó tocar pueda, guarden y cumplan esta nuestra real resolución y la hagan guardar y cumplir dando á este fin las órdenes y providencias que por su parte correspondan. Que así es nuestra voluntad. Dada en Madrid á doce de Enero de mil setecientos noventa y uno.—D. Francisco Mesia.—D. Juan Matías de Azcárate.—D. Pedro Flores.—D. Juan Mariño.—Yo Don Pedro de Escolano Arrieta, Secretario del Rey Nuestro Señor, su Escribano de Cámara, lo hice escribir por su mandado con acuerdo de los de su Consejo.

ÍNDICE.

	Páginas.
Prólogo.....	V
Cap. I.....	I
Cap. II.....	Nacimiento, familia, patria, educación y estudios de D. Rafael Tomás..... 15
Cap. III.....	Su vocación..... 27
Cap. IV.....	Su oposición á prebendas..... 33
Cap. V.....	En Oviedo..... 47
Cap. VI.....	El Obispo..... 55
Cap. VII.....	La Consagración..... 63
Cap. VIII.....	En viaje para Santander..... 69
Cap. IX.....	Bosquejo de aquellos tiempos..... 75
Cap. X.....	Cómo miró por si mismo..... 79
Cap. XI.....	Relaciones sociales..... 89
Cap. XII.....	La Predicación..... 95
Cap. XIII.....	El culto y las cofradías 107
Cap. XIV.....	Santa Visita..... 131
Cap. XV.....	Administración de Sacramentos..... 139
Cap. XVI.....	Obras de caridad..... 145
Cap. XVII.....	Otras obras..... 165
Cap. XVIII.....	Gobierno de la Diócesis..... 175
Cap. XIX.....	Breve de Pío VI..... 193
Cap. XX.....	El Obispo y los Ministros de Carlos IV... 203
Cap. XXI.....	Es nombrado D. Rafael Tomás Arzobispo de Méjico..... 221
Cap. XXII.....	El Obispo y las nuevas ideas..... 231
Cap. XXIII.....	La representación á Caballero..... 243
Cap. XXIV.....	El Obispo y el levantamiento del año de 1808 301
Cap. XXV.....	El levantamiento de Santander..... 317
Cap. XXVI.....	En campaña..... 337
Cap. XXVII.....	En Asturias..... 361
Cap. XXVIII.....	Su viaje á Inglaterra..... 377
Cap. XXIX.....	En Cádiz..... 387
Cap. XXX.....	En viaje para la tierra natal..... 395
Cap. XXXI.....	En Galicia..... 401
Cap. XXXII.....	Asturias y el Obispo de Santander..... 419
Cap. XXXIII.....	El Obispo y los gobernantes de Cádiz... 431
Cap. XXXIV.....	En Portugal..... 451
Cap. XXXV.....	Repasa el Miño y es nombrado Arzobispo de Sevilla 477

	Páginas.
Cap. XXXVI.	Vuelve á su Diócesis..... 485
Cap. XXXVII	En la Montaña.— Comunican al Obispo la muerte de su sobrino D. Miguel.— Rea- nuda sus trabajos apostólicos.— Hácen- le Caballero gran Cruz de la Orden de Carlos III..... 491
Cap. XXXVIII.	La última Pastoral..... 501
Cap. XXXIX.	La Amnistia..... 531
Cap. XL.....	Ultimos tiempos de D. Rafael Tomás.— Entrega su alma á Dios..... 543
Apéndices.....	I al XL
Advertencia.....	

ADVERTENCIA.

Aunque anunciamos en el capítulo XIII la publicación de las Constituciones de la *Milicia Cristiana* por vía de apéndice, desistimos del propósito, teniendo por una parte en cuenta que de aquella Hermandad se da idea bastante clara en el referido capítulo; y consideramos además que con la publicación dicha aumentaríamos las páginas de este libro, harto más voluminoso de lo que nos prometíamos al comenzar á escribirlo.

Las Constituciones de la *Milicia Cristiana* no son cosa poco conocida; antes corren impresas en Santander y se facilitan á cuantos las desean.



